

THEODOR MOMMSEN

HISTORIA DE ROMA

LIBRO III. DESDE LA REUNIÓN DE ITALIA
HASTA LA SUMISIÓN DE CARTAGO Y DE GRECIA



se

Las guerras púnicas abren este segundo volumen, en el que se describe el imparable avance de la dominación romana hasta las fronteras naturales de Italia, primero, y luego mucho más allá, desde la unión de los Estados itálicos hasta la sumisión de Cartago y de Grecia.

Mommsen no se limita a la narración cronológica de los hechos militares: su objetivo es la reconstrucción sistemática de la civilización romana, tanto la explicación de su formidable expansión territorial como también el análisis de las relaciones entre gobernantes y gobernados, las características del sistema económico de los romanos, las creencias y costumbres, la literatura y el arte.



Theodor Mommsen

Historia de Roma

Libro III

Desde la reunión de Italia hasta la sumisión de Cartago y de Grecia

ePub r1.0
liete 13.09.13

Título original: *Römische Geschichte*
Theodor Mommsen, 1856
Traducción: Alejo García Moreno, 1876

Editor digital: liete
Primer editor: Macphist
Editor colaborador: Pepotem2
ePub base r1.0



Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Lado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

LIBRO TERCERO

**DESDE LA REUNIÓN DE ITALIA
HASTA LA SUMISIÓN
DE CARTAGO Y DE GRECIA**

... Arduum res gestas scribere.

SALUSTIO

... ¡Difícil cosa es escribir la historia!

I CARTAGO

LOS FENICIOS SU COMERCIO. SU GENIO INTELECTUAL

Aunque colocada entre los pueblos del antiguo mundo clásico, la raza de los semitas ha quedado sin embargo fuera de ellos. Esta tiene por centro el Oriente, mientras que el mundo clásico tiene el suyo en el Mediterráneo. Por otra parte, a medida que la guerra o las emigraciones van extendiendo las fronteras y arrojando las naciones unas sobre otras, los indo-germanos y los sirios, los israelitas y los árabes se separan y alejan, obedeciendo al sentimiento creciente de su heterogeneidad. Otro tanto puede decirse de los fenicios o de la nación púnica, esa rama de los semitas que se ha extendido hacia el oeste más que ninguna otra de su raza. Tuvo por patria la zona estrecha situada entre el Asia Menor, las montañas de la Siria y el Egipto, la que se llama propiamente hablando la llanura o Canaán. En efecto, tal era el nombre que ella misma se daba, y, hasta los tiempos del cristianismo, el campesino africano fue denominado canaanita. Para los griegos, la tierra de Canaán era el país de la púrpura o la tierra de los hombres rojos (Φοίνικιοι). Los italianos, y aun nosotros mismos, la llaman constantemente Fenicia. Por lo demás, este país, propio para la agricultura, tenía ante todo excelentes puertos, y maderas y metales en abundancia. Sobre esas playas de muchas y cómodas radas con las que el continente oriental, abundante en todo género de productos, pone límite al vasto mar interior sembrado de islas, es donde se ha visto, quizá por primera vez, nacer entre los hombres el movimiento comercial y tomar inmediatamente un vuelo inmenso. Los fenicios intentaron con audacia, inteligencia e inspiración dar a su comercio y a sus ramas accesorias, la navegación, la industria y la colonización, todo el desarrollo del que eran capaces, a fin de unir el Oriente con el Occidente mediante el lazo de las relaciones internacionales. Desde los tiempos más remotos los encontramos ya en la isla de Chipre y en Egipto, en Grecia y en Sicilia, en África y en España, y hasta en las costas del Atlántico y del mar del Norte. Su imperio comercial se extendía desde Sierra Leona y la tierra de Cornouailles en el oeste, hasta la costa de Malabar, en el este. Por sus manos pasaban el oro y las perlas del Oriente, la púrpura tiria, los esclavos, el marfil y las pieles de león y de pantera del interior de África, el incienso

de Arabia, el lino de Egipto, el vidriado y los vinos generosos de la Grecia, el cobre de Chipre, la plata de España, el estaño de Inglaterra y el hierro de la isla de Elba. Las naves de los fenicios llevan a todos los pueblos cuanto pueden necesitar o comprar. Recorren los mares pero vuelven siempre a su patria, con la que están perfectamente unidos, aunque sus fronteras sean reducidas. Este pueblo ha merecido ser celebrado en la historia al lado de los griegos y de los latinos. Sin embargo, también en él, y quizá más que en otro pueblo, se verificó el fenómeno característico de las épocas antiguas: el aislamiento de las fuerzas vivas de las naciones, aun en medio de sus indiscutibles progresos. Por otra parte, no pertenecen directamente a la Fenicia esas creaciones grandiosas e indestructibles que ha producido la raza aramea en el orden intelectual. En cierto sentido, la ciencia y la fe han sido desde un principio propiedad exclusiva de los arameos, y, en efecto, los pueblos indogermánicos las han recibido de ellos; sin embargo, es necesario reconocer que ni la religión, ni la ciencia, ni las artes de la Fenicia han tenido jamás un lugar independiente dentro de esta civilización. Sus mitos religiosos están desprovistos de toda belleza; su culto despierta y desarrolla las pasiones de la lujuria y los instintos de la crueldad, en vez de refrenarlos. Y aún más, si nos limitamos a las épocas en que resplandece la verdad histórica, en ninguna parte encontramos vestigios de la más insignificante influencia de la religión puramente fenicia sobre las de los demás pueblos. Menos aún existen huellas de una arquitectura y de una plástica nacionales que puedan compararse, no ya con las de las ilustres metrópolis del arte, sino al menos con el arte italiano. La más antigua patria de las observaciones científicas, el lugar donde por primera vez fueron practicadas y se las consideró como cosa de algún valor, fue Babilonia, en la región del Éufrates. Allí se estudió por primera vez, según parece,^[1] el curso de los astros; allí también se distinguieron y anotaron los sonidos del lenguaje hablado, y empezó el hombre a meditar sobre las nociones del tiempo y del espacio, y sobre las fuerzas poderosas y activas de la naturaleza. Allí, en fin, se encuentran restos de los más antiguos monumentos de la astronomía, de la cronología, del alfabeto, de los pesos y de las medidas. Los fenicios sacaron un gran partido para su industria de las obras artísticas de Babilonia, en extremo notables. También para la navegación se aventajaron de la astronomía de este pueblo; y para su comercio, en cambio, de la escritura y del sistema de pesos y medidas de los asirios. Cabe destacar que los fenicios a su vez transportaron muy lejos todos los gérmenes fecundos de la civilización juntamente con sus mercancías. Pero nada demuestra que hayan jamás sacado de su propio fondo, por decirlo así, el alfabeto ni ninguna otra de las grandes creaciones del espíritu humano. ¿Se dirá acaso que los

helenos han recibido de ellos muchas nociones religiosas y científicas? Puede suceder, pero, aun en el caso de que se las hayan llevado los fenicios, ha sido más semejante al grano de trigo que cae por casualidad del pico de un ave, que a la semilla inteligente esparcida por la mano del labrador. No tenían, ni con mucho, el genio civilizador y de asimilación de los pueblos con quienes se pusieron en contacto, ni el de los helenos ni el de los italianos. En los países conquistados, por ejemplo, los romanos ahogaron las lenguas indígenas; el ibero y el celta fueron reemplazados en adelante por el idioma latino. Los bereberes del África, por el contrario, hablan aún en nuestros días la lengua que hablaron en tiempos de Hannon y de los hijos de Barca.

SU GENIO POLÍTICO

Pero aquello de lo que principalmente carecen los fenicios, el rasgo común que distingue notablemente a todos los pueblos de raza aramea de la familia indoeuropea, es del genio político que funda las sociedades y hace que se gobiernen a sí mismas en el seno de una libertad fecunda. En tiempos de la más brillante prosperidad de Sidón y de Tiro, el país fenicio viene a ser la manzana de la discordia entre los pueblos establecidos en las riberas del Éufrates y del Nilo. Un día está sujeto a los asirios; al siguiente, a los egipcios. Con la mitad de los recursos de este pueblo las ciudades griegas hubieran establecido sólidamente su independencia. No obstante, los hombres de Estado de Sidón eran gentes muy expertas y calculaban lo que habrían perdido si les hubieran cortado los caminos de las caravanas en Oriente y cerrado los puertos egipcios. Ante esto preferían cien veces un pesado tributo; valía más pagar los abrumadores impuestos exigidos por Nínive o por Menfis, e ir con sus flotas a sostener combates en todos los mares por cuenta de sus reyes soberanos. Así como en su país los fenicios aceptaban el yugo de un señor, tampoco cambiaron las tranquilas prácticas del comercio por los bazares de una política ambiciosa. Sus colonias fueron grandes mercados: llevar sus mercancías a los indígenas y exportar los productos de estos, ¡he aquí su gran negocio! No se cuidaron, pues, de ocupar vastos territorios en los países lejanos, y de consagrarse en ellos a las largas y difíciles tareas de la verdadera colonización. Les repugnaba la guerra incluso con sus mismos rivales, de tal forma que permitieron casi sin resistencia que se los expulse del Egipto, la Grecia, la Italia y la Sicilia occidental. En los días de las grandes batallas libradas tiempo atrás en las aguas del

Mediterráneo, hacia el oeste, en Alalia, por el año 217 (537 a.C.), y en Cimea, por el año 280 (474 a.C.) (volumen I, libro segundo, pág. 343), los etruscos sintieron, más que los fenicios, el peso de la lucha contra los griegos, sus comunes adversarios. Si la concurrencia comercial se hace inevitable, buscan el mejor acomodamiento posible, pero nunca, por ejemplo, intentarían la conquista de Masalia o de Cerea, y menos aún su genio los conducirá a emprender guerras ofensivas. En los antiguos tiempos, solo una vez fueron los primeros en tomar las armas, cuando partieron de las costas de África y se arrojaron sobre la Sicilia. Pero aun en esta ocasión obraban como súbditos obedientes del gran rey, y, para no tener que tomar parte directa en la gran invasión persa, marcharon contra los griegos occidentales. Ya hemos visto (volumen I, libro segundo, pág. 343) que en los mares occidentales hallaron a Gelon, el tirano de Siracusa, que los derrotó completamente en la batalla de Himera, al mismo tiempo que sus hermanos de Libia fueron destruidos al lado de los persas en el combate naval de Salamina. Sin embargo, la cobardía y la irresolución no eran vicios arraigados en este pueblo. Necesitan un gran valor el capitán que manda un buque de guerra y el navegante que se lanza por mares desconocidos; y sabido es que entre los fenicios había muchos y excelentes marinos. Se dirá que no tenían ni la persistencia ni la energía exclusiva del sentimiento nacional, pero ya sabemos que, por su parte, los arameos se distinguieron por la obstinación indomable de su genio. ¿Qué pueblo entre los indogermanos podría comparárseles en este aspecto? ¿No nos ha sucedido a nosotros mismos preguntarnos si estaban quizá sobre la naturaleza humana esos endurecidos semitas que armándose de todo su fanatismo, o derramando su sangre a torrentes, han sabido resistir hasta el fin los atractivos de la civilización griega y los medios de coacción de los dominadores procedentes del este o del oeste? Sentimiento profundo de la raza y amor ardiente a la patria, tales fueron las virtudes de los fenicios. Sin embargo, no tuvieron entre ellas el sentido político, y este es el rasgo esencial de su carácter. La libertad no tiene para ellos su ordinario atractivo y no aspiran a la dominación. Para emplear el lenguaje de la Biblia, «viven como acostumbrados los sidonios, sin ningún temor, en paz y tranquilos, e inmensamente ricos».^[2]

CARTAGO

Entre los establecimientos fenicios, los que más rápidamente prosperaron fueron sin

duda los fundados por los tirios y los sidonios en las costas de la España meridional y del África septentrional. Ni el brazo del gran rey, ni la peligrosa concurrencia de las marinas griegas podían alcanzarlos en España; y, por otra parte, los indígenas que aquí encontraron fueron para ellos lo que los indios de las Américas para los europeos después. En estos países fundaron numerosas y florecientes colonias; pero entre todas sobresalió la *ciudad nueva* o (*Carthada, Carthago*), como la llamaban los occidentales. Edificada con posterioridad a las demás ciudades fenicias del país, parece que en un principio había estado bajo la dependencia de Utica, su vecina y la más antigua de las colonias líbicas. Después, gracias a su admirable situación y a la inteligente actividad de sus habitantes, superó a todos los establecimientos o colonias de la costa, y hasta se sobrepuso a la madre patria. Cartago estaba asentada no lejos de la desembocadura, desviada en la actualidad, del Bagradas (el *Medgerda*), río que atravesaba las regiones del África septentrional, muy ricas entonces en cereales. La ciudad estaba en una altura fértil, cubierta de olivares y de naranjos, y aún en nuestros días permanece poblada por numerosas casas de campo. Por un lado, el terreno desciende suavemente hacia la llanura; por otro, avanza en forma de promontorio hasta el mar que lo rodea, en el centro mismo del golfo extenso de Túnez, y forma un puerto magnífico, que la naturaleza ha proporcionado a esta región de África. Su gran seno ofrece un seguro anclaje a las más grandes naves, y el agua dulce desciende hasta la misma ribera. Por tanto, la agricultura y el comercio hallan allí reunidas las más favorables condiciones.^[3] Como colonia tiria, Cartago fue la plaza más importante de comercio que poseyeron los fenicios; y, cuando fue conquistada por los romanos, llegó a ser la tercera ciudad del Imperio apenas salió de sus ruinas. Hoy, en fin, las ventajas del lugar son tales, que existe allí una ciudad que cuenta con más de cien mil habitantes, aunque peor situada y poblada. La posición de Cartago y el genio de sus habitantes explican por sí solos su prosperidad agrícola, mercantil e industrial. Pero ¿cómo y por qué medios había podido este establecimiento fenicio convertirse en centro capital de un imperio, cuando este pueblo no había podido fundar otro análogo en parte alguna? La cuestión pide y merece una respuesta.

CARTAGO A LA CABEZA DE LOS FENICIOS DE OCCIDENTE EN SU LUCHA CON LOS GRIEGOS

Abundan las pruebas de que en Cartago los fenicios siguieron la misma política de

paz que en todas partes. Hasta en los tiempos de su mayor pujanza, los cartagineses pagaron a un pueblo de bereberes indígenas (los *maxitanos* o *mazicos*) la renta del terreno que ocupaba su ciudad. Separados como estaban del gran rey por el mar y los desiertos, y aunque no tenían nada que temer de las monarquías del Oriente, reconocieron su soberanía nominal y hasta les pagaron tributo en ocasiones, para asegurar la facilidad de sus relaciones mercantiles con Tiro y con las regiones orientales. Pero, a pesar de tanta docilidad y flexibilidad, llegó un día en que la fuerza de las cosas les impuso una política más viril. Las emigraciones griegas iban extendiéndose por el oeste. Los fenicios, que ya habían sido arrojados de la Grecia y la Italia, iban también a verse expulsados de Sicilia, España y Libia, si no luchaban y ponían un dique para sujetar la invasión. Con los traficantes griegos no era suficiente una sumisión más o menos efectiva, como hubiera bastado con el gran rey; por otra parte, el pago de un tributo no salvaba su comercio ni su industria. Ya los griegos habían fundado Masalia y Cirene, y ocupaban toda la Sicilia oriental; había sonado, pues, la hora de la resistencia a todo trance. Los cartagineses tomaron decididamente su partido. Después de largas y empeñadas guerras, encerraron a los de Cirene en sus límites, y en adelante el helenismo no pudo fijar su planta al otro lado del desierto de la Tripolitana. Con la ayuda de Cartago, los fenicios establecidos en el extremo de la Sicilia occidental también llegaron a rechazar las agresiones de los griegos, y entraron de buen grado en la clientela de la poderosa ciudad fundada por sus compatriotas (volumen I, libro primero, pág. 170). En el siglo II de Roma (de 654 a 554 a.C.) es cuando ocurrieron estos acontecimientos que aseguraron a los fenicios su supremacía en los mares sudoccidentales, al mismo tiempo que Cartago, cuyos esfuerzos y armas lo decidieron todo, se puso naturalmente a la cabeza de su nación, y con las necesidades de su nueva posición cambió radicalmente de política. Como ya no era simplemente un gran establecimiento de comercio, le resultaba necesario fundar un imperio en Libia y dominar sobre una porción del Mediterráneo, y, en consecuencia, se dedicó a ello con vigor. Para llevar a cabo su tarea encontró un poderoso auxilio en los mercenarios que acudían de todas partes. La profesión de soldado aventurero, que no halló eco en Grecia hasta el siglo IV a.C., se practicaba en Oriente desde la más remota antigüedad, sobre todo entre los carios, y quizá también entre los fenicios. Gracias a los *condottieri*, los enganches verificados en el extranjero convertían la guerra en una especie de especulación comercial, a lo que se acomodaron fácilmente los fenicios de África.

IMPERIO AFRICANO DE CARTAGO. LOS LIBIOS

A consecuencia de los acontecimientos exteriores, Cartago se vio obligada a modificar su situación y su conducta en África. Si en un comienzo solo poseía el suelo a título de arrendamiento o a título precario, luego se hizo conquistadora y propietaria. Hacia el año 300 de Roma (454 a.C.) sus mercaderes se emanciparon de la renta que habían pagado hasta entonces a las tribus indígenas, y comenzaron a ejercer la agricultura en gran escala. En todos los tiempos los fenicios habían empleado gustosos sus capitales en la agricultura y cultivado sus vastas posesiones, no por sí mismos, sino por esclavos o trabajadores a jornal. Ya cerca de Tiro entraban los judíos en gran número al servicio de los comerciantes de la ciudad.

Los cartagineses pudieron a su vez someter el suelo fértil de la Libia a un sistema muy análogo al de las modernas plantaciones coloniales. Labraban la tierra los esclavos, que en ciertos dominios ascendían a veinte mil. No contenta con esto, Cartago se apoderó de todas las ciudades de importancia de las tribus circunvecinas. (Las tradiciones agrícolas de los libios eran muy anteriores a la llegada de los cartagineses a sus costas, y procedían sin duda del Egipto.) Dominados por la fuerza de las armas, los campesinos libres fueron reducidos a la condición de *fellahs* tributarios que entregaban a sus señores la cuarta parte de los frutos, y suministraban al ejército cartaginés los contingentes de un reclutamiento regular. Por lo demás, como la lucha en las fronteras con las tribus pastorales (νόμαδαζ) se perpetuaba, se estableció una línea de puestos avanzados que aseguró la tranquilidad de la zona interior. Los nómadas, finalmente, fueron rechazados poco a poco hasta el desierto o la montaña; otros reconocieron la soberanía de Cartago, le pagaron tributo y le enviaron soldados.

En tiempos de la primera guerra púnica, fue conquistada Theveste (Tevesa, cerca de las fuentes del Medjerda), la gran ciudad de los indígenas. En adelante, todos estos libios fueron comprendidos en los documentos públicos bajo la denominación siguiente: *Las ciudades y pueblos de los súbditos*. Las ciudades eran los *duars* o aldeas sujetas; los pueblos eran los nómadas que sufrían la soberanía de Cartago.

LOS LIBIOFENICIOS

Todos los fenicios establecidos en África, los libiofenicios como se los llamaba, se

reconocieron en seguida sus vasallos. Los libios, por un lado, habían salido tiempo atrás y fundado una multitud de colonias en la parte noroeste de la costa de África; colonias generalmente importantes, puesto que sabemos que en una sola ocasión se enviaron tres mil colonos a las costas del Atlántico. Los fenicios, por otro lado, procedentes de la madre patria asiática, habían ocupado las costas de la actual provincia de Constantina y del Beylickato de Túnez. Entre sus ciudades se contaban Hipona (*Hippo regius*, más tarde; hoy, Bona); Hadrumete (Susa); la Pequeña Leptis (*Lepta*, al sur de Susa), segunda ciudad de los fenicioafricanos; Thapsus (*Demsas*, en la misma situación), y la Gran Leptis (*Levedath*, no lejos de Trípoli). ¿Se habían sometido voluntariamente todas estas ciudades para hallar en Cartago una defensa contra los de Cirene y los númidas, o por el contrario habían sido reducidas por la fuerza? Se ignora completamente. Lo único que con seguridad se sabe es que en todos los actos oficiales figuraban como sujetas, y que habían tenido que derribar sus murallas y mandar sus contingentes al ejército cartaginés. Esto no quiere decir que estuviesen obligadas a una conscripción regular ni a un impuesto, sino simplemente que tenían que suministrar una cifra determinada de hombres y dinero. La Pequeña Leptis, por ejemplo, daba cada año la enorme suma de 365 talentos. Además, entre estas ciudades y Cartago había comunidad de derecho civil y de matrimonios.^[4] Solo Utica había permanecido libre; solo ella había conservado sus murallas y su independencia, no tanto por efecto de su fuerza real como por una especie de sentimiento de respeto de parte de Cartago hacia su antigua protectora. Enteramente diferente de los griegos, tan célebres por su indiferencia olvidadiza, los fenicios respetaban en alto grado semejantes recuerdos. En sus relaciones con el extranjero se las ve siempre estipular o comprometerse juntas a Utica y a Cartago, lo cual no le impedía a la ciudad nueva ejercer una indisputable hegemonía sobre su vecina. Así pues, el oscuro establecimiento tirio se había convertido poco a poco en la capital de un vasto imperio norafricano. Sus posesiones llegaban por el oeste desde el desierto de la Tripolitana al mar Atlántico, y con frecuencia no hacían más que ocupar a medias la extensa zona de las costas (Marruecos y Argel); por la parte del este se dirigían constantemente al sur, y avanzaban por el interior hasta las ricas provincias de Túnez y Constantina. «Los cartagineses —dice un escritor antiguo—, de tirios que eran en un principio, se convirtieron en libios.» La civilización fenicia dominaba absolutamente en Libia, de la misma forma que la civilización griega había conquistado después de Alejandro el Asia Menor y la Siria. En la tienda de los jeques nómadas se hablaba y escribía en fenicio, y la población indígena mostraba su primera e incompleta cultura haciendo del alfabeto fenicio el instrumento de su

lengua.^[5] En cuanto a desnacionalizarlos por completo, a convertirlos en fenicios, no entraba ni en la intención ni en la política de los cartagineses.

Es imposible determinar la época en que su ciudad llegó a ser definitivamente la capital de la Libia, pues esta revolución fue haciéndose lentamente. El escritor que acabamos de citar considera a Hannon como el reformador de su nación. Si se trata aquí de Hannon, el contemporáneo de la primera guerra púnica, este no ha podido hacer más que poner la última piedra del vasto edificio, cuya construcción se ha verificado sin duda durante el transcurso de los siglos IV y V de Roma.

Cosa notable: al mismo tiempo que Cartago iba aumentando su prosperidad y grandeza, las grandes ciudades fenicias de la madre patria iban decayendo; Sidón y Tiro, sobre todo, no volvieron a conocer días prósperos. Acosadas por las disensiones intestinas y por las calamidades que venían de fuera, en el primer siglo de Roma sucumbieron a los golpes de Salmanasar; en el siglo II, a los de Nabucodonosor, y en el siglo V, a los de Alejandro de Macedonia. Ante esta situación las familias nobles, las antiguas casas comerciales de Tiro, acudieron en gran número a pedir paz y seguridad a la ciudad hermana que florecía en África, y le llevaron el refuerzo de su inteligencia, de sus riquezas y sus tradiciones. Cuando los fenicios se pusieron en contacto con Roma, Cartago se convirtió en la gran ciudad del mundo canaanita, como Roma era la primera entre las del mundo latino.

PODER MARÍTIMO DE CARTAGO

Pero el poder continental de Cartago en África apenas constituía la mitad de su fuerza; por este mismo tiempo fundó también un imperio marítimo no menos grandioso.

ESPAÑA

En España, la antigua factoría tiria Gades (Cádiz) era por entonces el principal establecimiento, pero a la vez se extendía por el este y el oeste una larga cadena de colonias comerciales, y en el interior Cartago poseía también muchas minas de plata. En suma, tenía en su poder Andalucía y la actual provincia de Granada, o por lo menos sus costas, pues ni siquiera intentó conquistar terreno alguno en el interior

perteneciente a las belicosas naciones indígenas. Le bastaba con poseer los tesoros que ocultan las laderas de las montañas y tener puntos de escala para su comercio y sus pesquerías, y es allí donde únicamente se tomaba el trabajo de luchar contra los pueblos inmediatos. Se supone que todas estas posesiones eran tirias, más que cartaginesas, y es probable que Gades no se contase entre las ciudades tributarias. Sin embargo, al igual que todos los demás establecimientos fenicios de Occidente, las colonias españolas fueron sucesivamente absorbidas por la hegemonía de la ciudad africana. Una prueba de esto veo en los auxilios enviados de África a los gaditanos contra los indígenas, y en las colonias que fundó Cartago más allá de Gades, aún más al oeste. Por el contrario, Ebusus (Ibiza) y las Baleares habían sido ocupadas desde mucho tiempo atrás, ya para la pesca, ya como puestos avanzados contra los masalotas, con quienes sostenían «en estas regiones» constantes y encarnizados combates.

CERDEÑA

En el siglo II de Roma, hallamos ya a los cartagineses establecidos también en Cerdeña explotando sus recursos, de la misma forma que explotaban las riquezas de la Libia. Así, mientras que los indígenas fueron a buscar en las montañas del interior de la isla un asilo contra la esclavitud, así como en África los nómadas se habían refugiado en el gran desierto, los fenicios fundaron Caralis (Cagliari) y otras importantes colonias, y comenzaron a cultivar sus fértiles costas trayendo a ellas labradores africanos.

SICILIA. IMPERIO MARÍTIMO RIVALIDAD CON SIRACUSA

En Sicilia, donde el estrecho de Messina y la mayor parte de la región oriental de la isla habían caído definitivamente en poder de los griegos, los fenicios poseían, con el auxilio de Cartago, las Egates,^[6] Melita, Gaulos, Cossyra (Malta, Gozzo y Pantelaria) y una porción de islas más pequeñas. La colonia de Malta era entre ellas la más floreciente. Ocupaban también toda la costa del oeste y noroeste de la isla con Motia y Lilibea (Marsala). Después conservaron comunicaciones fáciles con

África y con Cerdeña por Panormo (Palermo) y Soloeis. Los elimios, los sicanos y los sículos, que eran los indígenas, vivían acantonados en el interior. Como los griegos ya no podían extender sus dominios, se había establecido entre ellos y sus rivales una especie de inteligencia y de paz, que fue rota solo por un momento hacia el año 274 (480 a.C.), cuando, a instigación de los persas, los cartagineses atacaron de nuevo a los helenos. Después de esta tentativa, la paz duró hasta la expedición de los atenienses a Sicilia ocurrida entre los años 339 y 341 (415 a 413 a.C.). Cada cual soportaba a su vecino de buena o mala gana y se contentaba con sus antiguas conquistas. Por otra parte, cabe destacar que, por más importantes que fuesen en sí mismas todas las posesiones de Cartago, tenían un valor muy superior consideradas como sostén de su poder marítimo. Dueños de la parte sur de España, de las Baleares, de la Sicilia occidental y de Malta, impidiendo los progresos de la colonización griega en la costa oriental de España, en Córcega y en las regiones de las dos Sirtes; y, por último, establecidos ya en la ribera septentrional de África, los cartagineses habían convertido el mar circundante en mar cerrado (*Mare Clausum*), y monopolizaban los estrechos occidentales. Las demás naciones solo eran copartícipes con ellos en los mares galos y tirrenos. Sin embargo, semejante estado de cosas solo podía subsistir mientras las fuerzas de los griegos y de los etruscos continuasen equilibradas. Contra los demás concurrentes, Cartago hizo inmediatamente alianza con los tirrenos, que eran rivales menos peligrosos para ella. Por lo demás, después de la caída de los etruscos, que la colonia tiria no había hecho nada por impedir, como sucede siempre en esa especie de coaliciones forzosas, y después del fracaso de la vasta empresa de Alcibíades contra Siracusa, esta última ocupó sin disputa el primer puesto entre las potencias griegas marítimas. A su vez, los señores de Siracusa aspiraron a dominar toda la Sicilia y la Italia meridional, los mares Tirreno y Adriático, y, en consecuencia, los cartagineses se vieron inmediata y violentamente rechazados en la política enérgica que habían emprendido. Hubo largos y empeñados combates entre aquellos y su poderoso rival Dionisio el Mayor (406 a 365 a.C.), cuyo primer resultado fue la ruina o la decadencia de las pequeñas ciudades sicilianas que habían tomado parte por los africanos o por Siracusa. La isla quedó dividida en dos partes, y perteneció por mitad a ambos rivales. Las ciudades más florecientes, Selinunte, Agrigento, Himera, Gela y Messina habían sido arrasadas por los cartagineses en medio de las más encarnizadas luchas. Dionisio, insensible a semejantes desastres, aun cuando todo el edificio de la colonización helénica se abría y desmoronaba, se apresuró a sacar ventajas de ello. Puesto a la cabeza de sus mercenarios reclutados en Italia, en las Galias y en España, creyó que

su tiranía estaba más segura reinando en adelante sobre campos desiertos o sobre colonias militares. El general cartaginés Magón había quedado victorioso definitivamente en Cronion en el año 371 (383 a.C.). Por la paz estipulada a consecuencia de este triunfo, Cartago se apoderó de las ciudades griegas de Thermæ (Himera la Vieja), Egesta, Heráclea Minoa, Selinunte y una parte del territorio agrigentino hasta el Halicus. Esta paz no podía ser duradera entre los dos rivales que se disputaban la isla; ambos acechaban una ocasión oportuna para ver cuál de ellos arrojaba primero a su contrario. En cuatro ocasiones, los cartagineses invadieron toda la Sicilia excepto Siracusa, cuyos muros desafiaban sus esfuerzos; fue en tiempos de Dionisio el Mayor (360 de Roma), de Timoleón (410), de Agatocles (445) y de Pirro (476). Por su parte, los siracusanos se creyeron otras tantas veces, guiados por generales experimentados como el mismo Dionisio, Agatocles y Pirro, en las vísperas de arrojar de la isla hasta el último africano. Sin embargo, Cartago cada día iba adquiriendo más supremacía, y sus ataques se sucedían de un modo regular, no con la persistencia y claridad de miras con que Roma se dirigía a su fin, pero sí combinados de muy diferente modo y mucho más enérgicos que la defensa de los griegos en su ciudad, presa de la perplejidad y de los desórdenes de los partidos. Los cartagineses tenían derecho a esperar para su empresa un éxito favorable, a pesar de la peste y de los *condottieri* extranjeros. Ya se había decidido por mar la victoria a su favor (volumen I, libro segundo, pág. 414), y Pirro había hecho en vano un supremo esfuerzo para resucitar la marina siracusana. En adelante se enseñorean las naves cartaginesas de todos los mares occidentales, y, al verlos atacar Siracusa, Rhegium y Tarento, se comprende lo que puede y quiere hacer Cartago. Al mismo tiempo aseguran con exquisito cuidado el monopolio de todo el comercio, tanto con el extranjero como entre sus propios súbditos, y no vacilan nunca en recurrir a la violencia si esta les asegura el éxito. Un contemporáneo de las guerras púnicas, Eratóstenes (de 479 a 560 de Roma), el padre de la geografía, declara que toda nave extranjera que navegaba hacia Cerdeña o hacia el estrecho de Gades era irremisiblemente echada a pique, si los cartagineses llegaban a apoderarse de ella. Deben recordarse además los tratados hechos con Roma. En el año 406 (348 a.C.), los cartagineses habían abierto los puertos de España, Cerdeña y Libia a los mercaderes romanos; en el 448 (306 a.C.), en cambio, los cerraron a todos, a excepción del de Cartago (volumen I, libro segundo, págs. 436 y siguientes).

CONSTITUCIÓN CARTAGINESA

EL CONSEJO O SENADO. LOS FUNCIONARIOS

Aristóteles, que murió unos cincuenta años antes del comienzo de la primera guerra púnica, nos pinta la constitución de Cartago como habiendo pasado del estado monárquico a la aristocracia, o más bien a la democracia templada por la oligarquía, y le da esos dos nombres a un mismo tiempo.^[7] El gobierno había pertenecido al Consejo de los Ancianos o Senado, que estaba compuesto, como la Gerusia de Esparta, por dos reyes anuales designados por el pueblo y veinticuatro gerusiastas nombrados anualmente, quizá también por el mismo pueblo. A este Senado le correspondía el derecho de arreglar y tratar todas las cuestiones importantes: los preparativos para la guerra, las levadas y los reclutamientos, por ejemplo, eran dispuestos y dirigidos por él. Nombraba al general del ejército, y le agregaba cierto número de gerusiastas, entre los que se reclutaban los oficiales que estaban bajo sus órdenes inmediatas; por último, recibía todos los despachos del Estado. Se duda de que al lado de este consejo tan reducido haya habido otro más numeroso; en todo caso, habrá tenido muy poca autoridad. Los reyes no tuvieron tampoco más poder o influencia que los demás; simplemente se sentaban como grandes jueces, y hasta se les dio con frecuencia este mismo nombre (*schofeth*, sufetes, pretores). Los generales tenían mucho más poder. Isócrates, contemporáneo también de Aristóteles, refiere que los cartagineses vivían entre sí en una especie de oligarquía, pero que en el ejército predominaba la organización monárquica. De este modo es como los escritores latinos han podido, con razón, comparar las funciones del general cartaginés con las del dictador romano. Sin embargo, esta dictadura estaba mitigada por la presencia de los gerusiastas, comisarios del Senado, y por la obligación, desconocida en Roma, de dar una severa cuenta al salir del cargo. Pero no tenía término fijo, y en este aspecto se distingue esencialmente de la monarquía anual o consulado, con el que Aristóteles se guarda muy bien de confundirla. Por último, los cartagineses practicaban a veces la acumulación de funciones, y se ve, sin que esto llame la atención, que un mismo hombre es a la vez sufete en la ciudad y general a la cabeza del ejército.

LOS JUECES

Por encima de la Gerusia y los funcionarios supremos estaba el Consejo de los

Ciento Cuatro, o mejor dicho el Consejo de los Ciento, o de los Jueces, verdadera ciudadela de la oligarquía cartaginesa. En un principio no existieron, sino que salieron de la oposición aristocrática, semejantes a los éforos espartanos, a título de reacción contra el elemento monárquico que se manifestaba en el seno de las instituciones. La venalidad de los cargos y el corto número de ciudadanos llamados a tomar parte en las funciones supremas hacían posible el peligro. De hecho, una familia más poderosa que las demás por su riqueza y la gloria de las armas, la familia de Magón (volumen I, libro segundo, pág. 341), parecía dispuesta a apoderarse del gobierno de los negocios tanto en tiempos de paz como de guerra, y también de la administración de justicia. Fue necesario conjurar el peligro; de aquí la reforma, contemporánea sin duda a la de los decenviros romanos, y la creación del nuevo cuerpo de los jueces. Todo lo que sabemos de esto se reduce a que la entrada en los Ciento Cuatro estaba subordinada a la condición de haber previamente ejercido la cuestura. Sin embargo, para ser admitido entre ellos, el candidato necesitaba además ser elegido por lo que Aristóteles denominaba los pentarcas (quinquenviros), que se reclutaban entre aquellos. Por lo demás, aunque los jueces eran nombrados solo por un año, supieron hacer que se les prorrogase el plazo de duración de sus funciones, y aun conseguir que fuesen vitalicias, por lo cual los griegos y los romanos los designan frecuentemente con el nombre de senadores. Cualesquiera que fuesen sus atribuciones de detalle, punto oscuro para nosotros, los altos magistrados constituían en su esencia un cuerpo completamente oligárquico, formado por una previsora aristocracia y elegido de su propio seno. Citemos un hecho característico: en Cartago, al lado del baño público destinado a los simples ciudadanos estaba el de los jueces. La principal misión de esta especie de jurado político era hacer que el general le rindiese cuentas de los asuntos de la guerra; pero, en caso de falta, también eran citados ante ellos los sufetes y los gerusiastas a la salida del cargo. Los jueces, despiadados y crueles en su derecho de sentencia arbitraria, enviaban con frecuencia al acusado al suplicio. Como sucede siempre allí donde el poder ejecutivo está colocado bajo una efectiva vigilancia, el centro del poder estaba fuera de su dominio, y del cuerpo comprobado pasó al comprobante. Por un efecto natural, iba mezclándose este cada vez más en los asuntos administrativos: la Gerusia llegó a entregarles los despachos de Estado más importantes antes de notificarlos al pueblo, y muy pronto los hombres de Estado y los generales quedaron como paralizados en los consejos de la ciudad y en los campos de batalla, ante la amenaza de un juicio sobre el buen o mal éxito de sus negocios.

LOS CIUDADANOS

Si bien en Cartago el pueblo no estaba reducido a asistir pasivamente a los actos públicos del gobierno —como sí ocurría en Esparta—, no ha gozado sin embargo de mucha más influencia. En las elecciones para el cargo de gerusiastas, lo hacía todo la corrupción electoral. Si se trataba de elegir un general, el pueblo era efectivamente consultado, pero en realidad la elección había sido hecha ya por la designación de los gerusiastas. Por lo demás, solo se lo consultaba cuando el Consejo de la Gerusia lo estimaba conveniente, o si había desacuerdo en su seno. No existían, por último, tribunales populares. Semejante insignificancia política por parte del pueblo tenía sin duda su origen en su organización misma. Incluso es posible que las asociaciones de comidas en común (como se las llamaba), muy parecidas a los *phiditias* lacedemonios,^[8] no fuesen más que corporaciones exclusivas y oligárquicas. De cualquier modo, vemos que siempre se distinguía entre los ciudadanos propiamente dichos y los artesanos y jornaleros, de donde puede concluirse que a estos últimos se los consideraba como de baja condición, y sin ningún derecho.

CARÁCTER DE ESTA CONSTITUCIÓN

Reunamos estos rasgos dispersos. La constitución cartaginesa pone el gobierno en manos de los ricos, como sucede en toda ciudad donde no hay clase media y que se compone de una plebe urbana, pobre y viviendo al día, y de una clase de grandes traficantes, ricos plantadores y altos funcionarios. En Cartago se tenía la costumbre de devolver a los ricos sus bienes, cuando habían caído o se habían empobrecido, a expensas de sus súbditos. Se los enviaba a las ciudades del Imperio a título de recaudadores de tributos y prestaciones, signo infalible de corrupción en toda oligarquía. Es verdad que Aristóteles ve en esto la causa de la solidez probada de las instituciones cartaginesas. Convengo en que hasta el tiempo de este ilustre filósofo no hubiese ocurrido en Cartago ninguna revolución que mereciese este nombre. La muchedumbre carecía de jefes. La sabia oligarquía de los ricos tenía siempre ventajas materiales que ofrecer al que se mostrase inteligente, ambicioso y activo; y con respecto a la plebe, se le tapaba la boca con las migajas de pan arrojadas en recompensa de su voto en las elecciones, y que en realidad eran las sobras de la mesa

de los ricos. Se concibe que bajo tal régimen naciese una oposición democrática; pero, cuando comenzaron las guerras con Roma, esta oposición era aún impotente. Más tarde, después de los desastres del ejército, su influencia política aumentó con mayor rapidez que en Roma, donde se agitaba un partido muy semejante. Fue entonces cuando las asambleas populares quisieron decidir todas las cuestiones importantes, y despojaron de su omnipotencia a la oligarquía. Al terminar las guerras de Aníbal, y gracias a la iniciativa de este gran capitán, veremos que se decide que ningún miembro del Consejo de los Ciento pueda conservar su puesto por más de dos años. La democracia avanza con gran rapidez: solo ella hubiera salvado a Cartago, si para esta ciudad hubiera habido salvación posible. Por lo demás, es necesario reconocer que la oposición tenía por móvil un ardiente patriotismo y un gran deseo de reformas; pero le faltaban sólidos puntos de apoyo, pues todo estaba gastado y podrido en aquella sociedad.

Según los griegos, este pueblo, al que comparan con el de Alejandría, estuvo siempre muy indisciplinado y se mostró incapaz de merecer y conquistar el poder. En verdad habría que preguntarse adónde podrían conducir y qué bienes podrían traer las revoluciones hechas solamente por jóvenes atolondrados y políticos callejeros.

LOS CAPITALES. PODER FINANCIERO DE CARTAGO

En materia de rentas, Cartago tiene derecho al primer puesto entre todos los Estados de la antigüedad. El historiador más grande de los griegos declara que, en la época de las guerras del Peloponeso, Cartago superaba en riquezas a todas las ciudades de la Hélade y compara sus ingresos con los del gran rey; Polibio también la llama «la ciudad más opulenta del universo». La agricultura estaba en un alto grado de florecimiento; los generales y los hombres de Estado se complacían, lo mismo que en Roma, en consagrarle sus ejemplos y enseñanzas. Así lo acredita el tratado especial escrito por Magón, que más tarde los romanos y los griegos consideraron como el *Código de agronomía racional*. Se tradujo al griego y el Senado romano dio orden de traducirlo también al latín, y lo recomendó oficialmente a los labradores italianos.^[9] Lo que caracteriza la agricultura fenicia es su estrecha alianza con la ley del capital. El labrador de Cartago tiene por máxima no abarcar más terreno que el que los medios de que dispone le permiten cultivar bien; practica ante todo el cultivo intensivo. Las regiones libias producen gran número de caballos, bueyes, ovejas y

cabras, lo que constituye la riqueza de sus pueblos nómadas, y de la que Cartago sabe sacar buen partido. Por otra parte, los cartagineses no solo enseñan a los romanos a utilizar sabiamente el suelo, sino que les muestran también la manera de explotar a las naciones sujetas. En efecto, hacen que entre en su ciudad la renta de la mejor parte de Europa y de los países del África septentrional favorecidos con los ricos dones de la naturaleza, esto es, de la Bizancena a la pequeña Sirtes, por ejemplo. El comercio fue siempre considerado entre ellos como una profesión honrosa: las fábricas y los armamentos, alimentados por el comercio, proporcionaban inmensas riquezas y bienestar a todos los habitantes de la ciudad. Ya hemos hecho notar su gran monopolio, que acapara todo el tráfico de importación y exportación en todas las costas del Mediterráneo occidental. Su puerto era, además, el centro de todo el comercio internacional entre el este y el oeste. Por otra parte, aquí, lo mismo que más tarde en Roma, y aun sujetándose a la influencia helénica, fueron cultivadas con cierto éxito las ciencias propiamente dichas y las artes. La literatura fenicia tenía cierta importancia; y cuando los romanos tomaron Cartago encontraron en ella ricas colecciones de objetos artísticos, no formadas con los productos indígenas, sino traídas de los templos conforme iban conquistando la Sicilia, y bibliotecas no menos preciosas. Pero incluso en esto se había puesto la inteligencia al servicio del capital. La literatura púnica, a juzgar por lo poco que de ella sabemos, se componía principalmente de tratados de agricultura y de geografía. Testigos de esto son la obra antes citada de Magón y el famoso *Periplo* de Hannon, cuya traducción griega ha llegado hasta nosotros. El *Periplo*, que había sido fijado públicamente en los muros de un templo, refería el viaje de circunnavegación de este almirante por todas las costas del África occidental.^[10] También se estudiaban en Cartago los conocimientos útiles y las lenguas extranjeras, y vemos que en esta última materia estaba quizá tan adelantada como llegó a estarlo la Roma imperial en tiempos posteriores. Las enseñanzas de la cultura griega eran allí muy apreciadas, pero tenían un sentido eminentemente práctico.^[11] Aunque es absolutamente imposible evaluar la inmensa suma de capitales que afluían a esta Londres de la antigüedad, podrá formarse sin embargo una idea de lo fecundo de las fuentes en que bebía por este único hecho: a pesar de su organización militar excesivamente costosa y de su administración infiel o mal dirigida, las contribuciones que pagaban sus súbditos y los ingresos de las aduanas bastaban para cubrir con exceso sus gastos, sin tener necesidad de exigir el más pequeño impuesto a los ciudadanos. Después de la segunda guerra púnica y cuando el Imperio de Cartago ya se había derrumbado, una pequeña reforma en el sistema financiero, y no la creación de nuevos impuestos, fue

suficiente para atender inmediatamente los gastos corrientes y al pago de la anualidad de 340 000 taleros, que tenían que entregar a los romanos. Por último, catorce años después de la paz, Cartago ofreció pagarles de una vez los treinta y seis plazos que le faltaban. Pero no es solo en sus inmensas rentas en lo que se manifestaba la superioridad financiera de la ciudad fenicia. Hallamos también en ella, y únicamente en ella entre los grandes Estados del mundo antiguo, la observancia de principios económicos que solo se encuentran en los tiempos modernos, que son los más avanzados en la ciencia económica. Cartago contrata empréstitos (en pro y en contra) con las demás naciones. En su sistema de valores entran el oro y la plata en barras, la moneda de estos dos metales para su comercio con la Sicilia, y, por último, un signo convencional sin valor material, cuyo uso era aún desconocido por las demás naciones. Si un Estado pudiera reducirse a una vasta empresa de especulación comercial, habría que convenir en que ningún otro ha realizado este fin mejor ni más completamente que Cartago.

PARALELO ENTRE ROMA Y CARTAGO. ECONOMÍA POLÍTICA

Comparemos ahora estas dos potencias rivales: los romanos y los cartagineses eran ante todo dos pueblos agrícolas y comerciantes; y en ambos la situación de las artes y de la ciencia era la misma, esto es, una situación completamente subordinada y práctica. Sin embargo Cartago tenía sobre Roma una notable ventaja: los medios pecuniarios eran superiores a los que proporcionaba el suelo, y en Roma sucedía lo contrario. Por otra parte, mientras que en África los grandes propietarios y poseedores de esclavos acaparaban la agricultura, en Roma, la mayor parte de los ciudadanos labraban la tierra por sí mismos en esta época. Aquí, el pueblo era por lo común poseedor; en Cartago estaba excluido de la propiedad y pertenecía al oro de los ricos, o al primer grito de reforma de los demagogos. La opulencia y el lujo, cosas propias de las plazas comerciales, se habían ya generalizado en la ciudad fenicia; entre los romanos, en apariencia al menos, los hábitos y la policía conservaban bastante arraigadas la austeridad antigua y las costumbres frugales. Cuando los enviados de Cartago volvieron por primera vez de Italia, contaron a sus colegas que la sencillez en las relaciones íntimas y recíprocas entre los senadores romanos superaba cuanto pudiera imaginarse, que no había para todo el Senado más que una vajilla de plata, que se llevaba a la casa en que había convidados o huéspedes. Insisto sobre este rasgo, porque es el signo más característico del estado

económico de ambas ciudades.

INSTITUCIONES

Las dos constituciones pertenecían al régimen aristocrático. El Senado romano y los jueces de Cartago ejercían el poder en condiciones absolutamente análogas. Ambos gobiernos obedecían al mismo pensamiento; prueba de esto es la dependencia en que estaban los diversos funcionarios, la prohibición impuesta a los ciudadanos de aprender el griego sin autorización especial, y de comunicarse con ellos solo mediante un intérprete oficial. Pero en Cartago la tutela del Estado se mancha con rigores crueles, por excesos de una arbitrariedad llevada al último límite; en Roma, en cambio, las penas de simple policía y la nota de censura parecen suaves e inteligentes a la vez. El Senado romano, accesible a todo aquel que brillaba por su talento, era la viva representación del pueblo; tenía confianza en él, y a su vez el pueblo no tenía nada que temer de los altos magistrados. En Cartago, el Senado era la comprobación de la rivalidad en lucha por el poder de administración, que era dueño en realidad del gobierno supremo; y solo representaba a algunas familias de las más notables. Arriba, abajo y en todas partes, la desconfianza era su ley, y no sabía nunca si el pueblo iría a donde él quisiese conducirlo, o si los magistrados aspirarían a alguna usurpación. ¡Véase en cambio la marcha firme y regular de la política romana! No la hace retroceder su mal éxito, ni adormecen su vigilancia los favores de la fortuna, jamás la detienen en mitad de su camino. Por el contrario, veremos a los cartagineses rehuir la lucha en el momento mismo en que un último esfuerzo hubiera podido salvarlo todo. Les disgustan los designios más vastos y nacionales, y dejan que se derrumbe el edificio medio construido; después, al cabo de algunos años, vuelven a la carga de repente, aunque ya sea demasiado tarde. Como consecuencia de esta situación, en Roma todo magistrado hábil marcha en perfecto acuerdo con el gobierno, mientras que en Cartago casi siempre está en guerra abierta con los senadores. Para resistirlos viola la constitución y hace causa común con los partidos revolucionarios.

GOBIERNO DE LOS SÚBDITOS

Cartago y Roma tenían que administrar pueblos de su misma nacionalidad y numerosos pueblos extranjeros. Pero Roma había admitido sucesivamente al derecho de ciudad a todas las tribus romanas, unas después de otras, y, en cuanto a las ciudades latinas, les había abierto el acceso legal a él. Cartago, por el contrario, se cierra y aísla, y ni siquiera deja a las provincias sometidas la esperanza de llegar a la igualdad civil. Por otra parte, los aliados de Roma tenían parte en las ventajas que proporcionaba su victoria, particularmente en los dominios conquistados. Y en los demás países sometidos, la República daba espontáneamente satisfacciones materiales a los notables y a los ricos, atrayéndose de este modo numerosos partidarios. Cartago, no contenta con apropiarse de todo el botín de la guerra, quita hasta la libertad de comercio a las ciudades que con más benignidad trataba. Roma nunca arrebató por completo a las ciudades sus derechos de autonomía interior, ni siquiera a las que trataba con más rigor; jamás les impuso un tributo regular. Cartago, por su parte, enviaba a todos lados sus intendentes, incluso recargaba las antiguas ciudades fenicias con impuestos periódicos y excesivos, y agobiaba con una especie de servidumbre política a las nacionalidades que caían bajo su poder. Así, pues, en todo el Imperio cartaginés-africano, a excepción quizá de Utica, no se encontraba una sola ciudad para quien la ruina de la metrópoli no fuese beneficio material y político. Por el contrario, en el Imperio romano-italico no se hubiera hallado una ciudad que no hubiese perdido más que ganado con la caída de un régimen siempre atento a los intereses materiales de todos, y que se guardaba de irritar a los opositores con medidas extremas o de incitarlos al combate. Los hombres de Estado de Cartago creían tener sujetos a sus súbditos fenicios con el temor de una sublevación de los libios indígenas, y a los grandes propietarios, mediante el signo representativo monetario. En su equivocación, aplicaban el cálculo del comerciante a otros asuntos que le son completamente extraños. La experiencia de los hechos ha demostrado que, a despecho de la relajación aparente de su lazo federal, la sinmaquia romana supo rechazar los ataques de Pirro, inquebrantable cual muro de roca, mientras que la sinmaquia cartaginesa se rompía como una tela de araña el día mismo en que un ejército extranjero ponía el pie en el continente africano. No hay más que recordar los desembarcos de Agatocles y de Régulo, y la guerra de los mercenarios. La hostilidad de los africanos hacia Cartago es un hecho evidente: en este último acontecimiento se vio a las mujeres libias dar sus joyas para alimentar la sublevación. Sin embargo, como los cartagineses se habían mostrado más suaves en Sicilia, parece que allí fueron recompensados con un mejor resultado. Sus súbditos gozaban aquí de cierta libertad comercial con el

exterior. El tráfico interior no se hacía con la moneda convencional de Cartago, sino con la moneda griega ordinaria; por último, los sicilianos se movían más libremente de lo que era permitido a los libios y a los sardos. Si Cartago hubiese podido tomar Siracusa, de seguro hubieran cambiado las cosas. Pero como la ciudad resistía y las posesiones cartaginesas continuaban bajo un régimen tolerable, mientras que las crueles disensiones destruían las ciudades greco-sicilianas, se formó en la isla un partido verdaderamente cartaginés, cuya persistente influencia ha marcado su huella en los escritos de Filipo de Agrigento. Es él quien, aun después de la conquista romana, refirió las grandes guerras púnicas inspirándose principalmente en fuentes africanas. Como quiera que fuese y considerados en conjunto, los sicilianos, en cuanto súbditos y helenos, han debido detestar a Cartago, por lo menos tanto como los sammitas y tarentinos han aborrecido a los romanos.

RENTAS. SISTEMA MILITAR

En lo que concierne a los recursos financieros, sin duda alguna Cartago era muy superior a Roma. Pero esta compensaba su desventaja, en tanto las fuentes de la riqueza africana, los tributos, aduanas y demás podían faltar en el momento más crítico, y mucho antes que en Roma. Además, la guerra costaba bastante más cara a los cartagineses. El sistema de guerras se diferenciaba esencialmente en ambos pueblos, aunque en muchos aspectos sus fuerzas estuviesen equilibradas. Cuando Cartago fue tomada, todavía contaba con setecientos mil habitantes, incluidos las mujeres y los niños.^[12] No se le puede atribuir a fines del siglo V una población menor que la mencionada, cuando por sí sola podía poner en campaña cuarenta mil hoplitas. Al principio de este siglo, Roma, colocada en análogas condiciones, había levantado un ejército de ciudadanos que ascendía a dicho número (volumen I, libro segundo, nota 17 del cap. VII, pág. 580), y, con posterioridad al acrecentamiento del territorio que caracteriza esta época, hubiera podido suministrar el doble. Pero la superioridad de sus recursos militares no se debe medir solo por el número de ciudadanos propiamente dichos capaces de tomar las armas. Por más que se procurase en Cartago llamar a los ciudadanos al referido servicio, no se le podía dar al simple artesano o a los obreros de las fábricas la fuerza física del hombre del campo, y, sobre todo, no se podía vencer la repugnancia de los fenicios hacia el ejercicio de la guerra. En el siglo V todavía se ve combatir en las expediciones de

Sicilia a un cuerpo sagrado de dos mil quinientos cartagineses; pero en el siglo VI, a excepción de los oficiales, en los ejércitos ya no se encuentra a ningún ciudadano de Cartago, particularmente en los cuerpos españoles. Por el contrario, el campesino romano no está solo inscrito en las milicias, se halla también en las filas en el campo de batalla. Los mismos resultados aparecen respecto de las naciones aliadas de una y otra República. Los latinos hacen el mismo servicio que los soldados ciudadanos de Roma; pero los libio-fenicios son tan ineptos para los asuntos de la guerra como los mismos cartagineses, y le tienen aún menos afición, razón por la cual las ciudades compran a precio de oro la exención de los contingentes que deben suministrar. En el primer ejército hispano-cartaginés que menciona la historia, entre los quince mil hombres que aproximadamente lo componían apenas había un escuadrón de doscientos cincuenta caballos, procedentes de África, y libio-fenicios en su mayor parte. En efecto, el núcleo de las fuerzas cartaginesas se reclutaba entre los libios. Instruidos por hábiles oficiales, podían suministrar una buena infantería; en ciertos aspectos, su caballería ligera no tenía igual. A esto hay que agregar las levadas sacadas de los pueblos libios o españoles más o menos sometidos, y, sobre todo, los famosos honderos de las Baleares, que ocupaban un término medio entre un contingente confederado y un contingente mercenario. Por último, en los casos de urgencia, Cartago reclutaba la soldadesca a sueldo en los países extranjeros. Semejante ejército podía reunirse pronto, sin trabajo y en el número que se quisiese. Respecto del personal de sus oficiales, del hábito de las armas y del valor, podían medirlas también con las legiones romanas; sin embargo, para convertir en soldados aquellas masas confusas era necesario mucho tiempo, cuando la mayoría de las veces este y el peligro apremiaban. Las milicias romanas, por el contrario, estaban siempre dispuestas a ponerse en marcha. Además, es necesario notar principalmente que, mientras las tropas cartaginesas no tenían más lazo que el honor militar o la codicia, los soldados romanos se sentían unidos y asociados por todos los lazos e intereses de una patria común. A los ojos de sus oficiales, los soldados cartagineses valían lo que hoy las municiones de guerra y las balas de cañón. Aunque aquellos fuesen libios, no hacían por esto más caso de ellos. ¿Qué abominaciones no se permitirían los generales de Cartago? Testigo de esto es la traición de Himilcón hacia un cuerpo de ejército libio en el año 358 (396 a.C.), traición seguida de una sublevación formidable, y que valió a los cartagineses el proverbial, funesto e injurioso calificativo de *Fides púnica*.^[13] Todo el mal que puede causar en el Estado un ejército reclutado entre los *fellahs* y los mercenarios fue el que experimentó Cartago, como efecto de su propio sistema. Por lo demás, muchas veces fueron para

ella más peligrosas sus bandas de mercenarios veteranos que los ejércitos del enemigo.

Los vicios de su estado militar saltaban a la vista, y los jefes del poder intentaron todos los medios para remediarlo, pues las arcas del Tesoro repletas y los arsenales atestados de armas permitirían equipar inmediatamente a los soldados reclutados. Por un lado se cuidaba mucho la conservación de las catapultas y arietes, esa especie de artillería de los antiguos que los cartagineses construían aun con más perfección que los mismísimos sicilianos. Por otra parte tenían elefantes siempre dispuestos, luego de que estos animales ocuparon el lugar de los carros de guerra; en las casamatas de la ciudad había caballerizas para trescientos de estos animales. Sin embargo, como Cartago no se atrevió nunca a fortificar las ciudades sometidas, estas se entregaban sin resistencia al primer ejército que desembarcaba en África. No sucedía lo mismo en Italia, donde la mayor parte de las ciudades conquistadas habían conservado sus murallas, y donde los romanos, cubriendo la península con la vasta red de sus fortalezas, habían plantado en ella su indestructible dominación. En Cartago, por su parte, se veían acumulados todos los medios de defensa que el arte y la riqueza pueden proporcionar. Muchas veces solo debió su salvación a la fortaleza de sus muros, mientras que Roma, defendida principalmente por la situación política y por su sistema militar, no sufrió nunca un sitio en regla. El verdadero baluarte de Cartago fue su marina, así es que le prodigó todos sus cuidados. Las naves estaban mejor construidas y eran mejor mandadas que en la misma Grecia, y fueron los primeros que botaron al agua galeras de más de tres puentes. Los buques cartagineses, que ordinariamente tenían cinco puentes, eran más veloces que las naves griegas; los remeros, que eran todos esclavos del Estado, no salían de las galeras y estaban admirablemente ejercitados; los capitanes finalmente eran audaces e instruidos. Cartago tenía en esto verdadera superioridad, y los romanos, con sus pocos buques procedentes de los griegos aliados o de los arsenales de la República, no se hubieran atrevido ni siquiera a presentarse en alta mar delante de las escuadras de su rival, dueña absoluta de los mares del oeste.

Para resumir y terminar: después de este largo paralelo entre Roma y Cartago, suscribimos al juicio emitido por un griego contemporáneo, tan ilustrado como imparcial. Al principio de sus guerras las fuerzas en ambas Repúblicas eran casi iguales. Recordemos sobre todo que, si Cartago no había omitido nada de lo que pueden suministrar la inteligencia y la riqueza en cuanto a medios de ataque y de defensa, era sin embargo impotente para llenar el vacío de un ejército nacional, y levantar sobre sólidos cimientos el edificio de una sinmaquia verdaderamente

fenicia. Roma solo podía ser atacada en Italia, y Cartago solamente podía serlo en África. El hecho es incuestionable. Para Cartago, además, era también cierto que no siempre podía evitar semejante ataque. La navegación estaba todavía en su infancia, y una armada no constituía entre los antiguos una especie de riqueza hereditaria; podía construirse en cualquier parte donde hubiera madera, hierro y agua. Por poderosa que fuese una ciudad no tenía medios para impedir un desembarco, ni aun de un enemigo más débil, y, en efecto, el África suministra de ello una evidente experiencia. Una vez que Agatocles enseñó el camino, se vio muy pronto a un general romano seguir sus huellas. Un día comenzó en Italia la guerra traída por un ejército invasor. Posteriormente, cuando esa guerra estaba concluyendo, fue a su vez transportada a la Libia y no tardó en transformarse en un largo asedio. A partir de esta fecha, y de no ocurrir por casualidad acontecimientos prósperos, Cartago estaba condenada a sucumbir a pesar de los esfuerzos más heroicos y tenaces.

II

GUERRA DE SICILIA ENTRE ROMA Y CARTAGO

ASUNTOS DE SICILIA. LOS MERCENARIOS CAMPANIOS. LOS MAMERTINOS

Hacia más de un siglo que la rivalidad entre los cartagineses y los siracusanos atraía sobre la bella tierra de Sicilia el azote de la guerra. Los beligerantes se combatían unas veces con las armas y otras con la propaganda política. Cartago tramaba intrigas con la oposición aristocrática y republicana de Siracusa, y los dinastas siracusanos se entendían con el partido nacional en las ciudades griegas tributarias de Cartago. Cada uno de los adversarios tenía su ejército de mercenarios; Agatocles y Timoleon reclutaban sus soldados para mantener sus guerras, y otro tanto hacían los generales fenicios. Y, como por ambas partes se empleaban los mismos medios para la lucha, también fue por ambas partes una serie de perfidias sin ejemplo hasta entonces en la historia del Occidente. En la paz del año 440 (314 a.C.) Cartago se había contentado con la tercera parte de la isla al oeste de Himera y de Heráclea Minoa, y había reconocido formalmente la hegemonía de Siracusa sobre todas las ciudades del este. Luego de que Pirro fuera arrojado de Sicilia y de Italia (año 479), la mayor parte de la isla y la importante plaza de Agrigento habían quedado en poder de los cartagineses. Los siracusanos no poseían más que *Tauromenium* (Taormina) y el extremo sudeste. Una banda de mercenarios extranjeros se había apoderado de Messina, la segunda ciudad de la costa oriental, que se conservaba a la vez independiente de Siracusa y de Cartago. Estos aventureros dueños de Messina eran originarios de la Campania. La Campania, que había caído en la disolución por el violento establecimiento de los sabelios en Capua, se había convertido en los siglos IV y V (volumen I, libro segundo, pág. 374) en la tierra predilecta de reclutamiento de mercenarios, que se ofrecían a los príncipes y a las ciudades, así como ocurrió posteriormente en la Etolia, Creta y Laconia. La semicivilización que los griegos habían creado, el lujo bárbaro de Capua y de las demás ciudades, y, por otra parte, la impotencia política a la que las había condenado la supremacía de Roma, aunque no les hubiera impuesto un régimen severo que les quitase su libertad interior, eran las causas que habían impelido a la juventud del país a presentarse a los reclutadores que acudían allí de todas partes. La juventud se vendía sin preocuparse para nada de

su honor ni de su conciencia; y, como sucede siempre en semejantes casos, iba perdiendo el recuerdo de la patria en tanto se acostumbraba a la violencia, a la vida desordenada del soldado aventurero, y a no guardar miramiento a la fe jurada, que violaba a cada paso. ¿Cómo habían de creerse culpables los campanios que se apoderaron de Messina? ¿No era provechoso hacerse dueños de la ciudad confiada a su custodia, cuando eran bastante poderosos como para conservarla? Es hasta donde ellos podían alcanzar. ¿No habían hecho los samnitas exactamente lo mismo con Capua? ¿O acaso los lucanios habían usado mejores medios para apoderarse de una infinidad de ciudades griegas? Ningún país era tan propicio como la Sicilia para semejantes empresas; ya durante la guerra del Peloponeso los generales campanios se habían apoderado de Entella y de Etna. Sucedió, pues, que hacia el año 470 (284 a.C.) una tropa campania que había estado al servicio de Agatocles, y que después de su muerte, ocurrida en el 465, buscaba aventuras por su propia cuenta, se había apoderado, como ya hemos dicho, de Messina. Esta era la segunda ciudad de la Sicilia griega, y el núcleo principal de la facción antisiracusana en la parte del país que había permanecido en poder de los griegos. En esa ocasión todos los ciudadanos habían sido degollados o expulsados; y las mujeres, los niños y las casas habían sido divididas entre los invasores. Dueños de la ciudad, los mamertinos, o hijos de Marte (como ellos se denominaban), no tardaron en fundar un tercer Estado, y, aprovechándose de los trastornos que siguieron a la muerte de Agatocles, sometieron toda la parte noroeste de la isla. Su triunfo no fue mal visto por los cartagineses al considerar que los siracusanos, en vez de tener a su lado una ciudad emparentada por la raza, aliada o súbdita, iban a tener que habérselas con un vecino temible. Así es que, con la ayuda de los fenicios, los mamertinos pudieron resistir a Pirro; y después de que el rey se marchó lograron reconquistar inmediatamente todo su poder, que por un momento había quedado mermado. Sentaría mal a un historiador el atenuar el odioso atentado con que los mamertinos habían comenzado su establecimiento en Messina; pero no se eche tampoco en olvido que el dios de la historia no es el dios que «venga en los hijos, hasta la cuarta generación, el crimen de los padres». ¡Nada más justo que condenar a estos hombres, en el caso de que se nos llamase para juzgar las faltas del prójimo! En cuanto a mí, no puedo dejar de reconocer que quizá de este modo hubiera podido salvarse la Sicilia. ¿No podría este poder joven y vigoroso, que se fundaba en sus propias fuerzas y que ponía en campaña ocho mil soldados, renovar un día el combate y hacer frente a todos los extranjeros, máxime cuando a pesar de las continuas guerras los greco-silicianos iban olvidando el oficio de las armas?

HIERON DE SIRACUSA GUERRA ENTRE SIRACUSANOS Y MAMERTINOS

Pero estaba dispuesto de otro modo. Un joven capitán siracusano, Hieron, hijo de Hierocles, descendiente de Gelon por su origen y de Pirro por sus enlaces matrimoniales, y que pertenecía por sus brillantes hechos de armas a la escuela de este último, atraía entonces las miradas de sus conciudadanos y las de los soldados. Aclamado por estos, que estaban en lucha ahora con la ciudad, se puso a la cabeza del ejército en el año 479 (275 a.C.). Con sus acertadas medidas y con la nobleza y moderación de su actitud, se captó muy pronto el afecto de los siracusanos, acostumbrados al despotismo innoble de los tiranos y de los demás greco-sicilios. Se desembarazó de las bandas indisciplinadas de sus mercenarios, si bien por medio de una perfidia, y restableció las milicias ciudadanas. Siendo en un principio un simple general, luego rey, y puesto a la cabeza de un ejército nuevo de tropas nacionales y de soldados recientemente enganchados que se dejaban manejar más fácilmente, se propuso levantar de sus ruinas el Imperio griego. Por un lado, estaba en paz con Cartago, que había ayudado a arrojar a Pirro. Por otro, los enemigos más próximos de Siracusa eran los mamertinos, los compatriotas de aquellos mercenarios a quienes habían destruido la víspera, es decir, los asesinos de sus huéspedes griegos, los invasores del territorio de Siracusa, los opresores o incendiarios de una multitud de pequeñas ciudades helénicas. En consecuencia Hieron hizo alianza con los romanos, que por este mismo tiempo mandaban sus legiones contra los campanios de Rhegium, aliados, compatriotas y cómplices de los mamertinos (volumen I, libro segundo, pág. 435), y después marchó contra Messina. Consiguió una gran victoria: fue proclamado rey por los sicilios, y obligó a los mamertinos a encerrarse en su ciudad, donde los tuvo rigurosamente sitiados por espacio de algunos años. Así, reducidos al último extremo, se veían en la imposibilidad de sostenerse por más tiempo. No podían pensar en rendirse estableciendo alguna condición. El hacha del verdugo había hecho ya rodar en Roma las cabezas de los campanios de Rhegium; y el mismo suplicio les esperaba a ellos seguramente en Siracusa. No les quedaba más que un recurso, el de entregarse a los romanos o a los cartagineses, que se darían por muy satisfechos al adquirir una posición de tal importancia, a cambio de algunos escrúpulos que pronto olvidarían. Pero ¿a quién convendría más entregarse: a los fenicios o a los dueños de Italia? La cuestión merecía un detenido examen y una atenta consideración. Después de haber vacilado largo tiempo, la mayoría de los campanios mamertinos se decidió a favor

de Roma, y le mandó inmediatamente la llave de los mares de Sicilia.

ENTRAN LOS MAMERTINOS EN LA CONFEDERACIÓN ROMANO-ITÁLICA

La hora en que los diputados mamertinos fueron recibidos en el Senado romano fue una hora solemne y decisiva en la historia. Nadie había podido prever los gigantescos acontecimientos que iban a tener lugar al día siguiente de pasar ese estrecho brazo de mar que separa a Italia de Sicilia. Sin embargo, no se escapaba a la sagacidad de los padres del Senado que, cualquiera fuese la resolución que se tomase, jamás habían discutido otra igual ni de tanta gravedad. Para los espíritus severos y honrados podía parecer extraño que se vacilase un solo instante. ¿Cómo romper con Hieron por semejante motivo? Durante la víspera se había aplicado el castigo más ejemplar y despiadado a los campanios de Rhegium; ¿cómo hablar siquiera de formar alianza con los bandidos de Sicilia, tan criminales como aquellos? Por razón de Estado se les iba a hacer gracia de un suplicio merecido; pero hacerse sus amigos... ¡qué cosa podía prestarse más a la declamación que semejante escándalo! Iba a sublevarse la conciencia de todos, tanto de amigos como de enemigos. No obstante, a todo esto había una cosa que contestar, incluso ante aquellos para quienes la moral es en la política práctica algo más que una palabra vana. Roma no estaba obligada a considerar a unos extranjeros, que eran culpables solo hacia otros extranjeros, en la misma línea que a los ciudadanos romanos que en efecto fueran culpables de infidelidad a su juramento y a sus banderas, y estuvieran manchados con la sangre traidoramente vertida de otros aliados de Roma. Esta no debía juzgar a los mamertinos, ni vengar a los sicilianos de Messina. Si no se hubiese tratado más que de la posesión de esta plaza entre los mamertinos y los siracusanos, Roma hubiera podido dejar correr los acontecimientos. Pero aspiraba el dominio de Italia, así como Cartago la posesión de Sicilia, ni más ni menos; y hasta puede dudarse de que una u otra pensasen por entonces traspasar sus propias fronteras. A ambas les había parecido útil que se formase un Estado intermedio que las separase. Los cartagineses hubieran querido que estuviese en Tarento; los romanos, en Siracusa y en Messina. Pero como esto era imposible, ambas querían también absorber todo el territorio neutral, fortificándose cada cual a expensas de su rival. Cartago había intentado apoderarse en Italia de Rhegium y de Tarento en el momento en que Roma se hacía dueña de ellas, y solo por casualidad había fracasado

su tentativa. Roma encontraba, a su vez, una ocasión propicia para unir Messina a la sinmaquia latina. No decidirse prontamente era condenar a la ciudad siciliana, que no podía ya defender su independencia y era además hostil a Siracusa, a que se echara en brazos de los africanos. Por lo tanto, ¿debía dejarse escapar la ocasión, que no volvería a presentarse jamás, de apoderarse de la cabeza del puente entre Italia y Sicilia, y asegurar para siempre su posesión poniendo en ella una fuerte guarnición? ¿Era prudente renunciar a Messina, al dominio del último paso que quedaba libre entre el este y el oeste, y sacrificar de este modo las franquicias comerciales de Italia? Por otra parte, aun prescindiendo de los sentimientos morales y de la justicia política, la ocupación de Messina se prestaba a serias objeciones. ¡Vendría inmediatamente la guerra con Cartago, no había que dudarlo! Si no se retrocedía ante tal perspectiva, y Roma después de todo no tenía por qué temerla, debía reconocerse, sin embargo, que al atravesar el mar se lanzaba a una empresa inmensa. En efecto, se pasaban los límites propios de Italia y los de la política continental de Roma; se abandonaba el sistema que había fundado su grandeza; y se lanzaba por un camino nuevo a un porvenir desconocido. Había llegado para los hombres de Estado de la República la hora de dejar a un lado los cálculos excesivamente prudentes. Solo podía guiarlos la fe en su propia estrella, la fe en los destinos de la patria. ¿Debían coger aquella mano que se les tendía a través de las nubes del porvenir? ¿Debían seguirla acaso ciegamente? Largas y dudosas fueron las deliberaciones del Senado sobre la moción presentada por los cónsules para que fuesen las legiones en auxilio de los mamertinos. No pudo llegarse a un acuerdo, pero el pueblo, al que se había sometido este grave asunto, tenía un sentimiento más vivo de la grandeza romana, edificada con sus esfuerzos. La conquista de Italia abrió a Roma, como a los macedonios la de Grecia o a los prusianos la de Silesia en el siglo XVIII, una carrera nueva y enteramente distinta. Un voto de la asamblea favorable a los mamertinos los colocó en la clientela de la República. Fueron recibidos en la confederación itálica a título de «italianos transmarinos», pero con los mismos derechos que los del continente.^[1] De esta forma, renovando los cónsules su moción en los comicios, el pueblo dispuso que se fuese en auxilio de los mamertinos (265 a.C.).

**ENFRIAMIENTO DE LAS RELACIONES ENTRE CARTAGO Y ROMA
LOS CARTAGINESES EN MESSINA. MESSINA ES OCUPADA
GUERRA ENTRE ROMA POR UN LADO, Y CARTAGO Y SIRACUSA POR
OTRO.**

SE CELEBRA LA PAZ CON HIERON

Faltaba saber cómo acogerían la intervención de los romanos las dos potencias sicilianas interesadas en este negocio, y que habían sido sus aliados hasta entonces, al menos nominalmente. Cuando Roma les indicó que debían abstenerse de toda hostilidad contra sus nuevos confederados, con justo motivo Hieron hubiera podido responder con una declaración de guerra (lo mismo que los samnitas habían hecho en otro tiempo, después de que Capua y Thurium fueran ocupadas de manera análoga). Pero hacer por sí solo una declaración de guerra a los romanos hubiera sido una locura. El rey era un político demasiado sabio y moderado como para oponerse a un mal inevitable si Cartago persistía en su neutralidad, cuestión que no parecía imposible a primera vista. En este momento (265 a.C.), seis años después de haber abortado la tentativa de la armada cartaginesa contra Tarento (volumen I, libro segundo, pág. 434), partió una embajada de Roma pidiendo explicaciones sobre este asunto. El Senado juzgó conveniente resucitar un agravio, verdadero en el fondo, pero olvidado hacía mucho tiempo. En medio de los preparativos de la lucha, no era superfluo tener preparado en el arsenal diplomático de Roma un motivo o *casus belli*; de este modo se preparaba el papel de parte ofendida para el caso en que, según la costumbre de Roma, tuviera que hacer la declaración de guerra. Todo juicio imparcial colocará en el mismo caso las empresas contra Tarento y contra Messina; las miras y el punto de derecho eran exactamente iguales, pero el resultado fue diferente. Cartago no quería una ruptura completa. Los enviados de Roma refirieron el desacato del almirante cartaginés, culpable de haber intentado un ataque contra Tarento, a pesar de lo que este había asegurado bajo toda clase de juramentos falsos, que por lo demás eran muy comunes en casos semejantes. La misma Cartago se abstuvo de todas las recriminaciones que hubiera podido utilizar; no denunció como caso de guerra la invasión que amenazaba a Sicilia. En realidad ya sabía a qué atenerse sobre este negocio, pues los de Sicilia eran para ella cosa de interés nacional donde ningún extranjero tenía derecho a mezclarse. De hecho había tomado bien sus recaudos, pero no estaba en las tradiciones de su política el proceder bruscamente con la amenaza de sus armas. Durante este tiempo se habían activado mucho los preparativos de la expedición romana. La escuadra formada con los contingentes de Nápoles, Tarento, Velia y Locres, y la vanguardia del cuerpo de ejército de tierra, conducido por el tribuno militar Cayo Claudio, ya se habían reunido en Rhegium en la primavera del año 490 (264 a.C.). Pero de improviso se les envió un mensaje de Messina. Los cartagineses habían tramado allí una intriga con

la facción antirromana y negociado la paz entre Hieron y los mamertinos. Se había levantado el sitio; el puerto estaba lleno de naves cartaginesas, conducidas por su almirante Hannon, y la ciudad había recibido guarnición africana. Influido por los recién llegados, el pueblo mamertino dirigió un mensaje agradeciendo mucho el auxilio del general romano, y haciéndole saber que afortunadamente ya no era necesario. Pero el romano, hombre hábil y atrevido, persistió en hacerse a la vela; la armada cartaginesa rechazó las naves de la República y capturó muchas de ellas. Hannon, obrando según las instrucciones recibidas, y para no dar motivo a un rompimiento de hostilidades, devolvió esta presa a sus «buenos amigos» del otro lado del estrecho. ¿Iba a representarse de nuevo la comedia de Tarento, con los romanos desempeñando ahora el peor papel? Claudio no se desanima e intenta un segundo desembarco; esta vez consigue su objeto. Inmediatamente convoca a los ciudadanos y, por su indicación, se presenta el almirante cartaginés en medio de la asamblea, esperando siempre evitar la ruptura. Los romanos se apoderan de su persona, y una nueva cobardía los ayuda a consumir su obra. Hannon da a sus soldados la orden de abandonar la ciudad. Se vio entonces a la pequeña guarnición cartaginesa, que aún podía sostenerse en la ciudadela, apresurarse a obedecer la orden del cautivo, y partir con él. Finalmente los romanos han fijado ya su planta en la isla. En Cartago, los jefes de Estado se indignaron ante tanta estupidez o debilidad, y, luego de que condenaron a Hannon a muerte, declararon inmediatamente la guerra a Roma. Ante todo importaba volver a apoderarse de Messina. Se envió una poderosa armada al mando de otro Hannon, hijo de Aníbal, que apareció de inmediato en las aguas del estrecho. Mientras lo tenían rigurosamente bloqueado, desembarcó un ejército y sitió la ciudad por la parte del norte. Hieron, por su lado, que no había esperado para atacar Roma más que la declaración de guerra de Cartago, condujo nuevamente a su ejército a los campamentos abandonados la víspera, y se encargó del asalto por la parte del sur. Pero ya el cónsul Apio Claudio Caudez había llegado a Rhegium con el grueso del ejército, y, burlando la vigilancia de la armada cartaginesa, pasó el estrecho durante una noche oscura. Los romanos eran audaces y afortunados. Los aliados, que no esperaban el ataque de todo el ejército romano, estaban divididos. Las legiones salieron de la plaza y así los batieron, unos en pos de otros, y los obligaron a levantar el sitio. Durante el estío los romanos permanecieron dueños del país, y hasta intentaron apoderarse de parte de Siracusa; pero no lo consiguieron, y tuvieron además que retirarse después de haber sufrido grandes pérdidas delante de Echetla,^[2] que habían sitiado en la frontera de las posesiones siracusanas y

cartaginesas. En consecuencia volvieron a tomar el camino de Messina, donde dejaron una fuerte guarnición, y se retiraron después a Italia. La primera campaña de los romanos fuera de la península no había correspondido a las esperanzas del público, y el cónsul no obtuvo los honores del triunfo; pero la entrada de las legiones en Sicilia había impresionado profundamente a los griegos de la isla. Al año siguiente, los dos cónsules desembarcaron sin obstáculo a la cabeza de un ejército que era el doble del anterior. Uno de ellos, Marco Valerio Máximo, apellidado después el Messiniano (Mesala), consiguió una brillante victoria sobre los siracusanos y los cartagineses reunidos. Y, como después de la batalla el ejército fenicio no se atrevió a hacer frente a los romanos, cayeron en su poder Alesa, Centoripa^[3] y todas las pequeñas ciudades griegas. El mismo Hieron, desertando de sus aliados de la víspera, hizo la paz con los romanos y entró con ellos en relaciones amistosas en el año 491 (563 a.C.), con lo que se mostró como un hábil político. Ya que Roma fijaba seriamente su planta en Sicilia, era preferible pasarse a su partido cuando todavía era tiempo, sin tener que pagar la paz a costa de grandes sacrificios o de una parte de su territorio. Las ciudades intermediarias, como Siracusa y Messina, no eran bastante fuertes como para seguir una conducta independiente y necesitaban, por tanto, elegir entre la supremacía de Roma o la de Cartago, aunque en realidad no podían dejar de colocarse al lado de la primera. La República no parecía pensar aún en la conquista de toda la isla: todo lo que quería era impedir que los cartagineses la conquistasen. Los siracusanos temían más que nada el régimen tiránico y el monopolio de Cartago, y esperaban de su rival una protección menos pesada y la libertad del comercio. Así pues, desde esta fecha, Hieron se mostró como el más poderoso, constante y estimado de los aliados de Roma en la isla.

TOMA DE AGRIGENTO

El objeto inmediato de la empresa contra Messina se había conseguido. Garantizados por su doble alianza con esta y con Siracusa, y sólidamente establecida su dominación sobre toda la costa oriental, los romanos podían ya descender libremente a Sicilia, pues encontraban allí medios de mantener las legiones, cosa antes tan difícil. Además la guerra, que había parecido temeraria en un principio, no ofrecía ya por resultado aquellos peligros incalculables. No necesitaba mayores esfuerzos que la lucha con el Samnium y la Etruria. Al unirse con los griegos de Sicilia, las dos legiones enviadas al año siguiente fueron suficientes para encerrar a los

cartagineses en sus plazas fuertes. Su general, Aníbal, hijo de Giscon, se encerró en Agrigento con el núcleo del ejército, y se propuso defender hasta el último extremo esta plaza, la más importante de las posesiones de Cartago en el interior. Como no pudieron tomarla por asalto, los romanos la rodearon y bloquearon rigurosamente. Los bloqueados, en número de cincuenta mil, se vieron pronto reducidos a la más completa escasez. Entonces el almirante cartaginés Hannon acudió, y desembarcando en Heráclea cortó a su vez los víveres a los sitiadores. Por ambas partes se experimentaban grandes sufrimientos, y se decidió dar la batalla para librarse de los males de la situación. En ella, la caballería nómida mostró su superioridad sobre la caballería romana, pero en la infantería sucedió lo contrario y fue la que decidió la batalla, aunque con pérdidas enormes por parte de los romanos. Aprovechándose del cansancio de los vencedores, el ejército sitiado huyó y se refugió en la armada. Sin embargo, no por esto los resultados de la victoria dejaron de ser importantes. Agrigento se rindió y toda la isla cayó en poder de los romanos, a excepción de las plazas marítimas. Allí Amílcar, el sucesor de Hannon, se fortificó y luchó de un modo invencible contra el hambre y los asaltos del enemigo. La guerra terminó por sí misma; pero las frecuentes salidas de los cartagineses y sus desembarcos en las costas sicilianas eran muy perjudiciales para los romanos, y los tenían muy fatigados.

COMIENZA LA GUERRA MARÍTIMA LOS ROMANOS CONSTRUYEN UNA ARMADA

Ahora es cuando la República va a experimentar las dificultades de la guerra en la que se ha empeñado. Se cuenta que los enviados de Cartago, antes de las primeras hostilidades, habían aconsejado a los romanos que evitasen una ruptura y también habían añadido que, si Cartago quería, ninguno de ellos podría ni siquiera «ir a lavarse las manos a la orilla del mar». ¿Es verdad esto? No es fácil averiguarlo, pero de cualquier modo la amenaza habría sido seria. Las escuadras cartaginesas eran dueñas de los mares. Sin embargo, no contentas con mantener en la obediencia a las ciudades de la costa siciliana y abastecerlas de todo lo necesario, amenazaban con verificar un desembarco en Italia, donde ya en el 492 (262 a.C.) un ejército consular había tenido que permanecer arma al brazo. Sin intentar una invasión formal, algunas pequeñas bandas cartaginesas habían recorrido las costas y desembarcado en algunos puntos; habían talado las posesiones de los aliados de la República y, lo que

era aún peor, impedían las relaciones comerciales entre estos y la metrópoli. Si estos ataques se prolongaban, muy pronto se verían completamente arruinadas Cerea, Ostia, Nápoles, Tarento y Siracusa. Durante este tiempo, las contribuciones de guerra y las ricas presas compensaban a Cartago con exceso de la pérdida de los tributos que anteriormente sacaba de Sicilia. En consecuencia, los romanos hacían a sus expensas la misma experiencia que habían hecho antes Dionisio, Agatocles y Pirro; es que era tan fácil batir Cartago como difícil llegar hasta ella. Convencidos de la necesidad de tener una escuadra, decidieron la construcción de veinte trirremes y de cien quinquerremes. ¡No obstante, cuántas dificultades para poner el proyecto en ejecución! En sus pueriles declamaciones, los retóricos han dicho posteriormente que era la primera vez que los romanos empuñaban un remo. Este es un error crasísimo, pues la marina mercante italiana era bastante considerable y no carecía de naves de guerra. Es cierto que no eran más que barcos armados, trirremes contruidos según el modelo antiguo, y que nunca habían visto un buque de cinco puentes. Esos eran los que Cartago había adoptado recientemente, y en su sistema naval constituían casi exclusivamente su marina de guerra. Los romanos transformaron la suya como haría hoy una potencia marítima que no tuviera más que *bricks* y fragatas, y quisiera poseer grandes navíos. Y así como en nuestros días tomaría por modelo un buque del enemigo, así también los romanos ordenaron a sus constructores que se guiaran por una pentera^[4] cartaginesa que había naufragado en la costa. Ciertamente, si ellos así hubiesen querido, podrían haberse preparado mucho antes con la ayuda de Marsella y de Siracusa. Pero los hombres de Estado de Roma eran demasiado prudentes como para confiar la defensa de Italia a una escuadra no italiana. Por el contrario, fue a sus aliados itálicos a quien Roma pidió oficiales de marina, tomados en su mayor parte de los buques mercantes, y marineros, cuyo nombre (*socii navales*) dice suficientemente su procedencia, exclusiva por algún tiempo. Después fueron conducidos a bordo los esclavos suministrados por el Estado y por las familias ricas, y ciudadanos tomados entre los más pobres. Si se tiene en cuenta el atraso relativo de la ciencia de las construcciones navales, por un lado, y la energía de los romanos, por otro, se comprenderá cómo pudieron en un solo año realizar una empresa en la que se han estrellado en nuestros días todos los esfuerzos de un Napoleón. En efecto, la República llegó a hacerse potencia marítima, de continental que era, y a echar a la mar una armada de guerra de ciento veinte buques al abrirse la campaña del año 494 (260 a.C.). Las naves romanas no igualaban la armada cartaginesa ni en número, ni en cualidades náuticas, lo cual era una grave inferioridad, porque por entonces las

maniobras constituían la base principal de la táctica marítima. Desde lo alto del puente combatían soldados de armas pesadas y arqueros; y no faltaban tampoco máquinas para arrojar ciertos proyectiles. Sin embargo, el principal cuidado en todo combate marítimo consistía ordinariamente en perseguir o en esperar al enemigo. La lucha se decidía precipitándose sobre él, con la proa armada con un gran espolón de hierro; los buques viraban sobre sí mismos, hasta que uno de ellos, caminando con más velocidad que el otro, lo pasaba por ojo. Por esto, de los doscientos hombres que constituían ordinariamente la tripulación de un trirreme griego, se contaban por lo menos ciento setenta remeros para diez soldados, o sea, cincuenta o sesenta remeros por cada puente. El quinquerreme llevaba trescientos remeros y un número proporcionado de combatientes. Como los romanos querían compensar las faltas de sus buques, peor provistos de oficiales y remeros, tuvieron la feliz ocurrencia de dar a sus soldados de marina un papel mucho más importante en el momento de la lucha. En la proa de sus naves colocaron un puente colgante que se bajaba en todos los sentidos, a derecha e izquierda, o de frente, guarecido por un parapeto en cada uno de sus extremos, y que podía dar paso a dos hombres a la par. Cuando el buque enemigo se arrojaba sobre la galera romana, esta evitaba el choque, pero en el momento de pasar a su lado le arrojaba el puente y lo sujetaba con un gran garfio de hierro. Así pues, detenido en su marcha, e invadido por una nube de soldados, el buque era tomado por asalto de la misma forma que en un combate por tierra. Con este nuevo sistema era inútil establecer una milicia marítima, pues las tropas ordinarias se adaptaban perfectamente al servicio de la armada. Sabemos también de alguna gran batalla naval en la que los romanos llegaron a contar con ciento veinte legionarios por buque, si bien es verdad que llevaban tropas de desembarco. De este modo lograron crear una marina capaz de hacer frente a los cartagineses. Se comete un error cuando se convierte en una especie de cuento de hadas la creación de la armada de la República, y carece de objeto el hablar de ella como de un milagro. Para admirar es necesario antes comprender. Los romanos no hicieron más que una obra grande y nacional. Comprendieron perfectamente lo que necesitaban y podían, y ayudándose del genio que inventa, y de la energía que decide y ejecuta, sacaron a su patria de una situación difícil, más difícil de lo que ellos mismos habían creído.

VICTORIA NAVAL DE MILA

Los comienzos no fueron felices. Su almirante, el cónsul de Gneo, Cornelio

Escipión, se hizo a la mar con los diecisiete primeros buques concluidos y dirigió su rumbo hacia Messina, y tuvo la veleidad de apoderarse de Lípara con un golpe de mano. Pero de repente vino una división de la armada cartaginesa estacionada en Palermo, la encerró en el puerto donde había anclado, y la hizo prisionera sin necesidad de disparar una flecha. Este contratiempo no impidió que el núcleo del ejército se embarcase en las otras naves cuando estuvieron dispuestas, y que dirigiesen también su rumbo hacia Messina. Navegando por la costa de Italia, encontró a su vez una escuadra cartaginesa mucho más débil que la primera, que había sido enviada para hacer un reconocimiento. Después de haberle causado pérdidas que compensaron el primer fracaso sufrido por los romanos, entró victoriosa en Messina. Allí tomó el mando de la escuadra el segundo cónsul, Cayo Duilio, en lugar de su colega cautivo. La armada cartaginesa salió de Palermo conducida por su almirante Aníbal, y vino a encontrarse con los romanos al norte de la ciudad, cerca del promontorio de Mila (*Milazzo*). Ese fue el día en que realmente la marina romana hizo sus primeros y más serios ensayos. Al ver aquellos buques tan pesados, el enemigo creyó tener ante sí a una presa fácil, y se precipitó sin orden sobre los romanos. Pero estos bajaron sus puentes colgantes, y su efecto fue decisivo. Las galeras cartaginesas quedaron sujetas y fueron tomadas al abordaje, conforme iban llegando separadas las unas de las otras. Ya fuera que se presentasen por delante o por los flancos, caían sobre ellas los terribles puentes. Al terminar el combate los cartagineses habían perdido unas cincuenta naves, la mitad de la armada, y entre estas la galera almirante. Grande fue el resultado de esta victoria, pero fue aún más grande el efecto que produjo: Roma se convirtió de repente en una potencia marítima. De ahora en más iba a traer a este nuevo campo todos sus recursos, toda su energía, y dar inmediatamente fin a esta guerra que amenazaba con no terminar jamás, o con arruinar por completo el comercio de Italia.

GUERRA EN LAS COSTAS DE SICILIA Y DE CERDEÑA

Dos caminos conducían al fin. Podía atacarse Cartago en las islas italianas, o tomar por asalto cada uno de sus establecimientos de las costas de Sicilia y de Cerdeña, uno tras otro. Semejante empresa era practicable mediante operaciones bien combinadas por mar y tierra. Si se alcanzaba este primer resultado, se concluiría en la paz, y los cartagineses abandonarían dichas islas. Si las negociaciones

diplomáticas fracasaban, o si no era bastante imponerles este sacrificio, podía llevarse entonces la guerra al África. También se podía despreñar las islas y arrojarse inmediatamente sobre el África con todo el ejército, no temerariamente y a manera de aventureros, como Agatocles, que quemó sus naves y lo comprometió todo en una batalla contra gentes desesperadas, sino, por el contrario, cuidando de asegurar y cubrir las comunicaciones del ejército invasor con Italia. En semejante caso, el enemigo aterrado aceptaría gustoso una paz razonable, o si les parecía mejor conducirlo hasta el último extremo, se lo condenaría a una completa servidumbre. En un principio la República se limitó al primer sistema. En el año siguiente a la batalla naval de Mila (259 a.C.) el cónsul Lucio Escipión se apoderó del puerto de Aleria. Todavía poseemos la lápida que refiere esta gran hazaña del general romano.^[5] Con esto la Córcega se convirtió en una estación marítima que amenazaba Cerdeña. Escipión incluso intentó un ataque por la costa norte de esta isla; pero su empresa fracasó delante de Olbia (hoy Terra Nuova) por falta de tropas de desembarco. En el año 496 (358 a.C.), las armas romanas fueron más felices: se apoderaron y saquearon las aldeas y ciudades abiertas que había en la costa, pero no consiguieron asentar allí todavía su planta. Tampoco en Sicilia pudieron hacer nuevos progresos. Amílcar los tuvo a raya con suma habilidad y energía, luchando por mar y tierra, tanto con las armas como con la propaganda política. De las muchas ciudades pequeñas del interior, todos los años un gran número de ellas se pasaban al bando de los africanos, y era necesario hacer grandes esfuerzos para arrancarlas nuevamente de sus manos. En las plazas marítimas los cartagineses son inatacables, sobre todo en Panormo, su principal fortaleza, y en Drépano (Trepani), adonde Amílcar acababa de trasladar a toda la población de Eryx detrás de las más sólidas murallas. Se libra una segunda y gran batalla cerca de Tindaris (al oeste de Mila), en la que ambas escuadras se atribuyen respectivamente la victoria, sin que la situación varíe en lo más mínimo. ¿Se debía quizá la falta de resultados, después de tantos esfuerzos, a la división del mando, a las variaciones rápidas en el personal de los generales romanos, que impedía imprimir una dirección constante y la concentración de operaciones parciales en una misma mano? ¿O era, en cambio, a raíz de una causa más general del mismo sistema militar, considerando que por entonces en el estado de la ciencia estratégica los asaltos eran sumamente difíciles, sobre todo para los romanos (volumen I, libro segundo, pág. 434), poco versados todavía en los secretos de tan sublime arte?

ATAQUE DIRIGIDO CONTRA ÁFRICA VICTORIA NAVAL DE ECNOMO

Como quiera que fuese, y por más que se hubiese puesto un límite al saqueo y al incendio de las ciudades marítimas italianas, su comercio no estaba por eso menos arruinado, antes o después de la construcción de la flota. Fatigado de estas tentativas sin resultados, y que eran insuficientes para acabar la guerra, el Senado cambió al fin el plan de campaña, y resolvió atacar directamente el África. En la primavera del año 498 (256 a.C.) partió para las costas libias una armada de trescientos treinta buques, después de haber tomado tropas de desembarco en la desembocadura del Himera (Fiume Salso), en la costa sur de Sicilia. En ella iban cuatro legiones al mando de los dos cónsules, capitanes experimentados ambos, Marco Atilio Régulo y Lucio Manlio Volso. El almirante cartaginés dejó que los romanos subiesen a bordo; pero una vez en el mar se precipitaron sobre la escuadra enemiga, que los esperaba colocada en línea de batalla cerca de Ecnomo (Monte Serrato) y que les cerró el paso. Jamás lucharon dos armadas tan considerables. La escuadra romana llevaba a bordo de sus trescientos treinta buques cerca de cien mil hombres de tripulación, sin contar los cuarenta mil soldados de desembarco. Los cartagineses tenían trescientas cincuenta naves armadas no menos poderosamente; de tal suerte que una masa de 300 000 hombres iban a chocar entre sí y a decidir la guerra entre las dos grandes ciudades rivales. Los cartagineses formaban una extensa línea única, apoyando su izquierda en la costa siciliana. Los romanos se colocaron a la derecha, en triángulo, poniendo en el vértice la galera almirante de los dos cónsules. Luego a la izquierda, la primera y segunda escuadra en orden oblicuo; y la tercera, formando también triángulo, iba detrás, conduciendo a remolque los buques de transporte en que iba la caballería. Apiñados así, unos con otros, se arrojaron sobre el enemigo. Los seguía a marcha más lenta una cuarta división, que era la de reserva. Ante la cuña que penetraba en medio de sus buques, la línea cartaginesa cedió inmediatamente; el centro retrocedió para evitar el choque y, después de su movimiento, el combate comenzó por tres puntos separados. Mientras los almirantes romanos perseguían el centro con sus dos divisiones en ala, y se empeñaba la pelea, la izquierda de los africanos se arrojó sobre la tercera escuadra, embarazada por los remolques y que había quedado rezagada. La oprimió y la arrojó irresistiblemente a la costa; y, por otro lado, la escuadra de reserva se vio envuelta en alta mar y atacada también a retaguardia por el ala derecha cartaginesa. La primera de las tres batallas quedó prontamente terminada: el centro cartaginés emprendió la fuga al ser demasiado

débil contra las dos divisiones que lo atacaban. Pero las otras dos escuadras romanas tenían que habérselas con un enemigo mucho más fuerte. A pesar de esto, se sostuvieron en el combate cuerpo a cuerpo gracias a sus terribles puentes, y pronto vieron llegar en su auxilio los buques victoriosos de los dos cónsules. La reserva romana pudo entonces desarrollarse, y el ala derecha enemiga, cediendo al número, tuvo que emprender la huida. Terminado así este segundo combate a favor de los romanos, se reunieron todos los buques que habían quedado útiles y se precipitaron sobre el ala izquierda cartaginesa, que se obstinaba en perseguir la retaguardia y los remolques. Cogidos por la espalda y completamente envueltos, fueron capturados todos los buques cartagineses que la componían. Las pérdidas habían sido casi iguales pues habían ido a fondo veinticuatro galeras romanas y treinta cartaginesas; pero los romanos les habían cogido sesenta y cuatro buques. Aunque habían quedado muy debilitados los cartagineses no dejaron de intentar cubrir la costa africana, y luego de rehacerse en el golfo de Cartago se dispusieron para una segunda batalla.

RÉGULO DESEMBARCA EN ÁFRICA

En vez de arribar a la costa occidental de la península colocada delante de la rada, los romanos fueron a desembarcar por el este, en la bahía de Clipea (hoy Aklib). Allí había una excelente fortaleza marítima al abrigo de todos los vientos, apoyada en una colina que se elevaba sobre la llanura. Desembarcaron sin ningún obstáculo, se situaron en la altura, organizaron su campamento naval con sus trincheras (*castra navalia*), y comenzaron las operaciones por tierra. Sus soldados recorrieron y talaron el país reuniendo veinte mil esclavos, que fueron enviados a Roma. Esta empresa atrevida fue coronada con un éxito completo e inaudito, pues de un solo golpe y sin grandes sacrificios se llegaba casi al fin. Tal era la confianza de los romanos, que el Senado creyó poder hacer que volviese a Italia la mayor parte de la armada y la mitad del ejército. Marco Régulo quedó solo en África con cuarenta naves, quince mil hombres de infantería y quinientos caballos. Esta temeridad pareció en un principio justificada. Los cartagineses, desalentados, no se atrevieron a mantenerse en la llanura, y se dejaron vencer en un primer encuentro en un desfiladero, donde no podían maniobrar sus elefantes ni su caballería. Se entregaban en masa las ciudades, y los númidas sublevados inundaban los campos. Régulo, que esperaba poder sitiar Cartago en la próxima primavera, fue a establecer sus cuarteles de invierno en Túnez (Tunis), casi bajo los muros de Cartago.

LOS CARTAGINESES PIDEN LA PAZ EN VANO PREPARATIVOS DE RESISTENCIA. DERROTA DE RÉGULO

Los cartagineses habían perdido por completo su valor, y pidieron la paz. Pero el cónsul les impuso durísimas condiciones, a saber: que abandonasen la Sicilia y la Cerdeña, que se aliasen con Roma en pie de una igualdad desastrosa, y que entregaran toda su marina de guerra a sus rivales ¡Esto equivalía a poner a Cartago al nivel de Nápoles y de Tarento! ¿Cómo someterse a tales exigencias mientras hubiese un ejército en campaña, una escuadra en el mar, y sus murallas estuviesen en pie? Es propio de los orientales, aun de aquellos que han caído en la mayor degradación, adquirir con la desesperación una poderosa energía al aproximarse el peligro. Esto fue lo que sucedió en Cartago. Adquirieron nueva energía en su extrema decadencia y sus esfuerzos superaron todo cuanto hubiera podido esperarse de un pueblo de comerciantes y de horteras. Amílcar, el general tan afortunado en la pequeña guerra por él dirigida en Sicilia contra los romanos, condujo a la Libia lo más escogido de las tropas de la isla, núcleo excelente para el nuevo ejército que trataba de crearse. Su oro y sus relaciones suministraron a Cartago numerosos escuadrones de excelente caballería nómada, a la vez que los mercenarios griegos acudían en tropel a ponerse al mando de un famoso capitán, el espartano Xantipo, cuyo talento organizador y genio militar fue un poderoso auxiliar para aquellos a cuya causa servía.^[6] Todo el invierno se consagró a estos preparativos. Durante este tiempo, el romano permaneció inactivo en Túnez. Ignoraba quizá la tempestad que se formaba sobre su cabeza. ¿Le impedía el honor militar tomar las medidas que reclamaba su situación? ¡Más le hubiera valido renunciar a la idea de un sitio que ni siquiera podía intentar, encerrarse inmediatamente en su reducto de Clipea, y esperar! En vez de esto permanece con un puñado de soldados ante los muros de la capital enemiga; y no se cuida de asegurarse la retirada al campamento atrincherado. Pero sobre todo desprecia entablar negociaciones con aquellas tribus nómadas que se habían sublevado contra Cartago, y comprarles el fácil y precioso auxilio de una caballería ligera de la que carecía por completo. Esto era colocarse, él y su ejército, en la situación en que se había estrellado el aventurero Agatocles. Al comenzar la primavera del año 499 (255 a.C.), las cosas habían cambiado por completo. Los cartagineses fueron los primeros en salir a campaña y ofrecer la batalla a los romanos. Les interesaba acabar con Régulo antes de que le llegasen refuerzos de

Italia. Por esta misma razón, los romanos debieron haber rehusado el combate. Pero en su presuntuosa confianza se creyeron invencibles en campo raso, y salieron al encuentro del enemigo a pesar de su inferioridad (si bien la infantería era igual por ambas partes, los cartagineses eran superiores por sus cuatro mil caballos y sus cien elefantes). Por último, las legiones tenían la desventaja del terreno, pues los cartagineses se desplegaban fácilmente en la llanura inmediata. Aquel día los mandaba Xantipo. Lanzó primero su caballería contra el enemigo, que, según costumbre, estaba colocada en alas; y en un abrir y cerrar de ojos, se vio desaparecer los insignificantes escuadrones legionarios bajo las grandes masas de la caballería ligera de los nómadas; luego también la infantería latina fue envuelta y puesta en desorden. Pero los romanos, inquebrantables ante el enemigo, marchaban derechos contra la infantería cartaginesa. Y aunque estaban comprimidos en la derecha y en el centro por los elefantes que iban colocados en línea de batalla cubriendo a los cartagineses, su ala izquierda logró romper la línea de estos animales, se precipitó sobre el ala derecha de los cartagineses, y la puso en desordenada fuga. Sin embargo, por afortunado que fuese este movimiento, había separado en dos partes al ejército romano. El cuerpo principal, detenido de frente por los elefantes, y atacado por los flancos y la retaguardia por la caballería, se formó en cuadro y se defendió con una constancia heroica, pero al fin sucumbió y se rompió al violento empuje de las masas enemigas. El ala izquierda, victoriosa en un principio, se encontró de repente frente a los batallones libios de la infantería cartaginesa, que no habían aún combatido, y que la acosaron y agobiaron sin trabajo. Como el terreno se prestaba para que se desplegara la caballería nómada, superior en número, los romanos fueron acuchillados o hechos prisioneros. Solo dos mil hombres de tropa ligera de infantería y caballería, que se dispersaron al primer encuentro, cobraron delantera, mientras que los legionarios sucumbían en sus puestos y se refugiaron a duras penas en Clipea. Entre los pocos prisioneros estaba el cónsul, que murió después en Cartago. Suponiendo su familia que el enemigo le había hecho sufrir un tratamiento horrible, que violaba los usos de la guerra, se vengó ferozmente y de un modo inicuo en dos nobles cartagineses cautivos. Hacia ellos sintieron compasión hasta los mismos esclavos, que denunciaron tan infame suplicio, y los tribunos intervinieron en este asunto.^[7]

LOS ROMANOS EVACUAN EL ÁFRICA

Muy pronto llegó a Roma la terrible nueva, e inmediatamente se voló al socorro de la escasa guarnición de Clipea. Se hizo a la mar una escuadra de trescientas cincuenta naves que consiguió una brillante victoria cerca del cabo Hermeo,^[8] y que costó más de ciento catorce buques a los cartagineses. Además llegó a la ciudad a tiempo para salvar los desgraciados restos del ejército de Régulo. Si la hubiesen enviado antes de la batalla, habría podido convertir la derrota en triunfo, y poner fin de una vez a las guerras entre Roma y Cartago. Pero los romanos se habían desvanecido; después de un combate favorable bajo los muros de Clipea, embarcaron todas sus tropas y se volvieron a Italia. Abandonaron así con gran ligereza una plaza importante, fácil de defender, y que les abría las puertas del África, y con esa actitud cometieron la falta aún más grave de abandonar a sus indefensos aliados del continente y dejarlos a merced de la venganza de los cartagineses. La ocasión era para estos excelente, y se apresuraron a aprovecharla a fin de llenar su exhausto tesoro: hicieron expiar duramente a sus súbditos las consecuencias de la infidelidad cometida, y les impusieron una contribución de guerra de mil talentos de plata y de veinte mil bueyes. Los jeques de todas las tribus que se habían pasado a los romanos fueron crucificados. Se dice que perecieron hasta tres mil. ¡Este castigo cruel y odioso tendrá mucho que ver en la explosión de la gran insurrección que tendrá al África como teatro algunos años después! Por otra parte, como si la fortuna ahora hubiese querido mostrarse constantemente hostil a los romanos, después de haberlos favorecido por completo, su escuadra perdió a la vuelta las tres cuartas partes de sus buques y de su gente a consecuencia de una terrible tempestad, y apenas entraron en el puerto unas ochenta naves (en julio del año 499). Los capitanes habían pronosticado el peligro, pero los almirantes, improvisados la víspera de la expedición, habían dado igualmente la orden de partir.

VUELVE A COMENZAR LA GUERRA EN SICILIA

SUSPENSIÓN DE LA GUERRA POR MAR. VICTORIA DE LOS ROMANOS BAJO LOS MUROS DE PANORMO. SITIO DE LILIBEA. DERROTA NAVAL DE LOS ROMANOS EN DRÉPANO

Estos prodigiosos resultados permitieron a los cartagineses volver a tomar inmediatamente la ofensiva en Sicilia. Asdrúbal, hijo de Hannon, marchó a Lilibea con un poderoso ejército, que con el número inusitado de elefantes que llevaba (140) parecía suficiente como para sostener la guerra contra los romanos. Las últimas

batallas habían mostrado que con la ayuda de estos animales y una buena caballería era fácil suplir la debilidad de su infantería. Los romanos, por su parte, volvieron a emprender de nuevo sus operaciones en la isla. La destrucción del ejército de África y la evacuación voluntaria de Clipea nos dan a conocer que en el Senado predominaban los que no aprobaban una expedición a la Libia e insistían, por el contrario, en terminar la conquista de Sicilia. De cualquier modo, se necesitaba una escuadra: la que había vencido en Mila, en Ecnomo y en el cabo de Hermeo no existía ya. Se puso otra en astilleros. Doscientos veinte cascos de buques fueron comenzados y construidos a la vez. Esta era una empresa inaudita hasta entonces, pero al cabo de tres meses (cosa apenas creíble) estaban los buques terminados y dispuestos a hacerse a la mar. En la primavera del año 500 (254 a.C.) apareció en la costa norte de Sicilia la escuadra romana, con un número de trescientas naves, casi todas nuevas. Un ataque favorable por mar valió a los romanos la ciudad de Panormo, que era la plaza principal de los cartagineses. Pero se apoderaron también de otras ciudades más pequeñas: Solus, Cephaladion y Tyndaris (Cefalu y Santa María en Tindaro, no lejos de Milazzo); y en toda la costa setentrional no les quedó a los cartagineses más que la ciudad de Terma. Desde esta fecha, Panormo quedó en poder de los romanos, y fue una de sus estaciones más importantes. En el interior, por otro lado, la guerra va prolongándose indefinidamente, pues los dos ejércitos se hallaban uno frente a otro delante de Lilibeia, sin que los generales de la República se atreviesen a intentar una batalla decisiva, pues no sabían cómo meter mano a los elefantes. Al año siguiente, en vez de acrecentar las ventajas obtenidas en las costas de la isla, los cónsules se dirigieron al África; no querían intentar un desembarco, sino solo saquear las ciudades marítimas. Su expedición no halló obstáculos en un principio. Sin embargo, no tardaron en encontrarse en medio de los escollos de la Pequeña Sirtes, que eran desconocidos para sus pilotos y de los que salieron con mil trabajos; y después los cogió una tempestad entre Sicilia e Italia que les costó ciento cincuenta naves. También esta vez, cuando los pilotos pedían con insistencia que se les permitiese ir costeando, los cónsules les habían ordenado al salir de Palermo que pusiesen la proa hacia Ostia por alta mar. Los senadores perdieron el valor, y se decidió reducir la marina de guerra a setenta buques, con lo cual la guerra naval se limitó en adelante a la defensa de las costas y a los transportes. Por fortuna, la guerra de Sicilia tomó en este tiempo mejor aspecto. En el año 502 (252 a.C.), los romanos se apoderaron de Terma, la única plaza fuerte que se había resistido hasta entonces en la costa del norte, y de la importante isla de Lipara (Lipari). Por último, el cónsul Cayo Cecilio Metelo consiguió delante de Palermo una brillante victoria sobre el

ejército y los elefantes del enemigo (verano del año 503). Avanzando imprudentemente, las enormes bestias fueron asaltadas de repente por la infantería ligera de los romanos, oculta en los fosos de la plaza. Algunos animales se precipitaron allí y otros se volvieron contra los cartagineses, que se dirigieron apresuradamente y en gran confusión hacia la playa, esforzándose por reembarcarse. Al haber perdido ciento veinte elefantes, los cartagineses se quedaron sin el elemento que constituía la fuerza principal de su ejército. No les quedaba más recurso que encerrarse de nuevo en sus plazas fuertes. Al poco tiempo sucumbió Eryx (año 505), y por entonces solo les quedaban Lilibea y Drépano. Por segunda vez Cartago solicitó la paz; pero después de la victoria de Metelo y de haberse debilitado la rival de Roma, volvió a preponderar en el Senado la influencia del partido de la guerra. Se desecharon las proposiciones de paz y se decidió que se sitiara las dos ciudades mencionadas. Además, para que el sitio fuese más vigoroso se hizo a la vela una escuadra de doscientas naves. El sitio de Lilibea fue el primero que el ejército romano, por decirlo así, emprendió en gran escala de una manera regular, y fue también uno de los más tenaces que menciona la historia. Cuando la escuadra romana llegó a establecerse en el puerto, la ciudad se halló bloqueada también por el lado del mar. Pero los sitiadores no podían cerrarlo por completo. No obstante los cadáveres arrojados al fondo del foso y las empalizadas aglomeradas, y a pesar incluso de la más exquisita vigilancia, los ligeros barcos del enemigo, que conocían mejor los pasos y los escollos, establecieron comunicaciones regulares entre la ciudad sitiada y la armada cartaginesa, anclada en el puerto de Drépano. Poco después, ciento cincuenta buques fenicios forzaron el paso, desembarcaron víveres y diez mil hombres de refuerzo, y pudieron volverse sin ser atacados. Por tierra el ejército sitiador no llevaba mejor las cosas. El ataque comenzó en toda regla, se establecieron las máquinas, y al poco tiempo cayeron seis torres de la muralla de la plaza; la brecha ya parecía practicable, pero no se había contado con la habilidad de Himilcón, defensor de la ciudad. Detrás de la brecha, de repente se vio levantada una segunda muralla que aquel acababa de construir. Los romanos trataron entonces de ponerse en inteligencia con la guarnición, pero se frustró también su designio. Por último, después de una salida desgraciada, los cartagineses aprovecharon una noche tempestuosa y prendieron fuego a todas las máquinas de sitio. Los romanos renunciaron entonces a todos sus preparativos de asalto, y redujeron el sitio a un bloqueo por mar y tierra. Expediente modesto, que transportaba el éxito a un lejano porvenir, pues no se hallaban en estado de impedir que se aproximasen los buques africanos. Durante este tiempo, el ejército sitiador

por tierra tenía que luchar contra dificultades no menos serias. La caballería ligera del enemigo, numerosa y audaz, le arrebató con mucha frecuencia sus convoyes, y, por otra parte, las enfermedades inherentes al suelo insalubre de los alrededores diezaban sus filas. Pero tal era la importancia de la plaza, que hubiera valido más esperar con calma la hora tan deseada de su infalible caída, aun a costa de los mayores trabajos. Pero el nuevo cónsul Publio Claudio creyó que debía hacer algo más que bloquear Lilibea, y cambió otra vez el plan de las operaciones. Con la numerosa escuadra reforzada con tropas de fresco, pensó que podía sorprender a los cartagineses parapetados en el puerto de Drépano. Parte a media noche con todas las naves de bloqueo, llevando a bordo un gran número de voluntarios sacados de las legiones, y al salir el sol se presenta en buen orden delante del enemigo, apoyando su derecha en la costa, y su izquierda extendida por alta mar. En Drépano mandaba el almirante fenicio Atarbas, quien no perdió la serenidad aun cuando no esperaba semejante ataque. Lejos de dejarse encerrar, en el momento en que los romanos llegaban a la costa, y entraban en el puerto abierto en forma de ángulo hacia el sur, salió por el otro lado que aún estaba libre, y colocó inmediatamente sus naves en orden de batalla. Esta rápida maniobra obligó al almirante romano a retirar los buques que ya habían entrado en el puerto y a prepararse para el combate. Pero en su movimiento de retirada perdió la elección de posición. Atacado inmediatamente por el enemigo, a quien había querido sorprender, tenía su línea rebasada en parte por cinco naves de Atarbas. Le había faltado tiempo para desarrollarse por completo al salir del puerto, y además estaba tan próximo a la costa, que sus transportes no pudieron retirarse ni ir a colocarse detrás de la escuadra para socorrerla. La batalla, pues, estaba perdida antes de comenzar, y la escuadra romana, desordenada y estrechamente cercada, debía caer casi por completo en poder de los africanos. El cónsul lo evitó en parte al huir inmediatamente, pero igualmente perdió noventa y tres naves, o sea, las tres cuartas partes de la escuadra de bloqueo, y con ellas la flor de las legiones. Tal fue la primera y única gran victoria naval que los cartagineses tuvieron sobre los romanos.

Sin embargo, esto tuvo grandes e inmediatos resultados. Lilibea cesó de ser bloqueada por mar, pues, si bien los restos de la escuadra fueron a ocupar allí su puesto, les fue imposible en adelante cerrar la entrada del puerto. Por lo demás, la escuadra cartaginesa los hubiera destruido si no hubieran tenido el apoyo del ejército de tierra. Así, pues, la loca y culpable imprudencia de un oficial inexperto había perdido en un momento todas las ventajas adquiridas a costa de tantos esfuerzos, después de un sitio tan largo y sangriento.

DESTRUCCIÓN DE SU ARMADA DE TRANSPORTE

Los romanos poseían todavía algunas naves; pero, desgraciadamente, lo que había perdonado el desastre ocasionado por la temeridad de uno de los cónsules, acabó de perderlo la ineptitud del otro. El segundo cónsul, Lucio Junio, tenía la misión de embarcar en Siracusa víveres y municiones destinados al ejército de sitio, y recorrer las costas del sur. Los transportes debían ir acompañados por la segunda escuadra, que contaba con ciento veinte buques de guerra; pero en lugar de tener reunidas todas sus naves, cometió la torpeza de mandar los primeros transportes adelante sin protección de ningún género, mientras que él salió un poco después con los demás. Cartalo, segundo almirante de los cartagineses, mandaba por entonces cien buques escogidos que bloqueaban a los romanos en el puerto de Lilibea. Al enterarse de lo que sucede se dirige rumbo al sur inmediatamente, y se coloca entre las dos divisiones de la escuadra de Lucio Junio, que fueron obligadas a refugiarse en las radas de Gela y Camarina. El enemigo corre a atacarlas en aquellas playas hospitalarias; pero es valerosamente rechazado gracias a las máquinas de guerra establecidas hacía ya algún tiempo en todos los puertos de las costas. No obstante, ya no se podía pensar en reunirse y continuar su camino, y Cartalo pudo dejar a los elementos de la naturaleza el cuidado de acabar su obra. A la primera marejada ambas escuadras fueron completamente destruidas, mientras que los cartagineses, maniobrando en alta mar, escaparon sin trabajo ni peligro al furor de la tempestad. Sin embargo, los romanos habían podido salvar gran parte de la tripulación y de los cargamentos.

PERPLEJIDAD DE LOS ROMANOS

El Senado no sabía qué hacer. La guerra ardía hacía ya dieciséis años, y parecía que se estaba más lejos de terminarla que el primer día en que se rompieron las hostilidades. Se habían perdido cuatro grandes escuadras, tres de las cuales llevaban a bordo un ejército romano cada una. En Libia había perecido un cuarto ejército formado íntegramente por tropas escogidas; y todo esto sin contar los innumerables sacrificios que habían costado los pequeños combates navales, las batallas dadas en Sicilia, el ataque o la defensa de plazas y posiciones, y, por último, las enfermedades. Se habían sacrificado innumerables vidas, tantas que las listas cívicas

habían disminuido del año 502 al 507 (252 a 247 a.C.) en cuarenta mil ciudadanos, o sea, una sexta parte. Por otra parte, no se incluían aquí las enormes pérdidas de los aliados, sobre quienes recaía todo el peso de la guerra marítima, y que contribuían para la continental por lo menos tanto como los mismos romanos. Era imposible formarse una idea de los gastos en dinero; eran incalculables, ya fuera que se tratase directamente de cubrir las bajas de la escuadra y del material, o se tuviesen en cuenta los perjuicios sufridos por el comercio. Y lo peor era que se habían agotado todos los medios sin poder terminar la guerra. Se había verificado un desembarco en África con un ejército valeroso y animado por sus primeras victorias, y la empresa había fracasado. En Sicilia se había intentado el ataque sucesivo de las ciudades, y las plazas de poca importancia habían sido tomadas. Pero las fuertes ciudadelas de Lilibea y Drépano habían rechazado todos los ataques. ¿Qué hacer en adelante? Se apoderó de ellos la desanimación. Los padres conscriptos desesperaban de la guerra y dejaron marchar las cosas por sí mismas, no porque no supiesen perfectamente que una guerra indefinida era cien veces más desastrosa para la Italia que nuevos y grandes sacrificios, y que esta debía dar su último hombre y su último denario para terminarla. ¡No se atrevían a fiarse del pueblo ni de la fortuna, y agregar otros nuevos sacrificios a tantos ya inútiles! Se decidió disolver la armada y no hacer en adelante más que la guerra de corsarios; dar los buques del Estado a los capitanes que quisieran equiparlos por su cuenta e ir en corso. En cuanto a las operaciones por tierra, solo continuaron en el nombre pues no podía hacerse otra cosa; pero se conservaron las plazas conquistadas y se dispuso defenderlas en caso de ataque. Por modesto que fuese este plan, necesitaba un ejército numeroso y grandes gastos a falta de la escuadra. Había llegado para Cartago el ahora o nunca, la oportunidad de humillar a su poderosa rival. También en la ciudad fenicia se dejaban sentir el cansancio y la escasez, ¿quién lo duda? Sin embargo, dada la marcha de los acontecimientos, no se habían agotado sus recursos. Nada impedía que se tomase vigorosamente la ofensiva; después de todo, la guerra no costaba más que dinero. Pero los que gobernaban la colonia fenicia no tenían energía ni genio guerrero, y caían en la inacción y en la debilidad cuando no eran estimulados por el aguijón de una segura ganancia o de una extrema necesidad. Demasiado felices con no tener sobre sí la amenaza de la escuadra romana, dejaron también que se disolviese la suya. En realidad hicieron lo mismo que los romanos, y de una y otra parte comenzó una guerra de escaramuzas en la isla y en sus alrededores.

PEQUEÑA GUERRA DE SICILIA. AMÍLCAR BARCA

De este modo pasaron seis años de una lucha sin grandes acontecimientos y sin gloria (del 506 al 511), y que fueron los más oscuros del siglo, tanto para los romanos como para los cartagineses. Pero finalmente se levantó un hombre que pensaba y quería obrar de modo diferente a sus conciudadanos de África. Un general joven y de talento, Amílcar, llamado Barak o Barca (es decir, el relámpago), vino a encargarse del mando de Sicilia en el año 407. Los cartagineses carecían como siempre de una infantería fuerte y aguerrida. Su gobierno, por más que la hubiese podido reunir o se hubiese siquiera esforzado para hacerlo, presenciaba impasible los repetidos desastres o mandaba de tanto en tanto a sus generales al patíbulo. Amílcar solo contó con su propia ayuda, y conocía a fondo a sus soldados. Para estos era lo mismo Cartago que Roma. Pedir a los magistrados de su República refuerzos fenicios o libios era tiempo perdido. Pero con las tropas que le quedaban no le estaba prohibido salvar su patria, con tal de que a esta no le costase nada. Se conocía a sí mismo y a los demás hombres. Que sus mercenarios pensasen o no en Cartago era cosa que lo tenía sin cuidado; pero un verdadero general hace las veces de patria para sus soldados, y el joven capitán era digno de atraerse a los suyos. En las diarias escaramuzas bajo los muros de Lilibea y de Drépano los acostumbró desde un principio a mirar frente a frente a los legionarios; después se atrincheró en el monte Eirto (monte Peregrino, cerca de Palermo), que domina el país como una ciudadela natural. Entonces hace que se establezcan al lado de los soldados sus mujeres e hijos, y desde allí arrasa la campiña por todos los lados, y sus corsarios talan las costas italianas hasta Cumas. En su campo reina la abundancia sin que la metrópoli tenga que mantener el ejército. Además se comunicaba diariamente con Drépano por mar, y muy pronto amenazó con dar un golpe sobre Palermo, que estaba a corta distancia. En vano los romanos ensayaron arrojarlo de su posición; después de largos combates no pudieron siquiera impedirle que fuera a establecerse a la cima del monte Eryx. En medio de la ladera de la montaña estaba situada la ciudad de este nombre, y en la cima había un templo dedicado a Venus Afrodita. Amílcar se apoderó de la ciudad y sitió el templo, mientras los romanos se mantenían en la llanura y lo bloqueaban a su vez. Para que defendiese al templo habían colocado allí un destacamento de galos, tráfugas del ejército cartaginés y horda de bandidos, si los hubo, que saquearon el lugar confiado a su custodia, cometieron toda clase de excesos y se defendieron con el valor de la desesperación. Pero Amílcar se obstinó y mantuvo su posición de Eryx. Durante este tiempo se aprovisionaba diariamente con ayuda de la armada y de la

guarnición de Drépano. Para los romanos la guerra tomaba un aspecto cada vez peor. La República agotaba sus recursos metálicos, y sus soldados y sus generales perdían en ella su reputación. Era evidente que ningún capitán de Roma podía luchar ya contra Amílcar, cuyos soldados medían sus armas sin temor con los de las legiones romanas. A lo largo de todo este período, por otra parte, los corsarios redoblaban su audacia recorriendo las costas de Italia; y hasta había sido necesario enviar a un pretor para que luchara contra una banda enemiga que había hecho un desembarco. Si hubieran dejado que las cosas continuaran su marcha así, al cabo de pocos años, Amílcar, al frente de su escuadra, habría sido un hombre capaz de acometer la famosa empresa que su hijo ejecutará un día por tierra.

RECONSTRUCCIÓN DE UNA ESCUADRA POR PARTE DE LOS ROMANOS. VICTORIA DE CATULO CERCA DE LA ISLA DE EGUSA

El Senado, sin embargo, continuaba en la inacción; el partido de las gentes meticulosas predominaba en él constantemente. Pero, por último, se encontraron allí hombres previsores y magnánimos que se resolvieron a salvar el Estado aun sin su concurso, y a dar fin a aquella guerra ruinosa. Algunas excursiones marítimas afortunadas habían restablecido la moral del pueblo, y despertado nuevamente la energía y la esperanza. Una escuadra formada con gran precipitación había quemado Hipona, en la costa de África, y conseguido una victoria delante de Panormo. Entonces se recogieron suscripciones voluntarias, como se había hecho otras veces en Atenas, aunque en menores proporciones, y se fletó una escuadra de guerra a expensas de los patriotas ricos de Roma, que tenía por núcleo los antiguos buques corsarios y sus tripulaciones. Los cuidados más minuciosos presidieron su construcción: nunca se había hecho otro tanto para la marina del Estado. ¡Los anales de la historia no ofrecen ejemplo de un entusiasmo semejante! Se vio a algunos ciudadanos coaligados dotar a su patria, agobiada por veintitrés años de ruda guerra, de una escuadra magnífica de doscientos buques con sesenta mil tripulantes. La honra de conducirla a Sicilia estaba reservada al cónsul Cayo Lutacio Catulo, que no encontró allí adversarios. Los dos o tres buques cartagineses que Amílcar tenía a su disposición desaparecieron. Los romanos ocuparon casi sin resistencia los puertos de Lilibeá y Drépano, cuyos sitios volvieron a emprender vigorosamente por mar y por tierra. Cartago se veía amenazada y sorprendida: sus dos fortalezas, mal

aprovisionadas, corrían gran peligro. Se armó también con gran precipitación; pero por más que se apresurase, el año terminó sin que hubiera podido enviar sus naves a las aguas sicilianas. Cuando finalmente las naves se presentaron delante de Drépano en la primavera del año 513 (241 a.C.), los romanos se hallaron enfrente de una escuadra de buques de transportes, más que de buques de guerra. Los cartagineses habían creído que podrían desembarcar sin obstáculos, descargar todas sus municiones y tomar a bordo las tropas necesarias para la lucha. Pero su enemigo les cerró el paso; y, como ellos querían tomar Drépano, se vieron obligados a aceptar la batalla cerca de la pequeña isla de Egusa (Fabignana). Era el 10 de marzo del año 513 (241 a.C.). El resultado no estuvo indeciso ni un solo instante. La escuadra romana, bien construida y armada, obedecía a un almirante hábil, al pretor Publio Valerio (pues Catulo estaba curándose una herida que había recibido delante de Drépano). Al primer choque echó a pique muchos buques cartagineses, que iban muy cargados y mal armados. Cincuenta fueron a fondo, y setenta fueron capturados y conducidos por el vencedor al puerto de Lilibea. El gran y generoso esfuerzo de los patriotas de Roma había producido sus frutos, pues dio a la República la victoria y la paz.

CONCLUSIÓN DE LA GUERRA

Después de haber crucificado a su infortunado almirante, hecho que nada remediaba, los cartagineses enviaron plenos poderes al comandante del ejército para que ajustase la paz. Amílcar había presenciado el naufragio de sus heroicos trabajos de siete años. Magnánimo hasta el fin, no abandonó el honor de sus soldados, la causa de su país ni sus propios designios. Dueños ya los romanos del mar, no era posible conservar Sicilia, más aún cuando no podía esperar nada de Cartago, que tenía exhausto su Tesoro, y luego de haber intentado inútilmente contratar un empréstito en Egipto. ¿Cómo había de esperarse que pensara aún en atacar y destruir las fuerzas navales de Roma? Amílcar consintió pues en abandonar la isla, obteniendo a cambio el reconocimiento expreso, y en los términos ordinarios, de la independencia e integridad del Estado y del territorio cartaginés. Roma se comprometió con Cartago, y esta con Roma, a no hacer alianza particular con los miembros de sus respectivas sinarquias, es decir, con las ciudades sujetas o dependientes de una u otra de las partes contratantes. No les haría la guerra, no aspiraría al derecho de soberanía sobre su territorio y, por último, no reclutaría soldados en él.^[9] Como condiciones

accesorias, debían ser devueltos sin rescate todos los cautivos romanos, y se impuso a los vencidos una contribución de guerra. Pero cuando Catulo exigió que los soldados de Amílcar depusiesen sus armas, y que se le entregasen los desertores italianos, el cartaginés se negó a ello absolutamente e insistió en su negativa. Catulo tuvo que desistir de esta última reclamación, y permitió a los fenicios salir de la isla mediante un pequeño rescate de dieciocho dineros por cabeza.

Como los cartagineses deseaban en extremo la terminación de la guerra, quedaron muy satisfechos, según yo entiendo, al obtener la paz con estas condiciones. Y, por su parte, el general romano atribuyó naturalmente un gran mérito al hecho de volver a su patria con una paz victoriosa. Sin embargo, ya fuera que se acordase de Régulo y que temiese cambios repentinos en la suerte de las armas, o que el entusiasmo patriótico al que debía su victoria no se renovase con la misma energía, ya fuera, en fin, que cediese al ascendiente personal de Amílcar, el hecho es que Catulo no se mostró muy riguroso. En Roma el pueblo acogió mal la paz proyectada, y excitado en el *Forum* por los patriotas, sin duda por aquellos que habían suministrado una escuadra al Estado, se negó en un principio a ratificar la paz. ¿De dónde procedía esta repugnancia? No podremos decirlo. Asimismo ignoramos si los que se oponían querían solo arrancar nuevas concesiones al enemigo, o si los movía el pensamiento de que en otro tiempo Régulo se hubiese atrevido a exigir a Cartago que renunciase a su independencia. Quizás en este caso sostendrían que era necesario proseguir la guerra hasta conseguir por completo su fin, y que se trataba menos de estipular una paz honrosa que de imponer al enemigo una sumisión completa. Si la negativa a la ratificación no era más que un cálculo con objeto de obtener mayores ventajas, este cálculo era probablemente erróneo. Ante la evacuación de la Sicilia, ¿qué interés había en conseguir alguna otra concesión accesoria? Era peligroso mostrarse demasiado exigente con un hombre tan emprendedor y de tantos recursos como Amílcar. ¿No se corría el riesgo de dejar ir la presa por perseguir su sombra? ¿O por el contrario los que rechazaban la paz se oponían porque a sus ojos no había más que un solo medio eficaz de terminar la lucha, y que era necesario ante todo, para dar una satisfacción a Roma, el aniquilamiento político de su rival? En este caso, su opinión mostraba que eran grandes hombres de Estado, y que tenían un verdadero presentimiento del porvenir. Pero ¿era Roma bastante fuerte ahora para intentar llevar a cabo otra expedición como la de Régulo? Ya no se hubiera tratado solo de abatir el valor, sino también los muros de la poderosa ciudad fenicia. ¿Qué historiador se atrevería hoy, careciendo como carecemos de pruebas, a responder semejante cuestión en uno u otro sentido?

Por último, el tratado fue sometido a una comisión encargada de hacerse presente en Sicilia y decidir sobre el terreno. Esta comisión confirmó los preliminares en sus puntos esenciales, pero elevó los gastos de guerra que debía pagar Cartago a la suma de tres mil doscientos talentos. Además del abandono de Sicilia, estipulaban también cláusulas definitivas: el de las islas intermedias entre esta e Italia. En realidad no hubo más que un simple cambio en los términos de la redacción oficial, que se precisaron mejor. Ya que Cartago no poseía la Sicilia, era natural que no podría reservarse la isla de Lípari, por ejemplo, ocupada además desde hacía mucho tiempo por los romanos. Tampoco puede suponerse gratuitamente que el primer tratado se hubiese redactado de una manera ambigua con intención. Semejante sospecha sería tan inmerecida como inverosímil. Por último, estando ya todos de acuerdo, el general de la ciudad que se humillaba, aunque no había sido vencido, bajó de las alturas que había defendido por tanto tiempo, y entregó a los nuevos señores de la isla las fortalezas que los fenicios habían dominado sin interrupción por espacio de cuatro siglos, y contra cuyas murallas se habían estrellado tantas veces los esfuerzos de los helenos. De esta forma, la paz quedó restablecida en el Occidente (241 a.C.).

JUICIO SOBRE LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA

Detengámonos un momento más sobre estos grandes combates que llevaron la frontera romana más allá de los límites marítimos de la península. La primera guerra púnica fue una de las más largas y difíciles que sostuvo Roma; los soldados que asistieron a la última y decisiva batalla en su mayor parte no habían nacido cuando principió la guerra. Hagamos además constar que, a pesar de los grandiosos y heroicos acontecimientos que en ella se encuentran, esto no significa que los romanos, militar y políticamente hablando, la hayan dirigido mal ni con poca seguridad. No podía suceder de otro modo. Esta guerra acontece en un tiempo de crisis: la antigua política puramente italiana no era ya suficiente, pero no se había hallado aún la del gran Imperio futuro. Para las necesidades de la primera, el Senado romano y el sistema militar de Roma estaban excelentemente combinados. Las guerras eran entonces simples guerras continentales. Asentada en el centro de la península, la metrópoli servía de base principal y de eje a todas las operaciones que se apoyaban además en la red de fortalezas interiores. Se practicaba la táctica sobre

el terreno, y no la gran estrategia. Se batían sin preocuparse demasiado de la combinación de las marchas y los movimientos, que no tenían más que una importancia secundaria. Además, el arte de los sitios estaba aún en su infancia, y apenas se había hecho una o dos veces la guerra por mar. No hay que olvidar que hasta entonces todo se decidía en la pelea por el arma blanca; que una asamblea de senadores había bastado para dirigir las operaciones, y que el magistrado de la ciudad podía ser general del ejército. Pero todo cambió repentinamente. El campo de batalla se extendió de un modo considerable, se lo llevó a otro continente más allá de los mares. Toda escuadra que se hace a la vela es un camino que el enemigo puede seguir, para venir un día sobre Roma desde todos los puertos de la costa. En todas esas plazas marítimas que habían rechazado tantas veces el asalto de los mejores tácticos de la Grecia, es donde los romanos van a hacer sus primeros ensayos. Para esto no bastaban ya las milicias ciudadanas ni los contingentes latinos o itálicos; se necesitaba una escuadra, y, lo que es más difícil, saber servirse de ella. Es necesario reconocer los verdaderos puntos de ataque y de defensa, reunir y dirigir las masas, y preparar y combinar las expediciones lejanas y duraderas. Si no se sabe todo esto, por inferior que sea en la táctica el enemigo, triunfará seguramente sobre su adversario más fuerte. ¿Qué tiene de extraño que hayan vacilado las riendas en las manos del Senado y de los magistrados civiles llamados hasta el generalato? Al principio de la guerra ninguno sabía seguramente adónde se iba; solo en el transcurso de la lucha fueron notándose los defectos del sistema militar, la falta de una escuadra, la necesidad de una dirección firme y constante en las operaciones, la incapacidad de los generales y la completa ineptitud de los almirantes. A fuerza de energía y de fortuna se proveyó lo más urgente. Esto es lo que sucedió principalmente en la cuestión de la armada. Por poderosa y grande que fuese su creación, nunca fue tenida en mucha estima por los romanos. Llevó el nombre de «escuadra romana» sin tener nada de nacional. Roma la trató siempre como madrastra, y el servicio a bordo no fue nunca muy apreciado, sobre todo al lado del que se hacía en las filas de las legiones. Los oficiales de marina procedían en su mayor parte de los griegos de Italia, y la tripulación se componía de súbditos, esclavos y vagos. El campesino italiano no ha sido nunca aficionado al mar. Entre las tres cosas de su vida de las que Catón decía estar arrepentido, una de ellas era el haberse embarcado una vez cuando podría haber ido por tierra. No hay que admirarse de esto. Marchando las naves principalmente a fuerza de remos, no había nada de noble en tal servicio. Quizá debieron organizar legiones navales y un servicio de oficiales de marina romanos. De haber obedecido al sentimiento

nacional, les hubiera sido fácil fundar un poderoso estado marítimo, no solo por el número de sus buques, sino también por sus cualidades náuticas y por la experiencia de la mar. Se hubiera podido encontrar fácilmente un núcleo en aquellos corsarios que habían completado su educación durante una larga guerra. Pero el gobierno de la República no hizo más que lo enteramente necesario.

Como quiera que fuese, la marina romana, en su organización grandiosa aunque insuficiente y mal concebida, fue la obra más grande de su tiempo. Hizo que en un principio Roma triunfase, y luego le valió su éxito definitivo. Había otros vicios mucho más difíciles de reparar: hablo de los que tenía la constitución política, que era necesario reformar a toda costa. Ante las vicisitudes de los partidos el Senado había pasado con ellos de un plan de guerra a otro, y cometido increíbles faltas, como por ejemplo la evacuación de Clipea, o las frecuentes reducciones de la marina. Un general comenzaba en el año de su cargo el ataque de las plazas sicilianas, que su sucesor abandonaba para ir a saquear las costas de África o dar una gran batalla naval; todos los años, en fin, cambiaba de personas el mando supremo. Pero ¿cómo poner término a estos males sin promover inmediatamente en la ciudad cuestiones mucho más difíciles que la creación de la armada? Las reformas, sin embargo, no eran difíciles de realizar ante las exigencias de la guerra. De todas maneras, el hecho es que nadie, ni el Senado ni los generales, se mostró a la altura de la nueva estrategia. La empresa de Régulo es la prueba más palpable del extraño error del que todos participaban. Tenían una fe ciega en la superioridad de su táctica. ¿Qué general se ha visto nunca más favorecido por la fortuna? Desde el año 498 (256 a.C.) ocupaba las posiciones que Escipión no ocupó hasta cincuenta años después, y no tenía delante de sí, como él, a Aníbal y su ejército, encanecidos en las batallas. Pero el Senado creía que los romanos eran invencibles en el combate cuerpo a cuerpo, y había retirado la mitad de las tropas. El general, tan engañado como el Senado, permaneció en su desastrosa inmovilidad. Inferior al enemigo en cuestión de estrategia, aceptó la batalla donde se la presentaron, y halló su maestro en la táctica propiamente dicha. ¡Catástrofe tanto más extraña cuanto que Régulo era un hábil y valiente capitán! La ruda guerra de los campesinos había bastado para la conquista de la Etruria y del Samnium, y fue la que trajo el desastre de Túnez.

Antes, y según las necesidades de los tiempos, todo ciudadano podía ser un general; en la actualidad ya no sucedía lo mismo. En el nuevo sistema se necesitaban generales formados en los campos de batalla, y que tuviesen buen golpe de vista estratégico, pues el simple magistrado civil no bastaba para el objeto. Otra medida peor, si cabe, era la de que el mando de la escuadra fuese anexo al del ejército, y, por

consiguiente, cualquier cónsul se creía apto a la vez para el generalato y para dirigir las operaciones navales. Los mayores desastres que Roma sufrió durante la primera guerra púnica no fueron causados por las tempestades ni por los cartagineses, sino por la presuntuosa impericia de los almirantes improvisados.

De cualquier modo, lo cierto es que la República había vencido, y se contentó con menos de lo que pedía y aun de lo que se le había ofrecido al principio de la guerra. Sin embargo, la paz encontraba en el pueblo una oposición marcada. La victoria y la paz no eran pues decisivas ni definitivas. Roma debía su triunfo al favor de los dioses, a la energía de los ciudadanos y sobre todo a las faltas del enemigo, faltas capitales y superiores en mucho a los errores imputables a los romanos en la dirección de la guerra.

III

ITALIA SE EXTIENDE HASTA SUS FRONTERAS NATURALES

FRONTERAS NATURALES DE ITALIA

La confederación italiana que resultó de la crisis del siglo v, o, mejor dicho, el Estado itálico, había reunido bajo la hegemonía de Roma todos los pueblos y ciudades desde el Apenino hasta el mar Jónico. Además, y antes del fin del mencionado siglo, esas dos fronteras se habían extendido, y existían ciudades italianas pertenecientes a la confederación más allá del Apenino y del mar Jónico. Al norte, la República había tomado venganza de crímenes antiguos y nuevos, y había arruinado a los senones en el año 471; al sur, y durante la larga guerra del 490 al 513 (264 a 241 a.C.), había arrojado a los fenicios de la Sicilia. Allí, más lejos que la colonia ciudadana de Sena estaba la ciudad latina de Armiun (Rémini); aquí, la ciudad de los mamertinos (Messina) tenía su lugar en la alianza romana. Como ambas formaban parte de la nacionalidad de los itálicos, participaban también de los derechos y de los deberes comunes a toda la confederación. Esta extensión hacia el interior se había verificado sin duda bajo la presión de los acontecimientos antes que por las miras de una gran política. Se concibe además que al día siguiente de la guerra con Cartago, al verse los romanos con tan ricos despojos, entrasen también en un nuevo y más vasto camino. Las condiciones naturales de la península debieron bastar para inspirarles aquella idea.

El Apenino con sus cumbres poco elevadas, y por consiguiente fáciles de atravesar, constituía una frontera política y militarmente imperfecta. Convenía llevarla hasta los Alpes, barrera poderosa y natural entre la Europa del sur y la del norte. Sin embargo, no bastaba con dominar en Italia; era necesario reunir a este Imperio la soberanía marítima y la posesión de las islas, tanto al oeste como al este de la península. Arrojados los fenicios de Sicilia, se había conseguido lo principal, y ahora las circunstancias concurrían más favorables para facilitar la terminación de su tarea.

SICILIA BAJO LA DEPENDENCIA DE ITALIA

Según el tratado de paz estipulado con Cartago, en los mares occidentales, cuya importancia era entonces muy diferente de la del Adriático, los romanos estaban en posesión de la mayor parte de la isla de Sicilia, que era la estación más importante de todas aquellas regiones, la isla más grande, fértil y accesible por sus numerosos puertos. El rey Hieron de Siracusa, que durante los veintidós últimos años de la guerra se había mostrado constantemente fiel a la alianza de Roma, finalmente había podido pedir con justicia el aumento de su territorio. Pero, si al comenzar la guerra los romanos ya habían tomado el partido de no permitir en la isla nada más que Estados secundarios, en la paz se proponían decididamente su conquista completa. Por tanto, Hieron debía considerarse dichoso por haber podido conservar intacto su pequeño reino, es decir, Siracusa con sus arrabales y los territorios de Elora, Neeton, Acre, Leontini, Megara y Tauromenium,^[1] y por haber conservado su independencia. Esto había sido posible gracias a que había secundado los proyectos de Roma, y de hecho era también una suerte que la guerra no hubiese concluido con la completa ruina de una de las dos potencias rivales, pues de este modo quedaba lugar en Sicilia para un reino intermedio. Por lo demás, los romanos ocuparon como dueños la mayor parte de la isla: Panormo, Lilibea, Agrigento, Messina y otras ciudades. Pero sintieron mucho que incluso con la posesión de este magnífico país aún no pudieran convertir el mar occidental en un lago romano. Para esto necesitaban que los cartagineses evacuasen la Cerdeña. Pero, apenas firmada la paz de la víspera, se abrió para ellos una perspectiva inesperada que va a permitirles despojar a Cartago de este rica colonia.

INSURRECCIÓN EN LIBIA

Acababa de estallar en África una terrible insurrección: mercenarios y súbditos se habían sublevado contra Cartago por las faltas cometidas por esta y su gobierno. Durante los últimos años de la guerra, Amílcar no había podido, como antes, pagar a sus soldados con sus propios recursos. En vano había solicitado que le enviaran dinero, pues se le contestó con la orden de que volviese a enviar sus tropas al África, donde serían licenciadas. Amílcar obedeció. Pero, sabiendo la clase de hombres con quienes trataba, tuvo cuidado de mandarlos por destacamentos, a fin de que el pago y

el licenciamiento se verificase por fracciones, o que por lo menos fuesen disolviéndose sucesivamente las bandas de veteranos y dimitiera después el mando. Pero fueron inútiles su prudencia y su previsión. Las cajas estaban exhaustas, y no había contado con los vicios de una administración colectiva y la impericia de la burocracia cartaginesa. Se esperó a que se reuniese todo el ejército en Libia para escatimarles el sueldo prometido. Naturalmente estalló una sublevación; y las vacilaciones y la cobardía de las autoridades mostraron a los soldados que podían intentar todo. La mayor parte de ellos eran indígenas sometidos a la dominación de Cartago. Sabían de los resentimientos que había producido la matanza oficial de quienes se habían aliado con Régulo (pág. 50), y el tributo abrumador que había arruinado después su patria. Sabían también que trataban con un gobierno traidor a su palabra y que no perdonaba jamás; sabían, en fin, la suerte que les esperaba si volvían a sus moradas después de haber conseguido por medio de un alboroto que se les pagase. Hacía mucho tiempo que Cartago estaba abriendo la mina; y ella misma colocó allí a personas que se vieron obligadas con su proceder a prender fuego la mecha. La sublevación se propagó como un relámpago de guarnición en guarnición, y de aldea en aldea; las mujeres libias daban sus alhajas para pagar los sueldos de los insurrectos. Una multitud de ciudadanos de Cartago, y entre ellos algunos oficiales de los más valientes del ejército de Sicilia, fueron las primeras víctimas del furor de las masas. La misma Cartago se vio sitiada por dos partes a la vez, y el ejército que salió de sus muros fue completamente derrotado a causa de la impericia del general que lo mandaba.

Cuando llegó a Roma la nueva de que el enemigo, siempre tan aborrecido y temido, se hallaba más cercano a su completa ruina de lo que nunca había estado durante la guerra con la República, comenzaron a arrepentirse del tratado de paz del año 513 (241 a.C.), y a suponer que se había hecho con demasiada precipitación. Ese era el parecer del pueblo. Ninguno recordaba el agotamiento de recursos de Roma, y el poder pujante de Cartago cuando se entablaron las negociaciones. Por pudor, y solo por pudor, no se atrevieron a ponerse en comunicación directa con los rebeldes. Excepcionalmente, los cartagineses fueron autorizados para reclutar en Italia mercenarios que los defendiesen, y se prohibió todo comercio entre los marinos italianos y los de Libia. ¿Pero quién puede suponer que en el fondo Roma quisiese cumplir con sus compromisos de una alianza amistosa? Sus naves continuaron comerciando con los insurrectos. De hecho, cuando Amílcar, llamado a ponerse a la cabeza de las tropas de Cartago por el peligro que corrían, hizo encerrar en una prisión a algunos capitanes de buques cogidos en flagrante delito, el Senado se

interpuso inmediatamente e hizo que se los pusiese en libertad. Por su parte, los rebeldes miraban a los romanos como sus aliados naturales. Un día las guarniciones de Cerdeña, que como el resto del ejército se habían pasado a los insurrectos, se vieron impotentes para resistir los ataques de las tribus indomables del interior, y enviaron una embajada a los romanos ofreciéndoles la isla (hacia el año 515 de Roma). Por otro lado recibieron casi las mismas proposiciones de parte de Utica, que se había pasado al partido de los insurrectos y se veía ahora muy estrechada por Amílcar. Las ofertas de Utica fueron rechazadas, porque hubiera sido llevar demasiado lejos las fronteras de Italia y las miras de la política romana; pero la demanda de los sublevados de Cerdeña, por el contrario, fue acogida con placer, y la República tomó posesión del territorio que pertenecía desde tiempo atrás a los africanos (año 516). En el asunto de los mamertinos Roma había observado una conducta desleal; la que ahora sigue con los sublevados de Cerdeña merece aún más severas censuras por parte de la historia. La grande y victoriosa República no desdeñaba hacer causa común con la soldadesca venal y compartir con ella el fruto del crimen, anteponiendo la utilidad al derecho y al honor. En cuanto a los cartagineses, demasiado ocupados con sus desastres propios en África, en el momento en que los romanos se apoderaban de Cerdeña sufrieron en silencio esta incalificable manera de proceder. Pero eso fue solo en un principio. Cuando el peligro fue instantáneamente vencido, para sorpresa de todos y contra lo que esperaban los romanos, y pudieron volver a tener la plena soberanía del continente africano (año 517), gracias al genio de Amílcar, enviaron embajadores a Roma para reclamar la restitución de la colonia fenicia. En lo que menos pensaban los romanos era en soltar su presa, y respondieron con recriminaciones sin valor que no tenían nada que ver con la cuestión que se debatía. En efecto, echaron en cara a los cartagineses el haber maltratado a los comerciantes italianos, y, por último, les declararon la guerra.^[2] En este momento comenzaron a desenmascarar los infames proyectos de una política cuya regla sería en adelante que todo aquello que puede hacerse está permitido. Si Cartago hubiese cedido a su justa cólera, habría recogido el guante que se le había arrojado. Si Catulo hubiese pedido cinco años antes la evacuación de Cerdeña, la lucha habría continuado seguramente. Pero en la actualidad estaban perdidas las dos islas. La Libia aún no estaba completamente tranquila, y la República fenicia, casi aniquilada por veinticuatro años de lucha contra Roma, y después por esa espantosa guerra civil con los mercenarios que había durado casi cinco años, hubo de resignarse. Tuvo además que humillarse y suplicar, y se comprometió a pagar mil dcientos talentos como indemnización por los

preparativos de guerra que Roma había hecho, solo porque se le había antojado hacerlos. Únicamente con este precio la República depuso las armas, y esto con cierto disgusto. De este modo fue conquistada la Cerdeña sin disparar una flecha; y a esta se le unió la conquista de Córcega, antigua colonia etrusca, donde los romanos habían dejado algunos destacamentos después de la última guerra (pág. 72). En ambas islas, y sobre todo en esa ruda tierra de Córcega, los romanos imitaron a los fenicios y se contentaron con ocupar las costas. Con los indígenas del interior se sostenían diarios combates, o, mejor dicho, eran objeto de verdaderas cacerías humanas. Se los perseguía con perros, y una vez cogidos eran conducidos inmediatamente al mercado de esclavos. No se trataba de reducirlos a una sumisión formal. Si la República se establecía en estas islas, no es porque quisiese poseerlas, sino porque las necesitaba para la seguridad de Italia. Desde el momento en que se hizo señora de las tres principales, la confederación itálica podía considerarse dueña del mar Tirreno.

ADMINISTRACIÓN DE LAS POSESIONES ULTRAMARINAS

La conquista de las islas del oeste introdujo en la economía del gobierno de Roma un dualismo político que, por más que parecía impuesto por las conveniencias locales y nuevas, o creado por las circunstancias, no por esto dejó de producir grandes consecuencias en la serie de los tiempos. En adelante se presentan dos sistemas de administración bastante diferentes: uno rige el antiguo territorio, y el otro, las posesiones marítimas o insulares. El primero permanece reservado a Italia; el otro, por el contrario, domina en las provincias. Hasta ahora los cónsules no habían tenido circunscripción legalmente definida, y su competencia se extendía hasta donde alcanzaba Roma. Era natural que en el orden material se hiciese una división de atribuciones entre los dos magistrados supremos, y que en todos los asuntos correspondientes al departamento que se les había asignado obedeciesen a ciertas reglas de administración fijadas de antemano. En este sentido, el pretor administraba justicia a los ciudadanos romanos en cualquier parte, y en todas las ciudades latinas o autónomas se observaban fielmente los tratados existentes. La creación de los cuatro cuestores itálicos, instituidos en el año 487 (267 a.C.), no había disminuido expresamente el poder consular, pues en Italia, lo mismo que en Roma, eran considerados como simples auxiliares subordinados a los cónsules (volumen I, libro

segundo, págs. 440 y 449). Parece que en un principio los cuestores también tuvieron funciones administrativas bajo la vigilancia de los cónsules, en los países conquistados a los cartagineses en Sicilia y en Cerdeña. Pero este régimen duró pocos años, y la experiencia demostró muy pronto la necesidad de una administración independiente en los establecimientos más allá de los mares.

PRETORES PROVINCIALES

Así como el aumento del territorio romano había provocado la concentración de los poderes judiciales en la persona del pretor, y el envío de jueces especiales a los distritos más apartados (volumen I, libro segundo, pág. 456); así también hubo que poner mano sobre los poderes militares y administrativos, hasta entonces reunidos en la persona de los cónsules. De esta forma, para cada nuevo país marítimo o insular, para la Sicilia y para la Cerdeña reunida con la Córcega, se instituyó un funcionario especial, un procónsul, que venía después del cónsul por su título y su rango, pero que era igual al pretor. Como el cónsul de los antiguos tiempos, antes del establecimiento de la pretura, fue a la vez general, administrador y juez soberano en todo el país que comprendía su gobierno. Pero no se les dieron atribuciones financieras, por la misma razón por la cual se las habían quitado en un principio a los cónsules (volumen I, libro segundo, pág. 269). Se les dieron como adjuntos uno o muchos cuestores, subordinados a ellos en todos los aspectos y considerados oficialmente como verdaderos hijos de familia bajo la potestad de sus pretores, pero que en realidad administraban por sí mismos los fondos públicos, y solo tenían que dar cuentas al Senado al terminar su cargo.

ORGANIZACIÓN DE LAS PROVINCIAS. EL COMERCIO LA PROPIEDAD. AUTONOMÍA DE LAS CIUDADES

Esta es la única diferencia que notamos en el gobierno de las posesiones del continente itálico y en el de las marítimas. Las demás reglas que presidían la organización de los países sometidos a los italianos se aplicaban a las nuevas conquistas. De esta forma, todas las ciudades sin excepción habían perdido la independencia de sus relaciones con el extranjero. En el dominio de las relaciones

interiores, ningún provinciano tenía en su provincia el derecho de adquirir la propiedad legítima fuera de los límites de la ciudad; y quizás hasta se les prohibió contraer matrimonio en el exterior. Por el contrario, Roma toleró, al menos en Sicilia, una especie de inteligencia federativa entre las ciudades. En esto no había ningún peligro, y los sicilios conservaron su dieta general, con el derecho de petición y de representación.^[3] Por consiguiente, no fue posible dar curso forzoso a la moneda romana en las islas; pero parece que luego tuvo curso legal. En cuanto a acuñar piezas de metal doble, los romanos no quisieron tolerarlo en las ciudades sujetas de la isla;^[4] sin embargo, no se tocó la propiedad.

Aún no se había inventado esa máxima de los siglos posteriores, según la cual toda tierra no itálica conquistada por las armas se convertía en propiedad privada del pueblo romano. Por lo demás, tanto en Sicilia como en Cerdeña, las ciudades continuaron administrándose por sí mismas con arreglo a las leyes de su antigua autonomía; pero al mismo tiempo se suprimieron en todas partes las democracias, y cada ciudad puso el poder en manos de un consejo exclusivamente aristocrático. Poco después, en Sicilia por lo menos, se hizo un censo quinquenal, equivalente al de Roma. Pero todas estas fueron otras tantas modificaciones absolutamente exigidas por la nueva condición de las ciudades provinciales. Sometidas en adelante al gobierno senatorial de Roma, no había lugar para que funcionasen las iglesias o asambleas populares a la manera griega (*ecclesae*). Era necesario que la metrópoli pudiese conocer los recursos militares y financieros de cada una, lo cual ya se había puesto en práctica en los países conquistados en Italia.

DIEZMOS Y ADUANAS. CIUDADES EXENTAS

Sin embargo, si a primera vista parecía haber igualdad de derechos entre Italia y las provincias, la realidad venía muy pronto a dar un formal mentís a las apariencias. Las provincias no tenían que suministrar contingente regular al ejército ni a la armada romana.^[5] Se les quitó el derecho de llevar las armas, salvo en caso de que el pretor local llamase a las poblaciones a la defensa de su patria. Por su parte, Roma se reservó el derecho de enviar tropas italianas a las islas, siempre, y en el número que estimase conveniente. Con este mismo fin cobró el diezmo de los frutos de la tierra en Sicilia, al mismo tiempo que el peaje de un vigésimo *ad valorem* sobre todas las mercancías que entraban o salían de los puertos. Semejantes tasas no eran una novedad; Cartago y el gran rey de los persas habían reclamado tributos análogos

al diezmo mucho tiempo atrás. En la propia Grecia, los impuestos a la moda del Oriente habían caminado con frecuencia a la par de la tiranía en las ciudades, o con la *hegemonia* en las ligas. Los sicilianos especialmente habían pagado durante mucho tiempo el diezmo a Siracusa o a Cartago, y cobrado derechos de aduana por cuenta del extranjero: «Cuando hemos tomado las ciudades sicilianas en nuestra clientela y bajo nuestra protección —dirá Cicerón algún día—, les hemos dejado todos los derechos de los que habían gozado hasta entonces, y han obedecido en adelante a la República del mismo modo que antes obedecían a los otros señores». El hecho es cierto, pero, al continuar la injusticia, se comete otra injusticia. Si sus súbditos no hubiesen hecho otra cosa más que cambiar de señores, y no hubieran sufrido más, para los nuevos dominadores de Sicilia habría sido una innovación grave y peligrosa el abandonar las máximas prudentes y magnánimas de la política romana por esas indemnizaciones en metálico, cobradas por primera vez, en vez de las contingentes de guerra. Por suave que fuesen el impuesto y el modo de percibirlo, por más que haya habido numerosas inmunidades concedidas excepcionalmente, los beneficios parciales eran ineficaces ante los vicios del sistema. Sin embargo, las inmunidades fueron muy numerosas. Messina, por ejemplo, fue admitida entre los *togati* (volumen I, libro segundo, pág. 442), y con este concepto envió su contingente a la armada como las ciudades griegas de Italia. Gran número de ciudades fueron también favorecidas con otras ventajas. Por ejemplo: Egesta o Segesta (al norte del monte Eryx) y Halicia,^[6] las primeras ciudades que se pasaron a los romanos y que habían pertenecido antes a la Sicilia cartaginesa; Centoripa, en la parte interior, al este, que tenía por misión vigilar la vecina frontera siracusana;^[7] Alesa, en la costa septentrional, que fue la primera de las ciudades griegas libres que se había entregado a Roma, y, entre muchas otras, Panormo, desde tiempo atrás capital de la Sicilia fenicia, y destinada también a serlo bajo el gobierno de la República. Todas estas ciudades, aunque no fueron admitidas en la *sinmaquia* itálica, se vieron libres de diezmo y de los impuestos de tal suerte que, en lo tocante a los tributos, obtuvieron una condición aún mejor que las ciudades del continente. En esto, pues, los romanos siguieron siendo fieles a las antiguas tradiciones de su política. Por decirlo así, crearon para las ciudades conquistadas situaciones cuidadosamente determinadas y las escalonaron en clases graduadas de un modo diverso en lo que respecta a los derechos. Solo que, como he dicho, en lugar de convertirlas en miembros de la gran confederación italiana, redujeron a todas las ciudades de Sicilia y de Cerdeña a la condición de tributarias.

ITALIA Y LAS PROVINCIAS

En lo sucesivo hubo una separación marcada y profunda entre los pueblos sometidos que debían contribuir con un contingente militar, y los que pagaban un impuesto o simplemente no estaban obligados a suministrar dicho contingente. Pero esta separación no concordaba necesaria y jurídicamente con la división establecida entre Italia y las provincias, pues se encontraban también al otro lado de los mares ciudades que gozaban del derecho itálico. Acabamos de ver que los mamertinos estaban colocados en la clase de los sabelios de Italia, y que podían fundarse colonias de derecho latino en Sicilia y en Cerdeña, de la misma forma que se había hecho del otro lado del Apenino. Por otra parte, ciertas ciudades del continente se veían privadas del derecho al uso de las armas, y continuaban siendo simplemente tributarias. Muchas se encontraban en la región céltica, en toda la ribera del Po, y después, incluso, su número aumentó considerablemente. Pero esto no será nunca más que una excepción: en realidad, las ciudades que pagaban contingente pertenecían al continente, y las tributarias, a las islas. Cabe señalar que si bien los romanos no pensaron nunca en colonizar con arreglo al derecho itálico ni Cerdeña ni Sicilia, con su civilización puramente helénica, obraron de modo muy diferente con los países bárbaros situados entre el Apenino y los Alpes. Aquí, a medida que se extiende la conquista y los pueblos van sometiéndose, fundan metódicamente ciudades itálicas, tanto por su origen como por sus instituciones. Las posesiones insulares no solo eran pueblos sujetos, sino que debían continuar siempre siéndolo. Pero el nuevo país legalmente asignado a los cónsules en tierra firme, o lo que es lo mismo, el nuevo territorio romano, constituía en realidad otra Italia, una Italia más extensa que abrazaba desde los Alpes hasta el mar Jónico. Poco importa que en un principio no corresponda exactamente esta idea de la Italia geográfica con los límites reales de la confederación italiana, ni el que unas veces los pase y otras no llegue a ellos. El hecho es que en la época que vamos historiando todo el país hasta los Alpes constituye la Italia en el pensamiento de los romanos. En el presente y en el porvenir es la tierra de los hombres que visten la toga (volumen I, libro segundo, pág. 450), y sus fronteras geográficas se colocaron en el límite natural, como han hecho y hacen en la actualidad los americanos del norte. A la vez, se reservaron para después llevar más lejos su engrandecimiento político y alcanzar, por último, el fin por medio de colonizaciones sucesivas.^[8]

LAS COSTAS DEL ADRIÁTICO. LOS PIRATAS ILIRIOS EXPEDICIÓN CONTRA ESCODRA. CONQUISTAS EN ILIRIA

Hacía ya algún tiempo que Roma había extendido su dominación hasta las costas del Adriático; la colonia de Brundisium, que venía fundándose desde muy antiguo a la entrada del golfo, quedó definitivamente instalada durante la guerra con Cartago. En los mares del oeste la República tuvo que deshacerse de sus rivales por la fuerza. En el este, las disensiones de Grecia trabajaban en favor de Roma, pues todos los Estados de la península helénica se iban debilitando o eran impotentes. El más importante entre ellos, el reino de Macedonia, con el auxilio de la influencia rival de Egipto, fue rechazado de las costas del Adriático superior por los etolios, y de la región del Peloponeso por los aqueos; en realidad, apenas si puede defender de los ataques de los bárbaros su propia frontera del norte. Los romanos daban ya una gran importancia al aniquilamiento de Macedonia y de su aliado natural, el rey de Siria. Con este fin hacían causa común con la política egipcia. Además, después de hecha la paz con Cartago, se los ve ofrecer inmediatamente al rey Tolomeo III Ebergetes el auxilio de sus armas contra Seleuco II, rey de Siria, que reinó del 507 al 529 (247 a 225 a.C.), y con el que estaba en guerra a causa del asesinato de Berenico. Probablemente la Macedonia apoyaba al sirio. Pero cada vez se estrechaban más las relaciones entre la República y los Estados griegos. El Senado entró también en conferencias con la Siria, y hasta intervino con Seleuco a favor de los aliados de sangre del pueblo romano, esto es, de los habitantes de Illion. Pero aquí se detienen los progresos de la República, pues todavía no necesita mezclarse directamente en los asuntos de Oriente para la realización de sus proyectos. La liga aquea, detenida en su marcha floreciente por la política estrecha de Arato y de los intrigantes que lo rodeaban; la República de los etolios, esos *lansquenets* de la Grecia, y el Imperio macedonio en plena decadencia, se debilitan unos a otros sin que Roma tenga necesidad de mezclarse en sus querellas para impelirlos hacia la ruina. En esta época incluso evita las conquistas más allá de los mares; no las busca. Cuando los acarnanios llegaron un día a pedir a los hijos de Eneas que los ayuden contra los etolios, con el pretexto de que ellos son los únicos entre los griegos que no habían tomado parte en la destrucción de Illion, el Senado se contentó con intervenir diplomáticamente. Los etolios respondieron a los embajadores de Roma a su modo, es decir, con palabras insolentes; pero el favor anticuario de Roma no llega a castigarlos con la guerra, porque esto sería librar a Macedonia de su enemigo mortal. Hasta toleran por más tiempo del conveniente el azote de la piratería, la única

profesión que en tal estado de cosas puede ejercerse con éxito en las costas del Adriático. De hecho la toleran, a pesar de todo el mal que causa al comercio italiano, con una paciencia que solo se explica por su poco apego a la guerra naval y por la condición deplorable de su sistema militar marítimo. Sin embargo, llegó un día en que se colmó la medida. Protegidos por Macedonia, que frente a sus enemigos ya no tiene interés en favorecer, como en otro tiempo, el comercio helénico contra las depredaciones de los corsarios, los dueños de Escodra (hoy Scutari) habían reunido a los pueblos Ilirios (dálmatas, montenegrinos y albanos del norte) y organizado la piratería en gran escala. Las numerosas escuadras de sus ligeros birremes, las famosas naves liburnias, surcaban los mares llevando a todas partes la guerra y el pillaje. Los establecimientos griegos fundados en estos lugares, como por ejemplo las ciudades insulares de Issa (Lissa) y de Pharos (Lesina), los importantes puertos de la costa, Epidamno (Durazzo) y Apolonia (al norte de Aulona, sobre el Aous), habían sufrido mucho y se habían visto sitiados en muchas ocasiones. Después, los corsarios fueron a establecerse al sur, a Fenice, la ciudad más floreciente del Epiro. En parte por la fuerza y en parte de buen grado, los acarnanios y los epirotas se reunieron con los bandidos extranjeros, y fundaron con ellos una confederación armada. Así, las costas de la Grecia estaban infestadas hasta Elis y Mesenia. En vano los etolios y los aqueos reúnen todas las naves que poseen y se esfuerzan por contener el mal, pues fueron vencidos en una formal batalla por la escuadra de los bárbaros, reforzada por sus aliados griegos. En consecuencia, los corsarios no tardaron en apoderarse de la poderosa y rica isla de Corcira. Las quejas de los mercaderes italianos, las demandas de auxilio de los habitantes de Apolonia, que eran antiguos amigos de Roma, y las súplicas de los iseos, sitiados en su isla, decidieron por fin al Senado a enviar a Escodra una embajada. Los hermanos Cayo y Lucio Coruncanio fueron a pedir al rey Agron que hiciese cesar las depredaciones. Este les respondió que la piratería era un oficio permitido según la ley iliria, y que su gobierno no tenía derecho a prohibir el corso. Lucio Coruncanio contestó a esto que Roma se tomaría el trabajo de enseñar a los ilirios una ley mejor. La réplica no tuvo nada de parlamentaria; según los romanos, los dos enviados fueron asesinados por orden del rey al retirarse, y Agron se negó a entregar a los asesinos. El Senado no podía ya vacilar. En la primavera del año 525 (229 a.C.) apareció en las aguas de Apolonia una armada de doscientos buques de línea, llevando a bordo un ejército de desembarco. Esta escuadra destruye o dispersa las embarcaciones de los corsarios, al mismo tiempo que derriba sus castillos. La reina Teuta, viuda de Agron, que gobernaba durante la minoría de edad de su hijo Pinnos, fue sitiada en su última

fortaleza, y se vio obligada a suscribir las condiciones que le dictó Roma. Los señores de Escodra, tanto del norte como del sur, se vieron reducidos a los estrechos límites de su antiguo territorio. Devolvieron la libertad a todas las ciudades griegas, y también a las ciudades de los ardeos en la Dalmacia, de los partinios no lejos de Epidamnar, y de los atintanos en el Epiro septentrional. Por lo demás, se les prohibió a los ilirios aparecer en adelante con un buque de guerra, o más de dos de comercio, al sur de Lisos (Alesio, entre Scutari y Durazzo). La enérgica y rápida supresión de la piratería en el Adriático había dado a Roma la supremacía más indisputable, honrosa y duradera en ese mar. Pero sus miras iban ya muy lejos, pues pretendía establecerse en la costa este. Hizo entonces tributarios a los ilirios de Escodra; y Demetrio de Paros, que había dejado de servir a la reina Teuta para ponerse a las órdenes de Roma, fue instalado en las islas y costas de la Dalmacia, a título de dinasta independiente y aliado. Las ciudades griegas de Corcira, Apolonia y Epidamno, y las de los atintanos y de los partinios, fueron recibidas en la sinmaquia romana. Sin embargo, estas adquisiciones no tienen la importancia suficiente como para necesitar un procónsul, y, según parece, Roma envió solo agentes de un rango inferior a Corcira y a algunas otras ciudades, mientras que dejó la suprema vigilancia a los magistrados que administraban la Italia.^[9]

IMPRESIÓN QUE ROMA PRODUJO EN GRECIA Y MACEDONIA

Así, después de la conquista de Sicilia y Cerdeña, también fueron incluidas en los dominios de Roma las plazas más importantes del Adriático. Pero ¿qué había de suceder sino esto? La República necesitaba en el Adriático superior una buena estación marítima, de la que carecía en la costa itálica. Sus nuevos aliados, y particularmente los puertos griegos comerciales, vieron en ella a un salvador, y hacían cuantos esfuerzos podían para obtener su protección definitiva. En cuanto a la Grecia propiamente dicha, no solo no hubo nadie que levantase su voz en contra de la República, sino que todos elogiaban en coro al pueblo libertador. Podría preguntarse si en realidad los griegos no debieron sentir más vergüenza que alegría cuando, en vez de las diez pobres galeras de la liga aquea que por entonces constituían toda la marina helénica, vieron entrar en sus puertos las doscientas naves de los bárbaros de Italia, cumpliendo de una vez la misión que debía haber realizado la Grecia y en la que había sucumbido miserablemente. Como quiera que fuese, y

por avergonzados que estuvieran ante los extranjeros a quienes sus compatriotas de la costa debían su salvación, se acomodaron perfectamente a la conveniencia. Recibieron con marcado entusiasmo a los romanos en la confederación nacional de la Hélade, y los admitieron solemnemente en los juegos ístmicos y en los misterios de Eleusis.

La Macedonia se calló. Como no había podido protestar constitucionalmente con las armas en la mano, no quiso hacerlo con palabras vanas. Nadie resistía a Roma; sin embargo, como al tomar la llave de la casa del vecino se convertía en su enemigo, cuando llegue el día en que tome fuerzas y tenga una ocasión favorable, se apresurará a romper este silencio. Si Antígono Doson, ese rey prudente y a la vez vigoroso, hubiese vivido más tiempo, seguramente habría tardado poco en recoger el guante. Cuando algunos años después el dinasta Demetrio de Paros quiso sustraerse a la supremacía romana, volvió a comenzar la piratería de inteligencia con los istrius, y subyugó a los atintanos, a quienes Roma había declarado libres. Antígono hizo alianza con él, y las tropas de Demetrio fueron a combatir al lado de las suyas en los campos de Selasia (año 532 de Roma). Pero Antígono murió al año siguiente, y su sucesor Filipo, joven aún, dejó al cónsul Lucio Emilio Paulo marchar sin obstáculo contra el aliado de Macedonia. A raíz de esto, la capital de Demetrio fue tomada y destruida, y él anduvo errante y fugitivo fuera de su reino.

LA ITALIA DEL NORTE GUERRA CON LOS GALOS. BATALLA DE TELAMON

Después de la rendición de Tarento, Italia había quedado en paz al sur del Apenino, excepto por una guerra de ocho días con los faliscos, que no merece la pena citar. Pero al norte, entre las regiones de la confederación romanoitalica y la cadena de los Alpes, frontera natural de la península, se extendía una vasta región donde era casi desconocida la dominación romana. Al otro lado del Apenino la República no poseía más que la estrecha zona que va desde el Esis (Esino, más arriba de Ancona y hasta el Rubicón, más abajo de Cesena),^[10] o lo que en la actualidad componen los distritos de Forli y de Urbino. En la ribera meridional del Po (desde Parma hasta Bolonia) se conservaba aún la poderosa nación céltica de los boios; al este, los ligonos, y al oeste (en el ducado de Parma) los anaros. De esta forma ocupaban la llanura dos pequeños pueblos clientes de los boios. En donde aquella cesaba, comenzaba el país de los ligurios, que estaban acantonados en el Apenino junto con

algunas razas célticas, desde Arezo y Pisa hasta las fuentes del Po. La llanura del norte, desde Verona hasta la costa, pertenecía a los vénetos, pueblo extraño a la raza céltica y de origen ilirio. Entre ellos y las montañas del occidente, alrededor de Brescia y Cremona, estaban los cenomanos. Ellos solo rara vez hacían causa común con los galos; antes bien, preferían unirse con los vénetos. Después venían los insubrios (en las inmediaciones de Milán), la nación más poderosa de los celtas de Italia, que mantenía diarias relaciones con las pequeñas hordas galas y con otros pueblos esparcidos en los valles de los Alpes, y hasta con los cantones de los galos transalpinos. Así pues, los puertos de los Alpes, el caudaloso río navegable en la mayor parte de su curso (por espacio de cincuenta millas alemanas), y la mayor y más fértil llanura de la Europa civilizada, estaban en poder del enemigo hereditario del nombre italiano. Por humillados y debilitados que estuviesen los galos, no sufrían la supremacía romana más que de nombre. Eran siempre vecinos incómodos, obstinados en su barbarie, que recorrían esparcidos las vastas llanuras circumpadanas al frente de sus rebaños, y robaban donde quiera que podían. Era necesario, pues, esperar que los romanos se apoderaran inmediatamente de estas campiñas. Los galos también habían olvidado poco a poco sus derrotas del 471 y el 472 (volumen I, libro segundo, pág. 413), y se mostraban ya más osados. Además, cosa más grave, sus compatriotas transalpinos comenzaban a renovar sus incursiones. En el año 516 (238 a.C.), los boios habían vuelto a tomar las armas y sus jefes, Asís y Galatas, llamaron en su ayuda a los transalpinos sin haber sido para ello autorizados por la nación. Llegaron en tropel del otro lado de los montes; y en el año 518 un ejército galo, como no se había visto otro desde hacía mucho tiempo en Italia, había llegado a acampar delante de Ariminum. Demasiado débiles entonces como para intentar una batalla, los romanos estipularon una tregua y, para ganar tiempo, dejaron que los emisarios galos llegaran hasta Roma y pidieran al Senado que abandonase la ciudad sitiada. Se creyó haber vuelto otra vez al siglo de Brenno. Sin embargo, ocurrió un incidente que terminó la guerra antes de comenzada. Los boios estaban descontentos de estos aliados, a quienes ellos no habían llamado, y a la vez temían por su propio territorio. Entonces se quejaron de los transalpinos, después les dieron una batalla y llevaron al suplicio a sus propios jefes; en consecuencia, los transalpinos volvieron a su país. Esto equivalía a que los boios se entregaran a los romanos, y que de ellos dependiera expulsarlos, tal como habían hecho con los senones, y llegar por lo menos hasta las orillas del Po. Sin embargo, prefirieron dejarlos en paz mediante la cesión de una parte de su territorio (año 518). Pudo suceder que Roma, creyéndose en vísperas de una segunda guerra con Cartago,

quisiese obrar prudentemente. Como quiera que fuese, una vez arreglado el asunto de Cerdeña, se imponía a la República la buena política de conquistar inmediata y completamente el territorio italiano hasta los Alpes, pues la perpetua amenaza de las invasiones célticas justificaban suficientemente esta empresa. A pesar de esto, los romanos no se apresuraron. Los galos fueron los primeros en tomar las armas, quizá porque concebían temores a raíz de las asignaciones de terreno hechas en la costa oriental en el año 522, aunque no los perjudicaban directamente; o porque estaban convencidos de la necesidad de una guerra en la que se disputase la Lombardía; o quizás, en fin, y es probablemente lo más verosímil, porque este pueblo impaciente y voluble se había cansado del reposo y quería volver a ponerse en campaña. A excepción de los cenomanos que, unidos a los vénetos, se mantuvieron por los romanos, todos los galos de Italia se coaligaron. Reforzaron sus fuerzas con los galos de las orillas del Ródano, o mejor dicho, con mercenarios procedentes del otro lado de los Alpes,^[11] y se adelantaron, conducidos por sus jefes Concolitano y Aneroste. Muy pronto se los vio al pie del Apenino en número de cincuenta mil infantes y veinte mil hombres a caballo o en carro (año 529). Los romanos no estaban preparados para un ataque por este lado, pues no podían suponer que los galos marchasen directamente sobre la metrópoli despreciando las fortalezas de la costa occidental y sin cuidarse de proteger a sus compatriotas de aquellas regiones. Pocos años antes, una horda parecida había asolado toda la Grecia. El peligro era grande; pero pareció mayor de lo que era en realidad. Según la opinión común, Roma se hallaba cercana a una ruina inevitable.

¡Los oráculos habían decidido que el territorio romano se convertiría en suelo galo! Torciendo los groseros y supersticiosos terrores de la muchedumbre con un acto de superstición aún más grosera, el Senado quiso cumplir el vaticinio y mandó enterrar vivos en el *Forum* a un hombre y una mujer de aquella nación, mientras al mismo tiempo hacía grandes preparativos. De los dos ejércitos consulares (cada uno de los cuales contaba con veinticinco mil infantes y mil cien caballos), uno hacía la guerra en Cerdeña, mandado por Cayo Atilio Régulo, y el otro, bajo Lucio Emilio, estaba acampado delante de Ariminum. Ambos recibieron orden de dirigirse con la mayor rapidez posible a la Etruria, que ya estaba amenazada. Para hacer frente a los cenomanos y a los celtas amigos de Roma, los galos debieron dejar un cuerpo de ejército del otro lado del Apenino. Los umbríos recibieron a su vez la misión de arrojar desde lo alto de sus montañas sobre las llanuras del país de los boios, y causar al enemigo, hasta en sus mismos hogares, todo el mal que pudiesen. Los sabinos y los etruscos debían ocupar y cerrar con sus milicias los pasos del Apenino

hasta la llegada de las tropas regulares. En Roma quedó una reserva de cincuenta mil hombres, y por toda la Italia, que ahora cifraba en la República su defensa y su salvación, se alistaron todos los hombres válidos, y todos los brazos se ocuparon en los aprovisionamientos y en el material de guerra. Se habían dejado sorprender, y ahora era demasiado tarde para salvar la Etruria. Los galos hallaron el Apenino casi sin defensa, y comenzaron a saquear las fértiles campiñas de la Toscana, donde hacía tanto tiempo que no había aparecido el enemigo. Ya habían llegado a Clusium, que distaba solo tres jornadas de Roma, cuando el ejército de Ariminun conducido por el cónsul Lucio Emilio llegó y los cogió por el flanco, mientras que las milicias etruscas, reunidas en la retaguardia después del paso del Apenino, marcharon en pos de los galos y los alcanzaron. Una tarde, después de que los ejércitos ya se habían atrincherado y los fuegos del vivaque estaban encendidos, la infantería de los galos se levantó de repente y contramarchó en dirección de Fésula (Fiesola); la caballería, por su parte, permaneció toda la noche en los puestos avanzados, y tomó muy de mañana el mismo camino. Las milicias etruscas, acampadas muy cerca de ellos, observaron el movimiento y se lanzaron en su persecución creyendo que las hordas de los bárbaros comenzaban a dispersarse. Los galos habían hecho bien sus cálculos: de repente apareció su infantería completamente descansada y en buen orden sobre el terreno que había elegido, y recibió rudamente a los soldados de Roma, que corrían en tumulto y fatigados por una marcha forzada. Murieron seis mil hombres en el combate y el resto de las milicias se refugió sobre una colina, donde estaban a punto de perecer cuando llegó el ejército consular y consiguió librarlas. Los galos decidieron entonces volver a su país. Solo habían logrado a medias su hábil plan de impedir la unión de los dos ejércitos de Roma y destruir primero al más débil, y, por consiguiente, juzgaron prudente por el momento ir a poner su botín en lugar seguro. Eligieron el camino más fácil y abandonaron la región de Clusium, que ocupaban; habían descendido ya a la llanura e iban caminando a lo largo de la costa, cuando de repente hallaron un obstáculo. Las legiones de Cerdeña habían desembarcado en Pisa y, como era demasiado tarde para ir a cerrar los pasos del Apenino, se habían puesto inmediatamente en marcha por la costa, pero en dirección opuesta a la que llevaban los galos. El choque tuvo lugar en Telamon (en la desembocadura del Ombroni). Mientras la infantería romana avanzaba en filas cerradas por la gran vía, la caballería, a las órdenes del cónsul Cayo Atilio Régulo en persona, se arrojó por la izquierda sobre el flanco del enemigo con el objeto de dar inmediatamente al otro cónsul y a su ejército aviso de su llegada y de su ataque.

Se trabó un sangriento combate de caballería en el que murieron Régulo y un

gran número de sus valientes caballeros; pero, sacrificando su vida, consiguió su fin. Lucio Emilio reconoce a los combatientes y presiente las ventajas de una acción combinada. Coloca inmediatamente sus tropas en orden de batalla, y entonces las legiones romanas oprimen a los galos por vanguardia y retaguardia. Estos se portan valerosamente en este doble combate. Los transalpinos y los insubrios hacen frente a Lucio Emilio; los tauriscos de los Alpes y los boios, a las legiones de Cerdeña. Durante todo este tiempo el combate de la caballería había continuado en las alas. Las fuerzas de los galos y de los romanos eran casi iguales, y la situación desesperada de los primeros los inspiraba a hacer tenaces esfuerzos. Pero los transalpinos, acostumbrados solo a combatir de cerca, retroceden ante los venablos de los romanos, y hay que decir que también dio ventaja a los legionarios el mejor temple de sus armas. Por último, un ataque de flanco de su caballería victoriosa decidió la batalla. La caballería de los enemigos pudo escapar; pero la infantería, encerrada entre el mar y tres ejércitos, no podía huir. Se hicieron diez mil prisioneros galos, incluyendo a su rey Concolitano, y cuarenta mil quedaron tendidos en el campo de batalla. Aneroste y sus compañeros se dieron la muerte, según las costumbres célticas.

LOS GALOS ATACADOS EN SU MISMO TERRITORIO

La victoria fue completa; los romanos se mostraron decididos a impedir que se reprodujesen invasiones semejantes, y para ello conquistaron toda la Galia cisalpina. En el año siguiente (530 de Roma), los boios y los ligones se sometieron sin resistencia. Otro tanto hicieron los anaros en la campaña del año 531; y en adelante toda la llanura cispadana perteneció a los romanos. En este mismo año, Cayo Flaminio pasó el río por un lugar no lejos de Plasencia, en el país últimamente conquistado, pero el paso y la ocupación de una posición fuerte en la orilla izquierda le costaron pérdidas enormes. Se vio peligrosamente rodeado y acosado, y con el río a la espalda; entonces propuso a los insubrios una capitulación que neciamente le concedieron. Sin embargo, solo se retiró para volver por el país de los cenomanos, reforzado por sus bandas. Los insubrios comprendieron entonces el peligro, pero era demasiado tarde. Corrieron al templo de su dios a tomar las insignias de oro, llamadas las inmóviles, y luego de reunir todas sus fuerzas en número de cincuenta mil hombres, marcharon contra los romanos. Estos se veían en peligro, pues se habían apoyado por segunda vez en un río (el Oglio probablemente), y estaban

separados de su patria por todo el territorio enemigo. Esta situación los obligaba a contar en el combate y en caso de retirada con la cooperación de los cenomanos, cuya amistad era poco segura. Equivalía, sin duda, a tener cortada la retirada: para entrar en territorio romano era necesario pasar sobre el enemigo. Pero la excelencia de las armas y la superioridad de la disciplina de las legiones dieron también ahora la victoria a los romanos, que consiguieron abrirse paso. Su táctica de combate remedió las faltas estratégicas de su general. Habían vencido los soldados, no los oficiales, y solo ellos consiguieron los honores del triunfo por el favor del pueblo, a pesar de la justa negativa del Senado. Los insubrios pidieron la paz y Roma les impuso como condición la sumisión absoluta. Pero las cosas no habían llegado aún hasta ese extremo, y probaron fortuna de nuevo. Llamaron en su auxilio a las hordas del norte emparentadas con ellos, y reunieron treinta mil hombres entre mercenarios e indígenas. Al año siguiente (532) vinieron al encuentro de los dos ejércitos consulares, que habían entrado en su territorio por el de los cenomanos. Se libraron muchos y sangrientos combates, y en un ataque intentado por los insubrios en la orilla derecha del Po contra la fortaleza romana de *Clastidium* (Casteggio, más arriba de Pavía), el rey celta Virдумar fue muerto por el cónsul Marco Marcelo en persona. Finalmente, después de una última batalla que tenían ya casi ganada los galos, pero en la que vencieron los romanos, el cónsul Gneo Escipión tomó por asalto la capital enemiga *Mediolanum* (Milán); su caída, seguida de la de *Comum* (Como), puso fin a la resistencia de los insubrios.

LA CISALPINA POR LOS ROMANOS

Los galos de Italia estaban abatidos. Así como los romanos habían hecho ver en la guerra de los corsarios cuánta diferencia había entre su poder marítimo y el de los griegos, ahora también mostraron que sabían defender las puertas de Italia de las invasiones de los piratas de tierra, de un modo muy diferente del que la Macedonia había usado para proteger las puertas de la Hélade. Mientras que Grecia había continuado dividida, se había visto además a toda la Italia unida y compacta en presencia del enemigo nacional, a pesar de los odios y rivalidades interiores.

Roma tocaba ya la barrera de los Alpes. Toda la llanura del Po estaba sometida, o por lo menos poseída por aliados medio súbditos, como los cenomanos y los vénetos. Lo demás era cuestión de tiempo. Las consecuencias iban a producirse

naturalmente, y la región cisalpina estaba en camino de romanizarse. La República obró de modo diverso según los lugares. En las montañas del nordeste y en los distritos más lejanos, conforme se va del Po a los Alpes, toleró a los antiguos habitantes. En cuanto a las numerosas guerras que se suceden en Liguria (la primera data del año 516), es necesario considerarlas más bien como verdaderas cacerías de esclavos; y, por más que las sumisiones de ciudades o de comarcas fuesen frecuentes, no por eso la supremacía de Roma dejó de ser allí puramente nominal. Una expedición hecha a Istria en el año 533 (221 a.C.) parece no haber tenido por objeto más que la destrucción de los últimos asilos de los piratas del Adriático, y el establecimiento de una segura comunicación por tierra entre las conquistas italianas y las realizadas del otro lado de dicho mar. En lo tocante a los galos cispadanos, fueron casi completamente anonadados. Sin lazo y sin coexión entre sí, se vieron abandonados por sus hermanos del norte en el momento en que cesaron de pagarles, y los romanos trataron a este pueblo como enemigo nacional y como usurpador de su natural herencia. Las grandes asignaciones de terreno habían hecho que los territorios del Picenum y de Ariminum se poblasen con colonos romanos ya en el 522; lo mismo se hizo en la región cispadana. Aquí no fue difícil rechazar o destruir una población semibárbara, poco aficionada a la agricultura, y no aglomerada en ciudades de fuertes murallas. La gran vía del norte, construida, según parece, hasta *Narnia* (Narni) por *Ocriculum* (Otricoli) ochenta años antes, había sido prolongada recientemente (en el 514) hasta la nueva fortaleza de *Espoletium* (Espoleto). En la época a la que nos referimos tomó el nombre de vía Flaminia, e iba a tocar el mar pasando por la aldea nueva llamada *Forum Flaminii* (no lejos de Foligno) y por el collado de Furlo. Siguiendo después la costa, conduce de Fanum a Ariminum. Era la primera gran calzada regular que atravesaba el Apenino y unía los dos mares. La República se apresuró a cubrir de ciudades romanas el territorio fértil del que acababa de apoderarse. Sobre el Po se fundó la fuerte ciudad de *Plasentia* (Plasencia), que cubría y aseguraba el paso de este río, y se levantaron las murallas de *Mutina* (Módena), situada a poca distancia, en la orilla derecha, en medio del territorio conquistado a los boios. Se prepararon nuevas y grandes asignaciones de terrenos, y se construyeron vías romanas hasta en el corazón de las regiones conquistadas... Pero un acontecimiento repentino interrumpe todos sus grandes trabajos y el curso de tantas victorias.

IV AMÍLCAR Y ANÍBAL

SITUACIÓN DE CARTAGO Y ROMA DESPUÉS DE LA PRIMERA GUERRA

El tratado del año 513 (241 a.C.) había vendido cara la paz a Cartago. No era suficiente que los tributos de casi toda Sicilia dejaran de pasar a las cajas cartaginesas, y en adelante fuesen a llenar las arcas del Tesoro de su rival. Aún había sido más doloroso tener que abandonar su esperanza y sus proyectos de monopolizar el comercio de los mares del este y del oeste, en el momento mismo en que había estado casi tocando su objeto. Además, había caído por tierra todo el sistema de su política comercial. La región sudoeste del Mediterráneo, que hacía mucho tiempo tenía como confiscada, se había convertido en un mar abierto a todas las naciones después de haber perdido la Sicilia; y el comercio de la Italia, emancipado del cartaginés, iba a comenzar a florecer. A pesar de todo, estos tranquilos y pacientes sidonios hubieran quizá sabido resignarse. ¡Lo habían hecho ya tantas veces! Se habían visto obligados a dividir con los masalotas, los etruscos y los griegos de Sicilia lo que constituía desde tiempo atrás su dominio exclusivo. ¿No era bastante rico para asegurarles el poder y los goces de la vida el imperio que aún les quedaba en África, España y los puertos del Atlántico? Pero ¿quién les garantizaba, sin embargo, sus ya mermadas posesiones? Era forzosamente necesario haber perdido por completo la memoria para no acordarse de la empresa de Régulo. ¡Cuán poco faltó para que su éxito fuese completo! Si los romanos ahora intentasen, partiendo de Lilibeá, lo que tan felizmente habían antes ensayado partiendo de Italia, Cartago sucumbiría indudablemente, a no ser que el enemigo volviese a cometer sus antiguas faltas, o hubiera un cambio imprevisto de fortuna. Es verdad que hoy estaban en paz; pero había faltado poco para que Roma se negase a ratificar el tratado al que la opinión pública se había mostrado decididamente contraria. Podía suceder que la República no pensase aún en la conquista de África, y que le bastase la Italia. Pero ¿qué peligros no corrían, si la salvación de Cartago dependía de semejante condición? ¿Quién podía asegurar que, aun sin dejar de ser italiana, la política de los romanos no exigiría el día menos pensado no solo la sumisión, sino también la destrucción de Cartago? En suma: la paz del año 513 no era para Cartago más que

una tregua. Mientras esta paz dure necesita prepararse para el inevitable rompimiento de las hostilidades. No se trata ya de vengar las recientes derrotas ni de conquistar el territorio perdido; se trata de conquistar el derecho de vivir sin que este se deba a la generosidad del enemigo nacional.

EL PARTIDO DE LA GUERRA Y EL DE LA PAZ

En todo estado más débil que está ante una guerra de evidente aniquilamiento, pero cuya hora indecisa aún no ha sonado, es un deber de los hombres prudentes, firmes y desinteresados estar dispuestos para la lucha inevitable, emprenderla en el momento más favorable, y fortificar los cálculos de una política de defensa con una ofensiva estratégica. Sin embargo, los cohibe por todas partes la perezosa y cobarde multitud de los que adoran el becerro de oro, de los ancianos, los debilitados por la edad y los hombres ligeros que, al querer vivir y morir en paz, se esfuerzan por retardar la batalla decisiva a cualquier precio. También en Cartago existían dos partidos, el de la paz y el de la guerra, afiliados ambos, como sucede siempre, a dos doctrinas hostiles: la conservadora y la reformista. El partido conservador se apoyaba en el poder ejecutivo, en el Consejo de los Ancianos y en el de los Ciento, y tenía a su cabeza a Hannon, llamado el Grande. El reformista estaba representado por los agitadores populares, particularmente por Asdrúbal y los oficiales del antiguo ejército de Sicilia. Este ejército había sido muchas veces victorioso bajo las órdenes de Amílcar, y sus triunfos, aun cuando habían sido estériles, no por eso dejaban de enseñar a los patriotas cuál era el camino que debía seguirse para vencer los inmensos peligros que en la actualidad amenazaban la patria. Ya hacía mucho tiempo que ambas facciones luchaban cuando estalló la guerra libia. El partido de los magistrados había provocado la insurrección tomando todas las absurdas medidas que aniquilaban las precauciones adoptadas por los oficiales de Sicilia; después, la inhumanidad del sistema administrativo cambió la sublevación en revolución. Por último, la incapacidad militar de este partido, sobre todo la de Hannon, su jefe, y el azote del ejército, había conducido al Estado al borde del abismo. Solo entonces, y bajo la presión de las más terribles circunstancias, se apeló a Amílcar Barca, al héroe de Eirctes, y se le encargó que salvase a los gobernantes de los efectos de sus faltas y sus crímenes. Tomó las riendas del poder y, en su magnanimidad patriótica, no dimitió ni aun cuando le dieron a Hannon por colega. Las tropas indignadas lo rechazaron, pero Amílcar accedió a las súplicas de los

magistrados y le cedió la mitad del mando. Con todo, a pesar de los enemigos de Cartago y de su colega, y gracias a su autoridad sobre los soldados sublevados, a sus hábiles negociaciones con los jeques nómadas y a su incomparable genio de organizador y de general, apaciguó momentáneamente la más formidable de las sublevaciones y redujo el África a la obediencia a fines del año 517. Pero, si el patriota estuvo callado durante la guerra, cuando esta terminó levantó su voz. Estas grandes experiencias habían hecho patentes los incorregibles vicios y la corrupción de la oligarquía gobernante, su incapacidad, su espíritu intrigante y su cobarde condescendencia con Roma. Por otra parte, el haberse apoderado de Cerdeña y la actitud amenazadora de la República eran indicios muy claros como para dudar de sus intenciones. Roma tenía suspendida sobre la cabeza de Cartago la declaración de guerra, como la espada de Damocles; y en la situación presente, en cuanto se viniese a las manos, la lucha solo podía terminar con la completa destrucción del Imperio fenicio en la Libia. Desesperando por la salvación de la patria, algunos cartagineses aconsejaron emigrar a las islas del Atlántico. Pero los nobles corazones no quieren la salvación solo para ellos después de la ruina del país; sin embargo, es un privilegio de las almas generosas que en ellas produzca nuevo ardor lo que agobia y anonada el valor de los hombres vulgares. Esperando, se sufrían las condiciones que Roma había dictado. En esta situación lo único que podía hacerse era salir lo menos mal posible, ir uniendo los agravios recientes con los pasados y acumular el odio, ese tesoro supremo de las naciones víctimas del más fuerte. Al mismo tiempo surgieron reformas políticas importantes.^[1] Era imposible traer al buen camino la facción del gobierno que, durante la última guerra, no había olvidado sus enemistades ni aprendido a ser prudente, hasta el punto de intentar que se procesase a Amílcar, a quien acusaron de haber suscitado la guerra de los mercenarios cuando prometió la paga a sus soldados sin estar autorizado por la República. Si los oficiales y los agitadores populares hubiesen querido destruir los podridos pilotes de aquel desdichado gobierno, no habría sido ciertamente en Cartago donde hubiese encontrado grandes obstáculos. Los verdaderos peligros habrían procedido de Roma, con quien la facción gobernante mantenía relaciones quizá no ajenas a la traición. Por lo tanto, en medio de todas las dificultades de la situación, era absolutamente necesario crearse medios y abrirse un camino de salvación sin despertar las sospechas de Roma ni las de sus partidarios de Cartago.

AMÍLCAR GENERAL EN JEFE

No se tocó, pues, la constitución. Los jefes del gobierno continuaron en pleno goce de sus privilegios, dueños como antes de los bienes comunales, y se limitaron a proponer y votar una moción que afectaba a los dos generales en jefe del ejército, en la época en que había terminado la guerra libia. Uno de ellos, Hannon, fue destituido, y el otro, Amílcar, fue nombrado para el mando supremo en toda el África y por un tiempo indeterminado, con lo que se proclamó además su independencia del poder ejecutivo. Según sus enemigos, esto era conferirle el poder monárquico, de un modo contrario a la constitución; según Catón, ejercía una verdadera dictadura. Solo el pueblo podía llamarlo y obligarlo a dar cuenta de su conducta.^[2] Los magistrados metropolitanos tampoco tenían nada que ver en el nombramiento de su sucesor. Este pertenecía al ejército, o mejor dicho, a los cartagineses afiliados al ejército en calidad de oficiales o de gerusiastas, y cuyos nombres figuraban también en los tratados al lado del de su general. La confirmación de su elección, naturalmente, estaba reservada al pueblo. Fuese o no una usurpación, semejante reforma muestra bien a las claras que el partido de la guerra había hecho del ejército una cosa suya. En la forma, la misión confiada a Amílcar era modesta. En la frontera no cesaban las escaramuzas con las tribus númeridas y Cartago acababa de ocupar en el interior la «ciudad de las cien puertas», Tebeste (*Tebessa*). El nuevo general en jefe de África tenía que proveer a esta guerra que parecía demasiado insignificante, para que los gobernantes, que conservaban sus atribuciones ordinarias en el interior, elevasen su voz contra las decisiones del pueblo. En cuanto a los romanos, indudablemente no comprendieron la trascendencia de la empresa.

PLAN DE GUERRA DE AMÍLCAR EL EJÉRCITO. LOS CIUDADANOS EN CARTAGO

El ejército tenía por fin a su cabeza al hombre que había mostrado en las guerras de Sicilia y de Libia que era el único a quien el destino llamaba para salvar su patria. Jamás tan gran héroe había librado un combate tan grande contra la fortuna. El ejército era el instrumento de salvación; pero ¿dónde hallar este ejército? En las manos de Amílcar. Las milicias cartaginesas no se habían portado mal durante la guerra líbica; pero sabía muy bien que una cosa es guiar una vez al combate a mercaderes o industriales amenazados por un peligro supremo, y otra distinta, hacer de ellos buenos soldados. La facción patriota le suministraba excelentes oficiales;

pero estos eran el único contingente que podía darle la clase alta, con lo cual carecía de milicia ciudadana, si se exceptúan algunos escuadrones de caballería. En consecuencia, le resultaba necesario crearse un ejército con los reclutamientos forzosos de las ciudades libias y con los mercenarios. La empresa era difícil, y solo podía realizarla a condición de pagar puntualmente un sueldo abundante a sus tropas. Ya había experimentado en Sicilia que las rentas del Estado se dedicaban en Cartago a cubrir otros gastos considerados más urgentes que los de pagar a las tropas que estaban combatiendo contra el enemigo. Sabía también que la guerra debía suministrar los gastos de la guerra, y que convenía hacer en grande la experiencia hecha antes en pequeña escala en el monte de Eircte (monte Pelegrino). Aún había más: Amílcar era jefe de partido a la vez que gran capitán. Teniendo que hacer frente a adversarios irreconciliables y tenaces, que siempre estaban al acecho de una ocasión para destruirlo, comprendió que debía crearse un punto de apoyo entre los simples ciudadanos. Pero, por puros y nobles que fuesen los jefes, la masa del pueblo estaba gangrenada y vivía en una corrupción completa y sistemática, sin querer comprometer nada por nadie. El aguijón de la necesidad y las excitaciones del momento habían podido moverla algunas veces, como sucede hasta en las sociedades más venales. Pero, para la ejecución de un plan que necesitaba por lo menos muchos años de grandes preparativos, quería asegurarse la benevolencia constante de los ciudadanos de Cartago. Para eso necesitaba enviarles grandes remesas de dinero, con lo cual daría a sus amigos el medio para que le conservaran el favor del pueblo. Mendigar o comprar a la indiferente y codiciosa multitud el permiso de salvarla; arrancar a fuerza de humildad y de fingida modestia a esos orgullosos, aborrecidos del pueblo, a los hombres constantemente vencidos por él, la tregua que le era absolutamente necesaria, y, por último, ocultar a la vez sus planes y su desprecio a aquellos traidores que se llamaban señores de la ciudad: en suma, tales eran las necesidades que debía satisfacer aquel gran hombre. Rodeado de algunos amigos que eran confidentes de su pensamiento, estaba allí entre los enemigos interiores y exteriores aprovechándose de la indecisión de unos y otros, engañándolos, y en realidad haciendo frente a todos. Reunía municiones, dinero y soldados para empeñar en la lucha y conseguir un objeto difícil de alcanzar, por no decir imposible, aun suponiendo que ya hubiera formado su ejército y estuviera dispuesto a combatir. Amílcar era joven, apenas si contaba treinta años. Sin embargo, muchas veces le parecía presentir que, al cabo de tantos esfuerzos, no le sería posible alcanzar el fin, que solo vería de lejos la tierra prometida de sus sueños. Se refiere que al salir de Cartago condujo a su hijo Aníbal, de nueve años,

ante el altar del más grande de los dioses de la ciudad, y allí le hizo jurar odio eterno al nombre romano. Después lo llevó consigo al ejército, así como a sus dos hijos menores, Asdrúbal y Magón, *sus leoncillos*, como él los llamaba. Ellos debían un día heredar sus designios, su genio y su odio.

LLEGADA DE AMÍLCAR A ESPAÑA

El nuevo general de Libia partió de Cartago en cuanto terminó la guerra de los mercenarios (en la primavera del año 518). Se creía que iba a una expedición contra los libios occidentales. Su ejército, muy fuerte por el gran número de sus elefantes, caminaba a lo largo de la costa, a la vista de la cual navegaba también la escuadra, conducida por Asdrúbal, uno de sus más fieles partidarios. De repente llegó la noticia de que había atravesado el mar por el estrecho de Hércules y arribado a España, y de que ya estaba en lucha con los indígenas, con gente que no le había hecho ningún mal, y sin que esto fuera una misión especial del poder ejecutivo, como decían en son de queja los magistrados de Cartago. En todo caso, no podían acusarlo de haber desatendido los asuntos de África. Un día que los númidas se sublevaron de nuevo, su segundo, Asdrúbal, los trajo a razón tan rudamente que dejaron la frontera en paz por mucho tiempo, y muchas tribus hasta entonces independientes se sometieron a pagar tributo.

IMPERIO DE LOS BARCA EN ESPAÑA

No podemos decir en detalle las empresas realizadas en España por Amílcar. Pero Catón el Mayor, que treinta años después de la muerte de este general vio todavía vestigios recientes sobre el terreno, no pudo menos que exclamar, a pesar de su odio al nombre cartaginés, que ningún rey merecía ser puesto en la historia al lado de Amílcar Barca. Por lo demás, solo conocemos en general los sucesos de los últimos nueve años de su vida (518-526) hasta el día en que, a la manera de Scharnhorst,^[3] lo sorprendió la muerte en el campo de batalla y en el vigor de su edad, justo en el momento en que sus planes ya estaban maduros e iban a dar sus frutos. Sin embargo, sabemos los resultados obtenidos después por su yerno Asdrúbal, el heredero de sus designios y de su cargo, y que continuó sus vastos trabajos durante ocho años

consecutivos (del 527 al 534). En lugar de un punto de escala comercial con derecho de protectorado sobre Gades, única posesión que antes de ellos tenía Cartago en las costas de España, y que había administrado como una dependencia de sus establecimientos, Amílcar se propuso fundar por medio de la conquista un vasto imperio que, como hemos dicho, Asdrúbal consolidó con la habilidad de un consumado hombre de Estado. Así, fueron convertidas en provincias cartaginesas las regiones más fértiles y bellas de este gran país, las costas del sur y del este; y se edificaron muchas ciudades, entre otras Cartago de España (Cartagena), con su puerto, el único bueno de la costa del sur, y el espléndido Castillo Real de Asdrúbal, su fundador. La agricultura era floreciente, y las riquísimas minas de plata, descubiertas y explotadas en las inmediaciones de la nueva Cartago, un siglo después producían todavía más de treinta y seis millones de taleros. En suma, tales eran los rasgos principales del cuadro. Casi todas las ciudades hasta el Ebro reconocían la supremacía de Cartago y le pagaban tributo. Asdrúbal tuvo suficiente habilidad para atraer a sus intereses a los jefes de las diversas tribus, ya fuera por medio de matrimonios, o de otro modo. Así, pues, Cartago había conquistado un mercado nuevo e inmenso para el comercio, y sus fábricas y las rentas de las provincias españolas, después de pagados los gastos del ejército, suministraban a la metrópoli un excedente considerable y proveían a las necesidades del porvenir. Al mismo tiempo, España ayudaba a formar un ejército, cuya escuela era esta misma nación, y hacían reclutamientos regulares en los países sometidos. Los prisioneros de guerra eran incorporados a los cuadros cartagineses, y los pueblos dependientes suministraban contingentes o mercenarios, cualquiera fuese el número que se les exigiese. A consecuencia de sus largas campañas, el soldado consideraba el campamento como una segunda patria; y, si no sentía la inspiración del verdadero patriotismo, podía sustituirlo con el amor a su bandera y con el entusiasmo por su ilustre general. Por último, los continuos y encarnizados combates con los valientes iberos y celtas, al lado de la excelente caballería nómada, habían dado a la infantería una solidez notable.

EL GOBIERNO DE LOS CARTAGINESES Y LOS BARCA CARTAGO DEJA OBRAR A LOS BARCA

Como no pedían a la ciudad prestaciones ni sacrificios de ningún género, sino que, por el contrario, le enviaban constantemente el remanente de las rentas que

producían sus conquistas, y como por ellos el comercio cartaginés había vuelto a hallar en España todo lo que había perdido antes en Sicilia y en Cerdeña, la guerra y el ejército españoles, notables por sus brillantes victorias e importantes resultados, obtuvieron muy pronto una gran popularidad. Hasta tal punto que, en los momentos críticos, sobre todo cuando aconteció la muerte de Amílcar, se decidió mandar numerosos refuerzos de africanos al ejército de España. El partido de la paz tuvo que callarse, o contentarse con echar la culpa de lo que ocurría a los oficiales y a la multitud, en sus conciliábulos y en sus comunicaciones con sus amigos de Roma.

EL GOBIERNO DE ROMA Y LOS BARCA

Roma no hizo ningún esfuerzo formal para detener la marcha de los asuntos de España. Su inacción se debía a muchas causas. La primera y principal era seguramente su ignorancia de los hechos. La gran península estaba muy lejos de Italia. Amílcar lo había calculado perfectamente al elegirla para teatro de sus empresas, en vez de África, como parecía natural. No se puede decir que la República diese crédito a las explicaciones dadas a sus comisionados enviados a España, que aseguraban que lo que allí se hacía se dirigía únicamente a procurar a Cartago los medios necesarios para pagar la contribución de guerra que sobre ella pesaba; era necesario estar ciego para no ver. Pero de los planes de Amílcar no se entreveían más que los resultados más próximos: las compensaciones a la pérdida de los tributos y del comercio de las islas del Mediterráneo. En cuanto a prever un nuevo ataque por parte de los cartagineses, y creer en la amenaza de una invasión en Italia, con España por punto de partida, ninguno pensaba siquiera en la posibilidad de semejante tentativa. No hay necesidad de decir que en Cartago muchos hombres de la facción de la paz veían esto claramente; pero, cualquiera fuese su pensamiento, no podían ir a revelar a Roma su secreto con el fin de evitar la tempestad que los jefes del gobierno no habían tenido fuerza para conjurar. Esto hubiera sido precipitar la catástrofe en vez de prevenirla, o quizá los romanos hubiesen acogido con desconfianza las denuncias del partido. Se aproximaba, sin embargo, el día en que los rápidos progresos y la extensión de las conquistas cartaginesas iban a despertar su atención y su inquietud. De hecho, en los últimos años que precedieron a la explosión de la guerra, procuraron poner barreras al progreso de sus rivales. Vemos que en el 528 (226 a.C.), con el pretexto de su reciente helenismo, contraen alianza con las dos ciudades griegas o semigriegas de la costa del este, con Zacinto o

Saguntum (Sagunto) y con Emporió (Ampurias). Notifican sus tratados a Asdrúbal y lo intiman a que sus conquistas no pasen más allá del Ebro, cosa que él prometió. Esto no quiere decir que ya pensasen en impedir el ataque de Italia por la parte de tierra; el capitán que tal empresa intente se cuidará poco de semejante promesa. Pero, por una parte, quieren detener el poderoso vuelo de Cartago en España (cuyo poder se hacía peligroso si aumentaba); y por otra, tomando bajo su protección los pueblos libres inmediatos a los Pirineos hasta el Ebro, se aseguran un sólido punto de apoyo para el caso en que les sea necesario pelear en España. Jamás pasó por las mentes del Senado la necesidad de una segunda y próxima guerra con Cartago. En cuanto a la península, todo lo que podía suceder era verse obligados a enviar algunas legiones, mientras que los enemigos sacan de ella tesoros y soldados que en ninguna otra parte podrían hallar. Pero, dada esta situación, Roma tiene el firme designio desde un principio (como lo prueba el plan de campaña del año 536), y no podía suceder tampoco de otro modo, de llevar sus armas al África, concluir con Cartago, y así decidir al mismo tiempo la suerte de España. Agréguese a esto los beneficios de las contribuciones de guerra que percibían en los primeros años, contribuciones que una ruptura habría hecho que cesasen inmediatamente, y la muerte de Amílcar, cuyos proyectos, según pensaban amigos y adversarios, habían expirado con él. En los últimos tiempos, en fin, cuando se vio con demasiada claridad que sería una imprevisión aplazar la guerra, lo primero y más importante era desembarazarse de los galos del valle del Po. De lo contrario, estos pueblos, amenazados como estaban de una próxima destrucción, al ver a la República comprometida en otros combates más serios, no dejarían de llamar a Italia a las hordas transalpinas, y de desencadenar sobre ella los tumultos (*tumultus*) galos, más peligrosos que nunca en semejante ocasión. En realidad, ni la consideración al partido de la paz en Cartago, ni los tratados existentes habían inspirado a Roma todos los miramientos que había guardado hasta entonces; por lo demás, los asuntos de España le ofrecían a cada instante el pretexto de una ruptura, si quería inmediatamente la guerra. No se diga, pues, que la República observaba una conducta incomprensible. Pero aun teniendo en cuenta las circunstancias, puede censurarse con razón la política floja y la estrechez de miras del Senado. Los hombres de Estado romanos han brillado siempre por la tenacidad, la consecuencia y la sutileza de sus designios, más que por su elevación de miras y la prontitud en organizar su ejecución. Desde esta perspectiva, todos los grandes enemigos de Roma, desde Pirro hasta Mitrídates, se han mostrado muy superiores a aquellos.

ANÍBAL

El éxito más brillante había coronado los proyectos concebidos por el genio de Amílcar; había preparado el camino y los medios para la guerra: un ejército numeroso, avezado a las fatigas y acostumbrado a vencer, y una caja bien repleta. Pero de repente, cuando llegó el momento de elegir la hora del combate y el camino que debía seguirse, faltó el jefe a la empresa. El hombre que había sabido abrir el camino de la salvación de su pueblo, por la que todos sin excepción habían desesperado, desapareció apenas comenzada su carrera. ¿Por qué motivo su sucesor Asdrúbal renunció a atacar a Roma? ¿No creyó quizá que los tiempos eran propicios? ¿O es que al ser más político que general no se creyó al nivel de tal empresa? No podemos decidirlo. Como quiera que fuese, al principio del año 534 (220 a.C.) sucumbió bajo el puñal de un asesino, y los oficiales del ejército de España eligieron como sucesor a Aníbal, el hijo mayor de Amílcar. El nuevo general era aún muy joven; había nacido en el año 505 (249 a.C.) y tenía por entonces 29 años. Pero había vivido demasiado: sus recuerdos de la infancia le mostraban a su padre combatiendo en país extranjero, y victorioso sobre el monte de Eircte. Había asistido a la paz hecha con Catulo, y participado, con el invencible Amílcar, de las mortificaciones de la vuelta al África, de las angustias y peligros de la guerra libia. Aún siendo niño, había seguido a su padre en los campos de batalla, y de jovencillo ya se había distinguido en los combates. Diestro y robusto, no se le igualaba ninguno en la carrera ni en el manejo de las armas; y su arrojo rayaba casi en lo temerario. El sueño no era para él una necesidad y, como verdadero soldado, saboreaba con placer una buena comida y sufría el hambre sin pena. Aunque había vivido en medio de los campamentos, había recibido la cultura habitual de los fenicios de las altas clases. Gracias a las lecciones de su fiel Sosilon de Esparta, sabía bastante bien el griego (lengua que estaba muy generalizada) como para poder escribir en esta lengua sus despachos. Como he dicho, siendo aún adolescente había hecho sus primeros ejercicios en la carrera de las armas bajo las órdenes y a la vista de su padre, a quien vio caer a su lado durante la batalla. Después, durante el generalato de su cuñado Asdrúbal, fue jefe de la caballería. En este puesto se había distinguido entre todos por su bravura sin igual y sus talentos militares. Y he aquí que hoy la voz de sus compañeros e iguales llaman al joven y hábil general a ponerse a la cabeza del ejército. A él era a quien correspondía ejecutar los vastos designios por los que habían vivido y muerto su padre y su cuñado. Llamado a sucederlos, supo ser su digno heredero. Los contemporáneos han intentado imputar toda clase de faltas a

este gran carácter: los romanos lo llaman cruel; los cartagineses, codicioso. En realidad, odiaba como saben odiar los espíritus orientales. En tanto general, necesitaba a cada momento dinero y municiones, y ya que su patria no se los suministraba, le fue necesario procurárselos como mejor pudo. En vano la cólera, la envidia y todos los sentimientos vulgares han querido manchar su historia. Su imagen se levantará siempre pura y grande ante las miradas de todas las generaciones. Si descartamos las miserables invenciones, que llevan en sí mismas su más explícita condenación, y las faltas que se le atribuyen, que es necesario referirlas a sus verdaderos autores, a sus generales Aníbal Monomaco y a Magón el Samnita, no se halla nada en los relatos de su vida que no quede perfectamente justificado por la condición y modo de ser de la sociedad en aquel tiempo, o por el derecho de gentes de su siglo. Todos los cronistas están de acuerdo en que reunía como nadie la sangre fría y el ardor, la previsión y la acción. Poseyó también en el más alto grado el espíritu de invención y de astucia, que es uno de los caracteres distintivos del genio fenicio. Le gustaba ir por caminos imprevistos y propios solo para él; y, fecundo en recursos disimulados y estratagemas, estudiaba con inaudito cuidado las costumbres del enemigo que tenía que combatir. Su ejército de espías (los tenía hasta en la misma Roma) lo ponía al corriente de los proyectos del enemigo. Muchas veces se lo vio completamente disfrazado, explorándolo todo. Su genio estratégico se halla escrito en todas las páginas de la historia de este siglo. Además fue un hombre de Estado de primer orden. Después de la paz con Roma, lo veremos reformar la constitución de Cartago y, proscrito y errante por el extranjero, ejercer una poderosísima influencia en la política de todos los Estados orientales. Por último, se muestra el ascendiente que tenía sobre los hombres por la increíble y constante sumisión de aquel ejército compuesto por hombres de razas tan diversas y lenguas tan distintas, que no se sublevó contra él ni una sola vez, ni siquiera en los tiempos más desastrosos. Fue, en suma, un gran hombre en el verdadero sentido de la palabra, y atrajo hacia sí, de un modo irresistible, todas las miradas.

RUPTURA ENTRE ROMA Y CARTAGO

Apenas fue elegido para el mando en jefe, quiso romper de nuevo las hostilidades (en la primavera del año 534). Lo movían a ello serios motivos. Los galos estaban aún en fermentación, y la Macedonia parecía dispuesta a atacar a Roma. Si él salía inmediatamente a campaña, podía elegir su terreno antes de que los romanos

tuviesen tiempo de comenzar la guerra con un desembarco en África, empresa fácil y cómoda a sus ojos. Su ejército estaba completo y sus cajas llenas. Sin embargo, Cartago no estaba dispuesta, ni mucho menos, a hacer una declaración de guerra, y era más difícil dar un sucesor político a Asdrúbal, jefe del pueblo, dentro de sus muros, que reemplazarlo como general en España. La facción de la paz se había apoderado del mando, y procesaba entonces a todos los hombres del partido contrario. Esta facción, que había mutilado y hecho infecundas las empresas de Amílcar, ¿iba a ser más favorable a un joven desconocido, que mandaba desde la víspera al otro lado del estrecho, y cuyo temerario patriotismo iba a desencadenarse a expensas del Estado? Aníbal tuvo que desistir; tampoco quiso declarar la guerra por su cuenta, y ponerse en abierta rebelión contra las legítimas autoridades de la República africana. Se resolvió entonces excitar a los saguntinos para que cometieran actos de hostilidad; pero aquellos se contentaron con quejarse a Roma, que despachó embajadores para que fuesen sobre el terreno. A fuerza de desdenes Aníbal quiso obligar a estos embajadores a declarar la ruptura. Pero los comisionados veían perfectamente la situación; se callaron en España, reservaron sus recriminaciones para la misma Cartago, y dijeron en Roma que Aníbal estaba armado y dispuesto, y que se aproximaba la lucha. El tiempo pasaba entretanto. Pronto corrió la nueva de la muerte de Antígono Doso, ocurrida de repente y casi a la misma hora que la de Asdrúbal. En la región cisalpina los romanos redoblaban su actividad en la edificación de fortalezas, y desde los primeros días de la primavera la República se propuso concluir de una vez con las sublevaciones de los ilirios. Cada día que pasaba era una pérdida irreparable. Aníbal tomó su partido. Hizo saber a Cartago que como los saguntinos estaban acosando de cerca a los turboletas, súbditos cartagineses, iba a sitiar Sagunto; y sin esperar respuesta atacó la ciudad aliada de los romanos en la primavera del año 535. Esto equivalía a comenzar la guerra contra la República. La nueva llegó a Cartago como un rayo. Sobre la impresión que produjo y las deliberaciones que siguieron, podemos formarnos una idea recordando el efecto producido en Alemania entre cierta gente por la capitulación del general York en 1813.^[4] Todos los «hombres de importancia», dicen los historiadores, desaprobaron este acto no autorizado por el gobierno. Era necesario destituir a aquellos temerarios oficiales del ejército y entregarlos a los romanos. Pero ya fuese que en el Senado de Cartago se temiese al ejército y a las masas más que a Roma, o que comprendiesen la imposibilidad de volverse atrás, o, en fin, que la inercia de los espíritus pudiese más que la necesidad de una decisión, se tomó el partido de no tomar ninguno, y sin mezclarse en los asuntos de la guerra

se dejó obrar a Aníbal. Sagunto se defendió de la manera en que solo saben hacerlo las ciudades españolas. Si los romanos hubiesen mostrado una centésima parte de la energía de sus clientes, si durante los ocho meses del sitio no hubiesen perdido el tiempo en insignificantes combates con los piratas ilirios, dueños como eran del mar y de los puntos de desembarco, se habrían evitado la vergüenza de esa protección tan decantada y prometida como irrisoria. Aun más, quizás habrían encauzado los sucesos militares por un camino diferente. Pero tardaron, y Sagunto fue tomada por asalto. A la vista de los inmensos tesoros enviados por Aníbal a Cartago, se despertaron el patriotismo y el entusiasmo bélico aun entre los más refractarios. Una vez distribuido el botín, no era posible la reconciliación con Roma. Con todo, Roma envió embajadores a África, aun después de la destrucción de Sagunto, exigiendo la entrega del general cartaginés y de los gerusiastas que lo acompañaban. Se intentó dar excusas, pero el orador romano concretó la cuestión. Mostró los pliegues de su toga, dijo a los cartagineses que allí llevaba la paz y la guerra, y que era necesario que eligiesen. Arrastrados por un movimiento de energía, respondieron los ancianos al orgulloso romano que eligiese él mismo. El embajador optó por la guerra, y se aceptó el reto sin vacilar en la primavera del año 536 (218 a.C.).

PREPARATIVOS PARA LA INVASIÓN EN ITALIA

La tenaz resistencia de Sagunto costó a Aníbal todo un año. Terminada la campaña, volvió a Cartagena y estableció en ella, según costumbre, sus cuarteles de invierno (del 535 al 536), para preparar a la vez su próxima expedición y la defensa de España y de África. Como su padre y su cuñado, tenía el mando de ambos países, y por consiguiente tenía el deber de proteger la metrópoli. Todas sus fuerzas se componían de unos ciento veinte mil hombres de infantería, dieciséis mil caballos, cincuenta y ocho elefantes, treinta y dos galeras armadas y dieciocho no armadas, sin contar los elefantes y los buques que habían quedado en Cartago. Excepto algunos ligurios que iban en las tropas ligeras, no tenía mercenarios en su ejército. También había en él algunos escuadrones fenicios, pero el núcleo principal lo componían exclusivamente los contingentes de los súbditos libios y españoles. Para asegurarse su fidelidad Aníbal les había dado una gran prueba de confianza, les concedió licencia durante todo el invierno. En su patriotismo de elevadas miras, muy diferente de la estrechez de las de sus conciudadanos, había prometido a los libios, bajo juramento, concederles el derecho de ciudad en Cartago si entraban un día en

África vencedores de Roma. No empleó todas sus tropas en la expedición a Italia. Mandó veinte mil hombres a África, de los que destinó un corto número para que fuesen a defender Cartago y su territorio propiamente dicho, mientras que la mayor parte de la división quedó acantonada en el extremo occidental del continente. Dejó en España doce mil infantes, dos mil quinientos caballos y casi la mitad de los elefantes, en tanto la escuadra quedó estacionada en la costa, cuyo mando supremo dio a su hermano más joven, Asdrúbal. Si solo envió pequeños refuerzos a la región fenicia propiamente dicha, es porque Cartago podía proveer a todo en caso de necesidad. En España, donde se hacían sin trabajo nuevos reclutamientos, aseguraba suficientemente sus espaldas y no dejaba más que un fuerte núcleo de infantería, con buena caballería y elefantes, que era lo que constituía la fuerza del ejército cartaginés. Al mismo tiempo tomó eficacísimas medidas para tener siempre fáciles comunicaciones entre España y África; como hemos dicho, dejaba la escuadra en la costa y un cuerpo de ejército numeroso en el África occidental. Para estar aún más seguro de la fidelidad de sus soldados había encerrado en la fuerte plaza de Sagunto a los rehenes de las ciudades españolas, y llevado a sus tropas a países muy lejanos de aquel en el que habían sido reclutadas. Así había procurado tener a sus inmediatas órdenes las milicias del África oriental; y había enviado las españolas al África occidental, y a Cartago a los africanos del oeste. Como se ve, había provisto a todo en lo que respecta a la defensa.

Las disposiciones dadas para tomar la ofensiva no eran menos grandiosas. Cartago debía mandar veinte galeras y mil soldados con la misión de desembarcar en la costa occidental de Italia y hacer en ella correrías. Una segunda escuadra de veinticinco buques debía amagar un ataque sobre Lilibeá, y procurar recuperar esta ciudad. Pero estos no eran más que detalles modestos y accesorios de la empresa. Aníbal creyó, por consiguiente, poder encargar a Cartago su ejecución. En cuanto a él, había decidido partir para Italia con el gran ejército, poniendo en obras el plan que su padre, sin duda, había concebido con anterioridad. Así como Cartago no podía ser directamente atacada sino en Libia, así tampoco podía serlo Roma sino yendo a Italia. Roma intentaba evidentemente pasar a África, y Cartago no podía ya limitarse, como otras veces, a operaciones secundarias como la guerra de Sicilia o la defensiva en su propio territorio. Las derrotas tenían las mismas desastrosas consecuencias, pero la victoria no daba los mismos resultados. Pero ¿cómo y por dónde atacar Italia? Había caminos o rutas, tanto por mar como por tierra, que conducían a ella; pero si la empresa no había de ser una especie de aventura desesperada, si Aníbal soñaba con una expedición seria, que tuviese a la vez un fin

vasto y estratégico, necesitaba una base de operaciones más próxima que lo que estaban España o África. Al ser Roma la señora de los mares, ni una escuadra, ni una fortaleza marítima eran buen punto de apoyo. Tampoco podía contar con las regiones ocupadas por la confederación italiana. En otro tiempo, a pesar de las poderosas simpatías que despertaba el nombre griego, había permanecido cerrada delante de Pirro. En consecuencia, no se podía esperar que se disolviese ante la aparición de un general cartaginés. ¿Cuánto podían tardar en destruir un ejército invasor que penetrase en la red de fortalezas romanas y en la fuerte barrera de los aliados? Los ligurios y los galos eran los únicos que ofrecían a Aníbal las ventajas que los polacos a Napoleón en sus campañas contra los rusos, por otra parte, análogas en muchos aspectos con la expedición cartaginesa. Estos pueblos conservaban frescas las heridas de la guerra en la que habían perdido su independencia. Y así, extraños a los itálicos y con su vida amenazada, y viendo que los romanos levantaban entre ellos los primeros recintos de fortificaciones y abrían aquellas grandes vías que los envolvían por todas partes, ¿no iban a considerar como salvador al ejército cartaginés, en el que combatían en masa los celtas de España? ¿No podrían ser para Aníbal un sólido punto de apoyo? ¿No le suministrarían hombres y provisiones? Ya se había puesto formalmente de acuerdo con los boios y los insubrios, quienes le habían prometido guías para su ejército, una buena acogida para sus hermanos de raza, y víveres mientras atravesaba su país. Además, debían sublevarse inmediatamente después que los cartagineses pusiesen sus pies en el suelo de Italia. Por otra parte, los sucesos que tenían lugar en el este no eran menos propicios para la invasión. Macedonia, que acababa de consolidar su dominio sobre el Peloponeso con la victoria de Selasia, estaba enemistada con Roma. Por lo demás, Demetrio de Paros, que había hecho traición a la República, se había pasado al partido de Macedonia, ya que al ser arrojado de sus Estados se había refugiado en la corte del rey de aquella nación, que negó su extradición. ¿En qué otra parte más que en las llanuras del Po podía intentarse la reunión contra el enemigo común, de los ejércitos procedentes de las orillas del Betis y de Estrimón (*Kara-sou* o *Strouman*)? Así, pues, las circunstancias designaban a la Italia del Norte como el verdadero punto de ataque. Ya en el 524 (230 a.C.), los romanos se habían encontrado en Liguria con un destacamento de soldados cartagineses; hecho que había provocado una gran admiración de su parte, a la vez que da prueba de los serios proyectos de Amílcar. Lo que no se explica tan fácilmente es por qué siguió Aníbal su ruta por tierra y no por mar. Ni la supremacía naval de los romanos, ni la alianza de estos con Marsella podían impedirle el desembarco en la costa de Génova; esto se comprende

con facilidad, y los sucesos que siguieron lo dieron a entender mejor. Pero Aníbal tenía que elegir entre dos escollos, y sin duda prefirió no exponerse a los peligros de una travesía o a las vicisitudes de una guerra naval, que deja siempre menos parte a la prudencia humana. Juzgó más conveniente ir al encuentro de los boios y de los insubrios, cuyo concurso es indudable que se le había prometido formalmente. Además, en caso de desembarcar en Génova, tenía también que atravesar la montaña, y no le era dado saber que el paso de los Alpes era infinitamente más difícil que el del Apenino. Por último, la ruta que siguió fue la de las antiguas emigraciones célticas; pueblos más numerosos que su ejército habían penetrado en Italia por los Alpes. El aliado y salvador de los galos itálicos no creyó empresa temeraria seguir las huellas de estos pueblos.

PARTIDA DE ANÍBAL

A principios de la primavera, Aníbal reunió en Cartagena todas las tropas que componían el gran ejército: noventa mil hombres de infantería y doce mil caballos; las dos terceras partes eran africanos y la otra, españoles. Llevó consigo además treinta elefantes, más para imponer a los galos que como fuerza eficaz de combate. Su infantería no tenía nada de común con la de Xantipo, que se escondía detrás de la línea de estos grandes animales. No se le ocultaba que esta era un arma de dos filos, que podía llevar el desorden y ocasionar la derrota tanto a las filas del enemigo como a las propias. De esta forma, no hacía uso de los elefantes sino con mucha circunspección y en corto número. Tal era el ejército con que salió de Cartagena y marchó hacia el Ebro en la primavera del año 536 (218 a.C.). Para dar confianza incluso al simple soldado, dejaba traslucir suficientemente las medidas tomadas de antemano, y sobre todo las relaciones entabladas con los celtas y los medios de que disponía para el buen éxito de su expedición. El soldado, cuyo instinto militar se había desarrollado en el servicio de las armas, presentía por todas partes la exactitud de miras, y la mano segura y fuerte de su general. De esta forma lo seguía con una fe ciega por caminos para él desconocidos. Después, cuando con su palabra poderosa les mostraba la patria humillada, las insolentes exigencias de Roma, la inminente esclavitud de aquella Cartago que les era tan querida y la vergonzosa extradición de su general y de sus oficiales, impuesta como condición para la paz, los arrastraba consigo, ardiendo en deseos de pelear y arrebatados por el entusiasmo.

ESTADO DE COSAS EN ROMA INDECISIÓN EN LOS PLANES. ANÍBAL PASA EL EBRO

En Roma la situación era lo que suele ser frecuentemente el seno de las aristocracias más sólidamente establecidas y más previsoras. El gobierno sabía lo que quería, y obraba en su consecuencia; pero desgraciadamente no obraba bien ni a tiempo. Hacía mucho que debía haber cerrado las puertas de los Alpes y acabado con los cisalpinos; y, sin embargo, los Alpes continuaban abiertos y los cisalpinos eran aún temibles. Se hubiera podido vivir en paz con Cartago, y en una paz durable, a condición de observar fielmente el tratado del año 513; y, si es que se quería la ruina de esta ciudad, las legiones habrían podido y debido destruirla tiempo atrás. De hecho se habían violado los tratados con la confiscación de Cerdeña, y en los veinte años de plazo que le habían dado, Cartago había podido regenerarse. Por otra parte, nada más fácil que vivir en paz y en buenas relaciones con Macedonia; pero se sacrificó su amistad por una miserable conquista. En realidad, no se había hallado en Roma a uno de esos grandes hombres de Estado que abrazan con sus miradas las situaciones y dirigen los acontecimientos. En todo se había hecho o mucho o muy poco, y sin embargo tenían ya encima la guerra. El enemigo había podido elegir libremente el tiempo y el lugar para la lucha, y los romanos, aun teniendo completa y exacta conciencia de su superioridad militar, al principiar la campaña no tenían plan, objeto ni marcha determinada. Tenían sí quinientos mil soldados. Solo su caballería no era tan buena como la del enemigo, y relativamente era menos numerosa que la de aquel. Entre ellos apenas ascendía a la décima parte del total efectivo, mientras que entre los cartagineses ascendía a la octava parte. Pero la escuadra romana contaba con doscientas veinte galeras recién llegadas del Adriático; ¿qué pueblo comprometido en una próxima guerra habrá podido contar con tales recursos, y a cuál le habrá sido tan fácil sacar un gran partido? Hacía muchos años que se había convenido que al primer acto de hostilidad las legiones desembarcarían en África. Ahora bien, en vista de los acontecimientos, hubiera debido pensarse en un desembarco en España que, combinado con el anterior, pudiese detener allí al ejército de ocupación; pues sin esta medida le era fácil trasladarse inmediatamente a los muros de Cartago. Obrar de manera acorde con este plan de campaña habría sido mandar un ejército romano a la península, ante la noticia del rompimiento de las hostilidades por parte de Aníbal y del ataque contra Sagunto en el año 535. Pero debió haberse hecho antes de la toma de la ciudad. En Roma, en cambio, permanecieron sordos tanto a los consejos de una mejor estrategia, como a las

prescripciones del honor. Ocho meses se sostuvo Sagunto, pero de nada sirvió su heroísmo. Sucumbió como si Roma no tuviese dispuesto un ejército de desembarco. Sin embargo, quedaba el país ubicado entre el Ebro y los Pirineos; aún eran libres los pueblos que lo habitaban. Siendo aliados naturales de Roma, se les había prometido un auxilio inmediato lo mismo que a los saguntinos. De Italia a Cataluña los buques no tardaban más tiempo que las tropas yendo por tierra desde Cartagena. Si, después de declarada formalmente la guerra, los romanos se hubiesen puesto en camino al mismo tiempo que los cartagineses, es decir, en el mes de abril, Aníbal habría podido encontrar las legiones ya atrincheradas en la línea del Ebro. Como quiera que fuese, el grueso del ejército romano quedó reservado para la expedición al África, y el segundo cónsul, Publio Cornelio Escipión, recibió orden de ir a defender el río que servía de frontera en España. Pero lo tomó con toda calma y tranquilidad, y, ante la insurrección que ocurrió en la llanura del Po, marchó a sofocarla con sus tropas dispuestas ya a embarcarse. Finalmente, la expedición a España se verificará con otras legiones que comenzaron a formarse. Para entonces Aníbal ya había llegado al Ebro, sitio donde encontró una tenaz resistencia; pero, en las circunstancias presentes, el tiempo le era más precioso que la sangre de sus soldados. En pocos meses destruyó las fuerzas que le opusieron los indígenas, y, con su ejército mermado ya en una cuarta parte, llegó a los Pirineos. La inercia culpable de los romanos fue por segunda vez la causa de la pérdida de su aliados españoles. El desastre era tan fácil de prever como de evitar la lentitud de los romanos. Además, si se hubiera efectuado a tiempo el desembarco de las legiones, probablemente se habría impedido la invasión en Italia, que parece no haber sido prevista hasta la primavera del año 536. En cuanto a Aníbal, aun cuando iba a arrojarse sobre el territorio del enemigo, no por esto obraba en manera alguna a la desesperada, ni abandonaba «su reino español». El tiempo empleado en el sitio de Sagunto y en la sumisión de Cataluña, el considerable ejército que dejó en el país conquistado al norte del Ebro, y todas las demás precauciones tomadas demuestran que, si las legiones hubieran venido a disputarle la posesión de España, no se habría contentado con sustraerse a sus ataques. De cualquier forma, aunque los romanos no hubiesen hecho más que retardar su partida de España por algunas semanas, habrían adquirido una gran ventaja. El invierno hubiera cerrado el paso de los Alpes antes de la llegada de los cartagineses, y el cuerpo expedicionario destinado a África habría verificado su desembarco sin romper una lanza.

ANÍBAL EN LAS GALIAS ESCIPIÓN EN MARSELLA. PASO DEL RÓDANO

Una vez llegado a los Pirineos, Aníbal envió a sus casas una parte de sus soldados. Esta había sido una medida premeditada desde el principio, que atestiguaba a los ojos del ejército la gran confianza del general en el éxito de su empresa, al mismo tiempo que era un mentís solemne a los que creían que aquella era una de esas expediciones de las que no vuelve ninguno. Solo con cincuenta mil infantes y nueve mil caballos pasó la cordillera sin encontrar dificultad alguna. Después, caminando a lo largo de la costa por la región de Narbona y de Nimes, se abrió paso inmediatamente entre las poblaciones indígenas, que ya estaban dispuestas favorablemente por negociaciones anteriores, o que eran compradas en el acto por el oro cartaginés o dominadas por las armas. A fines de julio llegó al Ródano por el frente de Avenio (*Avignon*). Parece que allí lo esperaba una resistencia más seria. El cónsul Escipión había desembarcado en Marsella a fines de junio, pues mientras dirigía su rumbo a España supo que era demasiado tarde, y que Aníbal no solo había pasado el Ebro sino también los Pirineos. Esta noticia dio finalmente a conocer la dirección y el objeto de la expedición cartaginesa. El cónsul abandonó entonces sus proyectos sobre España, y tomó el partido de unirse con los pueblos célticos de aquella región, que obedecían la influencia de los masaliotas, y, por su intermedio, la de los romanos. Así pues, debía esperar a Aníbal en el Ródano, y cerrarle el paso del río y la entrada en Italia. Afortunadamente para los cartagineses, en el lugar por donde proyectaban el paso no había más que algunas milicias de galos. El cónsul con su ejército (veintidós mil infantes y dos mil caballos) estaba aún en Marsella, a cuatro jornadas de distancia río abajo. Los enviados de los galos corrieron a darle aviso de la llegada del enemigo. El cónsul se veía obligado a pasar precipitadamente la rápida corriente con su numerosa caballería y sus elefantes, a la vista de los galos, y antes de que llegasen los romanos. No poseía ni siquiera una mala barquilla; pero por su orden se compraron inmediatamente y a cualquier precio todos los barcos del país destinados a la navegación del Ródano, y se construyeron otros nuevos cortando los árboles de los alrededores en poco tiempo. De esta forma se hicieron todos los preparativos necesarios para que el ejército pudiese pasar el río en un solo día. En este intervalo se destacó una fuerte columna de tropas al mando de Hannon, hijo de Bomílcar, que marchó algunas jornadas río arriba hasta que halló un punto fácil y no defendido. Por allí pasaron a la otra orilla con balsas o almadías reunidas inmediatamente, bajaron en seguida hacia el sur y se colocaron a la espalda de los

galos que detenían el grueso del ejército. En la mañana del quinto día después de su llegada, y tres después de la partida de Hannon, Aníbal vio levantarse frente a su campamento una columna de humo, señal convenida que le anunciaba la presencia de Hannon en aquel punto. Inmediatamente dio la orden de ataque, que había sido esperada con impaciencia. Al primer movimiento de la flotilla enemiga los galos corrieron a la orilla; pero de repente ven que está ardiendo su campamento y se detienen sorprendidos. Mas como estaban siendo atacados con decisión, y no pueden resistir divididos ni a los que los acometen por detrás ni a los que pasan el río, huyen y desaparecen.

Durante este tiempo, Escipión está muy tranquilo en Marsella pensando qué puntos convendría ocupar en el Ródano. Aunque los galos le enviaron mensajes apremiantes, él no juzgó oportuno marchar contra el enemigo. No quiere creer las nuevas que le llevan y se contenta con enviar por la orilla derecha un pequeño destacamento de caballería, con el objeto de que hiciese algunas exploraciones. Este cuerpo se encontró con que todo el ejército cartaginés ya había pasado el río, y se ocupaba ahora en el transporte de los elefantes que habían quedado en la orilla derecha. Su reconocimiento terminó con un sangriento combate (el primero de esta guerra) que sostuvo con algunos escuadrones cartagineses que recorrían también la llanura inmediata a Aviñón. Al concluir, volvió enseguida al cuartel general para dar cuenta de la situación. Escipión partió entonces a marchas forzadas; pero cuando llegó hacía ya tres días que la caballería cartaginesa, después de haber protegido el paso de los elefantes, había seguido al grueso del ejército. Al cónsul no le quedó más remedio que volver a Marsella sin gloria y con sus tropas fatigadas, afectando un insensato desprecio hacia aquellos cartagineses que habían huido cobardemente. Esta era la tercera vez que, por pura negligencia, los romanos abandonaban a sus aliados y perdían una importante línea de defensa. Después de cometido el error, habían pasado en seguida de una inacción inexplicable a una precipitación aún más irracional. Acababan de hacer, sin plan y sin resultado, lo que algunos días antes hubieran podido y debido ejecutar seguramente con gran utilidad, y de este modo se imposibilitaban para reparar sus faltas. Una vez al otro lado del Ródano, no había que pensar en impedir que Aníbal llegase al pie de los Alpes. Escipión, sin embargo, hubiera podido volverse con todo su ejército a la primera nueva que tuvo de que los cartagineses habían pasado el río, y, pasando por Génova, llegar en siete días al Po. Allí habría podido unirse con los destacamentos que había en el país, esperar al enemigo, y recibirlo vigorosamente. Pero no, después de haber perdido el tiempo y fatigado sus tropas en la precipitada marcha a Aviñón, parece que Escipión, aunque

era un hombre hábil, no tenía valor político ni tacto militar. En efecto, no se atreve a sacar partido de las circunstancias, ni a modificar el destino de su cuerpo de ejército; embarca para España la mayor parte al mando de su hermano Gneo, y él se vuelve a Pisa con el resto.

PASO DE LOS ALPES

Una vez al otro lado del Ródano, Aníbal convocó y pasó una gran revista a sus tropas para participarles sus proyectos. Por medio de un intérprete las puso en comunicación con el jefe galo Magilo, procedente de la región del Po; y después de esto se puso en marcha hacia los Alpes. Al elegir allí su ruta no tuvo en cuenta ni la menor o mayor extensión de los valles, ni las disposiciones más o menos favorables de los habitantes; cualquiera fuese el interés que tuviese en no perder un minuto en combates parciales o en pasar la cordillera, ante todo debía preferir el camino más fácil y más practicable para sus bagajes, su numerosa caballería y sus elefantes, o aquel en el que pudiera hallar suficientes medios de subsistencia. Por más que llevase en bestias de carga gran cantidad de provisiones, estas solo podían alimentar por algunos días su ejército, que, no obstante sus bajas, ascendía aún a cincuenta mil hombres útiles. Dejando aparte el camino de la costa, que Aníbal no quiso seguir, no porque se lo impidiesen los romanos sino porque lo alejaba de su fin, solo había en aquel tiempo dos pasos (que mereciesen este nombre) que conducían a la Galia cisalpina por la cordillera de los Alpes. Uno atravesaba los Alpes Cottios e iba a parar al territorio de los taurinos (a Turín por Susa o Fenestrela); el otro cruzaba por los Alpes Grecos (Pequeño San Bernardo), conducía al territorio de los salasas (país de Aosta y de Ibreá).^[5] El primero es el más corto, pero, después de dejar el Ródano, conduce a los estériles y casi impracticables valles del Drac, del Romancha y del alto Druencia a través de ásperas montañas. En este camino se emplean de siete a ocho días de marcha. Pompeyo fue el primero que trazó allí una vía militar a fin de establecer la comunicación más directa posible entre la Galia cisalpina y la transalpina. Por el Pequeño San Bernardo el camino es algo más largo, pero cuando pasa el primer estribo de los Alpes, al este del Ródano, remonta el alto Iser. Este corre cerca de Chambery y llega desde Grenoble hasta el pie del collado, o si se quiere, hasta el pie de la Gran Cadena, y es el valle alpino más ancho, fértil y poblado de esta región. Además, es el punto menos elevado de todos los pasos naturales de esta zona de los Alpes (2192 metros), y es también el más cómodo.

Aunque no se ha construido nunca allí camino alguno, hemos visto que en 1815 lo atravesó un cuerpo de ejército austriaco con su artillería correspondiente. Como no lo cortaban más que dos cadenas, el paso del Pequeño San Bernardo era el más frecuentado en los primeros tiempos, y era por donde las bandas de los galos verificaban sus incursiones en Italia. En realidad, el ejército de Aníbal no podía elegir. Por un concurso feliz de circunstancias, los pueblos cisalpinos, con quienes había hecho alianza, dominaban hasta el pie de la montaña. Aunque quizás esto no era para él un motivo determinante, de haber hecho lo contrario y seguido por el monte de Ginebra, habría ido a caer al territorio de los taurinos, siempre en guerra con los insubrios. Creo, pues, que el gran ejército cartaginés marchó directamente hacia el valle del alto Iser, no por el camino más corto, como podía suponerse, o sea, subiendo por la orilla izquierda del Iser inferior (de Valence a Grenoble), sino atravesando «la isla de los alobroges». Esta ya era una tierra rica y poblada, que limitan el Ródano por el norte y el oeste, el Iser por el sur y los Alpes por el este. Aníbal también dejó aquí la línea recta, pues lo obligaba a atravesar un país montañoso, estéril y pobre. La isla, en cambio, era menos serrana, más fértil, y al seguir esta dirección no tenía que pasar más que una cumbre para desembocar en seguida en el alto valle del Iser. La travesía de la isla, subiendo primeramente por la orilla del Ródano y torciendo después a la derecha, le costó dieciséis jornadas. No encontró en ella serias dificultades; por el contrario, supo aprovecharse de la guerra que acababa de estallar entre dos jefes alobroges. De esta forma, el más poderoso de ellos se declaró en su favor, sirvió él mismo de guía al ejército en todo el país bajo, proveyó al aprovisionamiento, y hasta suministró a los soldados armas, vestidos y calzado. Pero, cuando llegaron a la primera cadena que se levanta como una muralla cortada a pico y solo es accesible por un punto (cuesta del Monte del Gato, por la aldea de Chebalu), los detuvo de repente un incidente sensible. Los alobroges ocupaban en gran número el collado. Prevenido a tiempo, Aníbal evitó que pudiesen sorprenderlo. Acampó al pie del monte, y durante la noche, mientras los galos se habían retirado a sus moradas en una especie de ranchería vecina, se apoderó del paso. Con esto las alturas ya estaban conquistadas, pero, a la bajada de la pendiente que conduce al lago de Burget, los mulos y los caballos resbalaban y caían rodando. En este momento lo acometieron los galos, cuyo ataque era menos peligroso que molesto por el desorden que introducía en la marcha del ejército. Pero el general se lanzó inmediatamente sobre ellos a la cabeza de sus tropas ligeras, los rechazó sin trabajo y los arrojó de la montaña después de haberles causado muchas bajas. El tumulto del combate había aumentado los peligros y dificultades de la bajada, sobre

todo para el convoy y los equipajes. Una vez que hubo pasado, aunque no sin grandes pérdidas, Aníbal tomó por asalto la ciudad más inmediata para castigar y aterrar a los bárbaros, y reponer las pérdidas de mulos y caballos. Descansó un día en el hermoso valle de Chambery, y después remontó el Iser sin hallar obstáculos por falta de víveres ni por ataques del enemigo. Pero en el cuarto día, al entrar en el territorio de los ceutrones, el valle se iba cerrando poco a poco a su paso, y allí fue necesario tomar de nuevo precauciones. La gente del país lo esperaba en la frontera (en las inmediaciones de Conflans) con ramos y coronas, y daban al ejército carnes, guías y rehenes; parecía, pues, que habían entrado en país amigo. Sin embargo, todo cambió cuando los cartagineses llegaron al pie de la montaña, en el punto en que el camino se separa del Iser, y subiendo por un escarpado y estrecho desfiladero, por el arroyo de Reclusa, se eleva poco a poco hacia el collado del Pequeño San Bernardo. Allí los ceutrones se arrojan de repente sobre su retaguardia, los atacan al mismo tiempo por los flancos desde lo alto de las rocas, y les cierran el paso a derecha e izquierda; esperaban separar al ejército de sus convoyes y bagajes. Pero Aníbal les había adivinado sus intenciones con su penetración habitual. Comprendió que solo lo habían acogido bien a fin de que no talase su país, al mismo tiempo que preparaban su traición, y contaban con un rico y seguro botín. En la previsión de un ataque, había mandado adelante su caballería, material de guerra, etcétera. Toda la infantería iba detrás protegiendo la marcha. Los proyectos hostiles de los ceutrones quedaron, por tanto, defraudados. Sin embargo, hostilizaron a la infantería en toda su marcha y, arrojando o haciendo rodar sobre ella enormes peñascos desde las alturas inmediatas, le hicieron experimentar grandes pérdidas. Finalmente se llegó a la Roca Blanca (todavía lleva este nombre), que es una enorme masa calcárea que se levanta a la entrada del desfiladero. Aníbal se detuvo y acampó allí, protegiendo durante la noche la subida de sus caballos y mulos. Al día siguiente volvió a comenzar el combate y continuó sangriento hasta llegar a la cumbre, donde las tropas finalmente pudieron descansar. Se detuvieron en una alta meseta fácil de defender (el circo de Aníbal), que se extiende por espacio de dos millas y media alemanas (unas cuatro leguas); allí nace el Duria en un pequeño lago (lago Verney o de las aguas rojas), y desciende hacia la Italia. Ya era tiempo, pues los soldados comenzaban a perder el valor. El camino, que iba poniéndose cada vez más intransitable; las provisiones, que se iban agotando; los desfiladeros peligrosos, desde donde un enemigo inatacable los hostilizaba constantemente y embarazaba su marcha; las filas que iban mermándose de día en día; el recuerdo de sus camaradas despeñados en los precipicios, y los heridos abandonados sin esperanza eran los males que habían

relajado la moral de los veteranos africanos y españoles. Ninguno, a excepción del jefe y de sus allegados, veía ya en la empresa más que una quimera; pero jamás llegó a flaquear la confianza de Aníbal. Además encontraron numerosos soldados que habían rodado por las laderas; los galos aliados se hallaban muy próximos, y estaban en el punto de partida de las aguas. Tenían ante sí la bajada, cuya vista alegre siempre al que viaja por las montañas. Después de haber descansado un poco, el ejército recobró su valor y comenzó la última y más difícil operación, que debía conducirlo a la llanura. El enemigo no lo incomodaba ya mucho, pero el mal tiempo había llegado, era ya comienzos de septiembre, y reemplazó en la bajada las molestias que los bárbaros les habían hecho sufrir en la subida. Por las pendientes resbaladizas y heladas de las orillas del Duria, donde la nieve había borrado toda huella y todo camino, se extraviaban hombres y animales, perdían la tierra y caían en los abismos. Al anochecer del primer día llegaron a un sitio de unos doscientos pasos de extensión, por donde se precipitaban a cada momento enormes avalanchas que se desprendían de los escarpados picos del Cramont, cubiertos casi perpetuamente por las nieves. La infantería pudo pasar, aunque con dificultad; pero no sucedió lo mismo con los elefantes y los caballos, que se resbalaban en las masas de hielo ocultas bajo una nueva y tenue capa de nieve. Aníbal acampó más arriba con los elefantes y la caballería. A la mañana siguiente rompieron la capa de hielo a fuerza de trabajo, e hicieron practicable el camino para los mulos y los caballos. Sin embargo, se necesitaron tres días de grandes esfuerzos, en los que los soldados se iban relevando sin cesar, para que pudiesen pasar los elefantes. Al cuarto día se había ya reunido por fin todo el ejército; el valle se iba ensanchando y era más fértil cada vez. Por último, después de otros tres días de marcha, llegaron al territorio de los salasas, ribereños del Duria y clientes de los insubrios, que recibieron a los cartagineses como amigos y salvadores. A mediados de septiembre llegó el ejército a la llanura de Ibreá (Eporedia). Los soldados fatigados se hospedaron en las aldeas, y tras veinticuatro días de reposo y de cuidados se recuperaron de sus pasadas fatigas. Si los romanos hubieran tenido en el territorio de los turinenses un cuerpo de ejército de treinta mil hombres descansados y dispuestos para el combate (cosa que les hubiera sido muy fácil), si hubiesen atacado en semejante ocasión, habrían frustrado y desbaratado por completo la gigantesca empresa de Aníbal. Pero, afortunadamente para él, sus adversarios hacían lo de siempre, no estar donde debían, y sus tropas pudieron entregarse tranquilamente al descanso que tanto necesitaban.^[6]

Se estaba llegando al fin, pero a costa de grandes sacrificios. De los cincuenta

mil infantes y nueve mil caballos, todos veteranos, que componían su ejército al pie de los Pirineos, la mitad había perecido en el campo de batalla, por las fatigas de la marcha, o en el paso de los ríos. El mismo Aníbal confesaba que no podía poner en campaña más de veinte mil infantes, cuyas tres quintas partes eran libios y los restantes españoles. Le quedaban además cerca de seis mil caballos. El hecho de que las pérdidas de la caballería fueran mucho menores prueba la excelencia de los númidas, y el especial cuidado y las muchas consideraciones con que había mirado el general en jefe a estas tropas escogidas. La marcha de 526 millas, o de treinta y tres jornadas por término medio, comenzada y ejecutada sin accidentes graves o imprevistos, marcha que quizás hubiera sido imposible de no haberse dado los más felices acontecimientos, o las enormes faltas por parte del enemigo, había costado muy cara. Diezmó y desmoralizó el ejército hasta el punto de que fue necesario otro período para que pudiese tomar nuevo aliento o reparar sus perdidas fuerzas. Digámoslo sin rebozo: estratégicamente hablando, esta operación militar puede quizá ser atacada, y hay razón para preguntarse si el mismo Aníbal ha podido realmente enorgullecerse de ella como de un acontecimiento próspero. Sin embargo, no nos apresuremos a censurar a este gran capitán. Son muy visibles las lagunas del plan que él ejecutó, pero no podremos decir si había podido preverlas. Es verdad que había emprendido su ruta por un país bárbaro y desconocido; pero ¿quién se atreverá a sostener que hubiera debido irse por la costa o embarcarse en Cartago o en Cartagena? ¿Hubiera acaso corrido menores riesgos por este lado? Dígase lo que se quiera del camino elegido, la ejecución en los detalles revela la prudencia consumada de un maestro, que nos admira en todos sus momentos. Por lo demás, ya fuera por el favor de la fortuna o por la habilidad del general, el objeto final de la empresa y el gran pensamiento de Amílcar, es decir, el hecho de llevar a Italia la guerra contra Roma se había convertido en una realidad. El genio del padre había concebido el proyecto, y así como la misión de Stein y Scharnhorst ha sido quizá más difícil y grande que todas las hazañas de York y Blücher, así también la historia, con el tacto seguro y el recuerdo de los grandes hechos, ha puesto en primera línea, entre los más dignos de admiración, el paso de los Alpes, ese episodio final del gran drama heroico de los preparativos de Amílcar. Incluso ensalza y glorifica este alto hecho, más aún que las famosas victorias de Trasimeno y de Canas.

V

GUERRAS DE ANÍBAL HASTA LA BATALLA DE CANAS

ANÍBAL Y LOS GALOS DE ITALIA

Por lo pronto, la aparición de Aníbal en la Galia cisalpina había cambiado el estado de las cosas y desbaratado todo el plan de campaña de los romanos. De los dos ejércitos de la República, uno había desembarcado en España y estaba ya frente al enemigo. No había forma de pensar en llamarlo. El segundo, mandado por el cónsul Tiberio Sempronio, que estaba destinado a desembarcar en África, se hallaba todavía afortunadamente en Sicilia. En esta ocasión, por fin, había sido provechosa a los romanos su lentitud. De las dos escuadras cartaginesas con destino a Sicilia y a Italia, una había sido destruida por la tempestad, y las pocas naves que habían logrado salvarse habían sido apresadas por los siracusanos. La otra había intentado en vano sorprender a Lilibeá, y había sido batida cerca del puerto de esta ciudad. Sin embargo, como la presencia de los buques enemigos en las aguas de Italia era algo más que incómoda, el cónsul había querido ocupar antes de pasar al África todas las pequeñas islas inmediatas a la grande, y arrojar por completo a los cartagineses de todos los puntos desde los que pudieran hostilizar Italia. Se empleó el verano en la conquista de Melita (Malta) y en buscar al enemigo, a quien se suponía oculto en las islas de Lípari. En realidad había desembarcado cerca de Vibo (Monteleone), y talaba las costas del Brutium. Por último, también se habían empleado esos meses en el reconocimiento de los puntos de desembarco en África, y una vez hecho esto volvió a Lilibeá con su ejército y su escuadra. Aún estaba allí cuando recibió del Senado la orden de hacerse inmediatamente a la mar y venir en auxilio de la patria en peligro.

Así, pues, los ejércitos de Roma, iguales cada uno al de Aníbal, maniobraban lejos de las llanuras del Po, y, en consecuencia, no había nada preparado en este punto para resistir la invasión que amenazaba. Se había enviado un cuerpo de tropas con el fin de que dominase la insurrección de los galos, en completa conflagración desde antes de la llegada de Aníbal. En la primavera del año 536 (218 a.C.), aun antes de que llegase la hora convenida, se sublevaron en masa los boios y los insubrios. Los había exasperado la fundación de las ciudadelas de Plasencia y Cremona, pobladas con seis mil colonos cada una, y querían oponerse también a la

construcción de la fortaleza de Mutina (Módena), que ya había comenzado en pleno país boio. Los colonos que habían ido al territorio de esta última ciudad se vieron atacados de repente y se abrigaron detrás de sus muros. El pretor Lucio Manlio, que se hallaba en Ariminun, marchó apresuradamente con la única legión que poseía para levantarles el bloqueo; pero fue sorprendido en los bosques, y apenas si tuvo tiempo, después de haber perdido mucha gente, de refugiarse y hacerse fuerte en una colina donde lo sitiaron los boios. Sin embargo, una legión enviada apresuradamente desde Roma con el pretor Lucio Atilio lo libró, hizo levantar el sitio de la ciudad y cortó por el momento el incendio de la insurrección. Había estallado demasiado pronto y retrasado la partida de Escipión para España. Sin duda alguna, este hecho sirvió a los planes de Aníbal; pero también fue causa de que las fortalezas del Po no estuviesen desguarnecidas. Sin embargo, las dos diezmadas legiones contaban apenas con veinte mil soldados; en realidad ya hacían mucho al contener a los galos, cuanto más si hubieran ido a oponerse al paso de los Alpes. Pero esto no se supo en Roma hasta que, en agosto, el cónsul Publio Escipión volvió sin ejército desde Marsella hasta Italia; y aun entonces se despreció una loca tentativa que debía estrellarse contra las montañas. Así es que ninguna avanzada romana esperaba a Aníbal en aquel lugar en la hora decisiva. El cartaginés tuvo tiempo de que sus tropas reposasen, y de tomar por asalto después de tres días de asedio la ciudad de los taurinos (Taurasia), que le había cerrado sus puertas. También tuvo tiempo de que se le uniesen, de buen grado o por fuerza, todas las poblaciones ligurias y célticas del valle superior del Po.

ESCIPIÓN EN EL VALLE DEL PO. BATALLA DEL TESINO LOS EJÉRCITOS DELANTE DE PLASENCIA. BATALLA DEL TREBIA

Escipión, que finalmente había tomado el mando de las legiones, no había llegado aún a ponerse enfrente de Aníbal. El general romano, con un ejército bastante inferior, sobre todo en caballería, recibió la difícil misión de detener los progresos de un enemigo a quien no podía resistir, y sofocar la insurrección de los galos que iba propagándose por todas partes. Pasó el Po, probablemente cerca de Plasencia, y marchó contra los cartagineses, subiendo por la orilla izquierda. Al mismo tiempo Aníbal, dueño ya de Turín, bajaba a su vez por el mismo punto para auxiliar a los insubrios y a los boios. Un día en que la caballería romana, apoyada por la infantería ligera, fue a hacer un reconocimiento forzado en la llanura entre el Tesino y el Sesia,

en las inmediaciones de Bercela, se precipitó contra la caballería africana que recorría el mismo punto. Por ambas partes mandaban los generales en jefe en persona. Escipión aceptó el combate sin temor y a pesar de su inferioridad numérica; pero su infantería ligera, colocada delante de su caballería, se dispersó al violento choque de la caballería pesada, conducida por Aníbal. Mientras esta se precipita inmediatamente sobre la caballería romana, los númidas, desembarazados ya de la infantería, que había desaparecido, la envuelven y cargan sobre ella por el flanco y la espalda, de forma tal que esta operación decidió la jornada. La pérdida de los romanos fue considerable; el cónsul, que quiso reparar como soldado las faltas que había cometido como general, fue gravemente herido. De hecho, hubiera perdido la vida sin el sacrificio de su hijo, joven de diecisiete años, que se arrojó valerosamente a lo más recio de la pelea seguido de sus caballeros, y, espada en mano, pudo libertarlo. Esta derrota fue una enseñanza para Escipión. Siendo más débil que el enemigo, hizo mal en aceptar la batalla teniendo un río a la espalda, y adoptar el partido de atravesarlo a la vista de aquel. Una vez que las operaciones militares se concentraron en un estrecho campo y se desvaneció la ilusión de creer invencible a Roma, volvió a hallar su talento de capitán, paralizado un momento por los movimientos de su joven adversario, hábiles y atrevidos hasta rayar la temeridad. Mientras Aníbal se disponía para dar una gran batalla, Escipión pasó a la orilla derecha del Po, que en mal hora había abandonado. Lo hizo mediante una marcha rápidamente concebida y ejecutada con gran acierto, y una vez allí cortó todos los puentes. Esta operación le costó un destacamento de seiscientos hombres colocados a vanguardia para proteger a los zapadores, pues fueron cortados y hechos prisioneros por los cartagineses. Pero Aníbal, dueño ya del curso superior del río, no necesitaba más que subir un poco para pasarlo. Algunos días después se hallaba ya frente a los romanos. Estos ocupaban una buena posición delante de Plasencia; pero la sublevación de una división de galos que iba en el ejército, y la insurrección céltica que cundía por todas partes, obligaron al cónsul a verificar un nuevo movimiento. Se dirigió hacia las colinas por cuyo pie corre el Trebia y llegó a ellas sin grandes pérdidas, pues los númidas que lo perseguían se habían detenido a saquear y quemar el campamento abandonado por los romanos. En esta fortísima posición no temió ya nada, pues su izquierda se apoyaba en el Apenino, su derecha en el río y en la ciudadela de Plasencia, y de frente era defendido además por el Trebia, río bastante caudaloso en aquella época del año. Pero no pudo salvar sus ricos almacenes de Clastidium (Casteggio), de los que estaba separado por el ejército enemigo, ni contener los progresos de la insurrección. Todos los cantones

galos se sublevaron a excepción de los cenomanos, amigos fieles de Roma. Por otra parte, Aníbal no pudo avanzar más, y se vio obligado a acampar frente al ejército romano. La presencia de este ejército y de los cenomanos que amenazaban las fronteras de los insubrios impidieron la unión inmediata de los insurrectos con los cartagineses. Durante este tiempo, el segundo ejército, que había partido de Lilibea y desembarcado en Ariminun, atravesó todo el país sublevado sin serios obstáculos, llegó a Plasencia y se reunió con Escipión. Los romanos contaban ya con un ejército de cuarenta mil hombres, pero eran inferiores al enemigo en caballería. Si permanecen en el sitio en que se encuentran, será necesario que Aníbal intente pasar el río en medio del invierno para atacarlos en sus posiciones, o que suspenda todo movimiento de avance y grave a los galos durante toda la estación con la permanencia de su ejército entre ellos, en cuyo caso se expone al peligro de su inconstancia. Mas por efectivas que fuesen estas ventajas, se estaba ya en diciembre. Y aunque en definitiva pudieran dar la victoria a la República, el cónsul Tiberio Sempronio, encargado del mando del ejército mientras Escipión se curaba de sus heridas, no daría batalla pues estaba próximo a expirar el tiempo de su cargo. Aníbal, sabiendo con qué clase de hombre se las había, no desperdició ninguna ocasión para atraerlo al combate. Arrasó las aldeas de los galos que habían permanecido fieles, y en un encuentro de la caballería dio a su adversario motivo para que se vanagloriase de haber salido vencedor. Por último, un día muy lluvioso, los romanos decidieron presentar resueltamente la batalla. Desde muy temprano en la mañana las tropas ligeras habían sostenido algunas escaramuzas con los númeridas. Estos se retiraron lentamente; sus adversarios entonces los persiguieron con gran entusiasmo y atravesaron el Trebia, a pesar de la altura de sus aguas, pues creían tener la victoria en sus manos. De repente los númeridas se paran, y la vanguardia romana se encuentra con todo el ejército de Aníbal colocado en buen orden, y en un terreno elegido de antemano por su jefe. Los romanos están perdidos si el grueso del ejército no se apresura a pasar el río para librarlos. Finalmente las tropas del cónsul llegan fatigadas, hambrientas y mojadas; se colocan precipitadamente en orden de batalla, la caballería en las alas, según costumbre, y la infantería en el centro. Las tropas ligeras, ubicadas en la vanguardia de ambos ejércitos, comienzan el combate; pero los romanos habían disparado ya todas sus armas arrojadas en el día de la mañana, y ceden. Lo mismo hace su caballería en las alas, oprimida de frente por los elefantes, y atacada de flanco por la caballería de Aníbal, mucho más numerosa. Con todo, la infantería romana se mostró digna de su nombre combatiendo contra la infantería enemiga con marcada superioridad, aun después de que su caballería

derrotada había cedido el campo a las tropas ligeras de Aníbal y a sus númeridas. Aunque se detuvieron en su movimiento de avance, pelean a pie firme sin poder arrollarla ni envolverla. Pero, de pronto, un cuerpo de tropas escogidas de dos mil hombres, mitad de infantería y mitad de caballería, sale de una emboscada y ataca vigorosamente por la espalda a los romanos. Conducido por Magón, el hermano más joven de Aníbal, el pelotón abrió una profunda brecha en la masa confusa de los legionarios, y así fueron rotas y dispersadas las alas y las últimas filas del centro. Pero la primera línea, fuerte de unos diez mil hombres aproximadamente, se agrupa y abre paso por el flanco a través del enemigo, y hace pagar cara su victoria a los africanos, y sobre todo a los galos insurrectos. Débilmente perseguido, este pequeño ejército de valientes pudo llegar hasta Plasencia. El resto fue destruido en las orillas del Trebia por los elefantes y los soldados ligeros de Cartago. Solo algunos caballeros y algunas secciones de infantería pudieron llegar al campamento, y, como ya no los perseguían los cartagineses, entraron a su vez en Plasencia.^[1] Pocas batallas honran tanto al soldado romano como la del Trebia; pocas hay también que deshonren más al general en jefe. Sin embargo, si hemos de ser justos, debemos recordar cuán poco militar era la institución de este generalato, que nombraba a un funcionario que salía del cargo en un día fijo. Por otra parte, el vencedor del Trebia había pagado caro su triunfo. Aunque las pérdidas reales hubiesen recaído principalmente sobre los insurrectos auxiliares, la permanencia del ejército en países fríos y húmedos, y las enfermedades consiguientes, inutilizaron a un gran número de veteranos, y a la vez murieron todos los elefantes, excepto uno.

ANÍBAL DUEÑO DEL NORTE DE ITALIA

Como quiera que fuese, el ejército invasor había conseguido la primera gran victoria. Inmediatamente se propagó y organizó el alzamiento nacional en toda la Galia cisalpina. Los restos de las legiones romanas del Po fueron encerrados en Plasencia y Cremona, donde vivían separados de la madre patria y con pocas provisiones. El cónsul Tiberio Sempronio escapó milagrosamente de caer en manos de los cartagineses, cuando con algunos caballeros tomó el camino de Roma, a donde lo llamaban las elecciones. En cuanto a Aníbal, no quería exponer la salud de sus tropas y fatigarlas con largas marchas durante la estación de los fríos, por lo que hizo que fuesen a descansar a sus cuarteles de invierno. Sabía que los ataques serios contra las fortalezas de las llanuras del Po no podían producir resultados útiles, y se

contentó con hostilizar constantemente el puerto fluvial de Plasencia e inquietar las demás posiciones del enemigo. Su principal asunto era organizar la insurrección de los galos; y, de hecho, sacó de entre ellos sesenta mil soldados de infantería y cuatro mil caballos, que vinieron a engrosar su ejército.

SITUACIÓN DE ANÍBAL DESDE EL PUNTO DE VISTA POLÍTICO Y MILITAR

Durante este tiempo no se hicieron en Roma preparativos extraordinarios para la campaña próxima; y, a pesar de la batalla perdida, el Senado estaba muy lejos de creer que la República estaba en peligro. Se reforzaron todas las guarniciones de las ciudades marítimas en Cerdeña, Sicilia y Tarento; y se enviaron también refuerzos a España. En cuanto a los dos cónsules, Cayo Flaminio y Gneo Servilio, no se les dio más que los soldados necesarios para completar las cuatro legiones, y lo único que se hizo fue aumentar la caballería. Se les encargó custodiar la frontera del norte y cubrir las dos grandes vías que partían de Roma, la del oeste, que terminaba entonces en Arretium, y la del este, que terminaba en Ariminum. Cayo Flaminio ocupó la primera, y Gneo Servilio, la segunda. Allí se les unieron las guarniciones de las fortalezas del Po, que sin duda se embarcaron río abajo; y después se esperó la vuelta de la primavera. Contaban entonces con cerrar y defender los puertos del Apenino, tomar en seguida la ofensiva, y dirigirse hacia el río para reunirse en las inmediaciones de Plasencia. Pero lo último que pensaba Aníbal era mantenerse en el valle del Po. Conocía a Roma mejor quizá que los mismos romanos; y se reconocía el más débil, a pesar de su brillante victoria. Sabía que no dominaría el tenaz orgullo de la metrópoli italiana ni por el terror ni por la sorpresa, y que para alcanzar su fin, para humillar a la orgullosa ciudad, era necesario agobiarla. La confederación itálica, con sus fuerzas compactas y sus recursos militares, tenía sobre él una inmensa ventaja. Cartago no le daba un apoyo seguro, ni podía recibir refuerzos sino de una manera irregular; y en Italia no tenía a su favor más que a los galos cisalpinos, volubles y caprichosos. La defensa de Escipión y la valiente retirada de la infantería romana en la batalla del Trebia eran también un testimonio patente de la inferioridad de la infantería fenicia, por más trabajos que le hubiera costado formarla. De aquí los dos pensamientos principales que dirigirán en adelante todos los planes de campaña del gran general en Italia. Hará la guerra algo a la ventura, cambiando constantemente el teatro y aun el plan de sus operaciones. Buscará el fin

de su empresa no en los grandes hechos militares, sino también en la política, por lo que se aplicará a deshacer el grupo de la confederación italiana poco a poco, a fin de poder destruirla. Su plan obedecía a la necesidad. Para luchar contra tantas desventajas no podía echar en la balanza más que su genio militar, y, para conseguir darle todo su peso, necesitaba a cada momento desorientar a sus enemigos por lo imprevisto de sus combinaciones, constantemente renovadas. Si dejaba un solo instante de variar el lugar de las operaciones, estaba irremisiblemente perdido. Como profundo y excelente político, veía más claramente su fin que como gran capitán. Derrotar en todas las ocasiones a los generales romanos no era vencer a Roma, pues al día siguiente de una derrota continuaba siendo la más fuerte. Además, la posición de Roma era tan superior a la suya, como lo era él respecto de los generales de la República. Lo más admirable de Aníbal es la exactitud e imparcialidad de sus juicios en medio de sus brillantes victorias. Aun en los momentos en que la fortuna le dispensaba sus favores más altos, puede afirmarse que no se hizo jamás ninguna ilusión sobre las condiciones de la lucha.

ANÍBAL PASA EL APENINO. EL CÓNSUL FLAMINIO BATALLA DEL LAGO TRASIMENO

Tales fueron los verdaderos motivos que lo impulsaron a obrar de la manera en que lo hizo, y no las súplicas de los galos, que deseaban librar su país de los males de la guerra. En este sentido decidió abandonar su reciente conquista, base aparente de sus próximas operaciones en Italia, para llevar el azote de la guerra a su propio corazón. Pero antes hizo que los cautivos se presentasen ante él y puso aparte a los romanos, que fueron cargados con cadenas y reducidos a la esclavitud (es una exageración grosera del odio referir y afirmar que siempre y en todas partes hacía degollar a los legionarios que cogía prisioneros). En cuanto a los confederados itálicos, fueron puestos en libertad sin rescate e invitados a que marchasen a su país a decir que Aníbal no hacía la guerra a Italia, sino solo a Roma; que quiere devolver a las ciudades su antigua independencia y territorio, y que va en pos de ellos a salvar y vengar su patria. Dicho esto, y como el invierno ya había terminado, el cartaginés dejó el valle del Po, y emprendió su camino atravesando los escarpados desfiladeros del Apenino. Flaminio, con el ejército de Etruria, estaba aún en Arretium pensando en partir en cuanto la estación lo permitiese, para ir a cubrir el valle del Arno y

bloquear la salida de los desfiladeros del Apenino por la parte de Luca. Pero Aníbal se le adelantó y pasó sin dificultad las montañas por la parte más occidental, es decir, lo más lejos posible del enemigo. Sin embargo, cuando llegó al país bajo y pantanoso situado entre el Auser (Serchio) y el Arno, lo halló inundado a consecuencia del derretimiento de las nieves y de las lluvias de la primavera. Durante cuatro días el ejército fue marchando con los pies en el agua, sin poder acampar en seco durante la noche. Los bagajes acumulados y los cuerpos de los animales muertos eran para algunos un recurso. Los sufrimientos de las tropas fueron indescriptibles, sobre todo los de la infantería de los galos, que, como marchaba detrás de los cartagineses, iba hundiéndose en los lodazales que estos dejaban tras de sí. Ya comenzaban a murmurar y aun a amotinarse, y hasta habrían desertado en masa, si Magón, que cerraba la marcha con la caballería, no hubiese impedido toda tentativa de fuga. Los caballos caían a centenares enfermos de los cascos; otras enfermedades diezmaron a los soldados, y el mismo Aníbal perdió un ojo a consecuencia de una grave oftalmía. No importaba. Había llegado a donde se proponía y acampado cerca de Faesulae (Fiesola), cuando Flaminio estaba todavía muy tranquilo en Arretium esperando que estuviesen practicables las vías del Apenino para ir a cerrárselas. Pero por otra parte, si bien era bastante fuerte quizá para defender la salida de los desfiladeros de la montaña, no podía hacer frente a Aníbal en campo raso. Ahora tenía que mantenerse a la defensiva, y más prudente hubiera sido no moverse hasta la llegada del otro cuerpo de ejército, que era completamente inútil en Ariminum. Sin embargo, él lo juzga y decide de un modo enteramente contrario. Flaminio era en Roma el jefe de una facción política, y no debía su triunfo en las elecciones más que a sus esfuerzos hostiles contra el poder del Senado. Estaba irritado contra el gobierno de la República a consecuencia de las intrigas de la aristocracia contra su poder consular; y respondía a la marcha rutinaria de sus enemigos políticos con las impaciencias de una oposición a veces muy justificada, pero que pisoteaba ahora las costumbres y las tradiciones. Por lo demás, tenía la manía de creerse un genio en el arte de la guerra, engreído con el favor ciego de las masas, y extraviado por su odio contra los nobles. Pero, para quien juzgue sin preocupación, su campaña del 531 (323 a.C.) contra los insubrios solo había probado una cosa, a saber: que los buenos soldados reparan muchas veces las faltas de sus generales. Claro que ante sus ojos y los de sus amigos era una prueba irrecusable de que bastaba poner a sus órdenes las legiones para concluir de una vez con Aníbal. Tales eran las necias baladronadas que le habían valido su segundo consulado. Alentada por la esperanza, había acudido a su campamento una multitud inerme

dispuesta solamente para el botín y el pillaje; hasta tal punto, que, según los más sobrios historiadores, excedía con mucho el número de los legionarios. Aníbal tuvo muy en cuenta estas circunstancias y se cuidó de atacarlos; pero, al pasar al lado del campamento, mandó a sus galos más ansiosos de pillaje y a su caballería ligera a saquear y talar todo el país de los alrededores. De aquí las quejas y la irritación de las masas. En vez de enriquecerse, tal como se les había prometido, se ven envueltas por el incendio y el enemigo. Por último, Aníbal afectó creer que Flaminio no tenía fuerza ni valor para hacer nada hasta que llegase su colega. Esto era ya demasiado para un carácter como el del cónsul. Ahora es cuando iba a desplegar su genio estratégico y a dar una ruda lección a este enemigo loco y temerario.

Flaminio sale inmediatamente y con gran precipitación en persecución del cartaginés, que pasa desfilando tranquilamente por delante de Arretium y se dirige hacia Perugia por el fértil valle del Clanis (Chiana). Lo alcanza no lejos de Cotona. Pero Aníbal, advertido de todos sus movimientos, había elegido a su gusto el campo de batalla. Era un estrecho desfiladero dominado por ambos lados por altas rocas. A la salida se elevaba una colina, y a la entrada se extendía el lago de Trasimeno (*lago di Perugia*). Así las cosas, el grueso de la infantería cartaginesa se detuvo sobre la colina del fondo; y a derecha e izquierda permanecieron emboscadas la caballería y la infantería ligera. Las columnas del ejército romano entran sin precaución en aquel paso, que parecía libre, pues la niebla espesa de la mañana les ocultaba el enemigo. Pero, apenas la vanguardia de las legiones llegó al pie de la colina, Aníbal dio la señal de combate, y la caballería corrió inmediatamente por detrás de las montañas para cerrar la entrada del desfiladero. Al mismo tiempo la niebla se fue disipando y dejó ver a derecha e izquierda las alturas coronadas por los soldados de Aníbal. Allí no hubo combate, no hubo más que un terrible desastre. Los que aún quedaban fuera de los desfiladeros fueron arrojados al lago por el poderoso ímpetu de la caballería nómada. El cuerpo de ejército principal pereció casi sin resistencia en el fondo de aquella especie de callejón; y la mayor parte de los soldados, el cónsul con ellos, cayeron sucesivamente en el punto en que se los cogió. La vanguardia del ejército, unos seis mil soldados de infantería, se abrió paso a través del enemigo mostrando una vez más la fuerza invencible de la legión. Pero desgraciadamente para ella, separada del ejército consular y sin saber a dónde ir, marchó sin dirección fija. A la mañana siguiente fue rodeada por la caballería de Aníbal en la altura adonde se había retirado. El cartaginés se negó a sancionar la capitulación que los dejaba libres para partir, y de esta forma quedó prisionero todo el destacamento. Quince mil romanos quedaron tendidos en el campo de batalla y otros quince mil fueron hechos

cautivos. En consecuencia, el ejército había sido abatido. Por su parte, los cartagineses habían perdido apenas mil quinientos hombres, galos en su mayoría.^[2] Y como si no fuera bastante este desastre, al poco tiempo la caballería del ejército de Ariminun, fuerte de cuatro mil hombres y conducida por Cayo Centenio, vino a encontrarse con el ejército africano, y fue rodeada y acuchillada o hecha prisionera. Gneo Servilio la había enviado adelante para auxiliar a su colega, mientras él iba más despacio; pero así Roma había perdido toda la Etruria. Aníbal podía marchar sobre la metrópoli sin que nada lo detuviese. En Roma se prepararon para una lucha desesperada. Se rompieron los puentes del Tíber y se nombró dictador a Quinto Fabio Máximo, a quien se le encargó poner en buen estado las murallas, y dirigir la defensa a la cabeza del ejército de reserva. Al mismo tiempo se formaron dos legiones que ocuparon el lugar de las destruidas, y se armó apresuradamente la flota, que sería un buen auxiliar en caso de tener que sufrir un sitio.

**ANÍBAL EN LA COSTA DEL ESTE. REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO
CARTAGINÉS.
GUERRA EN LA BAJA ITALIA FABIO. MARCHA SOBRE CAPUA Y
REGRESO A LA APULIA**

Pero las miradas de Aníbal alcanzaban más que las de Pirro. Aquel no marchó sobre Roma ni contra Gneo Servilio, que se mostró como un hábil capitán y supo conservar intacto su ejército al amparo de las fortalezas escalonadas en la vía romana del norte, aunque hubiera podido hacer frente a los cartagineses. Por el contrario, hizo una conversión completamente inesperada, y dejó a Aníbal a un lado de Espoleto, que intentó en vano sorprender. Por su parte, el cartaginés atravesó la Umbría arrasando el Picenum y las ricas alquerías romanas que lo poblaban, y no hizo alto hasta llegar a las playas del Adriático. Como sus hombres y sus caballos no se habían repuesto todavía de la campaña de la primavera, los dejó reposar en aquel magnífico país durante la estación más deliciosa del año. Quería que se restableciesen completamente, y al mismo tiempo reorganizar su infantería libia bajo el modelo de la legión romana, ahora que las armas reunidas después de la batalla del Trasimeno le proporcionaban el medio de hacerlo. Volvió a reanudar sus comunicaciones con Cartago, que habían quedado interrumpidas por tanto tiempo, y le dio desde allí, atravesando el mar, noticia de sus victorias. Por último, cuando su ejército reorganizado ya se había familiarizado con las nuevas armas, levantó el

campamento y se dirigió a la Italia meridional marchando lentamente a lo largo de la costa.

Reparar su infantería había sido un buen cálculo de Aníbal. Los romanos estaban aterrorizados y esperaban a cada momento el ataque de su ciudad; pero así le dejaron un descanso de más de cuatro semanas. En ese tiempo se apresuró a llevar a cabo esta concepción, que revela una osadía y una destreza inauditas. Colocado en el corazón de un país enemigo, con un ejército muy inferior en número al de sus adversarios, se atrevió a cambiar por completo su organización de combate, y formó rápidamente las legiones africanas, que pudieron al poco tiempo luchar contra las legiones de Roma. En cuanto a lo político, esperaba además que la confederación itálica fuera relajando sus vínculos y dividiéndose. Pero en esto salieron fallidas sus esperanzas. Sublevar a los etruscos no significaba nada, pues ya habían combatido antes en las filas de los galos, durante las últimas guerras de su independencia. Lo importante era que el núcleo de la confederación, su centro militar, es decir las ciudades sabélicas, que en importancia venían después de las ciudades latinas, habían quedado intactas. Aníbal tenía motivos para aproximarse a ellas; pero desgraciadamente estas ciudades le cerraron sus puertas una tras otra, y ni una sola quiso hacer alianza con él. Este resultado excelente fue la salvación de Roma, que comprendió que era una gran imprevisión dejar a sus aliados solos y expuestos a tales pruebas, y dispuso mandarles un ejército de legionarios para que sostuviesen la campaña. Así pues, el dictador Quinto Fabio reunió las dos legiones recientemente formadas y el ejército de Ariminum. En el momento en que Aníbal pasaba por delante de la fortaleza de Luceria en su marcha hacia Arpi, apareció por su flanco derecho delante de Aicol.^[3] Fabio obraba de un modo muy diferente a sus predecesores. Era un hombre anciano, reflexivo y firme hasta el punto de incurrir en la nota de pesadez y de obstinación, servidor celoso de la omnipotencia del Senado y de la autoridad del gobierno civil. Después de las oraciones y de los sacrificios a los dioses, solo esperaba el triunfo de las armas romanas de la estrategia más prudente y metódica. Adversario político de Cayo Flaminio, y llamado a regir los destinos del Estado por una reacción contra las locuras de una demagogia militar, había venido al campo decidido a evitar la batalla con tanto cuidado como ardor había puesto Flaminio en buscarla. Tenía la firme convicción de que las leyes más sencillas del arte de la guerra impedirían a Aníbal ir adelante mientras se viese vigilado por un ejército romano intacto. Esperaba ir debilitándolo con incesantes pequeñas escaramuzas, e impidiéndole racionarse. Aníbal, a quien sus espías en Roma y en el ejército romano informaban de todo lo que allí se hacía, conoció muy pronto las

disposiciones tomadas, y, como siempre, arregló su plan según el carácter del general con quien se las tenía que haber. De esta forma pasó por delante de las legiones, cruzó el Apenino, penetró en el corazón de la Italia, no lejos de Benevento, y se apoderó de la ciudad abierta de Telesia, en la frontera del Lacio y la Campania. Desde aquí marchó sobre Capua, la más importante de las ciudades itálicas dependientes, y por lo tanto la más oprimida y maltratada de todas, que había sido despojada de sus franquicias locales (volumen I, libro segundo, págs. 378 y 445). Estaba en inteligencia con ella y contaba con que los campanios se separarían de la federación romana. Pero una vez más salieron fallidas sus esperanzas. Entonces hizo una contramarcha para volverse a la Apulia. El dictador lo había seguido paso a paso y se había detenido en las alturas, condenando a sus soldados al triste papel de asistir, impasibles y espada en mano, al saqueo y tala de los países aliados por parte de las bandas nómadas, y al incendio de todas las aldeas y lugares situados en la llanura. Un día, por fin, pareció presentarse a las exasperadas legiones la ocasión de pelear. Aníbal se había puesto en marcha hacia el este, y Fabio le cerró el paso en Casilinum (la Capua de nuestros días).^[4] Ocupaba una fuerte posición en la ciudad sobre la orilla izquierda del Volturno, y en la derecha había coronado de soldados todas las alturas. Por último, una división de cuatro mil hombres estaba apostada en el camino delante del río. Pero Aníbal hizo a su vez que sus tropas ligeras ocupasen las colinas a los lados del camino; y después soltaron una infinidad de fuegos con hachones encendidos en los cuernos. Todo hacía creer que el ejército cartaginés desfilaba durante la noche a la luz de las antorchas. El destacamento de legionarios que guardaba el camino temió ser envuelto, y, creyéndose inútil en su puesto, se retiró también a las alturas laterales. Aníbal pasó inmediatamente con todo su ejército sin que se le opusiese ni un solo enemigo;^[5] y por la mañana, por medio de un ataque combinado que costó muy caro a los romanos, desembarazó las tropas ligeras y se puso en marcha hacia el noreste. Después de grandes rodeos, y de haber recorrido y talado sin obstáculo ni resistencia los países de los hirpinos, campanios, samnitas, pelignios y frentanos, volvió a las inmediaciones de Luceria cargado de botín y con sus cajas repletas. Iba a comenzar la recolección. En ninguna parte le habían hecho frente las poblaciones, pero tampoco había podido conseguir que hiciesen alianza con él.

GUERRA EN APULIA. FABIO Y MINUCIO

Comprendiendo entonces que no podía hacer más que establecer sus cuarteles de invierno en campo raso, Aníbal se instaló y emprendió una operación siempre difícil, la de reunir en país enemigo las provisiones necesarias para un ejército durante la mala estación. Por esto había elegido deliberadamente las extensas llanuras de la Apulia septentrional, ricas en granos y en pastos, y cuya posesión le permitía asegurar su caballería, siempre más fuerte que la de los romanos. Así, pues, construyó un campo atrincherado en Gerunium,^[6] a unas ocho leguas al norte de Luceria. Todos los días salían las dos terceras partes del ejército a forrajear, mientras que el otro tercio tomaba posiciones con el general fuera del campamento y sostenía los destacamentos que se desparramaban por la campiña. Por entonces, el jefe de la caballería romana Marco Minucio, que durante la ausencia del dictador mandaba las tropas de la República, creyó encontrar al fin la ocasión favorable. Se aproximó a los cartagineses, y acampó en el territorio de los Larinates (*Larinum*, hoy Larino). Allí, con su sola presencia impide a los destacamentos enemigos continuar con el acopio de provisiones; y sostiene además una porción de combates parciales contra los escuadrones cartagineses y contra el mismo Aníbal, casi siempre ventajosos. En consecuencia, lo obliga a recoger sus cuerpos avanzados y a concentrarlos en Gerunium. La nueva de estos prósperos sucesos, exagerados sin duda por los mensajeros, levantó en Roma una tempestad contra el Tardo (*Cunctator*). No carecía esta de fundamento. Sin duda era muy prudente que los romanos se mantuviesen a la defensiva, y esperasen el éxito sitiando por hambre al enemigo; pero la defensiva adoptada era muy singular. No dejaba de ser una excelente idea la de cortarles los víveres al cartaginés; pero dejarlo llevar adelante la devastación en toda la Italia central, a ciencia y paciencia de un ejército romano más numeroso que el suyo, y además permitirle aprovisionarse por medio de sus forrajeadores mandados en grandes masas, ¿no era esto una patente derrota? Durante el tiempo de su mando en el Po, el cónsul Lucio Escipión había comprendido de otro modo la defensa del país. Cuando su sucesor quiso imitarlo en Casilinum, había fracasado y se había hecho el objeto de las burlas o de las invectivas de los romanos. Es verdaderamente extraño ver a las ciudades itálicas mantenerse aún fieles a Roma. ¿No les mostraba Aníbal a cada momento la superioridad de los cartagineses y la nulidad de la protección romana? ¿Cuánto tiempo creían que las ciudades iban a resignarse a soportar las dobles cargas de la guerra, y a dejar que saqueasen y arrasasen sus campiñas a la vista de las legiones y de sus propios contingentes? En cuanto al ejército, no podía decirse que fuese él quien hiciera necesaria semejante estrategia. Aunque formado en parte con las últimas levadas, tenía por núcleo las

legiones de veteranos del ejército de Ariminum. Lejos de estar desanimado por las recientes derrotas, se irritaba del papel nada honroso al que lo condenaba su jefe, «el seguidor de Aníbal». Pedía a voz en grito que se lo llevase contra el enemigo, y en este sentido se presentaron ante la asamblea del pueblo violentas acusaciones contra aquel viejo testarudo. Sus adversarios políticos, a cuya cabeza estaba el ex pretor Cayo Terencio Varrón, se aprovecharon de las pasiones sobreexcitadas. No se olvide que Fabio había sido nombrado dictador por el Senado, y que la dictadura era considerada como el *paladium* del partido conservador. Así pues, unidos a la soldadesca levantisca y a los poseedores de las tierras que talaba el enemigo, los descontentos presentaron una moción tan insensata como anticonstitucional. Fabio fue obligado a compartir sus atribuciones con su subordinado Marco Minucio, y la dictadura, creada para impedir la división del mando en tiempos de peligro, iba a dejar de existir. El ejército romano, cuyos dos cuerpos separados habían sido expresamente reunidos, fue dividido de nuevo; y cada mitad tuvo su jefe, y cada cual siguió su plan en completa oposición con el de su colega. Quinto Fabio continuó naturalmente en su inacción metódica; pero Marco Minucio, obligado a justificar con la espada su título dictatorial, atacó precipitadamente al enemigo. Su ejército habría sido completamente exterminado, si su colega no hubiera evitado que la derrota fuese completa al llegar con sus tropas de refresco. Este incidente dio la razón al sistema de resistencia, al menos por el momento.^[7] Pero Aníbal había obtenido cuanto se proponía obtener por medio de las armas. Las operaciones más esenciales le habían salido perfectamente: ni la prudencia de Fabio, ni la temeridad agresiva de Minucio le habían impedido acabar sus aprovisionamientos. Por más que hubiese encontrado algunas dificultades, todas se habían salvado, y ahora podía pasar tranquila y seguramente el invierno en sus cuarteles de Gerunium. El Tardo no tuvo el mérito de salvar a Roma. En realidad, Roma solo ha debido su salvación a su poderoso sistema federativo y quizá también, en gran parte, al odio nacional de los pueblos occidentales contra los pueblos fenicios.

NUEVOS ARMAMENTOS EN ROMA LOS CÓNSOLES PAULO Y VARRÓN

A pesar de sus derrotas, la altivez de Roma permanecía en pie, lo mismo que su sinmaquia. La República rehusó, si bien agradeciéndolos, los socorros que para la próxima campaña le ofrecieron Hieron de Siracusa y las ciudades grecoitalicas.

(Como estas ciudades no habían suministrado contingentes para la guerra, habían sufrido menos que las demás ciudades aliadas.) Al mismo tiempo, se hizo saber a los pequeños jefes ilirios que era necesario que pagasen los tributos sin tardanza, y una nueva embajada partió de Roma para reclamar una vez más al rey de Macedonia la entrega de Demetrio de Paros. Aunque los últimos incidentes habían justificado en parte el sistema y la lentitud de Fabio, el Senado se resolvió firmemente a terminar esta guerra que iba debilitando y agotando las fuerzas del Estado lentamente pero con seguridad. Si el dictador popular había fracasado en sus enérgicas tentativas, la falta estaba en aquellos que, procediendo a medias, le habían dado el mando de un cuerpo de ejército demasiado débil. Ahora, para remediar el mal, Roma decidió poner en campaña el ejército más numeroso de todos los que jamás había reunido. Se formaron ocho legiones; a cada una se le aumentó una tercera parte de los soldados que antes la componían; y los confederados unieron el contingente de tropas que les correspondía en la misma proporción. ¿Quién podía dudar de que con fuerzas tan numerosas no se exterminaría instantáneamente a un enemigo que apenas contaba con la tercera parte de fuerzas que los romanos? Además, otra legión al mando del pretor Lucio Postumio debía ir a la región circumpadana con objeto de atraer hacia su país a los galos auxiliares de Aníbal. Sin duda eran combinaciones excelentes, pero semejante ejército necesitaba un jefe digno de él. Las obstinadas lentitudes del viejo Fabio y las cuestiones suscitadas por la facción demagógica habían atraído una irremediable impopularidad hacia la dictadura y el Senado. Entre las masas corría la noticia de que los senadores prolongaban intencionadamente la guerra. ¡Calumnia infame cuyos propaladores no eran quizás inocentes! Ante esto era imposible nombrar a un nuevo dictador. El Senado intentó dirigir la elección de los cónsules, pero no hizo más que suscitar las sospechas e irritar las pasiones populares. Sin embargo, y aunque con mucho trabajo, fue nombrado uno de sus candidatos, Lucio Emilio Paulo, que en el año 535 (219 a.C.) había mandado con habilidad las fuerzas que operaban en Iliria. Pero una inmensa mayoría le dio por colega al candidato de los demagogos, Marco Terencio Varrón, hombre incapaz y conocido solo por su odio profundo contra el Senado. Había sido el motor principal de la elección de Marco Minucio para la codictadura, y nada, absolutamente, lo recomendaba a las masas, a no ser lo humilde de su nacimiento y su mucha audacia.

BATALLA DE CANAS

Mientras Roma terminaba sus preparativos para la campaña, volvía a comenzar la guerra en Apulia. La primavera había permitido a Aníbal abandonar sus acantonamientos. Dio entonces también su ley a la guerra y tomó la ofensiva: marcha de Gerunium hacia el sur, pasa por delante de Luceria, atraviesa el Aufido (Ofanto) y se apodera del castillo de Canas (*Cannæ*, entre Canosa y Barletta), que domina el país de Canusium y donde los romanos habían tenido hasta entonces sus principales almacenes. Desde la partida de Fabio, que había salido legalmente del cargo a mediados del otoño, dichas fortalezas estaban mandadas por los ex cónsules, hoy procónsules, Gneo Servilio y Marco Régulo, que no supieron impedir el terrible golpe de mano dado por el cartaginés. Las necesidades militares y las circunstancias políticas exigían en adelante otras medidas. Para detener los progresos de Aníbal era necesario a toda costa dar la batalla. Los nuevos generales Paulo y Varrón llegaron a la Apulia al principiar el estío del año 538 (216 a.C.). El Senado les había dado orden formal y expresa de atacar. Llevaban cuatro legiones nuevas y los contingentes itálicos. Su unión elevaba el ejército romano a ochenta mil hombres de a pie, la mitad ciudadanos romanos y la otra mitad confederados, y a seis mil caballos, pertenecientes una tercera parte a los romanos y las otras dos a la confederación. Aníbal tenía todavía diez mil caballos; pero su infantería apenas llegaba a cuarenta mil hombres. También él deseaba la batalla, tanto por los motivos generales de su política, ya expuestos, como por las facilidades y ventajas que le daban las llanuras de la Apulia para desarrollar su caballería y sacar partido de su superioridad en este aspecto. Además, ante un ejército que era el doble del suyo y que estaba apoyado en una línea de fortalezas, ¿cómo hubiera podido cubrir por mucho tiempo las necesidades de sus tropas? A pesar de su numerosa caballería, se hubiera visto bien pronto en grave apuro. El mismo pensamiento guiaba a los generales romanos, y así se acercaron inmediatamente a los cartagineses. Pero aquellos oficiales que tenían mejor golpe de vista, después de haberse enterado de la posición de Aníbal, aconsejaron esperar y aproximarse más a él para cortarle la retirada u obligarlo a pelear en un campo de batalla que le fuese menos favorable. Entonces el cónsul Paulo subió por la orilla derecha del Aufido frente a Canas, donde Aníbal estaba situado, y estableció allí un doble campamento. Colocó el más grande en dicha orilla, y el más pequeño a una media legua del otro, casi a la misma distancia del ejército enemigo, pero sobre la orilla izquierda. De esta forma, hostilizaba a los forrajeadores de los cartagineses tanto al norte como al sur del torrente. Por su parte, el cónsul de la demagogia vociferaba ante estas combinaciones militares de una pedantesca prudencia. «¡Se había prometido tanto

que se emprendería inmediatamente la campaña, y ahora resulta que se ha venido simplemente a hacer la guardia al enemigo, en vez de marchar sobre él espada en mano!» De allí en adelante ordena atacar a los cartagineses en cualquier lugar que se hallen y cualquiera sea la posición en que se encuentren. Siguiendo la antigua y deplorable costumbre, la voz decisiva en el consejo de guerra alternaba por días entre los cónsules. Por lo tanto, hubo que someterse a la voluntad del héroe callejero. En el campamento grande quedó una división de diez mil hombres con orden de arrojar sobre el ejército cartaginés durante la batalla, a fin de cortarle la retirada al enemigo cuando intentara repasar el río.

El 2 de agosto, según el calendario incorrecto, y en el mes de junio según el rectificado, el grueso del ejército pasó al otro lado del Aufido, por entonces casi seco; tomó posiciones cerca del pequeño campamento de la orilla izquierda, y a la vez muy cerca de los cartagineses; en realidad, entre estos y el gran campamento de los romanos. Las avanzadas ya habían sostenido en este punto algunos pequeños combates. Sus líneas se ordenaron en la vasta llanura situada al oeste de Canas y al norte del río. El ejército de Aníbal siguió las legiones y pasó tras ellas el torrente, apoyando su izquierda en el Aufido, mientras los romanos apoyaban allí mismo su derecha. Su caballería cubría las alas; y a lo largo del río se hallaba la división menor de los caballeros, conducida por Paulo. En el otro extremo de la línea, por la parte de la llanura, estaba colocado Varrón a la cabeza de los numerosos escuadrones de los confederados. En el centro se hallaba la infantería, en masas de un espesor inusitado, mandada por el procónsul Gneo Servilio. Aníbal colocó frente a estas su infantería, describiendo una inmensa línea convexa. En la parte más avanzada estaban colocadas las tropas de los galos y las de los españoles con sus armas nacionales. Las dos alas las formaban los libios armados a la romana. A lo largo del río estaba extendida la caballería pesada bajo el mando de Asdrúbal, y en la llanura se habían desplegado los númidas. Después de algunas escaramuzas de vanguardia entre las tropas ligeras, se empeñó la batalla en toda la línea. A la derecha de los romanos, donde los númidas se hallaban frente a la caballería mandada por Varrón, la victoria permanecía indecisa a pesar de sus cargas furiosas y continuas. En el centro las legiones hicieron retroceder a los galos y a los españoles; avanzan con rapidez y prosiguen su victoria. Pero durante este tiempo los romanos habían sido desbaratados en el ala derecha. Aníbal había querido ocupar a Varrón en el ala izquierda, para que Asdrúbal y sus escuadrones regulares pudiesen precipitarse sobre la otra parte de la caballería romana y destruirla momentáneamente. En efecto, esta fue rechazada primero y hecha pedazos después, a pesar de su bravura: el que no fue

muerto, fue arrojado al río o perseguido por la llanura. Aunque herido, Paulo quiso dirigirse al centro para cambiar el éxito de la batalla o sufrir por lo menos la suerte de las legiones, que persiguiendo a la infantería enemiga habían marchado en espesas columnas y penetrado como una cuña en las flexibles líneas de Aníbal. Pero, en este momento, las fuerzas cartaginesas se repliegan a derecha e izquierda, las envuelven, se precipitan sobre las apiñadas filas romanas, y las obligan a hacer alto para defenderse de los ataques que sufrían por los flancos. Sus filas, desmesuradamente densas, quedan inmóviles al no tener campo por donde desarrollarse y maniobrar. En este tiempo, Asdrúbal, que ya había dado fin a los caballeros de Paulo y reorganizado sus escuadrones, pasó por la retaguardia del centro del enemigo, y fue a caer sobre el ala izquierda y sobre Varrón. La caballería italiana, que mucho hacía al contener a los númidas, al ser atacada ahora también por retaguardia tuvo que dispersarse. Asdrúbal dejó a los númidas el cuidado de perseguirla, reorganizó por tercera vez su división y atacó por la espalda a los legionarios. Esta maniobra acabó de decidir la jornada, e hizo imposible la huida. No se dio cuartel. Quizá nunca un ejército tan numeroso fue destruido tan completamente sin pérdidas sensibles para el vencedor. La batalla de Canas apenas había costado a Aníbal seis mil hombres, cuyas dos terceras partes eran galos que habían sucumbido al primer choque con las legiones. De los setenta y seis mil romanos que habían tomado parte en la batalla, setenta mil yacían en el campo, entre ellos el cónsul Lucio Paulo, el procónsul Gneo Servilio, las dos terceras partes de los oficiales superiores y ochenta personajes de rango senatorial. El otro cónsul, Marco Varrón, había podido refugiarse en Venusia (Venosa), gracias a haber emprendido con tiempo la fuga, y a los buenos pies de su caballo. La guarnición del gran campamento, que contaba con diez mil hombres aproximadamente, cayó casi íntegra en poder de los cartagineses. Algunos miles de soldados, extraviados unos y escapados otros, pudieron ir a encerrarse en Canusium (*Canosc*). Parecía que Roma debía perecer en este año nefasto. Antes de que terminase, la legión mandada a la región cisalpina a las órdenes de Lucio Postumio, cónsul designado para el año 539 (215 a.C.), cayó en una emboscada y pereció a manos de los galos.

RESULTADOS DE LA BATALLA DE CANAS FALTAN LOS SOCORROS ESPERADOS DE ESPAÑA

¿Iba la prodigiosa victoria de Aníbal a abrir la era de los grandes resultados para sus

vastas combinaciones políticas, objeto capital de su entrada en Italia? Podía esperar todo. Es verdad que él había contado en un principio solo con su ejército; pero, teniendo en cuenta los recursos de la nación contra quien venía a combatir, su ejército no era a sus ojos más que una vanguardia de invasión. Necesitaba reunir poco a poco las fuerzas del Oriente y del Occidente, y preparar con seguridad la ruina de la orgullosa metrópoli romana. Desgraciadamente iban a faltarle los recursos con los que había contado como seguros, los que debían mandarle de España. El general enviado por Roma a la península había sabido tomar una posición fuerte. Desembarcando en Ampurias después de que los cartagineses pasaran el Ródano, Gneo Escipión comenzó por apoderarse de la costa entre los Pirineos y el Ebro, y luego de rechazar a Hannon, había penetrado en el interior. En el año siguiente (537 a.C.) derrotó también a la armada fenicia cerca de las bocas del Ebro, y, luego de reunirse con su hermano, el valiente defensor de las llanuras del Po, que le llevaba un refuerzo de ocho mil hombres, había pasado el río y llegado hasta Sagunto. En el año 538, Asdrúbal recibió tropas procedentes de África, e intentó, conforme a las órdenes de su hermano, llevarle un nuevo ejército a Italia. Pero los Escipiones le cerraron el paso del Ebro y lo batieron casi al mismo tiempo que Aníbal triunfaba en la batalla de Canas. La nación poderosa de los celtíberos y otros pueblos no menos considerables siguieron la fortuna de los generales romanos. Estos eran dueños del mar, de los pasos de los Pirineos, y por intermedio de los mesalotas, de cuya fidelidad estaban seguros, lo eran de todas las costas de las Galias. Ahora menos que nunca podía Aníbal fiarse de España.

REFUERZOS DE ÁFRICA

Cartago había hecho hasta entonces cuanto de ella podía esperarse. Sus escuadras habían amenazado las costas de Italia y las islas de los romanos, e impedido todo desembarco en África. Pero a esto se limitaron sus esfuerzos. Por otra parte, se ignoraba en la metrópoli africana el lugar donde convendría buscar a Aníbal, y no se poseía en Italia ni un solo puerto de desembarco. Y además, ¿no estaba habituado el ejército de España a bastarse a sí mismo desde hacía muchos años? Por último, el partido de la paz no cesaba de murmurar y moverse. Bien considerado, la inacción era imperdonable y el héroe cartaginés sentía ya sus efectos. Procuraba economizar el oro de sus cajas y la sangre de sus soldados; pero sus cajas se iban vaciando poco a poco, el sueldo iba atrasado, y las filas de sus veteranos iban aclarándose.

Finalmente, la noticia de la victoria de Canas hizo callar a los facciosos, y el Senado de Cartago se decidió a enviarle hombres y dinero, a la vez de África y de España. Entre otros recursos se pondrán a disposición de Aníbal cuatro mil númidas y cuarenta elefantes, y se dará un enérgico impulso a la guerra en las dos penínsulas. Anteriormente se habían hecho algunas gestiones de alianza ofensiva con Macedonia, que fracasaron de repente por la muerte de Antígono Doson, por la irresolución de Filipo, su sucesor, y, en fin, por la inoportuna guerra emprendida contra los etolios (de 534 a 537). Al día siguiente de la batalla de Canas, las proposiciones de Demetrio de Paros hallaron en Filipo mejor acogida. Le prometió la cesión de sus dominios en Iliria, que había que arrancar primero a los romanos, y la corte de Pela trató definitivamente con los cartagineses. La Macedonia debía mandar un ejército a la costa oriental de Italia, y Cartago le aseguraba en cambio la restitución de sus antiguas posesiones de Epiro.

ALIANZA CON SIRACUSA

En Sicilia el rey Hieron permaneció neutral mientras duró la paz, y pudo hacerlo sin comprometerse en lo más mínimo. Cuando Cartago había estado a punto de perecer en una guerra civil, al día siguiente de hecha la paz con Roma, la había auxiliado con provisiones de granos. No hay duda de que la actual ruptura no le fue muy agradable; pero, como no había podido impedirla, permaneció prudente y fielmente unido a Roma, y murió al poco tiempo (otoño del año 538) ya muy viejo, después de un reinado de cincuenta y cuatro años. Su nieto y sucesor, el incapaz Jerónimo, se puso en relación con los enviados cartagineses, quienes no tuvieron dificultad en prometerle la Sicilia hasta la antigua frontera de las posesiones fenicias, y después, como sus exigencias habían crecido, toda la isla. Con esto firmó un tratado formal de alianza, y reunió su escuadra con la africana en el momento en que esta llegó a la vista de Siracusa y amenazó su capital. La escuadra romana de Lilibea, que había andado reacia para seguir los buques cartagineses y estacionarse en las islas Egates, se hallaba en extremo comprometida. El desastre de Canas impidió a Roma embarcar refuerzos para Sicilia, pues necesitaba aplicarlos en Italia a necesidades más urgentes.

SE PASAN A ANÍBAL CAPUA Y LA MAYOR PARTE DE LAS CIUDADES DE LA BAJA ITALIA

Los sucesos tomaban en Italia un carácter más decisivo. El edificio de la confederación romana, inquebrantable durante dos años de una guerra terrible, parecía que al fin comenzaba a desunirse y amenazaba con la ruina. Acababan de pasarse a Aníbal Arpi, en la Apulia, y Uzentum (Ugento) en la Mesapia; estas dos antiguas ciudades habían sufrido mucho con la vecindad de las colonias de Luceria y de Brundisium. Pero todas las ciudades de los brucios se les habían anticipado, a excepción de Petelia (hoy Strongoli) y de Consentia (Cosenza), a las que Aníbal embistió. Por otro lado, la mayor parte de los lucanios, los picentinos que Roma había trasladado al país de Salerno, los hirpinos y los samnitas, a excepción de los pentros (Pentri), se habían separado de la confederación. Y por último Capua, la segunda ciudad de Italia; Capua, que podía poner en campaña un ejército de treinta mil infantes y cuatro mil caballos, también se separó. El ejemplo de la gran ciudad arrastró a Atella y a Calatia, sus vecinas.^[8] Pero en todas partes, y sobre todo en Capua, la nobleza se resistió, unida a la causa de Roma por todos sus intereses. De aquí las luchas intestinas y tenaces que aminoraban para Aníbal las ventajas de la defección. En Capua se vio obligado a apoderarse de Decio Magio, que luchaba todavía a favor de los romanos aun después de la llegada de los africanos. Lo envió cautivo a Cartago, haciendo ver de este modo, y quizá muy a pesar suyo, cuán poco podían contar los campanios con la libertad y la soberanía prometida por los generales cartagineses. En cambio, los griegos de la Italia del Sur se mantuvieron firmes. No hay duda de que las guarniciones romanas influyeron mucho en su fidelidad. Pero obedecían aún más a su odio de raza contra los fenicios y los nuevos aliados de Cartago, los lucanios y los brucios. Al mismo tiempo amaban a Roma, siempre dispuesta a mostrar su celo y sus tendencias helenistas, siempre indulgente y excepcionalmente dulce para con los greco-itálicos. Así se vio a los de Campania, en Neápolis por ejemplo, resistir valerosamente los ataques dirigidos por Aníbal en persona. A pesar del peligro que las amenazaba, cerraron también sus puertas en la Gran Grecia las ciudades de Metaponte, Rhegium, Thurium y Tarento. Crotona y Locres, por el contrario, fueron atacadas y obligadas a capitular por los fenicios y los brucios aliados. Los crotoniatas fueron trasladados a Locres, cuya importante plaza marítima ocuparon colonos brucios. No hay para qué decir que los latinos del sur en Brundisium, Venusia, Pæstum, Cales, Coza, etc., no se sometieron. Estas ciudades eran verdaderas fortalezas romanas fundadas por los conquistadores en el corazón

del país extranjero. Los colonos establecidos en estas tierras no se llevaban bien con sus vecinos, y serían los primeros perjudicados si Aníbal restituía, según había prometido, su antiguo territorio a las ciudades itálicas. Lo mismo sucedió en toda la Italia central, lo que era el antiguo dominio de la República. Aquí predominaban las costumbres y la lengua latina, y los habitantes eran socios y no súbditos de Roma. Los adversarios de Aníbal en Cartago no dejaron de hacer ver en pleno Senado que no se les había pasado ni un solo ciudadano romano ni una ciudad latina. El sólido edificio del poder romano solo podía, cual gigantesco muro ciclópico, derribarse piedra por piedra.

FIRMEZA DE LOS ROMANOS

Tales habían sido las consecuencias de la batalla de Canas, donde pereció la flor de los soldados y de los oficiales de la federación, la séptima parte, cuando menos, de los italianos capaces de llevar las armas. Era un terrible pero justo castigo a las gravísimas faltas políticas, imputables no solo a algunos héroes mentecatos, sino a toda la ciudad. La constitución hecha para una ciudad provincial no podía convenir a la capital de un gran imperio. No era a la caja de Pandora del voto popular adonde se podía ir razonablemente a buscar el nombre del general que sería llamado al mando supremo en una guerra de tamaña importancia. Sin embargo, este era el momento menos propicio para comenzar las reformas. En realidad no había más que hacer que dejar la dirección de las operaciones militares, el nombramiento y la prorrogación del generalato a la única autoridad que sabía y podía proveer a ello, y hacer que los comicios ratificasen después lo hecho. Los brillantes éxitos de los Escipiones en el difícil campo de batalla de la península española eran una gran enseñanza. Pero los demagogos, empeñados en minar los fundamentos del poder aristocrático, se habían apoderado de la dirección de la guerra en Italia. El pueblo había creído las imprudentes palabras de los agitadores que acusaban a los nobles de conspirar con el enemigo. Tristes mesías de una ciega fe política, aquellos Flaminios y Varrones, «hombres nuevos» y de los más puros amigos del pueblo, puestos a la cabeza del ejército y encargados de ejecutar los planes de guerra que habían improvisado o hecho aprobar en la plaza pública, y que ya habían dado por resultado las derrotas de Trasimeno y Canas. Comprendiendo hoy su misión mejor que en el tiempo en que había llamado de África al ejército de Régulo, el Senado no hacía más que cumplir con su deber queriendo manejar él solo el timón, y oponiéndose lo mejor que podía a

todas las medidas extravagantes. Desgraciadamente, después de la primera de las dos grandes derrotas del ejército, cuando se había hecho dueño de la situación, cometió la falta de obedecer las sugerencias del interés de partido. No es que yo quiera poner a Quinto Fabio en la línea de los Cleones romanos, sus predecesores o sucesores, pero sí debo decir que en vez de hacer la guerra solamente a Aníbal, había hecho también una guerra política a Cayo Flamínio; y que en el momento en que la unión era más necesaria, aun manteniendo frente a Aníbal su tenaz defensiva, había también envenenado las disensiones que mediaban entre él y su segundo. Fue entonces cuando se dividió la dictadura, ese instrumento de salvación transmitido al Senado por la sabiduría de sus antepasados; y como una consecuencia indirecta, si se quiere, vinieron la batalla y las desgracias de Canas. Sin embargo, ni Quinto Fabio ni Marco Varrón eran en realidad los autores de esta terrible catástrofe. En realidad tenía su origen en la hostilidad y en las desconfianzas entre gobernantes y gobernados, entre el cuerpo deliberante y la asamblea del pueblo. En consecuencia, era necesario para la salvación del Estado y el restablecimiento del poder romano, comenzar por restablecer la unión y la confianza públicas. El Senado, y este es su glorioso e imperecedero título de honor, vio claramente las cosas, y, lo que era más difícil, obró en consecuencia. Actuó con decisión, destruyendo todos los obstáculos y dejando aparte las recriminaciones, aunque tal vez fueran justas. Así cuando Varrón, el único de todos los jefes del ejército que había sobrevivido, volvió a entrar en Roma después de la batalla, los senadores salieron a recibirlo hasta las puertas de la ciudad y le dieron las gracias por no haber desesperado de la salvación de la patria. ¡Y no era esto vana palabrería o jactancia para paliar la miseria de los tiempos, como tampoco punzante ironía hacia el triste general! Era la paz entre el poder gobernante y el pueblo. Los peligros del momento y el formal llamamiento del Senado a la concordia pusieron término a todas las habladurías y rencillas del *Forum*; solo se pensó en la unión para salir del apuro. Quinto Fabio, cuya tenaz constancia fue entonces más útil que todos los hechos de guerra, y todos los senadores notables se dedicaron a la salvación común, y devolvieron al pueblo la confianza en sí mismo y en el porvenir. El Senado guardó hasta el fin la misma firme actitud, aun en aquellos momentos en que de todas partes llegaban mensajeros anunciando solo derrotas, defecciones, pérdidas de los campamentos y de los almacenes del ejército; aun cuando solo pedían refuerzos para el valle del Po y para la Sicilia, donde la Italia parecía perdida; y aun cuando la misma Roma, casi indefensa, se hallaba expuesta a los golpes del enemigo. Se prohibió a la gente del pueblo reunirse en las puertas. Los ociosos y las mujeres tuvieron que encerrarse en

sus casas; el luto por los muertos fue limitado a treinta días, y solo se interrumpieron por poco tiempo las ceremonias de los cultos alegres de los dioses, de los que estaban excluidos quienes vestían luto (¡tal era el número de los soldados muertos en los últimos combates que casi todas las familias estaban de duelo!). En este tiempo, los legionarios que habían vuelto sanos del campo de batalla se habían reunido en comisión a las órdenes de los vigorosos tribunos militares, Apio Claudio y Publio Escipión, hijo. Este, con su marcial continente y con ayuda de sus fieles camaradas, y hasta echando mano de la espada cuando no bastaban las palabras, hizo volver a sentimientos más romanos a una porción de jóvenes nobles que, desesperando por la salvación de la patria, creyeron conveniente buscar la suya por mar. El cónsul Marco Varrón también se les unió con un puñado de soldados, y poco a poco llegaron a reunirse cerca de dos legiones, que, después de haber sufrido la degradación militar por orden del Senado, fueron reorganizadas para un servicio sin sueldo. El torpe general fue inmediatamente llamado a Roma bajo un pretexto cualquiera, y el pretor Marco Claudio Marcelo, soldado experimentado en las guerras de la región cisalpina, que tenía desde tiempo atrás la misión de tomar en Ostia el mando de la escuadra y conducirla a Sicilia, fue a ponerse a la cabeza de las tropas. Durante este tiempo Roma hizo los más enérgicos esfuerzos. Necesita un nuevo ejército de combate y pide a los latinos que vengan en auxilio de la República ante el peligro que a todos amenaza. Roma da el ejemplo y alista a todos los hombres capaces de tomar las armas, aun a los jovencillos. Armó a los deudores sujetos a pena corporal y también a los criminales; compró ocho mil esclavos y los alistó. Como carecía de armas, se apoderó de las ofrecidas a los dioses como despojos del enemigo y que estaban depositadas en los templos; en todas partes trabajan de noche y de día los obreros y los forjadores. El Senado se completa, no como querían los patriotas tímidos, es decir admitiendo en él a los latinos, sino llamando a los ciudadanos más caracterizados legalmente. Por último, cuando Aníbal prometió devolver sus prisioneros a condición de un rescate público, se rechazaron sus proposiciones. Sus enviados, encargados también de manifestar el deseo de los romanos cautivos, no fueron ni siquiera recibidos en la ciudad. El Senado no quería que pudiera creerse que pensaba en la paz. Sepan los aliados que Roma no transigirá jamás, y vea hasta el último de los ciudadanos que, fuera de la victoria, no hay que esperar la salvación ni el fin de la guerra.

VI GUERRAS DE ANÍBAL DESDE CANAS HASTA ZAMA

LA SITUACIÓN

Al venir a Italia, Aníbal traía la intención de deshacer el haz de la confederación romana. Al finalizar su tercera campaña, había obtenido todos los resultados a los que era posible llegar en este camino. Era evidente que las ciudades griegas y latinas, o latinizadas, que se habían mantenido fieles a Roma al día siguiente de la batalla de Canas y no habían cedido al temor, solo cederían a la fuerza. La desesperada defensa de algunas pequeñas ciudades situadas en el fondo de la Italia meridional que no tenían medios de resistencia, por ejemplo la de Petilia en el Brutium, había demostrado claramente a Aníbal lo que podía esperarse de los marsos y latinos. Si en algún momento había esperado mejores resultados, como por ejemplo la defección de los latinos, sus esperanzas habían salido fallidas. La coalición de los italianos del sur estaba muy lejos de traerle las ventajas que de ella se había esperado. Capua había estipulado desde un principio que los cartagineses no podrían obligar a los campanios a alistarse ni a tomar las armas; y, en cuanto a los ciudadanos, no olvidaban cómo se había portado Pirro en Tarento. Tenían la loca pretensión de sustraerse a la dominación romana y a la cartaginesa. El Samnium y la Lucania no eran ya lo que en tiempo de Pirro, cuando este había creído poder entrar en Roma a la cabeza de la juventud sabelia. Las fortalezas romanas cubrían todo el país, ahogando toda energía y toda fuerza. Durante la dominación de la República, los habitantes habían olvidado el ejercicio de las armas, y solo enviaban, como sabemos, contingentes insignificantes. No había ya rencores en parte alguna, sino, al contrario, numerosos personajes interesados en el buen éxito de la metrópoli. Arruinada la causa de Roma, se consintió en abrazar la del vencedor, pero sin perder de vista que no traía consigo la libertad y que no se hacía más que cambiar de señor. De aquí el poco entusiasmo de los sabelios que se pasaban a Aníbal, que se limitaban simplemente a no oponerle resistencia.

En tales circunstancias, la guerra sufrió una interrupción. Dueño Aníbal de todo el sur de la península hasta el Vulture y el monte Gargano, no podía dejar el país abandonado a sí mismo, como había hecho con la región cisalpina. Era necesario

defender su frontera, bajo la pena de perderla si la desguarnecía. Para retener el país conquistado contra las fortalezas que por todas partes desafiaban sus armas y contra los ejércitos que iban a bajar del norte, y para tomar la ofensiva contra la Italia central, cosa de por sí sola difícil, su ejército estaba muy lejos de bastarle. Apenas contaba con cuarenta mil hombres, si de él se deducen los contingentes italianos. Pero ante todo iba a habérselas con otra clase de enemigos. La experiencia había enseñado a los romanos un mejor sistema de guerra. A la cabeza de sus ejércitos no ponían más que generales experimentados, a quienes prorrogaban el mando si era necesario. Estos nuevos generales no permanecían en las alturas presenciando inactivos los movimientos del enemigo, pero tampoco se apresuraban a atacarlo donde quiera que lo encontraban. Guardando un justo medio entre la inacción y la precipitación, esperaban el momento propicio detrás de sus campamentos y de las murallas de sus fortalezas. No empeñaban combates sino cuando la victoria podía ser eficaz, y la derrota no podía convertirse en desastre. Marco Claudio Marcelo fue el alma de esta nueva guerra. Al día siguiente del desastre de Canas, las miradas de todos se habían fijado, por un instinto justo y previsor, en este capitán experimentado, y se le había confiado de hecho el mando supremo. Formado en buena escuela, en las difíciles guerras contra Amílcar en Sicilia, había dado además en las últimas campañas contra los galos una brillante prueba de su talento militar y de su bravura personal. Aunque frisaba ya los cincuenta años, tenía todo el fuego de un soldado joven. Algunos años antes (pág. 89), siendo también general, se lo había visto atacar personalmente al general enemigo, y arrojarlo muerto de su caballo. Fue el primero y único entre los cónsules de Roma que vistió los despojos ópimos.^[1] Había ofrecido su vida y su persona a las dos divinidades del honor y del valor, cuyo soberbio y doble templo, construido por él mismo, se levantaba cerca de la puerta Capena.^[2] Si bien es verdad que en la hora del peligro no ha sido un solo hombre el que ha salvado Roma, sino más bien el pueblo, y ante todo el Senado, es justo decir, sin embargo, que en la común gloria ninguno tuvo tanta parte como Marco Marcelo.

ANÍBAL EN CAMPANIA COMIENZA LA GUERRA EN ESTE PAÍS Y EN APULIA

Desde el campo de batalla de Canas, Aníbal se había vuelto hacia Campania. Conocía Roma mucho mejor que todos los necios de los tiempos antiguos y modernos, que han creído que les hubiera bastado una marcha sobre la metrópoli

para acabar de un solo golpe la lucha. Es verdad que hoy se decide la guerra en una gran batalla; pero en otros tiempos el ataque de las plazas fuertes no estaba, ni con mucho, a la altura de la defensa. Muchas veces se estrellaba al pie de sus muros un general completamente victorioso la víspera en campo raso. El Senado y el pueblo de Cartago no podían compararse con el Senado y el pueblo romano. La expedición de Régulo había hecho correr a Cartago mayores riesgos que a su rival la gran derrota de Canas; y, sin embargo, Cartago se había mantenido y vencido. ¿Cómo podía esperarse que Roma abriese sus puertas a Aníbal o que ajustase una paz, aunque fuese muy honrosa? Luego Aníbal, en vez de perder el tiempo en vanas demostraciones o comprometer los resultados eventuales que tenía en su mano sitiando, por ejemplo, a los soldados refugiados en Canusium, había hecho lo correcto al marchar sobre Capua antes de que los romanos tuviesen tiempo de poner en ella guarnición. Así había obligado a una sumisión definitiva a la segunda metrópoli italiana, largo tiempo deseada. Desde aquí podía esperar apoderarse de uno de los puertos campanios, y hacer llegar hasta él los refuerzos que no podían dejar de suministrarle ni siquiera sus mayores enemigos políticos de Cartago, una vez conocidas sus brillantes victorias. Al saber de la marcha que iban a seguir sus operaciones, también los romanos abandonaron la Campania. No dejaron en ella más que algunos destacamentos, y reunieron todas las fuerzas que les quedaban en la orilla derecha del Vulturno. Marco Marcelo marchó con las dos legiones de Canas sobre Teanum, e hizo que le mandasen allí todas las tropas disponibles que hubiese en Roma y Ostia. Por su parte, el dictador Marco Junio lo seguía con el ejército principal, reunido precipitadamente, y subía aquel río arriba hasta Casilinum para salvar Capua si aún era tiempo. Pero cuando llegó ya la había ocupado el enemigo. Por otro lado, todos los esfuerzos de Aníbal para apoderarse también de Nápoles se habían estrellado contra la enérgica resistencia de sus habitantes, y los romanos pudieron guarnecer esta importantísima plaza marítima. Les permanecieron fieles también otras dos grandes ciudades de la costa, Cumas y Nuceria (Nocera). En Nola disputaron el pueblo y el Senado, el primero quería entregarse a Cartago y el segundo, mantenerse fiel a Roma. Advertido del triunfo inminente del partido democrático, Marcelo pasó el río en Cayatia (hoy Caiazo), y, como el ejército cartaginés volvía por las alturas de Suésula (hoy Sessola o Maddaloni), llegó a tiempo de defenderla de los enemigos interiores y exteriores. Aníbal fue rechazado con algunas pérdidas en una salida que hizo la plaza. Esta era la primera vez que no había triunfado; y este descalabro, por insignificante que fuese, produjo un gran efecto moral. Se apoderó, sin embargo, de Nuceria y Acerra, y, después de un sitio

tenaz que se prolongó hasta el año siguiente (539), tomó por asalto Casilinum, que era la llave del Vulturno. Los Senados de todas estas ciudades expiaron con su sangre su fidelidad a la causa de Roma; pero el terror no hace prosélitos. Los romanos pudieron atravesar sin pérdidas sensibles los primeros y más peligrosos momentos de crisis. La guerra se interrumpió por algún tiempo; llegó el invierno, y Aníbal estableció sus cuarteles en Capua, cuyas delicias no podían dejar de ser perjudiciales a tropas que hacía tres años que no dormían bajo el techo de una casa.

Al año siguiente, la lucha tomó otro aspecto. El procónsul Marco Marcelo, excelente capitán, y los cónsules Tiberio Sempronio Graco, que se había distinguido en la campaña anterior como jefe de caballería a las órdenes del dictador, y el viejo Quinto Fabio Máximo se pusieron a la cabeza de tres ejércitos cuya misión era envolver a Capua y a Aníbal. Marcelo se apoyaba en Nola y en Suesula; Fabio Máximo, en Cales (Calvi), en la ribera derecha del Vulturno, y Graco, en Liternum,^[3] en la costa, desde donde cubre Nápoles y Cumas. Los campanios que se habían adelantado hasta Hame para sorprender a esta última ciudad fueron completamente batidos por Graco. Luego llegó Aníbal y quiso reparar el mal, pero fue rechazado, y, después de ofrecer en vano la batalla, volvió a entrar en Capua. Por entonces, mientras los romanos defienden con éxito su terreno en Campania, recobran Comulteria (hoy San Ferrante) y otras pequeñas ciudades que habían perdido, Aníbal es el blanco de las quejas y murmuraciones de sus aliados del este. Por lo demás, fijó su residencia en Luceria un ejército romano a las órdenes del pretor Marco Valerio. Este ejército se unió por un lado con la escuadra para observar la costa del Adriático y los movimientos de Macedonia, y por otro, se dio la mano con el cuerpo de ejército de Nola, con el que fue talando el país de los samnitas, los lucanios y los hirpinos sublevados. Para librarlos, Aníbal atacó a Marcelo, pero este alcanzó una victoria importante bajo los muros de Nola. Entonces los cartagineses, sin haber podido restablecer la situación en Campania, marcharon sobre Arpi a fin de detener los progresos del ejército de Apulia. Graco los siguió con el suyo, y los otros dos ejércitos se concentraron y prepararon para atacar Capua en la próxima primavera.

ANÍBAL OBLIGADO A TOMAR LA DEFENSIVA SUS PLANES: PIDE REFUERZOS

A Aníbal las victorias no lo habían deslumbrado. Ahora, más que nunca, veía

claramente que no lo conducían al fin. En adelante le sería imposible emprender aquellas marchas rápidas, aquellos movimientos de avance y retirada que se parecían a una guerra de aventuras, y a los que él había debido principalmente sus triunfos. El enemigo no caía ya en sus redes; y, por otra parte, la necesidad de defender las conquistas hechas hacía casi imposible toda tentativa de conquistas ulteriores. No podía emprender la ofensiva; pero la defensiva, además, presentaba cada año que pasaba crecientes dificultades. Al llegar a la segunda mitad de su empresa, al ataque del Lacio y al sitio de Roma, el gran capitán veía claramente que excedía la medida de sus fuerzas si su patria lo abandonaba a sí mismo y a sus aliados de Italia. Al Senado de Cartago, al ejército y a los depósitos de Cartagena, a las cortes de Pella y de Siracusa era a quienes correspondía acabar su obra. Si África, España, Sicilia y Macedonia lanzaban contra el enemigo común sus fuerzas combinadas; si la baja Italia podía convertirse en el centro de reunión de los ejércitos y de las flotas del oeste, del sur y del este; entonces, pero solo entonces, podía esperar un feliz resultado a la empresa tan brillantemente comenzada por su expedición de vanguardia. ¿Qué cosa más natural y más fácil que enviarle inmediatamente refuerzos de Cartago? Esta no había aún tomado propiamente parte en la segunda guerra púnica. Había bastado un puñado de atrevidos patriotas y el genio de un general, que no contaban más que con ellos mismos y que desafiaban el peligro, para sacarla de su humillación y conducirla a dos pasos del triunfo definitivo. Nada, absolutamente nada, se oponía a que hiciese el esfuerzo que de ella se esperaba. Una escuadra fenicia, por poco numerosa que fuese, podía arribar a Locres o a Crotona, y esto, además, en un momento en que Siracusa le abría su puerto y Macedonia tenía en jaque la escuadra romana de Brundisium. ¿No habían desembarcado sin el menor obstáculo en Locres cuatro mil africanos mandados poco tiempo atrás bajo las órdenes de Bomílcar? Y más tarde, cuando Aníbal lo había perdido todo en Italia, ¿no pasó el mar también sin obstáculo? Por desgracia, la animación que se apoderó de los cartagineses después de la batalla de Canas no duró mucho. La facción de la paz, que todo lo sacrificaba a su odio contra sus enemigos políticos, incluso la patria, consiguió que se rechazasen las exigencias del héroe, pues halló un fácil aliado en el pueblo de Cartago, indiferente y corto de vista. Se le respondió (respuesta tan estúpida como irónica) que, ya que había vencido, no tenía necesidad de auxilios. En realidad, la inercia de los cartagineses contribuyó a salvar la República tanto como la energía del Senado de Roma. Educado en los campamentos y extraño a las intrigas de los partidos en la metrópoli, Aníbal no tenía a sus órdenes a un agitador popular que lo ayudase, así como Asdrúbal había ayudado a su padre.

El héroe necesitó buscar en el exterior los medios de salvar su país, cuando Cartago los tenía en su mano. En el exterior su esperanza parecía más fundada. El ejército de España, con sus jefes patriotas, la alianza con Siracusa y la intervención de Filipo de Macedonia le traerían una utilísima cooperación. Pero pedía a España, a Siracusa y a Macedonia nuevos combatientes para los campos de batalla de Italia cuando la guerra había invadido sucesivamente la España, la Sicilia y la Grecia, ya fuera que se tratase de abrir o de cerrar el paso a los refuerzos. La guerra en los tres países era un medio útil para el gran fin; es un error haberla considerado como una falta. Para los romanos constituía un sistema definitivo. Aquí, cerraba los pasos del Pirineo; allá, entretenía a los macedonios en su país y en Grecia, y, más allá, protegía a Messina y cortaba a Sicilia sus comunicaciones con Italia. De más está decir que esta defensiva se convertiría en ataque en cuanto fuera posible. Auxiliados por la fortuna, los ejércitos romanos arrojaron a los fenicios fuera de España y de Sicilia, y destruyeron las alianzas entre Aníbal y Siracusa, y entre Aníbal y Filipo. Durante este período, la guerra en la península itálica ocupa un segundo término. En apariencia se limita a sitios o a algaradas sin importancia; y, sin embargo, mientras los fenicios son los agresores, Italia continúa siendo el punto objetivo de las operaciones militares. Todos los esfuerzos y todo el interés se concentraban alrededor de Aníbal. Tenerlo aislado o hacer que salga de su aislamiento en las regiones del sur, he aquí el nudo del drama.

SE CIERRA EN UN PRINCIPIO EL CAMINO A LOS EJÉRCITOS AUXILIARES

De haber sido posible para Aníbal concentrar inmediatamente después de la batalla de Canas todos los auxilios con que debía contar, probablemente el éxito definitivo habría coronado sus planes. Pero, precisamente en este mismo tiempo, la batalla del Ebro (pág. 141) había tenido para Asdrúbal consecuencias tan desastrosas que Cartago tuvo que enviar a aquella la mayor parte de los refuerzos que había reunido al saber de la victoria del ejército de Italia, a pesar de lo cual no había mejorado la situación de España. Al año siguiente (539), los Escipiones transportaron el teatro de la guerra desde el Ebro hasta el Betis (Guadalquivir), y consiguieron dos brillantes victorias en el centro del país cartaginés, en Illiturgi e Intíbili.^[4] Ciertas inteligencias con los sardos habían hecho creer a Cartago que podría recobrar la posesión de su isla, posición de las más ventajosas para las comunicaciones entre

España e Italia. Pero Tito Manlio Torcuato, mandado desde Roma con un ejército, derrotó un cuerpo cartaginés de desembarco, y de esta forma los romanos quedaron nuevamente en posesión de esta isla. En el norte y el este de Sicilia se defendieron valerosa y afortunadamente de los cartagineses y de Jerónimo las legiones de Canas que habían sido destinadas a este punto. Al finalizar el año 539 (215 a.C.), Jerónimo murió a manos de un asesino. Por último, la alianza con Macedonia no se ratificó todo lo pronto que hubiera debido, porque a su vuelta los buques romanos apresaron aquel en el que iban los enviados de Filipo a Aníbal. Por consiguiente, como no se había verificado la invasión de los macedonios en la costa oriental, los romanos tuvieron tiempo de cubrir con su escuadra la plaza de Brundisium, defendida por tierra por las milicias provinciales, hasta la llegada a Italia del ejército de Graco. Roma hasta había hecho preparativos para un desembarco en Macedonia, en caso de una declaración de guerra. Así pues, mientras que los grandes combates estaban en suspenso en la península, Cartago no había hecho nada fuera de Italia para que llegaran a este país con la mayor rapidez posible los ejércitos y las escuadras que tanto necesitaba Aníbal. Entre los romanos, por el contrario, una incomparable energía presidía todas las medidas defensivas, y, en su resistencia a todo trance, combatían casi siempre con buen éxito allí donde faltaba el genio de Aníbal. Ya se había desvanecido en Cartago el momentáneo patriotismo que había resucitado la victoria de Canas. Las considerables fuerzas levantadas en un principio, y que habían estado disponibles, se habían disipado por la influencia de una oposición facciosa, o por efecto de miserables transacciones entre las opiniones que dividían profundamente el Senado. En ninguna parte pudieron hacer serios servicios, y no se enviaron más que muy pocas fuerzas cuando era conveniente y necesario emplearlas todas. En suma, al fin del año 539 (215 a.C.), todo el que tuviera dotes de hombre de Estado podía comprender que ya había pasado el peligro para Roma, y que en adelante bastaría la perseverancia en los esfuerzos sobre todos los puntos a la vez, para alcanzar el éxito completo de la defensa de la patria, tan heroicamente iniciada.

LA GUERRA EN SICILIA. SITIO DE SIRACUSA

La primera guerra que terminó fue la de Sicilia. De hecho, no entraba en los proyectos de Aníbal encender allí la lucha. Pero, parte por efecto del azar, y parte por la presuntuosa e infantil locura de Jerónimo, estalló una lucha local, a la que, sin duda por este mismo carácter, el Senado de Cartago prestó toda su atención.

Asesinado Jerónimo, parecía más que verosímil que los siracusanos se detuviesen en el camino que habían emprendido. Si alguna vez una ciudad había tenido justo motivo para aliarse con Roma, esa era Siracusa en su estado actual. Parecía evidente que, si los cartagineses eran vencedores de Roma, volverían a apoderarse de Sicilia; y en cuanto a esperar que cumplieran las promesas hechas a Jerónimo, sería representar el papel de inocentes. A estas razones, graves por sí mismas, se unían las del temor. Los siracusanos estaban viendo que los romanos hacían grandes preparativos para apoderarse por completo de la isla que les serviría de puente entre Italia y África, y asistían al desembarco de Marcelo, el mejor general de Roma, encargado de la dirección de las operaciones durante la campaña del año 540. Por consiguiente, se mostraron dispuestos a entrar en la alianza de la República y a pedir que se olvidase todo lo pasado. Pero al poco tiempo, en el estado de trastorno en que se hallaba la ciudad desde la muerte de Jerónimo, en el que algunos intentaban restablecer las libertades populares y otros aspiraban y luchaban violentamente alrededor del trono vacante, quedaron como verdaderos dueños de la ciudad los jefes de la soldadesca extranjera. Los confidentes de Aníbal, Hipócrates y Epícides, aprovecharon la ocasión para impedir que se hiciese la paz sublevando a las masas en nombre de la libertad. Les pintaron con una exageración concertada de antemano los terribles castigos sufridos por los leontinos, a quienes Roma había vuelto a someter a sus leyes, e hicieron creer a la mayor parte de los ciudadanos que era ya demasiado tarde para volver a reanudar sus relaciones con ella. Por último, entre los soldados, entre quienes se hallaban los trófugas del ejército y los remeros de la escuadra romana, corrió la voz de que la celebración de la paz sería su sentencia de muerte. En consecuencia, se amotinaron, asesinaron a los jefes de la ciudad, quebrantaron la tregua, y ponen a Hipócrates y a Epícides al frente del gobierno. Al cónsul no le quedó más remedio que sitiarnos; pero la ciudad se defendió vigorosamente con la ayuda de su famoso matemático e ingeniero, el siracusano Arquímedes. Al cabo de ocho meses de un sitio regular, los romanos se veían reducidos a bloquear Siracusa por mar y por tierra.

EXPEDICIÓN CARTAGINESA A SICILIA. DERROTA DEL EJÉRCITO CARTAGINÉS. TOMA DE SIRACUSA

En este momento Cartago, que hasta entonces no había dado a los siracusanos más

que el apoyo de sus escuadras, al saber que se habían levantado decididamente por segunda vez contra Roma envió a Sicilia un poderoso ejército bajo el mando de Himilcón. Desembarcó sin obstáculos en Heráclea Minoa, y ocupó inmediatamente Agrigento. Como capitán hábil y atrevido, Hipócrates quiso ponerse en comunicación con él. Sale inmediatamente de Siracusa con otro cuerpo de ejército, y Marcelo se encuentra cogido entre la ciudad sitiada y los dos generales enemigos; pero como le llegaron refuerzos de Italia se sostuvo valerosamente en sus posiciones y continuó el bloqueo. La mayor parte de las pequeñas ciudades del país se echaron en brazos de los cartagineses, no tanto por temor a los ejércitos de Cartago y Siracusa, como por los crueles rigores ejercidos por los romanos, que tan justamente les echan en cara. Entre otros castigos, habían pasado a cuchillo a los habitantes de Enna por la sola sospecha de infidelidad. Por último, en el 542 (212 a.C.), mientras los ciudadanos se entregaban a una fiesta, los sitiadores escalaron el muro exterior de Siracusa por uno de los puntos más lejanos del centro de la plaza, que en ese momento los centinelas habían abandonado. Penetraron en el arrabal que se extendía hacia el oeste y conducía a la isla y a la Acradina, o a la ciudad propiamente dicha, situada a orillas del mar. La ciudadela de Eurialos, en la parte occidental del arrabal, era una posición importante que cubría el camino que conducía al interior de Siracusa, y, aunque en ese momento se hallaba cortada, sucumbió poco después. Cabe señalar que, justo cuando el sitio tomaba un buen aspecto para los romanos, los ejércitos de Hipócrates y de Himilcón acudieron en socorro de la plaza. Combinaron su ataque con un desembarco intentado por la armada africana y una salida de los sitiados. Los romanos defendieron valerosamente sus posiciones y rechazaron en todas partes al enemigo. Los dos ejércitos auxiliares se contentaron con fijar su campamento no lejos de la plaza, en medio de las marismas del valle del Anapus, pestilente y mortífero para el que permaneciera en él durante el estío y el otoño. La ciudad había encontrado muchas veces su salvación en esta particularidad, más que en la bravura de sus defensores. En tiempo del primer Dionisio habían perecido dos ejércitos fenicios que intentaron atacar Siracusa. Por la inconstancia de la fortuna, ahora iba a resultarle perjudicial lo que antes había sido para ella un poderoso auxiliar. Mientras que Marcelo, acantonado en el arrabal, tenía un puesto sano y seguro, las fiebres devoraban los ejércitos cartagineses y siracusanos. Allí murieron Hipócrates e Himilcón, y casi todos los africanos; los restos de los dos ejércitos, indígenas en su mayor parte, se dispersaron por las ciudades vecinas. Los cartagineses hicieron todavía una tentativa para levantar el bloqueo marítimo de la plaza, pero Bomílcar, su almirante, retrocedió ante la batalla que le ofreció la

escuadra romana. Entonces Epícides, que dirigía la defensa, dio por perdida la ciudad y huyó a Agrigento. Los siracusanos querían capitular y comenzaron las negociaciones. Por segunda vez estas fracasaron a consecuencia de los tráfugas. Se sublevaron de nuevo los soldados, degollaron a los magistrados y a los ciudadanos más notables, y entregaron todos los poderes y la dirección de la defensa a los generales de las milicias extranjeras. Marcelo se entendió rápidamente con uno de ellos, quien le entregó la isla, una de las dos partes de la ciudad que les quedaban. Entonces el pueblo se decidió a abrir las puertas de la Acradina (en otoño del año 542). En realidad, Siracusa debería haber hallado gracia entre los vencedores. A pesar de las severas tradiciones de su derecho público, y de las penas con que castigaban a las ciudades culpables de haber violado su alianza, los romanos debieron haber considerado que no había sido dueña de sus destinos, y que se había esforzado muchas veces por sustraerse a la tiranía de la soldadesca extranjera. Sin embargo, Marcelo manchó su gloria y su honor militar entregando al saqueo y al pillaje una plaza tan rica y comercial. Allí pereció el ilustre Arquímedes con una multitud de sus conciudadanos. En cuanto al Senado romano, cómplice del crimen de su ejército, no quiso dar oído a las tardías súplicas de sus desgraciados habitantes, ni hacer que se les restituyesen sus bienes, ni devolver la libertad a su ciudad. Siracusa y las ciudades que le habían pertenecido fueron colocadas en el número de las poblaciones tributarias. Solo Tauromenium y Neeton obtuvieron el derecho de Messina. El territorio de Leontium fue declarado dominio público de Roma, y sus propietarios quedaron reducidos al estado de simples colonos. Se prohibió a todo siracusano habitar la isla, que era el punto que dominaba el puerto.^[5]

PEQUEÑA GUERRA DE SICILIA OCUPACIÓN DE AGRIGENTO POR LOS ROMANOS PACIFICACIÓN DE LA ISLA

La Sicilia parecía otra vez perdida para los cartagineses; pero no se contaba con el genio de Aníbal, cuyas miradas, por lejos que estuviese, se dirigían hacia ese lado. Decidió enviar al ejército cartaginés, reunido bajo el mando de Hannon y Epícides en Agrigento, inactivo y sin plan, a uno de sus oficiales de caballería libia, Mutines. Este oficial recorrió la isla con sus veloces escuadrones, y, enconando en todas partes los ánimos ya prevenidos contra la dureza de los romanos, comenzó un sistema de guerrillas en gran escala y con un éxito notable. Aún más, cuando se

encontraron los dos ejércitos en las orillas del Himera, Mutines libró algunos combates muy ventajosos contra el ejército romano, mandado por Marcelo en persona. Pero muy pronto las malas inteligencias entre Aníbal y el Senado de Cartago produjeron también aquí sus efectos. El general enviado de África persiguió con su odio y su envidia al general enviado por Aníbal, y, al querer pelear contra el cónsul sin Mutines y sus númeridas, fue completamente derrotado. A pesar de esto, Mutines continuó su sistema. Se mantuvo en el interior de la isla, ocupó algunas pequeñas ciudades, y, como finalmente Cartago había mandado algunos refuerzos, extendió poco a poco sus operaciones. Pero como Hannon no pudo impedir que el jefe de la caballería ligera lo oscureciese con sus hazañas cada vez más ilustres, le quitó bruscamente el mando y lo dio a su mismo hijo. La medida había llegado a su colmo. Viendo Mutines que le pagaban de este modo el haber sabido conservar la Sicilia para Cartago durante dos años, él y sus caballeros, que se negaban a seguir al hijo de Hannon, entraron en negociaciones con Marco Valerio, y entregó Agrigento. Hannon huyó inmediatamente, y fue a denunciar ante los adversarios de Aníbal en Cartago la infame traición que había cometido uno de sus oficiales. Durante este tiempo, la guarnición de la plaza fue pasada a cuchillo, y los ciudadanos fueron vendidos como esclavos (año 544). Para impedir en adelante desembarcos imprevistos como el verificado en el año 540, se mandó a la ciudad una colonia. Desde esta fecha, la soberbia Akragas, convertida en fortaleza romana, recibió el nombre latino de Agrigentum. Toda la Sicilia estaba ya sometida, y Roma quiso que reinasen la paz y la tranquilidad en esta isla tan trastornada. Toda la población del interior fue trasladada en masa a Italia, y arrojada desde Rhegium sobre los países aliados de Aníbal para que los talasen. Los administradores romanos se ocuparon sin descanso en la tarea de restaurar la agricultura en la isla, que había quedado completamente arruinada. Cartago, por su parte, todavía pensó en enviar allí sus escuadras y renovar la guerra. ¡Vanos proyectos que se quedaron en tales!

FILIPO DE MACEDONIA. SUS VACILACIONES ROMA A LA CABEZA DE LA COALICIÓN GRIEGA CONTRA MACEDONIA. LA GUERRA CONTINÚA INDECISA

Más que Siracusa, Macedonia hubiera debido sentir estos acontecimientos. Los Estados de Oriente no eran un obstáculo ni un apoyo. Antíoco el Grande, el aliado natural de Filipo, después de la victoria decisiva en Raphia^[6] (en el año 537), se

creyó feliz con obtener la paz con el lema del *statu quo ante bellum*, del débil e indolente Tolomeo Filopator. Las rivalidades que dividían a los lágidas, la incesante amenaza de una nueva explosión de la guerra, las sublevaciones de los pretendientes en el interior, y, por último, las empresas de todo género en el exterior, en Asia Menor, Bactriana y las satrapías orientales, no le permitían entrar en la gran coalición contra Roma, como Aníbal hubiera deseado. La corte de Egipto se puso decididamente de parte de la República y renovó con ella sus tratados en el año 544. Sin embargo, en cuanto a recursos, Roma no debía esperar nada de Egipto, a no ser algunos buques cargados de granos. Solo la Macedonia y la Grecia estaban en situación de echar un peso decisivo en la balanza de las guerras itálicas, a lo que no se oponían más que sus diarias rivalidades. Incluso habrían salvado el nombre y la nacionalidad de los helenos, si hubieran dado tregua por algunos años a sus mezquinas querellas y se hubieran dirigido unidas contra el común enemigo. Más de una voz se había levantado en Grecia para predicar esta inteligencia. Agelaus de Naupacto (Lepanto) había profetizado el porvenir exclamando que temía «ver en un corto plazo concluidos todos aquellos juegos militares de los griegos», y aconsejándoles «que volviesen sus miradas hacia el oeste, y no permitiesen que uno más fuerte hiciese pasar un día bajo el mismo yugo a todos los que entonces contendían entre sí». Estas graves palabras habían contribuido bastante a la paz del año 537 entre Filipo y los etolios; y la prueba de ello es la elección posterior de Agelaus como estratega de la liga etolia. En Grecia, lo mismo que en Cartago, por un momento se despertó el patriotismo en los espíritus, y pareció posible arrastrar a todo el pueblo heleno a una guerra nacional contra Roma. Pero la dirección de una guerra de ese tipo correspondía por derecho a Filipo; y Filipo no sentía entusiasmo, y en su nación no había la fe necesaria para llevarla a feliz término. No comprendió su difícil misión: de opresor de la Grecia, hubiera podido convertirse en su campeón. Ya su lentitud para ratificar el tratado de alianza con Aníbal había dejado que se extinguiese el primer arranque de entusiasmo de los patriotas; y cuando finalmente entró en la lucha, como era un mediano capitán, no pudo inspirar a los helenos ni confianza ni simpatía.

En el mismo año de la batalla de Canas (538) hizo una primera tentativa sobre Apolonia; fracasó ridículamente y se batió en retirada al primer rumor, por cierto infundado, de que una armada romana había aparecido en el Adriático. Su ruptura con Roma aún no era oficial. Cuando por último fue declarada, todos, amigos y enemigos, esperaban un desembarco de los macedonios en la baja Italia. En el año 539 (215 a.C.) los romanos pusieron en Brundisium un ejército y una escuadra para

recibirlos. Filipo no tenía naves de guerra, e hizo construir una flotilla de barcos ilirios para el transporte de sus tropas. Pero, en el momento decisivo, tuvo miedo y no se atrevió a exponerse a ser alcanzado por los quinquerrems en alta mar. Como de esta forma faltaba a sus compromisos con Aníbal de llevar sus ejércitos a la península itálica, decidió, por hacer algo, ir a atacar las posesiones de la República en Epiro. Esta era la parte que se le había prometido en el botín. ¿Qué podía resultar de aquí? Nada, en la hipótesis más favorable. Pero Roma sabía ya que la mejor defensiva es casi siempre la que ataca, y no quiso asistir pasivamente a las agresiones del otro lado del golfo, como había creído Filipo. La flota de Brundisium trasladó a Epiro un cuerpo de ejército. Oricuum (Orico) fue recobrado, se puso guarnición en Apolonia, y se apoderaron del campamento macedonio. Filipo pasó de una actividad mediana a la inacción completa, y no se movió en muchos años. En vano Aníbal lo insta con sus querellas, en vano le echa en cara su pereza y estrechez de miras. El ardor y la clara previsión del cartaginés fueron completamente impotentes. Cuando después vuelvan a comenzar las hostilidades, no será Filipo quien las rompa. Ante el hecho de que la toma de Tarento había proporcionado a Aníbal un puerto excelente para que desembarcara un ejército macedonio, los romanos comprendieron que necesitaban parar el golpe, y ocupar en su país al macedonio de modo que ni siquiera pudiera pensar en venir a Italia. El entusiasmo nacional, sobreexcitado un momento entre los griegos, hacía ya mucho tiempo que se había convertido en humo. Recurriendo a la antigua oposición, siempre viva, contra Macedonia; y sacando hábilmente partido de las imprudencias y recientes injusticias de Filipo, al almirante romano no le costó gran trabajo reconstituir contra él, y bajo la protección de la República, la coalición de los Estados medianos y pequeños. A su cabeza marchaban los etolios, a quienes Loevinus había visitado en su asamblea, y había atraído hacia sí mediante la promesa de cederles parte del territorio acarnanio, objeto de su codicia. Aceptaron de Roma la honrosa misión de saquear los demás países de la Grecia, a medias con la República: la tierra sería para ellos; los prisioneros y el botín, para los romanos. En la propia Grecia se les unieron los Estados hostiles a Macedonia, o mejor dicho a la liga aquea. Entre estos adherentes se encontraba Atenas en el Ática, Elis y Mesene en el Peloponeso, y Esparta. En esta ciudad, un soldado atrevido, Machanidas, acababa de echar abajo una constitución decrepita para reinar despóticamente bajo el nombre de Pelops; y como aventurero que era apoyaba su tiranía en la espada de sus mercenarios. Por último, los romanos tuvieron por aliados a los jefes de las tribus semisalvajes de Tracia y de Iliria, irreconciliables enemigos de los macedonios, y a Atalo, rey de

Pérgamo. Este rey, hábil, enérgico y deseoso de sacar partido de la ruina de los dos grandes Estados griegos que lo rodeaban, había sabido colocarse bajo la clientela de Roma en el momento en que su cooperación tenía un valor inestimable. No vamos a referir aquí las diversas vicisitudes de la guerra. En realidad, aunque Filipo fuese más fuerte que cada uno de sus adversarios aisladamente, y rechazase en todas partes sus ataques con vigor y con bravura, no por esto se consumía menos en una fatigosa defensiva. Tiene que ir contra los etolios que, en concierto con la escuadra romana, exterminan a los infelices acarnanios y amenazan la Lócrida y la Tesalia; luego corre hacia el norte, adonde lo llama una incursión de los bárbaros. En otra ocasión los aqueos le piden auxilio contra las bandas de los etolios y espartanos que talan el país; y por último, el rey de Pérgamo y el almirante romano Publio Sulpicio, reunidos, amenazan atacar la costa oriental, o desembarcar tropas en la isla de Eubea. Como Filipo carecía de escuadra, se vio paralizado en sus movimientos; en su apuro pidió buques a Prusias, rey de Bitinia, y al mismo Aníbal. Finalmente ordenó construir cien galeras, que es precisamente por donde debió comenzar, pero no llegó a hacer uso de ellas, suponiendo siempre que se ejecutase la orden. En suma, aquel que comprendía la situación de la Grecia y que la amaba no podía menos que deplorar esta malhadada guerra; en ella se agotaban sus últimos recursos y tendría por fin la ruina de todos.

PAZ ENTRE FILIPO Y LOS GRIEGOS. PAZ CON ROMA

Ya habían intentado mediar en la contienda las ciudades comerciales de Rodas, Quios, Mitilene, Bizancio, Atenas, y hasta el mismo Egipto. Ambas partes se mostraban dispuestas a la paz. Si los macedonios habían sufrido mucho con la guerra, esta no había sido menos onerosa para los etolios, que de todos los aliados de Roma eran los más interesados en la lucha. Sobre todo después de que Filipo se había ganado al pequeño rey de los atamanios, y toda la Etolia había quedado en descubierto. Gran número de etolios veían claramente el papel funesto y vergonzoso al que los condenaba su alianza con Roma. Además, todos los griegos habían lanzado un grito de horror cuando ellos, en concierto con Roma, vendieron como esclavos y en masa las poblaciones helénicas de Anticira, Oreos, Dimea y Egina.^[7] Desgraciadamente no eran libres en sus actos, y habrían desempeñado un gran papel si hubiesen hecho por separado la paz con Filipo. Pero los romanos no se inclinaban a esto. Una vez que las cosas en España e Italia habían tomado un buen aspecto, ¿qué

interés tenía Roma en que terminase esa guerra en la que, a excepción de algunos buques que había enviado, pesaban sobre los etolios todos los disgustos y las cargas? Sin embargo, se entendieron finalmente con los griegos, que se interpusieron como mediadores; y, a pesar de los esfuerzos contrarios de los romanos, firmaron la paz durante el invierno del 548 al 549. De esta forma, la Etolia se transformaba de poderoso aliado en un peligroso enemigo. Pero el Senado romano empleaba entonces todos los recursos de la República, extenuada por tantas luchas, en la decisiva y gran expedición al África. Por consiguiente, no era el momento oportuno para vengarse de la ruptura de la alianza. Pareció más conveniente firmar también la paz, puesto que la guerra contra Filipo, ahora que se habían retirado los etolios, exigía que se distrajesen algunas fuerzas. En virtud del arreglo estipulado, las cosas quedaron en el mismo lugar y estado que tenían antes de la guerra. Roma conservó todas sus posesiones de la costa de Epiro, a excepción del insignificante territorio de los atintanos. Filipo tuvo a dicha obtener tan favorables condiciones. No por esto resultaban menos evidentes todas las indecibles fatigas y miserias de una guerra odiosa, fratricida e inhumana que habían pesado inútilmente sobre la Grecia por espacio de diez años. Exactamente lo mismo había sucedido con los grandes designios y las maravillosas combinaciones de Aníbal; después de haber dividido un momento la Grecia, abortaban para siempre.

LA GUERRA DE ESPAÑA

En España, donde se dejaba aún sentir el genio de Amílcar y de su hijo, la lucha fue más seria. Tuvo muchas y admirables vicisitudes que se explican, por otra parte, por la naturaleza del país y las costumbres de las naciones locales. Los campesinos y pastores que habitaban el valle del Ebro o la fértil Andalucía, y los pobladores acantonados en las altas mesetas de la parte central cortadas por bosques y montañas, todos se levantaban como enjambres armados al primer llamamiento. Sin embargo, no se dejaban conducir fácilmente contra el enemigo, ni permanecían mucho tiempo unidos. En cuanto a los habitantes de las ciudades, por mucho que fuese su valor para defenderse desde las murallas contra los ataques del enemigo, no se prestaban tampoco a una acción común y enérgica en el exterior. Cartagineses o romanos, les importaban exactamente lo mismo. Para nada se cuidaban de que estos huéspedes incómodos ocupasen una parte más o menos grande de la península: los

unos, al lado del Ebro; los otros, al lado del Guadalquivir. Así que durante toda la guerra, excepto Sagunto, que se había declarado por los romanos, y Astapa (Estepa), unida a la causa de los cartagineses, fue muy raro que la tenacidad y el valor indomable de los españoles se pusiesen al servicio de uno de los beligerantes. Pero como ni los romanos ni los cartagineses habían llevado al país grandes ejércitos, la lucha degeneró forzosamente en una guerra de propaganda. A falta de afecto y de sólidas alianzas, en esta guerra entraban con frecuencia a hacer sus veces el temor, el dinero y la fortuna. Cuando la lucha parece inmediata a terminar, se prolonga de repente y se transforma en una guerra interminable de emboscadas y sorpresas. Después renace de sus cenizas y se extiende en un momento por todas partes. Los ejércitos ruedan y se trasladan como las dunas en las arenosas playas del mar. Lo que era ayer llanura, es hoy una montaña. Generalmente llevan ventaja los romanos. Al comienzo, entraron en el país como enemigos de los fenicios y como libertadores; después enviaron buenos generales y un sólido núcleo para un ejército. La mayoría de las veces los relatos de los historiadores son incompletos; el tiempo y las fechas están muy embrollados, y sería cosa imposible formar un cuadro completo de este gran episodio de las guerras españolas.

ÉXITO DE LOS ESCIPIONES GUERRA DE SIFAX CONTRA CARTAGO

Los dos procónsules romanos de la península, Gneo y Publio Escipión, pero sobre todo el primero, eran hábiles capitanes y excelentes administradores. Y, en efecto, cumplieron su misión con un éxito brillante. En primer lugar, no solo tuvieron constantemente cerrada la barrera de los Pirineos, sino que rechazaron todas las tentativas que hizo el enemigo para restablecer las comunicaciones por tierra entre el ejército invasor, a las órdenes del general en jefe, y sus depósitos en España. Luego, rodearon a Tarragona de una extensa línea de fortificación y dotaron a esta Roma española de un puerto al estilo del de Cartagena. Y, por último, hicieron aún más: desde el año 539 fueron a buscar a los cartagineses, y sostuvieron contra ellos combates ventajosos en el centro mismo de Andalucía. La campaña del año 540 (214 a.C.) fue aún más fecunda en buenos resultados. Los Escipiones llevaron sus armas hasta las columnas de Hércules, y su clientela progresó en todas partes. También recobraron y restauraron Sagunto, y así conquistaron un punto importante en el camino del Ebro a Cartagena, al mismo tiempo que pagaban al fin la deuda del

pueblo romano. Pero no contentos con haber quitado a los cartagineses casi toda la península, les suscitaron además en el año 541 un peligroso enemigo en el África occidental. Se pusieron en inteligencia con Sifax, el más poderoso de todos los jefes del país (provincias de Orán y de Argel). Si hubieran podido mandarle el refuerzo de un ejército de legionarios, quizá las cosas habrían ido aún más lejos. Pero en este momento los romanos no podían distraer ni un solo hombre de sus ejércitos de Italia, ni el cuerpo de ejército de España era bastante fuerte como para dividirse sin correr peligro. Solo algunos oficiales romanos fueron a formar y dirigir las tropas del jefe africano; y muy pronto este introdujo entre los súbditos libios de Cartago tal desorden y espíritu de insurrección, que el lugarteniente de Aníbal en España, Asdrúbal Barca, tuvo que pasar el mar con lo mejor de sus tropas. Poco se sabe de esta guerra, si se exceptúa la terrible venganza que Cartago tomó con los insurgentes, según su costumbre, después de que el viejo rival de Sifax, el rey Gala (en la provincia de Constantina), se declaró a su favor; y después de que el valiente Masinisa, hijo de Gala, derrotó a Sifax y lo obligó a pedir la paz. Este cambio de fortuna se extendió también a España. Asdrúbal pudo volver a la península con su ejército en el año 243, con nuevos refuerzos y con el mismo Masinisa.

DERROTA Y MUERTE DE LOS ESCIPIONES LA ESPAÑA ULTERIOR PERDIDA POR LOS ROMANOS

Durante los dos años de ausencia, los Escipiones habían hecho botín y propaganda en los países sometidos a Cartago, sin que se les opusiese ningún obstáculo. Pero al ser acometidos de repente por fuerzas superiores necesitaban volver a la línea del Ebro, o llamar a los españoles a las armas. Adoptaron este último partido, y tomaron a sueldo veinte mil celtíberos. Después, para tener a raya a los tres ejércitos enemigos que mandaban Asdrúbal Barca, Asdrúbal, hijo de Giscón, y Magón, dividieron también el suyo en tres cuerpos, en los que repartieron por partes iguales los soldados romanos de los que disponían, y así prepararon su ruina. Mientras que Gneo acampaba frente a Asdrúbal Barca, con su núcleo de romanos y todos los españoles, Asdrúbal se ganó a estos últimos a fuerza de dinero. En sus ideas de mercenarios no creían violar la fe prometida, ya que se contentaban con abandonar el ejército romano, y no se pasaban al enemigo ni volvían sus armas contra él. En tal situación, no quedó al general romano más remedio que batirse a toda prisa en retirada. Los cartagineses lo siguieron muy de cerca; y, entre tanto, el segundo

cuerpo de ejército romano, a las órdenes de Publio Escipión, fue atacado con decisión por las otras dos divisiones africanas, mandadas por Asdrúbal, hijo de Giscón, y por Magón. Los escuadrones ligeros de Masinisa, tan numerosos como arrojados, dieron a los cartagineses una notable ventaja. El campo de los legionarios fue rodeado; ¡qué iba a ser de ellos, si los auxiliares españoles ya en marcha y esperados no llegaban oportunamente! El procónsul intentó una salida audaz; quiso salir a encontrarlos con sus mejores soldados. Los romanos iban victoriosos en un principio; pero inmediatamente los cartagineses se lanzan sobre ellos, los envuelven y les cortan la retirada. Llega entonces la infantería. Publio Escipión es derrotado y muerto; y la batalla perdida se convirtió en un completo desastre. Poco después, Gneo, que en su lenta y difícil retirada apenas podía defenderse del primer ejército cartaginés, fue atacado de improviso por las tres divisiones reunidas y por los nómadas que le cortaron la retirada. Rechazado a una pelada colina donde no tenía espacio para acampar, su ejército fue acuchillado o hecho prisionero, y él mismo desapareció en el combate. Un pequeño destacamento, conducido por un excelente oficial de la escuela de Gneo llamado Cayo Marcio, pudo escapar y llegó a pasar el Ebro. Unido al lugarteniente Tito Fonteyo, que a su vez había podido conducir a lugar seguro a los soldados que Publio había dejado en su campo, al poco tiempo vio volver a la mayor parte de las guarniciones romanas esparcidas en las ciudades del interior, que habían conseguido salvarse. Los fenicios recobran la España hasta el Ebro, y están a punto de pasar el río y restablecer por los pasos de los Pirineos, libres al fin, sus comunicaciones con Italia. Fue entonces cuando la necesidad puso al frente de los restos del ejército romano al hombre de la situación. Dejando a un lado a los oficiales más antiguos e incapaces, los soldados eligieron por jefe a Cayo Marcio, que tomó a su cargo la dirección de las operaciones, y en su accionar se sirvió a las mil maravillas de las disensiones y mutuas rivalidades de los tres jefes cartagineses. Estos no tardaron en ser rechazados a la orilla derecha del río por dondequiera que lo cruzaran; en efecto, toda la línea fue valerosa e íntegramente defendida hasta el momento en que llegó de Italia un nuevo ejército con otro general. Por fortuna la guerra de Italia había entrado en un mejor periodo. Se había recobrado Capua, y Roma había podido mandarles un cuerpo de doce mil hombres bajo las órdenes del propretor Claudio Nerón, con lo que se restableció el equilibrio de las fuerzas. Al año siguiente (544), la expedición dirigida contra Andalucía tuvo buen éxito. Asdrúbal Barca fue cercado y hecho prisionero, y solo escapó a la capitulación de un modo deshonesto y faltando a su palabra. Sin embargo, no era Nerón el hombre que se necesitaba en España. Oficial bravo pero duro, violento,

impopular, poco hábil para reanudar antiguas relaciones o para contratar otras nuevas, no supo aprovecharse de los odios suscitados en toda la España por la insolencia y las iniquidades de los cartagineses, que después de la muerte de los Escipiones habían tratado mal a amigos y a adversarios. El Senado, buen juez de la importancia y de las exigencias especiales de la guerra de España, sabía además de los planes de Cartago. Por los cautivos de Utica que la escuadra había llevado a Roma se había enterado de que Cartago hacía inmensos preparativos, y quería mandar a Asdrúbal Barca y a Masinisa con un numeroso ejército al otro lado de los Pirineos. Ante esto, el Senado decidió también mandar nuevos refuerzos al Ebro, con un general en jefe investido de poderes excepcionales y elegido por el pueblo.

PUBLIO ESCIPIÓN

Se refiere que durante mucho tiempo ningún candidato quiso ocupar este puesto difícil y peligroso. Por último se presentó Publio Escipión. Era un oficial de veintisiete años apenas, hijo del general del mismo nombre, muerto poco antes en España. Ya había sido tribuno militar y edil. No puedo creer que, tras haber convocado los comicios para una elección de tal importancia, el Senado se entregase en ella al azar; tampoco creo que en Roma estuviese tan extinguido el amor a la gloria, y aun a la patria, que no se encontrase ni un solo capitán experimentado que solicitase el mando. Lo más probable es que las miradas del Senado se hubiesen fijado con anterioridad en este joven oficial acostumbrado a la guerra, que tenía un talento experimentado y se había portado brillantemente en las sangrientas derrotas del Tesino y de Canas. Como no había recorrido todos los grados de la jerarquía, y no podía legalmente suceder a pretorianos y consulares, se recurrió al pueblo. Se lo colocó así en la necesidad de conferir el grado a este candidato único, a pesar de su falta de aptitud legal. Por otra parte, este era un excelente medio para conciliarle los favores de la muchedumbre a él y a la expedición a España, hasta entonces muy impopular. Si ese fue el cálculo de su improvisada candidatura, salió a medida de sus deseos. A la vista de este hijo que quería ir más allá de los mares a vengar la muerte de su padre, a quien nueve años antes había salvado la vida sobre el Tesino, todos los ciudadanos reunidos en los comicios, de la campaña y de la ciudad, experimentaron una admiración profunda, inextinguible. Ante ellos estaba este joven bello y varonil, que venía con las mejillas encendidas por la modestia a ofrecerse al peligro, a falta de otro más digno; un simple tribuno militar, a quien el voto de las

centurias elevaría de un salto al mando superior. ¡Verdaderamente la naturaleza de Escipión era entusiasta y simpática! No puede contarse entre aquellos hombres raros, de voluntad de hierro, cuyo brazo poderoso colocó el mundo por espacio de muchos siglos en un nuevo molde. Tampoco fue de aquellos que se ponen delante del carro de la fortuna para detenerlo por algunos años, hasta que llega un día en que las ruedas pasan sobre su cuerpo. Él ganó batallas y conquistó países obedeciendo al Senado. Y, si bien sus laureles militares también le valieron en Roma una situación política eminente, quedó muy atrás de César o de Alejandro. Como general, no hizo por su país más que Marco Marcelo. Como hombre de Estado, sin darse quizá cuenta exacta de su política antipatriótica y completamente personal, hizo tanto mal a su patria como servicios le había prestado en el campo de batalla. Y, sin embargo, todos se prendan de los encantos de esta amable y heroica figura: mitad convicción y mitad destreza, sereno siempre y seguro de sí mismo en el ardor que lo anima, marcha rodeado de una especie de aureola brillante. Era lo bastante inspirado como para inflamar los corazones; pero lo bastante frío y reflexivo como para no adoptar más que el consejo de la razón, y contar siempre con la ley común de las cosas de este mundo. Está muy lejos de creer sencillamente, como la muchedumbre, en la revelación divina de sus propias concepciones, pero es demasiado diestro como para procurar desengañarla. Además tenía la convicción profunda de que era un gran hombre por la gracia de los dioses, en lo que se mostraba con un verdadero carácter de profeta. En suma, se mantuvo sobre el pueblo y fuera de él. Su palabra era segura y sólida como la roca; piensa como rey, pero creería rebajarse revistiendo este título vulgar. Al lado de esto, no comprende que la constitución lo alcanza ni más ni menos que a cualquier otro ciudadano. Está tan convencido de su grandeza, que no conoce el odio ni la envidia; reconoce cortésmente todos los méritos, y perdona y compadece todas las faltas. Fue un perfecto oficial y un astuto diplomático, sin esa especie de sello profesional exagerado del uno y del otro. Logró unir la cultura griega con el sentimiento omnipotente de la nacionalidad romana, y así, atento y amable, se ganaba todos los corazones de los soldados y de las mujeres, de los romanos y de los españoles, de sus enemigos en el Senado y hasta del héroe cartaginés, más grande que él, con quien tendría un día que luchar. Apenas fue elegido, su nombre corrió de boca en boca, y será la estrella que conduzca a los romanos a la victoria y a la paz.

ESCIPIÓN EN ESPAÑA. TOMA DE CARTAGENA ESCIPIÓN EN

ANDALUCÍA.
ASDRÚBAL PASA LOS PIRINEOS. ESPAÑA CONQUISTADA. MAGÓN EN
ITALIA.
GADES CON LOS ROMANOS

Publio Escipión llegó a España acompañado por el pretor Marco Silano, que debía reemplazar a Nerón, y asistir al joven capitán con su brazo y su consejo. Trajo también consigo a Cayo Lelio, su jefe de la escuadra y confidente, y desembarcó con una legión de una fuerza excepcional y su caja bien repleta. El comienzo de su campaña fue señalado con uno de los más felices y atrevidos golpes de mano, cuya memoria ha perpetuado la historia. Los tres ejércitos cartagineses estaban colocados cada uno lejos de los otros. Asdrúbal Barca guardaba las alturas donde nace el Tajo; Asdrúbal, hijo de Giscón, estaba en su desembocadura, y Magón acampaba en las columnas de Hércules. El más próximo a Cartagena estaba a diez días de marcha. De repente, en los primeros días de la primavera del año 545, antes de que se moviese ninguno de los cuerpos enemigos, Escipión dirigió una expedición contra la capital fenicia, a la que le era fácil llegar en pocos días si marchaba por la costa desde la desembocadura del Ebro. Llevó consigo todo su ejército, compuesto por unos treinta mil hombres, y toda su escuadra. De esta manera, sorprende y ataca a la vez por mar y por tierra a la insignificante guarnición que los cartagineses habían dejado en la ciudad. Colocada en una estrecha legua de tierra que se internaba en la rada, fue atacada por tres partes a la vez: por los buques y por las legiones en tierra. Todo socorro estaba lejos. El comandante, llamado también Magón, comenzó a defenderse con bravura, y armó a los ciudadanos porque no tenía bastantes soldados para guarnecer las murallas. Intentó una salida que los romanos rechazaron sin trabajo. Después, sin tiempo para poner un sitio en regla, dieron el asalto por la parte de tierra lanzándose sobre el estrecho paso que une la ciudad al continente. Allí reemplazan con tropas de refresco las columnas que se fatigan, mientras que la guarnición va agotando sus fuerzas; sin embargo, los romanos aún no han conseguido nada. En realidad, no era por este punto por donde Escipión buscaba el éxito; con el asalto solo había querido alejar la guarnición de las murallas que miran al mar. Sabía que en la hora de reflujo quedaba seca una parte de la playa, y había dispuesto dar por este lado el ataque decisivo. Entonces, durante el tumulto de la lucha, un destacamento provisto de escalas salta a la playa por el otro extremo de la ciudad, con la suerte de encontrar las murallas desguarnecidas. Cartagena fue tomada en un solo día. Magón, que se había refugiado en la ciudadela, tuvo que

capitular. Con la capital fenicia, los romanos se apoderaron de dieciocho galeras desaparejadas, setenta y tres buques de transporte, todo el material de guerra, inmensas provisiones en granos, la caja militar que contenía seiscientos talentos, los rehenes de todos los españoles aliados de Cartago, e hicieron diez mil prisioneros, entre los que había dieciocho gerusiastas o jueces. Escipión prometió a los rehenes que volverían a sus casas en el momento en que sus respectivas ciudades hiciesen alianza con Roma. Empleó el material almacenado en Cartagena para reforzar y mejorar su ejército. Por cuenta de Roma hizo trabajar a dos mil obreros que encontró en la ciudad, a quienes les prometió la libertad al fin de la guerra; y del resto de la población eligió para sus naves hombres prácticos en el servicio de remeros. En cuanto a los ciudadanos, los perdonó y les dejó su libertad y sus ventajas actuales, pues conocía bien a los fenicios y sabía que eran dóciles para obedecer. Además le importaba asegurar de otro modo, más que con una guarnición romana, la posesión de este puerto excelente y único sobre la costa oriental, y de las ricas minas de plata de las inmediaciones. Su temeraria empresa había tenido buen éxito. En primer lugar, había sido temeraria porque Escipión sabía que Asdrúbal Barca había recibido de Cartago la orden de pasar a las Galias y que trabajaba para ejecutar esta operación. Temeraria, además, porque a los cartagineses les hubiera sido fácil arrollar el pequeño e impotente destacamento que había quedado en el Ebro, por poco tiempo que los vencedores de Cartagena hubiesen tardado en volver a sus líneas. Pero ya había vuelto Escipión a Tarragona, y aún no había aparecido Asdrúbal en el río. Un éxito fabuloso, debido a la vez a Neptuno y al joven general, había coronado su atrevida tentativa. ¡Dejando allí su apuesta, había pasado a otro lado a jugar y a ganar una brillante partida! El milagro de la toma de Cartagena justificaba la admiración de las masas hacia este joven, y los jueces más severos tuvieron que callarse. Se le prorrogó el mando indefinidamente y se decidió que no permaneciera solamente guardando los pasos de los Pirineos. Una vez tomada Cartagena, todos los españoles del otro lado del Ebro se sometieron; y los príncipes más poderosos de la España ulterior cambiaron la clientela de Cartago por la romana. Durante el invierno, Escipión disolvió la escuadra y unió a su ejército todos los hombres que sacó de ella. Como era lo bastante fuerte para ocupar a la vez las regiones pirenaicas y realizar en el sur una vigorosa ofensiva, se dirigió a Andalucía. Encontró aquí a Asdrúbal Barca, que marchaba hacia el norte en auxilio de su hermano, y comenzaba al fin la ejecución de su plan largamente concertado. Se verificó un encuentro en Baecula.^[8] Los romanos se atribuyeron la victoria, diciendo que habían hecho diez mil prisioneros. Pero Asdrúbal, a costa de algún sacrificio,

consiguió su objeto principal. Se abrió camino hacia las costas del norte de España con su caja, sus elefantes y el grueso de sus tropas, y costeadando el océano Atlántico llegó a los pasos de los Pirineos occidentales, que no estaban custodiados. Después entró en las Galias antes de la mala estación, y estableció allí sus cuarteles de invierno. Los sucesos se encargaron de probar que Escipión había cometido una grave imprudencia al querer sostener simultáneamente el ataque y la defensa. Mientras que su tío y su padre, e incluso los mismos Marcio y Nerón, a la cabeza de fuerzas muy inferiores habían cumplido la misión importante confiada al ejército de España, he aquí que un general victorioso y con un poderoso ejército a sus órdenes se había mostrado insuficiente por su demasiada presunción. Solo por su falta Roma iba a correr los más grandes peligros durante el estío del año 547 (207 a.C.), y vería al fin realizarse el ataque doble, preparado y esperado por Aníbal desde hacía mucho tiempo. Pero, una vez más, los dioses iban a cubrir con laureles las faltas de su favorito. La tormenta que amenazaba Italia se disipó milagrosamente: la noticia de la dudosa batalla de Baecula fue recibida como si se tratase de una batalla ganada. Todos los días llegaban nuevos mensajeros de victoria; se olvidó que Escipión había dejado pasar al hábil general y al ejército fenicioespañol que invadió entonces la Italia, y que puso a Roma por algún tiempo en peligro. Una vez que Asdrúbal Barca se marchó, los dos jefes cartagineses que habían quedado en la península resolvieron batirse en retirada. Asdrúbal, hijo de Giscón, volvió a Lusitania, y Magón marchó a las Baleares. Ambos esperan refuerzos de África, y dan rienda suelta solamente a la caballería de Masinisa, que recorre y tala toda España como antes lo había hecho con fortuna Mutines en Sicilia. Toda la costa oriental estaba en poder de los romanos. Cuando al año siguiente (547) apareció Hannon con un tercer ejército, Magón y Asdrúbal volvieron a Andalucía; pero Marco Silano batió a Magón y a Hannon reunidos, e hizo prisionero a este último. Asdrúbal no esperó ya en campo raso, y distribuyó sus soldados en las plazas de Andalucía. Escipión no pudo tomar de estas más que a Oringis (después Gienna, hoy Jaén). Al parecer, los cartagineses tenían extenuadas sus fuerzas; pero en el 548 (206 a.C.) reaparecieron con nuevos bríos, treinta y dos elefantes, cuatro mil caballos y siete mil soldados de infantería, compuestos en su mayoría por milicias españolas reunidas con toda precipitación. El encuentro tuvo lugar por segunda vez en Baecula. El ejército romano era muy inferior en número, y contaba también con muchos españoles. Escipión hizo entonces lo que más tarde ha vuelto a hacer Wellington: colocó a sus españoles de modo que no tomaran parte directa en el combate, único medio de impedir su desertión, y lanzó a todos sus romanos contra los españoles del ejército enemigo.

Sea como fuese, la victoria fue muy disputada. Al fin la obtuvieron los romanos, y naturalmente el ejército cartaginés se dispersó. Magón y Asdrúbal huyendo prácticamente solos a refugiarse en Gades. Roma no tuvo ya rival en la península. Si alguna ciudad no se entregaba buenamente, era obligada por la fuerza y castigada con crueldad. Escipión pudo devolverle la visita a Sifax al otro lado del estrecho sin obstáculo, y allí trató con él, y aun con Masinisa, la posibilidad de una expedición directa al África. Era esta una empresa loca y temeraria que no tenía razón de ser ni objeto serio, por agradable que fuese la nueva para los curiosos del *Forum*. Mientras tanto, ¡solo Gades, donde mandaba Magón, pertenecía todavía a los cartagineses! Los romanos los habían sustituido en todas partes. Pero en muchas localidades los españoles, no contentos con verse desembarazados de los primeros, alimentaban también la esperanza de arrojar a los segundos y reconquistar su antigua independencia. Roma creyó haber hecho lo necesario contra semejantes aspiraciones. Pero he aquí que amenaza de repente una insurrección general; y los que primero se sublevan son precisamente los antiguos aliados de la República. Escipión había caído enfermo, y una de las divisiones de su ejército se amotinó por un atraso de sueldo de muchos años. Afortunadamente sanó pronto, contra lo que era de esperar; apaciguó hábilmente la sublevación de sus soldados, y las ciudades que habían dado la señal del alzamiento nacional fueron arrasadas antes de que el incendio se propagase. Al haber perdido la partida en España, y ante el hecho de que Gades no podía sostenerse por mucho tiempo, el gobierno cartaginés ordenó a Magón que reuniese naves, dinero y soldados, y fuese a llevar a Aníbal un apoyo decisivo. A Escipión le fue imposible impedir esta partida; ahora pagaba cara la disolución de su escuadra. Por segunda vez faltaba a su misión y dejaba solo a los dioses de su patria el cuidado de defenderla contra la invasión del enemigo. Por consiguiente, el hijo menor de Amílcar pudo salir de la península sin obstáculo de ningún género. Pero, apenas partió, Gades, la mejor y más antigua colonia de los fenicios, abrió sus puertas a sus nuevos señores bajo favorables condiciones.

Después de una guerra de trece años, España dejaba de pertenecer a los cartagineses para convertirse en provincia romana. ¡Aún luchará durante algunos siglos, casi siempre vencida, pero jamás humillada ni completamente sometida! En los tiempos que historiamos, los romanos ya no tenían enemigos en armas; y Escipión, aprovechando los primeros instantes de esta paz aparente, resignó el mando a fines del año 548, y fue en persona a dar cuenta a Roma de sus victorias y de sus conquistas.

LA GUERRA EN ITALIA SITUACIÓN DE LOS EJÉRCITOS

Mientras que Marcelo había dado fin a la guerra en Sicilia, Publio Sulpicio, en Grecia, y Escipión, en España, la lucha gigantesca continuaba sin interrupción en la península italiana. Pasadas ya las consecuencias de la batalla de Canas, veamos cuál era, a principios del año 540 y quinto de la guerra, la situación respectiva de los romanos y de los cartagineses. Aníbal había partido hacia el sur, y los romanos habían recobrado la Italia del Norte. La ocupaban tres legiones: dos acampaban en el país de los galos y la tercera estaba de reserva en el Picenum. A excepción de las fortalezas y de algunas plazas marítimas, toda la baja Italia hasta el Garganus y el Vulturno pertenecía a Aníbal. Este estaba en Arpi con su principal cuerpo de ejército, y, frente a él, Tiberio Graco, a la cabeza de cuatro legiones que se apoyaban en las fortalezas de Luceria y Benevento. En el Brutium, cuyos habitantes se habían echado todos en brazos de los cartagineses, los puertos que protegían los romanos desde Messina habían caído en poder del enemigo, a excepción de Rhegium. Hannon ocupaba el país con un segundo cuerpo de ejército sin tener en frente ni una sola de las águilas romanas. El ejército principal de Roma, compuesto de cuatro legiones a las órdenes de Quinto Fabio y de Marco Marcelo, se preparaba a atacar y recobrar Capua. Agréguese a esto que los romanos tenían de reserva en la metrópoli otras dos legiones; y que las guarniciones de las ciudades marítimas estaban reforzadas con otra legión, sobre todo Tarento y Brindisi, ante el temor de que los macedonios pudiesen verificar un desembarco. Por último, contaban con la escuadra numerosa y dueña de los mares. Entraban después los ejércitos de Sicilia, Cerdeña y España. El número total de soldados de la República, sin contar las guarniciones de las plazas de la baja Italia, no bajaba de doscientos mil hombres, de los cuales una tercera parte procedía del reclutamiento de aquel año, y la mitad estaba formada por ciudadanos romanos. Creo que se estaría en lo cierto calculando que toda la población útil desde los diecisiete hasta los cuarenta y seis años estaba sobre las armas. En cuanto al cultivo de los campos, había sido dejado a los esclavos, ancianos, niños y mujeres. No hay que decir que con esto las rentas padecían mucho. El impuesto territorial, esta fuente principal de las rentas, no se percibía ya sino muy irregularmente. Y sin embargo, a pesar de la falta de hombres y dinero, después de heroicos esfuerzos los romanos habían reconquistado palmo a palmo el terreno perdido en las nefastas jornadas del primer período de la guerra. Mientras que el ejército cartaginés iba reduciéndose más cada día, el suyo se aumentaba todos los años. Así iban

recobrando parte del territorio de los aliados de Aníbal, campanios, apulios, samnitas y brucios, que no se hallaban en estado de bastarse a sí mismos, y también las fortalezas de la baja Italia, que Aníbal no podía cubrir ni defender con sus escasas fuerzas. Por último, Marcelo, al hacer la guerra de un modo diferente al de sus predecesores, había sabido desarrollar los talentos militares de su oficialidad y restablecer la incontestable superioridad de su infantería. Aníbal podía esperar aún algunas victorias; pero había pasado ya el tiempo de las batallas de Trasimeno y de Canas, el tiempo de los generales del pueblo. Solo le quedaba la esperanza del desembarco de Filipo, durante tanto tiempo prometido, o de sus hermanos, que debían darle la mano desde España y proveer a la salud y a la moral de su ejército y de su clientela italiana. En adelante apenas se podrá reconocer en la prudente tenacidad de sus operaciones defensivas al impetuoso agresor, al audaz capitán de los años precedentes. Por un milagroso fenómeno psicológico y militar, el héroe se transforma por completo una vez que ha cambiado su papel; pero en el camino enteramente opuesto que va a seguir, se muestra tan grande como en el pasado.

COMBATES EN LA BAJA ITALIA. ARPI RECOBRADA

En Campania es donde ahora continúa la guerra; Aníbal llegó a tiempo para proteger la capital o impedir que fuese atacada. Sin embargo, no pudo apoderarse de ninguna de las ciudades de Campania pertenecientes a los romanos, y custodiadas por fuertes guarniciones, ni evitar la toma de Casilinum, de la que se apoderaron los dos ejércitos consulares después de haber hecho una heroica defensa. También fueron reconquistadas otras muchas ciudades de menor importancia. Intentó sorprender a Tarento pues sería un gran punto de desembarco para los macedonios, pero la tentativa fracasó. Durante este tiempo, el ejército cartaginés del Brutium, al mando de Hannon, medía sus armas en Lucania con el ejército romano de Apulia. Tiberio Graco, que lo conducía, luchó con buen éxito. Después de un combate feliz junto a Benevento, en el que se distinguieron las legiones reforzadas por los esclavos armados a toda prisa, dio a estos soldados improvisados la libertad y el título de ciudadanos en nombre del pueblo. Al año siguiente (541), los romanos recobraron la importante y rica ciudad de Arpi cuando sus habitantes, unidos a algunos soldados romanos que habían penetrado en ella, se volvieron contra la guarnición cartaginesa. De esta forma, por todas partes va rompiéndose la línea militar establecida por Aníbal a costa de tantos esfuerzos. Gran número de capuanos, de los más notables, y

muchas ciudades del Brutium se pasaron de nuevo a los romanos. Incluso una división española del ejército fenicio, enterada por emisarios mandados al efecto de la marcha de los acontecimientos de su país, se pasó del campo de Aníbal al de sus enemigos.

TOMA DE TARENTO POR ANÍBAL. ANÍBAL MARCHA SOBRE ROMA

En el año 542 (212 a.C.) cambió de nuevo la fortuna. Se cometieron faltas políticas y militares que Aníbal aprovechó al momento. La inteligencia en que se había puesto con las ciudades de la Gran Grecia no le había sido de utilidad alguna; pero sus confidentes en Roma sobornaron a los rehenes de Tarento y de Thurium, y estos intentaron locamente emprender la fuga, siendo cogidos al momento por las avanzadas romanas. La inoportuna y cruel venganza que Roma tomó en ellos sirvió más a Aníbal que sus intrigas. Los romanos se privaron de una prenda preciosa al conducirlos a todos al suplicio; y, desde este momento, los irritados griegos solo pensaron en abrir sus puertas a los cartagineses. La connivencia de los ciudadanos de Tarento y la negligencia del comandante de la plaza la entregaron a los fenicios; la guarnición apenas tuvo tiempo de refugiarse en la ciudadela. Heráclea, Thurium y Metaponte, cuyas guarniciones fueron en auxilio de la acrópolis tarentina, siguieron su ejemplo. En este momento era inminente un desembarco de los macedonios. A raíz de esto fue necesario que Roma volviese su atención hacia la Grecia y la guerra que allí se hacía, de la que hasta entonces no se había preocupado en lo más mínimo la metrópoli italiana. Afortunadamente, nada contrariaba sus esfuerzos: ni Sicilia, donde Siracusa acababa de caer en su poder; ni España, donde todo marchaba a medida de su deseo. En el principal teatro de la guerra, o sea en Campania, alternaban los reveses con las victorias. Las legiones situadas en las inmediaciones de Capua no habían podido aún bloquearla; pero impedían el cultivo de los campos y la recolección de las cosechas, y la populosa ciudad se veía reducida a traer de muy lejos sus aprovisionamientos y sus víveres. Aníbal, organizando por sí mismo un gran convoy, había dado cita a los campanios para que fueran a recibirlo en Benevento; pero tardaron, y los cónsules Quinto Flacco y Apio Claudio batieron a Hannon, que era el que lo protegía, tomaron su campamento y se apoderaron de los víveres. Finalmente los dos cónsules pudieron sitiar Capua, en tanto Tiberio Graco se colocó en la vía Apia y cerró el paso a Aníbal, que iba a auxiliar a los campanios.

Pero en este momento el valiente Graco murió por la traición de un lucanio, y su muerte equivalió a una gran derrota. Su ejército, compuesto de esclavos emancipados, se desbandó en cuanto no tuvo a su cabeza al capitán que amaba. Al tener Aníbal el camino de Capua libre, apareció de repente delante de los cónsules, y los obligó a abandonar sus obras de sitio apenas comenzadas. Ya antes de su llegada la caballería romana había sido completamente derrotada por la del cartaginés, que guardaba Capua a las órdenes de Hannon y de Bostar, y estaba allí reunida con la caballería de los campanios, por cierto no menos valiente. La larga serie de desastres de ese año terminó con la completa destrucción de un ejército de tropas regulares y voluntarios, que Marco Centenio había conducido a Lucania. De oficial subalterno que era, había sido promovido imprudentemente al generalato. Al mismo tiempo, el pretor Gneo Fulvio Flacco, tan presuntuoso como negligente, fue exterminado en la Apulia.

Pero el valor perseverante de Roma supo reducir todas estas rápidas victorias de Aníbal a la nada, en la hora decisiva. Apenas volvió la espalda a Capua y tomó el camino de Apulia, sus ejércitos volvieron a cercar la plaza. Uno, mandado por Apio Claudio, se colocó en Puteoli y en Vulturnum; otro, bajo las órdenes de Quinto Fulvio, ocupó Casilinum; un tercero, conducido por el pretor Claudio Nerón, custodiaba el camino de Nola. Atrincherados en sus campamentos y dándose la mano por líneas de fortificación, cerraban completamente el paso. De esta forma, la gran ciudad que rodeaban, mal provista de víveres y por el solo efecto del bloqueo, veía llegar la hora próxima de una capitulación inevitable, a no ser que los cartagineses lo hiciesen levantar a toda costa. A fines del invierno ya tenían agotados sus recursos, y sus emisarios, deslizándose con trabajo por entre las avanzadas de los romanos, corrieron hacia Aníbal a pedirle socorro para la plaza. El cartaginés, que estaba ocupado en el sitio de la ciudadela de Tarento, parte a toda prisa para Campania con treinta y tres elefantes y sus mejores soldados; se apodera al paso de una división romana destacada en Calacia, y acampa sobre el monte Tifata, cerca de Capua. Contaba con que los generales romanos levantarían el sitio a la vista de su ejército, como había sucedido el año anterior. Pero estos habían tenido tiempo de completar sus líneas y sus atrincheramientos. Esta vez no se movieron, y asistieron tranquilos desde lo alto de sus trincheras a los impotentes ataques de la caballería campania por un lado, y a las incursiones igualmente impotentes de los números, por otro. Era imposible para Aníbal intentar un asalto en regla. Sabía que su movimiento sobre Capua iba a atraer inmediatamente sobre la Campania a todos los demás ejércitos de Roma, y que por otra parte no le era posible mantenerse

mucho tiempo en aquel país, devastado de intento y de antemano. El mal no tenía remedio. En su deseo de salvar Capua, recurrió a un expediente atrevido, el último que se le ocurrió a su genio inventivo. Después de dar parte de su proyecto a los campanios para que no desmayasen en su tenaz defensa, abandonó de repente el país de Capua y marchó sobre Roma. Recuperó la audacia y la destreza de sus primeras campañas, se lanzó con su pequeño ejército entre los cuerpos enemigos y las fortalezas romanas. Así atraviesa el Samnium, sigue la vía Valeria, llega por Tibur al puente del Anio, lo pasa y establece su campamento a una milla de la capital. Mucho tiempo después, se aterrorizaba a los niños romanos diciendo: «¡Aníbal a las puertas de Roma!». Pero esta no corría en realidad ningún peligro. El enemigo saqueó las villas y taló los campos inmediatos a la ciudad; pero en ella había dos legiones que le hicieron frente, y no le permitieron atacar las murallas. El cartaginés nunca había pensado en apoderarse de Roma por sorpresa, como hará Escipión un poco más tarde con Cartago; mucho menos podía pensar en ponerle sitio. No quería más que aterrorizar a los romanos, hacer que lo siguiese el grueso del ejército que sitiaba Capua, y de esta forma conseguir levantar el bloqueo. Así es que no hizo más que presentarse en el Lacio. Los romanos vieron en su brusca partida un milagro del favor divino: signos y visiones espantosas habían obligado a su terrible enemigo a emprender la retirada, lo cual es seguro que no hubieran podido hacer nunca las dos legiones. En el lugar por donde Aníbal se había acercado a los muros, en la segunda piedra miliaria de la vía Apia, saliendo por la puerta Capena, Roma, piadosamente reconocida, elevó un altar al *dios protector que aleja al enemigo* (*¡Tutanus Rediculus!*). Aníbal volvió a Campania únicamente porque entraba en sus planes volver sobre Capua; pero los generales romanos no cometieron la falta con que él había contado. Las legiones habían permanecido inmóviles en sus líneas. Solamente destacaron una división ante la noticia del movimiento de Aníbal, que lo siguió. Cuando el cartaginés lo advirtió, se volvió de repente contra el cónsul Publio Galva, que había salido de Roma sin precaución. Hasta entonces lo había dejado marchar sobre sus huellas; hoy, lo ataca, lo destruye y se apodera de su campamento. ¡Victoria insignificante si se la compara con la pérdida de Capua!

CAPITULACIÓN DE CAPUA

Hacía mucho tiempo que los ciudadanos de la capital campania, sobre todo los de las altas clases, tenían el presentimiento de un triste e inevitable porvenir. Los

agitadores del partido popular, hostil a Roma, dominaban completamente en el Senado y administraban la ciudad como dueños absolutos. Pero la desesperación se apoderó de toda la población, pequeños y grandes, campanios y fenicios. Veintiocho senadores se dieron la muerte, y los otros entregaron la ciudad a merced de un enemigo irritado e implacable. Se puso a funcionar inmediatamente un tribunal de sangre; solo se discute sobre si la condena ha de dictarse con o sin proceso. ¿Convendría buscar y perseguir hasta fuera de Capua las más lejanas ramificaciones de la alta traición cometida? ¿O no sería prudente? ¿No era mejor que una pronta justicia diese fin a las represalias? Apio Claudio y el Senado romano eran del primer parecer. Pero prevaleció la última opinión, que después de todo era la menos inhumana. Cincuenta y tres oficiales o magistrados capuanos, arrastrados a las plazas públicas de Cales y de Teanum, fueron apaleados y decapitados por orden y en presencia del cónsul Quinto Flacco. Los demás senadores fueron encerrados en una prisión, una gran parte del pueblo fue reducido a la esclavitud, y los bienes de los ricos fueron confiscados. Sentencias análogas fueron ejecutadas en Atella y Colacia. Sin duda eran castigos crueles, pero que se comprenden cuando se tiene en cuenta la gravedad de la defección de Capua y los rigores que por esa época eran autorizados, aunque no justificados, por el derecho de la guerra. ¿No se había condenado a sí misma de antemano cuando, al sublevarse, habían perecido a manos de los asesinos todos los romanos que se hallaban en sus muros? Pero Roma, en su inexorable venganza, aprovechó la ocasión para acabar con la rivalidad sorda que dividía a las dos ciudades más grandes de Italia. Suprimió la constitución de las ciudades campanias, y con ese mismo golpe derribó a una rival política por mucho tiempo envidiada y aborrecida.

DECIDIDA SUPERIORIDAD DE LOS ROMANOS CAPITULACIÓN DE TARENTO

La caída de Capua produjo una impresión profunda. Se decía que allí no había habido un simple golpe de mano, sino más bien un verdadero sitio sostenido durante dos años y terminado felizmente, a pesar de todos los esfuerzos de Aníbal. Seis años antes la defección de la ciudad había sido el signo visible del triunfo de los cartagineses; ahora, su capitulación revela la superioridad reconquistada por la República. Para contrabalancear en el ánimo de los aliados el efecto de semejante desastre, Aníbal había intentado apoderarse de Rhegium o de la ciudadela de

Tarento. Pero había sido en vano. Una expedición dirigida contra la primera ciudad no produjo ningún resultado. En Tarento los romanos carecían de víveres, pues la escuadra de los tarentinos y de los cartagineses había cerrado el puerto; pero la escuadra romana, que a su vez estaba en alta mar, cortaba las comunicaciones con el puerto y sitiaba por hambre al enemigo. Aníbal apenas hallaba con qué alimentar a los suyos en el territorio que dominaba. Los sitiadores sufrían en mar tanto como los sitiados en tierra, y, por consiguiente, se vieron obligados a abandonar el puerto. Nada les daba buenos resultados; la fortuna había salido del campo de los cartagineses. ¡Tales fueron las consecuencias de la rendición de Capua! La consideración y la confianza que Aníbal había inspirado en un principio a sus aliados estaban profundamente quebrantadas. De hecho, las ciudades que no se habían comprometido del todo buscaban el medio de volver a entrar en las mejores condiciones posibles en la confederación romana. Todo esto constituía una pérdida aún más sensible que la de la misma metrópoli de la baja Italia. Si se decidía a poner guarniciones en las ciudades de las que desconfiaba, debilitaba su ejército, que ya estaba muy mermado, y exponía a sus soldados a ser asesinados en estos pequeños destacamentos (ya en el año 544 la sublevación de Salapia^[9] le había costado quinientos caballos húmedos escogidos). Por el contrario, si prefería arrasar las fortalezas poco seguras o quemarlas para que el enemigo no se hiciese fuerte en ellas, esa extrema medida equivalía a relajar la moral de sus huestes. Al apoderarse de Capua, los romanos habían reconquistado la seguridad de un feliz éxito en la guerra. Aprovecharon esta ocasión para enviar refuerzos a España, donde la muerte de los Escipiones había puesto en peligro su dominación, y, por primera vez desde que se habían roto las hostilidades, disminuyeron el número total de soldados. En los años precedentes había hecho numerosos llamamientos a pesar de las crecientes dificultades en las levadas, y había reunido veintitrés legiones. En el año 544 (210 a.C.) la guerra fue menos viva en Italia, a pesar de que Marco Marcelo había venido a ponerse al frente del ejército principal luego de haber pacificado Sicilia. Recorrió el interior del país, atacó las ciudades y sostuvo contra los cartagineses algunos combates sin resultado decisivo. Luchan constantemente alrededor de la acrópolis de Tarento, sin que cambie la situación. En la Apulia, Aníbal derrota completamente al procónsul Gneo Fulvio Centumalo en la batalla de Herdonea. Pero al año siguiente (545), los romanos intentaron apoderarse de Tarento, la segunda gran ciudad de los italo-griegos que se había entregado a los cartagineses. Por un lado, Marco Marcelo hace frente a Aníbal con su energía y su constancia ordinarias (vencido primeramente en una gran batalla que duró cuarenta y ocho horas, le hizo sufrir

después un sangriento descalabro). Por otro, el cónsul Quinto Fulvio vuelve obedientes a los hirpinos y a los lucanios, desde tiempo atrás vacilantes, y hace que le entreguen las guarniciones fenicias de sus ciudades. Las salidas bien organizadas de los soldados de Rhegium obligaban a Aníbal a ir en auxilio de los brucios, acosados muy de cerca, y mientras tanto, el viejo Quinto Fabio, cónsul por quinta vez y encargado de recobrar Tarento, tomó fuertes posiciones en el territorio de los mesapianos. La traición de un cuerpo de brucios que formaban parte de la guarnición entregó la ciudad; y allí el vencedor, irritado, se mostró terrible y cruel como siempre. Todo cuanto caía en su poder, soldados o ciudadanos, fue pasado a cuchillo, y se saquearon las casas. Treinta mil tarentinos fueron vendidos como esclavos y tres mil talentos, producto del saqueo, fueron a enriquecer el Tesoro de la República. La toma de Tarento fue el último hecho de armas del octogenario general. Cuando Aníbal llegó en socorro de la plaza, era tarde. No le quedó otro recurso que retirarse a Metaponte.

ANÍBAL RECHAZADO AL FONDO DE ITALIA MUERTE DE MARCELO

Aníbal ha perdido ya sus más importantes conquistas. Obligado poco a poco a retirarse al extremo meridional de la península, estaba en un grave apuro. Entonces Marco Marcelo, cónsul elegido para el año siguiente, concibió la esperanza de acabar de un solo golpe con la guerra, concertando un ataque decisivo con su colega, el hábil y bravo Tito Quincio Crispino. Nada detiene al viejo soldado: ni sus sesenta años, ni el nombre de Aníbal. Día y noche, despierto o soñando, no tiene más que un pensamiento: derrotar al cartaginés y librar definitivamente Italia. Pero la fortuna destinaba a otro hombre más joven semejantes laureles. Yendo en un reconocimiento a través del país de Venosa, los dos cónsules fueron atacados de repente por una parte de los africanos. No obstante ser una lucha desigual, Marcelo peleó como lo había hecho contra Amílcar cuarenta años antes, y en Clastidium hacía catorce años. Pero fue arrojado de su caballo y muerto. Crispino pudo huir pero murió al poco tiempo, de resultas de sus heridas.

MISERIA PRODUCIDA POR LA GUERRA

Hacia once años que duraba la guerra en Italia. Parecía que ya había pasado el peligro que en los años precedentes había amenazado hasta la existencia de la República; pero no por esto se sentían menos pesadamente los inmensos sacrificios de una guerra interminable, que incluso que aumentaban cada día. La hacienda estaba en un estado indescriptible. Después de la batalla de Canas se había instituido una especie de comisión para que administrase el Tesoro (*tresviri mensarii, triumviros banqueros*),^[10] compuesta por hombres notables, con extensas atribuciones en materia de impuestos y de administración de las rentas públicas. Hicieron cuanto pudieron; pero las circunstancias eran tales, que hacían fracasar todos los esfuerzos de la ciencia financiera. Desde el principio de la guerra había sido necesario achicar la moneda de plata y de bronce, elevar en una tercera parte el curso legal de la de plata, y dar a la de oro un valor efectivo superior al valor metálico. Pero, como estos tristes expedientes no fueron suficientes, se tomaron a crédito los aprovisionamientos; hubo que pasárselo todo a los proveedores, simplemente porque se los necesitaba. Las cosas fueron tan lejos que se hizo necesario un ejemplo, para que los fraudes más escandalosos fueran denunciados y remitidos por los ediles a la justicia del pueblo. Se hizo un llamamiento al patriotismo de los ricos, que en muchos aspectos eran los que más sufrían. Por un movimiento espontáneo, o arrastrados por el espíritu de corporación, los soldados de las clases acomodadas, los caballeros y los oficiales renunciaron al sueldo. Los propietarios de los esclavos armados por la República, y emancipados después de la batalla de Benevento (pág. 177), respondieron a los tesoreros públicos que les ofrecían su pago, que esperarían hasta el fin de la guerra. Como no había fondos en caja para atender las festividades y la conservación de los edificios públicos, las asociaciones, que hasta entonces se habían encargado de aquellas a destajo ofrecieron ocuparse gratuitamente hasta nueva orden (año 540). Además, y como se había hecho en la primera guerra púnica, se construyó una escuadra que fue equipada con la ayuda de un empréstito voluntario entre los ricos (544). Se echó mano de los últimos recursos, y en el mismo año de la toma de Tarento se gastaron las últimas reservas del Tesoro, desde tiempo atrás economizadas. A pesar de tantos esfuerzos, el Estado no podía aún proveer a todas las necesidades. Se suspendió el pago del sueldo de los soldados, de modo que comenzaron a inquietarse, principalmente en los países más lejanos. Pero, por grandes que fuesen los obstáculos financieros, no eran el mal más grave de la situación. Por todas partes los campos estaban yermos: allí donde la guerra no impedía su cultivo, faltaban los brazos. El precio del medimo (unos cincuenta y dos litros y medio) había subido a quince dineros, esto es por lo

menos el triple del precio que solía tener en Roma. En realidad, muchos habrían muerto de hambre si no hubiera venido trigo de Egipto, y si la agricultura renaciente en Sicilia no hubiera suministrado con qué atender las más perentorias necesidades. Los relatos que han llegado hasta nosotros y la experiencia de lo que son semejantes guerras nos muestran suficientemente cuánta es la miseria que en tales casos experimenta el pobre labrador, con cuánta rapidez desaparecen todos sus ahorros tan penosamente reunidos, y cómo los lugares se convierten en refugio de mendigos o de ladrones.

LOS ALIADOS

A estos sufrimientos materiales de los romanos se agregaba un peligro mucho más grande: el disgusto que la guerra producía entre los aliados de Roma, y que iba cada día en aumento. La guerra les costaba su sangre y sus bienes. Poco importaban las disposiciones de los no latinos. Toda esta lucha atestiguaba su impotencia; mientras los latinos permanecieran fieles a la República, no había nada que temer de su descontento, cualquiera que fuese. Pero he aquí que el Lacio vacila a su vez. La mayor parte de las ciudades latinas de la Etruria, del Lacio, del país de los marsos y de la Campania septentrional, y aun de las regiones itálicas adonde la guerra no había llevado directamente su asolamiento, manifestaron al Senado romano (año 545) que no querían mandar en adelante contingentes ni contribuciones, y que dejarían a Roma sostener por sí sola aquellas largas luchas, en las que solo ella estaba interesada. El estupor que produjo en la capital semejante noticia fue grande; pero ¿qué medio había de obligar a los que protestaban? Afortunadamente no obraron de la misma manera todas las ciudades latinas. Las colonias de la Galia, del Picentino y de la baja Italia, y a su cabeza la poderosa y patriótica Fregela, proclamaron su fidelidad, ahora más estrecha e inquebrantable que nunca. Tenían clara conciencia de su situación. Veían su existencia aún más en peligro que la de la misma metrópoli. El objeto de la guerra no era solo Roma, sino más bien la hegemonía latina en Italia, y aun más todavía, la independencia nacional de los italianos. La semidefección de los demás no era traición, sino cansancio y estrechez de miras. Las ciudades refractarias habrían rechazado con horror toda alianza con los fenicios. Pero entre los latinos y los romanos estaba produciéndose un cisma cuyas consecuencias se hicieron sentir inmediatamente en la población de los países colonizados. Arretium se hallaba en un estado de fermentación peligroso. Se

descubrió allí una conspiración que se propagaba entre los etruscos, en interés de Aníbal. El mal era de tal naturaleza, que tuvieron que marchar soldados romanos sobre la ciudad. El movimiento fue reprimido sin trabajo, con solo algunas medidas militares y de policía; pero no por esto dejaba de ser la señal de un grave peligro. Si las poblaciones no se mantenían en la obediencia por medio de las fortalezas latinas, había que temerle todo de ellas.

LLEGADA DE ASDRÚBAL

Tal era la situación cuando de repente, y para colmo de dificultades, se supo que Asdrúbal había pasado los Pirineos (546). Así, pues, en la campaña siguiente sería necesario vérselas con los dos hijos de Amílcar simultáneamente. No en vano Aníbal había esperado defendiéndose tenazmente en sus posiciones durante tan largas y rudas campañas; ese ejército, que hasta entonces le habían negado la rivalidad de la oposición en Cartago y la imprevisión política de Filipo, le llegaba por fin con su hermano, en quien revivía el genio de Amílcar. Ya había ocho mil ligures ganados por el oro cartaginés, que estaban prontos a reunirse con Asdrúbal. Si triunfa en el primer combate, tiene la esperanza de arrastrar contra Roma a los galos y a los etruscos. Italia no es ahora lo que era hacía once años: Estados y particulares, todos estaban cansados; la liga latina, medio disuelta; el mejor general de los romanos había muerto en el campo de batalla, y Aníbal estaba siempre dispuesto. Escipión podría con justicia llamarse el favorito de los dioses, si un día le era dado apartar de la cabeza de sus compatriotas y de la suya propia la tormenta acumulada por su imperdonable falta.

NUEVOS ARMAMENTOS. MARCHAS DE ASDRÚBAL Y DE ANÍBAL BATALLA DE SENA O DE METAURO. ANÍBAL EN EL BRUTIUM

Roma pone en pie de guerra veintitrés legiones, igual que en los tiempos de mayor peligro. Llama a los voluntarios, y hace entrar en los cuadros incluso a los soldados legalmente exentos del servicio. No por esto dejó de cogerla de improviso. Asdrúbal pasó los Alpes mucho antes de lo que esperaban amigos y enemigos (año 547). Los galos, que ya estaban acostumbrados al paso de estos ejércitos, mediante una

cantidad convenida habían dejado libres los desfiladeros de las montañas, y suministrado víveres. ¿Habría pensado Roma en ocupar los puertos de Italia? De ser así, también en esta ocasión hubiera llegado tarde. Ya corría la noticia de que Asdrúbal estaba en las llanuras del Po y que había sublevado a los galos. Plasencia fue cercada.

El cónsul Marco Livio marchó precipitadamente a ponerse al frente del ejército del norte; ya era tiempo. La Etruria y la Umbría se agitaban sordamente y daban soldados al ejército de Asdrúbal. El otro cónsul, Cayo Nerón, se retiró de Venosa y llamó al pretor Cayo Hostilio Tubulo; después marchó aceleradamente con cuarenta mil hombres, a fin de cerrar a Aníbal el paso hacia el norte. En efecto, este había reunido en el Brutium todas sus fuerzas, y marchó hacia la gran vía que va de Rhegium a Apulia. Finalmente encontró a Nerón en Grumentum.^[11] Se empeñó un combate sangriento en el que Nerón se atribuyó la victoria; pero que no pudo impedir que Aníbal entrase en la Apulia, aunque con sensibles pérdidas, mediante una de esas hábiles marchas de flanco que le eran propias. Allí se detuvo, acampó a la vista de Venosa, y después cerca de Canusium. Nerón lo seguía paso a paso y en todas partes acampaba frente a él. Por otra parte, es evidente que, al permanecer en Apulia, Aníbal obraba obedeciendo un plan determinado, pues, si hubiese querido, habría podido continuar avanzando hacia el norte a pesar de la vecindad de Nerón. En cuanto a los motivos que lo impulsaban a no ir más lejos y a permanecer apostado en el Aufido, para juzgarlos sería necesario saber qué comunicaciones habían mediado entre él y su hermano, y lo que conjeturaba sobre el camino que este debía seguir; aspectos de lo cuales no tenemos noticia alguna. Entre tanto los dos ejércitos se espían mutuamente sin moverse, fue interceptado por las avanzadas romanas un despacho de Asdrúbal, impacientemente esperado en el campo cartaginés. En él decía que quería seguir la vía Flaminia y que, por consiguiente, marcharía por la costa hasta Fanum, para torcer enseguida a la derecha y bajar por el Apenino sobre Narnia (Narni). Allí esperaba encontrarse con Aníbal. Nerón mandó inmediatamente al sitio donde debían reunirse los dos ejércitos fenicios todas las reservas de la capital, a las que debía reemplazar una división que residía en Capua, luego de que en esta ciudad se formara otra reserva. Convencido de que Aníbal ignora el plan de su hermano y va a permanecer en Apulia para esperarlo, concibió audazmente la idea de escoger entre los soldados de su ejército siete mil de los más bravos y partir con ellos hacia el norte a marchas forzadas; quería reunirse con su colega y obligar a Asdrúbal a aceptar la batalla, él solo contra los dos. Ningún riesgo corría en dejar su mermado ejército frente a Aníbal, pues contaba con bastantes

soldados para luchar en caso de ataque, o para seguir al cartaginés hasta el lugar de la cita, si es que él se ponía también en marcha. Nerón encontró a su colega en Sena Galica, esperando al enemigo; ambos marcharon inmediatamente contra Asdrúbal, ocupado en este momento en el paso del Metauro. El hermano de Aníbal quiso evitar el combate e intentó desfilar por el flanco de los romanos, pero sus guías lo abandonaron y se extravió en un país que no conocía. Lo alcanzó la caballería romana, lo obligó a hacer frente y a detenerse; cuando llegó la infantería ya no pudo rehusar la batalla. Asdrúbal colocó a sus españoles en el ala derecha, con los elefantes por delante, y a los galos a su izquierda. El combate estuvo por mucho tiempo indeciso entre los españoles y los romanos. Ya el cónsul Livio se veía duramente rechazado, cuando Nerón decidió renovar en el campo de batalla su gran movimiento estratégico: dejó inmóvil en el sitio al enemigo con quien luchaba, pasó con él a la derecha romana por detrás de todo el ejército, y vino a caer por el flanco sobre los españoles. Esta nueva audacia le valió el triunfo. La victoria, tan duramente disputada y sangrienta, fue completa. El ejército cartaginés no encontró ninguna salida y fue destruido; su campamento también fue tomado por asalto. Cuando vio la batalla perdida a pesar de toda su habilidad y de su valentía, Asdrúbal buscó y halló la muerte del soldado siguiendo el ejemplo de su padre. Como general y como hombre se había mostrado digno hermano de Aníbal. Al día siguiente volvió a partir Nerón, y, después de unos catorce días de ausencia, entró de nuevo en su campamento de Apulia frente a Aníbal, que al no haber recibido ningún mensaje, no se había movido. El cónsul le llevó la nueva del desastre, e hizo que arrojasen en las avanzadas de su ejército la cabeza de su hermano. De esta manera brutal respondía a la magnanimidad de un adversario que dejaba en paz a los muertos, y que había tributado las honras fúnebres a Lucio Paulo, a Graco y a Marcelo. Aníbal supo que se habían desvanecido sus esperanzas y el fruto de sus victorias. Abandonó la Apulia, la Lucania y aun Metaponte, y se refugió en el fondo del Brutium, donde los puertos de la costa le ofrecían un último asilo. La energía de los generales romanos y los sucesos inauditos de la fortuna habían conjurado un peligro tan grande como el de Canas, que era lo único que podía justificar la tenaz permanencia del héroe cartaginés en Italia. En Roma, la alegría fue inmensa. Los negocios volvieron a seguir su curso natural, como en tiempos de paz. Todos conocían que ya había pasado la crisis.

TREGUA DE LAS HOSTILIDADES. MAGÓN EN ITALIA

Sin embargo, no se apresuraron a terminar la guerra. El Senado y los ciudadanos se sentían fatigados por tantos esfuerzos y gastos, y se entregaron al reposo y a la tranquilidad. En principio, el ejército y la armada fueron disminuidos; los campesinos romanos y latinos volvieron a sus desiertas alquerías; y el Tesoro fue llenando sus cajas mediante la venta de una parte de los dominios públicos de Campania. También se reformó la administración pública y los inveterados desórdenes fueron suprimidos; así se empezaron a pagar regularmente los empréstitos voluntarios de la guerra. Por último, las ciudades latinas retrasadas fueron llamadas al cumplimiento de sus deberes y obligadas a pagar grandes intereses. En síntesis, tal es el cuadro que nos ofrece la metrópoli. Durante este tiempo parece que ha terminado la guerra en Italia. Todavía se lo ve a Aníbal mantener su campo en el Brutium durante cuatro años. Y, si bien esta es una nueva y admirable prueba de su genio militar, es una prueba mucho más palpable de la incapacidad de los generales romanos enviados contra él. A pesar de la gran superioridad numérica, no pueden obligar a Aníbal a encerrarse en las plazas ni a embarcarse para su patria. Es verdad que se ve obligado a batirse constantemente en retirada, no tanto por los combates indecisos que se dan todos los días, sino por las defecciones de sus aliados, en tanto no puede contar más que con las ciudades de las que son dueños sus soldados. Así es como abandona Thurium, y un destacamento mandado desde Rhegium por orden de Publio Escipión vuelve a apoderarse de Locres en el año 549 (205 a.C.). Entonces, y como para dar a los planes del héroe una brillante justificación, las mismas personas que lo habían combatido y estorbado durante tantos años, o sea, los magistrados supremos de Cartago, vuelven en sí y le suministran subsidios y refuerzos ante la amenaza del desembarco de los romanos en África. Envían a Magón a España, y mandan avivar la guerra en Italia. Aun a costa de nuevos combates, necesitan procurar alguna tranquilidad a los azorados poseedores de los pueblos de la Libia y a los tenderos de la metrópoli africana. Partió inmediatamente una embajada para Macedonia, que le solicitó a Filipo la renovación de la alianza y un desembarco de tropas en las costas de Italia. ¡Vanos y tardíos esfuerzos! Ya hacía algunos meses que Filipo había firmado la paz. El aniquilamiento político de Cartago, que él ya había previsto, le es sin duda muy perjudicial, pero no se atreve a intentar nada contra Roma. Los romanos lo acusan de que había desembarcado en África un cuerpo de soldados macedonios pagados por él. La acusación era verosímil, pero a juzgar por los sucesos ulteriores la República no tuvo suficientes pruebas. En cuanto a un desembarco de Filipo en Italia, Roma ni siquiera se preocupó por ello. Entre tanto, Magón, el más joven de los hijos de

Amílcar, puso formalmente manos a la obra. Reuniendo los restos del ejército de España, los trasladó a Mallorca, y en el año 549 desembarcó en las inmediaciones de Génova, ciudad que destruyó, y llamó a las armas a los ligurios y a los galos, que acudían en tropel atraídos, como siempre, por su oro y por la novedad de la empresa. Se pone en inteligencia hasta con la Etruria, donde aún no habían cesado las ejecuciones políticas. Pero tiene muy pocos soldados para emprender algo serio en contra de Italia propiamente dicha; y Aníbal, debilitado y casi sin influencia en la baja Italia, no podía intentar reunirse con él con alguna esperanza de éxito. Los jefes de Cartago no habían querido salvarlo cuando podían: hoy que quieren, ya no pueden.

EXPEDICIÓN DE ESCIPIÓN AL ÁFRICA

Nadie dudaba en Italia de que la guerra de Cartago contra Roma había terminado, y de que había llegado el tiempo de comenzar la de Roma contra Cartago. Pero aun cuando todos pensaban esto, no se habían apresurado a organizar la expedición a África. Lo primero que se necesitaba era un jefe capaz y apreciado por todos, de lo cual carecían. Los mejores capitanes habían perecido en el campo de batalla, y los que no, como Quinto Fabio y Quinto Fulvio, eran demasiado viejos para esta guerra tan nueva, que probablemente se prolongaría. Cayo Nerón y Marco Livio, vencedores del Metauro, se hubieran mostrado a la altura de tal misión; pero como ambos pertenecían a la aristocracia no disfrutaban del favor del pueblo. ¿Conseguirían alguna vez ser elegidos? Las cosas habían llegado ya a un punto en el que el valor y la aptitud influían muy poco en la elección, a no ser que fuera una necesidad extrema. Y, en caso de que se verificase su elección, ¿podrían arrastrar a aquel pueblo tan fatigado a que hiciese nuevos esfuerzos? Nada tan dudoso. En este momento volvió de España Publio Escipión, el favorito de las masas, ilustre por el completo éxito, aparente al menos, de sus campañas en la península. Inmediatamente fue elegido cónsul para el año siguiente. Entró en el cargo (en el 549) con la intención premeditada de conducir un ejército al África, ejecutando de este modo un proyecto formado durante su permanencia en España. Pero en el Senado los partidarios de la guerra metódica ni siquiera querían oír hablar de una expedición al otro lado del mar mientras Aníbal estuviese en Italia, y el joven general no disponía, ni con mucho, de la mayoría. Los rudos y austeros padres conscriptos veían con disgusto aquellos hábitos de elegancia completamente griega,

y aquella cultura y modo de pensar enteramente modernos. Escipión daba pie para más de un ataque serio, tanto por sus faltas estratégicas durante su mando en España, como por la floja disciplina de su ejército. ¿No sería fundada la acusación que se le hacía de haber actuado con culpable indulgencia hacia sus generales de división? Al poco tiempo, cuando Cayo Flaminio cometía en Locres horribles atrocidades, ¿no se lo vio hacer la vista gorda y asumir de este modo la responsabilidad de la odiosa conducta de su lugarteniente?^[12] En las deliberaciones del Senado respecto de la organización de la escuadra, del ejército y del nombramiento de un general, el nuevo cónsul pasaba sin intimidarse por encima de todos los obstáculos siempre que su interés privado estaba en oposición con los usos y con la ley. Mostraba claramente que, en caso de resistencia extrema, apelaría al pueblo, a su gloria y a su crédito con las masas, para enfrentar el poder gobernante. De aquí las heridas dolorosas, y el temor de que semejante jefe de ejército no se creyese nunca obligado por sus instrucciones, ni en lo tocante a la marcha de las operaciones militares más decisivas, ni en las negociaciones eventuales de paz. Ya se sabía que en la guerra de España no había atendido más que a sus propias inspiraciones. Estos cargos eran graves. Sin embargo, hubo la suficiente prudencia para no extremar las cuestiones. El Senado no podía negar que la expedición de África era necesaria. Hubiera sido imprudente dilatarla, e injusto desconocer los grandes talentos de Escipión, su aptitud singular para la guerra próxima. Solo él podría quizás obtener del pueblo tanto la prorrogación de su mando por todo el tiempo necesario, como los sacrificios en hombres y dinero. Por lo tanto, la mayoría consintió en dejarlo libre para obrar según sus designios, después de que, al menos formalmente, hubiese acreditado su completa deferencia hacia los representantes del poder supremo, y se hubiera sometido de antemano a la decisión del Senado. De esta forma recibió el encargo de marchar ese mismo año a Sicilia, y activar allí los trabajos de construcción de la flota, la organización de un material de sitio y la formación de un ejército expedicionario para desembarcar en África en la primavera siguiente. La República puso a su disposición el ejército de Sicilia, y las dos legiones formadas con los restos de los soldados de Canas. Para la protección de la isla bastaba una pequeña guarnición y la escuadra. Se le permitió además reclutar voluntarios en Italia. Claro está que el Senado toleraba la expedición, pero no la ordenaba. Escipión no tenía a su disposición ni la mitad de las fuerzas que Régulo había conducido anteriormente, y los soldados que le daban, acantonados por castigo en Sicilia hacía muchos años, se hallaban en un estado próximo a la indisciplina. Para la mayoría de los senadores, el ejército expedicionario era enviado como una especie de avanzada que se daba por

perdida, y que serviría como centro de disciplina; poco importaba que no volviese.

Otro que no hubiera sido Escipión habría protestado, sin duda, y declarado que era necesario renunciar a la empresa o reunir de antemano otros medios para su ejecución. Pero Escipión tenía confianza en sí mismo, y sufría cualquier condición con tal de obtener el mando tan deseado. Para no perjudicar la popularidad de la empresa, evitó con cuidado que las cargas de la expedición recayesen directamente sobre los ciudadanos. Los gastos principales, y sobre todo los de la escuadra, se pagaron en parte con ayuda de una llamada contribución voluntaria de las ciudades etruscas, o, para decirlo de una vez, con una contribución de guerra impuesta a los arretinos y a las demás ciudades culpables de defección, y en parte también con las contribuciones de Sicilia. En cuarenta días las naves estuvieron dispuestas a hacerse al mar. El cuerpo de ejército fue reforzado con siete mil voluntarios que acudieron de todos los puntos de Italia a la voz del general querido por los soldados. Por último, en la primavera del año 550 (204 a.C.), Escipión partió con dos legiones reforzadas (unos treinta mil hombres), cuarenta buques de guerra y cuatrocientos transportes. Sin encontrar la más leve resistencia fue a desembarcar cerca del Bello Promontorio (inmediato al Cabo Bon), próximo a Utica.

ARMAMENTOS DE CARTAGO ESCIPIÓN RECHAZADO HACIA LA COSTA SORPRESA DEL CAMPAMENTO CARTAGINÉS

Hacia mucho tiempo que los cartagineses esperaban una tentativa más seria que las incursiones que venían verificando las escuadras romanas en la costa de África en los últimos años. Para defenderse, habían intentado encender la guerra italomacedónica; pero además estaban preparados para recibir a los romanos. Habían sacado provecho de la situación de los dos reyes bereberes rivales, sus vecinos: Masinisa de Cirta (Constantina), jefe de los masiles, y Sifax de Siga (en la desembocadura del Tafna, al oeste de Orán), jefe de los masesilios. A Sifax, que era el más poderoso, lo habían separado de su antigua alianza con Roma y habían hecho tratados con él; aún más, lo habían casado con una mujer de Cartago. En cuanto a Masinisa, antiguo enemigo de Sifax y aliado de los cartagineses, lo vendieron. Después de haberse defendido a la desesperada contra las fuerzas reunidas de Sifax y de los fenicios, obligado a abandonar sus Estados que cayeron en poder de Sifax, marchó con una pequeña escolta de caballeros a andar errante y fugitivo en el

desierto. Sin contar los refuerzos prometidos por su nuevo aliado, los cartagineses poseían un ejército de veinte mil infantes, seis mil caballos y ciento cuarenta elefantes, que Hannon había cazado y traído personalmente de una expedición. Estas fuerzas, dispuestas inmediatamente para el combate, guarnecían la ciudad. Las mandaba un general experimentado del ejército de España, Asdrúbal, hijo de Giscón, y había en el puerto una poderosa escuadra. Se esperaba además un cuerpo de macedonios, mandados por Sopater, y una división de mercenarios celtíberos. Ante la noticia del desembarco de Escipión, Masinisa acudió al campo de aquel que pocos años antes había combatido en España por cuenta de los cartagineses. Pero este príncipe «sin Estados» no traía consigo más que sus talentos personales. Aunque los libios estaban cansados de pagar contribuciones y suministrar contingentes, habían pagado muy caras sus insurrecciones como para atreverse a declararse por los romanos tan rápidamente. Escipión se puso en marcha. Mientras no tuvo delante de sí más que al ejército cartaginés, inferior al suyo, conservó la superioridad; y después de algunas escaramuzas de la caballería llegó a Utica y le puso sitio. Pero no tardó en aparecer Sifax al frente de cincuenta mil hombres de infantería y de diez mil caballos. Entonces fue necesario levantar el sitio y atrincherarse para el invierno en un campamento naval construido en un promontorio fácil de defender, entre Utica y Cartago. Los romanos pasaron allí la mala estación. Pero al llegar la primavera no había mejorado la situación; Escipión salió de ella por un afortunado golpe de mano. Fingió entablar negociaciones de paz, y por este medio, no muy honroso por cierto, consiguió adormecer la vigilancia de los africanos. Después, aprovechando una hermosa noche, se arrojó sobre los dos campamentos. Las chozas de cañas de los húmedas fueron entregadas a las llamas, y, cuando los cartagineses volaron en su auxilio, el incendio devoró también sus tiendas. Huyendo desordenadamente y sin armas, los acuchillaron los destacamentos colocados al efecto en puntos determinados. Esta sorpresa nocturna hizo más daño que una serie de derrotas. Sin embargo, los cartagineses no se abatieron. Los más tímidos o los más inteligentes querían que se llamase a Magón y a Aníbal; pero semejante proposición fue rechazada. Acababan de llegar los auxilios de Macedonia y de Celtiberia; se quiso dar una formal batalla en los Campos Grandes, a cinco jornadas de Utica. Escipión aceptó el reto con gran contento. Sus veteranos y sus voluntarios dispersaron fácilmente las hordas de los húmedas y de los cartagineses, reunidas precipitadamente. Los celtíberos, que no podían esperar perdón, se dejaron hacer pedazos después de una obstinada defensa.

Derrotados dos veces, los africanos ya no podían esperar en campo raso. Su

escuadra atacó el campamento naval sin sufrir una derrota, pero sin conseguir un triunfo decisivo. Para los romanos, este revés fue compensado con la prisión de Sifax, que la afortunada estrella de Escipión hizo que cayese en sus manos. Desde esta fecha, Masinisa vino a ser para los romanos lo que el rey cautivo había sido para los cartagineses.

**PRELIMINARES DE LA PAZ.
INTRIGAS DE LOS PATRIOTAS. VUELTA DE ANÍBAL A ÁFRICA
RENOVACIÓN DE LAS HOSTILIDADES**

Fue entonces cuando la facción de la paz, que hacía dieciséis años que callaba, levantó la cabeza en Cartago y entró en lucha abierta con el gobierno de los hijos de Barca y el partido patriota. Asdrúbal, hijo de Giscón, fue condenado a muerte durante su ausencia; también le propusieron a Escipión un armisticio, y después la paz. Este exigió que abandonasen sus posesiones españolas y las islas del Mediterráneo, y que entregasen el rey Sifax a Masinisa. También deberían entregar los buques de guerra, en adelante no quedarían más que veinte para Cartago, y una contribución de cuatro mil talentos. Estas condiciones eran tan favorables que puede preguntarse en interés de quién las había dictado Escipión, si en el de Roma o en el suyo propio. Los plenipotenciarios de Cartago las aceptaron a reserva de que las ratificase su gobierno, y partió para Roma una embajada cartaginesa. Pero los patriotas no quisieron acceder a ellas. La fe en la causa que defendían, la confianza en su gran capitán y el ejemplo mismo que Roma les había dado los animaban a la resistencia. Por otra parte, ¿no iba la paz a poner a sus adversarios al frente del gobierno y a condenarlos a ellos a una perdición cierta? Estaban seguros de tener mayoría en el pueblo. Convinieron en dejar que la oposición negociase la paz, mientras que durante este tiempo preparaban el último y decisivo esfuerzo. Ordenaron a Magón y a Aníbal regresar sin tardanza. Magón, que hacía tres años que luchaba en el norte de Italia y había logrado resucitar aquí la coalición contra Roma, acababa de dar una batalla en el país de los insubrios a dos ejércitos romanos, muy superiores al suyo. Y a pesar de esto, había dispersado la caballería enemiga y acosado muy de cerca la infantería. El hábil general ya contaba con la victoria cuando una división romana se lanzó con gran arrojo sobre los elefantes, precisamente en el momento en que él caía gravemente herido, y cambió la fortuna de la guerra. El ejército fenicio retrocedió hacia la costa, y al recibir orden de volver

a África, se embarcó inmediatamente. Magón murió durante la travesía. En cuanto a Aníbal, se hubiera adelantado al llamamiento si las negociaciones pendientes con Filipo no le hubiesen hecho creer que podía aún servir mejor a su patria en los campos de Italia que en África. El mensajero lo encontró en Crotona, donde se hallaba desde hacía algún tiempo, y lo obedeció inmediatamente. Hizo matar a todos sus caballos y a todos los soldados italianos que se negaron a seguirlo, y se embarcó en los transportes que tenía dispuestos en el puerto. El pueblo romano respiró al fin. Volvía la espalda a la tierra de Italia ese poderoso «león de Libia» que nadie había podido hacer huir. En esta ocasión, el Senado y los ciudadanos acordaron poner una corona de yerba (*corona graminea*) al general más viejo de los romanos que habían sostenido honrosamente el peso de esta terrible guerra, a Quinto Fabio, que contaba ya cerca de noventa años. Recibir de todo un pueblo la recompensa que el ejército concedía ordinariamente al capitán que lo había salvado era allí el mayor de los honores a los que un ciudadano romano podía aspirar. Esta fue también la última distinción ofrecida al viejo general, que murió ese mismo año (551). Aníbal desembarcó en Leptis sin obstáculo, no por la tregua, sino gracias a la rapidez de su marcha y a su astucia. El último superviviente de los *leoncillos* de Amílcar, después de treinta y seis años de ausencia, volvía a pisar el suelo de su patria. La había abandonado casi niño, al comenzar su heroica carrera y sus aventuras, que en definitiva habían sido inútiles. Había partido hacia el Occidente y vuelto por Oriente describiendo el gran círculo de sus victorias alrededor del mar cartaginés. Veía verificarse el acontecimiento que tanto había luchado por prevenir, y que habría impedido si se le hubieran dado medios. En la actualidad se necesitaba de su ayuda para salvar Cartago, y puso mano a la obra sin quejarse ni acusar a nadie. Su llegada levantó el partido de los patriotas, y se calló la vergonzosa sentencia pronunciada contra Asdrúbal. Hábil como siempre, Aníbal renovó sus alianzas con los jeques nómadas; la paz, ya de hecho concluida, fue rechazada por una asamblea del pueblo. En señal de ruptura, las poblaciones del litoral se apoderaron de una armada de transportes que había encallado en la costa, en tanto una galera que conducía a los enviados de Roma fue atacada y capturada. Escipión, justamente irritado, levantó inmediatamente su campamento y recorrió el rico valle del Bagradas; no daba cuartel a las ciudades ni a las aldeas, cogiendo en masa y vendiendo como esclavos a todos los habitantes. Ya había penetrado en el interior y tomado posiciones cerca de Naraggara (al oeste de Sicca, hoy El Kaf, cerca de Ras o Djaber), donde lo alcanzó Aníbal, que venía de Hadrumete. Ambos generales celebraron una entrevista en la que el cartaginés procuró obtener del romano condiciones de paz más favorables.

Pero este había llegado ya al último extremo de las concesiones. Después de la violenta ruptura de la tregua, le estaba prohibida toda condescendencia.

BATALLA DE ZAMA

Al dar este paso, Aníbal se proponía mostrar a su pueblo que el partido patriota no era absolutamente hostil a la paz. La conferencia no tuvo ningún resultado, y se dio la batalla en Zama (en las inmediaciones de Sicca, según se cree).^[13] Aníbal había colocado su infantería en tres filas: en la primera estaban los mercenarios cartagineses; en la segunda, las milicias africanas y fenicias; en la tercera combatían los veteranos del ejército de Italia. Había colocado en la vanguardia ochenta elefantes, y la caballería ocupaba las alas. Escipión dividió también su ejército en tres divisiones, según la costumbre romana, y combinó sus líneas de modo que los elefantes pudiesen pasar por el medio sin romperlas. Un éxito completo coronó sus previsiones: al marchar de lado, los elefantes introdujeron el desorden en la caballería cartaginesa. Cuando la de los romanos, muy superior en número merced a los escuadrones de Masinisa, llegó a atacar las alas, prácticamente no halló resistencia, y se lanzó en persecución de la cartaginesa. En el centro la acción fue más empeñada, y permaneció por mucho tiempo indecisa entre las dos primeras líneas de la infantería de los dos ejércitos enemigos. Después de una sangrienta lucha, ambas se retiraron a buscar un apoyo en las segundas filas. Los romanos lo hallaron fácilmente. Pero las milicias de Cartago se mostraron poco seguras y tímidas; y los mercenarios, creyéndose vendidos, vinieron a las manos con los mismos cartagineses. Aníbal se apresuró a mandar sobre las alas lo que le quedaba de las dos divisiones, y desplegó frente al enemigo sus reservas del ejército de Italia. Escipión lanzó el resto de su primera línea de combate sobre el centro del enemigo, y mandó las otras dos divisiones a derecha e izquierda. La batalla se empeñó de nuevo en toda la línea, y por ambas partes se hizo una horrible carnicería. A pesar de la superioridad numérica de los romanos, los veteranos de Aníbal no cedían un palmo de terreno. Pero de repente se vieron envueltos por la caballería de Escipión y de Masinisa, que volvían de perseguir a la caballería cartaginesa. La lucha terminó con el completo aniquilamiento del ejército fenicio. Vencedores en Zama, los vencidos vengaban la antigua afrenta de Canas. Aníbal había podido refugiarse en Adrumeta con algunas de sus tropas.

LA PAZ

Después de tal desastre hubiera sido una locura de parte de los cartagineses intentar de nuevo los azares de la guerra. Nada impedía al general romano comenzar inmediatamente el sitio de Cartago. Los caminos que conducían a ella se hallaban abiertos, y no se la había aprovisionado. De no ocurrir sucesos imprevistos, estaba en la mano de Escipión hacerla sufrir la suerte que Aníbal había premeditado contra Roma. Pero Escipión se detuvo, y accedió a la paz (año 553), aunque en más duras condiciones. Además de las renunciaciones exigidas en los anteriores preliminares en favor de Roma y de Masinisa, Cartago se sometió a una contribución de guerra anual de doscientos talentos, por espacio de medio siglo. Se comprometió además a no entrar nunca en lucha contra Roma ni sus aliados; a no llevar sus armas fuera de África, y, aun aquí, a no hacer jamás la guerra sin el permiso de la República. De hecho, descendía al rango de tributaria y perdía su importancia política. Añadiremos, por último, que en ciertos casos determinados estaba obligada a enviar a la escuadra romana un contingente de buques.

Se ha censurado mucho a Escipión. Se dice que por finalizar él solo la guerra más grande que Roma había sostenido, y por no transmitir la gloria de su terminación a su sucesor en el mando supremo, hizo al enemigo favorables concesiones. Si el móvil atribuido fuese cierto, la acusación sería fundada; pero en cuanto a las condiciones de la paz, no justifican dicha acusación. En primer lugar, el estado de cosas en Roma no era tal que, al día siguiente de la batalla de Zama, el favorito del pueblo hubiese de temer seriamente que le retirasen sus poderes. Aun antes de la victoria, una moción presentada con este objeto por el Senado ante la asamblea del pueblo fue rechazada casi unánimemente. Además, ¿no era el tratado todo lo que podía ser? A contar desde el día en que tuvo las manos ligadas, y a su lado un poderoso vecino, Cartago no intentó ni una sola vez aparecer nuevamente como la rival de Roma, o sustraerse al menos a la supremacía de su rival de otros tiempos. Todo el que tenía ojos para ver comprendía que esta segunda guerra la había emprendido Aníbal por su cuenta, más que la República fenicia. Pero para aquellos italianos arrastrados por un sentimiento de venganza no era bastante haber entregado a las llamas quinientas galeras; querían también que la ciudad tan aborrecida fuese reducida a cenizas. El encono y la cólera del pueblo no habían quedado aún satisfechos. Roma no se consideraba completamente victoriosa hasta que no hubiese aniquilado a su adversario, y no se le perdonó al general que dejara con vida a un enemigo culpable de haber hecho temblar a los romanos. Escipión, sin

embargo, juzgaba de otro modo; y nosotros no hallamos derecho ni motivo para sospechar de su determinación. No obedecía al impulso de pasiones mezquinas y comunes; siguió simplemente los nobles y generosos impulsos de su carácter. No, no temió ni su relevo, ni las mudanzas de la fortuna, ni la explosión de una guerra próxima con el rey de Macedonia. Seguro de su posición y de su destino, hasta entonces afortunado en todas sus empresas, tuvo sus razones legítimas al no ejecutar la sentencia capital, cuyo instrumento será cincuenta años después su nieto adoptivo, y que quizás hubiera podido él consumir entonces. En mi sentir, lo probable es que los dos grandes capitanes que estaban al frente de los destinos de sus respectivos pueblos, ofreciendo y aceptando la paz, hayan querido contener en sus justos y prudentes límites el furor vengativo de los vencedores, uno, y la tenacidad torpe y perniciosa de los vencidos, el otro. La magnanimidad de sentimientos y la elevación del pensamiento político rayaban a igual altura en Aníbal y en Escipión. El primero, resignándose estoicamente a la inevitable necesidad; y el segundo, no queriendo el abuso inútil ni el odioso exceso de la victoria. ¿No se preguntaría quizás este libre y generoso pensador en qué podía ser útil a Roma destruir también esta antigua capital del comercio y de la agricultura, una vez que ya había derrumbado su poder político? ¿No era atentar contra la civilización destruir brutalmente una de sus columnas? Aún no habían llegado los tiempos en que los hombres de Estado de Roma se convertirán en verdugos de las naciones vecinas, y creerán lavar la ignominia romana derramando en sus horas de ocio una lágrima sobre sus víctimas.

RESULTADOS DE LA GUERRA

Tal fue el fin de la segunda guerra púnica, o de la guerra de Aníbal, como la llamaron los romanos. Durante diecisiete años sembró el espanto en el continente y en las islas, desde las columnas de Hércules hasta el Helesponto. Antes de esto, Roma no había pensado más que en la conquista y en la dominación de la tierra firme de Italia dentro de sus fronteras naturales, incluso las islas y los mares inmediatos. Las condiciones de la paz impuestas al África hacen ver claramente que, al terminar la guerra, todavía no albergaba el pensamiento de extender su dominación a todos los Estados mediterráneos, o de fundar en provecho suyo la monarquía universal. Solo aspiraba a poner a su peligrosa rival en un estado tal que no la pudiese perjudicar nuevamente, y en dar a Italia vecinos más pacíficos. Pero los resultados fueron mucho más allá: la conquista de España particularmente estaba

poco de acuerdo con dichas miras. Los efectos excedían con mucho las primeras previsiones, y puede decirse que Roma conquistó la península pirenaica solo por la fortuna de los combates. Roma se apoderó de Italia con un designio premeditado, pero se le vinieron a las manos el cetro del Mediterráneo y el dominio de los países circundantes sin haber quizá pensado en ello.

RESULTADOS FUERA DE ITALIA

RESULTADOS EN ITALIA

Las consecuencias inmediatas de la guerra púnica fuera de Italia fueron: la transformación de España en una doble provincia romana, aunque en perpetuo estado de insurrección; la reunión del reino siliciano de Siracusa con el resto de la isla, que ya pertenecía a la República; la sustitución del patronato de Cartago sobre los jefes nómadas más importantes por parte de Roma, y la caída de Cartago del rango de metrópoli comercial al de una simple ciudad de comercio. En una palabra, la incontestable supremacía de Roma en todos los países del Mediterráneo occidental. A los sistemas de Estados de Oriente y de Occidente, que durante la primera guerra no habían hecho más que aproximarse, los vemos ahora atacarse decididamente. Y, en efecto, Roma no tardará en mezclarse en los conflictos de las monarquías de los sucesores de Alejandro. En Italia, para los galos de la región cisalpina el fin de la guerra púnica era una amenaza de seguro aniquilamiento, suponiendo que no se hubiese ya fijado anteriormente su suerte. La consumación de su ruina en adelante no es más que cuestión de tiempo. En el interior de la confederación itálica, la victoria de Cartago acabó de poner a la nación latina en el primer rango. A pesar de algunas vacilaciones locales, se mantuvo fiel y compacta ante el peligro común. Al mismo tiempo se aumentó la sujeción de los itálicos no latinos o solamente latinizados, sobre todo la de los etruscos y sabelios de la baja Italia. Pero el castigo más pesado, o mejor dicho, la más despiadada venganza de Roma recayó principalmente sobre los aliados más poderosos de Aníbal, el pueblo de Capua y el de los brucios. La constitución de Capua fue destruida, y de esta forma la segunda ciudad de Italia se vio reducida a ser solo la más grande de las aldeas. Hasta se trató de derribar y arrasar sus murallas. A excepción de algunos campos pertenecientes a extranjeros o a campanios amigos de Roma, el Senado decretó que todos sus terrenos fuesen declarados de dominio público, y en adelante se los dividió en parcelas

pertenecientes a pequeños propietarios. Del mismo modo fueron tratados los picentinos, sobre el Silaro. Su principal ciudad fue destruida, y sus habitantes fueron distribuidos en las aldeas inmediatas.

Más rigurosa aún fue la suerte de los brucios. Roma los redujo a una especie de esclavitud y les prohibió el derecho de llevar las armas. Los demás aliados de Aníbal expiaron también su defección. Esto sucedió con las ciudades griegas, a excepción de las pocas que se habían mantenido fieles a los romanos, como las de Campania y Rhegium. Por último, los habitantes de Arpi y de otro gran número de ciudades lucanias, apulias y samnitas perdieron gran parte de su territorio, y nuevas colonias fueron a establecerse en el terreno confiscado. En el año 560 (194 a.C.), particularmente, una multitud de ciudadanos fue a colonizar las costas de la baja Italia: Pontum (cerca de Manfredonia), Crotona, Salerno, erigida al sur del país de los picentinos con la misión de contenerlos, y sobre todo Puteoli (Puzzoli), que no tardó en convertirse en sitio de recreo para las clases altas, y en centro del comercio de lujo con Asia y Egipto. En este mismo año (560), Thurium se convirtió en fortaleza latina y tomó el nombre de Copia; así también la rica ciudad brucia de Vivo se denominó en adelante Valentia. Los veteranos del ejército victorioso de África fueron diseminados en diversos dominios del Samnium y de la Apulia. El resto se transformó en dominio público. Las magníficas huertas y jardines de los antiguos habitantes de estas campiñas se convirtieron en prados comunales de los ricos ciudadanos de la metrópoli romana. Por lo demás, en todos los demás puntos y ciudades de la península se persiguió de muerte a todos los que se habían destacado por sus tendencias antirromanas. Estuvieron a la orden del día los procesos políticos y las confiscaciones. En todas partes pudieron reconocer los confederados no latinos lo vano de su título de aliados: no fueron ni más ni menos que súbditos de Roma. Una vez vencido Aníbal, esta subyugó por segunda vez todo el país, y los pueblos simplemente itálicos tuvieron que sufrir las consecuencias de la cólera y de la arrogancia del vencedor. Los acontecimientos del día dejaron su sello hasta en el teatro cómico contemporáneo, por más que fuese incoloro y hubiese una censura rigurosa. Las humilladas ciudades de Capua y Atella fueron oficialmente entregadas a la desenfadada burla de los poetas bufones de Roma. Atella hasta dio su nombre a este género, y veremos que los otros cómicos refieren, en son de chanzoneta, que en la morada pestilente donde perecen los más robustos esclavos, aun los procedentes de Siria, los afeminados campanios han aprendido al fin a vencer el clima. Tristes burlas de un bárbaro vencedor, y que hacen llegar hasta nosotros los gritos de desesperación de todo un pueblo escarnecido y pisoteado.^[14] Así pues, cuando

estalló la guerra de Macedonia, el Senado vigiló a Italia con gran cuidado, y envió refuerzos a las principales colonias, a Venosa, a Narnia, a Cosa y a Cales.

La guerra y el hambre habían diezmando la población de Italia. En la misma Roma disminuyó en una cuarta parte el número de ciudadanos; y, si se agrega la cifra de los italianos muertos por los soldados de Aníbal, no se exagerará elevándola a trescientos mil hombres. Estas sangrientas pérdidas recaían sobre el cuerpo de los ciudadanos llamados a formar el núcleo principal y más sólido de los ejércitos. Las filas del Senado se habían clareado de una manera increíble: después de la batalla de Canas fue necesario completarlo, pues solo había ocupados ciento veintitrés asientos. Costó gran trabajo elevarlo a su número normal, aun apelando a una promoción extraordinaria de ciento setenta y siete senadores. La guerra había estado devastando alternativamente todos los puntos de Italia a lo largo de dieciséis años, y en el exterior también se la había estado sosteniendo en todas direcciones. ¿Pueden ponerse en duda los sufrimientos que experimentaron, dado el estado económico de los pueblos? La tradición atestigua el hecho general sin precisar los detalles. Es verdad que se enriquecieron las cajas del Tesoro gracias a las confiscaciones, y que el territorio campanio se convirtió en una fuente inagotable de riqueza pública. Pero ¿qué importan los acrecentamientos del dominio común cuando son la ruina de las poblaciones, y traen consigo tanta miseria como bien habían hecho las distribuciones de los terrenos públicos en otro tiempo? Una infinidad de ciudades florecientes (por lo menos cuatrocientos) quedaron destruidas y desiertas. Los capitales reunidos a costa de tantas fatigas habían sido disipados, y los hombres andaban desmoralizados en los campamentos. En una palabra, todas las sanas tradiciones de las costumbres se habían perdido, tanto en las ciudades como en las campiñas.

He aquí el cuadro que se presenta ante nuestros ojos, desde Roma hasta la aldea más insignificante. Los esclavos y la gente arruinada se reunían en cuadrillas para el robo y el pillaje. ¿Se quiere una prueba de estos peligrosos excesos? Solo en el año 569 (185 a.C.), y nada más que en la Apulia, cayeron en poder de la justicia siete mil ladrones. Los inmensos baldíos abandonados a pastores esclavos semisalvajes favorecían en gran manera estas irremediables devastaciones. Pero además, el porvenir de la agricultura italiana se vio amenazado por un ejemplo funesto, que se produjo por primera vez en Italia durante esta guerra: el pueblo romano supo que, en lugar de sembrar y coger con sus manos sus propios cereales, en adelante podía ir a sacarlos de los graneros de Sicilia y de Egipto.

Como quiera que fuese, todo soldado romano a quien los dioses le habían concedido sobrevivir a estas guerras podía mostrarse orgulloso del pasado, y mirar

con confianza el porvenir. Si se habían cometido faltas, también se habían soportado con valor los males; y ya que la juventud en masa había tenido empuñadas las armas por espacio de diez años, el pueblo romano tenía derecho a que se le perdonasen muchas cosas. La antigüedad no conoció jamás la práctica de esas relaciones pacíficas y amistosas de nación a nación, que median hasta en las quejas recíprocas, y que parecen ser en nuestros días el fin principal del progreso civilizador. En ese tiempo, nada de términos medios: era necesario ser el martillo o el yunque. En la lucha entre los pueblos vencedores, los romanos consiguieron la victoria. ¿Sabrán sacar partido de ella? Unir más fuertemente a los latinos a la República; latinizar poco a poco toda la Italia; gobernar sobre los pueblos conquistados utilizándolos como súbditos, y no esclavizándolos ni agobiándolos; reformar sus instituciones; fortificar y aumentar las clases medias debilitadas... Tales eran las temibles cuestiones que Roma podía y debía enfrentar. ¿Sabrá resolverlas? De ser así, puede contar con una era de prosperidad. Si la ayudan las más felices circunstancias se fundará el bienestar de todos en el esfuerzo de cada uno; la supremacía de la República se extenderá sin oposición sobre todo el universo civilizado, y todos los ciudadanos tendrán la noble conciencia del vasto sistema político del que serán partes integrantes. Verán delante de sí un fin digno ofrecido a todos los hombres firmes y una larga carrera abierta a todos los talentos. Pero ¡cuán diferente será el porvenir si Roma no responde a lo que está llamada! No importa. En este momento la voz de la tristeza y de los cuidados permanecía en silencio. De todas partes volvían a sus casas los soldados victoriosos: las festividades en acción de gracias, los juegos públicos, o las generosidades hacia el ejército y el pueblo era lo que estaba entonces a la orden del día. Los cautivos liberados volvían de la Galia, del África y de la Grecia, y el joven general, llevando la pompa de su triunfo por las calles ricamente adornadas de Roma, fue al Capitolio a depositar las palmas de la victoria en el templo del dios, «su íntimo confidente y su auxiliar poderoso en el consejo y en los hechos» decían por lo bajo los más crédulos.

VII

EL OCCIDENTE DESDE LA PAZ CON ANÍBAL HASTA EL FIN DEL TERCER PERIODO

SUMISIÓN DE LA REGIÓN DEL PO GUERRAS CON LOS GALOS

Las guerras de Aníbal habían interrumpido la extensión de las fronteras romanas hasta los Alpes, o como se decía ya, hasta la frontera de Italia, así como también la obra de organización y colonización de la Galia cisalpina. No hay ni que decir que ahora la República volvía a tomar las cosas en el punto en el que se había visto obligada a dejarlas. Los galos eran los primeros que lo sabían. Desde que se hizo la paz con Cartago (año 553) había reanudado la lucha en el territorio más inmediato, en el de los boios. Estos consiguieron una primera victoria sobre las milicias romanas formadas recientemente y con gran rapidez. Obedeciendo los consejos de Amílcar, oficial cartaginés del ejército de Magón que había permanecido en la Italia del Norte aun después de la partida de su jefe, los galos se levantaron en masa en el año 554 (200 a.C.). Los romanos tuvieron que luchar no solo contra los boios y los insubrios, inmediatamente expuestos a sus armas, sino también contra los ligurios, sobreexcitados por la aproximación del peligro común. Por último, la juventud cenomana se sublevó contra el acuerdo de sus jefes más prudentes y respondió al grito de los pueblos germanos. De las dos barreras que cerraban el paso a las invasiones de los galos, Plasencia y Cremona, la primera sucumbió y, a excepción de unos dos mil hombres, todos sus habitantes perecieron, mientras que la segunda fue cercada. Las legiones acudieron allí donde aún podía salvarse algo. Se dio una gran batalla al pie de los muros de Cremona, en la que la destreza militar del general cartaginés no pudo suplir la inferioridad de sus soldados. Los galos no pudieron resistir el choque de las legiones, y Amílcar quedó entre los muertos que cubrían el campo de batalla. Sin embargo, la guerra se prolongó, y el ejército victorioso en Cremona sufrió al año siguiente una sangrienta derrota a manos de los insubrios, debida principalmente al descuido de su jefe. Por otra parte, la colonia de Plasencia no pudo ser restablecida hasta el año 556, y esto con gran trabajo. Pero para esta lucha desesperada era necesario estar unidos; y la desunión debilitó la liga de los galos. Boios e insubrios se querellaron, y, no contentos con retirarse de la alianza

nacional, los cenomanos compraron un vergonzoso perdón vendiendo a sus hermanos. En una batalla que los insubrios enfrentaron en las orillas del Mincio, los cenomanos les cometieron traición, los atacaron por la espalda y ayudaron a exterminarlos. Humillados y solos frente al enemigo, que ya se había apoderado de Como, los insubrios hicieron la paz en el año 558 (196 a.C.). Los cenomanos e insubrios sufrieron condiciones más duras que las impuestas ordinariamente a los aliados italianos. Roma no olvidó fijar y reforzar la separación legal entre galos e italianos. Se estipuló que ninguno de esos dos pueblos celtas podría adquirir el derecho de ciudad. A los transpadanos se les dejaron su existencia y sus instituciones nacionales; continuaron viviendo organizados no en ciudades, sino en tribus esparcidas, y parece que no se les exigió ningún impuesto periódico. Tuvieron la misión de servir como arrabales a los establecimientos de los romanos en la ribera cispadana, y de rechazar en la frontera itálica las hordas procedentes del norte, o las cuadrillas de ladrones acantonados en los Alpes, que se arrojaban a cada instante sobre estas fértiles regiones. Su latinización fue muy rápida, pues no estaba en la índole de la raza gala resistir largo tiempo, tal como habían hecho los sabelios y los etruscos. El famoso poeta cómico Statius Cecilius, muerto en el año 586 (158 a.C.), era un insubrio emancipado; y Polibio, que visitó la Galia cisalpina a fines del siglo VI, afirma, aunque con exageración quizá, que no quedaban más que un corto número de aldeas celtas ocultas al pie de los estribos de los Alpes. Los vénetos, por su parte, parece que defendieron por más tiempo su nacionalidad.

MEDIDAS TOMADAS CONTRA LAS INCURSIONES DE LOS TRANSALPINOS

Pero, como puede comprenderse, la atención de los romanos se dirigió principalmente hacia los medios de impedir las incursiones de los galos transalpinos; Roma quería hacer una barrera política de esa barrera natural que separa la península del resto del continente. Entre los cantones vecinos de este lado de los Alpes ya se había abierto paso el miedo al nombre romano. ¿Cómo explicar, si no, la paralización de estos galos que veían impasibles cómo destruían o esclavizaban a sus hermanos cisalpinos? Incluso hubo más: los pueblos establecidos al norte de la cordillera, desde los helvecios (entre el lago Lemán y el Mein), hasta los carnios o tauriscos (Carintia y Estiria), desaprobaron oficialmente en sus respuestas a los enviados de Roma que les presentaban las quejas de la República, la

tentativa de algunas tribus celtas que se habían atrevido a pasar la montaña para establecerse pacíficamente en la Italia del Norte. Por su parte, estos mismos emigrantes, después de haber pedido humildemente al Senado que les asignase tierras, obedecieron dóciles la orden dura que los obligaba a cruzar nuevamente los montes (de 568 a 575), y dejaron arrasarse la ciudad que ya habían fundado en las inmediaciones de Aquilea. Como se ve, el Senado no hace excepción en su regla de prudencia. En adelante, las puertas de los Alpes permanecieron cerradas a los celtas, y se castigó con terribles penas a todo aquel súbdito cisalpino de Roma que intentase atraer a Italia bandas emigrantes. Una tentativa de este género ocurrida en el extremo superior del mar Adriático, en una región hasta entonces desconocida, y quizá también el designio de Filipo de Macedonia de penetrar en Italia por la ruta del noreste, así como Aníbal lo había hecho poco antes por la del noroeste, fue la causa de que se fundara en estos parajes la colonia italiana más septentrional (de 571 a 573). Aquilea no solo servirá para cerrar el paso al enemigo, sino que también garantizará la navegación en este golfo y ayudará a impedir las incursiones de los piratas, que aún aparecían algunas veces en él. La colonización de Aquilea hizo que estallara la guerra con la Istria (de 576 a 577), guerra que terminó pronto con la toma de algunos castillos del rey Aépulo, y que no ofrece ningún incidente notable, a no ser el terror pánico que se apoderó de la escuadra ante la sorpresiva noticia de que el campamento romano había sido tomado por un puñado de bárbaros. Una especie de escalofrío hizo que se estremeciese toda la península.

COLONIZACIÓN DE LA GALIA CISALPINA

Los romanos en la Galia cispadana procedieron de modo diferente. El Senado había tomado la firme resolución de incorporar el país a la Italia romana. Los boios, al ser atacados en su propia existencia, se defendieron con la tenacidad de la desesperación. Pasaron el río e intentaron sublevar a los insubrios, bloquearon al cónsul en su campamento, y faltó poco para que lo destruyeran. Plasencia se defendió con gran trabajo de sus furiosos ataques. Finalmente se dio el último combate cerca de Mutina, combate largo y sangriento, pero en el que triunfaron los romanos (561). En adelante la lucha ya no es una guerra, sino una verdadera cacería de esclavos, y no hubo en el territorio boio lugar más seguro para el hombre libre que el campamento de los legionarios, donde se refugiaron las personas notables que

habían sobrevivido. El vencedor pudo decir, sin envanecerse mucho, que de la nación de los boios no quedaban más que unos cuantos niños y ancianos. Este pueblo se resignó a su suerte. Los romanos le exigieron la mitad de su territorio, y ellos accedieron, ya que no era posible negarse. Aún hay más, los boios desaparecieron hasta de los estrechos límites que les fueron asignados, pues se fueron confundiendo con el pueblo vencedor.^[1]

Una vez arrasada la Galia cisalpina, los romanos reinstalaron las fortalezas de Plasencia y de Cremona, cuyos habitantes habían sido destruidos o dispersados en los últimos años de guerra. Se enviaron nuevos colonos al antiguo territorio de los senones y a las regiones inmediatas. Roma fundó además Potentia (cerca de Recanati, no lejos de Ancona), Pisaurum (Pesaro), y más lejos, en el país boio recientemente adquirido, las plazas fuertes de Bononia (en 565), Mutina (en 571) y Parma (571). Ya antes de las guerras de Aníbal se había comenzado la colonización de Mutina, pero su organización definitiva fue impedida por la guerra. Como de costumbre, se construyeron grandes vías militares para enlazar todas las ciudades unas con otras. Se continuó la vía Flaminia desde Ariminum, que era su límite septentrional, hasta Plasencia, y esa prolongación tomó el nombre de vía Emiliana (567). La calzada Casiana, que iba de Roma a Arretium, y que desde hacía tiempo llevaba el nombre de vía Municipal de Comunicación, fue continuada y reconstruida por la metrópoli (probablemente en el año 583). Cabe aclarar que ya desde el año 567 se había cruzado el Apenino desde Arretium hasta Bononia; allí se enlazaba con la vía Emiliana, que recorría directamente la distancia entre Roma y las ciudades de la región del Po. El efecto de todos estos trabajos fue la supresión del Apenino como frontera entre el territorio de la confederación italiana y el de los galos; de ahora en más, el Po fue la frontera verdadera. Del lado de acá domina el sistema de los municipios itálicos; del lado de allá comienzan los cantones célticos. El nombre de territorio galo (*Ager Gallicus*), que conservó la región entre los Apeninos y el Po, no tuvo en adelante ninguna significación política.

LOS LIGURIOS

El mismo comportamiento observó Roma respecto del escabroso país del noroeste, cuyos valles y montañas estaban habitados por los esparcidos y aislados pueblos ligurios. Todo lo que tocaba la orilla norte del Arno fue aniquilado. Una suerte muy triste tocó a los apuanos en particular. Sitiados en el Apenino entre el Arno y el

Magra, talaban y saqueaban constantemente el territorio de Pisa, el de Mutina o el de Bononia. Aquellos a quienes el acero perdonó la vida fueron trasladados a la baja Italia, a las inmediaciones de Benevento (año 574). Mediante estas enérgicas medidas, toda la población de los ligurios fue exterminada o encerrada en los montes entre el Arno y el Po. Sin embargo, Roma tuvo que luchar con esta población todavía en el 578 (176 a.C.) para reconquistar la colonia de Mutina, de la que se habían apoderado. La fortaleza de Luna, construida sobre el antiguo territorio de los apuanos (cerca de Spezzia), defendió por este lado la frontera, como en otra parte la defendía Aquilea de los transalpinos. Roma tuvo en ella un magnífico puerto, que fue el punto de escala ordinario para los buques que iban a Masalia o a España. También debe referirse a estos tiempos la construcción de la vía Aureliana, que iba de Roma a Luna a lo largo de la costa, y de la vía Transversal, que ponía en comunicación las vías Aureliana y Casiana y conducía de Luca a Arretium, por Florencia. Por otra parte, los combates continuaron sin tregua con las tribus más occidentales establecidas en el Apenino genovés y en los Alpes marítimos. Los habitantes de esta región eran vecinos incómodos dedicados por mar a la piratería, y por tierra al saqueo y al pillaje. Los pisanos y masalios sufrían diariamente incursiones de estas hordas o ataques de sus piratas. Aunque perseguidos sin descanso, no se dieron nunca por vencidos; y quizá Roma tuviese interés en exterminarlos. Aparte de la vía por mar, sin duda le interesaba tener abierta una comunicación terrestre con la Galia transalpina y con España, así que se esforzó en tener expedita, al menos hasta los Alpes, la gran vía que iba desde Luna hasta Ampurias pasando por Marsella. Pero sus esfuerzos se limitaron a esto. Del otro lado de los Alpes, los masalios se encargaban de vigilar la costa para seguridad de los viajeros por tierra, y el golfo para la de los buques romanos. El macizo del interior, con sus habitantes pobres, hábiles y astutos, y sus rocas y valles infranqueables que eran verdaderos nidos de ladrones, fue una escuela en la que se endurecían y formaban los soldados y oficiales del ejército de la República.

CÓRCEGA Y CERDEÑA

Guerras muy semejantes a las citadas ensangrentaron el suelo de Córcega y más aún el de Cerdeña, donde los insulares se arrojaban con frecuencia sobre los establecimientos de la costa y tomaban venganza de las algaradas que los romanos

efectuaban en el interior.

La historia ha conservado el recuerdo de la expedición de Tiberio Graco contra los sardos (en 577), no tanto por haberlos «pacificado», como porque se vanagloriaba de haber matado a ochenta mil hombres y de haber enviado a Roma un número tan grande de esclavos que se hizo una frase proverbial la de «¡a vil precio como un sardo!».

CARTAGO

En África la política romana se mostró estrecha en sus miras y falta de generosidad. Como no la guiaba otro pensamiento que el de impedir la resurrección de Cartago, tiene a la desgraciada ciudad en una presión perpetua y constantemente suspendida sobre su cabeza la declaración de guerra, cual espada de Damocles. Véase en primer lugar el tratado de paz del año 531 (201 a.C.). Si bien deja a los cartagineses su antiguo territorio, garantiza también a Masinisa, su temible vecino, todas las posesiones que le pertenecían a él o a sus antepasados, aun dentro de los límites del territorio cartaginés. ¿Acaso semejante cláusula no parece escrita con el fin de crear obstáculos y dificultades más que con el de allanarlos? Lo mismo puede decirse de la otra condición impuesta a los fenicios, la de no hacer jamás la guerra a los aliados de Roma, de tal suerte que, según la letra del tratado, no tenían derecho a rechazar al nómada cuando invadiese su territorio. Enredados en estas pérfidas cláusulas, con sus fronteras siempre inciertas y siempre en cuestión, y colocados entre un vecino poderoso, a quien nada detenía, y un vencedor que era juez y parte en el litigio, la situación de los cartagineses fue mala desde un principio, pero en la práctica resultó ser mucho peor de lo que se había creído. En el año 561, Masinisa los atacó fundándose en pretextos frívolos. La región más rica de su Imperio, el país de los mercados en la pequeña Sirtes (Bizancena), fue en parte saqueado y en parte ocupado por los nómadas. Después continuaron diariamente las usurpaciones y se apoderaron de toda la campiña, de tal forma que los cartagineses se mantuvieron a duras penas en sus poblaciones más importantes. «¡Solo en estos dos últimos años, decían a los romanos en el 582, se nos han arrebatado setenta pueblos!» Envían a Italia embajada tras embajada. Conjuran al Senado para que les permita defenderse con las armas, o les envíe un plenipotenciario que señale fronteras y así se enteran de una vez y para siempre lo que les cuesta la paz. Por último, piden que se los declare súbditos de Roma antes que entregarlos de este modo a los libios. Pero el

gobierno romano, que desde el año 554 (200 a.C.) había dejado vislumbrar a su cliente nómada la perspectiva de un aumento de territorio a expensas naturalmente de Cartago, no veía mal que este fuese apoderándose de la presa prometida. Sin embargo, tuvo que refrenar una o dos veces la avaricia excesiva de los libios, encarnizados ahora en tomar plena venganza de sus sufrimientos pasados. En realidad, esta había sido la única mira que Roma había considerado al colocar a Masinisa como vecino de Cartago. Ninguna eficacia produjeron las quejas ni las súplicas. Unas veces, los comisionados que Roma había mandado a África se volvían sin pronunciar sentencia después de largas averiguaciones sobre los hechos; otras, cuando el proceso se seguía en Roma, los enviados de Masinisa protestaban falta de instrucciones y se aplazaba la cuestión. Los cartagineses necesitaban una paciencia verdaderamente fenicia para poder resignarse a una situación insufrible, y para mostrarse además dispuestos a prestar todo género de servicios, obedientes hasta la exageración, y siempre dóciles hacia aquellos señores tan duros, cuyos desdeñosos favores solicitaban mediante grandes remesas de trigo.

ANÍBAL. REFORMA DE LA CONSTITUCIÓN DE CARTAGO. HUIDA DE ANÍBAL. CONTINÚA EN ROMA LA IRRITACIÓN CONTRA CARTAGO

Sin embargo, no todo era paciencia y resignación en esta actitud de los vencidos. Aún no había muerto el partido de los patriotas. Aún tenía a su cabeza al héroe que era temible para los romanos en cualquier parte que estuviese. Este partido no había renunciado a aprovecharse de las complicaciones próximas y fáciles de prever entre Roma y los imperios del Oriente. Tal vez entonces sería posible volver a comenzar la lucha. Los altos designios de Amílcar y de sus hijos habían fracasado principalmente por las faltas cometidas por la oligarquía cartaginesa. En consecuencia era necesario, ante la eventualidad de futuros combates, reformar sus instituciones. La reforma política y financiera de Cartago se verificó con la presión de la necesidad, que indicaba cuál era el mejor camino, y con las ideas sabias y grandes de Aníbal, y de su maravilloso imperio sobre los hombres. Los oligarcas habían colmado la medida de sus criminales locuras cuando comenzaron una instrucción en forma contra el gran capitán, «por no haber querido tomar Roma por asalto, y por haberse apoderado fraudulentamente del botín reunido en Italia». Aquella facción corrompida fue abatida y dispersada por una moción que presentó el

mismo Aníbal. En su lugar estableció un régimen democrático, más apropiado a las necesidades del pueblo (antes del año 559). Hizo que en las arcas del Tesoro se ingresasen los atrasos y las sumas extraídas, y se organizó una comprobación ordenada. Una vez regularizadas, las rentas no tardaron en permitir que se pagase la contribución de guerra debida a Roma sin recargos ni impuestos adicionales. Roma, que estaba a punto de emprender la lucha con el gran rey, veía con inquietud estos progresos. Por lo demás, no era un puro efecto del miedo la previsión de un desembarco de un ejército en Italia, y la posibilidad de que se encendiese de nuevo la guerra dirigida por Aníbal, justo mientras las legiones estaban ocupadas en Asia Menor. Sería injusto considerar como un gran crimen el hecho de que los romanos mandasen embajadores a Cartago con el encargo de pedir que Aníbal fuese entregado a Roma (año 559). Es verdad que se experimenta un profundo desprecio hacia aquellos miserables y rencorosos oligarcas que escribían a los enemigos de su patria denunciándoles todas las inteligencias secretas del gran hombre con las potencias hostiles a Roma. Pero todo induce a creer que la acusación era fundada. La misión de los enviados romanos llevaba consigo la confesión vergonzosa de los terrores de la poderosa República. ¡Temblaba materialmente ante un simple sufete de Cartago! Consecuente consigo mismo, y generoso hasta el fin, el altivo vencedor de Zama combatió esta medida en pleno Senado; pero semejante confesión en boca de los romanos era después de todo la verdad desnuda. Roma no podía tolerar que el Barca con su genio extraordinario estuviera a la cabeza del gobierno de Cartago. No estaba allí en boga la política del sentimiento. En cuanto a Aníbal, no le extrañó la resolución de Roma ni el peso que esta echaba sobre su nombre. Como él era quien había hecho la guerra a los romanos, solo él, y no Cartago, debía sufrir la suerte del vencido. Los cartagineses se humillaron, y dieron gracias al cielo cuando el héroe, siempre prudente y rápido en sus decisiones, huyó a refugiarse en Oriente. Con esta actitud evitó que cometiesen una iniquidad, y que recayese sobre ellos una gran ignominia, por más que hicieron cuanto estuvo a su alcance para cometerla. Desterraron para siempre al más grande de sus conciudadanos, confiscaron sus bienes y arrasaron su casa. Así vino a cumplirse en la persona de Aníbal esta profunda máxima: *«Cuéntanse entre los favoritos de los dioses aquellos a quienes estos colman la medida de las alegrías y de los pesares»*.

Su partida, y esta fue la nueva injusticia de Roma, no alteró en lo más mínimo la conducta de esta hacia Cartago. Se mostró más dura, suspicaz y vejatoria que nunca con la ciudad infortunada. En esta se agitaban constantemente las facciones; pero una vez alejado el hombre eminente que había estado a punto de cambiar la marcha

del mundo político, la facción de los patriotas no tenía en Cartago más importancia que la de los patriotas en Etolia o en la Acaya. Entre los agitadores había algunos que, con gran prudencia y acierto en sus cálculos, hubieran querido reconciliarse con Masinisa, y hacer de su opresor del momento el salvador de los fenicios. Pero ni el partido nacional, ni el partido libio de la facción patriota pudieron apoderarse del gobierno, que continuó en manos de los oligarcas filorromanos. Estos, sin renunciar en absoluto al porvenir, se empeñaban en no buscar la salvación y la libertad interior de Cartago en el presente más que en el protectorado de la República. Por lo que parece, esto debió haber sido bastante como para tranquilizar a Roma. Sin embargo, ni las masas, ni los gobernantes, por lo menos aquellos que tenían sentimientos más mezquinos, podían dominar sus temores. Por otra parte, los mercaderes romanos envidiaban siempre aquella ciudad, pues no perdía su vasta clientela comercial a pesar de su decadencia política y continuaba siendo poderosa por sus riquezas y sus inagotables recursos. En el año 567 el gobierno cartaginés ofreció el pago íntegro y anticipado de las anualidades de la tasa de guerra estipulada por el tratado del año 553. Pero Roma, cuyo objeto era tener a Cartago como tributaria más que capitalizar su crédito, se negó. De esta forma confirmó una vez más que, a pesar de todos sus esfuerzos y los medios empleados, Cartago no estaba arruinada en manera alguna, y, lo que es más, era imposible arruinarla. Estos rumores fueron tomando cuerpo, pues se propalaba que los pérfidos fenicios se entregaban a manejos secretos. Por ejemplo, se decía que habían visto en Cartago a un emisario de Aníbal, Ariston de Tiro, que había venido expresamente a anunciar al pueblo la próxima llegada de una escuadra asiática (561); o que el Senado, reunido en el templo del Esculapio cartaginés, había recibido en audiencia secreta a los embajadores de Perseo (581). En otra ocasión no se hablaba en Roma más que de una gran escuadra armada en Cartago por orden del rey de Macedonia (583). En realidad no había nada de cierto en estos rumores, a no ser los fantasmas forjados en la imaginación de muchos visionarios, pero ¿qué importa si eran la señal de nuevas exigencias de la diplomacia romana y de nuevas incursiones por parte de Masinisa? Cuanto menos admisible era, más se arraigaba en los espíritus la convicción de que era absolutamente necesaria una tercera guerra púnica para desembarazar a Roma de su rival.

LOS NÚMIDAS. MASINISA

PROGRESO DE LA CIVILIZACIÓN DE LOS NÚMIDAS

Pero mientras que el poder de los fenicios disminuye en su patria electiva de la misma forma que en su patria originaria, a su lado crecía un nuevo Estado. Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, la costa septentrional de África ha sido habitada por un pueblo que en su lengua se denomina *schilah* o *tamazigt*, y que los griegos y los romanos han designado con el nombre de nómadas o númeridas, «pueblo pastor». Los árabes lo designan con el nombre de bereberes, que también quiere decir *schavi* (pastores), y que nosotros denominamos *kabilas*. A juzgar por su idioma, este pueblo no se enlaza con ninguna otra raza conocida. En la época de las prosperidades de Cartago, los númeridas habían sabido mantenerse independientes, aunque hay que exceptuar a aquellos que vivían en los alrededores de la ciudad o que estaban establecidos a lo largo de la costa. Pero aun obstinándose en su vida pastoral, como hacen los actuales habitantes del Atlas, habían recibido el alfabeto y los rudimentos de la civilización fenicia (pág. 19). Sus jeques mandaban frecuentemente a sus hijos para que se educasen en Cartago, y se emparentaban con los cartagineses mediante matrimonios. Como no entraba en los cálculos de la política romana poseer dominios ni fundar establecimientos en el África, prefirió favorecer allí el desarrollo de una nación poco considerable para necesitar protección, pero bastante fuerte para oprimir a Cartago, reducida como estaba a su territorio africano. Los príncipes indígenas suministraban el medio apetecido. En tiempos de la guerra de Aníbal, los pueblos del norte de África obedecían a tres grandes jefes o reyes, que arrastraban en pos de sí una multitud de príncipes feudatarios, según la costumbre del país. El primero era el rey moro Bocchar. Sus Estados se extendían desde el océano Atlántico hasta el río Molochat (hoy Oued Miluia, en la frontera marroquí de la Argelia). Después de él venía Sifax, rey de los masaesilios, señor del país situado entre el Molochat y el cabo Perse (*Tritum Promontorium*, hoy cabo Bujarum), que, como vemos, se extendía sobre las actuales provincias de Orán y Argel. El tercero era Masinisa, rey de los masiles, cuyo territorio se extendía desde el cabo antes citado hasta la frontera de Cartago (provincia de Constantina). El más poderoso, Sifax, rey de Siga (cerca de la desembocadura del Tafna), había sido vencido durante la última guerra púnica. Conducido a Italia como cautivo, murió en la prisión, y la mayor parte de sus extensos dominios pasaron al poder de Masinisa. En vano Vermina, su hijo, que a fuerza de humildes súplicas había obtenido de los romanos la restitución de una parte de los Estados de su padre (554), intentó quitar al aliado más antiguo y preferido de la República el título lucrativo de ejecutor de los altos hechos contra Cartago. No había podido adelantar nada. Masinisa, pues, fue el verdadero fundador

del reino de los númeridos. Fuese elección o casualidad, nunca se había encontrado un hombre más a propósito que él para lo que necesitaba esta situación. Sano y de cuerpo robusto hasta en la vejez, sobrio y tranquilo como un árabe, soportaba sin trabajo las más duras fatigas: expiaba inmóvil en el mismo lugar desde la mañana hasta la noche, o cabalgaba veinticuatro horas seguidas. Por otra parte, se había experimentado como soldado y como general en las vicisitudes y aventuras de su juventud, y en los campos de batalla de España. También es cierto que dominaba el arte más difícil de imponer la ley en su numerosa familia, y de conservar el orden en sus Estados; y que estaba igualmente dispuesto para arrojarse sin reparo alguno a los pies de un protector más poderoso, o para hollar sin piedad el cuerpo de un enemigo débil. Conocía además perfectamente la situación de Cartago, pues allí se había educado y había frecuentado las casas más notables; y estaba animado, en fin, por un odio completamente africano contra sus antiguos opresores. Este hombre notable fue el alma del movimiento de su pueblo en su camino de transformación; era una verdadera encarnación de los vicios y virtudes de su raza. La fortuna lo secundó en todo, y le dejó tiempo para realizar su obra. Murió a los noventa años (del 516 al 605) y a los sesenta de su reinado, conservando hasta el fin sus fuerzas físicas e intelectuales. Dejó un hijo de un año y la fama del hombre más vigoroso, y del rey mejor y más feliz de su siglo. Ya hemos hecho notar la parcialidad calculada de la política de los romanos en África, y de qué modo Masinisa ponía decididamente su buena voluntad al servicio de sus propios intereses, y extendía sin cesar su reino a expensas de Cartago. Toda la región del interior hasta los límites del desierto se sometió espontáneamente a su cetro. También se le entregó el valle superior del Bagradas con la ciudad de Vaga; extendió sus conquistas hasta la costa del este de Cartago, y se apoderó de la Gran Leptis, antigua colonia de Sidon (Lebedah), y de los países circunvecinos. Su reino se extendía desde la frontera mauritana a la de la Cirenaica, y rodeaba por todas partes el reducido territorio de Cartago. Los fenicios estaban como ahogados por él. No hay duda de que aspiraba a que Cartago fuese su futura capital; buena prueba de ello es el partido libio que hemos visto que se había formado en la ciudad fenicia. Pero no era solo por la pérdida de su territorio por lo que Cartago había sufrido. A instigación de Masinisa, los pastores de la Libia se habían transformado por completo. Imitando el ejemplo de su príncipe, que extendió por todas partes la agricultura y dejó inmensos dominios a sus hijos, los númeridos se fijaron en el suelo y emprendieron el cultivo de los campos. Al mismo tiempo que hacía de sus númeridos ciudadanos, convertía a sus hordas de bandoleros en batallones de soldados dignos de combatir, de ahora en adelante, al lado de las legiones

romanas. De esta manera, a su muerte legó a su sucesor un tesoro repleto, un ejército disciplinado y hasta una escuadra. Cirta (Constantina), su residencia real, se había convertido en la capital floreciente de un Estado poderoso y en uno de los grandes centros de la civilización fenicia. El rey se dedicaba a propagarla con la intención de fundar el imperio numido-cartaginés que soñaba su ambición. Los libios, que antes de él habían vivido oprimidos, se elevaban a sus propios ojos. La lengua y las costumbres nacionales reconquistaron su terreno en las antiguas ciudades fenicias, y hasta en la Gran Leptis. El simple bereber se sintió en un principio igual al fenicio, y luego su superior, bajo la égida de la República. Los enviados de Cartago oyeron decir un día en Roma que ellos eran los extranjeros, porque el país pertenecía a los libios. Por último, la civilización libio-fenicia se hallaba viva y poderosa en el norte de África, aun en tiempo de los emperadores romanos; pero esto seguramente se debía menos a Cartago que a los esfuerzos de Masinisa.

ESPAÑA. SU CIVILIZACIÓN

En España las ciudades griegas y fenicias de la costa, como por ejemplo Ampurias, Sagunto, Cartagena, Málaga y Gades, se sometieron voluntariamente a la dominación romana puesto que, abandonadas a sí mismas, no podían defenderse de los indígenas. Por la misma razón se unió Masalia, por más que fuese más grande y fuerte, y se unió sin vacilar y estrechamente a la República. Servía constantemente de punto de escala entre Italia y España, y tenía en Roma una poderosa protectora. Pero los indígenas de España dieron que hacer a los romanos de una manera increíble. No hay duda de que en el interior del país había algunos elementos de civilización propia, cuyo cuadro no sería fácil trazar por completo. Entre los iberos hallamos una escritura nacional muy extendida dividida en dos ramas principales: una entre el Ebro y los Pirineos, y la otra en Andalucía. A su vez, ambas se subdividían en una porción de ramales, y se remontaban hasta tiempos muy antiguos, aproximándose más al antiguo alfabeto griego que al de los fenicios.

Se cuenta que los turdetanos (Sevilla) poseían cantos antiguos, un código de leyes versificadas que contenía seis mil versos, y hasta sus anales históricos. Este pueblo era uno de los más adelantados y de los menos belicosos, pues no hacía la guerra más que con soldados mercenarios. A la misma región son aplicables los relatos de Polibio. Al hablar del estado floreciente de la agricultura y de la cría de ganado entre los españoles, refiere que el trigo y la carne se vendían a un precio

ínfimo por falta de salida, y enumera también las magnificencias de los palacios de los reyes, con sus vasos de oro y de plata, llenos de «vino de cebada». Una parte de España, por lo menos, asimiló rápidamente los usos y la civilización romana, y hasta se latinizó antes que las demás provincias transmarinas. Los baños calientes, por ejemplo, estaban ya en uso entre los indígenas tanto como entre los italianos. Esto sucedía también con la moneda romana; en ninguna parte, fuera de Italia, entró tan rápidamente en la circulación usual. Además, la moneda acuñada en España la imitó y tomó por tipo, lo cual se explica fácilmente conociendo las riquísimas minas de la península. La plata de Osca (Huesca), o el dinero español con su inscripción en lengua ibera, es mencionada ya en el año 559. Y en efecto su acuñación no pudo haber comenzado más tarde, puesto que es una copia exacta del antiguo dinero romano. Pero si bien es verdad que los indígenas habían abierto en cierto modo un camino a la civilización y a la dominación romana en el sur y en el este, y que aquí se implantaron sin obstáculos, no sucede lo mismo, ni con mucho, en el oeste, norte e interior del país. Las rudas y numerosas poblaciones se mostraban aquí absolutamente refractarias a todo progreso. En Intercacia (no lejos de Palencia), en el territorio de los vaceos y en la Tarraconense, por ejemplo, se ignoraba todavía en el año 600 el uso del oro. No se entendían entre sí, ni con los romanos. El rasgo característico de estos españoles libres era el espíritu caballeresco, tanto en los hombres como en las mujeres. Al mandar a sus hijos al combate, la madre procuraba despertar en ellos el entusiasmo con el relato de las hazañas de sus antepasados, y las jóvenes iban espontáneamente a ofrecer su mano al más valiente. Entre ellos se practicaba el duelo, tanto para disputar el premio del valor guerrero como para ventilar sus cuestiones. Los asuntos de herencia entre los príncipes, parientes del jefe difunto, se resolvían también en esta forma.

Con frecuencia un guerrero ilustre solía salir de las filas e ir ante el enemigo a provocar a un adversario determinado, llamándolo por su nombre; el vencido dejaba al vencedor su espada y su capa, y a veces estipulaba con él el pacto de hospitalidad. Veinte años después de las guerras de Aníbal, la pequeña ciudad celtíbera de Complega (hacia las fuentes del Tajo) hizo saber al general de los romanos que reclamaba por cada hombre muerto en la batalla un caballo y una capa, y añadió que, si se negaba, le costaría muy caro. Exagerados en su orgullo y en su honor militar, muchos no querían sobrevivir a la vergüenza de verse desarmados. Siempre estaban dispuestos a seguir al primer reclutador que llegaba, e ir a jugarse la vida en las cuestiones entre los extranjeros. Prueba de esto es el mensaje que un romano que los conocía muy bien envió un día a una banda de celtíberos que servían a sueldo con los

turdetanos: «¡O volved a vuestras casas, o pasad al servicio de Roma con doble paga, o fijad el lugar y día para la batalla!». Si nadie venía a solicitarlos, se reunían en bandas e iban a pelear por su cuenta: talaban los países donde reinaba la paz más completa y ocupaban las ciudades, exactamente igual que los bandoleros de Campania. Tal era la inseguridad y el salvajismo de las regiones del interior que entre los romanos se consideraba como una pena rigurosa el ser internado hacia el oeste de Cartagena. Y aún más, ante el menor trastorno en cualquier punto del país, los jefes romanos no se podían mover en la España ulterior sin una escolta segura, que algunas veces constaba hasta de seis mil hombres. ¿Se quiere una prueba de ello? Ampurias, en el extremo oriental de los Pirineos, formaba una doble ciudad grecoespañola, en la que los colonos griegos vivían, por decirlo así, pared por medio con las naturales. Instalados todos en una península separada de la ciudad española por una fuerte muralla, todas las noches colocaban una tercera parte de sus milicias cívicas para guardarla, y en su única puerta había constantemente uno de sus primeros magistrados. Ningún español tenía entrada allí, y los griegos no iban a vender sus mercancías a los indígenas sino con una buena escolta.^[2]

GUERRAS ENTRE LOS ROMANOS Y LOS ESPAÑOLES

Era una tarea muy ruda la que se habían impuesto los romanos al querer dominar y civilizar aquellos pueblos turbulentos, amantes de los combates fogosos a la manera del Cid, y arrebatados como Don Quijote. Militarmente hablando, la empresa no ofrecía grandes dificultades. Es verdad que los españoles habían mostrado desde las murallas de sus ciudades, o en las filas del ejército de Aníbal, que no eran enemigos despreciables. Muchas veces hicieron huir o destruyeron las legiones cuando se lanzaban sobre ellas con bravura sin igual en columnas cerradas, armados de espada corta de dos filos, arma que los romanos les copiaron más tarde. Si hubieran podido someterse a la disciplina y hubiesen tenido alguna cohesión política, habrían sido bastante fuertes para rechazar victoriosamente al invasor extranjero. Pero su bravura era la del guerrillero, no la del soldado propiamente dicho, y carecían por completo de sentido político. Jamás hubo entre ellos guerra ni paz, tal como César les echará en cara tiempo después. En paz jamás estuvieron tranquilos; en guerra se condujeron siempre mal. Los generales de Roma dispersaban fácilmente las bandas de insurrectos que podían alcanzar; pero el hombre de Estado no sabía a qué recursos había de apelar para poder apaciguar sus constantes sublevaciones e irlos

civilizando. Todos los medios empleados no eran más que paliativos, porque, en la época de la que nos ocupamos, aún no se había comenzado a emplear fuera de Italia el único remedio eficaz, es decir, la colonización latina en gran escala.

El país adquirido por Roma en el transcurso de sus guerras con Aníbal se dividía naturalmente en dos vastas regiones: el antiguo dominio de Cartago, compuesto de lo que es en la actualidad Andalucía, Granada, Murcia y Valencia; y la región del Ebro, o las actuales Cataluña y Aragón. Estas dos regiones formaron más tarde los respectivos núcleos de las dos provincias: ulterior y citerior. En cuanto al interior del país (lo que hoy ocupan ambas Castillas), los romanos le daban el nombre de Celtiberia, y quisieron también conquistarlo palmo a palmo. Se contentaron con tener a raya a los habitantes del oeste, entre otros a los lusitanos (Portugal y Extremadura), y rechazarlos cuando invadiesen la España romana. Por último quedaban los pueblos de la costa septentrional, los gallegos, los astures y los cántabros (Galicia, Asturias y Vizcaya), a los que Roma dejó completamente a un lado.

EJÉRCITO PERMANENTE DE OCUPACIÓN. MARCO CATÓN

Para mantenerse y fortificarse en las recientes conquistas se necesitaba un ejército permanente de ocupación, pues el gobernador de la España citerior debía tener a raya a los celtíberos, entre otros, y el de la España ulterior tenía que rechazar todos los años los ataques de los lusitanos. Por esto fue necesario tener constantemente en pie de guerra cuatro gruesas legiones (unos cuarenta mil hombres), sin contar las milicias del país sometido que se les unían y reforzaban, sacadas por los romanos mediante las levas. Esta era una medida nueva y grave desde una doble perspectiva. Al emprender por primera vez en gran escala y de manera permanente la ocupación de un país muy poblado, era necesario para proveer a ello prolongar el tiempo de servicio de los legionarios. Enviar tropas a España en las condiciones ordinarias y no conservar a los hombres en los cuadros más que un año, como regularmente se hacía salvo en las guerras difíciles y en las expediciones importantes, hubiera sido ir en contra de las necesidades reales de la situación, hubiera sido dejar sin defensa ante las continuas insurrecciones a los funcionarios que se enviaban a gobiernos de regiones lejanas. Retirar las legiones era cosa imposible; licenciarlas por masas era en extremo peligroso. Los romanos comenzaron a sentir y comprender que la

dominación de un pueblo sobre otro no cuesta caro solamente al subyugado, sino también al que subyuga. Se murmuraba muy alto en el *Forum* contra los odiosos rigores del reclutamiento para España. Cuando los jefes se negaron, y con razón, al licenciamiento de sus legiones después de expirado el plazo, hubo conatos de insurrección, y los soldados amenazaron con abandonar el ejército a pesar de todas las prohibiciones.

En lo tocante a las operaciones de guerra, puede decirse que no tenían más que una importancia secundaria. Volvieron a comenzar después de la partida de Escipión (pág. 157), y duraron todo el tiempo que siguió la guerra contra Aníbal. Cuando se estipuló la paz con Cartago, se tranquilizó también la península; pero no tardaron en surgir nuevos trastornos. En el año 557 (197 a.C.), se levantó en ambas provincias una insurrección general: el gobernador de la España citerior se vio muy apurado, y el de la ulterior fue completamente derrotado y muerto. Hubo que comenzar todo de nuevo. Un hábil pretor, Quinto Minucio, pudo hacer frente al primer peligro; pero el Senado juzgó prudente enviar a un cónsul y mandó a Marco Catón (año 559). A su llegada a Ampurias encontró toda la provincia citerior levantada en armas; no le quedaban más que uno o dos castillos en el interior y la plaza en la que desembarcaba. El ejército consular presentó la batalla a los insurgentes, y, después de una lucha sangrienta cuerpo a cuerpo, se decidió la victoria para los romanos, gracias a su táctica y a las reservas que atacaron en el momento decisivo. Toda la España citerior fue sometida, pero esta sumisión no fue más que aparente, porque al primer rumor de que el cónsul había partido para Italia volvió a comenzar la insurrección. Pero la noticia era falsa, y Marco Catón exterminó a los sublevados, vendió en masa a los cautivos como esclavos y ordenó el desarme de todos los españoles de la provincia. Mandó destruir en un mismo día las murallas de todas las ciudades indígenas desde los Pirineos hasta el Guadalquivir. Aun cuando ignoraron la universalidad de esta medida, pues no tuvieron tiempo de ponerse de acuerdo, casi todas las ciudades obedecieron; y si algunas se resistieron, cuando los romanos se presentaron no osaron afrontar los males de un asalto. Estos medios enérgicos produjeron un efecto durable. Sin embargo, no hubo año en que no fuera necesario reducir a la obediencia algún valle, o destruir alguna fortaleza construida sobre cualquier roca, incluso en la provincia que se decía pacificada. Las continuas incursiones de los lusitanos en la España ulterior dieron también qué hacer a los romanos, que fueron muchas veces derrotados en encarnizados combates. En el año 563, por ejemplo, el ejército tuvo que abandonar su campamento después de haber experimentado sensibles pérdidas, y volver a toda prisa a un país amigo. Después de

ser derrotados en dos batallas, la primera dada por el cónsul Lucio Emilio Paulo en el año 563, y la otra, aún más notable porque se destacó la bravura del pretor Cayo Calpurnio, dada en el año 569 del otro lado del Tajo, los lusitanos tuvieron que permanecer tranquilos por algún tiempo.

TIBERIO GRACO

La dominación de los romanos sobre los celtíberos en la España citerior, nominal hasta entonces, se afirmó por los esfuerzos de Quinto Fabio Flacco, que los derrotó por completo en el año 573, y sometió los cantones inmediatos. Para esto también fueron fundamentales los esfuerzos de Tiberio Graco, su sucesor (del 575 al 576). Este sometió trescientas ciudades y aldeas; pero, aprovechándose más de su dulzura y de su habilidad que de la fuerza, fundó definitivamente y de una manera durable la dominación de Roma entre los naturales. Fue el primero que supo atraer a los notables del país y hacerlos entrar en las filas de las legiones. Creó entre ellos una clientela y asignó tierras a las bandas errantes, o las reunió en ciudades (testigo de esto es la ciudad española de Graccuris, antes Illurcis,^[3] a la que dio su nombre romano). ¡Era el mejor remedio para concluir con aquella especie de piratería continental! Por último, arregló mediante justos y sabios tratados las relaciones entre varios pueblos y los romanos, con lo cual contuvo desde su mismo origen las futuras insurrecciones. Su memoria fue venerada, y, a pesar de los movimientos frecuentes y parciales, hubo en la península española una tranquilidad relativa.

ADMINISTRACIÓN DE ESPAÑA

Aunque muy parecida a la de Sicilia y Cerdeña, la administración de las dos provincias españolas no fue exactamente igual a la de aquellas islas. En ambos países se confió el poder supremo a dos procónsules, nombrados por primera vez en el año 557. En este mismo año se deslindaron las fronteras, y se completó la organización administrativa de las dos provincias de España. La Ley Bebia decidió sabiamente que los pretores destinados a la península en adelante debían ser nombrados por dos años; pero, desgraciadamente, el aumento extraordinario de los aspirantes a los altos empleos y la rivalidad del Senado contra los altos funcionarios

impidieron su aplicación regular. La bienalidad de los pretores continuó siendo una excepción aun en estas provincias lejanas y difíciles de conocer por parte del administrador. Cada doce meses el pretor se veía desposeído, como efecto de una mutación intempestiva. Todas las ciudades sometidas eran tributarias, pero, en vez de los diezmos y peajes exigidos a los sicilianos y a los sardos, impusieron a los pueblos y ciudades españolas cuotas fijas en plata o en productos naturales. En esto los romanos imitaban lo que los cartagineses habían hecho antes que ellos; pero, a instancia de los interesados, en el año 583 (171 a.C.) el Senado prohibió que se recaudasen en adelante por medio de requisiciones militares. Podían admitirse en pago cereales, pero los pretores no podían exigir más que la vigésima parte de la cosecha. Además, el mismo senadoconsulto prohibía a la autoridad suprema local fijar por sí sola el valor en tasa. En cambio, y por una medida diferente de las tomadas en otras partes, como por ejemplo en la tranquila Sicilia, los españoles tuvieron que suministrar soldados para el ejército, y sus contingentes fueron fijados cuidadosamente en los tratados. Algunas ciudades tuvieron también derecho de acuñar moneda, mientras que en Sicilia Roma se lo había reservado a título de regalía. Aquí necesitaba el concurso de sus súbditos para no darles instituciones provinciales muy suaves, y hasta para arreglar su administración. Entre las más favorecidas se encontraban, en primer lugar, las ciudades marítimas de origen griego, fenicio o romano, como Gades, Tarragona, etc., que eran como las columnas que sostenían su Imperio. Roma las admitió en su alianza de un modo enteramente particular. En suma, financiera y militarmente hablando, España costaba a la República más de lo que le producía. Bien pudiéramos preguntarnos por qué no se había desembarazado de su onerosa conquista, considerando que las posesiones transmarinas no estaban enteramente de acuerdo con las miras de su actual política exterior. Sin duda habrá tomado en consideración los crecientes intereses del comercio, la riqueza de España en minerales de hierro, y sus minas de plata aún más ricas y célebres desde hacía mucho tiempo hasta en Oriente.^[4] Se apoderó de ellas como había hecho antes Cartago, y el mismo Marco Catón había organizado su explotación (año 559). Pero la razón determinante de su ocupación directa es en mi sentir la siguiente: en España no tenía una potencia intermediaria como la República masaliota en las Galias, o como el reino númida en Libia. Abandonar la península a sí misma hubiera sido ofrecerla de nuevo a la ambición de otra familia de Barcas, o de aventureros que acudirían inmediatamente a fundar aquí un imperio.

VIII

ESTADOS ORIENTALES

SEGUNDA GUERRA CON MACEDONIA

ORIENTE Y GRECIA

LAS GRANDES POTENCIAS. MACEDONIA

La gigantesca empresa comenzada por Alejandro el Grande un siglo antes que los romanos pusiesen el pie en su reino se había transformado y extendido con el transcurso de los años. Sus sucesores habían continuado la realización de su gran pensamiento, esto es, la conversión del Oriente al helenismo; y de aquel colosal Imperio había salido un vasto sistema de Estados greco-asiáticos. El invencible genio de los griegos, y ese amor por los viajes y la emigración que desde tiempo atrás había conducido a sus traficantes hasta Masalia y Cirene, hasta el Nilo y el mar Negro, había sabido guardar las conquistas de su héroe. La civilización helénica se había asentado pacíficamente en todas partes del antiguo reino de los Aqueménidas, bajo la protección de las sarisas macedonias. Los generales que heredaron el Imperio de Alejandro se arreglaron mutuamente y equilibraron sus fuerzas; y aunque el equilibrio faltó muchas veces, esa misma regularidad se manifestó en sus vicisitudes. Se formaron tres potencias de primer orden: Macedonia, Asia y Egipto. Con Filipo V, que subió al trono en el año 534 (220 a.C.), Macedonia no se diferenció de lo que había sido con Filipo II, padre de Alejandro. Constituía un Estado militar compacto con ingresos suficientes y regulares. Su frontera del norte se había rehecho después de pasadas la tempestad y la inundación de los galos; y, en tiempos normales, bastaban algunas avanzadas para contener por este lado a los bárbaros de Iliria. Al sur, no solo toda la Grecia estaba bajo su protección, sino que una gran parte se hallaba completamente bajo su dependencia; incluso había recibido guarnición macedonia. Esto sucedía con toda la Tesalia, la Olimpia hasta el Esperquio y la península de Magnesia, y también con la grande e importante isla de Eubea, la Lócrida, la Dórida y la Fócida. Por último, en el Ática y en el Peloponeso, cubría un gran número de ciudades: Samnium y su promontorio, Corinto, Orchomene, Heráclea^[1] y Trifilia. Las plazas fuertes de Demetriades en Magnesia, de Calcis en Eubea, y sobre todo de Corinto eran denominadas «¡las tres cadenas de la Grecia!». Pero la fuerza de Macedonia residía en su mismo país, en el pueblo

macedonio. Si la población era muy poco densa considerando la superficie que ocupaba; si apenas podían sacarse de ella un número de soldados igual al contingente normal de dos legiones consulares; si es verdad que el país no había llenado por completo el vacío que le causarían las expediciones de Alejandro y la invasión de los galos, estas desventajas hallaban en otra parte amplia compensación. En la propia Grecia, las nacionalidades habían perdido su fuerza moral y política. No había en ella pueblo propiamente dicho, ni vida que mereciese la pena de vivir. Entre los mejores, unos se entregaban a la embriaguez, otros se dedicaban a los juegos de esgrima, y algunos, en fin, consumían las horas y el aceite de sus lámparas en frívolos estudios. Durante este tiempo, en Oriente y en Alejandría, algunos griegos perdidos entre las masas de los indígenas diseminaban a su alrededor y con mejores elementos su idioma, su facundia y su falsa ciencia, al mismo tiempo que su ciencia verdadera. Pero apenas podían suministrar el suficiente número de oficiales de ejército, de hombres políticos y de profesores que se les pedían. Eran muy poco numerosos como para constituir en estos nuevos países una clase media de pura sangre helénica. En la Grecia septentrional, por el contrario, Macedonia ofrecía un sólido núcleo nacional, procedente de la raza que había en otro tiempo peleado en Maratón. Así pues, es de notar la altiva confianza con que los etolios, los acarnanios y los macedonios van por todas partes en los países de Oriente. Se dan tono de gentes de un origen más elevado y pasan por tales. ¡Desempeñan el principal papel en las cortes de Antioquía y de Alejandría! ¿Habría necesidad de citar a aquel habitante de Alejandría que volvió a su ciudad natal después de una larga permanencia en Macedonia, donde había tomado las costumbres y hábitos locales, y se creía ya otro hombre, y no veía en los alejandrinos más que esclavos? El vigor, la destreza y el sentido nacional siempre vivos habían hecho del reino macedonio el más poderoso y mejor ordenado de todos los Estados de la Grecia septentrional. Es verdad que se había establecido el absolutismo sobre las ruinas de las antiguas instituciones de representación aristocrática. Sin embargo, ni el jefe ni los súbditos se vieron nunca en la condición respectiva que les estaba asignada en Asia y en Egipto. Comparándose con aquellos, los macedonios se sentían independientes y libres. Bravo y ardiente contra cualquier enemigo nacional; inquebrantable en su fidelidad a la patria y a la raza de sus reyes, y capaz de luchar hasta el último extremo contra las calamidades públicas, este pueblo es, de todos los del mundo antiguo, el que más se aproxima a los romanos. Al día siguiente de la invasión de los galos se regeneró de un modo tan prodigioso, que honra a gobernantes y gobernados.

ASIA

La segunda de las grandes potencias, el reino de Asia, no era más que la Persia antigua, transformada y helenizada en su superficie. El nuevo «rey de los reyes» (tomaba este pomposo título a pesar de estar tan mal justificado por su debilidad), pretendía ser el soberano de los países que van desde el Helesponto hasta el Punjab. Como en tiempos del antiguo monarca de Persia, sus Estados no tenían una organización sólida ni ofrecían a la vista sino un conjunto de provincias más o menos dependientes, de satrapías indómitas y ciudades griegas semilibres, pero sin lazo que las ligase entre sí. El Asia Menor, por ejemplo, pertenecía de nombre al reino de los Seléucidas; y, sin embargo, toda la costa del norte y la mayor parte del interior estaban ocupadas por dinastías locales o por bandas de celtas invasores. Al oeste, otra región pertenecía a los reyes de Pérgamo; mientras que las islas y las plazas marítimas o eran libres o pertenecían a Egipto. En realidad no le quedaba aquí al gran rey de Asia nada más que la Cilicia interior, la Frigia y la Lidia con el título de un derecho nominal e ineficaz sobre las demás ciudades y príncipes. Desde todo punto de vista, su supremacía se parecía mucho a la que el antiguo emperador de Alemania se atribuía sobre todos los Estados que no pertenecían a los dominios de su casa. El reino de Asia gastaba sus fuerzas en vanas tentativas para arrojar a los egipcios de sus posiciones en la costa, y en sus cuestiones sobre fronteras con los pueblos orientales, los partos y bactrianos. También llevaba adelante continuas luchas contra los galos establecidos en el Asia Menor con gran perjuicio para el país; contra las satrapías del este y los griegos del Asia Menor, siempre en estado de insurrección. Por último, se debatía en querellas de familia y en guerras continuas contra los aspirantes al trono. Ninguno de los reinos fundados por los diadocos estaba libre de este último azote, ni de los restantes males que entraña la monarquía absoluta degenerada. Pero en ninguna parte estos males eran tan funestos como en Asia; allí, tarde o temprano, las provincias estaban amenazadas de una separación inevitable al no tener lazos que las uniesen entre sí.

EGIPTO

Una cosa muy diferente era Egipto en su poderosa unidad. La política inteligente de los primeros Lágidas había sabido aprovecharse de las antiguas tradiciones

nacionales y religiosas para establecer un gobierno absoluto y concentrado. Aquí no hubieran podido nacer las ideas de emancipación o de separación, aun ante los más escandalosos abusos administrativos. Muy extraña a ese realismo nacional, fundamento y expresión política del sentimiento popular en Macedonia, la nación egipcia permanecía puramente pasiva. La capital lo era todo, y dependía de la corte y del rey. De aquí el hecho de que, si la irresolución y cobardía del príncipe hacían en ella más daño que en Macedonia y aun que en Asia, la máquina del Estado realizaba en cambio prodigios bajo la activa e inteligente mano de un Tolomeo I, o de un Tolomeo Evergetes. Egipto tenía además otra ventaja sobre los otros dos grandes reinos rivales, a saber: en lugar de correr tras de una sombra, la política de sus reyes se había propuesto un fin claro y próximo. Macedonia, patria del Gran Alejandro, y Asia, continente sobre el que había sentado su trono, no dejaban de creerse herederas inmediatas de la monarquía alejandrina. Más o menos a las claras pretendían reconstituirla, o por lo menos representarla. Los Lágidas, por el contrario, no aspiraban en manera alguna a la monarquía universal. Jamás habían soñado con la conquista de la India, pero no por esto dejaban de atraer de los puertos de Fenicia al de Alejandría todo el comercio entre la India y el Mediterráneo. Así, haciendo de Egipto la primera potencia comercial y marítima de aquellos tiempos, dominaban todo el Mediterráneo oriental, tanto en las costas como en las islas. Un día, Tolomeo III Evergetes cedió espontáneamente a Seleuco Calinico todas las conquistas realizadas hasta el puerto de Antioquía. Gracias a esta habilidad práctica y a las ventajas de su situación natural, Egipto se hizo temible a los otros dos Estados continentales, tanto en el ataque como en la defensa. Su adversario, aun siendo victorioso, no podía amenazar seriamente su existencia, pues era inaccesible a los ejércitos enemigos. Se había apoderado del mar y establecido en Cirene, en Chipre, en las Cíclades, en las costas sirio-fenicias, en toda la costa meridional y occidental del Asia Menor, y en Europa hasta el Quersoneso de Tracia. El gabinete de Alejandría tenía además sobre sus adversarios la superioridad de sus grandes recursos financieros. Explotaba el valle del Nilo con un éxito extraordinario, y las cajas públicas estaban repletas. La ciencia de los economistas, que no miran más que su fin y marchan sin apartarse nunca de él, había dado un gran impulso a los intereses materiales. Por último, los Lágidas entraban espontáneamente en las tendencias del siglo con su generosidad sabiamente calculada, y hacían marchar su reino por todos los caminos que pueden engrandecer el poder y el saber del hombre. Por lo demás, encerraban todos los estudios en los límites de su absolutismo monárquico, y mezclaban hábilmente los intereses de la ciencia con los del Imperio.

El Estado fue el primero que ganó en esto. Las construcciones navales y mecánicas se aprovecharon en alto grado de los descubrimientos de los matemáticos de Alejandría. El poder intelectual de las letras y de las ciencias, la única y más fuerte palanca que aún quedaba en manos de la Grecia, después de la desmembración de su imperio político se inclinaba dócilmente ante el soberano de Alejandría. Si el Imperio del gran conquistador lo hubiera sobrevivido, el arte y la ciencia de los griegos habrían hallado en Egipto un campo inmenso y digno de ellos. Desgraciadamente aquella gran nación no era más que una inmensa mole de ruinas. Prosperaba sin embargo en ella una especie de cosmopolitismo erudito, y no tardó en encontrar su polo magnético en Alejandría. Allí había a su disposición grandes recursos, colecciones inagotables; los reyes escribían tragedias que comentaban sus ministros, y florecían las academias, con grandes pensiones para los académicos.

De todo lo precedente puede deducirse la situación respectiva de los tres grandes Estados orientales. La potencia marítima dueña de las costas del Mediterráneo, después de haber obtenido el primer gran resultado, a saber, la separación política del continente europeo y del asiático, debía continuar su tarea de debilitar las obras de las dos potencias rivales, y dispensar su interesada protección a todos los pequeños Estados. En este intervalo Macedonia y Asia, sin dejar de celarse mutuamente, veían en el reino egipcio un adversario común contra el que se aliaban, o, por lo menos, contra quien se mantenían constantemente unidas.

REINOS DEL ASIA MENOR

También algunos Estados de segundo orden tuvieron una influencia inmediata en los sucesos producidos por el contacto del Oriente con el Occidente. Esto sucedió con los pequeños reinos situados entre las playas meridionales del mar Caspio y el Helesponto, que avanzaban hacia el interior y ocupaban toda la parte septentrional del Asia Menor: la Atropatena (hoy Azerbaidján al sudoeste del Caspio), Armenia, Capadocia (en el interior), Ponto en la costa sudeste del mar Negro, y Bitinia en la del sudoeste. Todos estos Estados se habían desgajado del gran Imperio de Darío, y todos eran gobernados por dinastas orientales, la mayor parte de origen persa. Esto sucedía en la Atropatena, por ejemplo, ese asilo de la antigua nacionalidad persa por donde había pasado sin dejar huella la tempestuosa expedición de Alejandro. Todos sufrían, aunque solo superficial y momentáneamente, la supremacía de la dinastía griega que se había apoderado o creía ocupar en Asia el lugar del gran rey.

LOS GALOS DEL ASIA MENOR

Más pesaba en los destinos comunes de Oriente la Galacia, situada en el centro del Asia Menor, entre Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Frigia. Sus fundadores habían sido tres pueblos celtas: los tolistoboios, los tectosagos y los trocmos,^[2] quienes se establecieron en el país y le dieron su lengua y sus costumbres, a la vez que continuaron en él su vida de aventureros y ladrones. Sus doce tetrarcas, colocados a la cabeza de cada uno de los cuatro cantones de las tres tribus y asistidos por el Consejo de los Trescientos, constituían el poder supremo y tenían sus asambleas en el «lugar sagrado» (*Drunemetum*). Allí administraban justicia y pronunciaban las sentencias capitales. La institución cantonal de los galos era cosa nunca vista por los asiáticos; pero admiraban aún más el arrojo temerario de estos intrusos procedentes del norte, sus hábitos de soldados aventureros. Eso que los hacía poner su espada al servicio de sus vecinos menos belicosos, cualquiera que fuese la guerra emprendida, o precipitarse sobre los países inmediatos para talarlos o saquearlos. Estos irresistibles bárbaros eran el terror de los degenerados pueblos del Asia; y hasta el mismo gran rey, después de que sus ejércitos fueran unas veces vencidos, y después de que Antíoco I Soter perdiera la vida en una batalla contra ellos (261 a.C.), concluyó por comprometerse a pagarles tributo.

PÉRGAMO

Solo Atalo, rico ciudadano de Pérgamo, los había tenido a raya y rechazado. Su patria, reconocida, le dio el título de rey para él y sus sucesores. La nueva corte de Pérgamo era, aunque en pequeño, la imagen de la corte de Alejandría. Se dispensaban los mismos cuidados a los intereses materiales, a las artes y a la literatura; había el mismo gobierno sagaz y previsor, y las mismas tendencias a debilitar las otras dos potencias continentales. Los Atálidas intentaron fundar una Grecia independiente en el Asia Menor occidental. Poseedores de un tesoro siempre repleto, se sirvieron de él con gran ventaja al prestar a los reyes sirios gruesas sumas, cuyo reembolso figurará después en las estipulaciones del tratado de paz con Roma, o al comprar grandes porciones de territorio. Un ejemplo de esta actitud es la

compra de Egina. Los romanos y los etolios habían quitado Egina a los aqueos en tiempos de la alianza contra Filipo y sus aliados; pero luego los etolios (a quienes pertenecía como parte estipulada del botín común) la vendieron a Atalo en treinta talentos. Como quiera que fuese, y a pesar del lujo de la corte y del título dado a su jefe, el reino de Pérgamo no dejó de ser una especie de República, que se regía interior y exteriormente como ciudades libres. Atalo, el Lorenzo de Médicis de la antigüedad, no fue nunca más que un ciudadano opulento que hacía vida familiar, tanto él como los suyos. En la casa real reinaron hasta el fin la paz y la concordia; contraste laudable al lado de las prostituciones y de las manchas de las dinastías más nobles sentadas en los tronos de las naciones vecinas.

GRECIA. EPIROTAS, ACARNANIOS Y BEOCIOS

Si se exceptúan las posesiones romanas de la costa occidental que tenían sus gobernadores especiales, no se hallan pueblos que tengan su existencia propia y su política en las localidades más importantes de la Grecia europea, tal como ocurre en Corcira y las provincias que estaban bajo la autoridad inmediata de Macedonia. Sin embargo, son excepción a esto los epirotas, los acarnanios y los etolios al norte; los beocios y los atenienses en el centro; los aqueos, los lacedemonios, los mesenios y los eletas en el Peloponeso. Las Repúblicas de los epirotas, los acarnanios y los beocios estaban unidas a Macedonia por toda clase de lazos, sobre todo los acarnanios, a quienes solo la protección de aquella podía poner a cubierto de la amenaza y las armas de los etolios, sus opresores. Ninguno de estos tres pueblos tenía gran importancia en los asuntos interiores, y las condiciones variaban. Entre los beocios, por ejemplo, era un uso constante que a falta de herederos en línea directa se legase la fortuna a asociaciones de taberna. Después de algunas decenas de años, los candidatos a los cargos públicos obtenían los votos solo a condición *sine qua non* de comprometerse a negar al acreedor, sobre todo al acreedor extranjero, la acción en justicia contra el deudor.

LOS ATENIENSES

Los atenienses tenían ordinariamente el apoyo del gabinete de Alejandría contra

Macedonia, y estaban en íntima alianza con los etolios. Pero al mismo tiempo había desaparecido su poder; y, de no haber sido el centro de las artes y de la poesía de los antiguos tiempos, su ciudad, triste heredera de un ilustre pasado, habría bajado al rango de las más insignificantes.

LOS ETOLIOS

Más viriles eran las fuerzas de la liga etolia. Aún subsistía allí intacto el antiguo vigor de la Grecia; pero la indisciplina salvaje y lo impracticable de un gobierno regular daban muestras de la degeneración. Era una máxima de derecho público que el etolio podía vender sus servicios contra cualquier otra nación, aunque fuese aliada de la suya. Cuando un día se les pidió con insistencia que se pudiese un término al abuso, la dieta respondió que sería más fácil arrancar a la Etolia de su lugar, que suprimir esta ley. Este pueblo habría podido ser muy útil al resto de la Grecia, si no le hubiera hecho más daño con su robo organizado, sus hostilidades irreconciliables contra la confederación aquea, y su desgraciada oposición al gran Estado macedonio.

LOS AQUEOS. ESPARTA, ELIS Y MESENIA

Reuniendo los mejores elementos de la propia Grecia, la Acaya había fundado en el Peloponeso una confederación imponente por la honradez, el sentido nacional y las instituciones de una paz armada para la guerra. Desgraciadamente, a pesar del vuelo que había tomado en el exterior, se marchitaba en el momento más floreciente, pues los recursos defensivos habían desaparecido. Conducida mal por el egoísmo y la triste diplomacia de Arato, había entrado en luchas funestas con los espartanos. ¡Falta mayor aún! Arato había apelado a la intervención de Macedonia en el Peloponeso, y así su patria había quedado completamente rebajada ante la supremacía extranjera. Las principales plazas del país habían recibido guarnición macedonia, y todos los años se prestaba juramento de fidelidad a Filipo. En cuanto a los pequeños Estados del Peloponeso, Elis, Mesenia y Esparta, tenían toda su política constituida en torno a su antiguo odio contra la Acaya, aumentado de día en día por las cuestiones de fronteras. Estaban unidos con los etolios; y como los aqueos lo estaban con Filipo, tomaban el partido contrario a Macedonia. Solo el

reino militar de los espartanos había conservado algún prestigio. Muerto Machanidas,^[3] lo había sustituido un tal Nabis. Este, apoyando su usurpación en los mercenarios aventureros, les dio los campos, las casas y hasta las mujeres y los hijos de los ciudadanos. Por lo demás, mantuvo estrechas relaciones con la isla de Creta, que era entonces el foco de los corsarios y de la soldadesca. Poseía allí algunas ciudades y organizó en ellas una asociación para que ejerciesen a medias el oficio de la piratería. Sus ladrones y sus piratas habían extendido el terror por todas partes, y era tan odiado como temido por vil y cruel. Sin embargo, supo extender su territorio, y en el año de la batalla de Zama se había apoderado ya de Mesenia.

LIGA DE LAS CIUDADES GRIEGAS. RODAS

Entre todos los estados intermediarios, la situación más independiente era la de las ciudades comerciales escalonadas en los pueblos de la Prepóntide, a lo largo de las costas del Asia Menor, o esparcidas en las islas del mar Egeo. Estas ciudades libres eran el punto luminoso en las confusas tinieblas del sistema helénico de estos tiempos. Había tres, sobre todo, que desde la muerte de Alejandro habían conquistado las más completas franquicias, y a las que su actividad comercial hacía política y territorialmente considerables. Estas eran: Bizancio, la reina del Bósforo, rica y poderosa por los productos del pasaje del estrecho y su comercio de cereales en el mar Negro; Ziciquia, en la Prepóntide asiática, hija y heredera de Mileto, que vivía en estrechas relaciones con la corte de Pérgamo, y, por último, pero antes que ellas, Rodas. Muerto Alejandro, los rodios habían arrojado inmediatamente la guarnición macedonia. Por otra parte, se habían convertido en los intermediarios de todo el movimiento del Mediterráneo oriental aprovechándose de las ventajas marítimas y comerciales de su posición geográfica. Su excelente marina y su valor tan gloriosamente probado en el famoso sitio del año 450,^[4] en este siglo de luchas continuas y universales, les suministraba medios para una política de neutralidad comercial, previsora y enérgica, que no obstante aseguraban con las armas cuando era necesario. Testigo de ello es la guerra con los bizantinos, a quienes obligaron a dejar abierto el Bósforo a sus buques. Tampoco habían permitido a los dinastas de Pérgamo que les cerrasen el mar Negro. Por lo demás, aunque enemigos de toda expedición en el continente, habían adquirido importantes posesiones en la costa de Caria frente a su isla; y en caso de necesidad tomaban tropas a sueldo para sostener sus guerras. Habían trabado relaciones amistosas con Siracusa, Macedonia, Siria, y

sobre todo con Egipto. Eran muy considerados en todas las grandes cortes, hasta el punto de que muchas veces fueron los árbitros de sus cuestiones. No apartaban la vista de las ciudades griegas marítimas, tan numerosas en las playas de los reinos de Ponto, Bitinia y Pérgamo, ni de las costas e islas arrebatadas por Egipto a los Seléucidas, como Sinope, Heráclea, Pontica, Cices,^[5] Lampsaca, Abidos, Mitelene, Chios (hoy Scio), Esmirna, Samos, Halicarnaso y otras muchas. Todas estas ciudades eran libres en realidad; nada tenían que ver con sus soberanos más que para que estos les confirmasen sus privilegios o para pagarles algunas veces un módico tributo. Por otra parte, contra las tentativas de los dinastas vecinos sabían resistir o luchar a viva fuerza. Además podían siempre contar con la ayuda de Rodas, que defendió enérgicamente Sinope contra la agresión de un Mitrídates del Ponto. En medio de los odios y de las guerras de los reyes habían asentado tan sólidamente sus libertades locales, que, cuando más tarde los romanos y Antíoco se enfrentaron, no se pusieron en juego sus franquicias sino solo la cuestión de saber si dependían o no de la munificencia del rey. En suma, la liga de las ciudades griegas, tanto en lo que respecta a sus condiciones generales como a las relaciones especiales con los soberanos del país, constituía una verdadera hansa, y Rodas estaba a su cabeza. Esta ciudad trataba y estipulaba por sí misma y por sus asociadas. Dentro de sus muros la libertad republicana tenía un asilo y hacía frente al interés monárquico. Mientras que en sus inmediaciones ardía la guerra y solo reposaban en una calma relativa, sus ciudadanos de Rodas saboreaban el bienestar de la vida de las ciudades dueñas de sus destinos. Finalmente, las artes y la ciencia florecían sin temor a las empresas del régimen militar ni a la corrupción de las cortes.

EL REY FILIPO DE MACEDONIA

Tal era el cuadro que ofrecía el Oriente cuando la barrera que los separaba del Occidente fue destruida; cuando las potencias orientales, con Filipo de Macedonia al frente, se vieron envueltas en las vicisitudes y trastornos de la otra parte del mundo antiguo. Ya hemos referido o indicado anteriormente (caps. III, V y VI) los primeros incidentes de este periodo nuevo. Hemos dicho cómo había comenzado y concluido la primera guerra de Macedonia (540 a 549), y cómo Filipo, que hubiera podido influir en el éxito de la guerra de Aníbal, no había hecho nada o casi nada para responder a la esperanza y a las combinaciones del gran cartaginés. Una vez más se

había probado que, de todos los juegos de azar, el más funesto es el del absolutismo hereditario. Filippo no era el hombre que necesitaba Macedonia, por más que no careciese de valor. Era rey, en el mejor y en el peor sentido de la palabra. Su rasgo característico era el sentimiento profundo de su autoridad real; quiso reinar solo y por sí mismo. Estaba orgulloso con su púrpura, pero no solo con ella. Y, en verdad, hacía esto con cierto derecho. Uniendo la bravura del soldado al golpe de vista del capitán, tenía también elevadas miras sobre la marcha que deben seguir los negocios públicos. Inteligente y espiritual en extremo, ganaba a todos aquellos a quienes se proponía ganar, incluso a los más instruidos y capaces, como Flaminio y Escipión. Además era buen tercio en la mesa y seducía a las mujeres, más por sus prendas personales que por el prestigio de su rango. Sin embargo, era también uno de los hombres más orgullosos y criminales de aquel corrompido siglo. Decía, y era una de sus expresiones favoritas, que no temía a nadie más que a los dioses; pero sus divinidades eran las mismas a quienes su almirante Dicearco ofrecía sacrificios todos los días, la impiedad (ἀσέβεια) y la iniquidad (παρανομία). No había nada sagrado para él, ni siquiera la vida de aquellos que lo habían aconsejado o ayudado en la ejecución de sus designios. En su cólera contra los atenienses y contra Atalo saciaba su furor hasta en los monumentos consagrados a recuerdos respetables, o sobre las más ilustres obras de arte. Se guiaba por esta máxima de Estado: «El que manda matar al padre, debe también mandar matar al hijo». Es posible que no hallase placer al ejercer la crueldad, pero cuando menos le eran absolutamente indiferentes la vida y el sufrimiento de los demás. En su dura y rígida naturaleza no penetraba la inconsciencia en los movimientos de las pasiones, único defecto que hace soportable al malvado. Profesaba además la máxima de que «el rey absoluto no está obligado a cumplir su palabra ni la ley moral»; e hizo tan impudente y tan descarada ostentación de sus corruptoras opiniones, que llegó un día en que se volvieron contra él y fueron un obstáculo para sus planes. No se le puede negar previsión ni decisión, pero iban siempre unidas a vacilaciones, descuidos y contradicciones, explicables, por cierto, cuando se piensa que apenas tenía dieciocho años cuando subió al trono como rey absoluto. Se encolerizaba contra cualquiera que osaba contradecirlo o ponerle un obstáculo en su camino con un consejo. Y, de hecho, con sus violencias había alejado de su lado a todos los consejeros útiles e independientes. ¿Cómo había podido mostrarse tan débil y tan cobarde en su primera guerra contra Roma? No tenemos datos para resolver esta cuestión. ¡Quizá no tendría entonces más que esa descuidada soberbia que solo aparece y produce actividad y energía al aproximarse el peligro; quizá no tomase interés en un plan que

él no había concebido, o tuviese envidia y celos de la grandeza de Aníbal, que lo arrojaba en la sombra! Lo que sí es seguro es que al verlo obrar, de aquí en más, parecerá que no es el mismo hombre cuya negligencia había hecho fracasar las vastas combinaciones del general de Cartago.

MACEDONIA Y ASIA COALIGADAS CONTRA EGIPTO LA HANSA RODIA Y PÉRGAMO CONTRA FILIPO

Al concluir el tratado del año 548-549 con los etolios y los romanos, Filippo tenía la firme convicción de que la paz no sería duradera. Quería consagrarse libre y completamente a los negocios de Oriente. Por tanto, no hay duda de que no le había pesado la rápida caída de Cartago. Admito que Aníbal tenía serios motivos para creer en la próxima explosión de una segunda guerra con Macedonia; y admito que Filippo había enviado ocultamente aquellos refuerzos que vinieron a unirse a última hora al ejército cartaginés. Pero, una vez lanzado en las inmensas complicaciones de Oriente, el secreto de ese apoyo dado a los enemigos de Roma, y sobre todo el silencio de esta ante semejante infracción de la paz, cuando la República busca siempre una ocasión para declarar la guerra, demuestra que ya entonces (551) Filippo no pensaba en los proyectos que hubiera debido poner en ejecución diez años antes. Efectivamente había vuelto la vista hacia otro lado. Ya había muerto Tolomeo Filopator, rey de Egipto. Los reyes de Macedonia y de Asia, Filippo y Antíoco, se habían unido contra su sucesor Tolomeo Epífanés, un niño de cinco años, pues querían aprovechar la ocasión de saciar el odio antiguo de las dos monarquías continentales contra la potencia marítima rival. Querían abatir y disolver el reino de Alejandría: Antíoco debía apoderarse de Egipto y de Chipre; Cirene, la Jonia y las Cíclades eran el lote de Filippo. Este último fue quien comenzó la guerra; se burló de los procedimientos del derecho de gentes sin causa aparente, sin motivo dado, «como hacen los peces grandes cuando devoran a los pequeños». Los dos aliados habían calculado perfectamente, sobre todo Filippo. Egipto estaba amenazado por su inmediato vecino, Siria, y dejó forzosamente indefensas sus posesiones de Asia Menor y las Cíclades. Filippo se arrojó sobre ellas. Esta era su parte en el botín. En el mismo año en que Roma hacía la paz con Cartago, el macedonio embarcó sus tropas en una escuadra que le habían proporcionado las ciudades marítimas sujetas a su dominio, y puso rumbo hacia la costa de Tracia. Se apoderó de Lisimaquia, a pesar de su guarnición etolia, y ocupó *Perinto*, ciudad cliente de Bizancio. Del primer

golpe Filipo había violado la paz con esta última; y en cuanto a los etolios, signatarios también de una paz muy reciente, rompió con ellos la buena inteligencia. Aliándose con Prusias, rey de Bitinia, no le fue difícil pasar al Asia; para recompensarlo, lo ayudó a apoderarse de las ciudades griegas comerciales inmediatas a sus Estados. Calcedonia quedó sometida. Cius se resistió, pero fue tomada por asalto y arrasada; sus habitantes fueron vendidos como esclavos. Esta barbarie inútil contrarió a Prusias, que deseaba poseerla intacta, e irritó profundamente al mundo griego. Pero los que más se indispusieron fueron los etolios, cuyo estratega había mandado la plaza, y los rodios, cuyas tentativas de conciliación habían sido insolente y pérfidamente rechazadas. Incluso sin el crimen de Cius, estaba en juego el interés de todas las ciudades comerciales. No se podía dejar a la Macedonia conquistadora abolir el cómodo y nominal dominio de Egipto. Las Repúblicas griegas y el libre comercio de Oriente eran incompatibles con la dominación macedonia; y la suerte sufrida por los desgraciados habitantes de Cius mostraba muy a las claras a todas las ciudades que esta vez no se trataba de una cuestión de libertades locales que debía confirmar un soberano, sino de una cuestión de vida o muerte. Ya había sucumbido Lampsaca, y Tasos había sido tratada como Cius. No había tiempo que perder. El valiente Teofilisco, estratega de Rodas, exhortó a sus conciudadanos a una resistencia común, puesto que también lo era el peligro. No debían dejar que el enemigo se apoderase una por una de todas las ciudades. Rodas tomó su partido y declaró la guerra a Filipo; Bizancio se le unió, y otro tanto hizo Atalo, rey de Pérgamo, enemigo político y personal del macedonio. Mientras los aliados reunían su escuadra en la costa de Etolia, Filipo se apoderó con una parte de la suya de las islas de Samos y Quios. Con la otra división apareció en persona delante de Pérgamo, a la que atacó sin poder tomarla ni hacer más que recorrer la campiña, y dejar en los devastados templos las huellas del valor macedonio. De repente, cambió la marcha y se reembarcó para ir a unirse a la otra escuadra que estaba todavía delante de Samos. En este momento lo alcanzaron las escuadras aliadas de Rodas y Pérgamo, que lo obligaron a aceptar la batalla en el estrecho de Quios. Sus buques de puentes eran inferiores en número; sin embargo, esto se compensaba con la multitud de sus embarcaciones descubiertas. Sus soldados se portaron como bravos, pero fueron derrotados. Veinticuatro galeras, cerca de la mitad de sus grandes buques, fueron sumergidas o capturadas; seis mil marineros y tres mil soldados quedaron muertos, incluso Democrato, su almirante; y dejó dos mil prisioneros en poder de los griegos. Los aliados perdieron solo ochocientos hombres y seis buques; pero los dos jefes que los mandaban tuvieron serios problemas. Atalo

había quedado separado de su escuadra, y se vio obligado a encallar su galera almirante en la playa de Eritrea; y el otro, el rodio Teofilisco, cuyo valor cívico había provocado la declaración de guerra y cuya bravura había decidido la batalla, murió al día siguiente a consecuencia de sus heridas. Así, pues, mientras que Atalo iba a rehacer su escuadra a Pérgamo y los rodios permanecían delante de Quios, Filipo se atribuyó falsamente la victoria y puso rumbo hacia Samos para arrojar desde allí sobre las ciudades de Caria. En esta misma costa, los rodios, solos y sin auxilio de Atalo, presentaron una segunda batalla a su escuadra, mandada por Heráclides. La batalla tuvo lugar en las inmediaciones de la isla de Ladea, frente al puerto de Mileto, y ambas partes dijeron haber triunfado. Sin embargo, parece que los macedonios debieron llevar la mejor parte, porque mientras los rodios se retiraron a Mindos y de aquí a Cos, ellos se apoderaron de Mileto. Su otra escuadra, bajo las órdenes del etolio Dicearco, tomó posesión de las Cíclades; entre tanto Filipo proseguía en la tierra firme de Caria la conquista de los establecimientos rodios y de las ciudades griegas. Si hubiera entrado en sus planes luchar contra Tolomeo, en lugar de solamente apoderarse de su parte del botín, habría pensado entonces (la ocasión era oportuna) en mandar directamente una expedición a Egipto. En Caria los macedonios no tenían ejército que se les opusiese, y Filipo pudo recorrer todo el país desde Magnesia hasta Milasa. Pero cada ciudad era allí una fortaleza; los sitios eran muy largos, sin dar ni prometer grandes resultados. Zeusis, sátrapa de Lidia, no prestaba al aliado del rey de Siria, su señor, un concurso activo, así como tampoco Filipo se cuidaba mucho de los intereses de este último. Las Repúblicas griegas, por su parte, solo le suministraban algunos recursos obligadas por la fuerza o por el miedo. Cada día se hacían más difíciles los aprovisionamientos. Filipo se veía obligado a saquear mañana a los que hoy le habían suministrado víveres voluntariamente; y otras veces, por más que sufriese su amor propio, tenía que rebajarse a pedirlos. Así pasó la buena estación. En este tiempo los rodios habían reforzado su escuadra y la habían reunido con las galeras de Atalo; sin duda, eran los más fuertes por mar. Ante esto Filipo podía temer que le tuviesen cortada la retirada, y verse obligado a pasar el invierno en Caria, cuando los acontecimientos en Macedonia y la intervención próxima de los etolios y de los romanos exigieron su inmediato regreso. Comprendió el peligro, y dejó en Mirina una guarnición de tres mil hombres para tener en jaque a Pérgamo y a las pequeñas ciudades de Milasa, Yasos, Bargilia, Euromos y Pedasa. De este modo se aseguró un puerto excelente y un punto de desembarco en Caria, y luego, aprovechándose de la negligencia de los confederados para guardar los pasos, consiguió ganar la costa de

Tracia con su escuadra. Volvió a entrar en su nación antes del invierno del año 553 (201 a.C.).

INTERVENCIÓN DIPLOMÁTICA DE ROMA

Durante este tiempo se había formado una tempestad en el Occidente. El rey de Macedonia la había atraído sobre su cabeza, y ya no le era permitido continuar su obra contra Egipto, todavía indefenso. En el mismo año en que daban tan feliz término a la guerra contra Cartago, los romanos volvieron su vista al Oriente, donde habían surgido estas graves complicaciones. ¿Cuántas veces se ha dicho y repetido que después de la conquista del oeste habían premeditado y emprendido inmediatamente la del Oriente? Opinión injusta, y cuya falsedad será demostrada por un examen algo atento. De no cerrar los ojos ante la evidencia, se reconocerá que, en la época que nos ocupa, Roma no aspiraba a la supremacía universal sobre todos los Estados mediterráneos. Todo lo que quería se reducía a no tener ni en África ni en Grecia vecinos temibles. Pero Macedonia no era por sí misma un peligro para Italia. Es verdad que su poder era considerable, y que solo forzado por las circunstancias el Senado había estipulado con ella una paz que la dejaba intacta; pero de esto a albergar serios temores, había una gran distancia. Durante la primera guerra con Macedonia, la República solo había enviado un corto número de soldados, y estos no habían tenido nunca enfrente un enemigo muy desigual en fuerzas. La humillación de Macedonia hubiera sido cosa agradable para el Senado; pero le habría costado muy cara si hubiese tenido que comprarla a precio de una guerra continental, poniendo en armas los ejércitos romanos. Así, pues, desde el momento en que los etolios se habían retirado, Roma estipuló la paz sobre la base del *statu quo ante bellum*. Sostener que en el momento mismo del tratado los romanos tenían ya la firme intención de volver a tomar las armas en la primera ocasión favorable sería emitir una opinión sin fundamento. ¿No es cierto, por el contrario, que dado el agotamiento de recursos y de fuerzas en Italia al terminar la segunda guerra púnica, y siendo el pueblo hostil a toda nueva expedición del otro lado del mar, hubiera sido cosa enojosa y sumamente incómoda volver a comenzar la guerra contra Filipo? Y, sin embargo, no pudo evitarse la lucha. Roma aceptaba con gusto, y a título de vecina, la Macedonia tal cual estaba en el año 549. Pero no podía permitir que Filipo se anexase la mejor parte del Asia Menor y el importante Estado de Cirene; que oprimiese las ciudades neutrales dedicadas al comercio, y duplicase así sus fuerzas.

Además, la caída de Egipto, la humillación y quizá, muy pronto, la conquista de Rodas, inferían una profunda herida al comercio de Italia y de Sicilia. ¿Podía Roma tolerar que el comercio de Italia cayese en la dependencia de las dos grandes potencias orientales? ¿No la obligaba el honor a defender a Atalo, su fiel aliado durante la primera guerra macedonia? ¿No debía impedir que Filipo, que había ya sitiado su capital, lo arrojase de su reino y le quitase sus súbditos? En consecuencia, no era por vana y ambiciosa jactancia que se decía que «el brazo protector de Roma se extendía sobre todos los helenos». Los habitantes de Nápoles, Rhegium, Masalia y Ampuria lo hubieran atestiguado: su protección era seria. ¿Qué otra nación estaba entonces más próxima a la Grecia que ella misma? Una vez helenizada la Macedonia, ¿no sería Roma la más cercana a ella? Sería extraño que se negase a los romanos el derecho de irritarse ante la noticia de los crímenes de Cius y de Tasos, dada la compasión y las simpatías que sentían hacia la Grecia. Todo se reunía, los intereses de su política y de su comercio, y la ley moral, para inducirlos a una nueva guerra, quizá la más justa que hayan sostenido jamás. Añadiremos además, en honor del Senado, que tomó inmediatamente su partido. Comenzó a hacer los preparativos necesarios, sin pensar en el agotamiento de las fuerzas de la República ni en la impopularidad de una declaración de guerra. En el año 553 (201 a.C.) apareció el pretor Marco Valerio en el mar de Oriente con treinta y ocho buques de la escuadra de Sicilia. Esto no quiere decir que el Senado no se hallase embarazado para hallar un *casus belli*. Lo necesitaba para el pueblo, a pesar de que en su política profunda y hacia Filipo daba poca importancia a la exposición regular de los motivos de la guerra. El apoyo que el rey de Macedonia había prestado a los cartagineses constituía una violación de los tratados, pero no se tenía una prueba de ello. Por otra parte, los súbditos de Roma en Iliria se quejaban desde tiempo atrás de abusos cometidos por los macedonios. En el año 551, el enviado de Roma se había puesto a la cabeza de las milicias locales, y había arrojado las bandas de Filipo. Al año siguiente el Senado expidió una embajada con el encargo de decir al rey que «si buscaba la guerra, la tendría quizá más pronto de lo que quisiese». Pero todo esto no eran más que infracciones que Filipo acostumbraba a cometer todos los días con sus vecinos; proceder contra ellas hubiera producido su inmediato reconocimiento y la reparación de la culpa, pero no la guerra. La República estaba en buena armonía con los demás beligerantes de Oriente, y con este título hubiera podido prestarles apoyo. Pero si Rodas y Pérgamo imploraron inmediatamente su auxilio, es necesario convenir en que, al menos formalmente, la primera agresión había partido de ellos mismos. En cuanto a Egipto, si bien sus enviados vinieron a pedir al Senado que

aceptase la tutela de su rey niño, no se mostraron dispuestos a solicitar que Roma mandase allí soldados. Para conjurar los peligros del momento, abrió también los mares del este a la potencia más grande del Occidente. Por lo demás, era a Siria adonde debía conducir inmediatamente un ejército auxiliar. A la vez, Roma debía hacer la guerra en Asia y en Macedonia. Para la República era importante no meterse en tales laberintos, en tanto estaba muy decidida a no mezclarse en los asuntos de Asia. El Senado se contentó, pues, con enviar embajadores a Oriente. Por una parte, estos debían, y en este punto su misión era fácil, obtener el consentimiento de Egipto para la intervención de Roma en los asuntos de Grecia, y por otra, pedir a Antíoco una satisfacción por el abandono de toda la Siria. Por último, debían precipitar la ruptura con Filipo lo más posible, y formar al mismo tiempo contra él una coalición de todos los pequeños Estados grecoasiáticos. En Alejandría, la embajada terminó pronto su cometido. La corte de Egipto no podía dejar de acoger con reconocimiento a Marco Emilio Lépido *como tutor del joven monarca*, ya que había sido enviado para defender sus intereses sin intervención directa de la República, en cuanto esto fuese posible. Por su parte, Antíoco no rompió su alianza con Filipo, ni dio las explicaciones pedidas por los romanos. Pero fuese por cansancio o debilidad, o que le bastase la promesa de no intervención que Roma le hacía, el hecho es que se limitó a la ejecución de sus designios sobre la Siria, y no tomó parte alguna en los acontecimientos del Asia Menor y de Grecia.

CONTINÚAN LAS HOSTILIDADES EN ORIENTE ROMA DECLARA LA GUERRA

A todo esto había llegado ya la primavera (año 554) y volvió a comenzar la guerra. En un principio Filipo se arrojó sobre la Tracia y se apoderó de todas las ciudades marítimas, Maronea, Enos, Elæos, Sestos y otras muchas, con el objetivo de garantizar sus posesiones de Europa ante una tentativa de desembarco por parte de los romanos. Después atacó Abidos en la costa de Asia. Esta posición era para él de gran importancia. Por Sestos y Abidos aseguraba sus comunicaciones con Antíoco; ahora ya no temía que las escuadras aliadas le cerrasen el paso a la ida ni a la vuelta del Asia Menor. Desde la retirada de la escuadra del rey, aquellas continuaban siendo dueñas del mar Egeo. Se había contentado con mantener fuertes guarniciones en tres de las Cíclades, en Andros, Citnos y en Paros, y no envió al mar más que corsarios. Los rodios fueron a Equios y de aquí a Tenedos, donde se les unió Atalo,

que había pasado el invierno delante de Egina entreteniéndose y oyendo las declamaciones de los atenienses. En este momento hubieran podido socorrer y librar a Abidos, que se defendía heroicamente; pero no se movieron, y la plaza se rindió. Casi todos los hombres útiles habían muerto en las murallas; y la mayor parte de los demás habitantes se suicidaron después de la capitulación. Como se habían entregado a discreción, el vencedor les dio tres días para darse por sí mismos la muerte. En su campamento, bajo los muros de Abidos, Filippo recibió a la embajada romana. Esta había terminado su misión en Egipto y en Siria, y, luego de haber visitado y trabajado las ciudades griegas, venía a notificar al rey de las exigencias del Senado. Debía decirle que se abstuviese de toda agresión contra los Estados helénicos, que restituyese a Tolomeo las posesiones que le había arrancado por la fuerza, y sometiese a un arbitraje la cuestión de las indemnizaciones debidas a los rodios y a Pérgamo. Los romanos creían que usando este lenguaje le iban a arrancar inmediatamente una declaración de guerra. Pero no hizo nada, y el enviado de Roma, Marco Emilio, no recibió más que una fina y maliciosa respuesta: «En un embajador tan bien dotado, bello, joven y romano, no podía agradar al rey un lenguaje tan audaz». Como quiera que fuese, al fin se presentó el tan deseado *casus belli*. En su loca y cruel vanidad, los atenienses mandaron al suplicio a dos desgraciados acarnanios que, por casualidad, habían penetrado en sus misterios. Sus compatriotas enfurecidos, como puede suponerse, exigieron a Filippo que hiciera que se les diese una satisfacción. Este, que no podía negar su justa demanda a unos aliados tan fieles, les permitió que reclutasen hombres en Macedonia y se arrojasen con ellos y con sus propias milicias sobre el Ática, sin otra forma de proceso. En realidad, esto no era todavía la guerra. A las primeras observaciones o amenazas de los enviados de Roma, que por entonces se hallaban en Atenas, el jefe de los macedonios auxiliares, Nicanor, se retiró con su gente. Pero era demasiado tarde. Los atenienses habían enviado ya a Roma una embajada, quejándose del atentado de Filippo contra un antiguo aliado de la República. El Senado la recibió de manera que hizo comprender al rey que no había lugar a réplicas. En la primavera del año 554 (200 a.C.), Filocles, general de las tropas reales en Grecia, recibió la orden de talar el Ática y sitiar de cerca Atenas. El Senado tenía por fin la ocasión oficial que deseaba. En el estío se presentó ante la asamblea popular la moción de la declaración de guerra, fundada en el ataque injusto de Filippo contra una ciudad aliada de Roma. Algunos tribunos, insensatos o traidores, se quejaban de los senadores que no dejaban a los ciudadanos un momento de reposo. Pero como la guerra era necesaria y, por decirlo así, ya había comenzado, el Senado no quiso ceder ni debía hacerlo. A fuerza de representaciones

y concesiones, arrancó al pueblo su consentimiento; el efecto de esas concesiones, por otra parte, recayó sobre los aliados itálicos. Contra todas las reglas antiguamente practicadas, se sacaron de sus contingentes unos veinte mil hombres en servicio activo, que estaban distribuidos por entonces en las guarniciones de la Galia cisalpina, la baja Italia, Sicilia y Cerdeña. Al mismo tiempo licenciaron a todos los ciudadanos que estaban aún en las filas y que habían peleado contra Aníbal. Para la guerra con Macedonia llamó solo a los hombres de buena voluntad; sin embargo, luego se supo que eran voluntarios forzosos, y que en la última estación del año 555 se amotinaron en el campamento, junto a Apolinia. Se formaron seis legiones con nuevos reclutamientos: dos quedaron en Roma, dos en Etruria y otras dos se embarcaron en Brindisi para Macedonia. Las mandaba el cónsul Publio Sulpicio Galba. También ahora los acontecimientos mostraban que, en medio de las inmensas y difíciles complicaciones de las relaciones políticas surgidas a raíz de las victorias de Roma, el pueblo soberano no estaba en condiciones de bastarse a sí mismo para realizar su misión; reunido en sus asambleas, sus decisiones eran de corto alcance o tomadas al azar. No ponía mano en la máquina gubernamental sino para cambiar de una manera peligrosa la marcha de las operaciones militares más necesarias, o para inferir graves injusticias a los demás miembros de la confederación latina.

LA LIGA ROMANA EN GRECIA

La situación de Filipo era cada vez más crítica. Los Estados de Oriente que debieron haberse unido a él en contra de Roma, y que en otras circunstancias no hubieran dejado de hacerlo, estaban luchando unos contra otros, principalmente por sus propios errores. De esta forma no solo no podían impedir una invasión romana, sino que iban a provocarla. Filipo había despreciado al rey de Asia, su aliado natural y más poderoso. De cualquier manera, este rey estaba impedido por su cuestión con Egipto y por la guerra que ardía en Siria, y, por lo tanto, no le prestaría un activo concurso. Por su parte, Egipto tenía gran interés en no ver las escuadras de Roma en los mares del Oriente, y en una embajada enviada a Roma mostró sin rodeos que el gabinete de Alejandría querría ahorrar a los romanos la molestia de intervenir en Ática. Pero, por otra parte, el tratado de división de Egipto que habían estipulado los reyes de Asia y Macedonia lo obligaba, mal de su grado, a echarse en brazos de la República y declarar que al mezclarse en los asuntos de Grecia obraban con el consentimiento formal de los egipcios. Lo mismo sucedía con las ciudades

comerciales a cuya cabeza estaban Rodas, Pérgamo y Bizancio; aquí el peligro era aún más apremiante. En otros tiempos hubieran hecho los mayores esfuerzos y sacrificios para cerrar a los romanos el Mediterráneo oriental; pero con su política devastadora de engrandecimiento, Filipo los había obligado a entrar en una lucha desigual. Ahora las necesidades de su salvación exigían que en esta contienda llamasen en su auxilio al grande y poderoso Estado italiano. Por su parte, los enviados de Roma que trabajaban en la formación de una segunda liga contra Filipo en la misma Grecia hallaron preparados todos los materiales por las faltas que el enemigo había cometido. En el partido antimacedonio de espartanos, atenienses, eleos y etolios, quizás el rey hubiera podido ganarse a estos últimos. La paz que habían hecho en el año 548 había abierto entre ellos y Roma un profundo foso que aún no se había rellenado; sin embargo, había que considerar las antiguas diferencias con Filipo y los rencores suscitados por haberles quitado sus ciudades tesalias, Echinus, Larisa, Cremasta y Tebas de Fócida. Por último, los nuevos atentados, como la expulsión de sus guarniciones de Lisimaquia y de Cius, los habían exasperado. Si no hubiera sido por su desacuerdo con Roma, no habrían vacilado un instante en unirse a la liga. Otra cosa grave para Filipo: de todos los pueblos griegos fieles hasta entonces al interés macedonio, epirotas, aqueos, acarnanios y beocios, solo estos dos últimos se colocaron decididamente a su lado. Los diputados de Roma se entendieron con los epirotas; y el rey de los atamanios, Aminandro, hizo causa común con la República. Entre los aqueos, Filipo se había creado muchos enemigos a raíz del asesinato de Arato; es más, lo odioso de este crimen había hecho que la liga se extendiese sin oposición. Bajo el mando de Filopemen (de 502 a 571, estratega por primera vez en el 546) había regenerado su Estado militar, y había adquirido confianza en sí misma después de algunos afortunados combates contra Esparta. Sin embargo, no marchaba ciegamente como en tiempos de Arato por el surco trazado por la política macedonia.

En Grecia, la confederación aquea era la única que no podía temer ni esperar nada de la ambición conquistadora del rey. Solo ella, viendo imparcialmente y con las luces del sentido nacional la tormenta que amenazaba, comprendió (lo cual no era difícil) que la lucha de los griegos entre sí iba a entregarlos a Roma atados de pies y manos. Por esto había querido mediar entre Filipo y los rodios; desgraciadamente ya no era tiempo. El patriotismo nacional había dado fin a la última guerra social y contribuido principalmente a la primera guerra entre Roma y Macedonia; pero este patriotismo se había extinguido, y por eso todas las tentativas de los aqueos fracasaron. En vano Filipo recorrió las ciudades y las islas intentando

levantar la Grecia; lo seguía la Némesis pronunciando en voz alta los nombres de Cius y de Abidos. Viendo los aqueos que no podían cambiar en nada la situación ni ser útiles, permanecieron neutrales.

LOS ROMANOS DESEMBARCAN CERCA DE MACEDONIA INTENTAN PENETRAR EN ESTE REINO

En el otoño del año 554 (200 a.C.) desembarcó cerca de Apolonia el cónsul Publio Sulpicio Galba con sus dos legiones, mil caballos nómadas y muchos elefantes que habían obtenido en su última guerra con los cartagineses. Ante esta nueva, el rey marchó inmediatamente desde el Helesponto hacia Tesalia; pero lo avanzado de la estación y la enfermedad del general romano impidieron que se verificaran por tierra operaciones de importancia. Las tropas de la República se limitaron a hacer un reconocimiento en el país vecino y ocuparon la colonia macedonia de Antipatria; allí se preparó un ataque combinado contra Macedonia para el año siguiente. Los bárbaros del norte, Pleuratos, señor de Escodra, y Bato, príncipe de los dardanos, aprovecharon gustosos la ocasión y prometieron tomar parte en la lucha. La escuadra romana, que contaba con cien buques grandes y ochenta ligeros, emprendió operaciones en gran escala. Mientras que el grueso de las fuerzas navales pasaba el invierno en Corcira, una escuadra conducida por Cayo Claudio Centon fue al Pireo para libertar a los atenienses. Después de haber puesto el país al abrigo de las incursiones de los corsarios macedonios y de la guarnición de Corinto, volvió a hacerse a la mar, y apareció de repente delante de Calcis de Eubea, que era la principal plaza de armas que tenía Filipo en la Grecia. Allí estaban sus almacenes, un arsenal y sus cautivos. Sopater, que gobernaba la plaza, no esperaba de ninguna manera un ataque de los romanos. Las murallas fueron escaladas sin resistencia y la guarnición fue pasada a cuchillo; se liberaron los cautivos y se prendió fuego los aprovisionamientos. Desgraciadamente los romanos no tenían tropas que guarneciesen y conservasen esta posición importante. Furioso Filipo por este descalabro, partió de Demetriades (en Tesalia) y corrió a Calcis. Pero, al no hallar más que las huellas de incendio que había dejado el enemigo, marchó sobre Atenas, a la que amenazó con terribles represalias. Allí se estrelló contra sus muros. Su asalto fue vigorosamente rechazado y tuvo que batirse en retirada ante Claudio y Atalo, que se dirigían contra él desde el Pireo, uno, y desde Egina, el otro. Todavía permaneció algún tiempo en Grecia, pero sin ninguna ventaja política ni militar. En

vano intenta excitar a los aqueos a que tomen las armas; en vano procura sorprender a Eleusis y hasta al Pireo mismo. En todas partes fue rechazado. En su irritación, fácil de concebir, tala inicuaamente el país que recorre, y antes de volver a tomar el camino del norte destruye los árboles de los jardines de Academo. Pasa el invierno, y en la primavera siguiente (555), Galba, que por entonces era el procónsul, abandona sus cuarteles muy decidido a ir directamente con sus legiones desde Apolonia hasta el corazón de Macedonia. Mientras que él atacaba por el oeste, otros ejércitos se preparaban para secundarlo por los otros tres lados. Los dardanios y los ilirios se arrojaron sobre la frontera del norte; por el este, las escuadras combinadas de los romanos y los griegos se reunieron delante de Egina. Por el sur avanzaban los atamanios esperando que se les uniesen los etolios, decididos al fin a tomar parte en la lucha. Después de haber franqueado las montañas por entre las cuales el Apsos (hoy Beratino) ha abierto su curso, y atravesado las llanuras fértiles de los dasaretas, Galba llegó al pie de la cordillera que separa la Iliria de la Macedonia. La cruzó también y de esta forma entró en la Macedonia propiamente dicha. Filipo corrió a su encuentro, pero perdieron el tiempo buscándose; ambos adversarios se extraviaron en ese país vasto y despoblado. Finalmente se encontraron en la Lincéstida, país fértil pero pantanoso, no lejos de la frontera del noroeste; allí establecieron sus campamentos a mil pasos uno de otro. Filipo había reunido todos los destacamentos que en un principio había mandado a cubrir los pasos del norte; así, tenía a sus órdenes veinte mil infantes y dos mil caballos. El ejército romano era casi igual en número; pero al estar en su país los macedonios tenían la ventaja de conocer los caminos y veredas, y podían aprovisionarse más fácilmente. Como estaban colocados frente a los romanos, no se atrevían a ir muy lejos a forrajear. Muchas veces Galba presentó la batalla; el rey se obstinó en no aceptarla. En vano el procónsul triunfó en muchas escaramuzas entre las tropas ligeras; las cosas continuaron como estaban. Por último, Galba se vio obligado a levantar su campamento y fue a establecerlo de nuevo en Octólofos, a unas tres leguas de aquel punto, esperando hallar más facilidades para aprovisionarse. Pero también allí eran perseguidos sus forrajeadores por las tropas ligeras y la caballería de Filipo.

Sin embargo, un día en que las legiones iban en auxilio de los destacamentos romanos, se encontraron con la vanguardia macedonia, que había avanzado imprudentemente. La rechazaron con grandes pérdidas y hasta perdió su caballo el rey; incluso él logró escapar gracias al heroico sacrificio de uno de sus caballeros. No era menos crítica la situación de las legiones. Pese a todo, los romanos supieron salir con honor gracias a los ataques de los aliados por otros puntos, y sobre todo

gracias a la debilidad de los ejércitos macedonios. Aunque Filipo había levantado en su reino a todos los hombres capaces de empuñar las armas, tomado a sueldo a los trófugas del campo romano, y reclutado a muchos mercenarios, no había podido poner en pie de guerra un ejército mayor que el acampado en este momento frente a las legiones, pues había tenido que dejar guarniciones en las plazas del Asia Menor y de Tracia. Incluso para formarlo había sido necesario desguarnecer los desfiladeros del norte en la Pelagonia. Para cubrirse al este había ordenado el saqueo de las islas Esciatos (Skiato) y Peparetos (Chilindromi), lugares donde el enemigo hubiera podido hallar un estacionamiento fácil. Tasos estaba ocupada, así como la costa adyacente; y Eraclides, con la escuadra, estaba cerca de Demetriades. Para la defensa del sur necesitaba contar con la dudosa neutralidad de los etolios. Pero he aquí que de repente se unieron con los atamanios, y se arrojaron sobre la Tesalia. Al mismo tiempo los dardanos y los Ilirios invadieron las provincias del norte; y la escuadra romana, bajo las órdenes de Lucio Apustio, salió de las inmediaciones de Corcira y apareció en las aguas de oriente, donde se le unieron las naves de Atalo, de los rodios y de los istrios.

SALEN LOS ROMANOS DE MACEDONIA

Filipo dejó inmediatamente sus posiciones y se retiró hacia el este. ¿Intentaba acaso rechazar la invasión de los etolios, o quería atraer el ejército romano al interior del país, a fin de destruirlo? ¿Se proponía quizás ambos objetos a la vez? No es posible averiguarlo; como quiera que fuese, verificó su retirada con tanta destreza que Galba, que temerariamente se había lanzado en su persecución, perdió su huella. Entre tanto, el rey volvió por el camino más corto y ocupó los desfiladeros de la cordillera que separan la Lincéstida de la Eordea (desfiladeros de Kara Kaia). Allí esperó a los romanos y les preparó un vigoroso recibimiento. La batalla se empeñó en el lugar que él mismo había elegido; pero, en este terreno desigual y cubierto de un espeso bosque, los macedonios no podían hacer uso fácil de sus largas lanzas. El ejército de Filipo, rotas sus filas, arrollado y envuelto, perdió mucha gente. Después de esta derrota no le quedaron al rey fuerzas para oponerse a los progresos del ejército romano. Pero este no quiso exponerse a peligros desconocidos penetrando en un país enemigo y sin caminos. Después de haber talado los fértiles campos de la alta Macedonia, la Eordea, Elimea y la Orestida, volvió a Apolonia. Solo la plaza de Orestis Keletron (hoy Castoria, en la península formada en el lago de este nombre)

les abrió sus puertas. Tomaron por asalto Pelion, la ciudad de los dasaretas ubicada sobre los afluentes del alto Apsos, y dejaron en ella una fuerte guarnición, que les aseguraba el camino para el porvenir. Filippo, por su parte, no había atacado a los romanos en su contramarcha. En cuanto partieron se dirigió a marchas forzadas contra los etolios y los atamanios, que arrasaban sin temor y de un modo salvaje el fértil valle del Peneo creyéndolo ocupado con el ejército romano. Derrotados y acuchillados, los pocos que pudieron escapar de la batalla lo hicieron por los senderos bien conocidos de las montañas. Esta derrota y los numerosos reclutamientos hechos en Etolia por cuenta de Egipto disminuyeron notablemente las fuerzas de los aliados. Los dardanios también fueron rechazados fácilmente por las tropas ligeras de Atenágoras, uno de los generales del rey, y cruzaron precipitadamente sus montañas. En cuanto a la escuadra de los romanos, no había sido más afortunada. Después de haber arrojado de Andros a los macedonios y visitado Eubea y Esciatos, amagó un ataque contra la península calcídica; pero la guarnición macedónica de Mendea la rechazó valerosamente. El resto del verano se ocupó en tomar Oreos, en Eubea, que también se defendió con valor, y cuyo sitio fue muy largo. La escuadra de Filippo era demasiado débil, y permaneció inactiva en el puerto de Heráclea. Su almirante, Heraclides, no se atrevió a disputar el mar al enemigo, que marchó en seguida a sus cuarteles de invierno: los romanos al Pireo y a Corcira, mientras que los rodios y los de Pérgamo a sus aguas respectivas.

En resumen, Filippo no podía quejarse de los resultados de la campaña. Después de rudas y fatigosas marchas, los romanos se hallaban en su punto de partida. Sin la invasión oportuna de los etolios y el afortunado combate del paso a la Eordea, no hubiera vuelto quizá ni un solo romano al territorio de la República. En todas partes había fracasado el cuádruple ataque de los aliados; y a fines de otoño no había enemigos en Macedonia. En tal situación Filippo se sintió bastante fuerte para intentar arrebatarse a los etolios la plaza de Taumaca, que estaba colocada entre su país y la Tesalia, y era la llave de todo el valle del Peneo. No tuvo éxito en su empresa, pero el porvenir le prometía grandes resultados si Antíoco, cuyo auxilio imploraba en nombre de los dioses, se ponía al fin en camino y venía a unírsele. Hubo un momento en que pareció estar dispuesto a partir. Su ejército se había presentado en Asia Menor y se había apoderado de algunas ciudades de Atalo, que a su vez llamaba en su ayuda a los romanos. Pero estos no se daban ninguna prisa, y, guardándose mucho de exponerse a una ruptura con el gran rey, se contentaron con mandarle embajadores. Después de todo su intervención bastó, y evacuó el territorio de Atalo. Desde este momento Filippo ya no podía esperar nada por esta parte.

**FILIPO ACAMPA SOBRE EL AOUS. FLAMINIO. FILIPO RECHAZADO
HASTA TEMPE.
GRECIA EN PODER DE LOS ROMANOS. ENTRAN LOS AQUEOS EN LA
ALIANZA DE ROMA**

El feliz éxito de la última campaña había aumentado el valor de Filipo, o mejor dicho, su presunción. Creyó haber asegurado de nuevo la neutralidad de los aqueos y la fidelidad de sus pueblos de Macedonia. Había sacrificado algunas plazas fuertes a los primeros, y a su almirante Heraclides al odio de los segundos. Apenas comenzó la primavera del año 556 tomó la ofensiva, penetró en el territorio de los atintanos, y estableció un campo atrincherado en el estrecho desfiladero por donde corre el Aous (el Vyossa), entre los montes Eropos y Asmaos. Acampó frente a él el ejército romano a las órdenes de Publio Vilio, cónsul en el año precedente; pero, a partir del verano, las tropas serían conducidas por el actual cónsul Tito Quincio Flaminio. El cónsul apenas contaba treinta años y pertenecía a esa generación joven que, desechando las antiguas tradiciones de sus antepasados, comenzaba también a desprenderse de aquel antiguo patriotismo romano. Si bien es cierto que no pensaba en renegar de Roma, no se preocupaba más que de sí mismo y de la civilización helénica. Por lo demás, era un hábil general y un diplomático aun más hábil en muchos aspectos, y su elección era en extremo oportuna para arreglar los asuntos de Grecia. Sin embargo, debo confesar que más le hubiera valido a Roma, y también a los griegos, que la elección hubiese recaído en un hombre menos simpático al helenismo. Un general a quien no hubieran podido corromper las delicadas lisonjas, ni cegar las reminiscencias artísticas y literarias, puesto, como estaba, ante las miserias políticas de Grecia. Tratando a Grecia según se merecía, hubiera quizás evitado a Roma las tendencias a un ideal que no era propio de su genio.

El nuevo general celebró una entrevista con el rey cuando los dos ejércitos permanecían aún inmóviles uno delante de otro. Filipo hizo proposiciones de paz: ofreció devolver todas sus recientes conquistas, y reparar mediante una indemnización equitativa los perjuicios sufridos por las ciudades griegas. Pero las negociaciones se rompieron cuando se le exigió que abandonase además las antiguas conquistas macedonias, especialmente en la Tesalia. Los ejércitos permanecieron todavía por espacio de cuarenta días en los desfiladeros del Aous sin que Filipo retrocediese, y sin que Flaminio se decidiera a atacar o a verificar un movimiento que dejara al rey en su campamento y llevase a los romanos al interior del país, tal como había ocurrido el año precedente. Pero un día salieron de esta situación por la

traición de algunos notables epirotas, que en su mayor parte favorecían a Filipo. Uno de ellos, Charops, en unión con otros, condujo a las alturas y por senderos extraviados y desconocidos a un cuerpo de ejército romano de cuatro mil infantes y trescientos caballos. Se encontraban encima del campamento macedonio, y, mientras el cónsul atacaba al rey de frente, cayeron de repente sobre él desde lo alto de su emboscada. Filipo tuvo que huir después de haber perdido más de dos mil hombres, y fue a situarse en los desfiladeros de Tempe, punto de comunicación con la propia Macedonia. Abandonó todas sus conquistas, a excepción de las plazas fuertes; y destruyó las ciudades tesalias donde no podía dejar guarnición. Solo la ciudad de Feres le cerró sus puertas, con lo cual se libró de la destrucción. Este brillante éxito y la hábil dulzura de Flaminio apartaron inmediatamente a los epirotas de la alianza macedonia. A la primera nueva de la victoria de los romanos se arrojaron sobre la Tesalia los atamanios y los etolios. Los romanos los siguieron y se apoderaron de todo el país llano; pero las plazas adictas a Macedonia y reforzadas con nuevas tropas solo se rindieron después de una heroica resistencia y ante un enemigo muy superior. En Atrax, en la orilla izquierda del Peneo, la falange se colocó en la brecha como un nuevo muro, y rechazó valerosamente el asalto. A excepción de algunas plazas tesalias y del territorio de los fieles acarnanios, toda la Grecia septentrional había caído en poder de la coalición. En el sur, por el contrario, gracias a las fortalezas de Corinto y de Calcis, que se comunicaban entre sí por la Beocia y cuyos habitantes se mantenían fieles a Filipo, y gracias también a la neutralidad de la liga aquea, casi todo el país pertenecía al macedonio. Como el año estaba ya muy avanzado y no permitía penetrar en el interior de Macedonia, el cónsul Flaminio se decidió a sitiar por mar y por tierra Corinto. La escuadra, reforzada de nuevo con las de Rodas y Pérgamo, se había entretenido hasta entonces en el ataque de dos pequeñas ciudades de Eubea, Eretria y Caristos. Después de haber hecho en ellas botín las había abandonado, lo mismo que a Orcos; y Filocles, el comandante macedonio de Calcis, había entrado en ellas después de la partida de los aliados. Estos pusieron rumbo hacia Cencrea, el puerto oriental de Corinto. Por su parte, Flaminio marchaba a su vez a Fócida, y ocupó todo el país; solo Elatea hizo resistencia. Eligió esta región, y sobre todo a Anticira en el golfo de Corinto, para instalar allí sus cuarteles de invierno. Al ver próximas las legiones y la escuadra romana maniobrando en sus aguas, los aqueos salieron por fin de su neutralidad, honrosa si se quiere, pero políticamente insostenible. Como los diputados de las ciudades más estrechamente ligadas con Macedonia, Dimea, Megalópolis y Argos, habían abandonado la dieta, se votó sin dificultad la entrada en la coalición.

Ciclíades y los demás jefes de la facción macedonia se retiraron. Las tropas de la confederación se unieron inmediatamente a la escuadra romana y sitiaron por tierra Corinto, la ciudadela de Filipo, contra la Acaya. Los romanos se la habían prometido a los aqueos en premio de su adhesión. Pero la ciudad era casi inexpugnable. Tenía una guarnición de mil trescientos hombres, casi todos trásfugas italianos, que se defendieron con un valor indomable. Cuando Filocles llegó con otro destacamento de mil quinientos hombres, pudo liberar la plaza, penetró luego en la Acaya y, auxiliado por el pueblo de Argos, quitó esta última plaza a la confederación. Filipo no supo recompensar a los fieles argivos, más que entregándolos al gobierno terrorista de Nabis de Esparta. Como este tirano solo había entrado en la coalición y hecho alianza con los romanos por odio a la confederación aquea, con la que estaba en guerra desde el año 550, Filipo concibió la esperanza de que, al ver que dicha confederación entraba también en la coalición, se pasaría a su partido. Pero Filipo se engañaba. Su causa era demasiado mala para que nadie pensase en abrazarla. Nabis recibió a Argos, ya que se la estaban regalando; pero haciendo a su vez traición al traidor, persistió en su alianza con Flaminio. Este, a su vez, en un principio se encontró muy embarazado por la entrada en la coalición de dos pueblos que estaban en guerra, pero luego medió en la contienda e hizo que concluyese en una tregua de cuatro meses.

TENTATIVAS DE PAZ FRUSTRADAS. FILIPO EN TESALIA

Llegó el invierno y Filipo quiso aprovecharlo para negociar la paz en buenas condiciones. Se celebró una conferencia en Nicea, sobre el golfo Maliaco. El rey en persona se esforzó en llegar a una inteligencia con Flaminio. Si se mostraba soberbio y desdeñoso con las pequeñas potencias; con los romanos, en cambio, se mostró deferente, aun cuando eran sus únicos y verdaderos adversarios. Es indudable que, dada la cultura y delicadeza de espíritu de Flaminio, se debió sentir halagado con aquella urbanidad del vencido, tan orgulloso incluso con aquellos griegos débiles que Roma había aprendido a despreciar tanto como el mismo Filipo. Pero sus poderes no iban tan lejos como los deseos del macedonio, y no le concedió más que una tregua de dos meses a cambio de la evacuación de la Lócrida y de la Facidó. Para lo demás lo remitió al Senado. Allí, desde hacía mucho tiempo, todos estaban unánimes en que Filipo debería renunciar a todas sus conquistas y a todas sus posesiones exteriores. Así, pues, cuando sus enviados llegaron a Roma, no se hizo

más que preguntarles si traían poderes para prometer abandonar la Grecia, principalmente Corinto, Calcis y Demetriades. Ante la respuesta negativa se rompieron inmediatamente las negociaciones, y se resolvió dar un vigoroso impulso a las operaciones de la guerra. Auxiliado ahora por los tribunos del pueblo, el Senado había tomado sus medidas para impedir los cambios de general, siempre tan perjudiciales. Se prorrogó indefinidamente el mando a Flaminio, se le enviaron refuerzos y además fueron destinados a sus órdenes los dos generales que le habían precedido, Publio Galba y Publio Vilio. Por su parte, Filipo intentó apelar de nuevo a las armas. Para continuar dueño de la Grecia, donde a excepción de los acarnanios y de los beocios todos estaban contra él, elevó a seis mil hombres la guarnición de Corinto. Reunió hasta los últimos recursos de la debilitada Macedonia, hizo entrar en la falange a los jovencillos y a los ancianos, y se puso en marcha con un ejército de 26000 hombres, de los que 16000 eran falangistas macedonios. Comenzó entonces la campaña del año 557. Flaminio mandó una parte de la escuadra contra los acarnanios, que fueron sitiados en Leucata; y en la propia Grecia, mediante un ardid de guerra se hizo dueño de Tebas. Así que, como ya había caído su capital, los beocios entraron por la fuerza, y de nombre al menos, en la liga contra Macedonia. Sin duda era un acontecimiento muy favorable el haber cortado de este modo las comunicaciones entre Calcis y Corinto. Flaminio podía ya marchar hacia el norte y dar allí un golpe decisivo. En la expedición anterior el ejército romano se había visto obligado a mantenerse en un país enemigo y desierto, y había encontrado obstáculos insuperables. En la actualidad, marchaba apoyado por la escuadra que iba a la vista de la costa, y le llevaba víveres enviados de África, Sicilia y Cerdeña. La hora del combate sonó antes de lo que creía el general romano. Siempre impaciente y confiado en sí mismo, Filipo no quiso esperar que su adversario llegase a la frontera; reunió todo su ejército en Dium, se dirigió a Tesalia por los desfiladeros de Tempo, y encontró a Flaminio que había ya llegado a la región de Escotusa.

BATALLA DE CINOCÉFALAS

El ejército romano había sido reforzado con los contingentes de los apolonios, los atamanios, los cretenses, de Nabis, y sobre todo con un fuerte destacamento de etolios; y así venía a ser igual en número al ejército de Filipo. Pero la caballería de Flaminio era superior a la del rey. El tiempo estaba lluvioso. De repente, y sin

haberlo siquiera previsto, la vanguardia romana chocó con la de los macedonios, delante de Escotusa (en la llanura de Karadagh). Los macedonios ocupaban una altura escarpada que se elevaba entre los dos campamentos, conocida con el nombre de Cinocéfalas (cabezas de perro). Rechazados a la llanura, los romanos volvieron a la carga con tropas ligeras y los excelentes escuadrones de la caballería etolia. Arrollan a su vez la vanguardia de Filipo, y la persiguen hasta la altura. Pero como le había llegado de refuerzo toda la caballería macedonia y una parte de la infantería ligera, los romanos, que habían avanzado imprudentemente, perdieron mucha gente y comenzaron a retroceder en desorden hacia su campamento. Pero la caballería etolia sostuvo valerosamente el combate en la llanura, y dio a Flaminio tiempo para acudir con sus legiones, que fueron colocadas precipitadamente en orden de batalla. El rey, por su parte, cediendo a los gritos y al ardor de sus tropas victoriosas, dispuso la continuación del combate. Con gran prisa ordenó sus tropas y marchó a este improvisado campo de batalla, en el que una hora antes no pensaban ni los generales ni los soldados. Se trataba de volver a ocupar la altura de Cinocéfalas, desguarnecida en este momento. El ala derecha de la falange, que mandaba el rey en persona, llegó primera y colocó sus líneas en buen orden; aún venía muy lejos el ala izquierda, cuando ya las tropas ligeras, rechazadas por los romanos, subían precipitadamente la colina. Filipo entonces las reúne inmediatamente, las ordena, y las hace marchar adelante al lado de la falange. Por otra parte, sin esperar la otra mitad que conducía más lentamente Nicanor por la izquierda, les dio orden de precipitarse lanza en ristre sobre las legiones, mientras que la infantería ligera, puesta ya en orden y desplegándose, debía ir a envolver a los romanos y atacarlos por el flanco. El choque de la falange que bajaba de la colina fue irresistible, e hizo retroceder la infantería romana, cuya ala derecha se declaró en derrota. En vista del movimiento del rey, Nicanor aceleró el suyo; pero con la rapidez de la marcha estaban mal formadas las filas. La retaguardia no había aún acabado de subir cuando las primeras que llegaron ya habían abandonado la colina para unirse a la derecha victoriosa, y corrían tumultuosamente sobre un terreno cuya desigualdad aumentaba el desorden de los batallones de Filipo. Sacando inmediatamente partido de la falta del enemigo, el ala derecha de los romanos atacó y deshizo sin trabajo las tropas que tenía ante sí. Solo los elefantes que iban en primera línea hubieran bastado para rechazar a los macedonios de Nicanor. A esto siguió una terrible matanza; durante este tiempo, un oficial romano reunió veinte manípulos y se arrojó a su vez sobre la derecha de Filipo, que se había alejado demasiado en persecución del ala izquierda de Flaminio, y había dejado a su espalda toda la derecha del ejército romano. Cogidos por

retaguardia, los falangistas no podían defenderse, y este movimiento de los romanos puso inmediatamente fin al combate. Rotas así las falanges, fueron completamente destruidas; y, en consecuencia, trece mil macedonios quedaron en el campo o en poder del vencedor. Sin embargo hubo más muertos que prisioneros, pues los romanos no sabían que cuando los macedonios levantaban sus sasiras significaba que se entregaban. Por parte de los romanos las pérdidas no fueron grandes. Filipo huyó a Larisa, donde quemó todos sus archivos, para no comprometer a nadie; después, evacuó la Tesalia y volvió a entrar en Macedonia. Al mismo tiempo, como si no fuese bastante aquel desastre, los macedonios llevaban la peor parte en todos los países por ellos ocupados. En Caria, los rodios batieron las tropas del enemigo, y las obligaron a encerrarse en Extratonicea; en Corinto la guarnición fue rechazada por Nicostrato y sus aqueos con grandes pérdidas, y en Acarnania fue tomada por asalto Leucata, después de una heroica resistencia. Filipo había sido en todas partes completamente vencido. Sus últimos aliados, los acarnanios, se unieron a la liga al recibir la noticia de la desgraciada batalla de Cinocéfalas.

PRELIMINARES DE PAZ

Los romanos podían dictar condiciones para la paz, pero no abusaron de su fuerza. Podían aniquilar el antiguo reino de Alejandro, y así se lo pedían los etolios en sus conferencias. Pero, al hacer esto, ¿no destruirían la muralla que protegía la civilización griega de los tracios y los galos? Ya durante la guerra que acababa de terminar, los tracios habían devastado y arrasado la floreciente Lisimaquia, en el Quersoneso de Tracia; esta era una severa advertencia. Flaminio, cuyas miradas penetraban hasta el fondo de las tristes discordias de los Estados griegos, no podía consentir que los romanos se convirtiesen en los ejecutores de los rencores etolios. Al mismo tiempo que sus simpatías helenistas lo conducían hacia el inteligente y, algunas veces, caballeresco rey de Macedonia, se sentía herido en su orgullo de romano con la fanfarronería de aquellos etolios que se proclamaban los «vencedores de Cinocéfalas». Les respondía que los romanos no acostumbraban aniquilar al enemigo vencido; pero que después de todo los dejaban obrar por su cuenta y acabar con Macedonia de ese modo, si se encontraban con fuerzas para ello. Por otra parte, Flaminio guardó muchos miramientos para con el rey. Como había dicho que estaba dispuesto a suscribir las condiciones que antes había rechazado, le concedió una tregua mediante el pago de una suma determinada, y la entrega de rehenes, entre

otros, su hijo Demetrio. Esta tregua no pudo venir más a punto, y Filipo la aprovechó para arrojar del reino a los dardanos.

PAZ CON MACEDONIA. LA GRECIA LIBRE

La conclusión definitiva de la paz y el arreglo de los asuntos de Grecia fueron confiados por el Senado a diez comisarios, de los que Flaminio era el alma y la cabeza. Filipo obtuvo condiciones análogas a las que se habían impuesto a Cartago. Perdió todas sus posesiones del exterior en Asia Menor, en Tracia, en Grecia y en las islas del mar Egeo. Conservó toda la Macedonia, excepto algunos cantones sin importancia y la región de Oréstides, declarada independiente; esta cesión fue para él la más dolorosa. Pero ¿acaso podían los romanos, conociendo su carácter ardiente e irascible, restituirlo con el poder absoluto cuando eran súbditos que desde un principio habían hecho defección? La Macedonia se comprometía además a no contraer una alianza exterior sin conocimiento de Roma, ni a poner guarnición más allá de la frontera. Tampoco haría la guerra contra ningún otro Estado civilizado, y particularmente contra un aliado de la República, ni pondría más de cinco mil hombres sobre las armas. Por último no tendría elefantes ni más de cinco buques de guerra; los demás serían entregados a los romanos: así lo exigían las cláusulas del tratado. Filipo entró en la sinmaquia romana, obligado como estaba a enviar su contingente a la primera exigencia. En efecto, al poco tiempo se vio a los soldados de Macedonia combatir al lado de las legiones. Pagó además a la República una contribución de mil talentos. La Macedonia quedó así humillada y reducida a la impotencia política, sin fuerzas más que las necesarias para servir de barrera contra los bárbaros. Con todo, faltaba arreglar las posesiones abandonadas por Filipo. En este mismo tiempo, los romanos aprendían a costa suya en las guerras de España que no hay nada tan inseguro como el provecho de las conquistas transmarinas. No habían hecho la guerra a Filipo para conquistar otro nuevo territorio. No se reservaron parte en el botín, impusieron la moderación a sus aliados, y se resolvieron a proclamar la independencia de todos los pueblos griegos sobre los que Filipo había reinado. Flaminio recibió la misión de mandar que se leyese el decreto de libertad ante los helenos reunidos con ocasión de los juegos ístmicos (año 558). Los hombres serios debieron preguntarse si la libertad es un bien que se da; si la libertad significa alguna cosa sin la unidad nacional. No importa: la alegría fue

grande y sincera, como lo era también la intención con que se había dictado el senadoconsulto.^[6]

ESCODRA. ENGRANDECIMIENTO DE LA LIGA AQUEA. LOS ETOLIOS

Hubo, sin embargo, una excepción a estas medidas generales. Las regiones ilirias, al este de Epidamno, fueron abandonadas a Pleuratos, dinasta de Escodra. Su reino, humillado un siglo antes por estos mismos romanos que perseguían en él a los piratas del Adriático (pág. 80), se había convertido en uno de los más considerables entre los pequeños Estados de este país. En la Tesalia occidental se dejaron algunas pequeñas localidades a Aminandro. Por otro lado, en reparación de sus muchos infortunios y en recompensa de sus corteses misivas y sus innumerables acciones de gracias, Atenas recibió las islas de Paros, Esciros e Imbros. No hay que decir que los rodios recobraron sus posesiones de Caria, y que Egina quedó para los de Pérgamo. Los demás aliados no obtuvieron más recompensa que el aumento indirecto que resultó de la agregación a sus diversas confederaciones de algunas ciudades, declaradas libres. Los aqueos fueron los que mejor salieron, por más que habían sido los últimos en tomar las armas contra Filipo. Merecían este honor porque, entre todos los griegos, eran los que constituían el Estado mejor ordenado y más digno de estimación. Su liga se engrandeció con todas las posesiones que Filipo tenía en el Peloponeso y en el istmo, sobre todo con la anexión de Corinto. En cuanto a los etolios, se les guardaron pocas consideraciones y se les concedió permiso para anexionar a su sinmaquia las ciudades de la Fócida y de la Lócrida. Ellos exigían además la Acarnania y la Tesalia; pero sus esfuerzos fracasaron ante una rotunda negativa o una dilación indefinida. Las ciudades tesalianas se dividieron en cuatro pequeñas federaciones independientes. La liga de las ciudades rodias se aprovechó de la emancipación de Tasos, de Lemnos y de las ciudades de Tracia o del Asia Menor.

GUERRA CONTRA NABIS

La organización interior de la Grecia se complicaba con las dificultades inherentes a

cada pueblo, y con las que surgían de Estado a Estado. El asunto que más urgía arreglar era la cuestión entre los aqueos y los espartanos. La guerra ardía allí desde el año 550 (204 a.C.), y fue necesario que Roma interviniese. Flaminio intentó en vano convencer a Nabis de que hiciera algunas concesiones, como por ejemplo restituir a los aqueos la ciudad federal de Argos, que Filipo les había entregado. El jefe de bandoleros se resistió a todas las instancias. Contaba con la cólera mal disimulada de los etolios contra Roma, o con una irrupción de los ejércitos de Antíoco en Europa. En suma, se negó rotundamente. Fue necesario que Flaminio declarase la guerra a aquel príncipe testarudo en una gran asamblea de todos los griegos convocados en Corinto, y que entrase en el Peloponeso apoyado por su escuadra y a la cabeza de los romanos y de los aliados. Con ellos iban unidos el contingente enviado por Filipo y una división de emigrados laconios bajo el mando de Agesípolis, rey legítimo de Esparta (año 559).

Se pusieron en campaña cincuenta mil hombres, a fin de exterminarlo en el primer encuentro. Despreciando las plazas menos importantes, Flaminio fue directamente a atacar la capital, pero sin el éxito decisivo e inmediato que buscaba. Nabis tenía también un ejército considerable (quince mil hombres, de los que por lo menos cinco mil eran mercenarios). Había inaugurado el régimen del terror, y mandaba al suplicio a todos los oficiales o habitantes sospechosos. Obligado a ceder ante la escuadra y el ejército romanos, aceptó las condiciones que le ofrecía Flaminio, por lo demás favorables. Pero el pueblo, o mejor dicho, los bandidos llamados por él a Esparta, no quisieron la paz. Temían, y no sin razón, que después de la victoria de los romanos todos serían condenados a muerte. Engañados por las mentiras del tratado de paz, y por el falso rumor de la llegada de los etolios y de los asiáticos, apelaron a las armas; la batalla se empeñó bajo los mismos muros de Esparta. El asalto se dio inmediatamente, y los romanos se apoderaron de la plaza. Pero de repente se declaró un violento incendio en todas las calles y los obligó a retroceder... Por último, cesó toda resistencia.

MEDIDAS TOMADAS EN ESPARTA

A Esparta se le dejó su independencia, y no se la obligó a recibir a los emigrados ni a entrar en la liga aquea. Se respetó la constitución monárquica del Estado, y hasta el mismo Nabis continuó en el poder. Sin embargo fue necesario que abandonara todas sus posesiones del exterior: Argos, Mesene, las ciudades cretenses y toda la costa.

También debió comprometerse a no contraer alianzas fuera de Grecia, a no declarar la guerra, a no tener escuadra, a restituir todas sus presas, y, por último, a dar rehenes a los romanos y pagarles un tributo. A los emigrados se les dió las ciudades de la costa de Laconia, y tomando el nombre de «laconios libres», por oposición a los espartanos regidos monárquicamente, entraron en la confederación aquea. Sus bienes no les fueron devueltos, pero se les asignaron tierras como indemnización. Se estipuló además que sus mujeres e hijos, detenidos hasta entonces en Esparta, quedaran libres para ir a unirse con ellos. En todos estos arreglos los aqueos ganaban Argos y a los laconios libres. Sin embargo, creyeron que esto no era bastante; hubieran querido además la expulsión del odioso y temible Nabis, la reintegración pura y simple de los emigrados, y la incorporación de todo el Peloponeso a la liga. Pero todo hombre imparcial reconocerá que en medio de tantas dificultades, y en medio de este conflicto de pretensiones exageradas e injustas, Flaminio obró con la justicia y moderación que las circunstancias permitían. Existiendo un odio antiguo y profundo entre los espartanos y los aqueos, obligar a Esparta a entrar en la confederación equivalía a entregarla a sus enemigos. La equidad y la prudencia se oponían a ello. Por otra parte, la vuelta de los emigrados y la restauración de un régimen abolido hacía veinte años hubiera sido reemplazar un terror por otro. El término medio adoptado por Flaminio, por lo mismo que no satisfacía a ninguna de las partes, era también el mejor. Por último, se cumplía lo más esencial: se ponía fin al bandolerismo por tierra y por mar de los espartanos. Si el gobierno actual no obraba bien, solo perjudicaba a los suyos. Y además, ¿no era posible que Flaminio, que conocía perfectamente a Nabis y sabía mejor que nadie cuán deseable era su destrucción, se hubiese abstenido de llevarla a cabo por estar obligado a terminar a la mayor brevedad los asuntos de Grecia, temiendo comprometer la gloria y la influencia de su éxito con posibles complicaciones de una nueva revolución? ¿No estaba en el interés de Roma mantener en el Estado espartano, un considerable contrapeso a la preponderancia de la Acaya en el Peloponeso? En realidad, la primera de estas consideraciones no era más que un detalle accesorio; y, por lo que hace a Roma, supongo que no llegaría a temer a los aqueos.

ORGANIZACIÓN DEFINITIVA DE LA GRECIA

Exteriormente al menos, la paz se había restablecido entre los pequeños Estados

griegos; pero el arbitraje de Roma se extendió hasta los asuntos interiores de las ciudades. Aun después de la expulsión de Filipo, los beocios continuaron haciendo demostraciones de sus sentimientos macedonios. Por exigencia suya Flaminio había autorizado a los compatriotas que antes habían estado al servicio del rey a que volviesen a entrar en su patria. Pero inmediatamente estos eligieron para presidente de su confederación a Braquilas, el más decidido de los partidarios de la Macedonia. Así, indispusieron de muchos modos al general romano que, desde luego, se mostró excesivamente prudente. Los beocios de la facción romana, aterrados de la suerte que les esperaba después de la partida de Flaminio, tramaron una conspiración para asesinar a Braquilas. Flaminio, a quien creyeron que ante todo debían consultar, no les respondió ni que sí ni que no. Braquilas fue asesinado. Pero el pueblo, no contento con perseguir a los asesinos, acechó a los soldados romanos que vagaban por la campiña, y asesinó a más de quinientos. Ante esto, era necesario obrar: Flaminio los condenó a pagar un talento por cada víctima. Pero como la orden no fue ejecutada, reunió precipitadamente sus tropas y sitió Coronea (558). Los beocios volvieron a suplicar, y como los aqueos y los atenienses intercedieron por ellos, el romano los perdonó mediante una multa moderada. El partido macedonio continuó sin embargo al frente del gobierno de este pequeño país, y los romanos, con la magnanimidad de los fuertes, los dejaron impunemente agitarse en su oposición pueril. La misma moderación y dulzura observó Flaminio en el arreglo de los asuntos interiores en el resto de la Grecia. Se contentó con que, en las ciudades que él había proclamado libres, obtuviesen el poder los notables y los ricos pertenecientes a la facción antimacedónica. Por otra parte, logró interesar a las comunidades en el éxito de la preponderancia romana, regalando al dominio público de cada ciudad todo lo que la guerra había dado a Roma. Por último, en la primavera del año 560 (194 a.C.) había ya acabado su tarea. Entonces reunió por última vez en Corinto a los diputados de todas las ciudades griegas. Los exhortó a usar moderada y sabiamente de la libertad que se les había dado, y reclamó, como única recompensa de los beneficios de Roma, la entrega en el término de treinta días de los cautivos italianos vendidos en Grecia durante las guerras con Aníbal. Luego evacuó las últimas plazas que aún tenían guarnición romana: Demetriades, Calcis y otras de menos importancia que dependían de esta, y por último la Acrocorinto. Así, dio con los hechos un solemne mentís a los etolios, que aseguraban que los romanos habían sustituido a Filipo como carceleros de la Grecia. Finalmente se reembarcó con todas las tropas italianas y con los cautivos devueltos, y entró de nuevo en su patria.

RESULTADO

Fuera de una mala fe culpable, o de un ridículo sentimentalismo, es necesario reconocer que cuando los romanos proclamaron la libertad de los griegos lo hacían con sinceridad. Si de su plan grandioso no ha salido más que un mezquino edificio, la falta no fue suya, sino de la irremediable disolución moral y política de la nación helénica. Verdaderamente era una cosa grande este llamamiento a la libertad por boca de una nación poderosa. El brazo de Roma hacía sentir su benéfica influencia sobre esta tierra, en la que buscaba su patria primitiva y el santuario de su más alto ideal. Era cosa grande haber librado a todas las ciudades griegas del yugo del extranjero, y haberles devuelto la independencia absoluta de su gobierno nacional. Debemos compadecer a los que no han visto en esto más que un estrecho cálculo de la política. Sí, los cálculos de la política hacían posible para Roma la emancipación de la Grecia. Pero, para ir de lo posible a la realidad, se necesitó de los romanos, y ante todo de Flaminio, el impulso irresistible de una ardiente simpatía hacia el mundo helénico. Se echa en cara a todos, y a Flaminio en primer lugar, no haber tenido en cuenta en esta circunstancia las justas inquietudes del Senado, y haberse dejado fascinar por el brillo mágico del nombre de Grecia. No consideraron su decadencia social y política; y quizás hicieron mal al dar de repente rienda suelta a aquellas repúblicas incapaces de conciliar y dominar los elementos antipáticos que en su seno se agitaban, incapaces de mantener la tranquilidad y la paz. En tal estado de cosas, la necesidad exigía en realidad que en buena hora se pusiese fin a esa libertad miserable y degradante, y que se impusiera sin tardanza la dominación de la República, fatalmente implantada por el curso de los acontecimientos en el suelo de la Grecia. Con todos los miramientos de una humanidad afectada, la política sentimental hacía más daño a los helenos que la peor de las ocupaciones territoriales. Véase el ejemplo de Beocia. Aquí Roma debió haber provocado, o al menos tolerado, el asesinato; ¿y por qué? Porque estaba decidido que las legiones se reembarcasen y no era posible impedir a la facción romana que se defendiese con las armas usadas en el país.

Roma no tardó en pagar muy caro las medidas a medias de su política. Sin el error de la emancipación generosa de la Grecia, no habría tenido sobre sí la amenaza de la guerra con Antíoco a partir del día siguiente. Tampoco esta habría sido peligrosa, si no hubieran cometido la falta militar de retirar las guarniciones romanas de todas las principales fortalezas que dominaban en este punto la frontera de Europa. Desarregladas aspiraciones hacia la libertad, o generosidad mal

entendida; ¡poco importa! ¡En pos de toda falta la historia nos muestra a la infalible Némesis!

IX

GUERRA CONTRA ANTÍOCO EN ASIA

ANTÍOCO EL GRANDE PRIMERAS DIFICULTADES CON ROMA

El rey Antíoco III, nieto del fundador de su dinastía, ceñía la diadema de los Seléucidas desde el año 531 (223 a.C.). Hacía nueve años que había subido al trono; el mismo tiempo que Filipo. En sus primeras expediciones a Oriente, había mostrado bastante actividad y empeño para que sus cortesanos pudiesen darle el título de Grande, sin que esto fuera una cosa ridícula. La irresolución o la cobardía de sus adversarios, sobre todo del egipcio Filopator, sirvieron a sus propósitos mucho mejor que sus propios talentos, y así pudo en cierto modo reconstituir la integridad de la monarquía asiática. Por primera vez reunió bajo su cetro las satrapías de Media y de Partia, y el Estado independiente, fundado tiempo atrás por los aqueos en el Asia Menor de este lado del Tauro. Además había intentado arrancar a Egipto la provincia de la costa de Siria, cuya posesión anhelaba. Pero en el mismo año de la batalla del lago Trasimeno (537), Filopator le hizo sufrir una sangrienta derrota en Rafiá;^[1] y el sirio prometió no volver a comenzar la lucha mientras hubiera un hombre sobre el trono de Alejandría, por más que fuese débil y abandonado. Pero, tras la muerte de Filopator en el año 549 (205 a. C), pareció que había llegado el momento de acabar con Egipto. Con este objeto el rey de Asia se asoció con Filipo, y, mientras que este atacaba las ciudades del Asia Menor, aquel se arrojó sobre la Celesiria. Los romanos intervinieron, y creyeron que el sirio haría contra ellos causa común con el macedonio. Las circunstancias y su tratado de alianza, todo se lo imponía; pero Roma atribuía a Antíoco miras demasiado grandes y prudentes. Lejos de rechazar con todas sus fuerzas la intromisión de los romanos en los asuntos de Oriente, el rey se figuró que podría sacar gran ventaja de la derrota de su aliado, derrota que no era difícil prever. En realidad, quiso llevarse toda la presa que había convenido dividir con el macedonio. A pesar de los estrechos lazos que unían Roma con Alejandría y con su rey niño, el Senado no tuvo la veleidad de hacerse protector del heredero de los Tolomeos más que en nombre. Firmemente decidido a no entrar en la red de las complicaciones asiáticas sino en último extremo, había asignado por límites a los dominios de Roma las columnas de Hércules, por una parte, y el

Helesponto por la otra. De esta forma, dejó obrar al gran rey. Conquistar el Egipto era cosa más fácil de decir que de hacer, y además quizás Antíoco no pensase seriamente en ello. Sin embargo, se apoderó de todas las posesiones exteriores de Egipto y sometió las ciudades de Cilicia, Siria y Palestina, una detrás de otra. En el año 556 (198 a.C.) consiguió una gran victoria sobre el general egipcio Scopas al pie del Panion, no lejos de las fuentes del Jordán. Este triunfo lo hizo dueño de todo el territorio que se extiende hasta la frontera propia de Egipto. Alarmados, los tutores del rey niño solicitaron la paz, que finalmente sellaron con los esponsales entre su soberano y una hija del rey de Asia. Antíoco había conseguido su primer objeto. Al año siguiente, y en el momento en que Filipo iba a ser vencido en Cinocéfalas, se dirigió contra el Asia Menor con una escuadra de doscientos buques, y comenzó la ocupación de todos los establecimientos de la costa del sur y del oeste, pertenecientes antes a Egipto. Sin duda Egipto se los había cedido en la paz, por más que estuviesen en poder de Filipo, así como antes había renunciado a todas sus demás posesiones en el exterior. Antíoco aspiraba ya a someter bajo su imperio a todos los griegos del Asia Menor. Al mismo tiempo reunió en Sardes un ejército poderoso. De este modo se ponía indirectamente en contacto con los romanos, que habían impuesto a Filipo la condición de retirar sus guarniciones de las plazas del Asia Menor, dejar a los rodios y a Pérgamo intactos sus territorios, y no tocar las constituciones particulares de las ciudades libres. Hoy Antíoco se había convertido en el enemigo común, como antes había sido Filipo. Atalo y los rodios se veían expuestos a los graves peligros cuya inminencia pocos años antes los había obligado a sostener la guerra con el macedonio. Como era natural, se esforzaron por interesar a los romanos en esta nueva guerra, como los habían interesado en la que había apenas terminado. Del año 555 al 556 Atalo pidió socorros a sus aliados de Italia contra el rey de Asia, que se había arrojado sobre sus Estados, mientras que las tropas de Pérgamo luchaban en Grecia al lado de los romanos. Más enérgicos que Atalo, cuando los rodios vieron en la primavera del año 557 que la escuadra de Antíoco se dirigía a las costas del Asia Menor, le hicieron saber que considerarían la guerra declarada si sus naves pasaban las islas Chelidonias (en la costa de Licia).^[2] Marchando Antíoco adelante, y animados por la nueva de la batalla de Cinocéfalas, rompieron inmediatamente las hostilidades y pusieron a cubierto contra toda agresión las importantes ciudades de Caria, Caunos, Halicarnaso, Mindos, y la isla de Samos.

Entre las ciudades semilibres, la mayor parte se habían sometido. No obstante algunas, como la gran ciudad de Esmirna, Alejandría de Troade y Lampsaca, habían

recobrado el valor al saber de la derrota de Filipo. Amenazaban resistir al sirio, y unían sus instancias a las que los rodios habían presentado a Roma. No podía dudarse de los designios de Antíoco, si es que era capaz de tomar una resolución y persistir en ella. No se contentaba ya con las posesiones asiáticas de Egipto, quería además hacer conquistas en el continente europeo, y tenía que venir a las manos forzosamente con Roma, aun sin buscar la guerra de un modo directo. Por consiguiente, el Senado estaba en su perfecto derecho al dar oídos a las súplicas de sus aliados e intervenir inmediatamente en Asia. Mientras tuvo sobre sí la guerra de Macedonia, no había prestado a Atalo más apoyo que el de una intervención puramente diplomática, si bien fue eficaz. Después de la victoria se ocupó también de las ciudades que habían pertenecido a Tolomeo y después a Filipo, y declaró que Antíoco no debía pensar en apoderarse de ellas. En los mensajes enviados al gran rey se ha visto reservar expresamente la libertad de las ciudades asiáticas de Abidos, Cius y Mirina. Pero esto no pasó de palabras; y Antíoco, aprovechándose de la partida de las guarniciones macedonias, se apresuró a poner las suyas en su lugar. Roma no se movió y hasta permitió un desembarco en Europa en el año 558. De esta forma avanzó por el Quersoneso de Tracia, ocupó Sestos y Maditos, y consagró muchos meses al castigo de los bárbaros del país y a la reconstrucción de Lisimaquia. Esta fue su principal plaza de armas y la capital de la nueva satrapía, llamada Tracia. Ocupado Flaminio todavía en los asuntos de Grecia, le envió a Lisimaquia diputados exigiendo la integridad del territorio egipcio y la libertad de todos los griegos. ¡Embajada inútil! El rey invocó, como siempre, sus derechos incuestionables sobre el antiguo reino de Lisimaco, conquistado por su abuelo Seleuco: no es un nuevo país lo que quiere conquistar —dice—, sino restaurar en su integridad el Imperio de sus antepasados, y no puede consentir la intervención de Roma en sus cuestiones con las ciudades sometidas de Asia. Además hubiera podido decir, y no sin apariencia de razón, que había hecho ya la paz con Egipto y que a los romanos les faltaba un pretexto.^[3] Pero de repente el rey se volvió al Asia. Lo llamaba la falsa nueva de la muerte del joven rey de Egipto, y el proyecto que concibió inmediatamente fue el de un desembarco en la isla de Chipre o en la misma Alejandría. Las conferencias con Roma se interrumpieron sin haber estipulado nada definitivo, y, por consiguiente, sin ningún resultado material. Al año siguiente (559), Antíoco volvió a Lisimaquia al frente de una escuadra y de un ejército numeroso, y volvió a emprender la organización de la satrapía, que destinaba a su hijo Seleuco. En Éfeso se encontró con Aníbal, que iba fugitivo de Cartago. Lo acogió con gran agasajo, y los honores excepcionales que tributó al gran hombre fueron equivalentes

a una declaración de guerra a Roma.

Como quiera que fuese, en la primavera del año 560 Flaminio retiró de la Grecia, como ya hemos dicho, todas las guarniciones romanas. Torpeza insigne en las circunstancias actuales, cuando no accionar culpable, puesto que se obraba con pleno conocimiento de causa. En efecto, se ve muy claramente que, para poder llevar a Roma las palmas de una completa victoria y el honor aparente de la libertad dada a la Grecia, Flaminio se contentó con cubrir superficialmente el fuego no extinguido de la insurrección y de la guerra. Como hombre de Estado quizá tuviera razón al considerar como una falta todo intento de sujeción directa de Grecia, y toda intromisión de Roma en los asuntos de Asia: pero ¿era posible dejarse seducir por los síntomas que en la actualidad presentaba la cuestión? La agitación de los partidos de oposición en Grecia, la loca y necia jactancia de los asiáticos, la llegada al campo sirio del irreconciliable enemigo que antes había dirigido contra Roma las armas de Occidente, ¿no presagiaba todo esto la inminencia de un nuevo levantamiento del Oriente helénico, con el fin de arrancar a Grecia de la clientela de Roma, y colocarla exclusivamente en la de los Estados hostiles a los romanos, y, una vez conseguido, ir aún más lejos? Roma no podía tolerar que las cosas llegasen a este estado. Entre tanto, Flaminio, ciego ante los signos precursores de la guerra, retiraba de Grecia las guarniciones romanas y hacía que notificasen al gran rey las exigencias de la República, sin tener intención de apoyarlas con el envío de tropas. Por último, hablando mucho y haciendo poco, olvidaba su deber de general y de ciudadano, y no atendía más que a su vanidad personal. Todo esto hubiera estado muy bien con tal de que hubiese podido dar la paz a Roma, y la libertad a Grecia en ambos continentes.

ANTÍOCO SE PREPARA PARA LA GUERRA

El gran rey se aprovechó del respiro inesperado que se le daba en el interior y en el exterior con sus vecinos; fortificó su posición antes de comenzar la guerra que ya tenía resuelta, y que preparaba con tanta más actividad cuanto más vacilaba su enemigo. Hizo que se efectuase el matrimonio del joven rey de Egipto con su hija Cleopatra (año 561), convenido desde tiempo atrás. Los egipcios sostuvieron después que en esa ocasión prometió a su yerno restituir las provincias que había arrebatado al reino de Alejandría; pero esta aserción me parece inverosímil. De hecho, los países conquistados continuaron unidos al Imperio sirio.^[4] Ofreció a

Eumenes, que subió al trono de Pérgamo a la muerte de su padre Atalo (año 557), devolverle las ciudades conquistadas; y también a una de sus hijas en matrimonio, a condición de que abandonase la alianza de Roma. Por lo demás, casó a otra de sus hijas con Ariato, rey de Capadocia; se atrajo a los gálatas con ricos presentes, y dominó con las armas a los pridios y a otros pequeños pueblos que se hallaban en un continuo estado de insurrección. Hay que señalar que también concedió extensos privilegios a los bizantinos. En cuanto a las ciudades griegas del Asia Menor, dijo que respetaría la independencia de las antiguas ciudades libres, como Rodas y Ciziquia, y que en las demás se contentaría con el reconocimiento de una soberanía puramente nominal; incluso añadió que estaba dispuesto a someterse en esto al arbitrio y decisión de los rodios. En la Grecia de Europa estaba seguro del concurso de los etolios, y esperaba hacer que Filipo volviera a tomar las armas. Dio su aprobación real a los planes de Aníbal que se le habían sometido. Pondría a su disposición una escuadra de cien buques, un ejército de diez mil hombres de a pie y mil caballos para ir a Cartago y volver a encender la guerra, y hasta para hacer un segundo desembarco en Italia. A fin de preparar el nuevo levantamiento se expidieron emisarios tirios a Cartago; contaban además con la insurrección que ardía en toda España cuando Aníbal había salido de su patria.

MANEJOS DE LOS ALIADOS CONTRA ROMA

De este modo venía preparándose una gran tormenta contra Roma. Y, como siempre, los helenos fueron los más impotentes entre los enemigos llamados a tomar parte en la empresa, y los que acreditaron una febril impaciencia. Los etolios, en su irascibilidad y fanfarronería, llegaron a creer que solo ellos, y no Roma, habían vencido a Filipo. No esperaron siquiera la llegada de Antíoco a Grecia. Nada caracteriza mejor su política que la respuesta que dio su estratega a Flaminio, cuando este les decía que declarasen francamente la guerra a Roma: «¡Esta declaración la haré yo personalmente, yendo a acampar en las orillas del Tíber, al frente del ejército etolio!» Los etolios se consideraron como el fundamento del rey de Siria en Grecia. Y en realidad engañaron a todo el mundo: a Antíoco, haciéndole creer que todos los griegos veían en él su libertador y lo esperaban con los brazos abiertos; a los griegos, o a aquellos al menos que les prestaban oído, diciéndoles que estaba próxima la llegada del rey, lo cual era completamente falso. De este modo

influyeron sobre el amor propio de Nabis, que se declaró inmediatamente y volvió a encender la guerra dos años después de la partida de Flaminio, en la primavera del año 562 (192 a.C.). Sin embargo, su primer éxito condujo después a una catástrofe. Nabis se había arrojado sobre Gition, una de las ciudades libres de Laconia que el último tratado había concedido a los aqueos, y la había tomado por asalto. Inmediatamente el hábil estratega de Acaya, Filopemen, marchó contra él y lo derrotó cerca del monte Barbostenes (al este de Esparta). El tirano entró apenas con la cuarta parte de sus soldados en los muros de su capital, donde fue inmediatamente atacado. Como estos principios no prometían lo suficiente como para atraer a Antíoco a Europa, los etolios pensaron en hacerse dueños de Esparta, de Calcis y de Demetriades. Después de estas importantes conquistas, el rey ya no vacilaría. Contaban con apoderarse inmediatamente de Esparta. Con el pretexto de llevar a Nabis refuerzos de contingentes federales, el etolio Alexamenes debía penetrar en la ciudad con mil hombres, deshacerse del tirano y ocupar su puesto. En un principio salió bien el complot: Nabis fue asesinado mientras revisaba sus tropas. Sin embargo, como los etolios se habían esparcido por Esparta para robar, los lacedemonios se reunieron y no dejaron ni a uno solo vivo. Esparta aceptó entonces los consejos de Filopemen, y entró en la liga aquea. Los etolios sufrieron la suerte que se merecían: su empresa fracasó, y no hicieron más que promover la reunión de casi todo el Peloponeso con la facción filorromana. Por su lado, no fueron más felices en Calcis. El partido romano tuvo tiempo de llamar en su auxilio a los ciudadanos de Eretria y Caristos de Eubea, que participaban de sus opiniones, en contra del ejército etolio y los desterrados calcidios que servían en sus filas. No sucedió sin embargo lo mismo con Demetriades, pues los magnetas que dominaban la ciudad temían, no sin razón, que los romanos la hubiesen prometido a Filipo en premio de su cooperación contra Antíoco. Con el pretexto de acompañar a Eurilocos, jefe del partido antirromano que había sido llamado a la ciudad, penetraron en ella algunos escuadrones de caballería etolia, y la ocuparon. En parte de buen grado y en parte por la fuerza, los magnetas se colocaron a su lado, y se hizo mucho ruido con este triunfo cerca del Selécida.

RUPTURA ENTRE ANTÍOCO Y LOS ROMANOS

Antíoco tomó su partido. La ruptura con Roma era cosa inevitable, cualesquiera que fuesen los paliativos hasta entonces empleados, como embajadas u otras vías

dilatorias. Desde la primavera del año 561 (193 a. C) Flaminio, que llevaba la alta dirección de los asuntos de Oriente, había anunciado el *ultimatum* de la República a los embajadores reales Menippo y Hegesianes: «Que Antíoco desocupe inmediatamente la Europa y obre como le plazca en Asia, o que conserve la Tracia, pero reconociendo el protectorado de Roma sobre Esmirna, Lampsaca y Alejandría de Troade». Al comenzar la campaña del año 562 se entablaron negociaciones sobre la misma base en Éfeso, donde el rey tenía su principal plaza de armas, y que era su residencia en Asia Menor. Los enviados del Senado, Publio Sulpicio y Publio Vilio, se retiraron sin poder llegar a un acuerdo. Por ambas partes se sabía que las dificultades no podían arreglarse ya amistosamente. Roma había determinado declarar la guerra. En el estío de ese mismo año apareció delante de Gition una escuadra italiana de treinta buques con tres mil soldados a bordo, mandados por Aulo Antilio Sarrano, y bastó su presencia para activar el fin del tratado entre los aqueos y los espartanos. Se pusieron fuertes guarniciones en las costas orientales de Sicilia y de Italia para poder rechazar toda tentativa de desembarco, y se dispuso mandar en otoño un ejército a Grecia. Por orden expresa del Senado, Flaminio estuvo recorriendo toda la Hélade deshaciendo las intrigas del partido hostil, y reparando como mejor pudo las consecuencias de su evacuación prematura. En la Etolia las cosas habían llegado hasta el punto de votar formalmente en plena dieta la guerra contra Roma. Pero Flaminio pudo salvar Calcis poniendo en ella una guarnición de quinientos aqueos y quinientos pergamianos, e intentó recobrar Demetriades, sitio donde los magnetas anduvieron vacilantes. En cuanto al rey, ocupado en vencer la resistencia de muchas ciudades del Asia Menor que hubiera querido poseer antes de emprender una guerra de mayores proporciones, no podía dilatar por más tiempo su desembarco en Grecia, si no quería que los romanos recobraran todas las ventajas que habían comprometido y perdido dos años antes al retirar sus guarniciones del interior del país. Por lo tanto, el rey reunió las tropas y la escuadra que tenía a la mano; y partió con cuatrocientos cuarenta buques de guerra, diez mil hombres de a pie, quinientos caballos y seis elefantes. Dirigiéndose a Grecia por el Quersoneso de Tracia, llegó en el otoño del año 562 a Ptleon, sobre el golfo Pegaseo, y ocupó inmediatamente la vecina ciudad de Demetriades. Casi al mismo tiempo desembarcaba en Apolonia un ejército romano de cerca de veinticinco mil hombres, mandado por el pretor Marco Bebio. La guerra había comenzado por ambas partes.

POTENCIAS SECUNDARIAS

¿Qué iba a ser de esa vasta coalición formada contra Roma y a cuya cabeza quería ponerse Antíoco? Este era el nudo de la cuestión.

CARTAGO Y ANÍBAL

En cuanto a Cartago y a los enemigos suscitados por Roma en Italia, diremos en primer lugar que Aníbal vio fracasar en la corte de Éfeso sus vastos y valerosos designios ante los pequeños cálculos de gentes viles y egoístas, lo mismo que en otras partes. Tal era la suerte de aquel gran hombre. No se hizo nada para ejecutar sus planes, que solo sirvieron para comprometer a muchos patriotas de Cartago. En realidad esta misma ciudad no podía elegir, y se entregó incondicionalmente a Roma. Por su parte, la camarilla del gran rey no quería a Aníbal. Su grandeza incomodaba a los cortesanos, y recurrieron a los medios más viles: llegaron a acusar de conspirar secretamente con los enviados de la República a aquel «cuyo nombre servía en Roma a las madres para asustar a los niños». Hicieron tanto y tan bien, que el gran Antíoco, que como todos los reyes débiles se complacía en la mal llamada independencia de su genio, y en verdad se dejaba dominar en la misma proporción que temía ser dominado, tomó la resolución, muy prudente a sus ojos, de no ir a perder su gran figura bajo la gloriosa sombra del «huésped cartaginés». En gran consejo se decidió no dar a Aníbal más que misiones insignificantes, y no hacer más que pedirle pareceres, aunque con el firme propósito de no seguirlos jamás. Aníbal se vengó noblemente de todos aquellos miserables: en cualquier cosa que se lo empleaba, daba un resultado maravilloso.

ESTADOS DEL ASIA MENOR

En Asia, Capadocia se mantuvo apoyando al gran rey; pero Prusias, rey de Bitinia, se puso como siempre al lado del más fuerte. Eumenes, por su lado, continuó siendo fiel a la política de su casa, e iba por último a encontrar su recompensa. No contento con rechazar obstinadamente las proposiciones de Antíoco, había impelido a los romanos a una guerra de la que esperaba el engrandecimiento de su reino. Tampoco

abandonaron los rodios y los bizantinos a su antigua aliada. Por último, Egipto también se colocó a su lado ofreciendo municiones y hombres que los romanos no quisieron aceptar.

MACEDONIA

Pero la actitud del rey de Macedonia era la decisiva en Europa. Quizá la sana política aconsejase a Filipo olvidar lo pasado, todo lo que Antíoco había hecho u omitido, y reunir sus armas con las del gran rey; pero Filipo no acostumbraba a regirse por tales razones. Como no obedecía más que a sus afecciones o a sus antipatías, aborrecía mortalmente al infiel aliado que lo había dejado solo y expuesto a los golpes del enemigo común para apoderarse en detrimento suyo de una parte del botín, y que además con la conquista de Tracia se había convertido en un vecino incómodo. Por el contrario, los romanos, sus vencedores, le habían guardado muchos miramientos y consideraciones. Antíoco había cometido además la doble falta de proteger a los indignos pretendientes al trono de Macedonia, y mandar que se enterrasen con toda pompa los huesos de los soldados macedonios que se encontraban en el campo de batalla de Cinocéfalas. Eso había sido una grave injuria dirigida a Filipo. El fogoso rey puso sin más todas sus fuerzas a disposición de los romanos.

LOS PEQUEÑOS ESTADOS GRIEGOS

Con la misma energía se había pronunciado en su favor el segundo Estado de la Grecia, la liga aquea. Entre las pequeñas Repúblicas solo dos quedaban afuera, la de los tesalios y la de los atenienses. Entre estos últimos, una guarnición aquea que Flaminio había colocado en la Acrópolis contenía a los patriotas, muy numerosos por cierto. A los epirotas les costó mucho trabajo no desagradar a unos ni a otros. En suma, Antíoco no vio venir a él, fuera de los etolios, los magnetas y una parte de los perreos, sus vecinos, más que al débil rey de los atamanios, Aminandro, arrastrado por sus locas aspiraciones a la corona de Macedonia; a los beocios, siempre dominados por la facción hostil a Roma, y a los eleatos y mesenios en el Peloponeso, que siempre estuvieron al lado de los etolios contra la Acaya. En verdad este era un

auxilio muy pobre, y los etolios, como para agregar el ridículo a la debilidad, acordaron dar al gran rey el título de general en jefe con poder absoluto en el mando. Como sucede generalmente, ambas partes estaban engañadas. En lugar de los innumerables ejércitos de Asia, Antíoco no traía consigo más que una división del tamaño de un ejército consular; y en vez de ser recibido con los brazos abiertos por todos los griegos y ser aclamado su libertador, no vio llegar a él más que una o dos hordas de kleftes, y los ciudadanos de una o dos ciudades.

ANTÍOCO EN GRECIA. LLEGADA DE LOS ROMANOS BATALLA DE LAS TERMÓPILAS

Pero en Grecia Antíoco se había adelantado a los romanos. Calcis, donde los aliados de Roma habían puesto guarnición, se negó a entregarse a la primera intimación. Sin embargo, cuando el rey se acercó con todas sus tropas le abrió sus puertas, y una división romana, que acudió demasiado tarde, fue aniquilada por Antíoco delante de Delium. Eubea estaba perdida. Durante el invierno el rey había dirigido una expedición a la Tesalia en común acuerdo con los etolios y los atamanios. Ocupó las Termópilas, y tomó después Perea y otras ciudades; pero cuando Apio Claudio llegó de Apolonia con dos mil hombres libertó a Larisa y se mantuvo en ella. Antíoco, cansado ya de su campaña de invierno, estableció sus cuarteles en Calcis e hizo allí una alegre vida, olvidando sus cincuenta años y la guerra que tenía sobre sí, y celebrando sus nuevas nupcias con una bella calcidia. El invierno del 562 al 563 pasó para el rey sin hacer nada en Grecia, más que escribir y recibir comunicaciones. El rey «hacía la guerra con la pluma y la tinta», según la expresión de un oficial romano. En los primeros días de la primavera desembarcó en Apolonia el estado mayor del ejército romano. Su jefe era Manio Acilio Glabrion, hombre de nacimiento oscuro pero vigoroso capitán, muy temido además tanto por sus enemigos como por sus soldados. El almirante de la escuadra era Cayo Livio. Entre los tribunos militares se contaba Catón, que había dominado poco tiempo atrás la España, y Lucio Valerio Flacco. Fieles a la tradición de los romanos de otros tiempos, estos antiguos consulares se creían honrados con entrar en el ejército como simples jefes de legión. Con ellos llegaron nuevos refuerzos de buques y soldados, caballería nómada y elefantes enviados de Libia por Masinisa. El Senado los autorizó a pedir a los aliados no italianos hasta cinco mil auxiliares. De este modo el ejército romano pudo rápidamente presentar cuarenta mil hombres en línea de batalla. El rey

había comenzado por una incursión en el país de los etolios, y después había dirigido una expedición inútil a Acarnania. A la nueva del desembarco de Glabrio, volvió a su cuartel general para comenzar seriamente las operaciones; pero sufrió la pena de su negligencia y de la de sus altos funcionarios en Asia. ¡Cosa increíble! No había llegado ningún refuerzo, por lo que debió permanecer impotente al frente del pequeño ejército que había traído consigo en otoño, que durante el invierno había sido diezmado además por las enfermedades y las deserciones, resultado de los desórdenes de Calcis. Los etolios, que debían suministrarle innumerables soldados, cuando llegó la hora no le dieron más que cuatro mil hombres. Por su lado, los romanos ya operaban en la Tesalia, y su vanguardia, que se había unido al ejército macedonio, arrojaba de las ciudades las guarniciones del rey y ocupaba el territorio de los atamanios. El cónsul siguió la marcha con el grueso del ejército, que reunió bajo los muros de Larisa. Antíoco no tenía más que un partido que tomar: el de volverse inmediatamente a Asia y ceder el campo a un enemigo desmesuradamente más fuerte. Lejos de esto, pensó en atrincherarse en las Termópilas, cuyas posiciones ocupaba, y esperar allí la llegada de sus refuerzos. Se colocó en la vía principal y ordenó a los etolios guardar el sendero alto, por donde Georges había sorprendido a los espartanos en otro tiempo. Pero los etolios no obedecieron más que de un modo incompleto. La mitad de su pequeño cuerpo de ejército, dos mil hombres aproximadamente, entró en la inmediata plaza de Heráclea, y no tomó parte en el combate más que intentando sorprender y saquear el campamento romano mientras los dos ejércitos luchaban. Los hombres situados en lo alto de la montaña tenían orden de defender aquel paso y de observar los movimientos del enemigo. Catón les quitó las posiciones del Calidromos; y la falange de los asiáticos, atacada de frente por el cónsul, fue rota y destruida en pocos momentos por los romanos, que se precipitaron sobre sus flancos desde lo alto de la montaña. Antíoco no había pensado en nada, ni siquiera en la retirada: su ejército pereció por completo en el campo de batalla o en la huida.

LOS ROMANOS DUEÑOS DE LA GRECIA RESISTENCIA DE LOS ETOLIOS

Solo algunos hombres dispersos pudieron entrar en Demetriades. Por su parte el rey se volvió a Calcis con unos quinientos soldados, y allí se embarcó inmediatamente para Éfeso. Todas las posesiones de Europa estaban perdidas, excepto las ciudades

de Tracia; ya no había que pensar en defenderse. Calcis se rindió a los romanos, y Demetriades a Filipo. Además, y para indemnizarlo por la restitución de Lamia en la Ptiotida aquea, que el macedonio había sitiado y dejado después a petición de Roma, le permitió apoderarse con las armas de todas las ciudades de la Tesalia, de la frontera etolia, y del país de los dolopes y de los aperanos, que se habían declarado por Antíoco. En Grecia, todo aquel que se había pronunciado a favor de él se apresuró a hacer la paz. Los epirotas solicitaron el perdón por sus vacilaciones; los beocios se entregaron a discreción, y los eleatas y mesenios se pusieron de acuerdo con la liga aquea, si bien después de alguna resistencia. La predicción que Aníbal hizo al rey se había cumplido a la letra. No podía ni debía confiarse de aquellos griegos, siempre dispuestos a seguir al vencedor. Hasta los etolios pidieron la paz; su pequeño ejército, encerrado en Heráclea, capituló después de una obstinada defensa. Los romanos estaban irritados y el cónsul les propuso durísimas condiciones. Pero, como Antíoco les había enviado oportunamente una cantidad de dinero, recobraron su valor e hicieron frente al enemigo por espacio de dos meses en los muros de Naupacta. La plaza estaba reducida al último trance e iba a capitular o a sufrir el asalto, cuando intervino Flaminio. Siempre deseoso de preservar las ciudades griegas de las desastrosas consecuencias de sus propias locuras, y de sacarlas de manos de sus rudos colegas romanos, arregló una tregua para los etolios. Durante algún tiempo las armas descansaron en toda Grecia.

GUERRA MARÍTIMA Y PREPARATIVOS DE DESEMBARCO EN ASIA

Roma, sin embargo, necesitaba trasladar al Asia el teatro de la guerra. Esta empresa parecía difícil no tanto a causa del enemigo, como de la distancia y de las comunicaciones poco seguras entre Italia y el ejército. Ante todo, era necesario hacerse dueño de los mares. Durante la campaña de Grecia, la escuadra romana había tenido la misión de cortar las comunicaciones entre la Europa y el Asia Menor. En los días de la batalla de las Termópilas había tenido la suerte de coger cerca de Andros un gran convoy que venía de Oriente. En la actualidad se ocupaba de preparar el paso de los romanos al otro lado del mar Egeo para el año siguiente, y de expulsar de allí los buques del enemigo. Estos se hallaban en el puerto de Cisos, en la parte sur del promontorio jónico que avanza hacia Quios; y los romanos fueron allí a buscarlos. Cayo Livio llevaba a sus órdenes setenta y cinco buques de guerra

italianos, veinticinco pergamianos y seis cartagineses. El almirante sirio Polixénidas, emigrado de Rodas, no tenía más que setenta; pero como el enemigo iba a aumentar sus fuerzas con la de los rodios, y él contaba con la excelencia de sus marinos de Sidón y de Tiro, aceptó el combate sin vacilar. Al comenzar los asiáticos echaron a pique uno de los buques cartagineses; pero, en cuanto se llegó al abordaje y los garfios jugaron su papel, la ventaja estuvo de parte de la bravura romana. Los asiáticos debieron a sus remos y a sus buques mucho más veloces el no perder más que veintitrés de sus embarcaciones. En el momento en que perseguían a los vencidos, los romanos vieron venir hacia ellos veinticinco velas rodias. Ahora sí tenían una gran superioridad en las aguas de Oriente; y el enemigo se mantuvo encerrado en el puerto de Éfeso. Como no pudieron tentarlo a que diese una segunda batalla, los aliados se separaron durante el invierno, y la escuadra romana se marchó al puerto de Canea, no lejos de Pérgamo. Por ambas partes se hacían grandes preparativos para la próxima campaña. Los romanos se esforzaron en atraerse a los griegos del Asia Menor; y Esmirna, que había resistido tenazmente cuando el rey había querido apoderarse de ella, los recibió con los brazos abiertos. Lo mismo sucedió en Quios, Samos, Eritrea, Clazomene, Focea y otras; en todas partes triunfaba el partido romano. Pero Antíoco quería a toda costa impedir que el ejército italiano pasase al Asia. En este sentido extendió por todas partes sus armamentos marítimos; aumentó y reforzó la escuadra estacionada en Éfeso a las órdenes de Polixénidas, mientras Aníbal formaba otras en Licia, en Siria y en Fenicia, y reunía además en Asia Menor un poderoso ejército de tierra traído de todos los ángulos de su vasto Imperio.

Desde los primeros meses del año 564 se puso en movimiento la escuadra romana. Cayo Livio dio orden de vigilar la escuadra asiática de Éfeso a los rodios, que llegaron a la hora convenida con treinta y seis velas. Después se dirigió al Helesponto con las escuadras de Roma y de Pérgamo, y recibió la misión de apoderarse allí de algunas fortalezas que facilitasen el paso. Ya había ocupado Sestos y Abidos estaba en el último trance, cuando de repente recibió la noticia de que la escuadra de Rodas había sido derrotada. El almirante de esta, Pausistrates, se había dejado sorprender en el puerto de Samos confiándose de las palabras de su compatriota que amenazaba desertar del servicio de Antíoco. Él pereció en el combate y perdió todas sus naves, excepto cinco rodias y dos buques de Cos. Samos, Focea y Cimé se habían sometido inmediatamente a Seleuco, a quien su padre le había encargado el mando del ejército que operaba en aquella región. Pero ante la llegada inmediata de los romanos, que venían unos de Canea y otros del Helesponto,

y el refuerzo de los rodios con otros veinte buques, Polixénidas se vio obligado a encerrarse de nuevo en el puerto de Éfeso. Allí rehusó la batalla, y, como los romanos no eran bastante fuertes como para atacar por tierra, se vieron obligados a permanecer inmóviles en su puesto. Lo único que hicieron fue enviar a Patara una división para tranquilizar a los rodios, que estaban amenazados por este lado. Pero sobre todo querían cerrar el paso del mar Egeo a Aníbal, encargado del mando de la segunda escuadra enemiga. La expedición contra Patara no dio ningún resultado. Irritado por este fracaso, el almirante romano Lucio Emilio Régulo, que no había hecho más que llegar de Roma con veinte buques para relevar del cargo a Cayo Livio, levó anclas inmediatamente y quiso llevar toda la escuadra a las aguas de Licia. A sus oficiales les costó gran trabajo hacerlo entrar en razón durante la travesía.

No se trataba precisamente de tomar Patara, sino de hacerse dueños del mar. Régulo se dejó, pues, conducir a Samos. En el continente de Asia Seleuco había puesto sitio a Pérgamo, mientras que Antíoco talaba este país y el de los mitelenios con el grueso de su ejército. El rey esperaba poder dar fin a aquellos odiosos Atálidas antes de la llegada de los auxilios que Roma les estaba enviando. La escuadra romana llegó al puerto de Elea y a Hadramita con la intención de librar al aliado de Roma: ¡trabajo inútil! ¿Qué podían hacer sin tropas de desembarco? Pérgamo parecía perdida sin remedio. Sin embargo en el sitio había mucha negligencia y flojedad, y de eso se aprovechó Eumenes para introducir en la ciudad un cuerpo auxiliar aqueo mandado por Diófanes. Finalmente, algunas salidas atrevidas y felices obligaron a retirarse a los galos que había mandado Antíoco para atacar la plaza. En las aguas del sur el rey no llevaba mejor las cosas. Detenida largo tiempo por los vientos del oeste, la escuadra que Aníbal había reunido y mandaba subió por último hacia el mar Egeo; pero al llegar a Aspendos, en Panfilia, en la desembocadura del Eurimedonte, se encontró con la escuadra rodia a las órdenes de Eudamos. Se empeñó inmediatamente el combate, pero la excelencia de las naves rodias, mejor construidas y con mejores oficiales, les dio la ventaja sobre la táctica del gran cartaginés. Aníbal fue derrotado en esta batalla naval, la primera que había dado en su vida. Este fue también su último combate contra Roma. Los rodios, victoriosos, fueron a colocarse en seguida en Patara, y de esta forma impidieron la reunión de las dos escuadras enemigas. En el mar Egeo los aliados se habían debilitado, y una escuadra pergamiana había sido destacada con la misión de apoyar al ejército de tierra en el momento que llegase al Helesponto. Polixénidas vino a buscarlos a la estación de Samos y tenía nueve buques más que ellos. El 23 de

diciembre del año 564 (190 a.C.) según el calendario antiguo, o a fines de agosto del mismo año según el calendario reformado, se dio la batalla cerca del promontorio de Mionnesos, entre Teos y Colofon. Los romanos rompieron la línea enemiga, envolvieron el ala izquierda de Polixénidas y le quitaron o echaron a pique cuarenta y dos buques. Durante muchos siglos existió una inscripción en versos saturnianos (colocada en los muros del templo de los dioses del mar, levantado en el campo de Marte en conmemoración de esta victoria) que refería a la posteridad de qué modo habían sido derrotadas las escuadras a la vista del mismo Antíoco y de su ejército de tierra, y cómo los romanos «habían cortado, de este modo, una gran cuestión y triunfado de los reyes». Desde esta fecha no hubo buque enemigo que osase aparecer en alta mar, ni se intentó en adelante oponerse al paso de los soldados de Roma.

EXPEDICIÓN AL ASIA

Para dirigir la expedición de Asia había elegido Roma al vencedor de Zama. En realidad el mando supremo correspondía al africano, aunque había sido conferido nominalmente a su hermano Lucio Escipión, hombre mediano por su inteligencia y por su talento militar. Las reservas que hasta entonces habían quedado en Italia fueron mandadas a Grecia, y el ejército de Glabrio debía pasar al Asia. En cuanto se supo quién iba a dirigir la expedición, se inscribieron cinco mil veteranos de las guerras púnicas deseando servir una vez más a las órdenes de su general favorito. En el mes de marzo los Escipiones llegaron al ejército para comenzar las operaciones de la guerra. Pero ¿cuál no fue el desengaño de todos cuando, en vez de ir al Oriente, fue necesario emprender antes interminables combates con los etolios sublevados por la desesperación? Cansado el Senado de los miramientos que Flaminio guardaba a la Grecia, les había dado a elegir entre el pago de una enorme contribución de guerra o la entrega a discreción. Ante esto los etolios habían acudido inmediatamente a las armas, y en verdad era imposible prever el término de esta guerra de montañas y de fortalezas. Escipión orilló esta dificultad concediéndoles una tregua de seis meses y tomando inmediatamente el camino para el Asia. Considerando que el enemigo todavía tenía una escuadra en el mar Egeo, aunque bloqueada, y que la que tenía en el sur podía burlar la vigilancia y aparecer el día menos pensado en las aguas del archipiélago, pareció más prudente seguir la ruta de Macedonia y Tracia. Por esta camino podía llegar al Helesponto sin exponerse. Filipo de Macedonia les inspiraba bastante confianza; en el otro lado tenían a un fiel

aliado en Prusias, rey de Bitinia; y, por último, la escuadra romana podía llegar fácilmente al estrecho. El ejército siguió la costa con grandes fatigas pero sin pérdidas sensibles, y Filippo, que cuidaba de su aprovisionamiento, le proporcionó además una amistosa acogida en los pueblos salvajes de la Tracia. Pero el tiempo había pasado, se habían perdido muchos días en Etolia, y el ejército no llegó al Quersoneso de Tracia hasta el día mismo de la batalla de Mionnesos. No importa; la fortuna sirve a Escipión en Asia de la misma forma que le sirvió en España y en África, y va delante de él apartando los obstáculos.

LOS ROMANOS PASAN EL HELESPONTO BATALLA DE MAGNESIA. CONCLUSIÓN DE LA PAZ

Ante la nueva del desastre de Mionnesos, Antíoco había perdido la cabeza. En Europa hizo evacuar la plaza fuerte de Lisimaquia, perfectamente provista de soldados y municiones, y cuya numerosa población se mostraba partidaria del reconstructor de la ciudad; y abandonó las guarniciones de Enos y Maronea sin destruir los ricos almacenes de los que se apoderará el enemigo. Tampoco hace nada en las costas de Asia para oponer a los romanos siquiera una sombra de resistencia. Mientras estos desembarcan con toda felicidad, él se está muy tranquilo en Sardes, sin hacer nada y consumiendo las horas en vanas lamentaciones contra la suerte. No hay duda de que si Lisimaquia se hubiera resistido hasta el final del estío, o si el gran ejército del rey hubiese avanzado hasta las playas del Asia, Escipión se habría visto obligado a establecer sus cuarteles de invierno en la costa de Europa, que era un lugar poco seguro, militar y políticamente hablando. Como quiera que fuese, los romanos se establecieron en la costa de Asia y reposaron algunos días esperando a su general, a quien había detenido el cumplimiento de sus deberes religiosos. En este momento llegaron al campo los enviados del gran rey solicitando la paz. Antíoco ofrecía la mitad de los gastos de la guerra, el abandono de todas sus posesiones de Europa y todas las ciudades griegas del Asia Menor que se habían pasado al bando de Roma. Escipión exigió el pago de todos los gastos de guerra y el abandono de toda el Asia Menor. «Las proposiciones de Antíoco —decía el general romano—, hubieran sido aceptables si el ejército se encontrase delante de Lisimaquia o al otro lado del Helesponto; pero no bastan hoy, que los caballeros montan ya sus briosos caballos.» El gran rey quiso entonces comprar la paz según la moda oriental; ofreció montones de oro al general enemigo y la mitad de sus rentas de un año, según se

dice. No hay para qué decir que su proposición fue rechazada. Aún más, como agradecimiento por la devolución sin rescate de su hijo, que estaba en poder de los asiáticos, el altivo ciudadano de Roma le mandó a decir, como consejo de amigo, que lo mejor que podía hacer era aceptar la paz incondicionalmente. Sin embargo, la situación no era desesperada. Si el rey hubiera decidido prolongar la guerra, y retirándose hacia el centro de Asia hubiera atraído en pos de sí a los romanos, quizás habría cambiado el aspecto de las cosas. En vez de esto, se exaspera locamente contra el orgullo, quizá calculado, del romano, y muy poco firme para dirigir diestra y metódicamente una lucha que podría durar, prefirió precipitar sobre las legiones las masas indisciplinadas de sus numerosos ejércitos. Las legiones no tenían por qué temer la batalla. Esta tuvo lugar no lejos de Esmirna, en Magnesia, al pie del monte Sipilo en el valle del Hermos, los últimos días del otoño del año 564. Antíoco tenía ochenta mil hombres, doce mil de los cuales eran de caballería; los romanos apenas llegaban a la mitad de esta cifra, aun contando los cinco mil auxiliares aqueos, pergamianos y macedonios voluntarios. Pero, como estaban seguros de vencer, no esperaron la curación del general que había quedado enfermo en Elea, y Gneo Domicio ocupó su lugar. Para poder utilizar todas sus fuerzas, Antíoco las distribuyó en dos divisiones. En una colocó las tropas ligeras, los peltastas, arqueros y honderos; los sagitarios de caballería de los misios, los dahes y los elimeos; los árabes montados sobre sus dromedarios y los carros armados de hoces. En la otra, colocada sobre las dos alas, estaba el grueso de la caballería de los catafractas (especie de coraceros); cerca de estos pero más al centro, la infantería de los galos y capadocios; y por último, en el centro, la falange armada a la manera macedonia. Esta contaba 16000 soldados y era el verdadero núcleo del ejército, pero no pudo desarrollarse por falta de espacio, y se colocó en dos cuerpos con treinta y dos filas de espesor. En las dos grandes divisiones había cincuenta y cuatro elefantes repartidos entre las masas de los falangistas y la caballería. Los romanos, por su lado, no pusieron más que algunos escuadrones en su ala izquierda, pues por esta parte los cubría el río. Toda su caballería y su infantería ligera se colocó a la derecha, donde mandaba Eumenes, en tanto las legiones quedaron en el centro. Eumenes comenzó el combate. Lanzó sus arqueros y honderos contra los carros, con orden de disparar sobre los tiros. Dispersados momentáneamente los carros, se arrojan sobre los camellos huyendo todos en tropel; desde este momento comienza el desorden de la caballería colocada detrás de estos, en el ala izquierda de la segunda división de los asiáticos. Inmediatamente Eumenes se arrojó con los tres mil caballos del ejército romano sobre los mercenarios de a pie de la misma división

que estaban entre la falange y la izquierda de las catafractas. Los mercenarios retrocedieron y con ellos la caballería, y todos huyeron en gran confusión. Entonces fue cuando la falange, después de haberlos dejado pasar, se preparó para marchar contra las legiones. Pero Eumenes la atacó de flanco con su caballería, y la detuvo obligándola a hacer frente por dos puntos. El gran espesor de su masa resultó ahora muy ventajoso. Si la caballería lo hubiese ayudado, se habría restablecido el combate; pero toda el ala izquierda estaba ya completamente dispersa. Antíoco, con el ala derecha que mandaba en persona, rechazó los escuadrones que se le opusieron y marchó sobre el campamento romano, que se defendió con gran trabajo. A los romanos mismos les faltó la caballería en la hora decisiva. Se cuidaron de mandar las legiones contra la falange, y enviaron en cambio a sus arqueros y honderos cuyos tiros eran todos aprovechados en sus apiñadas filas. Los falangistas comenzaron a retroceder en buen orden; pero de repente los elefantes colocados en los intervalos se espantaron, y los desordenaron. Este fue el fin del combate. Todo el ejército se desbanda y huye. Antíoco quiso defender el campamento, pero sin éxito; el esfuerzo no sirvió más que para aumentar las pérdidas en muertos y prisioneros. Tal vez no exagere la tradición al evaluarlas en cincuenta mil hombres: ¡tan grande fue la confusión y tan terrible la derrota! En cuanto a los romanos, que no habían tenido siquiera que emplear las legiones, esta victoria que les entregaba el tercer continente del mundo les costó veinticuatro caballos y trescientos soldados de infantería. Toda el Asia Menor se sometió. La primera fue Éfeso, de donde tuvo que huir precipitadamente el almirante de Antíoco, y luego Sardes, residencia del rey. Este pidió la paz a cualquier precio: las condiciones fueron las mismas exigidas antes del combate, más la evacuación total de Asia Menor. Hasta la ratificación de los preliminares el ejército romano continuó en el país a expensas del vencido, con un costo de más de tres mil talentos. Antíoco se consoló prontamente de la pérdida de la mitad de sus Estados, y en medio de los placeres de su vida sensual llegó un día a decir que estaba muy agradecido a los romanos, que lo habían «librado de las fatigas que trae consigo el gobierno de un vasto imperio». Como quiera que fuese, al día siguiente de la batalla de Magnesia, el reino de los Seléucidas fue borrado de la lista de las grandes potencias. Fue una caída vergonzosa y rápida, si las hubo, y que caracteriza el reinado del gran Antíoco. Al poco tiempo de esto (en el año 567), fue a saquear el templo de Belo, ubicado en Elimais sobre el golfo Pérsico. Contaba con los ricos tesoros sagrados para llenar sus arcas vacías; pero el pueblo se puso furioso y lo asesinó.

EXPEDICIÓN CONTRA LOS CELTAS DEL ASIA MENOR

Vencer no era suficiente. Roma tenía que arreglar además los asuntos de Asia y de Grecia. Abatido Antíoco, sus aliados y sus sátrapas del interior del país, los dinastas de Frigia, de Capadocia y de Paflagonia vacilaban en someterse confiados en la distancia. En cuanto a los galos del Asia Menor, que aunque no eran aliados oficiales de Antíoco lo habían dejado reclutar mercenarios según su costumbre, creían asimismo que nada tenían que temer de los romanos. Pero el general Gneo Manlio Vulson, que había venido a reemplazar a Lucio Escipión a principios del año 565, halló en esta tolerancia el pretexto que necesitaba. Quería hacer méritos con el gobierno de la República, y a la vez establecer sobre los griegos de Asia el poderoso protectorado que Roma había ya impuesto en España y en la Galia. Sin preocuparse por las objeciones de los más notables senadores, que no veían causa ni fin suficiente para la guerra, partió repentinamente de Éfeso. Saqueó sin razón ni medida las ciudades y los principados del alto Meandro y de Panfilia, y volvió al norte, a la región de los celtas. La tribu occidental de estos, la de los tolistoboios, estaba acantonada sobre el monte Olimpo; otra más central se había refugiado con todos sus haberes sobre la altura de Magaba. Esperaban poder mantenerse allí hasta que el invierno obligase al extranjero a batirse en retirada. ¡Vana esperanza! Los honderos y arqueros romanos los arrojaron hasta de sus últimas guaridas. Las armas arrojadizas, desconocidas por los bárbaros, producían siempre el mismo e irresistible efecto que las armas de fuego empleadas por los europeos contra los salvajes del nuevo mundo muchos siglos después. Los romanos se hicieron inmediatamente dueños de la montaña, y los galos sucumbieron en un sangriento combate, semejante a tantas otras batallas que se habían librado anteriormente en las orillas del Po, o que debían librarse un día en las orillas del Sena. Extraña coincidencia, sin duda, pero menos extraña que la emigración misma de los celtas del norte en medio de las poblaciones griegas y frigias del Asia. En ambas regiones gálatas, los muertos y los prisioneros fueron innumerables. Los restos de las dos tribus huyeron hacia el Halis, en el país del tercer pueblo hermano, el de los trocmos. El cónsul no los siguió; no osó pasar una frontera deslindada ya en los preliminares convenidos entre Antíoco y Escipión.^[5]

ARREGLO DE LOS ASUNTOS DEL ASIA MENOR. LA SIRIA

Volvamos al tratado de paz. Comprendía en parte el arreglo de los asuntos del Asia Menor, arreglo que terminó una comisión romana presidida por Vulson. Entre las condiciones estaban la entrega de rehenes por parte del rey (entre los que se contaba su hijo más joven llamado también Antíoco), y una contribución de guerra fijada en relación con la riqueza de Asia. Esta no bajaba de quince mil talentos eubeos, y el primer quinquenio debía ser pagada al contado, en tanto los demás, en once plazos, uno cada año. Pero, como hemos visto, Antíoco perdió también todas sus posesiones europeas y, en el Asia Menor, el país al oeste del Halis y de la cordillera del Tauro, que separa a Cilicia de Licaonia. En suma, en aquel vasto país no le quedó más que la Cilicia. Lo mismo sucedió naturalmente con su derecho de patronato sobre todos los reinos y principados del Asia occidental. Aun más allá de la frontera romana, la Capadocia se declaró independiente del rey de Asia, o mejor dicho del rey de Siria, como se llamará en adelante, y con más exactitud, al Seléucida. Por lo demás, los sátrapas de las dos Armenias, Artaxias y Zariadris se erigieron también en reyes independientes y fundaron nuevas dinastías fuera de los términos del tratado, valiéndose de la influencia de Roma. El rey de Siria no tiene ya derecho a hacer la guerra ofensiva contra los Estados del oeste; y en caso de guerra defensiva le está prohibido hacer que le cedan en la paz alguna porción de territorio. Sus buques de guerra no llegarán por el oeste más allá de la desembocadura del Calicadnos de Cilicia, salvo en caso de tener que conducir embajadas, rehenes o tributos. No tendrá más que diez naves de guerra, que se usarán en caso de guerra defensiva; no tendrá nunca más elefantes; no podrá reclutar soldados en las naciones del oeste, y no recibirá tráfugas políticos ni desertores. Antíoco entregó en consecuencia todas las naves de guerra que excedían el número permitido, todos sus elefantes y todos los refugiados que se hallaban en sus Estados. Roma le otorgó a cambio el título de «amigo de la República». Así pues, la Siria fue para siempre derrotada en Oriente tanto por mar como por tierra. Cosa notable y que atestigua la debilidad y poca cohesión del imperio de los Seléucidas, pues entre los grandes Estados que Roma tuvo que vencer y abatir, solo este sufrió la primera derrota y no probó jamás por segunda vez la suerte de las armas. El rey de Capadocia, Ariato, cuyo reino estaba al otro lado de la frontera del protectorado romano, tuvo que pagar una multa de seiscientos talentos, de la que se le perdonó la mitad gracias a los ruegos de su yerno Eumenes. Prusias, rey de Bitinia, conservó intacto su territorio, y lo mismo sucedió con los gálatas, que se comprometieron a no mandar al exterior más bandas armadas. De este modo terminó el vergonzoso tributo que les pagaban las ciudades del Asia Menor. Roma hacía un servicio considerable a los griegos asiáticos, y ellos no

dejaron de mostrarle su reconocimiento con grandes coronas de oro y pomposos elogios.

LAS CIUDADES GRIEGAS LIBRES

El arreglo territorial en la península asiática no dejaba de ofrecer sus dificultades. Los intereses políticos y dinásticos de Eumenes estaban en conflicto con los de la liga griega; pero al fin pudieron entenderse. Se confirmó la franquicia a todas las ciudades aún libres el día de la batalla de Magnesia, y que habían estado al lado de los romanos. A excepción de las que pagaban tributo a Eumenes, fueron declaradas exentas para siempre de toda tasa respecto de las demás dinastías. De este modo fueron proclamadas libres Dardanos e Ilion, antiguas ciudades emparentadas con Roma por el jefe de los Eneades; después Cimé, Esmirna, Clazomene, Eritrea, Quios, Colofon, Mileto y otras no menos ilustres. Por haber violado su capitulación, Focea había sido saqueada por los soldados de la escuadra. Para indemnizarla, por más que no se hallase comprendida en las categorías enumeradas en el tratado, recobró su territorio y su libertad a título excepcional. La mayor parte de las ciudades pertenecientes a la liga griega asiática recibieron también aumentos de territorio y otras ventajas. Como es natural, Rodas fue la mejor recompensada. Adquirió la Licia, menos la ciudad de Telmisos, y la mayor parte de la Caria, al sur del Meandro. Además, se garantizó a los rodios sus propiedades, sus créditos y las inmunidades aduaneras de las que habían gozado hasta entonces en el interior de sus Estados.

ENGRANDECIMIENTO DEL REINO DE PÉRGAMO

El resto del territorio, o la mayor parte del botín, lo entregaron los romanos a los Atálidas, cuya constante fidelidad hacia la República merecía una buena recompensa, lo mismo que los sufrimientos y servicios de Eumenes durante la guerra y aun en el momento decisivo del combate. Roma lo recompensó como jamás rey alguno ha recompensado a su aliado. En Europa le asignó el Quersoneso y Lisimaquia. Pero en Asia, además de la Misia, que ya le pertenecía, le entregó las provincias de Frigia sobre el Helesponto, Lidia con Éfeso y Sardes, la Caria

septentrional con Tralles y Magnesia, la Gran Frigia y Licaonia con una porción de la Cilicia, el país de Milos entre Frigia y Licia, y, por último, la plaza marítima de Telmisos en la costa del sur. Más tarde la Pamfilia fue objeto de las pretensiones rivales de Eumenes y Antíoco. Según se la considerara de este lado o del otro de la frontera del Tauro, debía pertenecer a uno o al otro. Eumenes tuvo también el protectorado y el derecho de tributo sobre las ciudades griegas que no adquirieron la libertad plena. Sin embargo, se entendía que estas ciudades conservaban su libre constitución interior, y que no podrían aumentárseles las tasas que estaban a su cargo. Antíoco se comprometió además a pagar al pergamiano los trescientos cincuenta talentos que debía a Atalo, padre de este último, y ciento veintisiete más a título de indemnización por atrasos en los suministros de granos. Por otra parte, fueron entregados al rey de Pérgamo todos los bosques y todos los elefantes del seléucida, en tanto los romanos quemaron las naves de guerra. No querían a su lado potencias marítimas. El reino de los Atálidas, extendiéndose en la Europa oriental y el Asia, formaba, como el Imperio nómada en África, una monarquía absoluta y poderosa bajo la dependencia de Roma. Su misión consistía en mantener a raya a Macedonia y a Siria, y tenía la fuerza suficiente para eso; no necesitaba apelar al auxilio de sus patronos sino en casos excepcionales. Al mismo tiempo que creaba el edificio de su política, Roma había querido también satisfacer las simpatías republicanas y nacionales, y, en lo posible, convertirse en la libertadora de los griegos de Asia. En cuanto a los pueblos y a las cosas del otro lado del Tauro y del Halis, estaba decidida a no ocuparse de ellos en lo más mínimo. Prueba de esto son el tratado concluido con Antíoco y, más patente aún, la negación dada por el Senado a los rodios que pedían la libertad de la ciudad de Soloi, en Cilicia. También permaneció fiel a la regla de no tener posesiones directas más allá de los mares de Oriente. Después de una última expedición naval a Creta, adonde fue a romper las cadenas de los romanos vendidos como esclavos, la escuadra y el ejército abandonaron los países del Asia a fines del estío del año 566 (188 a.C.). Pero este último, al pasar por Tracia, sufrió mucho con los ataques de los bárbaros por falta y negligencia de su jefe. De toda esta memorable campaña los romanos no trajeron a Italia más que honor y dinero. Ya en este tiempo las ciudades daban una forma más práctica y sólida a su agradecimiento, uniendo a él ricas y costosas coronas.

ARREGLO DE LA GRECIA: COMBATE Y PAZ CON LOS ETOLIOS

En Grecia se habían sentido las sacudidas de la tempestad y de la guerra de Asia; necesitaba, pues, algunos retoques. Los etolios, que no sabían acostumbrarse a su nulidad política, desde la primavera del año 564, e inmediatamente después de que terminó la tregua con Escipión, lanzaron al mar sus buques corsarios de Cefalonia, molestando y hasta impidiendo en parte el comercio entre Italia y Grecia. Aun durante la tregua, engañados por falsos relatos sobre el estado de los asuntos de Asia, se habían entrometido locamente para intentar restablecer a Aminandro en su trono de Atamania. Se habían arrojado sobre los cantones etolios y tesalios ocupados por Filipo, habían librado una porción de combates, e inferido serios perjuicios al rey de Macedonia. Así, pues, cuando pidieron definitivamente la paz, Roma contestó enviándoles un ejército al mando del cónsul Marco Fulvio Nobilior. En la primavera del año 565 (189 a.C.) este último reunió sus legiones y atacó Ambracia, cuya guarnición obtuvo una capitulación honrosa al cabo de cincuenta días de sitio. Al mismo tiempo cayeron sobre la Etolia los macedonios, ilirios, epirotas, acarnanios y aqueos. No era posible resistir. La Etolia suplicó de nuevo que le concediesen la paz, y los romanos consintieron en dejar las armas. Las condiciones impuestas a estos enemigos, tan bajos como incorregibles, parece que fueron equitativas y moderadas. Los etolios perdieron todas las ciudades y países conquistados a sus adversarios; Ambracia, que merced a una intriga tramada en Roma contra Marco Fulvio se vio posteriormente declarada libre e independiente, y Ænia, que se dio a los acarnanios. También tuvieron que evacuar Cefalonia. Los etolios perdieron asimismo el derecho de hacer la paz o la guerra, y en el porvenir dependerían de la corriente de los negocios exteriores de la República. Por último, pagaron un fuerte rescate. Cefalonia se sublevó contra el tratado y solo se sometió por la fuerza de las armas. Las ventajas topográficas de su posición hacían temer a los habitantes de Samé que Roma intentaba convertir su ciudad en una colonia. Se sublevaron de nuevo, y fue necesario un sitio de cuatro meses para someterlos. Dueños al fin de la plaza, los romanos vendieron a todos sus habitantes como esclavos.

MACEDONIA

También aquí siguió Roma la ley que se había impuesto de no establecerse fuera de Italia y de sus islas. De todo el país conquistado, no conservó más que Cefalonia y

Zacinto, que completaron con la posesión de Corcira y demás estaciones marítimas del Adriático. Lo demás lo dejó a sus aliados. Sin embargo, las dos potencias más considerables, Filipo y los aqueos, no se mostraron en manera alguna satisfechos con su lote. En cuanto a Filipo, tenía mucha razón en quejarse. Podía decir que en la última gran guerra su apoyo leal había contribuido principalmente a superar todos los obstáculos, puesto que los romanos luchaban mucho menos contra el enemigo que contra la distancia y la dificultad de las comunicaciones. Conociendo el Senado la justicia de sus reclamaciones, le perdonó el resto del tributo que aún le debía y le devolvió sus rehenes; pero Filipo esperaba aumentar mucho su territorio, y por este lado sus esperanzas salieron vanas. Sin embargo, obtuvo el país de los magnetas y a Demetriades, quitados por él a los etolios, y conservó la posesión de la Dolopia, la Acarnania y de una parte de la Tesalia, que él había sometido. En Tracia, toda la región central quedó sujeta a su clientela; pero nada se decidió respecto de las ciudades de la costa ni de las islas de Tasos y Lemnos, que de hecho habían caído en sus manos. El Quersoneso fue dado expresamente a Eumenes. Con esto era evidente que, al establecer a Eumenes en Europa, los romanos habían querido que contuviese no solamente Asia sino también Macedonia, si era necesario. De aquí la natural irritación de Filipo, rey altivo y hasta cierto punto caballeresco. Los romanos, sin embargo, no obraban así por espíritu de puro enredo, sino que obedecían a las necesidades fatales de la política. Macedonia expiaba el delito de haber sido un Estado de primer orden, y haber luchado de igual a igual con Roma. En la actualidad era necesario tomar contra Filipo muchas más precauciones que con Cartago, e impedirle que reconquistase su antigua soberanía.

LOS AQUEOS. LOS PATRIOTAS DE ACAYA LUCHA ENTRE LOS AQUEOS Y LOS ESPARTANOS

Diferentes fueron las condiciones relativas a los aqueos. Durante la guerra contra Antíoco, habían visto realizarse su más ardiente deseo: todo el Peloponeso perteneció en adelante a su liga. Esparta primero, y luego Elis y Mesenia habían entrado de buen grado o por la fuerza a la liga, después de que los asiáticos fueran expulsados de Grecia. Los romanos los habían dejado obrar, por más que todo esto lo hubiesen hecho sin contar con ellos. Mesenia había declarado en un principio que se entregaba a los romanos y se negaba a entrar en la confederación. Como respuesta, esta había apelado a la violencia. Entonces Flaminio hizo notar a los aqueos cuán

inico era apoderarse así de una presa, y añadió que en el estado de relaciones existentes cometían un acto culpable respecto de Roma. Pero en su impolítica debilidad de filohelena se había limitado a la censura, y dejó que se realizasen los hechos. Esto no era bastante para detener a los confederados. Perseguidos por su loca ambición de enanos que quieren crecer e igualarse al gigante, los aqueos conservaron la ciudad de Pleuron, en Etolia, donde habían entrado durante la guerra, y a su pesar la anexionaron a la liga. Compraron Zacinto al agente de Aminandro, su último poseedor, e intentaron establecerse también en Egina. Pero, por más que les pesase, tenían necesidad de entregar las islas a Roma y soportar el consejo de Flaminio, que les hacía entender que debían contentarse con el Peloponeso. Cuanto menos dueños de sí eran, afectaban más independencia política; así reclamaron el derecho de la guerra, a cambio de la fiel asistencia que habían prestado a los romanos en todas las guerras. «¿Por qué os ocupáis vosotros de Mesenia? ¿Se mezcla acaso la Acaya en los asuntos de Capua?» Esta impertinente pregunta se hizo en plena dieta a los enviados de Roma. ¡El valiente patriota que la formuló fue extraordinariamente aplaudido, y podía contar con la unanimidad de votos en la próxima elección! ¡Nada más bello ni más noble que el valor, cuando el hombre y la causa no son ridículos! Pero aunque Roma hiciese algunos sinceros esfuerzos para restaurar la libertad entre los griegos y merecer por ello su reconocimiento, nunca llegó más que a dejarlos sumergidos en la anarquía y a recoger ingratitudes. Esto era justicia a la vez que mala suerte. En el odio de los griegos contra todo protectorado había efectivamente alguna nobleza de sentimientos, y no faltaba bravura personal a ciertos hombres que guiaban la opinión. ¡No importa! Todos esos grandes arranques patrióticos de los aqueos no son para la historia más que necedades y gestos vanos. En medio del vuelo de su ambición y de su susceptibilidad nacional se nota en todos ellos, desde el primero hasta el último, el sentimiento completo de su impotencia política. ¡Vedles, liberales o serviles, con el oído atento hacia Roma! Dan gracias al cielo cuando no llega el decreto que temen; murmuran y ponen ceño adusto cuando el Senado les hace saber que vale más ceder amistosamente, que tener que hacerlo a la fuerza. Obedecen, pero de un modo que herirá mucho a los romanos, y «salvando las apariencias»; acumulan explicaciones, plazos y ardidés, y cuando no pueden más se resignan dando profundos suspiros patrióticos. Si bien semejante actitud no merece una completa aprobación, sí, por lo menos, alguna indulgencia. ¡Todavía era necesario que los agitadores se decidiesen a batirse, y que la nación prefiriese la muerte a la esclavitud! Pero ni Filopemen ni Licortas pensaron jamás en lo que hubiera sido un verdadero suicidio. Querían ser libres si era posible, pero ante todo

querían vivir. Repetiré aquí que todavía en esta época los romanos no habían intervenido en los asuntos interiores de Grecia por un movimiento espontáneo; los griegos, y solo los griegos, habían atraído sobre sí la intervención tan temida, como los escolares que provocan la palmeta que tanto los amedrenta. En cuanto a la acusación, repetida hasta la saciedad por la erudita batahola de la época contemporánea y de tiempos posteriores, de que Roma fomentaba pérfidamente las disensiones intestinas de Grecia, es una de las más absurdas invenciones de los filólogos que se erigen en políticos. No, los romanos no llevaron la discordia a los griegos; eso hubiera sido como llevar búhos a Atenas. Por el contrario, los griegos son los que han llevado a Roma sus querellas. Citamos como ejemplo a los aqueos. En su vehemente deseo de engrandecimiento, no vieron el señalado servicio que les prestaba Flaminio oponiéndose a que incorporasen a la liga las ciudades del partido etolio. Lacedemonia y Mesenia fueron para aquella una hidra de sediciones y de guerras intestinas. Los habitantes de estas dos ciudades solicitaron hasta el fin que Roma deshiciese los lazos de una comunidad odiosa; y, como testimonio fehaciente en la causa, los que más solicitaban la separación eran aquellos que debían a los aqueos el haber regresado a su patria. Todos los días la liga hacía su obra de restauración y de regeneración en las dos ciudades recalcitrantes; y los más furiosos entre sus antiguos emigrados eran los que dirigían todas las decisiones de la dieta central. ¿Qué tiene de extraño que después de cuatro años de incorporación estallase la guerra en Esparta? Se verificó allí una nueva y más radical restauración: todos los esclavos admitidos por Nabis al derecho de ciudad fueron vendidos de nuevo, y con su producto se edificó un pórtico en Megalópolis, ciudad principal de los aqueos. Por último, se restableció la propiedad sobre la base antigua en la ciudad lacedemonia, las leyes aqueas reemplazaron el código de Licurgo, y las murallas que rodeaban Esparta fueron arrasadas (año 566). Pero, al día siguiente de estos excesos administrativos, el Senado de Roma fue invocado por todos como árbitro; difícil y fastidiosa misión, pero justo castigo de su política sentimental con Grecia.

Como no quería mezclarse de ningún modo en el arreglo de todos estos asuntos, el Senado soportó con una ejemplar indiferencia todos los alfilerazos de la malicia ingeniosa de los aqueos; a los escándalos que se cometen, cierra obstinadamente los ojos. La Acaya se alegró mucho cuando después que todo estuvo consumado llegó la noticia de que la República había murmurado, pero no anulado los actos de la dieta. Nada se hizo en favor de los lacedemonios, hasta un día en que setenta u ochenta fueron víctimas de un asesinato judicial. Entonces Roma, irritada, quitó a la dieta el derecho de justicia sobre Esparta; acto injurioso para el jefe supremo de los asuntos

interiores de un Estado que se decía independiente. Los hombres de Estado de Italia se cuidaban en realidad muy poco de estas tormentas insignificantes, y de ello se tiene una prueba en las quejas incesantemente elevadas por las decisiones superficiales, contradictorias y oscuras del Senado. ¿Pero cómo resolver semejantes litigios? Hay ocasiones en que luchan entre sí en Esparta cuatro partidos, y todos llevan sus querellas a Roma. Agréguese a esto la opinión que de sí hacían concebir los hombres políticos del Peloponeso. El mismo Flaminio movía la cabeza con disgusto cuando un día veía a uno de ellos bailando en público y al día siguiente venía a hablarle de asuntos de Estado. Las cosas llegaron a tal punto que el Senado perdió por completo la paciencia, y mandó a las partes litigantes a paseo, advirtiéndoles que no intervendría más en sus contiendas y que se arreglasen como pudiesen (año 572). Se comprende su conducta, por más que no tuviese nada de justa. La República había asumido moral y políticamente el deber de obrar con firmeza, y de restablecer en Grecia las cosas bajo condiciones tolerables. El aqueo Calícrates que fue a Roma en el año 575 (179 a.C.) para manifestar al Senado las miserias de la situación, y pedirle su intervención seguida y constante, no hacía seguramente más que el otro aqueo Filopemen, el principal campeón de la política de los patriotas; pero, después de todo, tenía razón.

MUERTE DE ANÍBAL

Como quiera que fuese, la clientela de Roma abrazaba ya todos los Estados desde el extremo oriental del Mediterráneo hasta las columnas de Hércules. En ninguna parte había una potencia que pudiese inspirar temores. Pero aún vivía un hombre a quien Roma hacía el honor de juzgar como un enemigo temible; hablo del proscrito cartaginés que, después de haber armado contra Roma el Occidente, había sublevado todo el Oriente, y que había fracasado en una y otra empresa por las faltas de una aristocracia desleal, en Cartago, y en Asia, por la estupidez de la política de las camarillas de los reyes. Cuando Antíoco hizo la paz, seguramente prometió entregar al gran hombre, que fue a refugiarse primero en Creta y después en Bitinia.^[6] En la actualidad vivía en la corte de Prusias; allí prestaba su concurso en las luchas contra Eumenes, y, como siempre, era victorioso por mar y por tierra. Se ha dicho que intentaba lanzar al rey bitinio en una guerra contra Roma; absurdo cuya inverosimilitud salta a la vista de cualquiera. El Senado hubiera creído seguramente rebajar su dignidad mandando coger al ilustre anciano en su último asilo; y no creo

en la tradición que lo acusa. Lo que parece verosímil es que Flaminio, en su insaciable vanidad y siempre en busca de proyectos y nuevas hazañas, después de haberse hecho el libertador de Grecia quisiera librar a Roma de sus terrores. Si el derecho de gentes prohibía entonces hundir el puñal en el pecho de Aníbal, no impedía aguzar el arma ni señalar a la víctima. Prusias, el más miserable de los miserables príncipes de Asia, tuvo el placer de conceder al enviado romano la satisfacción que este no se había atrevido a pedir más que a medias palabras. Aníbal vio un día asaltada su casa repentinamente por una banda de asesinos, y tomó veneno. Un escritor romano dice que lo tenía preparado desde hacía mucho tiempo, conociendo a Roma y la palabra de los reyes. No se sabe con seguridad el año de su muerte, pero sin duda debió ocurrir a mediados del año 571 (183 a.C.), y a los setenta años. En la época de su nacimiento, Roma luchaba por la conquista de Sicilia con éxito dudoso. Sin embargo, vivió bastante como para ver sometido a su yugo todo el Occidente, para encontrar, en su último combate contra Roma, los buques de su ciudad natal avasallada por los romanos; para ver a Roma arrastrar en pos de sí el Oriente, como el huracán arrastra la nave sin piloto y hace ver que solo él hubiera sido bastante fuerte para conducirla. El día de su muerte se habían desvanecido ya todas sus esperanzas; pero en su lucha de cincuenta años había cumplido a la letra el juramento que siendo niño había hecho a su padre al pie de los altares.

MUERTE DE ESCIPIÓN

Por este mismo tiempo y hasta en el mismo año, según parece, murió también Publio Escipión, a quien los romanos acostumbraban llamar el vencedor de Aníbal. Le correspondiera o no, la fortuna lo colmó de los buenos éxitos que negaba a su adversario; dio a la República el dominio sobre España, África y Asia. Al nacer halló a Roma la primera ciudad de Italia, y al morir la dejó siendo la soberana de todo el mundo civilizado. Tuvo tantos sobrenombres por sus victorias, que no sabiendo qué hacer con ellos los dio a su hermano y a su primo (*Africanus, Asia-genus, Hispallus*). Y, sin embargo, también él pasó sus últimos años en el martirio y en la tristeza, y terminó sus días en el destierro voluntario. Pasaba ya los cincuenta años y prohibió a sus parientes que llevasen su cuerpo a aquella patria por la que había vivido y en la que reposaban sus antepasados. No se sabe por qué se retiró de Roma; no eran sin duda más que una pura calumnia las acusaciones de corrupción y de malversación de

caudales dirigidas más bien contra su hermano. Con todo, no bastan para explicar su rencor. Se mostró verdaderamente el Escipión que conocemos cuando, en vez de justificarse con sus libros de cuentas, los rompió en presencia del pueblo y de su acusador, e invitó a los romanos a subir con él al templo de Júpiter para celebrar allí el aniversario de la victoria de Zama. El pueblo dejó solo al denunciante, y siguió al Africano al Capitolio: este fue su último día feliz. De genio altanero, creyéndose formado de un barro diferente y mejor que el del común de los mortales, completamente entregado al sistema de las influencias de familia y arrastrando en pos de sí por el camino de su grandeza a su hermano Lucio, triste testafarro de un héroe, se había ganado muchos enemigos, y no sin motivo. La dignidad es el escudo del corazón. El excesivo orgullo lo descubre y expone a todos los dardos lanzados por grandes y pequeños; y llega un día en que esta pasión ahoga el sentimiento natural de la verdadera dignidad. Y, además, ¿no es siempre propio de esas naturalezas, mezcla extraña de oro puro y de brillante oropel, como era la de Escipión, necesitar el brillo de la felicidad y la juventud para encantar a los hombres? Cuando desaparece una u otra, llega la hora de despertar; hora triste y dolorosa, principalmente para el que luego de haber producido gran entusiasmo se ve ahora desdeñado.

X

TERCERA GUERRA CON MACEDONIA

RESENTIMIENTO DE FILIPO CONTRA ROMA

Si ya Filipo había sentido un gran descontento al ver la parte que los romanos le habían adjudicado en el arreglo de las condiciones de paz con Antíoco, los acontecimientos que a esta siguieron no fueron tampoco los más a propósito para aplacar sus rencores. Sus vecinos de Grecia y de Tracia, y todas las ciudades que antes temblaban con solo oír el nombre de Macedonia, y que ahora tiemblan al oír el nombre de Roma, quisieron tomar represalias con la gran potencia caída e indemnizarse ahora de todos los perjuicios sufridos desde el tiempo de Filipo II. En las dietas de las diversas confederaciones helénicas y en Roma, donde resonaban diariamente quejas sin cuento, los griegos daban libre curso a su ridícula jactancia y a su patriotismo antimacedonio, virtud que era ahora tan fácil de practicar. Los romanos habían dejado a Filipo sus conquistas sobre los etolios; pero en Tesalia solo la liga de los magnetas se les había unido formalmente durante la guerra. En cuanto a las ciudades de las que el rey se había apoderado y que pertenecían a las otras dos confederaciones locales, la liga tesaliana propiamente dicha y la de los perrebos, fueron inmediatamente reclamadas por estos últimos. «El rey —decían— no las ha conquistado, sino solo librado del yugo de los etolios.» Por su parte, los atamanios se creían con derecho a reclamar su libertad; y Eumenes pedía las ciudades marítimas ocupadas antes por Antíoco en la Tracia, Enos y Maronea, entre otras, aunque solo se le hubiera adjudicado expresamente el Quersoneso de Tracia. Todos estos agravios, y otros muchos más, eran expuestos diariamente por los vecinos de Macedonia. Ante esta situación, Filipo apoyaba a Prusias contra Eumenes, organizaba una concurrencia comercial, violaba los contratos y robaba los ganados. Por más que fuese rey tuvo que responder a todas estas acusaciones ante la plebe soberana de Roma, resignarse a ver cómo se llevaban estos procesos ante la República, cualquiera fuese su éxito, y oírse condenar casi siempre. Luego, aun rugiendo de cólera, se vio forzado a retirar sus guarniciones de los puertos de Tracia, de las plazas tesalianas y perrebianas, y a recibir cortésmente a los enviados de Roma cuando vinieron a cerciorarse de que se habían ejecutado las decisiones del Senado. Roma, sin embargo, no era tan hostil a Macedonia como a Cartago; pero

desgraciadamente la situación de la primera exigía en el fondo las mismas medidas que las empleadas contra la ciudad africana. Ahora bien, Filipo no era hombre que pudiera sufrir las injurias con la paciencia fenicia. Siempre animoso y acalorado, aun después de la derrota, guardaba más rencor a los aliados infieles que a un vencedor leal. Impulsado siempre a seguir su política personal, y no por las exigencias del interés macedonio, vio en la guerra de Asia una excelente ocasión de vengarse del amigo que le había hecho traición y dejado solo, expuesto a los golpes del enemigo. Había disimulado su rencor; pero los romanos no ignoraban los secretos móviles de su conducta y sabían que obraba impulsado más por su odio contra Antíoco que por buenos sentimientos hacia ellos. Por su parte los romanos, como no guiaban nunca la marcha de su política por su afecto o su antipatía, se guardaron mucho de dar al macedonio nada que pudiese aumentar su importancia. Dispensaron todos sus favores a los Atálidas, eternos y apasionados enemigos de Macedonia, a quienes Filipo odiaba tanto por pasión como por razones poderosas. Ningún príncipe de Oriente había trabajado tanto como ellos en la ruina de Macedonia y de Siria, y en la extensión del patronato de Roma. En la última guerra, en la que Filipo había ofrecido a Roma su concurso espontáneo y leal, los Atálidas, por el contrario, no hacían más que sufrir la ley necesaria de su salvación. Sin embargo, habían podido aprovechar la ocasión y reconstituir casi por completo el antiguo reino de Lisimaco, cuyo aniquilamiento se había debido a los sucesores de Alejandro en el trono de Macedonia. Por último, habían levantado al lado de Macedonia un Estado tan poderoso como ella, y cliente de Roma, por añadidura. En tal estado de cosas quizás un rey sabio y cuidadoso de no verter la sangre de sus pueblos hubiera retrocedido ante la perspectiva de una lucha nueva y desigual. Pero el rasgo predominante del carácter de Filipo era el honor, y entre sus malas pasiones obedecía ante todo al espíritu de venganza. Sordo ante las advertencias del miedo o de la resignación, abrigaba en el fondo de su corazón el proyecto atrevido de volver a probar fortuna. Al recibir un día noticia de una nueva injuria hecha a Macedonia por las dietas de Tesalia, acostumbradas a esto, solo respondió con este verso de Teócrito: «Todo está indicando que ya el sol se oculta».^[1]

ÚLTIMOS AÑOS DE FILIPO

Reconocemos que en sus decisiones y misteriosos preparativos Filipo conservó siempre la tranquilidad, el vigor y el espíritu de consecuencia, y que, si en otros

tiempos más favorables hubiera empleado los medios a los que hoy apelaba, tal vez habría conseguido dar un nuevo curso a los destinos del mundo. Sufriendo valerosamente la prueba más dura que pudo inferirse a su orgullo y a su espíritu absolutista, compró de Roma a fuerza de sumisión las dilaciones que necesitaba. Eso sí, muchas veces descargó su cólera sobre sus súbditos o sobre los inocentes objetos de sus rencores; y testigo de esto es la desgraciada ciudad de Maronea. Desde el año 571 parecía que la guerra estaba a punto de estallar, pero su hijo menor, Demetrio, le consiguió una reconciliación con Roma. (Había residido allí mucho tiempo como rehén, y se había atraído muchos amigos.) El Senado y el regente de los negocios griegos, Flaminio, deseaban organizar en Macedonia un partido filorromano que fuera capaz de contrarrestar los esfuerzos hostiles de los que la República tenía perfecto conocimiento. A este partido le habían designado de antemano un jefe, el mismo Demetrio. Como el príncipe tenía mucho afecto a Italia, no hay duda de que querían que fuese un día el heredero de la corona de su padre. Por esta razón tuvieron cuidado de advertir a Filipo que solo se lo perdonaba por consideraciones a su hijo. De aquí, como es natural, las disensiones funestas que surgieron en el seno de la familia real. En ella había otro hijo, mayor que Demetrio, que el mismo Filipo había elegido como su sucesor, por más que procediese de un matrimonio desigual. Perseo, que así se llamaba, vio en su hermano un peligroso competidor y decidió conspirar contra él. Sin embargo, parece que Demetrio no era en un principio cómplice de las intrigas de la República. Acusado de un crimen, se hizo culpable solo para defenderse, y no pensó en nada más que en huir a Roma. Filipo fue advertido de ello por los pérfidos cuidados de Perseo. Una carta de Flaminio dirigida al joven príncipe y que fue interceptada hizo lo demás; el padre, irritado, dio orden de asesinar al desgraciado. Luego, cuando le fueron revelados los manejos de su hijo mayor, quiso castigar al fratricida y desheredarlo del trono, pero era demasiado tarde. Vino a sorprenderlo la muerte en aquellos momentos (año 575) en Demetriades, a la edad de cincuenta y nueve años, y tras él dejó un reino aniquilado y una familia destrozada por los odios intestinos. Completamente desesperado, reconoció la inutilidad de sus esfuerzos y de sus crímenes.

PERSEO REY

Inmediatamente Perseo tomó las riendas del gobierno, sin hallar oposición en

Macedonia ni en el Senado romano. Era de elevada estatura y diestro en toda clase de ejercicios corporales, habituado a la vida del campamento y acostumbrado a mandar; absoluto, en fin, como su padre, y como él poco escrupuloso en la elección de medios. Pero no imitaba a Filipo en su pasión por el vino y las mujeres, que le había hecho olvidar con harta frecuencia sus deberes de rey; se mostraba persistente y hasta tenaz en sus propósitos, mientras que su padre había sido ligero y caprichoso. La fortuna había protegido a Filipo, que subió al trono muy niño, y fue constantemente feliz durante los primeros veinte años de su reinado. Perseo contaba ya, en su advenimiento al trono, treinta y cinco años. En su juventud había asistido a la infortunada lucha de Macedonia contra Roma, después había sentido a su vez el peso de las humillaciones inferidas a su patria y había alimentado el pensamiento de hacer que esta renaciese a nueva vida. En otras palabras, había heredado los sufrimientos, la ira y las esperanzas de su predecesor. Puso manos a la obra con decisión, y, continuando lo que su padre comenzara, hizo sus preparativos de guerra con una constancia y un ardor sin igual. ¿No habían hecho los romanos cuanto les era posible para impedirle que ciñese la corona? La altiva nación de los macedonios se enorgulleció aún más obedeciendo a un príncipe que había visto combatir desde su más tierna edad a la cabeza de los ejércitos. Todos creían, y muchos helenos con ellos, que al fin habían encontrado el general a propósito para las próximas guerras de la independencia. Pero desgraciadamente Perseo no era lo que prometía: le faltaban la inspiración y perspicacia de Filipo, y las cualidades verdaderamente reales que a veces se oscurecen con los favores de la fortuna, pero que resucitan purificadas por el crisol de la desgracia. Filipo se olvidó muchas veces de sí mismo y de sus asuntos; pero cuando era necesario reunía sus fuerzas y obraba con vigor y rapidez. Perseo formó también grandes proyectos y los prosiguió con una infatigable persistencia; pero cuando sonó la hora, cuando fue necesario pasar de los planes y los preparativos a los hechos, retrocedió espantado ante su obra, como sucede a las naturalezas limitadas. Tomó los medios por el fin y acumuló tesoros sobre tesoros para hacer la guerra a los romanos; pero, cuando estos entraron en su territorio, no tuvo valor para separarse de su oro. Después de su derrota, el padre había corrido a destruir sus papeles secretos, que bien podían comprometer a otros; el hijo correrá derecho a sus arcas y se embarcará con ellas. En tiempos ordinarios hubiera sido quizás un rey de algún mérito, superior a la generalidad de las medianías. Pero cometió la falta de acometer una empresa muy superior a sus fuerzas, y condenada previamente desde el momento en que no la conducía la mano de un héroe.

RECURSOS DE MACEDONIA

Aún era considerable el poder de Macedonia: el pueblo continuaba siendo adicto a la casa de Antígono, y no paralizaban el vuelo del sentimiento nacional las disensiones políticas ni las guerras de partido. Una de las grandes ventajas del establecimiento de la monarquía es que en cada cambio de reinado desaparecen los antiguos rencores y enemistades, y se abre una nueva era para los hombres nuevos y las nuevas esperanzas. Perseo aprovechó hábilmente su situación: comenzó su reinado con una amnistía general, llamando a los fugitivos y perdonando los atrasos en los impuestos. Al día siguiente de las durezas del padre, la dulzura del hijo le valió el amor de sus vasallos. Veintiséis años de paz habían colmado naturalmente los vacíos de la población macedonia, y el gobierno se aplicó con una constante solicitud a curar esta herida principal de las antiguas guerras. Filipo había favorecido a los matrimonios y las familias fecundas; había llevado al interior a los habitantes de las plazas marítimas y poblado estas últimas con colonos tracios, a la vez fieles y capaces de defenderlas. Para cerrar de una vez el país a las devastadoras incursiones de los dardanos, construyó al norte una gran muralla y dejó desierta una ancha zona entre la frontera de su reino y el territorio de los bárbaros. Fundó también ciudades en las provincias septentrionales, y tomó en su reino todas las medidas que más tarde tomará Augusto para reconstituir el Imperio Romano. El ejército era numeroso, contaba con treinta mil hombres y con los contingentes auxiliares y los mercenarios; los soldados bisoños se acostumbraban al ejercicio de las armas en sus luchas diarias con los bárbaros de la frontera de Tracia. Se preguntará por qué el rey difunto no había organizado sus tropas a la romana, tal como Aníbal. Este olvido se explica fácilmente. Los macedonios eran sobre todo adictos a su falange; por más que algunas veces hubiera sido derrotada, la creían invencible. Nuevos recursos creados por Filipo, tales como las minas, las aduanas y los diezmos, enriquecían la Hacienda, y al mismo tiempo florecían la agricultura y el comercio, con lo cual se llenaban el Tesoro, los almacenes y los arsenales. Al comenzar las hostilidades Perseo halló en las cajas públicas medios para pagar durante diez años a todo el ejército nacional y a diez mil mercenarios. Por otra parte, los aprovisionamientos en granos (dieciocho millones de medimos, cerca de diez millones de hectolitros) no eran menos considerables, y en los arsenales existían medios para equipar por completo un ejército tres veces mayor que el suyo. Macedonia no era ya ese enemigo que en la última guerra había sido sorprendido y humillado fácilmente; sus fuerzas se habían duplicado en todos los aspectos. ¿Acaso Aníbal no había quebrantado a

Roma hasta en sus más sólidos cimientos disponiendo de los recursos de una potencia mucho menor?

TENTATIVA DE COALICIÓN CONTRA ROMA

En el exterior la situación no era tan favorable. Lo mejor que podía hacer Perseo era emprender los planes de Aníbal y de Antíoco, resucitar la coalición de los Estados sujetos a Roma, y ponerse a su cabeza. Con este objeto la corte de Pidna había tendido por todos lados los hilos de la diplomacia; pero desgraciadamente había fracasado en todas partes. Se decía, y con razón, que la fidelidad de los italianos no era del todo segura; de cualquier manera, amigos o enemigos debían confesar que, si había alguna hipótesis inverosímil, esa era la de resucitar la guerra en el Samnium. Respecto de las conferencias nocturnas de los enviados macedonios con el Senado de Cartago, conferencias denunciadas a Roma por Masinisa, no valía la pena que hombres serios y expertos se preocupasen por ellas, aun suponiendo que no fuesen una pura invención, cosa muy posible por otro lado. Por último, la corte de Macedonia intentó ganar a los reyes de Siria y de Bitinia mediante matrimonios realizados con un interés particular; pero nada resultó de estas alianzas. En su incorregible vanidad, los diplomáticos se imaginan que van a conquistar reinos y ciudades de este modo; pero en esta ocasión, como en todas, no hicieron más que prostituir sus esfuerzos. Hubiera sido ridículo pensar siquiera en tratar con Eumenes, y los agentes de Perseo lo dejaron fuera de sus negociaciones; pero como volvía de Roma, donde había hablado y obrado contra Macedonia, se formó el plan de asesinarlo en Delfos. También fracasó este magnífico proyecto.

LOS BASTARNOS, GENTÍOS Y COTIS

Mejor resultado podía prometerse sublevando a los bárbaros del norte y a los griegos. Filipo había pensado en arrojar sobre los dardanos (Servia), antiguos enemigos de Macedonia, la horda germánica de los bastarnos, que eran aún más salvajes y que él mismo había llamado del otro lado del Danubio. Después, marchando en grandes masas y poniendo en movimiento una avalancha de bárbaros, premeditaba una irrupción en Italia por la parte de la actual Lombardía, para lo cual

ya había hecho reconocer los pasos de los Alpes. Esta era una empresa gigantesca, digna de Aníbal, y suscitada sin duda por su ejemplo. Pero, según parece, los romanos habían tomado la delantera y edificado la fortaleza de Aquilea (pág. 208), construcción que se remonta a uno de los últimos años de la vida de Filipo (año 573), y que estaba muy separada de la red de fortalezas itálicas. De esta forma, Filipo también se había visto detenido por este lado por la heroica resistencia de los dardanios y de las poblaciones inmediatas, amenazadas todas por la posibilidad del exterminio. Los bastarnos tuvieron que retroceder, y todo su ejército pereció ahogado en el paso y bajo las rotas capas de hielo del Danubio. Como consecuencia de estos hechos, Perseo volvió su vista hacia los pequeños reyes ilirios (Dalmacia y Albania septentrional), e intentó atraerlos a su clientela. Uno de ellos, Artetauros, que por entonces estaba en Roma, fue asesinado con el macedonio como cómplice. El más importante de todos, Gentíos, hijo y sucesor de Pleuratos, era aliado nominal de la República igual que su padre. Sin embargo, los enviados de Issa, ciudad griega colocada en una de las islas Dálmatas, fueron inmediatamente a denunciar a Roma las secretas inteligencias de Perseo con aquel príncipe débil y dado a la embriaguez. Según ellos, los embajadores de Gentíos eran en Roma los espías del rey de Macedonia. Por otra parte, en la parte del bajo Danubio, al este, vivía estrechamente aliado con Perseo el más poderoso de los príncipes del país, el sabio y bravo Cotis, rey de los odrisos. Era dueño y señor de toda la Tracia oriental, desde la frontera macedonia sobre el Hebro (Maritza) hasta la costa donde se escalonaban numerosas ciudades griegas. Entre los jefes menos importantes que Roma había atraído a su partido estaba Abrúpolis, príncipe de los sagesos, quien dirigió una algarada contra Anfípolis, sobre el Estrimón (Estrouma o Karasou). Pero el macedonio lo batió y lo arrojó de un país de donde Filipo sacaba sus colonos, y donde en todo tiempo había grandes masas de mercenarios a disposición del enemigo de Roma.

EL PARTIDO NACIONAL EN GRECIA

Entre los desgraciados helenos, Filipo y Perseo habían hecho de antemano una doble y activa propaganda, con la cual se habían atraído a la vez el partido nacional y el partido comunista, si se nos permite la expresión. No es necesario decir que el primero, así en la Grecia de Europa como en la de Asia, se había unido por completo a Macedonia, no tanto a causa de las iniquidades de algunos de los libertadores procedentes de Roma, como por la flagrante contradicción que había en el hecho de

una restauración nacional verificada por el extranjero. Aunque demasiado tarde, ahora todos comprendían que a la Grecia le hubiera valido más colocarse bajo la dominación del peor de los reyes de Macedonia, que deber a la benévola magnanimidad de un protector italiano la más liberal de las constituciones. Los mejores y más hábiles ciudadanos de Grecia se volvían naturalmente contra Roma; solo una aristocracia cobarde y egoísta se inclinaba hacia aquella. Sin embargo, también es cierto que solían encontrarse aquí y allá algunos hombres honrados que no se hacían ilusión sobre las miserias de la patria ni sobre su porvenir, y se colocaban por excepción en el partido filorromano. El más desgraciado entre todos era Eumenes de Pérgamo, el infatigable partidario de las libertades otorgadas por la República. En vano guardó infinidad de miramientos a las ciudades que le habían correspondido en la distribución; en vano se ingenió para captarse el favor de las ciudades y de las dietas a fuerza de oro y de buenas razones: se vio enérgicamente rechazado en todas partes. Por una decisión de la dieta, un día fueron derribadas en el Peloponeso todas las estatuas que le habían erigido las ciudades, y todos los cuadros de bronce grabados en su honor fueron hechos pedazos y fundidos (año 584). En este tiempo corría de boca en boca el nombre de Perseo. En los Estados que antes eran los más hostiles a Macedonia, entre los mismos aqueos, se puso a la orden del día la revisión de las leyes promulgadas contra los macedonios. Simultáneamente Bizancio, aunque situada en el territorio pergamiano, pide y recibe de Perseo, y no de Eumenes, auxilio y protección contra los tracios. También se le entregó Lampsaca, situada en las riberas del Helesponto. Es más, hasta los rodios, los poderosos y prudentes rodios, le llevaron en sus magníficos buques de guerra a la siria Antíoca, su prometida, pues el rey de Siria no podía entrar con los suyos en el mar Egeo; y se volvieron colmados de honores y presentes, con sus naves cargadas, entre otras cosas, de madera de construcción para su arsenal. Por último, también las ciudades asiáticas sujetas a Eumenes abrieron en la Samotracia conferencias secretas con los diputados macedonios. Por más que no se le atribuya sino una importancia insignificante, el movimiento de la escuadra rodia tenía el valor de una demostración. Con el pretexto de ir a Delfos a cumplir una ceremonia religiosa, el rey se mostró a los griegos a la cabeza de su ejército. Toda esta propaganda tenía evidentemente un fin, y Perseo pedía al sentimiento nacional un punto de apoyo para la guerra próxima. ¿Por qué cometió la falta de sacar partido de las hediondas enfermedades sociales de la Grecia, y fue a reclutar a sus partidarios entre aquellos que soñaban con la destrucción de la propiedad y la abolición de las deudas?

Sería difícil formarse una idea de la enorme deuda de las ciudades y de los

individuos en la Grecia europea. Solo en el Peloponeso es donde la situación no era tan mala. Las cosas habían llegado hasta el punto de que una ciudad se arrojaba sobre la otra y la saqueaba. Esto hicieron los atenienses en Oropos; mientras que entre los etolios, los perreos y los tesalios, los poseedores y los no poseedores libraban batallas campales en toda regla. En estos tiempos se cometieron los más detestables excesos. Un día los etolios proclamaron la reconciliación y la paz general, y en consecuencia llamaron al país a los numerosos emigrados; pero después, cuando estos cayeron en el lazo, se precipitaron sobre ellos y los degollaron en masa. Los romanos intentaron interponerse; pero sus diputados se volvieron sin haber hecho nada, diciendo que ambos partidos eran dignos uno de otro, y que no había más remedio que abandonarlos a sus mutuas violencias. Para vencer el mal se habrían necesitado o ejércitos o verdugos... El helenismo sentimental, que en otro tiempo no era más que una cosa ridícula, entraba de lleno en el «régimen del terror». Perseo se hizo jefe de un partido, si es que se puede dar este calificativo a las masas que nada tenían que perder, ni siquiera el honor de su nombre. No contento con absolver a los tramposos, hizo fijar en Larisa, Delfos y Delos carteles invitando a todos los griegos fugitivos por delitos políticos o de otra especie, o incluso por deudas, a entrar en Macedonia con la promesa de reintegrarles el pleno goce de sus bienes y de sus honores. Como era natural, acudieron todos, y estalló inmediatamente la revolución hasta entonces encubierta en la Grecia del norte; el partido nacional y social se atrevió a obrar en nombre y a pedir la asistencia del rey. Si en realidad la salvación de la nacionalidad de los griegos exigía el empleo de tales medios, podía decirse, sin faltar a las grandes memorias de Sófocles y Fidias, que incluso de ganar la partida no valía la pena jugarla.

RUPTURA CON PERSEO OPERACIONES MILITARES PREPARATORIAS

El Senado comprendió que había tardado demasiado, y que había llegado el momento de poner término a los manejos del rey. La expulsión de Abrúpolis, jefe tracio aliado de Roma, y las relaciones reanudadas por Macedonia con Bizancio, los etolios y parte de las ciudades de Beocia, constituían violaciones del tratado del año 557, y eran motivo suficiente para una declaración de guerra. Esta tenía más bien su razón de ser en la situación que se había creado de nuevo Macedonia. Al convertirse la soberanía puramente nominal de Perseo en una denominación real, Roma perdía

su protectorado sobre los griegos. Desde el año 581 lo habían declarado así los enviados de la República ante la dieta aquea: la alianza con Perseo era su defección respecto de Italia. En el año 582 el mismo Eumenes fue a Roma con una larga lista de sus agravios, y dio a conocer el verdadero estado de las cosas. A partir de esto, y contra toda esperanza, el Senado decidió inmediatamente en sesión secreta declarar la guerra, y envió guarniciones a los puertos de desembarco en Epiro. Pero todavía se mandó una embajada a Perseo para cubrir las formas. Usó esta un lenguaje tal, que Perseo, al comprender que no había medio de retroceder, respondió sencillamente: «Estoy dispuesto a hacer un nuevo tratado con Roma pero en condiciones de igualdad respectiva; en cuanto al del año 557, lo considero como no hecho». Después dio a los embajadores tres días de plazo para salir del territorio de Macedonia. Esto sucedía en el otoño del año 582; si quería, podía ocupar toda la Grecia, hacer que subiese al poder en todos los Estados el partido macedonio, destruir fácilmente la división de cinco mil romanos que Gneo Sicinio había reunido delante de Apolonia, y oponer serios obstáculos al desembarco de las legiones. Pero, lejos de esto, comenzó a temer en el momento decisivo; y se dejó entretener en inútiles conferencias con su huésped y amigo, el consular Quinto Marcio Filippo, sosteniendo que se le declaraba la guerra con frívolos pretextos. Por consiguiente, retrasó el ataque, y hasta hizo una tentativa en Roma para mantener la paz. El Senado rechazó sus proposiciones, ordenó la expulsión de todos los macedonios residentes en Italia e hizo embarcar las tropas. En verdad, había más de un senador de la escuela antigua que censuraba «la nueva prudencia de sus colegas» y la «indigna astucia de Roma», de la que se aprovechaba la ciudad. No importaba pues se había conseguido lo principal: el invierno había pasado y Perseo no se había movido. Durante este tiempo los diplomáticos romanos habían trabajado también activamente para minar el suelo de Grecia. Se habían asegurado el concurso de los aqueos; entre estos, ni siquiera los mismos patriotas, absolutamente extraños al movimiento socialista y deseosos de guardar una prudente neutralidad, pensaban en echarse en brazos de Macedonia. Por lo demás, la influencia romana había puesto al frente de los negocios públicos el partido enteramente adicto a la República. En medio de sus disensiones intestinas, la confederación etolia había pedido y obtenido recursos de Perseo; pero Licisco, su nuevo estratega, elegido bajo la influencia del enviado de la República, era más romanista que los mismos romanos. Lo mismo había sucedido entre los tesalios, allí también predominaba el partido romano. En Beocia, Macedonia contó siempre con numerosos partidarios; pero las miserias económicas y sociales la convertían en una presa fácil. Sin embargo, no todo el país

se pronunció abiertamente por Perseo; solo las ciudades de Haliartos y Coronea trataron con él por su propia cuenta. Ante la queja que presentara el embajador romano, el poder ejecutivo de la liga beocia le manifestó cuál era la situación; a su vez el embajador respondió que convenía que cada ciudad hablase por sí misma, ya que entonces se vería claramente cuál estaba por Roma y cuál, contra Roma. En todas partes apareció la división y la confederación quedó completamente deshecha. Por lo tanto, sería injusto acusar a los romanos de la caída del magnífico edificio construido por Epaminondas; la ruina había comenzado antes de que ellos pusiesen sobre él su mano, y fue el triste precursor de la disolución de las demás confederaciones helénicas, aun de las más sólidamente establecidas.^[2] Por lo demás, sin esperar la llegada de la escuadra de Roma a las aguas del mar Egeo, su enviado Publio Léntulo condujo delante de Haliartos los contingentes de las ciudades que habían permanecido fieles, y la sitió. Durante este tiempo Calcis recibió una guarnición aquea, en tanto Oréstides ya tenía guarnición epirota. Gneo Sicinio colocó sus tropas en los castillos de la Dasaratia y de la Iliria, situados a lo largo de la frontera macedonia; y, en el momento en que pudo volver a comenzar la navegación, se enviaron dos mil soldados a Larisa.

Ante todos estos preparativos, Perseo continuó inactivo. Cuando en la primavera o en junio, según el calendario oficial de Roma, las legiones desembarcaron en la costa occidental de la península, aún no había puesto un pie fuera de su territorio. Por otra parte, aun cuando se hubiese mostrado sumamente enérgico en vez de muy débil, puede dudarse de que hubiera encontrado aliados fieles y constantes; nada tiene de extraño que permaneciese solo frente al enemigo y con todos los gastos de su vasta propaganda contra Roma. Cartago, Gentíos de Iliria, Rodas y las ciudades libres asiáticas, y la misma Bizancio, que hasta entonces había sido su estrecha aliada, ofrecieron sus naves a los romanos, que las rehusaron. Pero Eumenes puso su escuadra y su ejército en pie de guerra. Ariarato, rey de Capadocia, envió espontáneamente rehenes a Roma, y hasta el cuñado de Perseo, Prusias II, rey de Bitinia, se declaró neutral. Nadie se movió en toda Grecia. Solo se levantó Antíoco IV, «el dios, el brillante, el victorioso», como lo llamaba su corte para distinguirlo de su padre, conocido como Antíoco el Grande. Pero no hizo más que arrojar sobre la región de la costa de Siria, a fin de arrebatársela durante la guerra a Egipto, que era entonces impotente para luchar.

COMIENZA LA GUERRA. LOS ROMANOS

MARCHAN SOBRE TESALIA SOSTIENEN LA GUERRA FLOJA Y DESGRACIADAMENTE

Por más que estuviese aislado, Perseo no era un enemigo despreciable. Su ejército constaba de cuarenta y tres mil hombres: de ellos veinte mil eran falangistas, cuatro mil de caballería macedonia o tracia, y el resto mercenarios. El ejército romano se componía de treinta o cuarenta mil hombres de tropas italianas, y además contaba con unos diez mil soldados auxiliares, númidas, ligurios, griegos, cretenses y sobre todo pergamianos. Roma solo tenía una escuadra de cuarenta buques, pero era más que suficiente contra un enemigo que no contaba con naves de guerra. Perseo, a quien el tratado del año 557 le había prohibido construir las, no hacía más que tarjar construcciones navales en Tesalónica. Los romanos tenían a bordo diez mil soldados destinados a cooperar en el sitio de las plazas fuertes. La escuadra iba mandada por Cayo Lucrecio, y el ejército por el cónsul Publio Licinio Craso. Este había dejado una gruesa división en Iliria con orden de molestar a Macedonia por el oeste, y, como de costumbre, había tomado con el núcleo del ejército el camino que va de Apolonia a Tesalia. Perseo ni siquiera pensó en incomodarlo en esta marcha difícil; avanzó hasta Perrebia, y ocupando con sus gentes las ciudadelas inmediatas esperó al enemigo al pie del Ossa. El primer encuentro entre la caballería y las tropas ligeras de ambos ejércitos tuvo lugar cerca de Larisa. Los romanos fueron completamente derrotados. Cotis, con sus tracios, rechazó y puso en desordenada fuga la caballería italiana; Perseo, con sus macedonios, dispersó a los griegos. Los romanos perdieron dos mil hombres de infantería y doscientos caballos, además de seiscientos que fueron hechos prisioneros; el resto del ejército debió tener por gran dicha poder atravesar el Peneo sin que lo persiguiesen. Incluso después de su victoria, el rey pidió la paz bajo las mismas condiciones impuestas a Filipo tiempo atrás y ofreció pagar la misma cantidad de dinero. Roma rechazó sus proposiciones, pues no acostumbraba a hacer la paz al día siguiente de la derrota; además, tratar en ese momento era perder toda la Grecia. Pero había confiado su ejército a un general que no podía tomar formalmente la ofensiva, y que recorrió la Tesalia en todos los sentidos sin obtener resultado alguno. Perseo, por su parte, tampoco atacó, a pesar de que veía a los romanos mal dirigidos y vacilantes: por toda la Grecia había corrido la nueva de una gran victoria en el primer encuentro, y que la había seguido después otra; los patriotas se levantaban en masa y comenzaban en todas partes una guerra de partidas, cuyas consecuencias eran incalculables. Perseo era buen soldado como su padre, pero no era, como él, buen capitán. Había preparado las cosas para la

defensiva, y, como los acontecimientos habían sucedido de otro modo, se encontró paralizado. Entre tanto, los romanos llevaron la mejor parte de un segundo combate de caballería en Falanna; de aquí Perseo sacó inmediatamente pretexto para aferrarse más a su plan de campaña, y evacuó la Tesalia. Esto equivalía a renunciar públicamente al concurso de una insurrección griega; y, sin embargo, la revolución que se verificaba en este momento en Epiro muestra bien a las claras cuán razonable hubiera sido esperar. Ninguno de los ejércitos hizo nada contra el otro. Perseo fue a reducir a Gentíos, a castigar a los dárdanos, e hizo que Cotis arrojara de Tracia a los partidarios de Roma y a los soldados del rey de Pérgamo. Por su parte, el ejército romano de Iliria tomó algunas ciudades, y el cónsul se ocupó en expulsar las guarniciones macedonias de las plazas de Tesalia; después tomó Ambracia por la fuerza, y de este modo dominó a los etolios y a los arcananios. Pero las dos desgraciadas ciudades beocias que estaban con Perseo sufrieron más rudamente el choque del valor romano: todos los habitantes de Haliartos fueron vendidos como esclavos cuando la ciudad fue tomada por asalto por el almirante Cayo Lucrecio. Coronea, sitiada por el cónsul Craso, tuvo que capitular y fue tratada del mismo modo. Por lo demás, nunca hubo ejército romano más indisciplinado que el que en la actualidad operaba en Grecia. El desorden era tal, que en la campaña del año 584 el nuevo cónsul, Aulo Hostilio, se halló imposibilitado para emprender nada. En cuanto al nuevo capitán de la escuadra, Lucio Hortensio, fue tan incapaz y desleal como su predecesor. Los buques pasaron revista inútilmente a todas las ciudades marítimas de Tracia. Durante este tiempo, el ejército del oeste, mandado por Apio Claudio, y cuyo puesto principal era Licnidos, en la Dasaratia, marchaba de descalabro en descalabro. La primera incursión en Macedonia había fracasado; y al principio del invierno, cuando las nieves que cubrían los pasos de las fronteras del sur le permitían disponer de sus tropas, el rey se arrojó sobre Apio, le quitó una porción de ciudades, hizo numerosos prisioneros y reanudó sus inteligencias con Gentíos. Hasta hizo una tentativa sobre la Etolia cuando el ejército romano estaba inútilmente ocupado en Epiro, en el sitio de una ciudad, donde incluso fue derrotado por la guarnición. Por otra parte, el ejército principal intentó una o dos veces pasar los montes Cambunios para penetrar en Macedonia por Tesalia, pero Perseo lo rechazó y le causó grandes pérdidas. El cónsul se ocupaba en la reorganización de sus tropas; sin embargo, para esta operación imprescindible se necesitaba una mano más vigorosa y un capitán más ilustre. Como las licencias definitivas y las temporales se compraban de grado en grado, los cuadros nunca estaban completos. Las tropas se acuartelaban en pleno estío. Los oficiales superiores ejercían el robo en gran escala,

los soldados la practicaban en pequeña, y se maltrataba por sospechas injuriosas a los pueblos auxiliares. Así es como se imputó la vergonzosa derrota de Larisa a una supuesta traición de la caballería etolia; y, cosa inaudita, sus jefes fueron enviados a Roma y allí procesados. También se acusó sin razón a los molosos, y de este modo se los impulsó a una defección verdadera. Los romanos impusieron pesadas contribuciones de guerra a las ciudades aliadas como si fueran ciudades conquistadas. Si sus habitantes intentaban reclamar ante el Senado, eran entregados al verdugo o vendidos como esclavos. De este modo fueron tratadas Abdera y Calcis. El Senado obró rápida y enérgicamente. Devolvió la libertad a los coroneos y a los abderitanos, y prohibió a los oficiales imponer en adelante tasas o prestaciones de cualquier género a los aliados de Roma sin su autorización previa. Incluso Cayo Lucrecio fue condenado por sentencia pública. No obstante, todas estas reparaciones no podían hacer que las dos campañas precedentes dejaran de producir resultados vergonzosos para Roma, cuya hábil y leal intervención en los desórdenes de Grecia había contribuido mucho al éxito de las armas italianas en Oriente. Si Filipo hubiese estado reinando, y no Perseo, la guerra habría terminado indudablemente con la destrucción del ejército italiano y la insurrección general de los griegos; pero Roma tuvo la suerte de que las faltas de su enemigo superasen siempre las suyas. Perseo se mantuvo atrincherado en Macedonia como en una ciudad sitiada, de forma que las montañas del oeste y del sur hacen del país una verdadera fortaleza.

MARCIO ENTRA EN MACEDONIA POR LAS GARGANTAS DE TEMPE. LOS EJÉRCITOS SOBRE EL ENIPEO

En el año 585 (169 a.C.) Roma envió al ejército un nuevo jefe, Quinto Marcio Filipo. Este honrado y antiguo amigo del rey, y cuyo nombre hemos ya pronunciado anteriormente, tampoco estaba a la altura de su difícil misión. Por más que fuese ambicioso y emprendedor, no era más que un mediano general. Dejó algunas tropas haciendo frente a los macedonios, que estaban apostados en los pasos de Lapatus, al oeste de Tempe, y se metió con todo su ejército por los escarpados desfiladeros laterales. Esperaba pasar de este modo el Olimpo, y en efecto llegó a abrirse camino hasta Heráclea, temeridad que no podía justificar ni aun el éxito de la empresa. Un puñado de hombres atrevidos hubieran bastado para estorbarle el paso y cortarle al mismo tiempo toda retirada. A la salida de las montañas tenía delante de sí al ejército macedonio y detrás se levantaban las fortalezas de Tempe y de Lapatus.

Encerrado en el fondo de un valle estrecho, sin provisiones, sin posibilidad de mandar forrajeadores a las inmediaciones, su situación era tan crítica como el día en que durante su primer consulado se había dejado encerrar en los pasos de Liguria, a los que su nombre había quedado unido para siempre. Un accidente casual lo había salvado entonces; hoy lo salvó la incapacidad de Perseo. Como si no tuviera contra los romanos más defensa que cerrarles el paso, el rey se creyó perdido al verlos del otro lado de la montaña. Huyó precipitadamente a Pidna, ordenó quemar sus naves y esconder sus tesoros; y, sin embargo, esta vergonzosa fuga no sacó a los romanos de su embarazo. El cónsul pudo marchar adelante sin romper una lanza; pero al cabo de cuatro días le fue necesario volver atrás por falta de víveres. En este momento, vuelto en sí Perseo, volvió a ocupar sus antiguas posiciones. El ejército italiano corría de nuevo los mayores peligros, cuando de repente capituló la inexpugnable plaza de Tempe, y entregó todos sus ricos almacenes. En adelante ya estaban aseguradas las comunicaciones con el sur. Perseo, sin embargo, se mantenía fuertemente atrincherado en la orilla del pequeño torrente de Elpios e impedía al enemigo adelantar un paso. Acabó el estío, y el invierno pasó en las mismas condiciones; los romanos permanecieron retirados en un rincón de la Tesalia. No habían conseguido más que una ventaja que apenas pudiera llamarse tal, y la primera de la que podían vanagloriarse desde el principio de la guerra. Pero, si habían forzado la entrada del país enemigo, debían este éxito menos a la habilidad de su general, que a la torpeza del enemigo. Durante este tiempo, la escuadra hizo una tentativa inútil contra Demetriades. Los buques ligeros de Perseo recorrían las ciudades marítimas, acompañaban los transportes cargados de grano para Macedonia, y se apoderaban de los pertenecientes a los romanos. En cuanto a las cosas en el oeste, iban aún peor: Apio Claudio no podía hacer nada con su división insignificante y pidió el concurso del contingente aqueo; pero el cónsul, celoso, no permitió que este partiese. Pero aún hay más. Como Gentíos se había vendido a Perseo con la promesa de recibir gruesas sumas, rompió bruscamente con la República y encarceló a sus embajadores. Pero después de esto Perseo creyó inútil el pago del precio estipulado, y Gentíos, demasiado comprometido para retroceder, salió de su actitud ambigua y rompió a su vez las hostilidades. En consecuencia, Roma tenía sobre sí una segunda guerra, al lado de la que venía sosteniendo desde hacía tres años. Si Perseo hubiese tenido valor para separarse de sus tesoros, habría podido suscitarle otros enemigos más temibles. De hecho ofreció servir a sueldo en el ejército macedonio una horda de veinte mil galos (diez mil a caballo y diez mil a pie), conducida por Clóndico, pero no pudieron entenderse sobre el precio. Toda

Grecia estaba también en fermentación. Con alguna habilidad y mucho oro le hubiera sido fácil levantar guerrillas en todas partes; pero Perseo era demasiado avaro para dar, y los griegos demasiado codiciosos para hacer nada gratuitamente. Y así el país no se sublevó.

PAULO EMILIO

Finalmente Roma se decidió a enviar a Grecia al hombre necesario, a Lucio Paulo Emilio, hijo del cónsul del mismo nombre, muerto en la batalla de Canas. Era de noble estirpe, pero de mediana fortuna; y, por consiguiente, había sido más afortunado en las batallas que en las elecciones en la plaza pública. Se había distinguido de un modo brillante en España, y más aún en Liguria. El pueblo lo eligió cónsul por segunda vez en el año 586 (178 a.C.); y en realidad solo su mérito lo elevaba a este puesto, excepción notable ya en estos tiempos. General excelente de la antigua escuela, tan severo consigo mismo como con los soldados, era diligente, activo y robusto a pesar de sus setenta años. Se distinguía por ser un magistrado incorruptible, «uno de los pocos ciudadanos de Roma —dice un escritor contemporáneo— a quien nadie había osado siquiera ofrecer dinero», y como además poseía la cultura helénica y era un ilustrado amante de las artes, aprovechaba los ratos de ocio que le dejaba el mando supremo para visitar la Grecia. Desde todo punto de vista era el hombre que convenía admirablemente para el cargo que ahora se le confiaba. Apenas llegó al campamento delante de Heráclea, el nuevo general ocupó a los macedonios en el valle de Elpios con escaramuzas de las avanzadas, y al mismo tiempo envió a Publio Nasica a que ocupase el collado de Piton, que estaba poco custodiado. De este modo, rodeó al enemigo y lo obligó a retroceder hasta Pidna.

BATALLA DE PIDNA. PERSEO PRISIONERO

El 4 de septiembre del año 586, según el calendario romano, o mejor dicho el 22 de junio, según el año juliano (pues nos ayuda a precisar la fecha un eclipse de luna, predicho al ejército por un oficial algo astrónomo, con objeto de impedir terrores quiméricos), las vanguardias de ambos ejércitos se encontraron después del

mediodía en un abrevadero para los caballos, vinieron a las manos y se empeñó inmediatamente la batalla proyectada para el siguiente día. El general romano corrió a sus filas sin coraza y sin casco, mostrando su cabeza cubierta de cabellos grises, gritando y alineando su ejército. El ejército estaba apenas ordenado, cuando la terrible falange se precipitó sobre los romanos; y el mismo Paulo Emilio, el veterano de cien combates, confesó después que hubo un momento en el que tembló. La vanguardia romana cedió y se rompió; una cohorte de soldados pelignios fue quebrada y casi aniquilada, y las legiones mismas tuvieron que replegarse hasta una colina inmediata al campamento. Aquí cambió la fortuna gracias a las desigualdades del terreno; en el calor de la persecución, la falange se había abierto. Los romanos se precipitaron inmediatamente en todos los intervalos, atacando al enemigo por derecha e izquierda. Por su parte, la caballería de Perseo, en vez de volar al socorro de la infantería, permaneció inmóvil, y a poco huyó en masa con el rey a su cabeza. En el transcurso de una hora se había perdido Macedonia. Los tres mil falangistas escogidos perecieron todos sin moverse de sus puestos. La falange sostuvo el último gran combate en Pidna, donde pereció honrosamente hasta el último de sus individuos. El desastre fue terrible. Veinte mil macedonios quedaron tendidos en el campo de batalla y once mil fueron tomados prisioneros. A los once días de haberse encargado del mando del ejército, Paulo Emilio había terminado la guerra; dos días después se sometió toda Macedonia. El rey fue a refugiarse con su tesoro —le quedaban aún en sus arcas más de seis mil talentos— a la isla de Samotracia, adonde lo siguieron algunos fieles servidores. Allí mató a uno de ellos, a Evandro de Creta, el principal instigador de la tentativa de asesinato de Eumenes ocurrida poco tiempo atrás, y que, como tal, tenía que responder por ella. Este crimen fue prácticamente la señal para que lo abandonasen sus últimos compañeros y hasta sus mismos pajes. Por un momento se creyó protegido por el derecho de asilo; pero esto era una tenue arista que se quebraba en su mano. Quiso ganar el territorio de Cotis, pero no lo consiguió. Escribió al cónsul, pero su carta no fue recibida porque conservaba en ella el título de rey. Entonces se resignó a su suerte, y se entregó con sus hijos y sus tesoros al vencedor, llorando como un cobarde e inspirando en todos un profundo desprecio. Sumamente alegre con su triunfo, pero pensando ante todo en la inestabilidad de las grandezas humanas, el cónsul vio venir al cautivo más ilustre que jamás condujo a Roma un general romano. Pocos años más tarde, Perseo, siempre prisionero, murió en las orillas del lago Fucino;^[3] y todavía mucho tiempo después su hijo vivía en la oscuridad, en la misma región de Italia, reducido a la condición de simple escribiente.

Tal fue el triste fin del reino de Alejandro el Grande, ciento cuarenta y cuatro años después de la muerte del ilustre conquistador que había extendido por todo el Oriente la civilización griega. Esta catástrofe tuvo también su pequeña composición trágica. En treinta días el pretor Lucio Amicio también había terminado su campaña contra otro monarca, el ilirio Gentíos. Se apoderó de la escuadra del corsario, y Escodra, su capital, fue tomada por asalto; los dos reyes, el heredero de Alejandro y el heredero de Pleuratos, entraron en Roma uno al lado del otro y encadenados.

MACEDONIA DEJA DE EXISTIR

El Senado estaba decidido a que esta vez no pudieran reproducirse los peligros creados por los miramientos políticos que Flaminio había guardado hacia los griegos. En las conferencias celebradas en Anfípolis, sobre el Estrimón, una comisión romana pronunció la disolución de la poderosa unidad nacional del pueblo macedonio. La antigua monarquía fue dividida en cuatro confederaciones republicanas, análogas a las ligas griegas: la de Anfípolis, con las regiones del este; la de Tesalónica, con la península calcídica; la de Pela, que comprendía los países limítrofes de Tesalia, y la de Pelagonia, en el centro. Se prohibieron los matrimonios entre los ciudadanos de las diversas confederaciones, y ninguno de ellos podía tener establecimientos en más de una. Todos los antiguos oficiales del rey y sus hijos adultos tuvieron que abandonar el país bajo pena de muerte, e ir a vivir a Italia. Roma temía, y con razón, que en el porvenir se despertase en ellos el recuerdo de su antiguo estado. Por lo demás, permanecieron en pie las leyes y las instituciones locales, y los magistrados de las ciudades fueron nombrados como antes por elección. Aunque en las confederaciones, al igual que en las ligas, se dio preponderancia a la aristocracia, estas últimas no heredaron los dominios reales ni los derechos de regalía. Incluso los romanos prohibieron los trabajos de las minas de oro y de plata, principal riqueza del país, hasta el año 596 (158 a.C.), cuando autorizaron de nuevo la extracción de este último metal.^[4] También prohibieron la importación de la sal y la exportación de madera de construcción. Como la tasa que pagaban al rey había cesado, las ciudades y las confederaciones fueron libres para imponer lo que estimasen conveniente, obligadas como estaban a enviar a Roma, a título de contribución anual, la mitad del producto de dicha tasa, valuada de una vez y para siempre en la considerable suma de cien talentos.^[5] Además todo el país fue

desarmado y la fortaleza de Demetriades, completamente arrasada; solo en la frontera del norte quedó una línea de fortificaciones para rechazar las incursiones de los bárbaros. De las armas recogidas, los romanos solo conservaron los escudos de bronce; las demás fueron entregadas a las llamas. Roma había conseguido su fin. Después de esta época los macedonios intentaron dos veces llamar a los descendientes de sus antiguos reyes. ¡Vanos esfuerzos! Desde su caída hasta nuestros días, no han vuelto a aparecer con una existencia individual en la escena de la historia.

LA ILIRIA ES TRATADA DEL MISMO MODO

Igual tratamiento sufrió la Iliria. El reino de Gentíos fue dividido en tres pequeños Estados, cuyos habitantes pagaban a sus nuevos señores la mitad de los antiguos impuestos, salvo las ciudades que habían permanecido fieles a los romanos y que fueron declaradas francas (en Macedonia no hubo lugar a semejante distinción). Toda la escuadra de los corsarios ilirios fue confiscada y distribuida entre las principales ciudades griegas de la costa. Así, desde este día cesaron por mucho tiempo los sufrimientos y las inquietudes que los piratas de Iliria inferían continuamente a sus vecinos.

COTIS

No era fácil coger a Cotis en el territorio de Tracia; pero, si llegaba el caso, podían servirse de él contra Eumenes. Por estas razones obtuvo su perdón y el rescate de su hijo, a quien los romanos tenían prisionero.

Después de todos estos arreglos no quedaba ya ningún rey en Macedonia ni en parte alguna. Por tanto, no había que temer el yugo de ningún monarca, y Grecia podía considerarse más libre que nunca.

SUMISIÓN DEFINITIVA DE GRECIA PÉRGAMO MALTRATADO

A pesar de lo dicho, no era suficiente para Roma cortarle nervios y músculos a Macedonia. El Senado quiso que en adelante no hubiese un solo Estado griego bastante poderoso que pudiera perjudicarlo: todos, unos después de otros, fueron reducidos a la más humilde clientela. Indudablemente se justifica semejante política; pero en la ejecución, y sobre todo respecto de las potencias importantes, Roma usó procedimientos indignos. En efecto, había pasado la época de los Fabios y de los Escipiones, y ya no volvería. Buen testimonio de ello es el reino de los Atálidas. La República había creado y engrandecido este reino para tener a raya a Macedonia. Pero al no existir ya esta, y siendo Pérgamo inútil, Roma cambió brutalmente de actitud y de conducta. Pero ¿cómo hallar un pretexto para romper con Eumenes, tan prudente y tan sabio? ¿Cómo hacerle caer de su posición, antes tan favorecida? De repente, cuando el ejército acampaba todavía delante de Heráclea, se hicieron circular contra él los más absurdos rumores: se decía que estaba en secretas inteligencias con Perseo; que su escuadra había desaparecido súbitamente, como arrebatada por el huracán; que se le habían ofrecido quinientos talentos para que se abstuviese de tomar parte en las operaciones, y mil quinientos para que interpusiese su valor e influencia en favor de la paz. Por último, se decía que solo la parsimonia de Perseo había hecho fracasar las negociaciones. Pues bien, Eumenes había partido con su escuadra después de que la romana se retirase a sus cuarteles de invierno, y hasta había visitado antes al cónsul. En cuanto a la supuesta corrupción verificada por Perseo, era asimismo una historieta fútil y un cuento novelesco. ¿Era posible suponer siquiera que Eumenes, el rico, el astuto, el político Eumenes, después de haber ido personalmente a Roma en el año 582 (172 a.C.) para suscitar la guerra contra Perseo, y después de haber estado a punto de perecer a manos de un asesino pagado por él, se vendiese por algunas monedas de oro en el momento en que ya se habían vencido las principales dificultades? ¿Era posible que él, que nunca había dudado del éxito de la lucha, renunciara ahora a su parte del botín y deshiciera su larga y laboriosa obra por una compensación miserable? Era mentir, y mentir estúpidamente, acusarlo de ello. Si la acusación hubiese sido cierta, ¿no se habría hallado la prueba en los papeles del rey Perseo? Pues bien, nada se descubrió en estos, y jamás osaron los romanos hablar en voz alta de sus sospechas; pero iban derechos a su fin. Nada más transparente que su conducta para con Atalo, hermano de Eumenes, el general de las tropas de Pérgamo enviadas a Grecia. En Roma se recibió con los brazos abiertos a este valiente y fiel compañero de armas; y se le exhortó a pedir una recompensa, no para Eumenes, sino para sí mismo. El Senado le daría, cuando menos, un reino; pero no quiso pedir más que las ciudades de Enos y

Maronea. Al hacer esto, se creyó que no pedía más que a mayor cuenta, y se le dio al momento. Pero cuando se marchó sin formular otras pretensiones más amplias, cuando de este modo se confirmó que en el seno de la familia real de los Atálidas los príncipes vivían en una perfecta inteligencia, que no se acostumbraba en ninguna otra parte, Roma declaró libres las dos ciudades donadas. Los pergamianos no adquirieron ni una pulgada de terreno del país conquistado. Después de la derrota de Antíoco, la República todavía usó algunos miramientos con Filipo, aunque no fuese más que por pura fórmula. En la actualidad, en cambio, oprime y humilla a sus aliados. Según parece, fue entonces cuando proclamó la independencia de la Panfilia, que se disputaban Eumenes y el rey de Siria. Con todo, hubo otro hecho aún más grave. Los gálatas estaban bajo la dependencia de Eumenes, quien, después de haber arrojado al rey de Ponto de sus dominios, había obligado a esta región a hacer un tratado de paz y a prometer que no reanudarían inteligencias con sus príncipes. Pero aprovechándose del enfriamiento de relaciones entre Roma y Pérgamo, si es que no fue a instigación de los romanos, se sublevaron e invadieron el reino de Eumenes. Tan grave fue el apuro en que lo pusieron, que Eumenes pidió la mediación de Roma. El enviado de la República dijo que estaba dispuesto a intervenir; pero no quiso que lo acompañase Atalo, ni las tropas que él mandaba, pues esto sería irritar más a los bárbaros. En realidad, sus pasos y sus gestiones no conducían a nada; a su regreso llegó hasta pretender que la cólera de los gálatas tenía por causa principal la intervención solicitada por el rey Eumenes. Poco después, el Senado reconocía y garantizaba expresamente la independencia del pueblo gálata. Eumenes tomó el partido de ir personalmente a Italia para defender su causa; pero el Senado decretó repentinamente, como atormentado por una conciencia culpable, que en lo sucesivo no podría entrar en Roma ningún rey. Mandaron un cuestor a Brindisi para que notificase a Eumenes del senadoconsulto; allí el romano le preguntó qué quería y le aconsejó, a la vez, que se volviese inmediatamente. El rey permaneció largo tiempo mudo y pensativo; por último, declaró que nada tenía que pedir y se reembarcó. Vio muy claramente lo que se había hecho de los aliados de la República que aún eran algo poderosos o medio libres. Ha sonado para ellos la hora de la sujeción o de la debilidad.

SUMISIÓN DE RODAS

No tuvieron mejor suerte los rodios, aunque en un principio su condición era

privilegiada. Colocados fuera de la vasta sinmaquia romana, trataban de igual a igual con la República amiga, entraban libremente en todas las alianzas que les convenían, y no estaban obligados a suministrar contingente alguno a un simple recado de Roma. Por este motivo, sin duda, desde hacía algún tiempo había comenzado la mala inteligencia entre ambas Repúblicas. La sublevación de los licios vino enseguida a complicar estas dificultades. Esta región había sido adjudicada a Rodas después de la campaña contra Antíoco; sin embargo, los pobladores se sublevaron contra sus nuevos señores, y ellos los trataron como súbditos rebeldes y los redujeron a la esclavitud (año 576). Los desgraciados se quejaban de que no eran súbditos, sino aliados, e invocaron la jurisdicción del Senado romano. Solo a este correspondía interpretar el tratado de paz sirio y sus cláusulas dudosas; y una justísima compasión vino en el intermedio a dulcificar la suerte de los oprimidos. Aparte de esto, Roma no hizo nada y dejó en Rodas, como en el resto de Grecia, campo libre a las disensiones intestinas. Cuando estalló la guerra con Perseo, los rodios no la miraron con buenos ojos, de acuerdo en esto con los que pensaban más prudentemente entre los helenos. Tenían ojeriza a Eumenes, principal motor de la tormenta, y rechazaron e insultaron la embajada solemne que había enviado a la festividad rodia del sol. Sin embargo, no dejaron por esto de hacer causa común con Roma, y entre ellos, lo mismo que en los demás países, no llegó a dominar el partido macedonio. En el año 585, aunque en apariencia, continuaban las buenas relaciones; y, lo mismo que en tiempos anteriores, las naves rodias fueron a buscar cereales a Sicilia. Pero de repente, un poco antes de la batalla de Pidna, entraron enviados de Rodas a un mismo tiempo en el campamento romano y en el Senado. Declararon «que su República no vería con gusto que se prolongase la guerra que había matado su comercio con Macedonia y paralizado las importaciones en Rodas; que, si uno de los adversarios se negaba a deponer las armas, Rodas estaba decidida a declararle a su vez la guerra, a cuyo fin se había ya aliado con Creta y con las ciudades de Asia». ¡Todo es posible en las Repúblicas donde la asamblea popular reina y gobierna! La intervención de los mercaderes rodios era una pura demencia, sobre todo porque lo hacían en el momento mismo en que llegaba la noticia de que las legiones habían salvado los desfiladeros de Tempe. Sin embargo, hay una explicación que puede dar la clave de este enigma. Parece ser que el cónsul Quinto Marcio, uno de los diplomáticos *de la nueva escuela*, tenía consigo en el campo de Heráclea (por consiguiente, después de tomada Tempe y ocupada por la fuerza), al enviado rodio Agepolis, a quien colmó de distinciones y comprometió por lo bajo a intervenir en favor de la paz. La vanidad republicana hizo lo demás. Los rodios debieron concluir

de esto, sin duda, que el ejército romano perdía toda esperanza. Qué mejor papel se podía representar que el de pacificador entre cuatro grandes Estados. De aquí las negociaciones entabladas inmediatamente con Perseo; de aquí la jactancia de los embajadores que, sobornados en Macedonia, debieron decir más de lo que convenía y cayeron en la red que se les había tendido. Casi todo el Senado ignoraba estas intrigas. ¡Cuál no sería su indignación al oír el inconcebible mensaje! En realidad, se alegró como de una ocasión que venía a medida de su deseo. Era necesario castigar y humillar inmediatamente a esos orgullosos traficantes rodios. Hasta se encontró a un pretor belicoso que presentó al pueblo la moción de una inmediata declaración de guerra. Los papeles se cambiaron. Los rodios suplicaron de rodillas al Senado que olvidase la injuria presente, siquiera por consideración a una amistad de ciento cuarenta años. En vano en Rodas se mandó al suplicio a los agitadores del partido macedonio. En vano se decretó regalar a Roma una colosal corona de oro. En vano demostró evidentemente el leal e incorruptible Catón que, después de todo, no era tan grande la falta de los rodios. En vano pregunta si es que se van a castigar en adelante las intenciones y los pensamientos, y si se va a prohibir que los pueblos manifiesten sus justos temores, viendo ahora que los romanos se atreven a todo desde el momento en que no temen a nadie. Súplicas, prudentes consejos, todo fue inútil. El Senado despojó a Rodas de todas sus posesiones en tierra firme, las cuales producían más de ciento veinte talentos por año. En cuanto al comercio rodio, lo trataron aún peor. Los romanos le asestaron el primer golpe al prohibir la importación de sales en Macedonia, y la exportación de maderas de construcción de los bosques macedonios; y consumaron su ruina con la creación de un puerto franco en Delos. Los productos aduaneros de Rodas, que se elevaban poco tiempo antes a un millón de dracmas, quedaron reducidos muy pronto a unos ciento cincuenta mil. A partir de esta fecha los rodios decayeron, atacados como fueron en su libertad misma, y por ende en las fuentes vivas de su política comercial, tan independiente y tan hábil en otro tiempo. Sin embargo, continuaron suplicando que se los admitiese en la alianza de Roma, pero fueron rechazados y hasta el año 590 Roma no accedió a renovar su pacto. Los cretenses, que eran culpables de la misma falta y más débiles, fueron excluidos para siempre.

INTERVENCIÓN ROMANA EN LAS GUERRAS ENTRE SIRIA Y EGIPTO

Aún menos miramientos guardó Roma con Siria y con Egipto. La guerra había comenzado de nuevo entre ambos reinos con motivo de la posesión de Palestina y Celesiria. Los egipcios sostenían que, al casarse su príncipe con la siria Cleopatra, ella había aportado al matrimonio dichas provincias. Pero por su lado la corte de Babilonia, que poseía aquellas regiones, sostenía que nada de esto había sucedido. Como hemos visto anteriormente (pág. 271), la cuestión consistía indudablemente en el hecho de que la dote a la reina había sido asignada sobre los impuestos de Celesiria, y, por tanto, tenían razón los asiáticos. Una vez que murió Cleopatra en el año 581, el pago de la renta cesó inmediatamente, y comenzó la guerra. Si bien parece que fue Egipto el primero en romper las hostilidades; en realidad fue Antíoco Epífanés quien aprovechó la ocasión por él deseada. Siguiendo la tradicional política de los Seléucidas, intentó una vez más conquistar el reino africano mientras los romanos estaban ocupados en los asuntos de Macedonia. Esta tentativa estaba llamada a ser la última. La fortuna pareció sonreírle en un principio: el rey de Egipto, Tolomeo IV Filometor, hijo de Cleopatra, era todavía casi un niño y estaba mal aconsejado. Una gran victoria conseguida en la frontera de África en el mismo año en que las legiones desembarcaban en Grecia abrió al rey sirio el reino de su sobrino, y el niño cayó poco después en su poder. Una vez vencedor, y obrando en nombre de Filometor, se suponía que debía apoderarse de todo Egipto. Sin embargo Alejandría cerró sus puertas, depuso a su rey y eligió en su lugar a su hermano menor, Evergetes II, llamado el Grueso o Fiscón. En este momento Antíoco fue llamado a Siria, donde habían ocurrido graves trastornos. Cuando volvió los dos hermanos se habían arreglado, y entonces tuvo que comenzar la guerra nuevamente. Por los días de la batalla de Pidna (año 586), y cuando tenía sitiada Alejandría, vio llegar a su campamento al romano Cayo Popilio, embajador rudo y severo si lo hubo, quien le notificó secamente las órdenes del Senado. Era necesario que devolviese sus conquistas y evacuase inmediatamente el Egipto. En vano pidió un plazo para reflexionar; el cónsul trazó en la arena un círculo con su báculo, y le exigió que respondiese antes de salir de él. Antíoco prometió obedecer y, en efecto, se volvió a Siria para festejar allí al «dios que lleva consigo la victoria», y celebrar sus gloriosas hazañas en Egipto a la manera de los generales romanos, aunque parodiando el triunfo de Paulo Emilio. Durante este tiempo Egipto había entrado voluntariamente bajo la clientela romana. Asimismo, y desde este día, los reyes de Babilonia renunciaron a la resurrección de su independencia y se abstuvieron de hacer nada contra Roma. Como Perseo en Macedonia, los Seléucidas habían intentado en el asunto de Celesiria recobrar su antiguo poder. Síntoma notable de la

diversa energía de ambos Estados: para contrarrestar el esfuerzo de Macedonia se habían necesitado las legiones; con los sirios, por el contrario, habían sido suficientes las palabras duras de un diplomático.

MEDIDAS TOMADAS PARA CONTENER A GRECIA

En Grecia, donde las ciudades de Beocia habían ya pagado cruelmente su alianza con Perseo, solo quedaban por ser castigados los molosos. Por orden secreta del Senado, un día Paulo Emilio entregó al pillaje setenta ciudades de Epiro, y vendió como esclavos a todos sus habitantes (más de ciento cincuenta mil). Los etolios perdieron Anfípolis, y los acarnanios Leucata, en castigo de su actitud dudosa. Entre tanto los atenienses, desempeñando el papel del poeta mendigo de su cómico Aristófanes, adquirían Delos y Lemnos, y se atrevían a pedir, y en efecto obtuvieron, los países desiertos donde hasta hace poco tiempo atrás se levantaban los muros de Haliartos. Pero, dada su parte a las musas, la justicia reclamaba también la suya. En cada ciudad había existido un partido macedonio, y, en consecuencia, en toda la Grecia comenzaron los procesos por el crimen de alta traición. Todo el que había servido en el ejército de Perseo era inmediatamente condenado a muerte. Roma, con el testimonio de los papeles del rey, o con el de los adversarios políticos que acudían en tropel de todas partes, designaba las víctimas a sus verdugos. Entre toda la turbamulta de los acusadores se destacaron el aqueo Calicrates y el etolio Licinos. Los más notables patriotas tesalios, etolios, acarnanios, lesbios y otros muchos fueron desterrados. La misma pena sufrieron mil aqueos, no tanto por lo que arrojase contra estos desgraciados la instrucción de un proceso, sino más bien para cerrar la boca de una vez a la pueril oposición de los helenos. En Acaya no se dieron aún por satisfechos; pero Roma y el Senado, ya cansados, respondieron que los procesos habían terminado y que los desterrados deberían residir en adelante en Italia. De hecho, fueron transportados e internados en ciudades, donde no era del todo mala su situación; sin embargo, la menor tentativa de evasión se castigaba con la muerte. Esta misma era la condición de los funcionarios macedonios; fueron trasladados también a Italia por orden del Senado. En realidad, y por violenta que fuese la medida, se la debió prever más cruel aún. Los energúmenos del partido romano se quejaban a voz en cuello de que no habían rodado aún bastantes cabezas entre los griegos. Liciscos propuso en pleno consejo, y a título de medida preventiva, que se degollasen quinientos etolios de los más notables de la facción macedonia. Entonces

se verificó la hecatombe: la comisión romana, a la que era inútil la infamia, dejó hacer y solo censuró que una sentencia de la justicia griega hubiese sido ejecutada por soldados romanos. Todo induce a hacer creer que, al ordenar que se internasen en Italia a los desterrados griegos, Roma había querido poner término a tales atrocidades. Por lo demás, como ya no quedaba en Grecia ningún Estado fuerte, ni más potencia de alguna importancia que Rodas y Pérgamo, no tuvo que abatir ningún edificio político. En todo lo que hizo, Roma obedeció las ideas y las necesidades de la justicia romana, y no quiso más que una cosa: ahogar para siempre los más peligrosos y firmes fundamentos de la insurrección.

ROMA Y SU CLIENTELA

En adelante, todos los Estados griegos quedaron sujetos a la clientela romana. Roma, heredera de los herederos de Alejandro, reinaba como soberana en todo el Imperio de aquel héroe. De todas partes afluían reyes y embajadores a hacer sus votos por la felicidad de la gran ciudad. Fue entonces cuando se probó que nunca es más baja la adulación que cuando los reyes hacen antesala. Advertido de que debía abstenerse de comparecer personalmente en Roma, Masinisa envió a su hijo al Senado para que manifestase a esta corporación que él se consideraba como usufructuario, que el pueblo romano era el verdadero propietario de su reino, y que estaría siempre satisfecho con aquello que se le dejase. En estas palabras había un gran fondo de verdad. Prusias de Bitinia necesitaba que le perdonasen su neutralidad, y supo alcanzar el premio en esta competencia entre los humildes. Se presentó ante los senadores y se prosternó en tierra hasta tocar el suelo con su boca, tributando de esta forma homenaje «a los dioses salvadores». «Demasiado despreciable —dice Polibio— para no captarse una benévola respuesta, recibió en premio la escuadra de Perseo.»

Al menos se había elegido la hora oportuna para tales juramentos. Según Polibio, en la batalla de Pidna es donde Roma había coronado su poderío universal. Los campos de Pidna habían visto al último imperio que aún quedaba independiente en el universo civilizado combatir contra Roma con armas iguales. Las legiones después ya no tendrán que combatir más que las sublevaciones y los pueblos que viven fuera del mundo griego y romano, los pueblos llamados con justicia «bárbaros». En adelante, el mundo civilizado reconoció en el Senado romano su jurisdicción

suprema, y los comisarios senatoriales juzgan en última instancia las cuestiones entre los pueblos y entre los reyes. Deseosos de aprender la lengua y las costumbres de Roma, los príncipes extranjeros y los jóvenes de las familias ilustres aflúan a sus muros. En el futuro solo una vez se levantaría un hombre, el gran Mitrídates, rey de Ponto, con la intención de sacudir el yugo. Por otra parte, la batalla de Pidna marca también la última hora de la antigua política y de su gran máxima. Hasta entonces el Senado, en cuanto esto había sido posible, se había negado a poseer nada fuera de los mares italianos. Hasta le repugnaba enviar guarniciones a países lejanos. En realidad hubiera querido mantener a los innumerables Estados de su clientela en perfecto estado de disciplina con solo el peso de su patronato. Pero ahora estos pueblos habían sido arrancados a la anarquía y a su propia debilidad, y ya no les será permitido en adelante ni caer en su total disolución, como había sucedido en Grecia, ni salir de su condición semilibre para elevarse de nuevo a la completa independencia, como había intentado Macedonia, aunque sin éxito. Ninguno de ellos pereció, pero ninguno se mantuvo a pie firme. En el futuro, los diplomáticos de Roma trataron al vencido con las mismas condiciones que al aliado fiel, y a veces mejor. Levantan frecuentemente al enemigo derribado, y abaten sin piedad al que intenta marchar por su propio impulso. Los etolios y los macedonios, y después de la guerra de Asia, Rodas y Pérgamo, hicieron una dura experiencia de ello. Con todo, este protectorado no tardará en ser más pesado para la misma Roma que para sus protegidos; se fatigará de su tarea ingrata, verdadera roca de Sísifo que habrá que levantar todos los días. Después de Pidna, se transformó la política exterior. Roma ya no quiso sufrir a su lado ningún Estado independiente, aunque fuera de un mediano poderío y, como un primer síntoma del cambio verificado, procedió deliberadamente a la destrucción de la monarquía macedonia. Asimismo, y como consecuencia directa de esto, intervino inevitable y constantemente en los asuntos interiores de las pequeñas ciudades griegas, adonde la llaman los muchos abusos del gobierno y los desórdenes políticos y sociales. Así fue que desarmó a los macedonios, a pesar de que hubiera convenido tener en la frontera del norte una defensa algo más seria que una sencilla cadena de puestos avanzados, e impuso a Macedonia y a Iliria grandes contribuciones. ¿No equivale todo esto a hacer que los pueblos desciendan rápidamente de clientes a súbditos?

POLÍTICA ROMANA DENTRO Y FUERA DE ITALIA

Para concluir, echemos una última ojeada sobre la inmensa carrera recorrida desde la consumación de la unión italiana hasta la destrucción de la monarquía macedonia. ¿Hay que ver forzosamente en la culminación de la supremacía de Roma el resultado de un pensamiento gigantesco, concebido y realizado por una sed insaciable de conquistas? O, por el contrario, ¿no ha obedecido Roma a leyes que se imponían por sí mismas? Es muy cómodo militar entre los partidarios de la primera tesis. Incluso se ha llegado a aplaudir a Salustio cuando hace decir a Mitrídates que las guerras de Roma con las ciudades, los pueblos y los reyes no reconocen más que una sola causa, tan antigua como la ciudad misma, a saber: su ambición insaciable de conquistas y su amor a las riquezas. ¡Juicio inicuo y dictado por el odio! ¿Qué importa que los acontecimientos aparentemente lo confirmen, y que la historia lo haya proclamado al día siguiente de realizado el hecho? No es por esto más verdadero. ¿Qué hombre serio, por poco que reflexione, no ve a Roma a lo largo de todo este período ocupada principalmente en fundar y consolidar su dominación en Italia, y no queriendo, respecto del exterior, más que impedir que sus vecinos adquieran un poder preponderante? No quiere decir esto que obre con moderación por pura humanidad hacia los vencidos, sino que, guiada por un clarísimo instinto, no quiere que el núcleo de su Imperio pueda ser ahogado alguna vez por los que la rodean. De aquí la invasión sucesiva de su protectorado en África, en Grecia y en Asia; de aquí la extensión forzada e irresistible de su soberanía, con el círculo que se ensancha y los acontecimientos que son cada vez más grandes. ¿No habéis oído a los romanos exclamar muchas veces que no proseguían una política de conquista? Vanas palabras pronunciadas por pura fórmula, se ha dicho. Pues nada dista más de la verdad. A excepción de la guerra de Sicilia, todas las otras, tanto la de Aníbal como la de Antíoco, o las expediciones contra Filipo y Perseo, comienzan por la ofensiva directa del enemigo. Todas son guerras necesarias por la violación flagrante de los tratados existentes; y siempre que han estallado se han dejado sorprender los romanos. Es verdad que una vez victoriosos han desconocido la moderación y su ley, y que no han mirado más que los intereses reales de Italia. Han conservado a España, han agobiado a África con su pesada tutela, cuyos hechos son otras tantas faltas cometidas contra la política italiana, y aún más lo ha sido esa singular ocurrencia de reconstituir a medias la libertad de Grecia. Admito todo esto; pero la razón de estas faltas se halla en el terror ciego inspirado por el nombre de Cartago, y en las quimeras liberales de un helenismo aún más ciego. Lejos de haber obedecido su conducta a la ambición de conquistas, los romanos de estos tiempos se mostraban abiertamente hostiles a semejante ideas. El pensamiento político no estaba entre

ellos en una sola y poderosa cabeza, trasmitiéndose de generación en generación en una sola y misma familia. Su política es la de un cuerpo deliberante y hábil, pero limitado; no poseen, ni con mucho, el genio de las grandiosas combinaciones que engendra y madura el cerebro de un César o de un Napoleón. Por el contrario, tienen con exceso el instinto exacto y conservador de la ciudad. Por último, la dominación romana ha tenido también su fundamento en la constitución política de las antiguas sociedades. El mundo antiguo ignoraba el sistema de equilibrio entre las naciones. Por lo común, una vez que los pueblos antiguos realizaban su unidad interior se desbordaban inmediatamente sobre sus vecinos, ya para someterlos, como hacían los griegos, o para ponerlos en estado de no poder dañar, como hicieron los romanos mediante la sujeción, procedimiento no menos infalible, pero sí menos inmediato. El Egipto ha sido quizá la única potencia de la antigüedad que ha buscado el sistema del equilibrio; todos los demás han seguido el camino opuesto, lo mismo Seleuco que Antígono, Aníbal que Escipión. Confieso que es doloroso asistir a la caída y derrumbamiento de todas las demás naciones del mundo antiguo, tan ricamente dotadas y cultas, y fatalmente condenadas a adornar con sus despojos al privilegiado pueblo de los romanos. ¡Parece que no han vivido más que para servir de materiales al inmenso edificio que se levantaba en el centro de Italia y para preparar su ruina! Se impone por lo menos una misión a la historia justa y concienzuda. En este inmenso cuadro en el que la superioridad de la legión sobre la falange no es más que un detalle, ante todo conviene considerar el movimiento progresivo, pero necesario, de las relaciones internacionales de las sociedades antiguas. En todo ello, nada hay de casual en lo que decide los destinos; por el contrario, los hechos se consuman como providenciales e inmutables, y llevan consigo su propio consuelo.

XI

GOBERNANTES Y GOBERNADOS

NUEVOS PARTIDOS

La caída de la nobleza no quitó en manera alguna su carácter aristocrático a las instituciones romanas. Ya hemos visto (volumen I, libro segundo, pág. 306) que la aristocracia había resucitado inmediatamente en el seno del partido plebeyo, y que incluso se marcaba más su separación en ciertos aspectos ahora que en el antiguo patriciado. Hacía ya tiempo que existía absoluta igualdad civil para todo el pueblo; sin embargo, no sucedió así después bajo el régimen de la constitución reformada. En un principio, la constitución no estableció una completa separación entre la masa de los simples ciudadanos y las familias senatoriales favorecidas, en lo que hacía a sus derechos políticos o al goce de los bienes comunales. Pero apenas cayó la nobleza antigua y se fundó la igualdad civil, apareció la nueva aristocracia frente a un nuevo partido de oposición. Una se había fundado en cierto modo en la decadencia de los nobles, y el otro había unido sus primeras manifestaciones a las últimas agitaciones de la antigua oposición entre los órdenes (volumen I, libro segundo, pág. 324). El comienzo del partido del progreso pertenece, pues, al siglo V, y en el VI es cuando acaba de tomar color y actitud. Pero este movimiento interior pasa inadvertido en medio del ruido de las armas y de las victorias durante las grandes guerras nacionales, y no hay momento en la historia de Roma en que se oculte más a las miradas el trabajo de la vida política como entonces. Así como se va formando insensiblemente en el río la capa de hielo que comprime la corriente y la hace invisible, así la nueva aristocracia va creciendo diariamente. Pero al mismo tiempo se va desarrollando también el partido del progreso: es la corriente que se oculta debajo de esa capa, y va aumentando lentamente sus alteradas ondas. En un principio son ligeras y poco sensibles las huellas de esta doble y contraria tendencia. En el momento histórico que vamos refiriendo, sus efectos no se manifiestan por una de esas catástrofes que registra la historia, y, por tanto, es cosa muy difícil estudiarla en su marcha general y continua. Es verdad, sin embargo, que en esta época es cuando sucumbe el sistema de libertad civil y se echan los primeros cimientos de las futuras revoluciones. El cuadro de estas transformaciones y el del desarrollo de las instituciones romanas quedarían más tarde incompletos, si no mostrásemos desde

ahora la poderosa capa de hielo que cubre el río; si no llamásemos la atención sobre los ruidos sordos y los crujidos, terribles precursores de un inmenso y próximo rompimiento.

FUNDAMENTO DE LA NOBLEZA EN EL PATRICIADO

La nobleza romana se enlaza formalmente con las instituciones antiguas del patriciado allá en sus buenos tiempos. Los altos funcionarios disfrutaban de grandes honores después de salir del cargo, pero en seguida estos se convirtieron en privilegios reales. Desde muy antiguo se permitió a los descendientes colocar en las habitaciones de la casa y en el muro donde estaba el árbol genealógico el busto en cera del gran ascendiente que acababa de morir; y su imagen era mostrada al público en los funerales de los demás miembros de la familia (volumen I, libro segundo, pág. 305). Para apreciar este hecho en todo su valor, debe recordarse que en la tradición italo-helénica el culto de las imágenes estaba en oposición con la igualdad republicana; y que, por esta misma razón, se había prohibido en Roma su exposición para los vivos, mientras que para los muertos solo se autorizaba con ciertas condiciones severamente restringidas. La ley y la costumbre habían reservado también muchas insignias a los magistrados y a sus descendientes: la franja de púrpura (*latus clavus*) en la túnica; el anillo de oro en el dedo para los hombres;^[1] arreos bordados de plata para los caballos de los jóvenes; la toga pretexta, también con su franja de púrpura, y, por último, la bola de oro (*bullae*), con su amuleto, para los niños.^[2] Vanas distinciones, se dirá, pero que sin embargo tenían su importancia en una sociedad en la que la igualdad civil obedecía a una regla exterior severa (volumen I, libro segundo, pág. 306), y donde se había visto, en tiempos de Aníbal, tener a un ciudadano muchos años en una prisión por haberse presentado indebidamente en público con una corona de rosas en la cabeza.^[3] En la época del gobierno patricio puro, estas insignias pertenecían sin duda al patriciado, pues las grandes familias tenían que distinguirse de las que no lo eran. Sin embargo, adquirieron todo su valor político después de la reforma del año 387 (367 a.C.) cuando, gracias a la igualdad de derechos que acababa de establecerse, se ve a los plebeyos llegar al consulado, colocarse de este modo en el mismo rango que las antiguas familias nobles y hacer que desfilen en público las imágenes de sus antepasados, como lo practicaban antes los patricios. La regla determinó después

qué magistraturas deberían tener en adelante honores hereditarios. En este sentido excluye los cargos menores, las funciones extraordinarias y las magistraturas de la plebe; solo admite el consulado, la pretura asimilada a este (volumen I, libro segundo, pág. 315) y la edilidad curul, que participa de los poderes de justicia y, por consiguiente, de la soberanía civil.^[4] Aunque parece que la nobleza plebeya, en el sentido estricto de la palabra, solo ha podido proceder de la admisión de los plebeyos a los cargos curules, se la ve abrigar inmediatamente las más exclusivas tendencias de casta. Y estoy tentado a creer que ya mucho antes del año 387 las *gentes* plebeyas senatoriales habían constituido una especie de núcleo nobiliario. Según esto, la Ley Licinia equivaldría por sus efectos a lo que se llama una hornada de pares en el lenguaje político moderno. Una vez que las familias plebeyas, ennoblecidas por sus antepasados curules, formaron un cuerpo con las casas patricias y conquistaron en el Estado una posición y poder distintos, las cosas volvieron inmediatamente al punto de donde habían partido: el pueblo se halló frente a una aristocracia gobernante y una nobleza hereditaria, que no habían sido jamás completamente destruidas. De hecho, esta nobleza y esta aristocracia van a reunirse y a retener en sus manos el poder. Por consiguiente, la lucha entre las familias soberanas y el pueblo sublevado contra ellas debía volver a comenzar un día, y este no se hizo esperar. No contentos con estas insignias distintivas, insignificantes por sí mismas, los nobles aspiraron también al poder separado y absoluto en el Estado; quisieron transformar las instituciones más importantes, la senaduría y el cargo de caballeros, en órganos de sus castas antiguas y nuevas.

LA NOBLEZA DUEÑA DEL SENADO

El lazo de dependencia legal del Senado de la República respecto de la magistratura suprema, sobre todo del Senado patricio-plebeyo de la era que siguió, se había relajado extraordinariamente; hasta puede decirse que se había transformado. Los magistrados del pueblo que estaban bajo el consejo de la ciudad desde la revolución del año 244 (volumen I, libro segundo, pág. 278); el nombramiento para los puestos senatoriales transferidos del cónsul al censor (volumen I, libro segundo, pág. 308), y, por último pero sobre todo, el derecho de asiento y voto en el Senado que se daba a todos los funcionarios curules después de la salida del cargo (volumen I, libro segundo, pág. 334); todos estos cambios, en fin, habían modificado profundamente

el Senado mismo. De simple cuerpo consultivo, convocado por el magistrado supremo y subordinado a este en muchos aspectos, la reforma lo había convertido en una corporación gobernante, casi independiente, y que elegía generalmente por sí misma sus miembros. En efecto, las dos puertas que abrían el acceso al Senado, la elección para un cargo curul y la elección por parte del censor, pertenecían en realidad al poder gobernante. Sin embargo, en esta época el pueblo era todavía demasiado libre y con la suficiente entereza como para permitir que se excluyese del Senado a todos los que no eran nobles; y, por su parte, la nobleza era lo bastante perspicaz como para no exigir semejante exclusión. Pero muy pronto aquel cuerpo se dividió en secciones completamente aristocráticas. Por una parte están los ex magistrados curules, subdivididos en tres categorías: 1.^a, consulares; 2.^a, ex pretores, y 3.^a, ex ediles. Por otro lado, los senadores que no eran nobles, aquellos, sobre todo, que no habían ocupado altos puestos ni tomado parte en las deliberaciones activas. Por más que se sienten en gran número en la curia, los senadores de la segunda clase no ocupan en ella más que una situación sin importancia, relativamente baja, casi pasiva. De hecho el Senado continúa siendo, en realidad, expresión absoluta de la nobleza.

LA NOBLEZA DUEÑA DE LAS CENTURIAS ECUESTRES

El orden de los caballeros también vino a ser el órgano de la aristocracia nobiliaria; órgano menos poderoso, es verdad, pero que es necesario tener en cuenta. Como la nueva nobleza no podía arrogarse aún la supremacía exclusiva en los comicios, le pareció muy útil asegurarse al menos un lugar distinguido en la asamblea del pueblo. En los comicios por tribus no tenía ninguna importancia; pero, por el contrario, la institución serviana de las centurias ecuestres parecía hecha a medida de su deseo para conducirla directamente a su fin. Por esta razón también se colocó entre las atribuciones constitucionales de los censores la distribución de los mil ochocientos caballos que suministraba la ciudad.^[5] En su elección, dichos magistrados no debían inspirarse más que en los intereses del ejército en las revistas, debían negar el caballo público a todo hombre inepto para el servicio, bien fuese por la edad o por cualquier otra causa. Sin embargo, era cosa difícil sujetarse estrictamente a estas reglas. Muchas veces los magistrados tuvieron en cuenta el nacimiento antes que la aptitud, y en no pocas oportunidades dejaron sus caballos a señores que habían cumplido ya la edad legal solo porque pertenecían a familias notables o senatoriales.

De aquí resultó que los senadores fueran a votar regularmente en las centurias ecuestres, y que los puestos restantes se diesen preferentemente a jóvenes nobles. El servicio militar se perjudicó mucho con esto: no tanto porque la caballería no tuviese su contingente efectivo de hombres válidos, como por el gran ataque inferido a la igualdad entre los soldados. La juventud noble fue sustrayéndose insensiblemente al reclutamiento de la infantería, y la caballería llegó a ser completamente aristocrática. Los hechos son el comentario más elocuente de semejante estado de cosas. Ya durante la guerra de Sicilia se vio a los caballeros negarse a trabajar en las líneas con los legionarios (año 502), a pesar de las órdenes de Cayo Aurelio Cotta. Y, por otra parte, mientras estaba al mando del ejército de España, Catón tuvo que dar sobre este punto órdenes muy severas. Pero, por perjudicial que fuese al Estado esta transformación de la caballería cívica en una especie de guardia noble montada, no por esto dejaba de constituir un privilegio para la aristocracia, que se instalaba así en las dieciocho centurias ecuestres como una posición atrincherada, e imponía desde allí su ley a los votantes.

SITIOS RESERVADOS EN EL TEATRO

Otro tanto puede decirse de los puestos reservados al orden senatorial en las festividades públicas, puestos completamente distintos de los de la muchedumbre. Esta innovación fue obra del gran Escipión, y se remonta a su segundo consulado en el año 560 (194 a. C). Todo el pueblo se reunía para los juegos, lo mismo que se reunía para votar en las centurias; pero los puestos asignados a la nobleza en una circunstancia en que no tenía que emitir voto alguno hacían resaltar aún más la distancia oficialmente proclamada entre la casta de los señores y los súbditos. Incluso dentro del gobierno esta medida halló quien la censurara; era odiosa, no era útil y daba un solemne mentís a los hábiles y prudentes del partido, que hubieran querido enmascarar su privilegio positivo con la apariencia de la igualdad civil.

LA CENSURA HACE CAUSA COMÚN CON LA NOBLEZA

Ya se explicará fácilmente en adelante la gran fortuna de la censura, este eje de la constitución de los tiempos posteriores. Insignificante en un principio, y colocada en

la misma línea que la cuestura, muy pronto se la ve revestir un brillo inesperado y envolverse en una aureola enteramente especial. Siendo a la vez aristocrática y republicana, llega a ser la cima y el coronamiento de toda la carrera pública recorrida afortunadamente. ¡Se comprende por qué el poder lucha tenazmente contra la oposición, desde el momento en que esta amenaza impulsar a los hombres de su partido hacia esa magistratura, e intenta traer en presencia del pueblo al censor en ejercicio o al salir de su cargo, para que dé cuenta de su conducta! Ante semejante demostración, corría gran riesgo el *paladium* de la aristocracia. Necesitan marchar todos unidos como un solo hombre contra el enemigo. Recuérdese la tempestad levantada por la candidatura de Catón. Recuérdense las medidas tomadas por el Senado, medidas inauditas y que violaban las formas, con el único fin de sustraer a las persecuciones criminales a los dos aborrecidos censores del año 550. Pero, cosa no menos notable, al mismo tiempo que glorifica la censura, el gobierno desconfía de ella. Convertida en su más poderoso instrumento, es también la que engendra más peligros. Fue necesario dejar al censor su poder absoluto y arbitrario sobre las listas del Senado y de los caballeros, pues el derecho de excluir no podía estar separado del de elegir. Además, convenía que el censor tuviese el primero de estos derechos, no tanto para cerrar el Senado a las personalidades notables de la oposición (eran aún prudentes y se evitaba el escándalo a toda costa), como para conservar a la nobleza la aureola de sus virtudes antiguas, única defensa contra los ataques que, de otro modo, la hubieran hecho sucumbir inmediatamente. Se conservó entonces el derecho de expulsión; pero, si bien se le había dejado a la espada el brillo de su hoja, se había procurado embotar su filo. El poder del censor tenía en un principio límites en su función. Las listas de los miembros de las corporaciones nobles ya no podían ser modificadas a cada momento como antes, y la revisión se hacía solo cada cinco años. La intercesión del otro censor y el derecho de casación transmitido al sucesor en el cargo constituían también restricciones que es importante notar. Pero aún había una regla más eficaz, y que era practicada como si fuese una ley: esta imponía al magistrado de las costumbres el deber de no borrar jamás de las listas a un senador o caballero sin motivar su decisión por escrito, por consiguiente, sin proceder a una verdadera instrucción judicial previa.^[6]

TRANSFORMACIÓN ARISTOCRÁTICA DE LA CONSTITUCIÓN

Los puestos que ocupaba la nobleza en el Senado, entre los caballeros y en la censura le aseguraron la posesión real del poder, y hasta la misma constitución cambió en adelante en su provecho. En un principio, y para mantener las funciones públicas en su alto valor, se esforzaron en no innovar demasiado y se limitaron a las más urgentes necesidades que crecían diariamente con la extensión de las fronteras y la multiplicación de los negocios. Así es que fue necesaria la presión de las circunstancias más urgentes para que se decidieran a distribuir entre los dos magistrados los procesos que hasta entonces había conocido un solo juez. De ahora en adelante (año 511) el pretor urbano conocerá de las causas entre los ciudadanos romanos, y su colega, de las cuestiones suscitadas entre extranjeros y ciudadanos (*prætor urbanus* y *prætor peregrinus*). Como efecto de los mismos problemas, se crearon cuatro preconulados para las provincias trasmarinas de Sicilia, Cerdeña, Córcega (año 527) y de las dos Españas, citerior y ulterior (año 557). La insuficiencia material de las funciones de la magistratura tuvo pésimos resultados; entre otros, la forma mucho más sumaria de la instrucción de los procesos, y la influencia abusiva de la burocracia.

ELECCIÓN DE LOS OFICIALES EN LOS COMICIOS

Entre las innovaciones debidas a la aristocracia, y que, si bien no cambiaban la letra de la constitución, desnaturalizaban su espíritu y modificaban su marcha, es necesario citar en primer término las medidas tomadas para asegurar los altos cargos de la milicia o las magistraturas civiles simplemente al nacimiento y a la edad, y no ya al mérito o a la aptitud, tal como había querido el legislador político. Tampoco era menos real la preferencia en la elección de los oficiales superiores. En el transcurso del periodo precedente había pasado al pueblo la elección del general (volumen I, libro segundo, pág. 327); pero, en la época a la que ahora nos referimos, todo el estado mayor de la leva anual regular, o sea los veinticuatro tribunos militares de las cuatro legiones de la milicia, eran nombrados en los comicios por tribus. La barrera iba siendo cada vez más infranqueable entre los subalternos, que debían su puesto a la elección del general por sus buenos servicios, y ese mismo estado mayor, cuyos grados eran conferidos por el pueblo después de que la candidatura fuera propuesta en toda regla (volumen I, libro segundo, pág. 462). Sin embargo, es verdad que desde la fecha en que el tribunado legionario, esa columna

del sistema militar de Roma, se convirtió en un escabel político para la juventud noble, a esta se la vio eludir con más frecuencia la obligación del servicio, y a su vez la elección se fue corrompiendo con todos los vicios inherentes a las facciones democráticas y a las pretensiones nobiliarias exclusivas. ¿Qué crítica más sangrienta puede hacerse del nuevo método de elección que la necesidad en que se vieron muchas veces (en el año 583, por ejemplo) de suspender los nombramientos de oficiales por el pueblo, y dar esta facultad al general, como se había hecho en otros tiempos?

LIMITACIÓN DE LA ELECCIÓN PARA EL CONSULADO Y LA CENSURA

En lo tocante a los cargos civiles, se redujo a estrechos límites la reelección a las magistraturas supremas; y así debía ser, si no se quería que la regencia anual viniese a ser una palabra vana. Ya durante la época precedente se había establecido que debía transcurrir un período de diez años entre una y otra elección de una misma persona para el consulado, y que un mismo ciudadano no podría ser dos veces censor (volumen I, libro segundo, págs. 331-332). Sobre esto la ley nueva no decía nada más; pero la regla fue desmereciéndose, y se necesitó una disposición legal para suspender sus efectos (año 537) durante la guerra de Italia. Después no se concedió ya ninguna dispensa; y la reelección, aun después de diez años, fue un hecho raro a fines de esta época. Por este mismo tiempo (año 564) una ley formal impuso a los candidatos la necesidad de pasar por la serie gradual y oficial de los cargos públicos. Se decretó además que entre cada grado habría un plazo determinado de inacción, y anexa a los diversos cargos iba la condición de edad, si es que las costumbres y el uso no habían impuesto estos límites con el tiempo. De todos modos, es cosa grave que el simple uso pase a ser ley; que las condiciones de aptitud se refieran a un formalismo reglamentario, y que se quite el derecho de pasar por encima de las tradiciones en ciertos casos. Así, pues, al mismo tiempo que el Senado se abría a los miembros de las familias aristocráticas, fuesen o no hombres capaces, se cerraban absolutamente las magistraturas ejecutivas a las clases pobres e inferiores. Aún más, poco tiempo después, por el mero hecho de no ser más que un simple ciudadano romano y no pertenecer a la nobleza hereditaria, se cerraron a los miembros de la ciudad romana los accesos a la curia y a los dos cargos supremos, el consulado y la censura. Después de Manio Curio (volumen I, libro segundo, pág. 324) no

encontramos ya nombre consular que no pertenezca a la aristocracia; y no creo probable que se haya realizado el caso contrario. Otra prueba más: durante el medio siglo que transcurrió desde el comienzo de la guerra de Aníbal hasta el fin de la guerra contra Perseo continúa siendo muy limitado el número de *gentes* cuyo nombre se lee por primera vez en el cuadro de los cónsules y de los censores. Casi siempre son producto de una elección de oposición los Flaminius, los Terencios, los Porcios Acilios o los Lelios; y, si no es así, otras veces llevan anexado cierto patronato aristocrático. De esta forma es como sucedió, por ejemplo, en la elección de Cayo Lelio en el año 564 (190 a.C.), debida exclusivamente a la influencia de los Escipiones. La situación imponía además la exclusión de los ciudadanos pobres. Cuando Roma dejó de ser un Estado itálico puro, luego que adoptó la civilización griega, no podía permitirse que un simple campesino dejase el arado para venir a ponerse al frente de los negocios públicos, como sí había ocurrido otras veces. Pero era ir más allá de lo justo y de lo conveniente el circunscribir las elecciones, casi sin excepción, al círculo estrecho de las casas curules, y hacer que un hombre nuevo, en cierto modo, no pudiese salvar los obstáculos sino como usurpador.^[7] La herencia no solo dominaba en la colación de los honores senatoriales, en el sentido de que cada *gens* siempre había tenido su representante en el Senado (volumen I, libro primero, pág. 334), sino que era además la esencia misma de la aristocracia romana. Así, la prudencia política y la experiencia pasaban del padre al hijo, que eran igualmente sabios y hábiles; a la vez que el soplo de los antepasados mantenía en el pecho de sus descendientes el mismo fuego que los había inflamado a ellos. Esto es, sobre todo, lo que en la aristocracia romana se ha transmitido verdaderamente en todos los tiempos por derecho de nacimiento; y esta herencia se manifestaba a todos sencillamente cuando el senador llevaba consigo a sus hijos al Senado, o cuando el magistrado curul les hacía llevar por delante las insignias de los altos cargos, la púrpura consular y la bola de oro del triunfador. Pero al menos en otros tiempos, y en lo tocante a las dignidades exteriores, la sucesión quedaba subordinada a la ley del mérito. La aristocracia gobernaba menos en virtud de su derecho transmisible, que por el de representación más legítima, por el derecho del hombre capaz, preferido sobre el hombre vulgar. Sin embargo en la actualidad, y por efecto de una revolución rápida ocurrida sobre todo desde el fin de la guerra contra Aníbal, la nobleza no es la expresión más alta de los hombres más experimentados en el consejo y en la acción; viene a ser una casta que se transmite de padres a hijos, y que desempeña mal los altos cargos que aún conserva en el seno de su corporación. El régimen oligárquico iba siendo ya pesado y enojoso; no tardó en extenderse la lepra,

y el poder usurpado se concentró en manos de algunas familias.

PREDOMINIO DE FAMILIAS DETERMINADAS GOBIERNO DE LA NOBLEZA. ASUNTOS INTERIORES

Hemos referido anteriormente los disgustos del vencedor de Zama, sus pretensiones políticas en favor de su casa, y sus esfuerzos felices cuando cubrió con sus laureles la miserable incapacidad de su hermano. Si esto era posible, el nepotismo de Flaminio había superado al de los Escipiones por el exceso de su impudicia. La libertad ilimitada de elegir había recaído más en provecho de las intrigas de los nobles que en beneficio de la elección. No llevó a mal la ciudad el hecho de que se nombrase a la edad de veintitrés años a Marco Valerio Corvo; pero cuando después Escipión obtuvo la edilidad a esta misma edad, y el consulado a los treinta años, y cuando Flaminio subía de la cuestura al consulado siendo aún más joven, esta colación demasiado rápida de los honores vino a ser un peligro real para la República. Al mismo tiempo, se buscaba en la oligarquía, y creyó encontrarse allí, el dique único y eficaz contra las usurpaciones de algunas casas, y el mal que de aquí se desprendía. Por esta misma razón la oposición antioligárquica había ayudado un día a las leyes restrictivas de la elegibilidad. Como quiera que fuese, estos cambios verificados insensiblemente en el espíritu de las instituciones dejaron a su vez su huella en los asuntos del gobierno. La misma lógica, la misma energía, las mismas virtudes varoniles que habían dado a Roma el imperio de Italia presidían todavía la dirección en los asuntos exteriores. La guerra de Sicilia demandó un rudo aprendizaje; pero la aristocracia romana fue elevándose poco a poco a la altura de las necesidades del momento. Si bien es verdad que por entonces usurpaba en provecho del Senado un poder que la ley había distribuido entre los funcionarios supremos y la asamblea del pueblo, todavía legitimaba su usurpación, si no por la originalidad de su genio político, al menos por la firmeza clara y precisa del impulso que daba a los negocios en medio de las tormentas de la guerra de Aníbal y de sus naturales complicaciones. Mostró al mundo que solo el Senado romano podía mandar la multitud de Estados italo-helénicos; que solo él era, en muchos aspectos, digno de este mando. Pero por grande que se mostrase contra el enemigo exterior, por grandes que fuesen sus éxitos, no podemos hacer menos que dirigir nuestras miradas al espectáculo de los asuntos interiores. Aunque fuese menos brillante, el papel que desempeñaba el gobierno tenía en esto una importancia aún más elevada y

era en todo mucho más difícil. Tanto en el uso que hacen de las instituciones antiguas que subsisten, como en el giro que dan al nuevo orden de cosas, en la actualidad se manifiestan un espíritu y tendencias enteramente contradictorios, en las que, para hablar con toda exactitud, vemos al consejo supremo del Estado impulsado hacia un camino que no es el suyo.

DEBILIDAD DEL PODER DIRECTOR: EN LA DISCIPLINA MILITAR, EN LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA Y EN LAS RENTAS

En primer lugar se observa que el gobierno ya no es lo que ha sido frente al simple ciudadano. Magistrado (*magistratus*, radical *mag*, *magis*, *magister*) quiere decir hombre que es más que los otros; sirve a la República, pero manda al pueblo. Ahora bien, esta sólida noción del poder se había debilitado por entonces. En todas partes donde domina el pandillaje con la ayuda de los que mendigan los cargos públicos, tal como en la Roma de aquel tiempo, nadie se permite observaciones severas ni osa obrar como magistrado independiente, so pena de enajenarse los servicios de sus hermanos de casta o el favor de la muchedumbre. Si encontráis un funcionario fiel observador de las costumbres y de la austeridad antigua, estad seguros de que es un hombre nuevo, como Cotta (año 502) o Catón, sin afinidad de origen con el orden noble. Pongamos por ejemplo el valor de Paulo Emilio. Cuando fue llamado al mando supremo contra Perseo, en vez de deshacerse en agradecimientos, que era lo que agradaba al pueblo, usó con él este lenguaje: «Supongo que si el pueblo me ha elegido, es porque creerá ver en mí el mejor general. Ahora, pues, exijo que no se me quiera ayudar a mandar: lo mejor es callar y obedecer». La supremacía y la hegemonía de Roma sobre los Estados mediterráneos no procedía, ni con mucho, del vigor de su disciplina militar ni de su justicia civil. Sin embargo, la República era en esto inmensamente superior a esos reinos griegos, fenicios y orientales, todos en vías de disolución. Pero ya ha penetrado en su seno la gangrena. Hemos referido oportunamente (págs. 311 y sigs.) las faltas lamentables de sus generales; hemos dicho cómo durante la tercera guerra con Macedonia hombres como Cayo Flaminio y Varrón, que no eran por cierto los elegidos de la demagogia sino verdaderos campeones del partido aristocrático, habían comprometido la suerte de Roma. Por otra parte, tampoco se había comprendido ni administrado bien la justicia. El cónsul Lucio Quinto Flaminio acababa de entrar en su campamento bajo los muros de Plasencia (año 562), cuando un favorito (*scortum*) que había llevado consigo se le

disgustó porque no podía presenciar los combates de gladiadores que se verificaban en Roma, y consideraba que era necesario resarcirlo de esta pérdida. Entonces el general invitó a su mesa a un noble boio que se había refugiado entre los romanos, y después, durante el festín, lo asesinó por su propia mano. ¡Acción odiosa que, sin embargo, no es un hecho aislado! Cosa aún peor que el crimen fue que no se lo denunció a la justicia. Y, aún más, cuando el censor Catón borró al culpable de las listas del Senado, se vio a los de su casta excitar a Flaminio para que ocupara su lugar entre los senadores en el teatro. Este Flaminio era el hermano del libertador de Grecia, uno de los principales jefes de partido en el Senado.

En cuanto a las rentas públicas, iban también más en decadencia que en aumento. Es verdad que los ingresos se incrementaban visiblemente con la extensión del territorio; pero en los años 555 y 575, por ejemplo, fue necesario establecer nuevas aduanas en las costas de Campania y del Brutium, en Puteoli, en Castra y en otros puntos. Como no era posible vender la sal a un precio uniforme para todos los ciudadanos romanos dispersos en toda la superficie de Italia, se decretó en el año 550 una tarifa moderadora que bajaba el precio según las zonas; pero las rentas no sacaban ningún provecho de esta medida pues el Estado estaba obligado a suministrar aquel artículo al mismo precio, o quizás aún más barato, que lo que le había costado. Ahora bien, los ingresos por los terrenos aumentaban también de un modo notable. Es verdad que las prestaciones adeudadas al Tesoro por los ocupantes establecidos en los dominios públicos de Italia no eran en su mayor parte pagadas ni exigidas; pero sucedía lo contrario respecto de las tasas sobre los pastos (*scriptura*, volumen I, libro primero, pág. 215). Después de las guerras de Aníbal, los territorios conquistados, particularmente la mayor parte de los de Leontium y de Capua, no fueron entregados a ocupantes, sino distribuidos en pequeñas parcelas y dados como lote a pequeños arrendatarios por un tiempo determinado. No obstante, se hicieron algunas tentativas de ocupación, pero el gobierno las reprimió con desusada energía, y de este modo creó una fuente nueva y considerable de ingresos para las cajas del Tesoro. Lo mismo se hizo con las minas, sobre todo con las de España: se las arrendó. Por último, las contribuciones pagadas por los súbditos de ultramar ingresaban también en Roma. No hemos mencionado todavía las importantes sumas que a título excepcional entraban en las arcas públicas, los doscientos millones de sestercios que produjo la guerra de Antíoco, ni los doscientos diez millones de la guerra contra Perseo; estos constituyeron el ingreso más importante que hubo jamás en las cajas de Roma. Pero, si los recursos iban en aumento, los gastos se multiplicaban también y los absorbían inmediatamente. A excepción de Sicilia,

todas las provincias costaban tanto como producían. Con la extensión del territorio, los caminos y los trabajos públicos exigían mayores gastos; y, además, las restituciones a los ciudadanos pensionados de los anticipos forzosos (*tributa*) exigidos en el transcurso de estas terribles guerras pesaron también sobre el Tesoro por espacio de muchos años. Agréguese a esto las pérdidas considerables ocasionadas por los vicios de la administración o las faltas de los funcionarios superiores, poco atentos al interés público. ¡Ya diremos después su conducta en las provincias, sus locas profusiones a expensas del Estado, los robos cometidos en el botín de las guerras, la corrupción y los abusos erigidos ya en sistema!

Un hecho podrá darnos idea de los perjuicios sufridos por la República, con motivo de los fuertes impuestos y las subastas de suministros y de trabajos públicos. En el año 587 el Senado votó el abandono de las minas de Macedonia que habían caído bajo el dominio de la República, porque debía estar ocurriendo alguna de las siguientes cosas: o los concesionarios robaban a los súbditos, o robaban al Tesoro. Este era un certificado sencillo de corrupción moral que los magistrados fiscalizadores de las rentas se daban a sí mismos. No contentos, como acabamos de ver, con descuidar los créditos adeudados por el dominio ocupado, toleraban que se usurparan los terrenos públicos para hacer jardines y parques privados dentro y fuera de la capital, y que el agua de los acueductos fuera aprovechada para las necesidades individuales. Cuando un día el censor quiso obligar a los culpables a no utilizar lo que era de todos, o a pagar el canon debido por el agua y las tierras pertenecientes al Estado, se formó un proceso ruidoso y largo que no consiguió su fin. Respecto de la cosa pública, la conciencia de los romanos, tan escrupulosa en todo lo demás, profesaba principios económicos sumamente sencillos. «¡El que roba a un ciudadano —decía Catón— va a concluir sus días cargado de cadenas; el que roba a la República, los concluye cargado de oro y de púrpura!»

Al lado de este robo del dominio público por parte de los funcionarios, y de los especuladores a quienes nada arredra, ¿podrá oponerse el relato de Polibio, según el cual por entonces eran raros los delitos de este género en Roma, mientras que entre los griegos no había casi magistrado que no robase las arcas públicas? ¿Será posible creer el relato de Polibio, que admiraba la integridad de los comisarios romanos pues pensaba que manejaban los inmensos tesoros que les estaban encomendados sin tocarlos, bajo su simple palabra de honor; mientras que en Grecia era necesario poner la suma más insignificante bajo veinte cerraduras, y llevar veinte testigos del depósito, sin poder impedir jamás el fraude de parte del depositario? Todo esto no prueba más que una cosa: que en Grecia la desmoralización social y económica era

mucho más general que en Roma; y que entre los romanos las malversaciones de caudales públicos eran en esta época menos directas y menos patentes quizá que entre sus vecinos. Tenemos pruebas ciertas para apoyar nuestra convicción; los trabajos públicos y las liquidaciones con el Tesoro nos dan a conocer suficientemente la situación financiera. En tiempo de paz Roma consagraba a obras públicas el quinto de sus rentas; en tiempo de guerra, el décimo, proporción relativamente mínima al parecer. Se atendía a este capítulo del presupuesto con las sumas que he indicado, o con ayuda de las multas que no ingresaban directamente en el Tesoro. La mayor parte de los fondos se destinaban al empedrado de las calles de la ciudad y de los arrabales, a la construcción y conservación de las grandes vías de Italia^[8] y de los edificios públicos. Citemos el trabajo más importante de la época contemporánea que nos es conocido: la reparación y ensanche de toda la red de las cloacas de la ciudad, realizada probablemente en el año 570, y en la que se gastaron de una sola vez más de veinticuatro millones de sestercios. A esta reconstrucción se refiere, a no dudarlo, la mayor parte de lo que aún subsiste. Pero, según toda apariencia y aun haciendo abstracción de las duras necesidades de las guerras, el período al que nos referimos se queda muy por detrás del precedente en lo que toca a los grandes trabajos públicos. Entre los años 482 y 607 no se construyó en Roma ningún acueducto, pero en cambio se aumentaron los ahorros del Tesoro. En el año 545, cuando fue necesario gastar lo ahorrado (pág. 184), no excedía las cuatro mil libras de oro. Después, en el año 597 (157 a.C.), al final del período actual, las existencias en metales preciosos ascendían a seis millones de taleros. Con los ingresos monstruosos y extraordinarios que afluyeron a Roma después de terminadas las guerras de Aníbal, y a lo largo de toda una generación, esta cifra, por considerable que sea, parecerá seguramente poco elevada. Concluamos: si a falta de documentos precisos sobre la materia es necesario tener por cierto que los ingresos excedían en Roma a los gastos, la situación financiera no era brillante en su conjunto.

LOS SÚBDITOS ITÁLICOS. LOS DEDITICIOS

Este cambio en el espíritu y en las tendencias del poder en Roma se manifiesta en la política seguida respecto de los súbditos italianos y extra italianos de la República. Hacía tiempo que había en Italia ciudades aliadas de derecho itálico (volumen I,

libro segundo, pág. 443) y de derecho latino, ciudadanos romanos pasivos (o sin derecho a votar), y ciudadanos perfectos o activos. La tercera de estas cuatro clases se extinguió en el período precedente. De las ciudades y los ciudadanos pasivos, unos, como Capua, perdieron la ciudadanía romana en el transcurso de la segunda guerra púnica; otros, por el contrario, conquistaron el perfecto derecho de ciudadanía. Los pocos restos de esta tercera clase se componen ya solo de individuos aislados, excluidos del sufragio por motivos particulares. En cambio, apareció una nueva clase, la de los *dediticios* (*peregrini dediticii*), (volumen I, libro segundo, pág. 581, nota 20). Rechazados hasta entonces a la última escala, sin libertades municipales ni derecho a llevar las armas y tratados casi como esclavos, los *dediticios* pertenecían principalmente a las ciudades de Campania, del Picenum meridional y del Brucium, que hicieron causa común con Aníbal (pág. 202). Hay que añadir a estos las tribus de galos que aún quedaban en la región cispadana. La condición de estos pueblos respecto de la confederación italiana solo nos es conocida de una manera imperfecta; pero, cuando leemos en sus tratados con Roma que ninguna de sus ciudades podrá en el porvenir obtener el derecho de ciudad (pág. 208), entrevemos suficientemente el humilde rango que les había tocado en suerte.

LOS ALIADOS

En cuanto a los aliados no latinos, ya hemos dicho en otro lugar (pág. 202) que las guerras con Aníbal habían redundado en gran perjuicio suyo. Entre ellos solo habían quedado fieles a Roma durante las vicisitudes de la guerra Nápoles, Nola, Heráclea y algunas otras ciudades, las cuales fueron recompensadas manteniéndoles sus franquicias federales. Pero la conducta de la gran mayoría había sido muy diferente, y, por haber abandonado siquiera un momento a Roma, tuvieron que sufrir una reforma que rebajó la situación política en la que estaban colocados según los tratados antiguos. Para librarse de una opresión demasiado probada por los resultados, los no latinos emigraron en masa y fueron a establecerse entre los latinos. En el año 577 los samnitas y los pelignios solicitaron del Senado la reducción de sus contingentes de guerra, fundándose en que durante los últimos años habían ido a establecerse en la colonia latina de Fregela cuatro mil familias samnitas o pelignias.

LOS LATINOS

Por lo precedente se ve que la condición de los latinos continuaba mejorando. Sin embargo, no contaban más que con un corto número de ciudades del antiguo Lacio que habían quedado fuera de la confederación romana propiamente dicha, como Tibur y Preneste; con las ciudades aliadas que le estaban asimiladas por el derecho público, como por ejemplo ciertas ciudades de los hérnicos, y, por último, con las colonias latinas esparcidas por toda Italia. En resumen, los latinos también habían perdido mucho. Las cargas primitivas se habían agravado injustamente, y la obligación del servicio militar, de la que los ciudadanos romanos habían sabido emanciparse, frecuentemente recaía sobre ellos y sobre los demás confederados de derecho itálico. Así es que en el año 536 (218 a.C.) la República había sacado entre los aliados el doble de hombres que entre los ciudadanos romanos; además, al terminar la guerra de Aníbal licenció a estos últimos y conservó a los otros en las filas de las legiones. Los enviaba preferentemente de guarnición a las ciudades, o al odioso país de España. En el año 577 los aliados no fueron tratados con las mismas condiciones que los soldados romanos; los regalos que se les distribuyeron tenían la mitad del valor que los dados a los romanos. En consecuencia, se vio a sus divisiones marchar silenciosas detrás del carro del vencedor, formando un contraste notable en medio de los ruidosos trastornos de aquel carnaval de soldados. Por último, en cuanto a las asignaciones de terrenos hechas en la Italia del Norte, cada ciudadano romano recibía diez yugadas, mientras que a los no ciudadanos no se les señalaban más que tres. Hemos hecho notar anteriormente que Roma no había dejado a los habitantes de las colonias latinas fundadas después del año 686 el derecho de libre locomoción. Las ciudades más antiguas lo habían conservado por un momento. Sin embargo, ante la emigración en masa de los aliados que afluían a Roma, ante las quejas de las autoridades locales que mostraban la creciente despoblación de las ciudades latinas, y ante la imposibilidad cada vez mayor de suministrarles contingentes fijos, la República se vio obligada a restringir también las franquicias de los latinos anteriores al año 486. Fue prohibida la inmigración a aquellos que no dejasen hijos en su ciudad natal, y por las mismas razones la policía romana expulsó de la capital a un gran número de personas en los años 567 y 577. No se impugnó la necesidad de tales medidas, pero no por esto pesaron menos dolorosamente sobre las ciudades aliadas; en realidad equivalía a borrar de un plumazo la libre locomoción, formalmente garantida por una estipulación escrita. Por otra parte, cuando al final de este período Roma funda ciudades en el interior de

Italia, las dota del completo derecho de ciudad y no de las instituciones de derecho latino, como antes. En otros tiempos no se había mostrado tan generosa sino con las colonias marítimas. Por su política actual detiene inmediatamente el crecimiento regular de la latinidad, que se había adjudicado hasta entonces a las ciudades de nueva creación. Aquilea, cuya fundación se remonta al año 571 (183 a.C.) fue la última colonia italiana de Roma que recibió el derecho latino. En cuanto a las colonias probablemente contemporáneas de Potentia, Pisaurum, Parma, Módena y Luna (fundadas entre los años 570 y 577) tuvieron inmediatamente la plena ciudadanía. La causa de esto es clara: el derecho latino, visiblemente en decadencia, no podía ya luchar con la ciudadanía romana. Por lo demás, como la mayor parte de los colonos salieron en adelante de las filas del pueblo romano, no se hallaba ya nadie, ni aun entre los más pobres, que consintiera en cambiar sus derechos de ciudadano por la condición muy inferior de la latinidad, ni aun con grandes ventajas materiales.

SE HACE MÁS DIFÍCIL LA ADQUISICIÓN DEL DERECHO DE CIUDADANÍA. LOS PROVINCIANOS

Finalmente llegó el momento en que casi se cerró por completo para los no ciudadanos, comunidades o individuos, el derecho de ciudadanía romana. Hacia el año 400 había cesado la práctica de incorporar las ciudades conquistadas. Se había temido que al extender la ciudad extraordinariamente se podría llegar muy pronto a una descentralización peligrosa. De aquí la formación de ciudades de semiciudadanos (volumen I, libro segundo, pág. 444). Pero en la época que nos ocupa ya había desaparecido la idea de la centralización, y se dio el derecho completo a estas últimas ciudades. Incluso numerosas y lejanas colonias se vieron de repente investidas de las franquicias romanas. Sin embargo, la República no vuelve a hacer uso de las incorporaciones de los antiguos tiempos. Después de consumada la sumisión de Italia, no se nos presenta ejemplo alguno de admisión de una sola ciudad italiana de derecho federal al derecho cívico de Roma; y es muy verosímil que no se haya dado ningún caso. Por lo demás, al levantar una barrera contra la libertad del domicilio, anexado desde tiempo atrás al derecho de ciudad pasivo, la República había puesto coto al movimiento que transportaba constantemente a la clase de ciudadanos romanos a los individuos que pertenecían a la clase de los itálicos. El beneficio del cambio de condición se había concedido solamente a los

magistrados de las ciudades latinas (volumen I, libro segundo, pág. 442), o, por favor especial, a algunos ciudadanos admitidos entre los romanos que iban a fundar una colonia civil.^[9]

Las modificaciones efectuadas en la condición de los súbditos latinos, sea de hecho, o en virtud de una ley, van unidas en el fondo a un movimiento total y consecuente consigo mismo. Al considerar las clasificaciones antiguas no puede negarse que los latinos han perdido generalmente. Mientras que por un lado la República se ingeniaba para conciliar los contrarios y hacer más suaves las transiciones hacia un nuevo orden de cosas, por otro llegó un día en que todos los anillos intermediarios de la cadena habían desaparecido y todos los puentes habían caído. Así como en Roma las castas nobles se alejan del pueblo, se emancipan de los impuestos y las cargas debidos por todos, y concentran en su clase todos los honores y privilegios, así también en Italia se separa por completo la clase de los ciudadanos de la de los simples confederados, y se la excluye de toda participación en el poder. Al mismo tiempo, estos últimos tienen que soportar doble y triple carga en los impuestos comunales. De la misma forma en que la nobleza se había fortificado contra los plebeyos en las antiguas trincheras del patriciado en decadencia, los ciudadanos se encierran en sus privilegios frente a los no ciudadanos; y el plebeyo, a su vez, enaltecido por instituciones más liberales, se atrinchera en la altanera inmovilidad de su bisoña hidalguía. En el fondo no hay razón para censurar la supresión de los ciudadanos pasivos; en este punto la reforma se enlaza por serios motivos a todo un orden de cosas sobre el cual hablaremos más adelante. Nos basta asegurar aquí que hiere de muerte a un miembro útil y colateral del cuerpo político. Más peligroso es todavía el levantamiento de barreras entre los latinos y los demás italianos. La primacía de rango dada a los latinos era uno de los fundamentos del poder romano, fundamento que falta y deja un vacío el día en que las ciudades latinas dejan de ser asociadas favorecidas en el Imperio de la poderosa ciudad hermana; el día en que se consideran sujetas a Roma, exactamente igual que los otros pueblos; el día en que como todos los demás italianos sufren el mismo e insoportable yugo. No hay duda de que los brucios y sus compañeros de infortunio se conducen como esclavos, y como tales son tratados; se escapan cuando pueden de los buques en los que reman por la fuerza y se pasan a las filas de los enemigos de Roma. No hay duda de que los galos y los súbditos transmarinos son aún más duramente tratados; y la política romana, en sus pérfidos cálculos, los da, por decirlo así, como pasto a los italianos, que los desprecian e insultan. Pero más allá de todas las diferencias que hayan existido en las condiciones de los súbditos, no reemplazan

el antiguo y provechoso antagonismo entre el grupo de los pueblos de la misma raza y el de los itálicos de distinta sangre. Se apodera de todos los aliados un profundo descontento, y solo el temor les cierra la boca en toda Italia. Pero era adelantar la hora y exponerse a una justa negativa proponer, al día siguiente de Canas, que dos hombres de ciudadanía latina fueran admitidos en la ciudad romana y en el Senado. Esta moción, sin embargo, ¿no hace tangibles las inquietudes despertadas ya en el seno de la ciudad reina por la condición respectiva del Lacio y de Roma? ¿Suponed por un segundo que Aníbal penetra en Italia, espada en mano! ¿Se estrellará por segunda vez el soldado extranjero contra la indomable resistencia del nombre y del contingente latino (*nomem latinum*)? No podemos creerlo. Pero, de todas las instituciones introducidas en el sistema político durante el siglo VI, la más importante es sin duda aquella que se aleja más decididamente de los caminos seguidos hasta entonces, y hace temer mayores peligros para el porvenir; o sea, la institución de nuevos gobiernos en las provincias. Según el antiguo derecho público de Roma, no existían, propiamente hablando, súbditos tributarios. Los habitantes de las ciudades vencidas eran vendidos como esclavos, o si no eran incorporados a la ciudad romana, o colocados en una federación que les dejaba al menos la independencia municipal y la inmunidad de los impuestos. Otra cosa sucedía con las posesiones de Cartago en Sicilia, en Cerdeña y en España, y con el reino de Hieron, pues aquí se sacaban regularmente tasas e impuestos en provecho de sus dueños y señores. Cuando Roma los sucedió, esto les pareció una cosa hábil a los políticos de cortos alcances, y consideraron muy cómodo continuar los mismos errores administrativos en los nuevos territorios. Así fue que se conservaron las instituciones provinciales de Cartago y de Hieron, y hasta se las transportó a los demás países conquistados, como por ejemplo a la España citerior. Al hacer esto, se recibía de manos del enemigo la túnica de Neso. Si es verdad que la República al imponer los tributos no tenía pensado enriquecerse, ni había querido más que proveer a los gastos de la administración y defensa de los territorios, no tardó en ceder a otros instintos, y luego exigió contribuciones a Iliria y a Macedonia sin tomar a su cargo el gobierno local ni la custodia de las fronteras. Poco importa que en este camino haya observado una justa medida; desde este momento, transformaba su dominación en un derecho útil y provechoso. Acaso para el pecado original ¿no da lo mismo que se cogiera una manzana o que se hubieran comido todas las del árbol?

SITUACIÓN DE LOS PRETORES. SU COMPROBACIÓN

El castigo iba en pos de la falta. El sistema adoptado para la administración provincial hizo necesaria la creación de pretores provinciales, creación funesta para las provincias por la fuerza misma de las cosas, y en completo desacuerdo con la constitución de la República. Como esta había ocupado el lugar de la antigua soberanía local, su agente ocupó el puesto del antiguo rey; y así, el pretor de Sicilia vino a instalarse en Siracusa en el palacio de Hieron. De acuerdo con el derecho, en su administración debía obedecer siempre las máximas de probidad y sobriedad republicanas. Catón, que gobernaba en Cerdeña, se presentaba en las ciudades de su provincia caminando a pie y seguido de un solo servidor que le llevaba la capa y la copa de las libaciones. Cuando al salir de la pretura volvió de España, vendió su caballo pues no quería que el Estado pagase el gasto de transporte. Aunque no se llevaran los escrúpulos de conciencia hasta la ridícula mezquindad de Catón, que tuvo pocos imitadores, comprendo que hubo otros pretores que supieron permanecer dentro de la línea de la antigua sobriedad de las costumbres. En su silenciosa mesa reinaba la decencia: su administración y su justicia eran honradas y rectas; su severidad contra los banqueros y los arrendatarios de impuestos, esas detestables sanguijuelas de las provincias, eran motivadas, y, sobre todo, su porte grave y digno se imponía a los súbditos de Roma, fundamentalmente entre los ligeros y relajados griegos. Por lo demás, dejaban a los gobernadores en una condición tolerable. Estos no habían perdido aún el recuerdo de los lugartenientes de Cartago y Siracusa; y como estaba próximo el tiempo en que la «vara se había convertido en serpiente» (Éxodo, VII), sus recuerdos se dirigían con cierto reconocimiento hacia la condición actual. El siglo VI debió parecerles más tarde la edad de oro de la dominación romana. Como quiera que fuese, era imposible continuar por mucho tiempo siendo republicano y rey a la vez. Como el pretor vino a ser prácticamente soberano en su provincia, no tardó en desmoralizarse y olvidar su condición de simple noble de Roma. El fausto y el orgullo iban tan anexos a su papel, que uno se siente inclinado a no reprochárselos con dureza. Era raro que el pretor volviese a Roma con las manos limpias, y más raro aún que la República persistiese en su antiguo sistema de los empleos gratuitos. Se cita como un gran rasgo el hecho de que Paulo Emilio, el vencedor de Pidna, no se hubiese enriquecido. Los «donativos voluntarios» ofrecidos a los pretores, y tantas otras malas prácticas, eran tan antiguas como la institución de los gobiernos provinciales. Quizá Cartago les había legado en esto la tradición. En efecto, Catón no pudo hacer durante su pretura en Cerdeña (año 556) más que regularizar y moderar las tasas. En su viaje oficial los funcionarios podían hacer que se los hospedase gratuitamente y ordenar algunas requisas, y este derecho había

servido de pretexto para el abuso y las imposiciones. Los pretores podían pedir a sus provincias suministros de granos a precios moderados para las necesidades de su casa y de sus gentes (*incellan*), o, en caso de guerra, para el sustento de sus soldados, o también en realidad por cualquier otra causa. Sin embargo, los excesos eran tales que en el año 583 (171 a.C.), a consecuencia de las quejas de los españoles, el Senado retiró a sus agentes el derecho de fijar por sí solos dicho precio (pág. 225). Por otra parte, no tardó en exigirse a las provincias recursos para las fiestas populares de Roma. En el año 572, el edil Tiberio Sempronio Graco tenía que arreglar unos juegos, e impuso pesadísimos tributos a las ciudades itálicas y extraitálicas; pero también entonces el Senado interpuso su autoridad. En otras palabras, a fines del siglo VI el pretor romano creía que todo le estaba permitido, no solo contra los infortunados súbditos de la República, sino también contra los Estados libres y los reinos dependientes de Roma. Recuérdense las algaradas de Gneo Vulson en Asia Menor (págs. 286-287), y, sobre todo, el tratamiento que dieron a los griegos durante la guerra contra Perseo. El poder central hubiera hecho mal en extrañarse de estos sucesos, puesto que no había encerrado en estrechos límites los abusos de poder de sus sátrapas militares. Sin embargo, también hay que señalar que la justicia había ensayado someter sus actos a una comprobación, y aun practicar el secuestro. Para el pretor, como para cualquier otro magistrado, prevalecía siempre la antigua y peligrosa regla (volumen I, libro segundo, pág. 267): en su cualidad de general era completamente irresponsable mientras duraba su cargo, pero al salir de este, podía ser obligado a rendir cuentas. Es verdad que el mal ya estaba hecho, pero al menos su autor caía en poder de la justicia criminal o civil. Para poner en movimiento la primera, bastaba con que un magistrado investido de jurisdicción penal pusiese mano en el asunto y lo llevase ante el pueblo; para la segunda, bastaba con que el senador encargado de la pretura en Roma llevase el proceso ante un jurado, que según las leyes vigentes también debía estar formado por personajes senatoriales. Se ve, pues, claramente, que en ambos casos la comprobación correspondía al orden noble. Ante esto cabe señalar que por más que hubiese todavía en sus filas hombres bastante virtuosos y honrados como para admitir las quejas fundadas, y por más que sucediese más de una vez que el Senado, al oír a la parte lesionada, ordenase de oficio el procedimiento civil, los pobres y los extranjeros no estaban nunca seguros de obtener resultados. Se las tenían que ver con un contrario poderoso y procedente de las filas de la aristocracia gobernante, o debían presentar su queja ante jueces o jurados establecidos muy lejos, culpables muchas veces de las mismas faltas, y pertenecientes a la misma casta que el

acusado. Para poder contar con la justicia era necesario que el crimen estuviese patente y fuese escandaloso; quejarse sin éxito era correr a la perdición. Algunas veces los oprimidos encontraban un punto de apoyo en las clientelas hereditarias, mediante las cuales ciudades enteras de los países sujetos entraban en la familia de sus vencedores, o de otros ciudadanos, a los que los unía un lazo cualquiera.^[10] Los pretores de España aprendieron, a pesar suyo, que nadie podía maltratar impunemente a los clientes de Catón. Por otra parte, cuando se vio a los representantes de los tres pueblos subyugados por Paulo Emilio, españoles, ligurios y macedonios, no dejar a nadie el honor de llevar su féretro a la pira, todos admitieron que ese era el mejor elogio que podía hacerse en los funerales de este gran hombre. Sin embargo, estas clientelas particulares tenían su lado malo, pues daban a los griegos una ocasión más para venir a Roma a desarrollar su genio de bajeza ante estos señores, a quienes su espontáneo servilismo acababa de corromper. Marcelo destruyó y robó Siracusa, y los siracusanos se quejaron al Senado, pero en vano. ¿Qué hicieron entonces? Votaron resoluciones tributándole grandes honores. Sin duda esta fue la página más vergonzosa de todos sus anales, no muy gloriosos por cierto. En aquel corrompido siglo en que algunas familias dominaban y dirigían la política romana, el patronato de las grandes familias vino a aumentar el peligro de la situación. Es verdad que el mal habría sido mayor y el robo no habría conocido límites, si los pretores no hubiesen tenido algún temor a los dioses y al Senado. Sin embargo, es cierto que se robaba, y que se lo admitía impunemente con tal que se hiciese con medida. Para desgracia de todos, las imposiciones y los abusos de poder de los pretores vinieron a ser una regla con tal que en cierto modo entrasen en sus atribuciones ordinarias, y no fuesen escandalosos. Por lo demás, si la justicia no podía castigarlos, los oprimidos debían guardar silencio. Los tiempos sucesivos mostrarán a las claras las inmediatas consecuencias de esta máxima desconsoladora.

VIGILANCIA DEL SENADO

Ahora bien, aun cuando la justicia se hubiera mostrado severa, y no débil, no hubiera podido reprimir los excesos aislados y más odiosos. Las verdaderas garantías de una buena administración se hallan en la severa y continua vigilancia de la autoridad suprema, vigilancia que no tenía el Senado. Ya fuera flojedad, inercia o torpeza, desde los tiempos más antiguos se había manifestado en él la llaga de las administraciones colectivas. En teoría hubiera sido conveniente, en primer lugar,

sujetar a los pretores a una comprobación más severa e inmediata que la necesaria tal vez para arreglar los intereses municipales de los confederados itálicos. Después, como su imperio se extendía sobre vastos países transmarinos, hubiera sido prudente dar más fuerza al aparato de la comprobación administrativa, pues el gobierno necesitaba ojos para verlo todo desde lo alto. Pero nada de esto se hizo. Por el contrario, los pretores se erigieron en soberanos, y si bien en Sicilia se introdujo la institución más útil de todas las de la comprobación, el censo, esto no se hizo extensivo a las conquistas posteriores. Así, pues, libres de todo freno, los funcionarios encargados del gobierno de las provincias llegaron a ser un peligro para el gobierno central. El pretor quedó puesto a la cabeza del ejército, en posesión de grandes recursos financieros y sin casi nada que temer de la justicia; independiente como autoridad directora, fue conducido por la pendiente necesaria de las cosas a separar su interés y el de sus administrados de los intereses de la República, cuando aún no estaban en lucha. Como he dicho anteriormente, este funcionario parecía un sátrapa de Persia, antes que un lugarteniente de la ciudad de Roma en tiempo de las guerras con los samnitas. Cuando este tirano militar vuelva a entrar en Roma, ¿puede esperarse que siga el trillado camino de la ciudad republicana? Esta no tiene más que magistrados que manda y ciudadanos que obedecen; en su derecho público, no sabe que haya más que señores y esclavos. Los gobernantes de Roma no tardaron en verlo así: la igualdad en el seno del orden aristocrático y la subordinación de las funciones bajo la alta tutela del Estado, estas dos grandes máximas fundamentales, corrían el riesgo de perecer. De aquí su repugnancia a crear nuevas preturas, y su recelo respecto del sistema pretoriano en sí mismo. De aquí, fundamentalmente, el establecimiento de cuesturas provinciales, destinadas a arrancar de manos de los pretores los recursos financieros, y la corta duración asignada a las funciones de estos últimos, a pesar de las ventajas indiscutibles de la prolongación de sus poderes (pág. 232). Las miradas de los hombres de Estado de Roma se fijaban inquietas en la semilla que ya comenzaba a brotar. Pero el diagnóstico no es, ni con mucho, la curación de la enfermedad. El gobierno de los nobles en el interior se mueve siguiendo su primer impulso, y el mal del que algunos tienen conciencia progresa constantemente y de una manera uniforme sin que nada lo detenga. La administración y los asuntos financieros están al borde del abismo; detrás de ellos marchan la revolución y la usurpación.

Si bien la nueva nobleza tenía un carácter menos marcado que la antigua aristocracia de raza, y mientras una se valía de la ley, la otra del hecho cumplido, ambas tendían a excluir a los simples ciudadanos de la participación en los derechos

políticos. Por lo demás, los excesos de la segunda, aún más insoportables que los de la primera, eran también más difíciles de refrenar. Como puede suponerse no faltaron tentativas; pues, así como la nobleza tenía su asiento en el Senado, la oposición tenía su base en la asamblea del pueblo. No obstante, para poder comprender bien el papel que desempeñaba la oposición conviene averiguar ante todo el carácter de este pueblo, y mostrar cuál era su espíritu y el lugar que ocupaba entonces en la República.

LA OPOSICIÓN. CARÁCTER DEL PUEBLO ROMANO EN EL SIGLO VI

En sus asambleas generales, el pueblo romano no obraba como la rueda motora de un vasto mecanismo. Era más bien el sólido fundamento de un gran edificio, y, como tal, ha dado todo lo que de él podía esperarse: seguridad de miras de interés común, completa docilidad respecto del jefe en los momentos críticos, firmeza y valor inquebrantables en los buenos y malos tiempos, intrepidez en el sacrificio individual por el bien común, e inmediata renuncia del bienestar actual para la felicidad futura. En pocas palabras, tales son las virtudes que el pueblo romano practicó por completo; y, al mirar las cosas desde lo alto y en su conjunto, las manchas desaparecen y nos sentimos como subyugados por la admiración y el respeto. Todavía la mayoría de las veces los ciudadanos obedecían a un sentido político inteligente y recto. Toda su conducta, sea respecto del poder o de la oposición, suministra una prueba incontestable de que el pueblo romano era dueño de los comicios, así como había sido lo bastante fuerte y poderoso para obligar al genio de Aníbal a abandonar el campo ante él. Moradores de la ciudad o de los campos, los votantes pudieron engañarse muchas veces, pero sus errores nunca fueron los de un populacho de malos instintos. Desgraciadamente no hay nada más incómodo que el mecanismo de participación del pueblo en los negocios públicos, y un día se vio ahogado en la misma grandeza de sus conquistas. Ya hemos mostrado que las ciudades de derecho pasivo (*sine suffragio*) entraron casi todas en el siglo VI en el perfecto derecho de ciudad, y que un gran número de colonias de fundación reciente fueron dotadas del mismo privilegio. Al fin de este periodo, los ciudadanos romanos se habían extendido por todo el Lacio, la Sabina y una parte de Campania. El derecho de ciudad se extendió desde Cerea en el norte, hasta Cumas en el sur; solo quedan excluidas de él algunas ciudades del interior, como por ejemplo: Tibur,

Preneste, Signia, Norba y Farentinum. A esto deben unirse las colonias marítimas de las costas de Italia que estaban por regla general dotadas del derecho de ciudad, y las colonias recientes del Piceno y del país situado más allá del Apenino, a las que había sido necesario otorgar igual favor (pág. 77). También deben incluirse una multitud de ciudadanos esparcidos en toda la península, en las ciudades y aldeas independientes (*fora et conciliabula*), que no estaban unidas a ningún centro especial. Para remediar las dificultades inherentes a semejante organización, tanto en el orden judicial^[11] como en el administrativo, se habían instituido jueces locales que hacían las veces de los de Roma (volumen I, libro segundo, pág. 445). Incluso en ciertas ciudades, particularmente en las marítimas, en las nuevas colonias del Piceno y en el país al otro lado del Apenino, se habían fijado los primeros jalones para el futuro establecimiento del régimen municipal, con sus capitales determinadas en el seno de la gran unidad del Imperio. Como quiera que fuese, la asamblea del pueblo en el *Forum* romano es la única que conoce legalmente en todas las cuestiones; aunque sí salta a la vista que en su constitución misma y en su mecanismo ya no es lo que era en los tiempos antiguos. Antes todos los ciudadanos ejercían su función en persona, salían por la mañana de su casa de campo y volvían a ella por la tarde después de haber votado. Aún hay más: sea por ignorancia, descuido o dañada intención, aspecto que no puedo determinar, el hecho es que, después del año 513 (241 a.C.), en vez de reunir a las ciudades recientemente admitidas al derecho romano en nuevas circunscripciones cívicas (*tribus*), como en otros tiempos, se las distribuyó entre las antiguas, y a ellas se les unieron después las ciudades esparcidas en toda la superficie del Imperio. Compuestas de ocho mil ciudadanos por término medio, de los cuales unos estaban en la ciudad y otros en el campo, sin lazo y sin unidad territorial, las *tribus* no se prestaban a una acción metódica, ni a previas y eficaces reuniones de electores. Esto constituyó un vacío grave desde el momento en que no hay debate oral en la asamblea general del pueblo. La competencia de esta se extendía a todos los asuntos de interés público; pero, en las grandes y difíciles cuestiones en que el poder dominador del mundo debió decir su última palabra, ¿qué cosa más insensata y ridícula que ver el voto en manos de esa honrada muchedumbre de campesinos italianos, reunidos en el *Forum* precipitadamente y al azar? Estos campesinos, que debían fallar en última instancia sobre los nombramientos de generales en jefe y sobre todos los asuntos políticos, no comprendían ni las razones por las cuales iban a decidir, ni las consecuencias de su decisión. Así pues, siempre que el asunto sometido a su deliberación traspasaba el horizonte de la ciudad propiamente dicha, la asamblea del pueblo se mostró falta de virilidad e inteligencia,

por no decir necia y pueril. Por lo común, el pueblo que estaba de pie decía que sí a todas las mociones. Pero si alguna vez respondía negativamente arrastrado por un movimiento instintivo, tal como sucedió cuando votó contra la declaración de guerra a Macedonia (año 554), no era más que el triste instrumento de una política estrecha y hostil a la gran política, y muy pronto terminaba su oposición de una manera miserable.

EL POPULACHO DE ROMA. SU ORIGEN

Al lado de los simples ciudadanos libres estaba la turba de los clientes. Iguales a los primeros ante la ley, habían sido ya algunas veces los más fuertes. El origen de la clientela se pierde en la oscuridad de los primeros tiempos de Roma.^[12] El romano notable había ejercido siempre una especie de poder sobre sus emancipados y sobre sus protegidos. De hecho, en todas las circunstancias graves venían a pedirle consejo. Un cliente no casaba a sus hijos sin el consentimiento de su patrono, y muchas veces hasta era él mismo quien arreglaba el matrimonio. Pero así como en el seno de la aristocracia había un grupo de nobles que formaba bando aparte, y que había concentrado en sus manos el poder y la riqueza, así también entre la turba de los clientes los había favoritos y mendicantes. Este nuevo ejército que servía a los ricos minaba la ciudad interior y exteriormente. No contenta con tolerar las clientelas, la aristocracia las explotaba secundaria y políticamente. De este modo es como las antiguas colectas, practicadas hasta entonces para las necesidades del culto y de los funerales de los hombres ilustres por sus servicios, se apartaron de su objeto primitivo. En ocasiones extraordinarias se ve a ciertos nobles hacer de esto un pretexto para imponer contribuciones al pueblo; y, en efecto, así es como las aplicó Lucio Escipión a los juegos públicos que quiso dar. Por otro lado, la ley tuvo que poner límite en el año 550 a las donaciones excesivas, pues con la excusa de la donación, los senadores arrancaban a sus clientes un tributo regular. Pero hubo una cosa aún más grave: los nobles ya no venían a los comicios sino con el numeroso séquito de sus afiliados, y por tanto dominaron allí los grandes. Las elecciones ordinarias muestran la poderosa concurrencia que la turba de los clientes hacía sobre las clases medias independientes. De aquí la prueba del rápido y enorme aumento del populacho, sobre todo en Roma: todo confirma la realidad del hecho. Ante el creciente número de emancipados, en el siglo anterior había sido necesario reglamentar su derecho de voto en la asamblea mediante severas disposiciones.

Estas restricciones legales se mantuvieron en el siglo VI; pero, durante la segunda guerra púnica, un memorable senadoconsulto había autorizado dos cosas nuevas. Las mujeres emancipadas, cuando eran de buenas costumbres, podían tomar parte en las colectas, y los hijos legítimos de padres que eran simples emancipados tenían permiso para llevar sin delito las insignias concedidas hasta entonces solamente a los hijos de los ingenuos (pág. 542, nota 2 del cap. XI). En cuanto a los griegos y a los orientales que afluían a Roma, su condición era poco superior a la de los libertos: servilismo nacional en unos, servilismo de derecho en los otros.

LA CORRUPCIÓN DE LAS MASAS ERIGIDA EN SISTEMA DISTRIBUCIONES DE TRIGO. FIESTAS POPULARES

Como si no fuesen suficientes estas causas naturales para sacar de quicio al populacho de la metrópoli, la nobleza y el partido demagógico cometieron a porfía la falta de suministrarle gratuitamente los medios de subsistencia. De esta forma no se omitió nada que pudiese ayudar a destruir en el pueblo el antiguo vigor del sentido político. El cuerpo electoral había conservado en su conjunto su honradez y los candidatos aún no se atrevían a recurrir a los manejos de la corrupción directa; sin embargo, ya se captaban el favor por los medios más culpables. En todo tiempo, por ejemplo, a los ediles les había correspondido cuidar que el precio de los cereales fuese módico, y también les correspondía la vigilancia de los juegos. De hecho es con este motivo que comienza a realizarse la terrible sentencia proclamada más tarde por un emperador: «Este pueblo solo necesita pan y espectáculos (*panem et circenses*)». Gracias a las inmensas remesas gratuitas de trigo enviado por los pretores provinciales para el aprovisionamiento del mercado de Roma, o por las mismas provincias, que rivalizaban por captarse el favor de algunos magistrados de la metrópoli, los ediles pudieron, desde mediados de este siglo, dar al pueblo el grano que necesitaba a un precio ínfimo. «¿Cómo queréis —exclamará Catón— que las masas atiendan razones?» El vientre no tiene oídos. Las fiestas populares se repiten y aumentan en una proporción amenazadora. Durante cinco siglos el pueblo romano se había contentado con una sola fiesta anual y con un solo circo. Cayo Flaminio, el primer demagogo de profesión que se vio en Roma, instituyó nuevos juegos y edificó un nuevo circo (534).^[13] De esta forma (el nombre de juegos plebeyos revela suficientemente sus tendencias) alcanzó el generalato y el derecho

de ir a que lo derrotasen en las orillas del lago Trasimeno. Una vez abierto este camino, todos se precipitaron por él. Las fiestas de Ceres, diosa protectora del pueblo, o *Cerealia* (volumen I, libro segundo, pág. 569, nota 4), que se celebraban en abril, si es que son de fecha anterior a los juegos plebeyos, lo son en muy pocos años. Desde el año 542 (212 a.C.) y después de la introducción de las predicciones sibilinas y de Marcio,^[14] se instituyó una cuarta fiesta en honor de Apolo (*ludi Apollinares*), y en el 550 se inauguró una quinta en honor de la Gran Madre frigia (*Magna Mater idæa*), traída recientemente a Roma (ver más adelante cap. XIII). A la sazón estaban en lo más rudo de la guerra contra Aníbal, y así fue que, en medio de los juegos apolinos que se celebraban por primera vez, el pueblo reunido alrededor del circo fue de repente llamado a las armas. Por lo demás, la fiebre de las supersticiones italianas agitaba los espíritus, y no faltaban ambiciosos dispuestos a sacar partido y hacer que circularan los oráculos de la Sibila y de los falsos profetas. Cuesta trabajo censurar al mismo gobierno cuando vemos que exigía a los ciudadanos esfuerzos y sacrificios inmensos, y no luchaba contra la locura del momento. Sin embargo, una vez que las concesiones habían sido hechas no era posible retirarlas. Incluso mucho después, en el año 581, cuando ya eran situaciones más tranquilas, se estableció una festividad menor, la de los juegos dedicados a Flora (*Floralia* o *ludi florentes*). Los magistrados encargados de todas estas festividades eran los que debían hacer los gastos de su propio peculio. Los ediles curules costeaban los grandes juegos antiguos, los de la Madre de los Dioses (*Megalensia* o *Megalenses ludi*) y los juegos florales. A los ediles plebeyos correspondían los de los juegos plebeyos y los de Ceres, mientras que los juegos de Apolo eran de la incumbencia del pretor urbano. El hecho de que todas estas nuevas instituciones para la diversión del pueblo no pesasen sobre el Tesoro lo hallo muy excusable, y, sin embargo, hubiera sido menos peligroso destinarlos a cargo de una porción de gastos perdidos, que hacer de los juegos costeados por los funcionarios el escabel indispensable para los cargos supremos. Los candidatos al consulado no tardaron en rivalizar en el esplendor de las fiestas. Los gastos se elevaron a una suma increíble, y el aspirante a cónsul era bien acogido por el pueblo cuando en sus juegos ordinarios y legales ofrecía además un regalo voluntario, un combate de gladiadores pagado de su bolsillo particular (*munus*). El elector medía la capacidad del candidato por el esplendor de las fiestas. Esto resultó muy caro a los nobles: el combate de gladiadores que se daba en estas funciones no costaba menos de setecientos veinte mil sestercios. No importa, los pagaron de buen grado, y cerraron de este modo la carrera política a todo aquel que no tenía dinero.

LIBERALIDADES CON EL BOTÍN DE LA GUERRA

Después de haber sido ensayada en el *Forum*, la corrupción penetró en los campos. El ciudadano de los antiguos tiempos se creía bien recompensado cuando había recibido una indemnización insignificante por sus fatigas en la guerra, o, como mucho, cuando se le daba un insignificante regalo como recuerdo de la victoria. Pero, a contar desde Escipión, los nuevos generales prodigan a manos llenas a sus soldados con el oro de Roma y con el botín hecho en la campaña; de hecho la ruptura entre el Africano y Catón en la última expedición de los romanos al África no reconoció otro motivo que este. Los veteranos de la segunda guerra de Macedonia y de la guerra de Asia volvieron casi todos con una regular fortuna; y los mejores, aun entre los ciudadanos, ensalzaban al general que no había guardado para sí y sus favoritos los presentes de las provincias y lo ganado en el campo de batalla, sino que mandaba desde su campamento grandes sumas. De esta forma, la multitud de licenciados volvía a sus hogares con el bolsillo bien repleto. Se había olvidado que todo el botín mueble era propiedad del Estado. Lucio Paulo quiso un día restablecer la antigua costumbre, pero faltó poco para que sus propios soldados, sobre todo los voluntarios a quienes había atraído a su ejército la esperanza de un rico botín, consiguiesen que el pueblo negase al vencedor de Pidna los honores del triunfo, que no mucho tiempo atrás habían concedido sin razón al oscuro vencedor de tres aldeas de Liguria.

DECADENCIA DEL ESPÍRITU MILITAR

La guerra se fue degenerando de este modo en una empresa de botín, y así la disciplina y el espíritu militar también se relajaron, hecho que se ve claramente siguiendo los detalles de la expedición contra Perseo. La cobardía se apoderó de los corazones, tal y como se manifestó lastimosamente durante la insignificante guerra de Istria en el año 576. En ella, en el estruendo de un combate, estruendo abultado por el miedo, emprendieron la huida tanto el ejército de tierra y la escuadra de los romanos, como los italianos del país. En una de sus más rudas alocuciones, Catón echó en cara a sus soldados su pusilanimidad. La juventud fue la primera que se precipitó por esta funesta pendiente. Durante la guerra de Aníbal, al formar los censores las listas de los caballeros, tuvieron que ensañarse contra la incuria y

flojedad de los sujetos al servicio militar. Al fin del período que vamos historiando (574), y con el único fin de obligar a los hijos de las familias nobles a marchar con el ejército, una ley exigió, como condición indispensable para tener acceso a las funciones civiles, el haber permanecido diez años bajo las banderas.

AMBICIÓN DE TÍTULOS

En adelante, pequeños y grandes, todos correrán detrás de condecoraciones y títulos; síntoma grave y seguro de que el antiguo orgullo y el antiguo honor cívicos estaban decayendo. Esta ambición se diferenciaba en su forma y en su objeto, pero en el fondo el móvil era el mismo en todos los órdenes y en todas las clases. Todo general aspira a los honores del triunfo, y ya no es posible observar la regla antigua que los concede solo al magistrado supremo de la ciudad cuando vuelve victorioso del campo de batalla y ha extendido el territorio de la República. Sin embargo, confieso que era una regla injusta, pues muchas veces se han negado al verdadero autor de los más brillantes triunfos. ¿Se ha acercado en vano un general al Senado o al pueblo? ¿Cree no tener asegurado un voto favorable? Pues se marcha y se le permite celebrar su triunfo fuera de Roma, sobre el monte Albano (esto sucedió por primera vez en el año 528). En adelante no hay combate ni escaramuza, por insignificante que sea, que no dé pretexto a estas celebraciones. En el año 573 se quiso poner coto a estos triunfadores de tan poca monta, y se decidió que en lo sucesivo para obtener dichos honores se necesitaría haber dado una batalla donde hubieran muerto por lo menos cinco mil enemigos. Sin duda fue una precaución pueril de la ley, fácilmente eludida acumulando cifras y noticias falsas en los boletines. Era común ver colgados en los muros de las casas de los notables los soñados trofeos cogidos al enemigo, por más que no hubiesen estado siquiera en el campo de batalla. Por lo demás, antiguamente el general en jefe de un año tenía a mucha honra servir al año siguiente bajo las órdenes de su sucesor; pero ahora no sucede esto. Catón, el consular, se puso en lucha abierta contra la nueva moda, y volvió a ser simple tribuno militar bajo Tiberio Sempronio (año 560) y Manio Glabrio (año 563). En el pasado los servicios hechos al Estado se consideraban suficientemente remunerados cuando al autor se le daban públicamente las gracias; sin embargo en la actualidad se necesita una recompensa perpetua. Ya se había visto a Cayo Duilio, el vencedor de Mila (494), salir en la noche por las calles de la ciudad haciéndose preceder por un hombre con una antorcha y un flautista. Además se ven por todas partes estatuas y monumentos

levantados la mayoría de las veces a expensas de aquel a quien se erigían, y en tal cantidad, que comienzan a burlarse de ellos diciendo que la distinción consiste en no tenerla. En cuanto a los honores, como no bastaban los puramente personales, se llegó muy pronto a adornar con el nombre de la victoria no solo al que la había conseguido, sino también a sus descendientes, con lo cual se convirtió en un sobrenombre perpetuo (*cognomen secundum, agnomen*). El vencedor de Zama fue el primero que puso de moda estas calificaciones. Se denominó el Africano; su hermano tomó el título de Asiático, y su primo el de Español (*Africanus, Asiaticus, Hispanicus*).^[15] Y entre los pequeños se propagó el ejemplo de los grandes. Si la casta gobernante había tomado a su cuidado el ordenar las clases de funerales, y había asignado un vestido de púrpura al cadáver del antiguo censor, ¿a quién hubiera podido extrañar la pretensión de los emancipados de querer que la toga de sus hijos luciese también la tan ambicionada franja de púrpura? La toga, el anillo y la bola no eran solo lo que distinguían al ciudadano y su mujer del extranjero; servían además de señal distintiva entre el ingenuo y el esclavo, entre el hijo del ingenuo y el del emancipado, entre el hijo del caballero o del senador y el ciudadano ordinario o del común, entre el primogénito de una familia curul y el simple senador (pág. 542, nota 2 del cap. XI). Todo esto ocurría, llamativamente, en aquella misma ciudad en que nada bueno ni grande se había hecho sino por la igualdad civil.

Este dualismo interior se reprodujo también en el campo de la oposición. Apoyados en el campesino, los patriotas dieron el grito de reforma; y, apoyados en la plebe de la ciudad, los demagogos trabajaron para una reforma aún más radical. Por más que no marchen por caminos absolutamente separados, y que muchas veces se den la mano, se los juzgará mejor estudiando a unos después de los otros.

PARTIDO DE LA REFORMA. CATÓN

Marco Porcio Catón es la verdadera encarnación del partido reformista. Por ser el último de los políticos de la antigua escuela que se oponía a que Roma extendiese sus conquistas fuera de los límites naturales de Italia, y rechazar la idea de un imperio universal, Catón (520-605) aparece ante la posteridad como el tipo del verdadero romano de la antigua roca. Juicio poco exacto, pues representa también la oposición de las clases medias contra la nueva nobleza helenista y cosmopolita. Nacido en el campo, educado y obligado a seguir la carrera política por su vecino

Lucio Valerio Flacco, uno de los pocos nobles que permanecieron hostiles a las tendencias del siglo, el rudo campesino de la Sabina le había parecido al leal patricio el hombre mejor constituido para luchar contra la corriente, y, en efecto, sus previsiones se habían realizado. Gracias a los cuidados de su protector, Catón supo poner su palabra y su brazo al servicio del Estado, y fue útil a sus conciudadanos y a la cosa pública; así se elevó hasta los honores del consulado y del triunfo, y, por último, hasta la censura. Entrando en la legión a los dieciséis años, había hecho todas las campañas contra Aníbal, desde la batalla del lago Trasimeno hasta la de Zama, a las órdenes de Fabio y de Marcelo, de Nerón y de Escipión. Había peleado en Tarento, en Sena, en África, en Cerdeña, en España y en Macedonia; y allí, como soldado, oficial o general, siempre y en todas partes, había cumplido valerosamente con su deber. Tal como era en el campo de batalla, tal se lo hallaba en la plaza pública. Su palabra atrevida y dispuesta siempre al ataque, lo rudo de su sarcasmo, su conocimiento del derecho y de las instituciones romanas, su extraordinaria actividad y su constitución de hierro, todas estas cualidades, en otras palabras, lo habían hecho notable desde un principio en las pequeñas aldeas de su país natal, pero bien pronto se reprodujeron en el más vasto teatro del *Forum* y del Senado. Allí se lo considera como el abogado más influyente y el primer orador de su siglo. Tomó la voz y el tono de Manio Curio, y su ideal de los políticos del tiempo pasado (volumen I, libro segundo, págs. 324-325). Consagró la obra de su larga vida a la leal resistencia que, según sus propias nociones de las cosas, debía oponerse siempre y por todas partes a la rápida decadencia de las costumbres; y a los noventa y cinco años se lo verá todavía librando sus últimos combates contra las tendencias de los nuevos tiempos. No era de bella presencia, ni mucho menos; sus enemigos le echaban en cara sus ojos verdes y sus cabellos rojos. No fue un gran hombre, en el sentido ordinario de la palabra, y fundamentalmente no fue un hombre de Estado de elevadas miras. Por el contrario, sus ideas en moral y en política eran casi mezquinas: como no tenía a la vista ni en sus labios más que los buenos tiempos antiguos, condenaba los nuevos sin ningún examen. En extremo severo consigo mismo, con lo cual legitimaba su rudeza y su inflexible dureza con los demás, era honrado y recto; pero no llevaba sus miras ni su concepto del deber moral más allá de la regla positiva de la ley de policía, o de la puntualidad mercantil. Era enemigo de todo acto bajo o desleal, y también del brillo y la elegancia; pero sobre todo era enemigo de sus enemigos. Nunca supo remontarse a las fuentes del mal social, y gastó su vida combatiendo contra los síntomas y contra las personas.

Los hombres del poder desdeñaban y dejaban hacer, quizá con razón, a este

«gritador» de espíritu estrecho; creían tener miras más elevadas y más trascendentales que él. Pero los desmoralizados elegantes temblaban en secreto en el Senado y fuera de él, ante el viejo Aristarco de atavío sencillo y republicano, ante el veterano completamente cubierto de cicatrices de heridas recibidas en las guerras contra Aníbal, ante el senador poderoso por su influencia y protector del campesino. No hubo ni siquiera uno entre sus colegas, los notables, a quien no pusiese sucesivamente a su vista sus tablillas y su censura pública; hombre de grandes recursos oratorios, se arrojaba con júbilo contra cualquiera que se había cruzado por su camino o lo había irritado. Al mismo tiempo y con la misma osadía, rechazaba toda injusticia popular, todo nuevo desorden, y mostraba a las masas cuál era su deber. Sus ataques irónicos y enérgicos le suscitaron muchos enemigos. Vivió constantemente en guerra abierta e irreconciliable con los jefes de la fracción noble, los Escipiones y los Flaminius, y fue acusado ante el pueblo cuarenta y cuatro veces. Esto mismo prueba cuán vivo estaba aún en las clases medias el valor varonil que soportó valerosamente el desastre de Canas; jamás el partido de los aldeanos abandonó en las votaciones al temerario campeón de la reforma de las costumbres. Cuando en el año 570 (184 a.C.) aspiraba a la censura conjuntamente con el noble Lucio Flacco, asociado a sus ideas, se les oyó manifestar que expurgarían escrupulosamente el cuerpo electoral y el cuerpo cívico. No por esto el pueblo dejó de elegir a estos dos hombres temibles y tímidos. Por más que la nobleza hizo cuanto pudo por descartarse de ellos, tuvo que sufrirlos. Se verificó entonces una limpieza completa: el hermano del Africano fue borrado de la lista de los caballeros, el hermano del libertador de Grecia desapareció de las listas senatoriales.

REFORMAS DE POLICÍA, DEL SISTEMA MILITAR Y DE LAS CENTURIAS

Pero esta guerra contra las personas y estos repetidos esfuerzos para refrenar las nuevas tendencias con ayuda de la policía y del poder judicial no podían detener más que por un momento la corrupción de costumbres, incluso por meritoria que fuese la intención del reformador. Si era un gran espectáculo ver luchar a Catón contra el torrente, y por lo mismo desempeñar un alto papel en la política, no es menos notable el hecho de que no consiguiese derribar a los corifeos del partido contrario, así como estos tampoco pudieron desembarazarse de él. Los procesos presentados por él y sus amigos ante el pueblo en las más graves circunstancias políticas no

dieron, por lo general, ningún resultado; pero tampoco lo dieron las acusaciones intentadas contra él por represalias. También fueron ineficaces las leyes de policía y las leyes suntuarias promulgadas en gran número, que eran leyes económicas que tenían por objeto la sencillez y el buen orden en el servicio de las casas. Nada de esto se practicó; pero volveremos a ocuparnos más adelante de este asunto (cap. XII y sigs.).

Citemos, sin embargo, algunas tentativas más prácticas, más útiles, y que atenuaban los efectos de la corrupción al menos indirectamente. Se colocan en primera línea las asignaciones de lotes de terreno en los dominios públicos, asignaciones verificadas en gran número en el intervalo que separa la primera y la segunda guerra púnica, y que se reprodujeron después de esta última hasta el fin del período actual. Así, para no citar sino las más considerables, Cayo Flaminio instaló en el año 552 a numerosos poseedores en el Picenum (pág. 91). Recordemos, además, las ocho nuevas colonias marítimas fundadas en el año 560 (pág. 202) y las colonias de ciudadanos romanos de Potentia, Pisaurum, Mutina, Parma y Luna. No hay duda de que es necesario atribuir a los reformistas el honor de estas grandes empresas. Catón y su partido señalaban la Italia devastada por las guerras de Aníbal, y veían la rápida y temible desaparición de la pequeña propiedad y de la población libre italiana. Por otra parte, mostraban las vastas posesiones abandonadas a los romanos ricos, a título de cuasipropiedad, en la Galia cisalpina, en el Samnium, en Apulia y en el Brutium. El gobierno de la República no había obrado como habría podido y debido hacerlo, con energía y oportunidad; sin embargo, no había permanecido absolutamente sordo a las sabias advertencias del patriota. En este mismo sentido fue como un día Catón, queriendo prevenir la desorganización de la caballería ciudadana, propuso al Senado la creación de cuatrocientos nuevos caballeros (pág. 43, nota 5). El Tesoro podía soportar esto sin trabajo. Pero Catón no había contado con el exclusivismo de la nobleza, ni con sus tendencias a arrojar de los cuadros de la milicia montada a todos los simples caballeros que no lo eran por su origen. Pero aún hay más: ya en el transcurso de las largas y difíciles guerras de este siglo, los gobernantes habían tenido que reclutar el ejército a la manera oriental; es decir, en el mercado de esclavos. Afortunadamente su ensayo no había dado gran resultado (págs. 147 y 178). Pero, por otro lado, también había sido necesario rebajar las condiciones hasta entonces exigidas para la admisión de los ciudadanos al servicio militar, a saber: el censo mínimo de once mil ases y la ingenuidad. Dejamos aparte el servicio de la escuadra al que eran llamados todos los emancipados y todos los ingenuos clasificados en el censo entre cuatro mil y mil quinientos ases; con

todo, el mínimo de censo de un legionario se fijó en cuatro mil ases. En caso de urgente necesidad, los cuadros de infantería se completaban con los sujetos al servicio de la armada o con los ingenuos que poseían mil quinientos ases, y aun hasta con los que poseían trescientos setenta y cinco solamente. No se pretenda ver en estas modificaciones el efecto directo del trabajo de los partidos; pues se colocan o al fin del período que precede, o al principio del actual, y tampoco podrá desconocerse su gran analogía con las reformas militares de Servio. Sin embargo, no dejaron de comunicar un decisivo impulso al partido democrático. Como debían soportar pesadísimas cargas, los ciudadanos elevaron sus pretensiones y recibieron los derechos consiguientes a ellas, y que podían en cierto modo aligerarlas. Desde esta fecha los pobres y los emancipados comienzan a jugar también un papel por el mero hecho de servir a la República. De aquí una de las más importantes innovaciones políticas de aquellos tiempos, la refundición de los comicios por centurias. Según todas las apariencias, se verificó al año siguiente de concluida la guerra de Sicilia (513). Si bien como resultado de la nueva organización del sufragio los poseedores y domiciliados ya no eran los únicos que en estos comicios tenían voz deliberativa, tal como ocurría antes de la reforma de Apio Claudio (volumen I, libro segundo, pág. 328), los ricos habían conservado por lo menos la preponderancia. Antes los caballeros, o mejor dicho, los nobles patricio-plebeyos, eran los primeros que votaban, y después venían los mayores contribuyentes, aquellos que en el censo habían justificado poseer una fortuna que pasase de cien mil ases.^[16] Cuando se unían, estas dos categorías de votantes tenían asegurado el triunfo. En cuanto a las otras cuatro clases de censatarios, no ejercían más que un derecho muy dudoso en sus resultados, e incluso la clase del último y más bajo censo (once mil ases) no tenía más que un voto completamente ilusorio. Salvo raras excepciones, los emancipados no votaban. En el sistema nuevo, por el contrario, aunque la caballería permanece en sus cuadros separados, ha perdido su derecho a ser la primera en votar. Este derecho había pasado a una de las secciones de la primera clase, según la designación de la suerte.

Por lo demás, en adelante el emancipado fue tratado en pie de igualdad con el ingenuo, y cada una de las cinco clases tuvo el mismo número de votos.^[17] Por consiguiente, si el pueblo tiene un pensamiento unánime, solo después de que la tercera clase vota es cuando se ve la mayoría. La de las centurias fue la primera gran reforma introducida en la constitución por la nueva oposición antinobiliaria, y fue también la primera victoria de la democracia propiamente dicha. No podía darse mucha importancia a la prioridad de voto perteneciente desde tiempo atrás a la

nobleza, sobre todo en la época en que iba aumentando diariamente su influencia en el seno del pueblo. El partido aristocrático era todavía lo bastante poderoso para mantener sus candidaturas en posesión de los segundos puestos de los cónsules y de los censores, legalmente accesibles a los plebeyos tanto como a los patricios. Esto ocurrió hasta el fin del período actual para el consulado (hasta el año 582), y durante una generación más para la censura (hasta el año 623). Aun en los días de mayor peligro que atravesó la República, durante la crisis que siguió a la desastrosa derrota de Canas, los aristócratas pudieron hacer que fracasase la elección de Marcelo únicamente porque era de origen plebeyo (por lo demás, el proceso había sido muy regular), aun cuando él era, por confesión de todos, el mejor general de la República y había sido llamado al consulado vacante después de la muerte del patricio Lucio Emilio Paulo. Otra cosa no menos característica en la nueva reforma fue que solo a la nobleza se le quitó la prioridad del voto. El privilegio que acababan de perder las centurias, en vez de ir a una sección de votantes designada por la suerte en todo el pueblo, fue exclusivamente transferido a la primera clase. Teóricamente, en cuanto atribuye el mismo valor a los votos del rico y del pobre, del ingenuo y del emancipado, y en cuanto los altos censatarios ya no tienen la mitad del número total de votos, sino solo la quinta parte, la nueva organización tocó en lo más vivo. Pero digamos también para hablar con toda exactitud que, de todas estas innovaciones, una de las más importantes en la práctica, si es que no era la primera, la que establecía la igualdad entre ingenuos y emancipados, fue suprimida al poco tiempo (en el año 534) por uno de los principales personajes del mismo partido reformista, el censor Cayo Flaminio, quien cerró las centurias a los emancipados. Cincuenta años más tarde veremos que se volvió a tomar y a ejercer con mayor rigor la medida de exclusión por parte de otro censor, Tiberio Sempronio Graco, padre de los dos agitadores y precursores de la revolución romana. De todas partes aflúan a Roma los emancipados, y era necesario rechazarlos a toda costa. Sin embargo, no por eso la reforma de las centurias dejó de entrañar resultados considerables y definitivos. Sin contar a los caballeros, a los que privó de la prioridad del voto, suprimió entre los ciudadanos que no iban a perderse en la clase más baja del censo las antiguas distinciones anexas únicamente a la fortuna que cada cual poseía. Un hecho a destacar es que estableció el principio de igualdad del voto entre todos los ciudadanos llamados a las urnas. Así sucedía hacía mucho tiempo en los comicios por tribus: en estos, todos los ciudadanos ingenuos y domiciliados tenían un derecho igual, mientras que no se contaba en las deliberaciones con los no domiciliados y los emancipados reunidos de intento en cuatro de las treinta y cinco tribus. La reforma

de los comicios centuriados se verificó, por consiguiente, con arreglo al sistema que prevalecía en las tribus. La razón es muy obvia. Casi todo se ventilaba ya en estas: elecciones, proyectos de ley, acusaciones criminales, todos los negocios, en suma, que exigían la cooperación del pueblo, pues el aparato complicado y difícil de las centurias no se ponía en juego sino en los casos reservados constitucionalmente para la elección de los censores, cónsules y pretores, o para la votación de la guerra ofensiva. Se ve, pues, que la reforma de las centurias no introdujo un principio nuevo en las instituciones de Roma; se contentó con extender y poner en práctica general una regla ya usual en aquella asamblea del pueblo que se reunía todos los días y para las más importantes deliberaciones. Democrática en realidad, no era en manera alguna por sus tendencias hija de la demagogia. Esto lo prueba el hecho de que, tanto antes como después, en las centurias y en las tribus se ve en último lugar al proletariado y al grupo de los emancipados, estas dos columnas del partido revolucionario. Tampoco debe atribuirse una importancia exagerada a los cambios introducidos por los innovadores en la forma de la votación de las asambleas primarias romanas. Si bien la ley electoral confirmaba la igualdad civil, esto no impedía en absoluto el nacimiento y los progresos de un nuevo orden políticamente privilegiado; incluso es probable que no le opusiera ningún obstáculo. Por grandes que sean los vacíos que deja la tradición histórica, no hemos de creer que debe atribuirse solo a su silencio la falta de influencia, confirmada por los acontecimientos políticos y el curso de las cosas, del jefe de la célebre reforma de los comicios centuriados. Cabe señalar que, en el momento en que daba a todos los ciudadanos activos los mismos derechos en la elección, estaba en íntima relación con ese otro movimiento que entrañaba, como hemos visto en otro lugar, la supresión de las comunidades de ciudadanos sin voto, llamados sucesivamente a la plena ciudadanía. El genio nivelador del partido del progreso abolía las diferencias y los antagonismos entre los ciudadanos; sin embargo, en este mismo tiempo se hacía más ancha y profunda la fosa entre estos y los no ciudadanos.

RESULTADOS DE LOS ESFUERZOS REFORMISTAS

En suma, para el que quiera darse cuenta de las aspiraciones y conquistas del partido reformista, parece claro que se había propuesto un fin seguramente patriótico y que sus esfuerzos enérgicos produjeron algún resultado. Quiso parar el golpe de la decadencia de las instituciones y de las costumbres, impedir ante todo la

desaparición del elemento agrícola, el relajamiento de la antigua y frugal austeridad, y poner un freno a la excesiva influencia política de la nueva nobleza. Desgraciadamente no entrevió un fin aún más elevado. El descontento popular y la honrada cólera de los buenos hallaron con frecuencia su expresión y su órgano poderoso en el partido de la oposición; pero nadie supo jamás remontarse a la verdadera fuente del mal, o inventar un plan de mejoramiento completo y verdaderamente grande. No hay, en realidad, pensamiento político. En medio de tentativas que no dejaban de ser honrosas, los reformadores se mantenían constantemente a la defensiva, y su actitud no indicaba ni con mucho la victoria. ¿Bastaba por sí solo el genio del hombre para curar el mal? No me atrevo a sostenerlo. Lo que hay de cierto en esto es que los reformadores del siglo VI de Roma fueron, en mi sentir, buenos ciudadanos antes que verdaderos hombres de Estado; y, en la gran batalla en la que la antigua institución cívica necesitaba frenar el choque del nuevo cosmopolitismo, no supieron combatir sino como filisteos mal armados y peor dirigidos.^[18]

LA DEMAGOGIA. SUPRESIÓN DE LA DICTADURA

Pero, así como al lado del cuerpo de los ciudadanos se levantaba y crecía la plebe, así también al lado del partido de la oposición útil y honrada surgían los demagogos, aduladores de la plebe. Ya nos habla Catón de «esos hombres dominados por el vicio de la charlatanería como otros lo están por el de embriagarse y dormir; de esos hombres que cuando no encuentran un público benévolo que los oiga gratuitamente, lo compran; que se los oye sin atender a lo que dicen, lo mismo que al pregonero, y en los que no se debe confiar cuando se necesita ayuda». Con su ruda fantasía nos pinta el viejo censor a «esos pequeños señores, formados a imitación de los charlatanes del ágora de los griegos, luciendo, venga o no al caso, su verbosidad y sus bufonadas, cantando, bailando y dispuestos siempre para todo, sin servir para nada más que para comparsas de una mascarada y para disparatar en público; y hablan o callan, al antojo del que les arroja un mendrugo de pan». Y, en efecto, semejantes demagogos eran los peores enemigos de la reforma. Cuando esta buscaba ante todo, y sobre todo, el mejoramiento moral del pueblo, la demagogia solo aspiraba a limitar el poder y a dar al pueblo una competencia y atribuciones universales. De este modo es como abolió prácticamente la dictadura, casi por una

especie de ensayo. Esta sí era una innovación enorme. La crisis del año 537 (pág. 135), la lucha entre Quinto Fabio y sus contrarios, y los agitadores del partido popular fueron golpes de muerte asestados a una institución que nunca había sido bien vista. Todavía al día siguiente de la derrota de Canas, el gobierno nombró a un dictador con mando militar activo; pero en tiempos más tranquilos no osó nunca recurrir a tan extrema medida. También instituyó una o dos veces un dictador para el arreglo de los negocios interiores de la ciudad, aunque en estos casos se consultaba previamente al pueblo acerca de la persona sobre la cual recaería la elección. Después de esta fecha, esta función cayó en desuso, por más que no estuviese formalmente abolida. Así se perdió el excelente correctivo del dualismo en los altos cargos, que, como sabemos, era un dualismo sabiamente combinado en todo el organismo de la constitución romana. El gobierno, que hasta entonces había tenido en sus manos la facultad de inaugurar la dictadura, o mejor dicho, de suspender a los cónsules, y que había además nombrado por sí solo y regularmente al dictador, se vio privado quizá de uno de sus más considerables instrumentos. Era muy necesario que el Senado reparase tal pérdida, y, por consiguiente, se arrogó en circunstancias extraordinarias, como en caso de guerra o de insurrección repentina, el derecho de conferir por cierto tiempo a los dos cónsules una especie de atribución dictatorial. De esta manera se los facultaba para tomar todas las medidas necesarias que persiguieran la salvación de la República^[19] y declarar la ciudad en estado de sitio, como diríamos hoy.

ELECCIONES PARA EL SACERDOCIO

Al mismo tiempo, la intervención formal del pueblo en el nombramiento de los funcionarios, en las cuestiones de gobierno, de administración y de hacienda adquiría grandes y peligrosas proporciones. En otro tiempo los colegios de los sacerdotes, sobre todo los de los peritos sagrados, que desempeñaban en la política un papel importante, proveían por sí mismos las vacantes ocurridas en su seno siguiendo la antigua costumbre, y hasta nombraban su jefe cuando debían tenerlo. En efecto, la cooptación (*cooptatio*) era la única forma de elección que respondía al espíritu del sacerdocio, a esas instituciones destinadas a perpetuar de generación en generación el conocimiento tradicional de las cosas santas. Aunque sin pretender que el hecho produjera grandes consecuencias en la esfera de la política, no puede no verse en lo que sucedió entonces por lo menos un síntoma de la rápida

desorganización de las instituciones republicanas. Hacia el año 542, y aun antes, fue quitada a la corporación y transferida al pueblo la designación del jefe de los curiones y de los pontífices. Para conciliar esta intromisión con los escrúpulos piadosos y timoratos del formalismo romano, y para no comprometer nada en este aspecto, no es ya el pueblo sino un corto número de tribus las que proceden a la elección.

INTERVENCIÓN DEL PUEBLO EN CUESTIONES DE GUERRA Y DE ADMINISTRACIÓN

Mucho más grave era el hecho de que el pueblo fuese tomando todos los días una parte más activa y ejerciendo mayor influencia en las deliberaciones relativas a las cosas o las personas, en la administración de la guerra o de los negocios exteriores. Se lo ve quitar al general en jefe la facultad de nombrar los oficiales que componen su estado mayor (pág. 338), elevar al generalato durante las guerras de Aníbal a los jefes de la oposición, y votar en el año 537 la ley insensata e inconstitucional que dividía el mando supremo entre un generalísimo impopular y su subalterno, favorito de las masas, quienes continúan en el campo la oposición que tenían en la plaza pública (pág. 335-336). Recordemos también las necias vocinglerías de los tribunos, atreviéndose a denunciar ante el pueblo lo que ellos llaman las faltas y deslealtades militares de un capitán tal como Marcelo. Primero lo obligan a abandonar el ejército, a venir a la ciudad a justificar públicamente sus talentos y la buena dirección de la guerra; y luego están los escandalosos esfuerzos intentados en la asamblea de los ciudadanos para que se negase al vencedor de Pidna, por un voto expreso, el triunfo que legítimamente le correspondía. Por lo demás, también están las atribuciones consulares excepcionales conferidas en el año 544 a un simple particular, Publio Escipión, si bien es verdad que fue con el consentimiento y a instigación del Senado; y, en contraposición, las peligrosas amenazas de Escipión al declarar que haría que el pueblo le diese el mando de la expedición a África, si el Senado se resistía (pág. 191). Recordemos por último dos cuestiones más: la tentativa de ese loco ambicioso que un día, a pesar del gobierno mismo, quiso arrastrar al pueblo a la declaración de guerra contra los rodios, guerra en extremo injusta bajo todo punto de vista; y el hecho de traer a la práctica la nueva máxima de derecho público que atribuye al pueblo, y solo a él, la ratificación de los tratados con el extranjero.

SU INTERVENCIÓN EN LOS ASUNTOS FINANCIEROS

Si ya era un peligro la intromisión del pueblo en el gobierno y en el mando militar, más lo fue su injerencia en los asuntos financieros. No solo porque todos estos ataques contra la más antigua y considerable prerrogativa del Senado, contra su derecho exclusivo a administrar la fortuna pública, quebrantaba su poder hasta en los cimientos, sino también porque transferir a las asambleas primarias una de las atribuciones más importantes de esta administración, a saber, la distribución del dominio, era sin duda abrir la fosa de la República. Además de que es una locura abrir las arcas del Estado a las asambleas populares para agotarlas arbitrariamente a fuerza de decretos, semejante licencia es también el principio del fin. Al practicarla, el pueblo mejor dotado se desmoraliza; y el primero que presenta estas mociones en tales asambleas adquiere un crédito incompatible con la verdadera libertad. La división del dominio público era seguramente un remedio saludable, y el Senado incurría en una doble censura despreciando con medidas tomadas espontáneamente la posibilidad de quitar todo pretexto a la más temible de las agitaciones. Sin embargo, cuando en el año 522. Flaminio presentó su moción para la distribución de los dominios públicos que había en el Picenum, hizo más daño a la República entrando en este nuevo camino, que beneficio consiguiendo su objeto. Ya Espurio Casio había pedido esto mismo doscientos cincuenta años antes (volumen I, libro segundo, pág. 465), pero, por análogas que fuesen las dos mociones en su tenor literal, se diferenciaban mucho en el fondo. Casio sometía una cuestión de interés público a la ciudad activa, que vivía y se gobernaba por sí misma. Flaminio, en cambio, sometía una cuestión capital a la decisión de una asamblea primaria.

NULIDAD POLÍTICA DE LOS COMICIOS

Tanto el partido reformista como el gubernamental entendían acertadamente que los asuntos de la guerra, la administración y las finanzas correspondían legítimamente al Senado. Así pues, lejos de aumentar las atribuciones de la asamblea popular, se guardaban de poner su poder regularizador en completo movimiento, en esta época que ya dejaba ver que entrañaba en sí misma un germen disolvente. Es ciertamente

sensible que el pueblo soberano de Roma desempeñase un poder tan limitado en muchos aspectos, como nunca ocurrió en la más limitada de las monarquías; pero la nulidad de la asamblea era en extremo necesaria en el estado actual del mecanismo de los comicios, aun a los ojos de los partidarios de la reforma. En este sentido, jamás se vio a Catón ni a sus secuaces políticos presentar al pueblo una moción que procediese del poder gobernante. Nunca intentaron, ni directa, ni indirectamente, arrancar al Senado con el auxilio del voto popular las medidas políticas o económicas que más les interesaban, la declaración de guerra contra Cartago o la distribución de tierras. Era una desgracia que el Senado gobernase mal; pero el pueblo no podía ni siquiera gobernar. No es que debiesen temer el predominio de una mayoría hostil en la asamblea; por el contrario, la palabra de un hombre ilustre, la voz del honor y la fuerza de la necesidad hallaban eco todavía en los comicios, e impedían mayores perjuicios y escándalos. Después de haber oído a Marcelo, el pueblo abandonó a su acusador y eligió al acusado como cónsul para el año siguiente. Más tarde acogió benévolamente las razones que se dieron para mostrar la necesidad de la guerra contra Filipo. Y, más tarde aún, dio fin a la guerra contra Perseo al elegir a Paulo Emilio, y luego le otorgó el triunfo merecido. Pero para tales elecciones y decisiones era necesario el impulso de circunstancias excepcionales; en casos ordinarios las masas obedecían pasivamente las instigaciones del primer alborotador que llegaba, y por regla general triunfaban la ignorancia o el azar.

DESORGANIZACIÓN DEL PODER

Tanto en la máquina del Estado como en todas las demás, todo órgano que cesa de funcionar se convierte en un estorbo; en este sentido, la nulidad de la asamblea soberana traía consigo grandes peligros. Conforme a la constitución, la minoría podía apelar todos los días al voto de la mayoría del pueblo reunido en comicios. Todo el que poseía el don de la palabra, o todo el que tenía dinero para repartir, hallaba fácil el acceso y abierta la puerta de la popularidad, y así podían crearse una buena situación o arrancar un voto que el poder y los magistrados tenían que obedecer forzosamente. De aquí surgieron esos generales ciudadanos acostumbrados a trazar sus planes de batalla en la mesa de una taberna y desde las alturas de su ciencia militar infusa, que compadecían a los que se tomaban el trabajo de aprenderla en los campos de batalla; de aquí, esos jefes superiores que debían su puesto a sus cábalas con los ciudadanos de Roma, y a los que, en el momento en que

las cosas se agravaban, era necesario despachar en masa. De aquí, finalmente, las batallas del lago Trasimeno y de Canas, y la vergonzosa guerra contra Perseo. A cada instante el gobierno se veía contrariado en sus miras y en su marcha, y obligado a obrar mal por inesperadas votaciones populares, casi siempre en el momento en que estaba de su parte toda la razón. No obstante, la debilidad del poder y de la República no era más que un pequeño peligro de todos los que habría de producir la demagogia. Tras la égida de los derechos constitucionales del pueblo, se levantaba directamente el poder faccioso de las ambiciones individuales. Consideraban como expresión regular de la voluntad del pueblo soberano lo que la mayoría de las veces no era más que la veleidad interesada de cualquier revoltoso. ¿Qué suerte podía esperar esta ciudad donde la guerra y la paz, el nombramiento y la deposición del general y de sus oficiales, el Tesoro, y, en pocas palabras, la salvación pública estaban a merced del capricho de las masas y del primer jefe que las dirigía? ¡Aún no había estallado la tormenta, pero ya se aglomeraban y condensaban las nubes y retumbaban en el espacio los primeros truenos! En su fin y en sus medios, y también en sus manifestaciones exteriores, venían a confundirse las tendencias más opuestas en apariencia. La política de las grandes familias y la de la demagogia se hacían una guerra peligrosa por las clientelas plebeyas, o por la adulación de unas y otras a la plebe. A los ojos de los hombres de Estado de la siguiente generación, Cayo Flaminio pasó por ser quien había abierto el camino a las tentativas reformistas de los Gracos, y en nuestro juicio a la revolución democrática y monárquica de los tiempos posteriores. ¿Olvidaban acaso que el mismo Publio Escipión, ese modelo de la nobleza que daba, por decirlo así, el tono a la afectada gravedad de los grandes, había sido el primero en lanzarse en busca de títulos y clientelas, y que se había apoyado en las masas contra el Senado mismo, en provecho de su política individual y casi dinástica? No contento con seducir a la plebe con el brillo de sus talentos y de su persona, la había corrompido con sus generosidades y con sus distribuciones de granos. ¿No se había apoyado también en las legiones, cuyo favor compraba por todos los medios lícitos o ilícitos? ¿No se había apoyado ante todo en su clientela, alta o baja? Perdido en las nubes de sus ilusiones, a la vez encanto y debilidad de su naturaleza, no se había manifestado sino de un modo incompleto; había creído no ser nada, o no querer ser más que el primer ciudadano de Roma.

¿Era acaso posible una completa reforma? Temerario sería quien osara negarlo o sostenerlo. Lo que hay de cierto es que había una urgente necesidad de realizar una profunda mejora del Estado en su cabeza y en sus miembros; pero nadie la emprendió seriamente. Vemos, sí, por una parte al Senado y por otra a la oposición

democrática ensayar algunos remedios parciales. De uno y otro lado, las mayorías tenían las mejores intenciones, y, dirigiéndose muchas veces al abismo que separaba a los partidos, trabajaban en conjunto para reparar las brechas más perjudiciales. Pero ¿para qué podía servir el hecho de que algunos hombres, entre los buenos, escuchasen con inquietud los sordos rugidos de la avenida y se dirigiesen a los diques, si no llegaban hasta la fuente misma de donde el mal procedía? No se inventaban más que paliativos; y por otro lado sus más útiles reformas, como el perfeccionamiento de la justicia y la distribución de los dominios públicos, concebidas inoportuna o insuficientemente, no hicieron más que preparar nuevos peligros para el porvenir. Se descuidaron al no preparar el campo en la estación propicia y, a pesar suyo, las semillas esparcidas se convirtieron en cizaña. Las generaciones siguientes, llamadas a sufrir la tormenta revolucionaria, creyeron ver la edad de oro de Roma en el siglo que siguió a las guerras contra Aníbal, y el mismo Catón apareció como el modelo del hombre de Estado romano. Pero esta calma no era más que el silencio que precede a la tempestad. Este siglo fue el siglo de las mediocridades; se parece mucho a la época del ministerio Walpole en Inglaterra; pero no se encontró en Roma un Chatam que renovara la sangre y restableciera en las venas del pueblo el movimiento de la circulación, largo tiempo detenido. A donde quiera que se dirijan las miradas, en el antiguo edificio no se ven más que hendiduras y grietas. Hay brazos dispuestos a cerrarlas o a hacerlas mayores; pero en ninguna parte se ven huellas de disposiciones tomadas para repararlo o reconstruirlo. La cuestión ya no es saber si se verificará el derrumbamiento, sino cuándo tendrá lugar. En su forma, la constitución romana nunca fue más estable que durante el período que media entre la guerra de Sicilia y la tercera guerra con Macedonia, poco más de unos treinta años. Sin embargo, esta estabilidad era ilusoria, lo mismo aquí que en las demás partes constitutivas de la sociedad romana. Lejos de demostrar salud y fuerza era, por el contrario, el síntoma de los comienzos de la enfermedad y el precursor de la revolución próxima.

XII

ECONOMÍA RURAL Y FINANCIERA

SISTEMA ECONÓMICO DE LOS ROMANOS

Así como desde el siglo VI se hace posible la historia de la gran ciudad, y trae consigo el enlace y encadenamiento de los diversos hechos,^[1] así también aparece en adelante con un aspecto más exacto y preciso el sistema económico de los romanos, y se presta mejor a nuestro examen. También en este momento histórico se constituyó la gran propiedad en la agricultura y en la renta bajo la forma y en los extensos límites de su desarrollo posterior. Sin embargo, no nos es dado fijar la división entre los elementos que tienen su raíz en las antiguas costumbres, los cuales serían imitación de la agricultura y economía financiera de las más antiguas naciones civilizadas, como la de los fenicios, y aquellos que son realmente el producto de la acumulación del capital y de la inteligencia entre los romanos. Pero, para el que quiera penetrar en el corazón de la historia, conviene abrazar con una sola ojeada el conjunto de su sistema económico.

La agricultura comprendía: 1.º los grandes dominios; 2.º los pastos para los ganados, y 3.º la pequeña propiedad. En su tratado especial Catón nos describe los primeros con una exactitud completa.^[2]

EL DOMINIO RURAL. SU EXTENSIÓN

El conjunto de los bienes rurales, o la unidad normal de la propiedad territorial, en general era entre los romanos de una extensión limitada; el que describe Catón era un área de doscientas cuarenta yugadas (60,457 ha). Era una medida muy común la de la centuria, de doscientas yugadas (50,377 ha). Sin embargo, en los viñedos, donde el cultivo exige mayor trabajo, la unidad rural era mucho menor. Catón la fija en una superficie de cien yugadas (25,188 ha). El propietario más rico en capitales no podía por esto aumentar su dominio, pero podía comprar muchos en forma separada. Las quinientas yugadas (125,190 ha), cifra máxima de las tierras dadas en ocupación (volumen I, libro segundo, pág. 313), se dividían generalmente en dos o

tres dominios.

SISTEMA ECONÓMICO

El arrendamiento hereditario, o enfiteusis, no era jurídicamente posible; solo para los terrenos comunales se suplía por arrendamientos que duraban toda una generación. Se concedían también a plazo más breve, ya en dinero, ya en especie, o a medias, por regla general,^[3] y el arrendatario estaba obligado a hacer a sus expensas los gastos de cultivo. Pero estas locaciones eran una excepción y de peores resultados. Puede sostenerse que no hubo en la Italia agrícola una verdadera y numerosa clase de arrendatarios propiamente dichos.^[4] Por regla general, el mismo propietario cultivaba la tierra aunque no con sus manos. De tiempo en tiempo visitaba sus fincas, arreglaba y organizaba el cultivo, vigilaba los trabajos, tomaba las cuentas a sus criados, y de este modo podía muy bien gobernar a la vez muchos dominios, y a veces también consagrarse a los negocios públicos, según las circunstancias.

NATURALEZA DEL CULTIVO

Los productos ordinarios en cereales consistían en trigo, cebada y maíz; después venían el nabo, el rábano, los ajos y la adormidera; por último y principalmente para el alimento del ganado, el altramuz, el haba, el guisante, la arveja y algunas otras plantas para forraje. La sementera se verificaba en otoño y, por excepción, en la primavera. Los riegos y el saneamiento de los terrenos se llevaba a cabo con el mayor cuidado, y se practicaba desde muy antiguo el sistema de cañerías. No faltaban tampoco prados naturales; en tiempos de Catón se los mejoraba ya con el riego artificial. También ocupaba muchos brazos un cultivo de una importancia igual a la producción de cereales y de plantas leguminosas, aunque no superior, el cultivo del olivo y de la vid. El primero se plantaba y cultivaba en medio de otras sementeras, y la vid cubría los ribazos.^[5] No faltaban tampoco árboles frutales, higueras, perales, manzanos, etcétera. Asimismo se utilizaban para madera de construcción, o para cama de ganado o forraje, los olmos, álamos y otros árboles y arbustos de mucha hojarasca. Como el vegetal era el principal alimento, y los

italianos no ponían en la mesa carne sino rara vez, y esto de puerco o de cordero, la cría de ganados no jugaba más que un papel subordinado en su economía rural, no porque desconociesen por completo las utilísimas relaciones entre la producción vegetal y animal, pues seguramente no ignoraban las ventajas de un buen estercolado. Con todo, ni ellos, ni la antigüedad en general supieron realizar, como los modernos, la asociación fecunda del cultivo de la tierra y de la cría de ganados. En cuanto a los animales grandes, solo tenían los estrictamente necesarios para la labor. No los mandaban a pacer en sus prados; los tenían en el establo durante todo el estío y casi todo el invierno. Después de la recolección enviaban a los campos su ganado lanar, a razón de cien cabezas por cada doscientas cuarenta yugadas, según afirma Catón. Durante la estación de invierno a veces las daba un propietario a algún gran poseedor de ganados; las entregaban a un colono o aparcerero que les daba una parte de las crías, y una determinada cantidad de leche y queso. También había puercos en el dominio (Catón cuenta diez zahúrdas por cada gran dominio), gallinas y palomas que buscaban por sí mismas el alimento, aunque a veces también se las cebaba. Además tenían pequeños matorrales donde se criaban conejos y liebres, y depósitos de peces, primeros ensayos de las pesquerías y viveros que adquirirán después proporciones inauditas.

MEDIOS DE CULTIVO. GANADOS

El trabajo de los campos se hacía con bueyes uncidos al arado y con asnos, que se empleaban principalmente en el transporte de estiércoles y en las tahonas. En el dominio había además un caballo para el uso del dueño. No todos estos animales nacían y se criaban en el lugar, sino que procedían de compras. Los caballos estaban por regla general castrados, lo mismo que los bueyes. Catón cuenta un par de estos últimos por cada dominio de cien yugadas (25,188 ha), y dos pares por cada dominio de doscientas cuarenta yugadas. Un agrónomo posterior, Saserna, cuenta por el contrario dos pares de bueyes por cada cien yugadas. Según Catón, se necesitaban tres asnos para servir este último dominio; según el otro autor, eran necesarios cuatro.

ESCLAVOS RURALES

En cuanto al trabajo, estaba a cargo de esclavos. A la cabeza de la familia de los esclavos rurales (familia rústica) había un capataz (*vilicus*, de *villa*), que cobraba y pagaba, compraba y vendía; y que, como era el depositario de las instrucciones del señor, tenía la alta inspección y ejercía en su ausencia el derecho de castigo. A sus órdenes estaba la directora (*villica*), encargada de la casa, de vigilar la cocina y la despensa, y que cuidaba además del gallinero y del palomar. Después venían los boyeros (*bubulci*) o labradores, los simples criados, el burrero, el porquero y el pastor, si había ganado. Además, el número del personal variaba según la clase de cultivo. En una posesión de doscientas yugadas sin plantación de árboles bastaban dos gañanes y seis criados; mientras que en un dominio de doscientas cuarenta yugadas, sembrado de olivos y con ganado se necesitaban tres de los primeros, cinco criados y tres pastores. La vid exigía naturalmente más personal: cien yugadas de vid necesitan un gañán, once criados y dos pastores. El capataz era, evidentemente, más libre que los demás servidores. Magón aconsejaba en su libro que fuese casado, criase a sus hijos y poseyese un peculio propio. Catón dice que debe estar casado con la directora. Es el único entre todos los esclavos que, si conduce bien las operaciones y prospera el cultivo, puede esperar la emancipación. Por lo demás, no forman todos más que una sola familia. Con los criados sucede lo mismo que con las bestias mayores, no nacen ni mueren en el dominio: se los compra en el mercado ya adultos; y, cuando la edad o alguna enfermedad los inutiliza para el trabajo, se los envía de nuevo al mercado para venderlos otra vez con los demás objetos de desecho.^[6] Las alquerías (villa rústica) comprendían los establos, los graneros, los almacenes para conservar los frutos, y los alojamientos del capataz y de los esclavos; además, el dueño tenía una habitación separada (villa urbana). Los esclavos, incluso el jefe de ellos, recibían los objetos necesarios a expensas del propietario en épocas y en cantidades determinadas, mientras que en lo demás se gobernaban por sí mismos. Sus vestidos y calzado, por ejemplo, comprados de antemano en el mercado, les eran entregados por orden de su señor. A ellos correspondía conservarlos en buen estado. Recibían también todos los meses el trigo que debían moler, la sal y algunos otros alimentos, olivas o pescado salado, vino o aceite. La cantidad era proporcionada al trabajo de cada cual (*demensum*); de esta forma el capataz, que tenía menos trabajo que los demás esclavos, obtenía también menor cantidad de alimento. La encargada de la casa era la que dirigía las cuestiones de cocina; la mesa y los alimentos eran los mismos para todos. Por lo general, los esclavos no llevaban cadena; pero si uno de ellos incurría en un castigo, o si había sospechas de que quería fugarse, se lo sujetaba inmediatamente con hierro (*compedes, collare, manicæ*) y pasaba la noche

en el calabozo.^[7]

TRABAJADORES EXTRANJEROS

En tiempos ordinarios bastaba la familia rural para desempeñar su tarea. Por lo demás, cuando era necesario los propietarios vecinos se ayudaban mutuamente y se prestaban sus esclavos, mediante un salario convenido. No se echaba mano de trabajadores extranjeros sino para los terrenos insalubres, en los que era ventajoso disminuir el número de servidores y alquilar jornaleros, o en tiempo de la siega, cuando el personal de la alquería no era suficiente para recoger todas las cosechas. Para segar el trigo y el heno se metían segadores, a los que se les daba como salario una gavilla por cada seis, siete, ocho o nueve, o la quinta parte del grano cuando aquellos se encargaban también de trillarlos (pág. 547, nota 18). Por ejemplo, los umbríos bajaban todos los años al valle de Reate (*Rieti*) a segar. Las recolecciones de la uva y de la aceituna se daban a destajo. El destajista llegaba con su cuadrilla de trabajadores libres a sueldo, o de esclavos que le pertenecían; hacía la recolección y la exprimía o molía bajo la vigilancia de los encargados de los propietarios a quienes entregaba los productos.^[8] Otras veces el propietario vendía los frutos antes de recogerlos, y la recolección corría por cuenta del comprador.

ESPÍRITU DE SISTEMA

Como se ve, la economía agrícola se movía en Italia en medio de la más completa ignorancia del poder y de la utilidad de los capitales. Para ella todo era lo mismo, esclavos o ganado. «Un buen perro de cadena —decía un agrónomo romano— no debe ser dulce con sus compañeros de esclavitud.» Por tanto, mientras servían para el trabajo, iban alimentando lo mismo al buey que al criado; sería un mal negocio dejarlos morir de hambre. Pero cuando no sirven ya para el trabajo se los vende con todos los trastos viejos, porque sería también un mal negocio conservarlos siendo inútiles. Por lo demás, aún en los tiempos antiguos la religión templaba la suerte de los desgraciados; el criado, lo mismo que el buey de labor, descansaban en los días de fiesta o de descanso prescritos por la ley.^[9] Y a propósito vamos a juzgar el espíritu y las tendencias de los señores, lo mismo de Catón que de los demás.

Interpretando a la letra las festividades del calendario piadoso, sabían en el fondo trastornarlo y eludirlo: mandaban dejar el arado, puesto que la ley lo disponía, pero aplicaban al mismo tiempo al esclavo a otros trabajos que no estaban expresamente prohibidos

No podían admitir que este desgraciado pudiese moverse libremente ni un solo minuto: «El esclavo —dice un aforismo catoniano— debe dedicar al trabajo el tiempo que no esté durmiendo». Nunca se abría paso la compasión; jamás se les daba un tratamiento humano que los hiciese cobrar cierto afecto al dominio o al propietario. El derecho del propietario pesa abierta y odiosamente sobre el esclavo sin pensar nunca en las consecuencias. «Tantos esclavos, tantos enemigos», dice el proverbio romano, y, como principio de buena administración doméstica, lejos de apaciguar los odios entre la familia procura suscitarlos. Por esta razón, el mismo Platón, Aristóteles y el cartaginés Magón, ese oráculo de la agricultura antigua, aconsejan no reunir esclavos pertenecientes a la misma nación, porque se unirán y conspirarán juntos. Ya hemos dicho anteriormente (volumen I, libro segundo, pág. 445) que el señor gobernaba sus esclavos como la República sus súbditos en las provincias, que eran una especie de «dominios del pueblo romano». De esta forma llegó un día en que el mundo sintió que el Imperio Romano no era más que una vasta institución de esclavitud. Si nos elevamos mentalmente hasta esas alturas poco envidiables de un sistema económico donde solo se cuenta como valor el capital empleado, se reconoce inmediatamente que no ha faltado al sistema de los romanos ni consecuencia en las concepciones, ni actividad puntual, ni sólida frugalidad. Su campesino, robusto y práctico, se refleja por completo en este cuadro del cultivador modelo que nos ha dejado Catón: «Levántase el primero y acuéstase el último; es tan severo para sí mismo como para su gente; sabe ante todo hacerse respetar por la mujer encargada del arreglo de la casa; vigila constantemente a los trabajadores, el ganado, y sobre todo los bueyes de labor; pone mano muchas veces a los trabajos de los campos, pero sin llegar nunca hasta el punto de fatigarse como el simple esclavo; está siempre sobre su hacienda; no pide prestado ni presta a otro; no da banquetes ni cuida de otros dioses que de los domésticos o campestres. Por último, deja al cuidado de su señor todo lo referente al comercio con los dioses o con los hombres; guarda ante todo una actitud modesta delante de su dueño, y, como esclavo fiel, arregla sencillamente su vida a las instrucciones recibidas».

«Es mal cultivador —dice en otro lugar— aquel que compra lo que puede producir; mal jefe de familia, aquel que hace de día lo que podía hacer de noche a la luz de su lámpara, a no ser que esté lloviendo o se haya desencadenado alguna

tormenta. Peor aún aquel que hace en los días de trabajo lo que hubiera podido dejar para un día festivo, y el más malo de todos es el que en el buen tiempo tiene su gente en casa en vez de mandarla a los campos».

No se ocultó a los agrónomos romanos la conveniencia de abonar y cultivar la tierra, pues profesaban esta excelente máxima: «La tierra no está a nuestros pies para recoger el trigo con solo removerla y cribarla, sino sembrándola primero y recogiendo después la cosecha». «Plantad primero vuestras viñas y vuestros olivares; después, cuando no seáis ya tan joven, edificad la casa.» En el fondo de su ciencia hay algo de la de los rudos campesinos; en vez del estudio racional de las causas y de los efectos, prefiere y sigue la antigua rutina. Sin embargo, no deja de acoger las experiencias y los adelantos del extranjero; y el mismo Catón, en la nomenclatura de los árboles frutales, menciona los procedentes de Grecia, África y España.

PEQUEÑOS AGRICULTORES

El pequeño cultivo solo se diferenciaba del grande en las proporciones en que se realizaba. En él, el propietario trabajaba solo con sus hijos o en común con sus esclavos.

LOS PASTOS

Cuando el ganado disminuía y el dominio era poco extenso para cubrir los gastos del arado y de la yunta, suplía a estos el azadón. Todavía eran escasas las viñas y los olivares. En las inmediaciones de Roma el campesino cultivaba su huerto de flores o de legumbres cuidadosamente regado, casi como se hace en la actualidad en las inmediaciones de Nápoles, cuyos productos recompensaban con generosidad su trabajo. El sistema agronómico de los pastos había alcanzado muchas más vastas proporciones que el cultivo de los campos. Los prados (*saltus*) eran siempre más extensos que las tierras de cultivo.

El mínimo del prado o del *saltus* era de ochocientas yugadas (201,508 ha), pero podía extenderse indefinidamente según las necesidades. Las condiciones climatológicas de Italia exigían además el desplazamiento de los ganados, yendo a

las montañas durante el estío y bajando a la llanura en el invierno. En aquellos tiempos, lo mismo que en la actualidad, y siguiendo casi los mismos senderos, los rebaños subían en la primavera de la Apulia al Samnium, y descendían de nuevo a la primera en el otoño. Hemos dicho anteriormente que en invierno los ganados no pastaban en las praderas, sino en las tierras eriales o donde se había cogido ya la cosecha. Se criaban caballos, bueyes, asnos y mulos, destinados principalmente a los propietarios de los dominios rurales, a los conductores de transportes, a los soldados y a los demás que de ellos necesitaban. También había manadas de puercos y rebaños de cabras. En cuanto al ganado lanar, se criaba en mayor escala y gozaba de cierta libertad en tanto el vestido usual era de lana. Estaba puesto en manos de esclavos y se regía de la misma manera que el cultivo de las tierras, pero en este hacía las veces de capataz el dueño del rebaño (*magister pecoris*). Durante el estío, los pastores no dormían bajo techado; acantonados a veces a muchas millas de toda habitación, se alojaban en medio del cercado, en alguna choza o cabaña hecha con ramas de árboles. Su oficio exigía que fuesen hombres escogidos y robustos; se les daban caballos y armas, y gozaban de una libertad de movimiento que no disfrutaban los esclavos dedicados al cultivo de la tierra.

RESULTADOS. CONCURRENCIA DE LOS GRANOS PROCEDENTES DEL EXTRANJERO PRECIO DE LOS TRIGOS ITALIANOS

No nos sería fácil apreciar en su justo valor los resultados de la agronomía romana si omitiésemos el estudio comparativo de los precios, principalmente de los cereales. Por lo común eran tan bajos, que asombran. Sin duda la falta era del gobierno, que en una cuestión de tan capital importancia se había dejado arrastrar a las más detestables medidas, no tanto por ignorancia, sino por la necesidad imperdonable de favorecer a los proletarios de Roma con detrimento de las poblaciones rurales de Italia. El trigo enviado por las provincias al Estado, ya gratuitamente, ya mediante una módica compensación, se aplicaba unas veces a la manutención de los funcionarios y del ejército de Roma, y otras era almacenado por los arrendatarios de los diezmos, quienes pagaban al Tesoro en dinero, o mandaban como empresarios los granos a Roma o al lugar que se les designaba. Después de la segunda guerra de Macedonia, los ejércitos se mantuvieron siempre con el trigo procedente de fuera de Italia. Si esto era ventajoso para las arcas del Estado, resultaba también que se

cerraba una salida de importancia para los productos de Italia, lo cual no era el mayor mal. El gobierno romano se había fijado tiempo atrás en los precios corrientes del mercado; y en los momentos de carestía y de escasez había acudido al peligro con oportunas importaciones de granos. Pero en la actualidad, cuando las contribuciones anuales de los súbditos le suministraban cereales en cantidades enormes que superaban con mucho las necesidades ordinarias en tiempo de paz; en la actualidad, cuando le era sumamente fácil procurarse a buena cuenta trigos del extranjero en cantidades casi ilimitadas, el Estado se vio impelido muy pronto a lanzar al mercado de Roma estos aprovisionamientos. Así, la acumulación obligó a una gran baja, y los precios llegaron a una tasa irrisoria, ya fuera que se los considerara en sí mismos, o comparados con los del mercado italiano. Del año 551 al 554, parece que a propuesta de Escipión el Estado entregó el trigo de España y de África a razón de doce a veinticuatro ases por cada seis modios romanos (cincuenta y dos litros y medio). Algunos años después (en 558) se trajo y se vendió en el mercado de la capital la enorme cantidad de nueve millones seiscientos mil modios de trigo de Sicilia (76 millones de litros) a este mismo precio. En vano se levantó Catón contra la imprevisión de estas medidas. La demagogia ya adulta lo tuvo a raya, y las distribuciones de la anona llamadas extraordinarias, pero que probablemente eran frecuentes, hechas por el Estado o por diversos magistrados a precios inferiores al corriente, han sido la verdadera fuente de las leyes posteriores sobre cereales. Además, el trigo extranjero no necesitaba llegar al consumidor por estos medios excepcionales para influir de un modo perjudicial en la agricultura italiana. Las masas de trigo que el Estado abandonaba a los arrendatarios de los diezmos eran adquiridas a tan bajo precio, que podían revenderlo con ganancia a un precio inferior al de aquel que se producía en el país. Por otra parte, en Sicilia y probablemente en las demás provincias, gracias a las ventajas del suelo y al sistema del cultivo en grande por medio de esclavos que los cartagineses tenían establecido en ella, la producción costaba mucho menos que en Italia. Por último, el flete del trigo de Sicilia y de Cerdeña era menor que el transporte de los cereales de Etruria, Campania o la Italia del Norte al Lacio. Por la marcha misma de las cosas estos trigos afluían a la península y forzaban la baja del precio. Para evitar estas funestas ventajas del cultivo en grande por medio de esclavos, hubiera sido quizá prudente gravar con un derecho las procedencias extranjeras. Sucedió precisamente lo contrario: se organizó un sistema de prohibiciones a favor de las provincias y se impusieron nuevas trabas al productor italiano. Sin embargo, vemos que por una vez y por una especie de favor se dio permiso a los rodios para sacar trigo de Sicilia. Por

lo común la exportación de granos solo se hacía para Italia, y de este modo la capital se reservaba el monopolio exclusivo de la producción de las provincias. ¿Hay necesidad de insistir sobre los efectos de semejante sistema? Dejemos aparte los años de extraordinaria abundancia, como el año 504, en el que seis modios de espelta costaban en Roma 3,5 de denario, y por este mismo precio podían comprarse ciento ochenta libras romanas de higos secos (cincuenta y nueva kilos), sesenta libras de aceite (diecinueve kilos y medio), setenta y dos libras de carne (veinticuatro kilos), y seis congios de vino (cerca de veinte litros). Otros muchos hechos hablan también elocuentemente. En tiempo de Catón se denominaba a Sicilia el granero de Roma. Según el testimonio de Polibio, en los países italianos en que florecía la agricultura, en la actual Lombardía, por ejemplo, en las posadas costaban medio as la comida y el alojamiento por la noche; en tanto los seis modios de trigo valían medio dinero. Este precio corriente, que apenas llegaba a la doceava parte del precio normal,^[10] atestigua de la manera más cierta la completa clausura de los mercados a la producción italiana: el trigo y la tierra habían caído en el grado más bajo de la escala de los valores.

REVOLUCIÓN EN LA AGRONOMÍA ROMANA

En un gran pueblo industrial, donde no bastaran los productos de su agricultura para alimentarlo, parecería quizá ventajoso este resultado, o por lo menos no aparecería como una cosa enteramente funesta. Pero en Italia, país de escasa industria y en el que la tierra jugaba un papel importante, semejante sistema conducía a una ruina cierta. Roma sacrificaba la prosperidad a los intereses esencialmente improductivos del pueblo de la capital, para quien el pan no estaba nunca suficientemente barato. ¡Qué rayo de luz proyectado sobre los vicios de la constitución y sobre la impotencia del gobierno, en la llamada edad de oro de la República! Si esta hubiese tenido los más simples rudimentos de un verdadero sistema representativo, se habrían abierto con las quejas los ojos de todos y se habrían dirigido hacia el origen del mal. Pero no era esto la asamblea primitiva del pueblo romano. Allí podía decirse y oírse todo; todo, menos las proféticas advertencias de un patriota más ilustrado que los demás. Un gobierno verdaderamente digno de este nombre hubiera puesto por sí mismo manos a la obra; pero, en su ciega confianza, todo el Senado creía asegurar la felicidad del pueblo rebajando el precio de los cereales. Sin embargo, según los Escipiones y los Flaminius se necesitaba hacer otra cosa muy diferente. ¿No era lo

primero emancipar a los griegos, y extender sobre la cabeza de todos los reyes la enseña de la República? La nave entró precipitadamente y sin piloto en medio de los escollos y de los arrecifes.

DESAPARICIÓN DE LAS CLASES RURALES

Una vez que el pequeño cultivo no podía remunerar el trabajo, el labrador estaba perdido y sin recursos. Al mismo tiempo, y esto contribuyó mucho a ello, entre los campesinos iban perdiéndose irremisiblemente la sobriedad de las costumbres y los hábitos de economía, lo mismo que se habían perdido antes entre las demás clases. Aun cuando pertenecían a los campesinos italianos, los pequeños capitales en tierras estaban destinados a refundirse por compra o abandono en los grandes dominios. Esto era solo cuestión de tiempo. En cuanto al gran propietario, pudo defenderse mucho mejor. En primer lugar, producía más que el campesino desde el momento en que al cambiar de método no había dividido su tierra entre muchos pequeños arrendatarios, sino que la daba para que la cultivasen a una banda de esclavos siguiendo la moda nueva. Quiéralo o no, incluso allí donde la revolución no se había aún verificado (volumen I, libro segundo, pág. 465), la concurrencia de los cereales de Sicilia obtenida por el trabajo esclavo obligaba al propietario a entrar en este mismo camino y a sustituir a las familias de trabajadores libres por un rebaño de esclavos, sin mujeres y sin hijos. Pero mientras que el campesino no tenía capital ni inteligencia, y reunía con gran trabajo lo estrictamente necesario, el gran propietario podía luchar más fácilmente aumentando cierta clase de cultivo, o modificándolo. Por otra parte, se contentaba con más facilidad que el campesino con una insignificante renta de la tierra. Como quiera que fuese, los cereales fueron disminuyendo por todas partes en la producción romana; incluso se llegó hasta no sembrar más que la cantidad imprescindible para mantener el personal instalado en el dominio, y se desarrollaron en mayor escala el cultivo del olivo, la vid y la cría del ganado.^[11]

EL OLIVO, LA VID Y LOS ANIMALES

Con el feliz clima de Italia, estos cultivos especiales no podían temer la

conurrencia extranjera. Los vinos, los aceites y las lanas de Italia predominaban en el mercado interior, y muy pronto llegaron a formar parte del comercio de exportación. El valle del Po, que no sabía qué hacer de sus trigos, abastecía la mitad de la península de puercos y jamones. Todas estas conclusiones se hallan confirmadas por lo que sabemos de los resultados económicos de la agricultura romana. Generalmente se admite que el interés normal del capital territorial ascendía al 6%, cuyo cálculo está en perfecta consonancia con la renta doble ordinaria del capital mueble. Por su parte, la cría del ganado producía más que cualquier clase de cultivo. El más productivo de estos era el de la vid; lo seguía el de las hortalizas y, después el del olivo; luego el de los prados, y, por último, el de cereales.^[12] Como cada explotación se verificaba en buenas y naturales condiciones de terreno y demás, bastaron estos resultados para suprimir el cultivo y reemplazarlo casi en todas partes por los grandes dominios. La ley misma no podía hacer nada en contra, y una falsa medida vino a aumentar el mal. Poco antes del año 536 (218 a.C.), al haber prohibido la Ley *Claudia de Senatoribus*, de la que hablaremos después, las especulaciones mercantiles a los miembros de familias senatoriales, se emplearon inmediatamente enormes capitales en tierras y se realizó la sustitución completa de quintas y grandes prados a las pequeñas labores. Además, la cría del ganado, mucho más ventajosa para el Estado que el mismo cultivo en grande, iba aumentando por efecto de las incitaciones económicas que llevaba consigo. Como de hecho exigía la explotación en gran escala, pero a la vez podía retribuirla, solo esta parecía la forma más propia a la masa de los capitales y a las ideas del tiempo acerca de cómo emplearlos. Si bien la labor no necesitaba de la continua presencia del dueño, convenía que este frecuentase bastante los lugares, pues se prestaba menos a la extensión ilimitada de los dominios y a la multiplicidad de posesiones. Los pastos, por el contrario, podían extenderse indefinidamente: ausente o presente, el propietario no desempeñaba en ellos ningún papel. Nuevas y no menos sólidas razones condujeron a convertir en praderas tierras excelentes para trigo, con gran perjuicio para la agricultura. El legislador quiso oponerse a ello, pero ¿en qué época? Supongo que en aquella que vamos historiando. Sus esfuerzos no dieron ningún resultado. Las ocupaciones finalmente ejercieron una perniciosa influencia en la situación económica. Como estas no se practicaban sino mediante grandes lotes, conducían también y exclusivamente al régimen de los *latifundia*. Como los ocupantes estaban sometidos a la condición de una revocación arbitraria, e inciertos legalmente acerca de la duración de su posesión, no podían hacer grandes gastos preparatorios para el cultivo. No plantaban vides ni olivares, y, por consiguiente,

utilizaban con preferencia las tierras para la cría de ganado.

ECONOMÍA FINANCIERA

No es tampoco fácil tarea querer exponer el sistema de la economía financiera de los romanos. La antigüedad no nos ha legado ningún libro sobre un asunto múltiple por su naturaleza, y mucho más complicado que lo que nunca fue el régimen agrícola. A creer lo poco que de aquel sabemos, pertenece a los romanos aún menos que este en sus elementos esenciales. Roma había bebido en la fuente común de la civilización antigua, en la que el edificio de la alta economía reproducía el mismo tipo en todos los países. En materias financieras, encontramos especialmente las instituciones comerciales establecidas en un principio a la manera de las griegas, que Roma recibió completamente formadas. Pero, por sus aplicaciones, siempre rigurosas, y por la grandeza de sus proporciones, se convirtieron en romanas por completo, hasta el punto de que en ninguna otra cosa tanto como en esto veremos manifestarse el espíritu de las ideas económicas corrientes en Roma, y la grandeza de las creaciones que de él proceden, tanto en el buen como en el mal sentido.

LOS PRÉSTAMOS

Los prestamistas, he aquí el punto de partida del sistema financiero. Ningún ramo de la industria comercial ha excitado tanto cuidado por parte del Estado como el de prestamistas de profesión (*fenerator*), o del traficante en dinero (*argentarius*). Desde el siglo de Catón, cosa que atestigua un movimiento financiero sabio y regular, el simple capitalista fue completamente sustituido en la dirección de los grandes negocios en metálico por el banquero intermediario, que con sus prácticas, mediante las cuales cobra y paga, arregla las cuentas de ingresos y gastos y se entromete en el interés interior y exterior. No es solo el cajero de los ricos en Roma, sino que en todas partes interviene en las transacciones parciales. Constantemente se lo ve haciendo operaciones hasta en las provincias y en los Estados de la clientela romana. En toda la extensión de los dominios de la República, el romano ya tiene, por decirlo así, el monopolio de los préstamos en numerario para todo aquel que lo solicita.

LAS EMPRESAS

A este movimiento de fondos se enlaza íntimamente el inmenso dominio de las empresas. Todos los asuntos se tratan en Roma por intermediarios. El Estado da el ejemplo dejando mediante un contrato a los capitalistas o las asociaciones de capitalistas el pagar o cobrar, todo el sistema tan complicado de sus ingresos, todos los suministros, todos los pagos y todas las contribuciones. Los particulares, por su parte, dan a los empresarios todo lo que puede hacerse de este modo: sus construcciones, la recolección de cosechas, la liquidación de sucesiones y de quiebras. El empresario, banquero por regla general, recoge todo el activo y se compromete a pagar todo el pasivo, según los casos, o solo un tanto por ciento; hasta llega a pagar también un excedente si pierde en su empresa.

EL COMERCIO

Desde los antiguos tiempos el comercio había jugado un papel importante en la economía política de los romanos, como hemos visto anteriormente (volumen I); pero durante el período actual tomó un vuelo más rápido, atestiguado por el constante aumento de los productos de aduanas en los pueblos de Italia. Las aduanas fueron en adelante uno de los capítulos más importantes del presupuesto de la República. ¿Tenemos necesidad de señalar las causas de este gran progreso de las relaciones comerciales? Son patentes. Agreguemos solamente los privilegios de toda clase concedidos a los nacionales italianos en las provincias ultramarinas, y, sobre todo, las inmunidades aduaneras que ya disfrutaban romanos e italianos en los numerosos países de la clientela de la República.

LA INDUSTRIA

La industria, por el contrario, se quedó muy atrasada. Esto no quiere decir que en Roma se pudiese pasar sin oficios, ni que falten, hasta cierto punto, señales de su concentración en la ciudad. Catón aconseja a los labradores de Campania que vengán a Roma a comprar vestidos y calzado para sus esclavos, así como arados, vasos y cerraduras. Siendo la lana un vestido usual, no puede negarse sin faltar a la verdad la

existencia en Roma de una fabricación extensa y lucrativa.^[13] Sin embargo, no deben buscarse en Italia las huellas de una organización industrial análoga a las de Egipto y Siria. Nada parecido a esto se había establecido en la península; y los capitales italianos iban a sostener la industria extranjera. Sabemos que en Italia se cultivaba el lino y que se preparaba la púrpura; pero este último trabajo pertenece a la griega Tarento. Por lo demás, en todas partes la fabricación indígena cede el puesto a los linos importados de Egipto y a la púrpura procedente de Tiro o de Mileto. Los capitalistas romanos comenzaron, como contraparte, a comprar posesiones en el exterior, que dedicaban al cultivo de los cereales y la cría de animales en gran escala. De esta época datan en Sicilia los primeros progresos de estas especulaciones, que adquirieron después tanta importancia. Las prohibiciones impuestas a la libertad de los sicilios (pág. 77), si no tenían por objeto este resultado, contribuyeron al menos poderosamente a poner en manos del especulador, que vivía en Roma en una inmunidad completa, el verdadero monopolio de la propiedad territorial.

OFICIOS SERVILES

En todas las profesiones los oficios manuales eran ejercidos por hombres de condición servil. Los prestamistas y banqueros tenían en los puntos más apartados hasta donde se extendían sus negocios establecimientos y sucursales dirigidos por sus esclavos y sus emancipados. Colocados en todas las oficinas de recaudación, percibían las tasas de las aduanas arrendadas a las compañías por el Estado. El empresario de construcciones compraba esclavos arquitectos, y el de espectáculos y de combates de gladiadores, que trabajaban por cuenta del que daba la función, compraba u organizaba su compañía de esclavos artistas dramáticos o su banda de combatientes. El mercader tenía a su vez en sus naves esclavos y emancipados, a los que confiaba la conducción de sus mercancías y destinaba además a toda clase de operaciones. Por último, no necesitamos recordar que también eran esclavos los que trabajaban exclusivamente en las minas y en las fábricas.

Nada más triste que su condición. Peor tratados ordinariamente que entre los griegos, sin embargo, había diferencias entre ellos: los que se dedicaban a oficios tenían por regla general menos motivo de queja que los que se empleaban en la agricultura. Solían tener familia y un mobiliario independiente de hecho; les era

posible además ganar su libertad, un *peculio*. Pero al mismo tiempo fueron el semillero de esos aventureros de origen servil, que, recompensados por sus virtudes y muchas veces también por sus infames vicios, llegaron a formar en las filas de los ciudadanos de Roma, y consiguieron muchas veces una gran fortuna. Hombres funestos para la República, y tan ruinosos como la misma institución de la esclavitud desde el punto de vista moral, político y económico.

EXTENSIÓN DEL COMERCIO. SISTEMA MONETARIO

El comercio de los romanos marchaba completamente a la par con los progresos de su poder, y se hizo grandioso como este. Para formarse una idea de su verdadera actividad en el exterior, basta hojear las obras literarias de aquel tiempo, el teatro cómico sobre todo. Allí se veía al mercader fenicio conversando en su lengua y mezclando en el diálogo palabras griegas y semigriegas. Pero en la moneda y en los asuntos que con ella se rozaban es donde mejor se confirma la extensión y la intensidad del movimiento comercial. El dinero romano, o pieza de plata de diez ases (volumen I, libro segundo, pág. 473), sigue paso a paso a las legiones romanas.

Después de la conquista, las fábricas de moneda que había en Sicilia fueron completamente cerradas. La acuñación cesó en el año 542, tanto en Siracusa como en el resto de la isla, o fue reducida a la simple emisión de barras. Lo mismo aquí que en Cerdeña, el dinerillo de los romanos tuvo en adelante curso legal y probablemente exclusivo, o por lo menos circuló a la par de la antigua pieza local de plata. Anteriormente hemos dicho (pág. 78) que penetró también muy pronto en España, donde se explotaban las ricas minas de plata y donde no tuvo que sustituir ninguna moneda indígena. Así pues, en las ciudades españolas se pusieron desde muy antiguo monedas de plata bajo el pie monetario de Roma (pág. 220). Por otra parte, como Cartago emitía poca o ninguna moneda, hay que tener por cierto que en toda la región mediterránea del oeste no había ninguna fábrica importante fuera de las fábricas romanas, a no ser en Marsella y quizás entre los griegos ilirios de Apolonia y de Dirachium. Pero aun estos, cuando los romanos comenzaron a establecerse en la región del Po, usaron también la moneda romana (año 525). Si el derecho de acuñar se conservó en todas estas ciudades, los masaliotas, en cambio, se vieron obligados a arreglar su dracma al peso de la moneda de 3/4 de dinero; y por su parte el gobierno se puso a acuñar la misma moneda para la Italia del Norte,

donde se le dio el nombre de *victoriatas*.^[14] Y no fue solo entre los masaliotas, los italianos del norte y los ilirios donde se puso en práctica el nuevo sistema acomodado al sistema romano, en adelante las monedas greco-romanas tuvieron también curso en el norte, en el país de los bárbaros. Las de Masalia circulaban en toda la región del Ródano; las de Iliria, hasta en la región de la actual Transilvania. En Oriente, como no se había aún establecido la dominación romana inmediata, la moneda romana no tuvo curso exclusivo. Las transacciones mercantiles se arreglan en oro, metal intermediario natural de todo comercio internacional y trasmarino. En cuanto a los romanos, fieles a sus hábitos conservadores salvo en el momento del desastre financiero causado por la guerra con Aníbal (pág. 187), persistieron en no acuñar moneda de oro; se limitaron a la moneda de plata, y, como en los antiguos tiempos, a la de cobre, metal nacional de Italia. Pero ya las exigencias del comercio eran tales que obligaban a emplear el oro, no acuñado, sino ajustado a peso. En los ahorros del Tesoro, en el año 597 había apenas una sexta parte en plata en bruto o en lingotes, y cinco sextas partes en barras de oro.^[15] En la misma proporción se hallarían indudablemente ambos metales preciosos en las cajas de los principales capitalistas romanos. Es evidente que desde este momento el oro ocupó el primer lugar en los grandes negocios; de donde se puede concluir que en el comercio general predominaban las operaciones realizadas con el extranjero, y sobre todo con los orientales, que después de Filipo y Alejandro el Grande habían adoptado el oro como metal circulante.^[16]

RIQUEZA DE LOS ROMANOS

Roma era el centro donde, tarde o temprano, venían a concentrarse todas las ventajas obtenidas en el inmenso movimiento de los negocios emprendidos por sus capitalistas, porque, por más que muchos se estableciesen en el exterior, rara vez abandonaban la gran ciudad sin intención de volver a ella. Volvían un día con sus ganancias y colocaban sus capitales en Italia, o bien los hacían circular por el exterior con ayuda de sus relaciones adquiridas y continuaban desde la misma Roma sus antiguos negocios. La supremacía de la riqueza romana sobre el mundo civilizado era tan incuestionable como su dominación militar y política. En este aspecto, la situación de la República frente a los otros países era análoga a la ocupada en nuestros días por Inglaterra respecto del continente. «Para un romano no

hay nadie rico», decía cierto día un griego hablando del segundo Escipión el Africano. ¿Qué era, pues, en aquella época en Roma poseer una gran fortuna? Lucio Paulo poseía setenta talentos, y pasaba por un senador medianamente acomodado. Mientras que el griego más opulento del siglo no poseía más de trescientos talentos, se creía que el primer Escipión no había hecho más que arreglar medianamente las cosas dotando a cada una de sus hijas en cincuenta talentos, teniendo en cuenta su posición social. De estos hechos, evidentemente, es fácil sacar la conclusión.

ESPÍRITU MERCANTIL

Después de esto, no tiene nada de extraño que se apoderase de la nación el espíritu mercantil, o mejor dicho, que las prácticas financieras en gran escala invadiesen prontamente todas las formas de la vida y todas las situaciones. Obedeciendo a una fuerza irresistible, la agricultura y aun el gobierno mismo no tardarán en reducirse a grandes empresas financieras. Ganar y aumentar su fortuna, he aquí el capítulo más importante de la moral pública y privada. «El haber de una viuda puede aminorarse —dice Catón en el *Catecismo práctico* dedicado a su hijo— pero el hombre debe aumentar siempre el suyo, y es más digno de renombre e inspirado por los dioses aquel cuyo libro de cuentas atestigua después de su muerte que ha ganado más que lo que heredó.» Así, pues, tratándose de un cambio de prestaciones, se respetaba por sí mismo el pacto concluido sin ninguna formalidad. La costumbre y la jurisprudencia abren la acción, en caso de engaño, a la parte lesionada,^[17] pero la simple promesa de donación es nula en la teoría del derecho lo mismo que en la práctica. «En Roma —dice Polibio— nadie da a otro, si no está obligado a ello: nadie paga un óbolo antes del término fijado, aun cuando sea entre parientes.» Se vio entrar al legislador en el camino de una moral mercantil que consideraba un disipador a todo aquel que daba gratuitamente. Las donaciones, los legados y las cauciones fueron restringidas mediante una ley votada por el pueblo, y las herencias, por lo menos, pagaron un pesado tributo cuando no recaían en el sucesor más próximo. Al lado de estas medidas, y en perfecta concordancia con ellas, todos los actos de la vida de Roma revistieron una puntualidad mercantil y una probidad cuyas miras eran el respeto de sí mismo y de todos. Todo hombre ordenado está moralmente obligado a llevar con exactitud el registro de sus ingresos y de sus gastos; en toda casa bien montada hay una habitación para los negocios y una oficina (*tablinum*).^[18] Todos se cuidan de no morir intestados; y Catón contaba entre las tres cosas que le remordían la conciencia

«el haber estado un día, en cierta ocasión, sin tener arreglado mi testamento.» En los asuntos judiciales, los registros domésticos eran una prueba legal, casi lo mismo que los libros del comercio según nuestras leyes modernas. La palabra del hombre honrado era un testimonio contra sí y a su favor. Entre las gentes de buena reputación era muy común el juramento litisdecisorio. Exigido por una y prestado por otra de las partes, decidía jurídicamente el proceso. Según una regla tradicional (*more majorum traditum*), si faltaba la prueba, los jurados fallaban en favor del hombre de reconocida honradez y en contra del que tenía una vida relajada. Si por ambas partes era igual la reputación, buena o mala, votaban siempre a falta de pruebas a favor del defensor.^[19]

Había mucho de convencional en esta respetabilidad que tenía su exacta expresión en la máxima, constantemente exagerada, de que «el hombre honrado no se hace pagar sus servicios». De esta forma nadie era remunerado: ni los funcionarios, oficiales, jueces o tutores, ni los hombres notables encargados de una misión pública, cualquiera que fuese, los cuales se reembolsaban a lo sumo sus gastos, ni los que de amigo a amigo se hacían un servicio recíproco. Solo a título gratuito era como se aceptaba el depósito de un amigo (*depositum*), como se le entregaba una cosa no susceptible de arrendamiento (préstamo de uso, *commodatum*) para usar de ella, o como se manejaban sus negocios o sus intereses (*procuratio*). Hubiera sido mal visto reclamar una indemnización cualquiera: aun cuando esta hubiese sido prometida, no habría sido admitida la acción. El hombre se había convertido en todo y por todo en un completo negociante. Así es que en vez del duelo, y aun del duelo político, los romanos de entonces tenían el arreglo en dinero y el proceso con depósito. En el procedimiento de la época a la que nos referimos, las cuestiones de honor se arreglaban por un *pari* entre el autor del perjuicio y la parte lesionada; uno sostenía la verdad y el otro la falsedad de la imputación. En cuanto a los hechos con demanda de pago de la suma estipulada, los jueces conocían en todas las formas de derecho. Ofensor u ofendido, se era libre de aceptar o no el desafío en materia de reto, tal y como en nuestros días; pero muchas veces, lo mismo que sucede hoy, no era el hombre honrado libre de rehusarlo.

LAS ASOCIACIONES

El mercantilismo había adquirido de este modo una influencia predominante en las

costumbres romanas, y habría sido difícil que un hombre extraño a los negocios fuera capaz de medir su poder. Entre otros resultados importantes se siguió un desarrollo poco común del espíritu de asociación, que en Roma encontraba ya su alimento en las prácticas seguidas por el gobierno. Hemos mostrado en otro lugar que este acostumbraba entregar a los empresarios la gestión de los negocios financieros; pero la importancia de los intereses abandonados de este modo, y las seguridades que el Estado podía legítimamente exigir conducían naturalmente a que los arriendos y los suministros fuesen tomados por sociedades y no por capitalistas aislados. Todo el gran comercio se organizaba en forma de empresas. Como rasgo característico del sistema perfecto de las asociaciones, hallamos también en Roma la huella de una inteligencia entre las compañías en concurrencia para el establecimiento común de los precios, con lo cual se fundaba el monopolio.^[20] En los asuntos de ultramar y en todos los sujetos a grandes riesgos, se vio a las sociedades ir tan lejos, que de hecho suplían por sí mismas la falta de contratos de seguros que la antigüedad no conoció. Nada más común que el préstamo marítimo y el préstamo a gran riesgo, como diríamos hoy, por el que las pérdidas y las ganancias de la especulación ultramarina se dividían proporcionalmente entre los propietarios del buque y del cargamento, y todos aquellos que habían prestado sus capitales para el armamento.

Además era un principio entre los hombres de negocios interesarse a la vez en muchas especulaciones, tomando solo pequeña participación en cada una; no les gustaba obrar completamente solos. Catón les aconseja no emplear nunca todo su capital en el armamento de un solo buque: «Vale más unirse a otros cuarenta y nueve especuladores para armar en común cincuenta buques, no teniendo de este modo más que una quincuagésima parte de riesgo». Cuán múltiples y complicadas operaciones engendraba tal sistema. Pero el negociante romano sabía suplirlas a fuerza de orden, trabajo y exactitud, con ayuda de su banda de esclavos y de emancipados, medio de acción mucho más poderoso que nuestras modernas factorías; y esto no juzgando las cosas más que desde el punto de vista del puro capitalista. De esta forma se vio a las asociaciones comerciales extender su red hasta la casa de todos los romanos notables. Polibio atestigüa esto cuando dice que no había en Roma un solo hombre rico, que ya públicamente, ya en secreto, no estuviese interesado en las sociedades arrendatarias de los servicios del Estado; y con más razón debió colocar siempre la mayor parte de sus capitales en las compañías mercantiles. A esta causa también hay que atribuir la duración de las fortunas romanas, duración aún más admirable que su enormidad. Asimismo, cuando asistimos al juego regular de los estrechos pero

sólidos principios que rigen entre ellos la administración completamente mercantil de las fortunas privadas, nos damos fácil cuenta del fenómeno que ya hemos mencionado; hablo de la esterilidad de las grandes familias romanas, intactas y homogéneas, por decirlo así, durante el transcurso de los siglos.

LA ARISTOCRACIA DEL DINERO

Al levantarse sin oposición los capitales sobre los demás elementos, nacieron y se extendieron muy pronto los vicios que son inseparables de aquellos en toda sociedad en que dominan. La igualdad civil herida ya de muerte por el advenimiento de una clase noble y dueña del poder recibió un nuevo ataque por la profunda división, cada día más marcada, entre los ricos y los pobres.

Hemos dicho anteriormente que la regla del buen tono exigía que los servicios fuesen gratuitos, y que era vergonzoso hacérselos pagar. Esta práctica, indiferente al parecer, sumergía a los capitalistas en un abismo de vicios y de orgullo. Y de hecho fue tal vez la causa que más contribuyó al cisma. No era solo el jornalero o artesano el que se hallaba rechazado por el propietario o el fabricante, afectando su desdeñosa respetabilidad. La misma distancia mediaba entre el soldado y el tribuno militar, y entre el escribiente o el lictor, y el magistrado. Se levantó también una barrera infranqueable formada por la Ley Claudia y por la moción de Flaminio (hacia el año 536). Esta ley prohíbe a los senadores o a sus hijos poseer buques, a no ser para el transporte de los productos de sus fincas; se les prohíbe también, según yo entiendo, el interesarse en las subastas públicas. En una palabra, no pueden hacer acto alguno que se relacione con lo que los romanos llamaban especulación (*quæstus*).^[21] Semejantes prohibiciones no procedían en realidad de los mismos senadores. En ellas debe verse un acto de la oposición democrática, que quería en un principio poner término a las malas prácticas y al escándalo de los contratos administrativos verificados por los hombres del poder con el poder mismo. Quizá, como se ha visto muchas veces después, los capitalistas ya habían hecho causa común con los demócratas para desembarazarse por este medio de sus temibles rivales. Si tal fue su intención, no se realizó sino muy imperfectamente; las asociaciones abrían de par en par la puerta a capitalistas ocultos. Por otra parte y en cuanto a la ley, no hizo más que establecer una separación jurídica entre los notables que especulaban a las claras y los que lo hacían ocultamente. Al lado de la aristocracia política fundó la aristocracia de la riqueza en la clase a la que se daba particularmente el nombre de

caballeros, y cuyas rivalidades con el orden noble llenan la historia de los siglos que siguieron.

ESTERILIDAD DEL SISTEMA CAPITALISTA

Aún no hemos terminado. El poder exclusivamente dado a los capitales tuvo como consecuencia el desarrollo desproporcionado del ramo del comercio en general más estéril, y en todo caso el menos productivo en la economía política. La industria, que debió ocupar siempre el primer rango, había caído en el último. El comercio florecía, pero era un comercio puramente pasivo. En la frontera norte Roma no pudo pagar ni una sola vez en mercancías por los esclavos sacados de los países célticos y aun de la misma Germania, e importados en grandes masas por Ariminum y otros mercados de la Italia septentrional. Desde el año 523 (231 a.C.) y por no remontarnos más, el gobierno creyó que debía prohibir la salida de numerario destinado a la Galia. En las transacciones con Grecia, Siria, Egipto, Cirene y Cartago, el balance comercial daba un resultado necesariamente perjudicial a los italianos. Roma se convirtió en la metrópoli de los Estados mediterráneos, e Italia en el suburbio o arrabal de Roma. Parece que no se aspiraba a nada más; con la incuria de la opulencia se acomodaban a ese comercio pasivo, cosa anexa a toda capital que no tiene más vida que la que le da su cualidad de capital. ¿Para qué producir? ¿No se poseía suficiente oro para comprar lo necesario y aun lo que no se necesitaba? El comercio de numerario y la percepción de tasas organizada mercantilmente, he aquí el verdadero dominio y la fortaleza de la economía romana. Así, pues, suponiendo que aún quedasen en Roma algunos elementos de vida para una clase media que llegaba a un regular bienestar, para un tercer estado insignificante que tenía suficientes recursos para vivir, se extinguieron muy pronto estos elementos, ahogados por los funestos progresos de los oficios serviles. En los casos más favorables, se aumentó únicamente la clase de los emancipados.

LOS CAPITALISTAS Y LA OPINIÓN. LA AGRICULTURA SUFRE LOS EFECTOS DEL SISTEMA CAPITALISTA

Como en el fondo del sistema puramente capitalista no hay más que inmoralidad

creciente, la sociedad y la comunidad romana se iban corrompiendo hasta la médula. El egoísmo más desenfrenado ocupó en ellas el lugar de la humanidad y del amor a la patria. La parte más sana de la nación sentía sin duda el mal; los odios instintivos de la multitud, lo mismo que la prudencia y los disgustos del hombre de Estado, se levantaban contra los prestamistas de profesión, contra esa industria perseguida por la ley durante tanto tiempo, y que en la actualidad estaba castigada incluso por su letra muerta. Leemos en una comedia de aquel tiempo:

En realidad yo os metería a todos en el mismo saco, a vosotros y a ellos (prostituidores y banqueros). Aquellos tienen por lo menos su mercancía en lugar oculto, pero vosotros os instaláis en medio del *Forum*. Aquellos desuellan en sus guaridas la gente que seducen, vosotros la desolláis en vuestro mostrador a fuerza de usura. Ha votado el pueblo muchas leyes contra vosotros, pero tan pronto como han sido votadas han sido violadas. Vosotros halláis siempre alguna hendidura por donde escapar. No son para vosotros nada más que agua hirviendo, que se enfría inmediatamente.^[22]

Catón el reformador levantó la voz más que el poeta cómico. Léase el comienzo de su libro sobre la agricultura:

A veces es ventajoso comerciar, pero se arriesga en ello mucho; también lo es prestar con usura, pero es cosa poco honrosa. Nuestros padres quisieron, y lo consignaron en leyes, que el ladrón devolviese el doble de lo robado, y el usurero el cuádruple; de donde se deduce que, a sus ojos, es peor el usurero que el ladrón.^[23]

En otra parte dice «que entre el usurero y el asesino» no hay gran diferencia. Agréguese a esto que sus actos no desmentían sus palabras. Siendo procónsul en Cerdeña trató tan mal como juez a los usureros romanos, que no quedó ninguno en el país. La mayoría de la clase gobernante veía mal los préstamos usurarios. No contentos con portarse en las provincias con probidad y honradez, sus representantes se esforzaban muchas veces en prevenir el mal y luchaban con todas sus fuerzas contra los usureros; pero ¿qué podían hacer los altos funcionarios que iban a las provincias como de paso, y cambiaban a cada momento? La ley no se aplicaba nunca de un modo constante e igual. Todos comprendían, y era fácil de comprender, que importaba menos poner la especulación bajo la vigilancia de la policía, que cambiar el sistema económico desde su cimiento. En este sentido es como hombres tales como Catón predicaban a favor de la agricultura con la palabra y el ejemplo. «Cuando nuestros antepasados —continúa Catón en su preámbulo— tenían que elogiar a un hombre de bien, lo ensalzaban como buen agricultor y labrador. Semejante elogio era el más grande que podía hacerse. Comprendo que el mercader

es activo y anhela la ganancia, pero está expuesto a graves riesgos y a los golpes del infortunio. Y, además, ¿no es la agricultura la que suministra hombres más fuertes y soldados más vigorosos? ¿Qué ganancia más honrada y segura y menos expuesta a la envidia que la del labrador? Los que se consagran a las tareas del campo no piensan nunca mal.»^[24]

Por último, hablando de sí mismo, el sabio anciano decía que su fortuna procedía de dos fuentes, la agricultura y la economía. Concedo que esta aserción no fuese muy lógica ni esté absolutamente conforme con la verdad;^[25] sin embargo, para sus contemporáneos y la posteridad ha sido con razón el modelo del romano propietario y agrónomo. Desgraciadamente era muy cierto ya que por una consecuencia a la vez notable y funesta del estado económico, la agricultura, remedio tanto y tan cándidamente ensalzado, desfallecía también y caía envenenada por las prácticas de los capitalistas. El mal es evidente en la agricultura pastoril; por las razones expuestas disfrutaba del favor general, aunque el partido de la reforma de las costumbres no la viera del mismo modo. Pero ¿qué pasaba en el dominio de la agricultura propiamente dicha? La guerra hecha por el capital al trabajo desde el siglo III hasta el V de la fundación de la ciudad, guerra que arrancaba al libre campesino la renta de toda su finca por el interés de una pequeña deuda y que la hacía pasar a manos de un usurero enteramente ocioso, esta guerra había cesado principalmente por los progresos del sistema económico, es decir, por la extensión del capital latino impulsado por el camino de la especulación hasta las playas del Mediterráneo. Pero en la época que vamos historiando, mientras el ancho campo de las transacciones comerciales no era suficiente para las masas de capitales acumulados en Roma, la ley, en sus ilusiones, tendía por medios completamente artificiales a encerrar y concentrar las fortunas de los senadores en la propiedad del pueblo itálico. Después envilecía sistemáticamente el valor de la propiedad territorial en Italia, bajando hasta lo máximo el precio de los cereales. Inmediatamente se empeñó una nueva lucha entre el capital y el trabajo libre, o lo que era lo mismo en la antigüedad, entre el capital y las clases rurales. La primera guerra había sido muy funesta, y sin embargo, parecerá dulce y humanitaria después de presenciada la segunda. Los capitalistas no prestaron ya a los campesinos; pero, además, ¿cómo hacerlo cuando el pequeño poseedor no sacaba de su tierra ningún producto líquido? Práctica muy sencilla y muy radical. Al capitalista le resultaba más ventajoso comprar el campo mismo y convertirlo por lo menos en alquería cultivada por esclavos. Esto se llamaba también agricultura; y, después de todo, no niego que el capital fuese aplicado a la producción de frutos de la tierra. Catón es

exacto en el bosquejo que nos ha legado de la agricultura de su tiempo; pero cuán opuesto es este cuadro a la agricultura tal como él la pinta y aconseja. En aquella época había un senador romano que poseía cuatro dominios iguales al dominio modelo de Catón. Sin embargo, ¿qué población podría haber en aquellas tierras, que en la época de la pequeña propiedad debieron nutrir a ciento cincuenta familias de campesinos? Apenas una familia libre, y cuando más cincuenta esclavos solteros. He aquí el tan decantado remedio que debía restaurar la prosperidad económica de Roma. A la antigua enfermedad había sustituido otra que era aún peor.

DESARROLLO ECONÓMICO DE ITALIA

Los resultados generales del sistema se manifestaron primeramente en el cambio de relaciones y de cifras de población. La condición de los diversos países de Italia variaba mucho: en algunos, es necesario confesarlo, había mejorado. Los numerosos colonos establecidos entre el Apenino y el Po se habían conservado, y solo desaparecieron muy lentamente. Polibio, que viajaba por el país al fin del período del que nos ocupamos, ensalza el número, la robustez y la fuerza física de los habitantes. Agrega que con una legislación mejor concebida hubiera sido posible hacer no de la Sicilia, sino de esta región del Po, el granero de Roma. Asimismo, en el Picenum y en la campiña de los galos (*ager gallicus*), donde las tierras pertenecientes a los dominios comunales habían sido distribuidas en lotes en virtud de la Ley Flaminia, había una población muy densa por más que la guerra contra Aníbal la hubiese diezmando. En Etruria y en Umbría, la organización interior de las ciudades sujetas ponía un obstáculo al progreso de las clases rurales libres; pero en el Lacio la situación era mejor. No se le podía arrebatar completamente la ventaja de su vecindad al territorio inmediato a la capital; además, no había sufrido el azote de la guerra púnica, como tampoco los valles escondidos en la montaña del país marso y sabélico. Por el contrario, aquella guerra había llevado su devastación por toda la Italia del Sur, y arruinado por completo, además de una multitud de pequeñas ciudades, los dos grandes centros de Tarento y de Capua, cada uno de los cuales había logrado poner en campaña un ejército de treinta mil hombres en otro tiempo. En un principio el Samnium pudo escapar a los desastrosos efectos de las guerras del siglo v. Según el censo del año 529 contaba con la mitad de hombres válidos de todas las ciudades latinas reunidas; y muy probablemente, fuera de la región

inmediata a Roma poblada de ciudadanos, era el país más floreciente de Italia. Pero luego los ejércitos de Aníbal lo convirtieron en un desierto; a pesar de las numerosas asignaciones hechas a los veteranos de Escipión, hubo necesidad de que reparasen sus pérdidas. En cuanto a la Campania y a la Apulia, tan pobladas anteriormente, salieron de la guerra en peor situación aún, al haber sido maltratadas a la vez por amigos y enemigos. En esta última provincia Roma también distribuyó asignaciones que no prosperaron. Las fértiles llanuras de Campania se habían conservado más pobladas; pero los territorios de Capua y de las demás ciudades que hicieron defección durante la lucha con los cartagineses habían caído bajo el dominio de la República, y, en vez de tenerlos en propiedad, los ocupantes no los poseían más que a título de arrendatarios por tiempo ilimitado. Por último quedaban aún los grandes países del Brutium y Lucania; poco poblados de suyo antes de la guerra, habían sufrido después todo su peso. Una vez terminada, las terribles ejecuciones consumaron su ruina, y Roma no hizo serios esfuerzos para restablecer allí en buen pie la agricultura. Exceptuando Valentia (Vibo, hoy Monteleone) no se vio progresar ninguna colonia.

Más allá de todas las diferencias en la condición política y económica de las diversas regiones de Italia, y el estado relativamente próspero de algunas, no puede menos que reconocerse que en conjunto ha habido un movimiento de retroceso. Lo declaran testigos irrecusables; y Catón y Polibio, sin haberse puesto previamente de acuerdo, hacen notar que, a fines del siglo VI, Italia estaba mucho menos poblada que a fines del V. Según ellos tampoco podía suministrar los grandes ejércitos que había provisto en la primera guerra púnica. Dificultad creciente del reclutamiento y organización de los ejércitos, supresión forzosa de condiciones exigidas para entrar en la legión, quejas de los aliados contra la enormidad de los contingentes: todo viene a confirmar el dicho de aquellos autores. En lo que respecta al pueblo romano, hablan muy claramente las cifras. En el año 502, poco antes de la expedición de Régulo a África, Roma contaba con doscientos noventa y ocho mil ciudadanos en estado de tomar las armas. Treinta años después, poco antes de comenzar la guerra contra Aníbal (año 534), no había más que doscientos setenta mil, o sea una décima parte menos. Veinte años después, hacia el fin de la guerra, se había reducido la cifra a doscientos catorce mil; por consiguiente, había disminuido una cuarta parte. Avancemos un siglo más. No ha sobrevenido ninguna gran catástrofe. El establecimiento de las grandes colonias de la Italia del Norte ha dado al movimiento de población un impulso sensible y excepcional. Y, sin embargo, vemos que apenas alcanza a la cifra de los primeros tiempos de este período. Si consideramos el estado

de la población itálica no ciudadana, hallaremos también un déficit proporcionalmente más considerable. No encontramos la prueba de una disminución colateral de fuerzas físicas; pero, por los escritos de los agrónomos, ¿no sabemos acaso que habían cesado poco a poco la leche y la carne de ser el principal alimento del común del pueblo? La población servil crece a medida que decrece la población libre. Durante el siglo de Catón, la cría de animales ya supera al cultivo de los campos en Apulia, en Lucania y en el Brutium, y los esclavos semisalvajes viven como señores en los dominios que se les han dejado. La Apulia no estaba segura en lo más mínimo, y por eso fue necesario destinar a esta región una fuerte guarnición. En el año 569 se descubrió en este país una conspiración de esclavos organizada en gran escala y que extendía sus ramificaciones en las cofradías de los Bacanales; allí cerca de siete mil hombres fueron condenados a muerte. En el año 558, los soldados romanos tuvieron que marchar a Etruria contra una banda de esclavos insurrectos; y en el mismo Lacio faltó poco para que otra banda de esclavos fugitivos sorprendiese y se apoderase de las ciudades de Setia y Preneste en el año 556. La nación va en visible decadencia; esta antigua sociedad de ciudadanos libres se descompone en señores y en esclavos. Es verdad que las dos guerras con Cartago habían diezmando y arruinado a los ciudadanos y a los aliados; pero no hay duda tampoco de que los grandes capitalistas contribuyeron a la degeneración física de los habitantes y a la despoblación de Italia, tanto por lo menos como Amílcar y Aníbal. ¿Hubiera podido hacer algo en esto el gobierno? No es fácil contestar esta pregunta. Es cosa horrible y vergonzosa a la vez, que en medio de estos círculos de la aristocracia romana, en su mayor parte bien intencionados y enérgicos, no haya habido una sola persona que viese claramente la situación, y la inminencia y la grandeza del peligro. Sabida es la historia durante la primera lucha con Cartago de aquella dama romana de alta alcurnia, la hermana de uno de los muchos almirantes que la víspera eran simples ciudadanos y cuya impericia causaba ordinariamente la pérdida de las escuadras: hallándose un día en el *Forum* en medio de las masas, se la oyó gritar que ya era tiempo de que se reemplazase a su hermano del mando de la escuadra, y que era necesario para mejorar la situación purgar la patria de malos ciudadanos. No era más que un pequeño número el que se atrevía a sentir y a hablar de este modo; pero no por esto dejaban de ser la expresión viva de la culpable indiferencia y del desdén de las clases altas hacia el ciudadano pobre y hacia el campesino. Aun sin querer su perdición, la dejaban consumarse; y la devastación, que marchaba a pasos de gigante, se extendió sobre aquella tierra de Italia poco tiempo atrás tan floreciente, y que proporcionaba antes un suficiente y modesto bienestar a las numerosas tribus de

sus alegres y libres habitantes.

XIII

CREENCIAS Y COSTUMBRES

AUSTERIDAD DE LAS COSTUMBRES Y ORGULLO ROMANO. FUNERALES

La vida entre los romanos se movía en un círculo de reglas estrechas y fijas; cuanto más notable era el ciudadano, tenía menos independencia. Las costumbres omnipotentes lo confinaban en una esfera estrecha de pensamiento y de acción; toda su gloria consistía en mantenerse en estos límites estrictos, o hablando su lenguaje característico, en hacer una vida austera y grave (*tristis et gravis*). No había que hacer ni más ni menos que mantener en su casa una buena disciplina, y prestar a la cosa pública su consejo y su brazo. Como el individuo no quería ni podía ser más que uno de los miembros de la ciudad, también veía su bien y su gloria personales en la gloria y el poder de la ciudad, y los legaba a los ciudadanos, sus descendientes, con el nombre y la fortuna de su casa. A medida que las generaciones contemporáneas iban a buscar los antepasados en la tumba de la familia, a medida que aumentaba entre las manos de todos el patrimonio honorífico de las familias romanas, iba engrandeciéndose el sentimiento de su común nobleza y nacía ese poderoso orgullo cívico que no ha hallado semejante en ningún pueblo de la tierra, y cuyos grandiosos y admirables vestigios nos parece que pertenecen a otro mundo. Ahora bien, por elevado y poderoso que este orgullo fuese, y este es uno de sus rasgos particulares, sus manifestaciones se comprimían en el silencioso pecho de los ciudadanos y, durante su vida, no ahogaban la sencillez y la igualdad obligada de las costumbres. Solo después de la muerte era permitido darle libre curso. Era entonces cuando salía a la luz pública en todo el aparato de los funerales. Las ceremonias fúnebres son las que nos ayudan en los tiempos modernos a penetrar en las inexploradas e inauditas profundidades de la altivez romana, más que todos los demás incidentes y actos ordinarios de la vida. En esta ocasión, se reunía un soberbio cortejo al que el heraldo público había invitado a todos los ciudadanos: «¡Este quirite ha muerto! —gritaba—, que todo el que pueda venga a acompañar a Lucio Emilio a su última morada. Los funerales se verificarán a tal hora». Primeramente venía la comparsa de llorones, los músicos, los bailarines y mímicos (*præficæ, cornicines, siticines, histriones*). Uno de estos últimos llevaba el hábito y

la máscara que reproducía el carácter exacto del difunto (*archimimus*), y con sus gestos y su acción lo reemplazaba, por decirlo así, entre la muchedumbre. Después seguía la procesión de los antepasados (*imagines majorum*), el más bello y principal episodio del cortejo, ante el que desaparecía el resto de su pompa, hasta el punto de que los romanos más notables prescribieron muchas veces a sus herederos limitar sus funerales a este acto. Hemos dicho en otro lugar que todos los antepasados que habían desempeñado el cargo de la edilidad curul, o cualquier otra función, tenían en la casa sus bustos, con máscaras de cera pintadas (*cerae*) imitando perfectamente el natural, en cuanto era posible, y que estas máscaras, ya usadas en tiempo de los reyes y aun antes, estaban colocadas a lo largo de los muros del *atrium* en armarios de madera,^[1] y constituían el principal adorno de la casa. En caso de muerte de uno de los miembros de la familia, se revestían ciertos hombres asalariados (*mimi*), mímicos o histriones, con el traje correspondiente a las funciones que habían desempeñado los antepasados, y se los colocaba en carros que precedían al féretro, formando una especie de escolta, llevando cada cual el traje correspondiente a sus más altas dignidades; el triunfador con su manto bordado de oro, el censor con su toga de púrpura y el cónsul con su toga de anchas franjas, sus lictores y todas sus insignias. Detrás llevaban el lecho fúnebre (*lectica, feretrum, capulus*), cubierto de pesados tapices de púrpura o bordados de oro, y ricas mortajas sobre las que reposaba el cadáver, vestido igualmente con todas las insignias de su más elevado cargo. Llevábanse a su lado las armaduras de los enemigos muertos y las coronas de honor que había ganado. Seguían los parientes completamente vestidos de negro, y sin adornos. Los hijos, con la cabeza cubierta, las hijas, sin velo, los *agnados* y *cognados*, los amigos, los clientes y los emancipados. Al llegar al *Forum*, se detenía el cortejo; se colocaba el lecho mortuario sobre un tablado, bajaban del carro los antepasados e iban a sentarse en las sillas curules. El hijo o el pariente más próximo subía sobre los *rostra*, y enumeraba sin exagerar los nombres y las acciones de sus antepasados, todos sentados y presentes, y hacía el elogio fúnebre del difunto (*laudatio funebris*) ante la multitud reunida. ¡Aparato que representaba la barbarie!, se ha dicho. ¡Una nación dotada del genio delicado de las artes no hubiera conservado en los tiempos de una civilización más perfecta esa costumbre de representar una especie de grosera resurrección de los muertos! Y, sin embargo, la grandiosa sencillez de los funerales romanos no dejó de impresionar a griegos fríos y poco reverentes como Polibio. El hecho de que sus antepasados muertos continuasen entre los vivos se ajustaba a la solemne gravedad de la vida romana, a su movimiento uniforme y a su altiva dignidad. Cuando un ciudadano lleno de fatiga

y colmado de honores iba a reunirse con sus padres, parecía bien que estos se presentasen en el *Forum* para recibirlo allí entre sus filas.^[2]

EL NUEVO HELENISMO

El astro de Roma tocaba a su cenit. La República rompía el molde de Italia al extender sus conquistas por Oriente y Occidente. Iba desapareciendo la antigua sencillez italiana, y en su lugar la reemplazaba la civilización helénica que todo lo había invadido. En realidad Italia había sufrido desde los primeros tiempos de su historia la influencia de Grecia. Ya hemos expuesto en otra parte el movimiento y los cambios recíprocos entre las dos naciones jóvenes, ambas sencillas y originales en sus comunicaciones intelectuales. Hemos mostrado a Roma esforzándose más tarde por adoptar la lengua y las invenciones griegas en todas las prácticas exteriores de la vida, y sin embargo, en la época que nos ocupa, el helenismo de los romanos es esencialmente nuevo en sus causas y en sus resultados. Comienzan a sentir la necesidad de una vida de espíritu más rica, y se asustan de su nulidad en este aspecto. Cuando se ha visto que naciones dotadas del genio del arte, como los pueblos ingleses y alemanes, no desdeñan recurrir a la corruptora cultura francesa en tiempos en que su fecundidad descansa, no será extraño ver a los romanos arrojarse ansiosos sobre los espléndidos tesoros, de igual manera que sobre las inmundicias más degradantes de la civilización helénica. Un hecho más profundo, más íntimo e irresistible en su acción los arrastraba por el curso del torrente. La civilización griega no se llamaba, ni era en realidad, civilización helénica: era humanitaria y cosmopolita. Había sabido resolver el gran problema en el orden intelectual de las cosas, y hasta cierto punto en el orden político. Había formado un todo con una multitud de nociones diversas; y en el momento en que Roma ocupaba el vasto escenario de la historia y la sucedía en su misión, en más vasta escala, hallaba también el helenismo en la herencia del gran Alejandro. El helenismo en Roma no es, pues, un movimiento parcial ni un detalle accesorio; penetra hasta en el corazón de la nación itálica. Ciertos lenguajes vivos se revolvieron naturalmente contra el elemento extranjero. El campesino romano no cedió su lugar al ciudadano de la ciudad universal sin que antes precediese un violento combate. Así como en nuestros días el frac francés ha provocado que vuelva a ser moda el cuerpo ajustado germánico, así también la moda del helenismo suscitó en otro tiempo en Roma una reacción poderosa, desconocida en siglos anteriores, que se oponía rigurosamente a

la influencia griega y que caía muchas veces en la estupidez brutal y en el ridículo.

EL HELENISMO EN LA POLÍTICA

La lucha entre las costumbres antiguas y nuevas comenzó en todos los aspectos, tanto en el dominio del pensamiento como en el de la acción humana. Todo, hasta la política, sufrió su influencia. Son las teorías de la nueva escuela los planes de emancipación de la Grecia, cuyo fracaso hemos referido, la idea de la solidaridad de las Repúblicas helénicas frente a los reyes, y la propagación de las instituciones griegas contra el despotismo oriental, solidaridad y propaganda cuya inspiración y huella encontramos en la actitud de Roma respecto de Macedonia. En contraposición, el miedo a Cartago era la idea fija de la antigua escuela. Así como Catón predica hasta el ridículo su *delenda est Carthago*, los filo-helenos no se quedan atrás del mundo griego en su afectación. El vencedor de Antíoco, no contento con tener su estatua vestida a la griega en el Capitolio, hizo inscribir en ella el apelativo *Asiagenus* en vez de su sobrenombre latino *Asiaticus*, cosa contraria a la vez a la lengua y al buen sentido, pero que sonaba mejor al oído y era más próximo al idioma helénico.^[3] Otra consecuencia importante de las tendencias de la nación soberana: aun cuando en Italia se sobreponía decididamente la latinidad, no llegó a tocar el helenismo allí donde lo encontró frente a ella. Las ciudades italo-griegas que la guerra no había destruido continuaron siendo griegas como antes. En Apulia, región de la que los romanos se ocuparon muy poco, penetraron y predominaron las mismas influencias, si bien allí se conservó la civilización local a la misma altura que la degenerada civilización griega de los países vecinos. La tradición continúa en esto muda; pero las numerosas monedas locales que han podido reunirse llevan todas una inscripción griega. En ninguna parte se encuentran tantos restos de barros cocidos y coloreados, que si bien no son monumentos de gran gusto, sí tienen al menos una fabricación considerable y lujosa, y que atestiguan las conquistas de las costumbres y del arte griegos. Las creencias, las costumbres, el arte y la literatura son el terreno de la lucha entre el helenismo y la sociedad rival en este momento. Sería un grave olvido para un historiador no asistir y referir el encuentro de ambos principios, por multiplicados que sean sus contactos en las mil direcciones diversas, por difícil que sea abrazar el conjunto del cuadro.

RELIGIÓN NACIONAL. INCREDULIDAD CRECIENTE ECONOMÍA DEL CULTO

Aún viven en el corazón de los italianos sus sencillas y antiguas creencias. Su piedad es un problema para los griegos, sus contemporáneos, que la extrañan y admiran. Los etolios referían con extrañeza que, en su lucha con Roma, su general en jefe no hacía durante la batalla más que orar y ofrecer sacrificios como si fuese un sacerdote. Al respecto Polibio, en su buen sentido, aunque a veces vulgar, llama la atención de sus conciudadanos acerca de la utilidad política del temor a los dioses, y añade que: «El Estado no se compone solo de gente sabia o ilustrada, y las ceremonias del culto producen buen efecto para la muchedumbre». Sin embargo, si bien es verdad que Italia poseía todavía una religión nacional, cosa ya casi olvidada entre los griegos, también es cierto que se iba convirtiendo en una teología completamente estéril. De hecho, la petrificación creciente de las creencias se manifiesta principalmente en la organización económica del culto y del sacerdocio. Al ir extendiéndose de día en día el culto público, iban también creciendo sus gastos. Para subvenir al importante servicio de los banquetes piadosos (*lectisternia*), en el año 558 se agregó a los tres antiguos colegios de los augures, los pontífices y los guardadores de los oráculos, un cuarto colegio, el de los triunviros epulones (*tresviri epulones*, volumen I, libro segundo, pág. 511). Como es natural, la comida no es solo para los dioses, sino también para sus sacerdotes. Para esto no hay necesidad de nuevas fundaciones; cada colegio se ocupa con gran celo y piedad del arreglo de sus banquetes especiales. Al lado de los festines sacerdotales estaban las inmunidades que gozaban estos funcionarios, que reivindicaban su exención de las cargas públicas aun en los tiempos más difíciles. Solo después de acaloradas disputas, y por la fuerza, se decidieron a pagar sus atrasos en los impuestos. La piedad se convirtió en un artículo costoso, tanto para la ciudad como para el individuo. La práctica de las fundaciones religiosas, las prestaciones piadosas de dinero, creadas y aceptadas por largos años, se extendieron entre los romanos de la misma manera que se han extendido en los países católicos modernos. Consideradas por las autoridades espirituales, que eran también las autoridades jurídicas supremas de la ciudad, como verdaderas cargas que pasaban de padres a hijos, estas prestaciones comenzaron a pesar extraordinariamente sobre el patrimonio. La frase *heredad sin carga de sacrificios* fue un adagio entre los romanos, como entre nosotros la expresión de *rosa sin espinas*. Ofrecer el diezmo de sus bienes es una costumbre tan generalizada, que como consecuencia había dos veces al mes banquete público en el *Forum*. El

culto oriental de la *diosa madre de los dioses* trajo consigo entre otros piadosos abusos las colectas (*stipem cogere*), que se hacían anualmente en un día fijo y de casa en casa. Por último, la pandilla de sacerdotes y profetas inferiores no hacía nada sin interés, como puede suponerse. Esta conversación de bastidores entre dos esposos en el teatro los retrata muy vivamente. En ella, al contar los gastos de cocina, la mujer hace entrar en ellos los del culto:

«¿Y, además, sabes tú? Necesito dar algo para las *quincuatrias* (festividad de Minerva), pagar a la maga y a la que explica los sueños, a la adivina y a la arúspice. ¡Qué vergüenza cuando no se les da nada! ¡Qué miradas echan! ¡En fin, no puedo dar nada a la expiadora!»^[4]

Si bien es verdad que los romanos no inventaron un dios del oro como habían inventado un dios de la plata (*Argentinus*) (volumen I, libro segundo, pág. 459), no por eso el oro dejó de ser una potencia reinante y gobernante tanto en las esferas más elevadas, como en las más bajas de la vida religiosa. En esto había venido a parar la altivez antigua del culto nacional, sus prudentes arreglos y sus modestas exigencias; en esto había venido a parar también su sencillez.

LA TEOLOGÍA. IRRELIGIOSIDAD

El teologismo, hijo bastardo de la razón y de la fe, comenzaba ya a hacer su papel; ya había inventado sus sutilezas y sus monsergas. Combatiendo las rectas creencias, arruina además su espíritu. La lista de privilegios y deberes de un sacerdote de Júpiter estaría perfectamente colocada en el *Talmud*. Es regla general que a los dioses solo agrada el sacrificio puntual y sin falta; pero, tan lejos se llevó la solicitud, que se repitió con frecuencia hasta treinta veces una ceremonia en la que se había cometido una insignificante irregularidad. En los juegos, que son también obra del culto, si el magistrado director se equivoca o comete un olvido, o si la música hace una pausa fuera de tiempo, todo es nulo; es necesario volver a comenzar seis y hasta siete veces la ceremonia. Sus propios excesos hielan y paralizan la conciencia; la invaden y se apoderan de ella la indiferencia y la incredulidad. Desde los tiempos de la primera guerra púnica se vio a un cónsul burlarse públicamente de los auspicios consultados antes de la batalla. Es verdad que este cónsul pertenecía a los claudianos, *gens* que no tiene nada en común con las demás, y que se mostró siempre muy adelantada en el camino del bien y del mal (véase el apéndice sobre la

gens Claudia). Por otra parte, al fin de esta época se oían constantemente quejas contra el abandono de la disciplina augural. La negligencia del colegio, dice Catón, ha hecho que se pierdan una porción de secretos relativos a la observación de las aves. Para entonces ya se consideraba una excepción un augur como Lucio Paulo, para quien el sacerdocio constituía una ciencia y no un título vano. ¿Podemos admirarnos de que el gobierno fuese el primero en hacer públicamente que los auspicios sirvieran para el cumplimiento de sus designios políticos, ya que a sus ojos la religión nacional, según Polibio, no era más que una especie de cebo para engañar al vulgo? La irreligiosidad griega halló abierto el camino. En tiempos de Catón se hizo moda el amor a las artes, y las santas imágenes de los dioses comenzaron a adornar las habitaciones de los ricos como simple mobiliario. Por último, la naciente literatura infirió a la religión heridas no menos crueles; pero no porque se atreviera a atacarla abiertamente. Sin embargo, esto se manifiesta cuando el caudal de nociones religiosas aumenta; y cuando Eurico, por ejemplo, copiando la figura del *Uranos* de los griegos, da al Saturno romano el dios *Cælus* por padre. Estas adiciones, poco importantes por otra parte, proceden directamente del helenismo. Las doctrinas de Epicarmes y Evemeris se extendieron en Roma; allí ejercieron una gran influencia y fueron muy fecundas en resultados. Los últimos sectarios de Pitágoras habían ido a buscar su filosofía poética en los escritos del antiguo cómico siciliano Epicarmes de Megaro (hacia el año 286), o mejor dicho, en las opiniones que le atribuían, interpoladas en su mayor parte. Los romanos no veían en los dioses griegos más que la personificación de las sustancias de la naturaleza: Júpiter era el aire,^[5] el alma era un rayo del sol, y así sucesivamente. Aliada a la religión romana por una afinidad colectiva, como lo fue más tarde el estoicismo, esta filosofía natural con sus tentativas de exégesis simbólica contribuyó más que otra causa alguna a hacer caer en disolución la religión nacional. Análoga influencia ejercieron las *Memorias sagradas* de Evemeris de Messina (hacia el año 450). Redactadas bajo la forma de un diario de los viajes del autor por países maravillosos, referían los dogmas religiosos al relato puramente histórico y discutían a fondo los orígenes y títulos de las leyendas divinas; en suma, enseñaban que no había ni podía haber dioses. Una sola cita basta para caracterizar este libro. El mito de Cronos devorando a sus hijos se explica en él por la antropofagia de los tiempos primitivos, a la que dio fin el rey Zeus. A pesar de su aridez y de su simbolismo, o mejor dicho, a causa de ellos, el everismo había progresado en Grecia mucho más de lo que merecía, y, sirviéndose de los demás filósofos entonces en boga, volvió a cubrir con el último sudario la ya muerta religión. Es testigo notable del antagonismo de la religión con la nueva

literatura, antagonismo que tenía su expresión en la conciencia pública y en los libros. Ennio se impuso la tarea de traducir al latín los escritos notoriamente demoledores de los dos autores griegos.^[6] El traductor se justificaba ante la policía de Roma sosteniendo que sus ataques se dirigían solo contra los dioses de Grecia y no contra los del Lacio. ¡Explicación transparente y poco sólida! ¡Catón estaba en lo firme cuando desencadenaba toda su cólera contra tales tendencias en el momento que se encontraba con ellas, y cuando llamaba a Sócrates un perturbador de las costumbres y un criminal de lesa religión!

SUPERSTICIÓN. EN EL INTERIOR. CULTO DE CIBELES LAS BACANALES. MEDIDAS REPRESIVAS

Así, pues, la antigua y piadosa fe nacional iba decayendo de una manera visible; pero, a medida que se iba desbrozando el bosque primitivo, el terreno volvía a cubrirse de zarzales y malas yerbas hasta entonces desconocidas. Las supersticiones nacidas en el país y la falsa ciencia procedente del extranjero se entrelazaban y mezclaban sus malos productos. Ningún pueblo de Italia sabía defenderse contra la ruina de las antiguas creencias que desaparecían bajo las nuevas supersticiones. Entre los etruscos, el examen de las entrañas de las víctimas; entre los sabelios, la ciencia de los relámpagos y del rayo, y, sobre todo entre los marsos, el arte de leer el vuelo de las aves y de conjurar las serpientes habían alcanzado todo su apogeo. También entre los latinos, y aun en la misma Roma aunque en menor escala, se observaban fenómenos análogos. ¿Tendremos necesidad de citar las suertes de Preneste (*sortes prænestinæ*),^[7] o el memorable descubrimiento de la tumba del rey Numa hecho en Roma en el año 573, donde aparecen sus escritos póstumos en los que prescribe un culto completamente nuevo y extraño? El contenido no llegó a conocimiento de los fanáticos, con gran pesar suyo, pues como parecían ser completamente nuevos (*recentissima specie*, dice Tito Livio), el Senado se apoderó de ellos y los mandó arrojar al fuego.^[8] Como vemos, las imposturas indígenas hubieran podido dar gran alimento a la necedad humana; pero aún no le bastaba con esto. El helenismo, a su vez desnacionalizado y completamente impregnado del misticismo oriental, importó en Italia, al mismo tiempo que la incredulidad, supersticiones de la peor forma y de la más peligrosa especie, y, por el hecho de que procedían de lejos, todas estas majaderías ejercían una irresistible influencia. Ya en el siglo VI los astrólogos de Caldea y los formadores de horóscopos recorrían la

Italia. Pero la aparición más importante, la que forma época incluso en la historia del mundo, es la admisión de la Madre frigia de los dioses entre las divinidades públicas y reconocidas en la ciudad de Roma. En uno de los últimos años de la terrible guerra de Aníbal (550), el gobierno tuvo que condescender a las exigencias de las masas. Se envió una embajada solemne a Pesinunte, ciudad de Galacia en Asia Menor,^[9] y allí los sacerdotes del lugar le entregaron una especie de pedrusco informe, «¡vera efigie, decían ellos, de la gran madre Cibele!».

Fue conducido a Roma con pompa inusitada, y en memoria de tan fausto acontecimiento se fundaron entre las clases altas asociaciones (*sodalitates*), cuyos miembros se daban mutuamente espléndidos banquetes (*mutitationes*). Estas asociaciones contribuyeron mucho a extender entre los romanos el espíritu de club y de pandillaje político.^[10] Una vez que Cibele fue admitida oficialmente en Roma, se abrió de par en par la puerta a los cultos orientales. El Senado quiso resistirse y exigir que los sacerdotes castrados de los nuevos dioses, los galos (*Galli*), como se los llamaba, continuasen siendo extranjeros, y también prohibir a todo ciudadano romano entrar en su colegio de piadosos eunucos. Las celebraciones, las magnificencias y las orgías en honor de la Gran Madre, y por otro lado los sacerdotes vestidos a la manera oriental, mendigando por las calles de puerta en puerta con su jefe a la cabeza, y como ellos eunuco, al son de pífanos, timbales y de una música asiática: todo este aparato, en fin, era un culto a la vez sensual y monacal, y ejerció una profunda influencia en los sentimientos e ideas populares. ¡Pronto se hizo la funesta experiencia! Pocos años después se denunció a los magistrados la existencia de una vasta asociación de falsos devotos, los más infames que uno pueda imaginarse (año 568). Practicaban de noche los ritos del dios Baco, introducidos poco tiempo atrás en Etruria por un sacerdote griego. La peligrosa úlcera se había extendido rápidamente por Roma y el resto de Italia, sembrando en las familias la ruina y los más odiosos crímenes; se destacaban por atentados inauditos contra las costumbres, por los testamentos falsos y por los envenenamientos. La acusación capital de más de siete mil personas, ejecutadas en su mayor parte, y las más severas prohibiciones decretadas para el porvenir no bastaron para destruir el mal. Las asociaciones continuaron, y seis años más tarde el pretor competente se quejaba de que después de pronunciadas tres mil nuevas condenas no veía en lo más mínimo el fin de este monstruoso proceso.^[11] Verdad es que las gentes honradas estaban unánimes y tenían horror a una falsa devoción tan insensata como perniciosa. Tanto los viejos creyentes como los partidarios de la civilización griega, todos la perseguían a porfía con su sarcasmo o su cólera. En sus instrucciones a su intendente, Catón le recomienda «no ofrecer sacrificios sino a

sabiendas y con orden del señor, y no hacer que los ofrezcan otros sino a los dioses del hogar doméstico o a los de los campos en la festividad rural. ¡Que se guarde de ir a consultar a los arúspices, a los adivinos o a los caldeos!» Y, bien mirado, ¿cómo puede un augur encontrarse frente a otro sin soltar la carcajada? También Catón lo había hecho entre los etruscos, leyendo en las entrañas de las víctimas. También Ennio, como verdadero hijo de Urípedes, censura agriamente a los profetas mendicantes y a toda su pandilla.

«Lejos de mí [...] esos adivinos supersticiosos, esos impudentes arúspices a quienes impulsan la pereza, la demencia o el hambre. ¡Esa gente que no sabe su camino y quiere enseñarlo a los demás, y prometiendo tesoros os piden una dracma!»^[12]

En tales tiempos la razón tenía perdida de antemano la partida contra la necesidad. Nada de lo que se hizo dio ningún resultado: ni la intervención del gobierno, ni que los piadosos fuesen apaleados, perseguidos y presos por la policía; ni la interdicción de todo culto extranjero no reconocido, o la prohibición formal desde el 512 de los oráculos de Preneste, inocentes cuando menos; y ni siquiera la severa persecución de todos los nuevos misterios. Una vez que los cerebros se habían extraviado, las órdenes que procedían de lo alto eran impotentes para traerlos a buen camino. Fue necesario hacer concesiones, y ya hemos dicho antes hasta dónde llegaron estas. En Roma pasaba como cosa corriente el consultar a los sabios de Etruria en ciertos casos determinados; hasta el Estado mismo los consultaba. Con esto había favorecido las tradiciones de las ciencias etruscas en las familias notables de Toscana; a la vez que había autorizado el culto secreto de Ceres, que era casto y en el que solo entraban las mujeres. Hacía ya mucho tiempo que se toleraban estas innovaciones procedentes del extranjero, pues no eran peligrosas o importantes. Pero la introducción del culto de la *Magna Mater* de Frigia aparece como una triste señal de la debilidad del poder frente a las nuevas supersticiones, y hasta quizá de su connivencia con ellas. ¿No hay una negligencia o una complicidad culpable de parte de los magistrados que esperan la denuncia debida al azar, para obrar solo a última hora contra la inmundicia de las Bacanales?

LOS AUSTEROS. CATÓN

En cuanto a los ciudadanos de buenas costumbres, tenemos un vivo retrato de su vida privada en el que se nos ha transmitido del viejo Catón. Hombre de Estado,

abogado, escritor y especulador, todo a la vez; en la familia es donde se concentra su principal actividad; según él, más vale ser buen marido que ilustre senador. La disciplina doméstica era muy severa. Los siervos no salían sin orden del señor, y no se hubieran atrevido a hablar de los asuntos de la casa con un extraño. Los castigos más severos no eran arbitrarios: el señor los pronunciaba y hacía ejecutar después de una especie de proceso doméstico. Sin embargo su rigor era grande, tal como lo prueba el hecho de que uno de los esclavos de Catón, sabiendo que había llegado a oídos de su señor una venta hecha sin que él lo hubiera ordenado, se colgó. En lo tocante a las faltas leves cometidas en el servicio de la mesa, por ejemplo, el viejo consular administraba después de la comida y por su propia mano la corrección al culpable, aplicando a su espalda el número de latigazos que creía necesarios. Aunque no era menos severo respecto de su mujer y de sus hijos, lo hacía de un modo muy diferente, y hubiera creído un crimen apalearlos como a sus esclavos. En la elección de esposa despreciaba las riquezas, y aspiraba solo a que fuese de buena familia. En su vejez se volvió a casar con la hija de un cliente pobre. En cuanto a la continencia respecto del sexo masculino, se conducía como es costumbre en todos los países donde hay esclavos. Una esposa era a sus ojos un mal, pero un mal necesario; en cada línea de sus escritos se ve tildando a las mujeres de sexo hablador y apasionado por el adorno desordenado. En su entender, «todas las mujeres son inoportunas y orgullosas», y «¡si los hombres pudieran desembarazarse de ellas harían una vida mucho más honrada!». En cambio lo preocupaba mucho la educación de sus hijos legítimos, y se vanagloriaba de ello. Según él, la mujer no sirve más que para echarlos al mundo. A ella corresponde alimentarlos; y si alguna vez se cogían al pecho de una esclava, otras en cambio daban el suyo a los hijos de esta mujer. Ocasión muy rara y chocante con que, templando la humanidad los rigores de la institución servil, la esposa, nodriza por un momento de estos desgraciados, los convertía en hermanos y hermanas de leche de su noble progenitura. En cuanto al viejo soldado, asistía al aseo de sus hijos y le agradaba en extremo ver lavarlos y envolverlos, además velaba cuidadosamente por su inocencia. No se permitía nunca pronunciar delante de ellos una mala palabra, «como si hubiese estado en presencia de las vírgenes vestales», ni abrazó jamás en presencia de aquellos a su madre, «a no ser que estuviese asustada por alguna tormenta». En suma, la educación de su hijo es la parte más bella de sus trabajos múltiples y honrosos. Fiel a su máxima de que en los adolescentes vale más espalda atezada que piel delicada y blanca, él mismo lo conducía a los ejercicios gimnásticos, y le enseñaba la lucha, la equitación, la natación y la esgrima, y lo endurecía por el frío y el calor. Además de todo esto,

había sabido comprender que su tiempo no era aquel en que al ciudadano romano le bastase ser buen labrador y buen soldado. Había entendido también la dolorosa impresión que sentiría su hijo, si tuviese un día que reconocer un simple esclavo en el pedagogo que tenía hoy el derecho de reprenderlo y castigarlo. Por esto adoptó el partido de enseñarle por sí mismo todo lo que los romanos de entonces debían saber: lectura, escritura y derecho nacional. En su vejez hasta quiso estudiar la literatura griega y ponerse de este modo en estado de enseñar a su hijo, en el idioma original, todo lo que en aquella encontrase. En todos sus escritos, el objetivo principal es su hijo; y con su propia mano transcribía en caracteres gruesos y legibles sus indagaciones históricas sobre los *Orígenes*, para que él las usara.

Su vida era sencilla y frugal. No se toleraba en su casa ningún gasto superfluo o por lujo. No quería dar nunca por un esclavo arriba de mil quinientos dineros, ni más de cien por un vestido. En su casa no había tapicería, y por mucho tiempo sus muros estuvieron desnudos. Por regla general comía y bebía lo mismo que sus criados; no toleraba que se gastase en comer más de treinta ases. En el campo estaba proscrito el vino en la mesa: allí no se bebía más que agua, o generalmente agua mezclada con un poco de vinagre. No se crea por esto que aborrecía el banquete dado a los huéspedes. En la ciudad con sus asociados de club, y en el campo con sus vecinos, se quedaba a la mesa hasta muy entrada la noche. Allí su larga experiencia en todo, su espíritu fogoso y su conversación chispeante hacían de él un tercio agradable. Juega su mano de dados; empuja con frecuencia el codo, y consigna en su libro de recetas un remedio seguro y fácil para el caso en que un hombre honrado se haya olvidado por un momento de su deber, y haya comido y bebido demasiado. Hasta en edad muy avanzada, vivir es para él obrar. Tenía todos sus momentos aplicados a un objeto: cada noche hacía un inventario de lo que había oído, de lo que había dicho o de lo que había hecho. Por lo demás, tenía tiempo suficiente para arreglar sus negocios, los de sus relaciones y los de la ciudad, y aún le quedaba para la conversación y el placer. Todo lo hace pronto y sin hablar; en su seria y concienzuda actividad, lo que más aborrece es dedicarse a cien cosas a la vez, o a bagatelas. Tal fue Catón. A los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad, fue el verdadero tipo del ciudadano romano. En él se habían encarnado, aunque bajo una ruda envoltura, el espíritu activo y la rectitud de los antiguos republicanos, en tanto se avergonzaba de la poco higiénica y desarreglada ociosidad de los griegos. Con justicia dijo de él más tarde el poeta: «Todas estas prácticas extrañas no son más que un cúmulo de pillerías. Nadie se conduce mejor en el mundo que un ciudadano romano: ¡cien Sócrates no valen para mí lo que un Catón!»

LAS NUEVAS COSTUMBRES

La historia no aceptará semejante juicio. Sin embargo, para el que asiste a la revolución completa de la vida y del pensamiento traídos a Roma por un elemento bastardo, a primera vista parece que la sentencia, lejos de ser dulcificada, debería pronunciarse aún más severa.

En efecto, los lazos de la familia se relajaban con pavorosa rapidez. Los hábitos de embriaguez y de otros vicios repugnantes en compañía de mujeres mundanas y de jovencillos se extendían por todas partes como una lepra, y la ley se hacía impotente para poner a esto remedio. En vano Catón impuso, siendo censor (en el año 570), un pesado impuesto sobre el lujo abominable de los esclavos destinados a tales fines. Su tentativa quedó sin efecto, y la tasa se refundió al cabo de dos años en un impuesto proporcional sobre el conjunto de los bienes. Los célibes, cuyo número había provocado desde el año 520 quejas muy serias, iban en aumento, y el divorcio era cosa ordinaria y frecuente. Por lo demás, se cometían espantosos crímenes en el seno de las familias más notables. El cónsul Cayo Calpurnio Pison, por ejemplo, había sido envenenado por su mujer y su yerno, a fin de provocar una segunda elección y proporcionarle ocasión para ser candidato al consulado; como de hecho sucedió, pues fue nombrado cónsul en el año 574...

En esta misma época se generalizó también el uso de emancipar a las mujeres. Según la ley antigua la esposa vivía bajo la potestad marital, que era la del padre de familia; y la mujer no casada pertenecía a la tutela del pariente más próximo, que era una tutela que tenía casi todos los poderes del padre. La esposa no poseía bienes en propiedad; la hija de familia y la viuda no administraban su haber. Pero en la actualidad las mujeres aspiran a la independencia de su persona y de sus bienes. Mediante procedimientos malos y torcidos, por matrimonios aparentes por ejemplo, se libran de la tutela que sobre ellas pesa y toman a su cargo la gestión y administración de su fortuna. Pero incluso en el estado conyugal saben, por no menos tristes medios, sustraerse al poder que la ley les había impuesto en sus hasta entonces inevitables previsiones. Los caudales que aquellas manejaban llegaron a preocupar a los hombres de Estado. A fin de poner remedio a un abuso peligroso, se prohibió por la Ley Voconia instituir herederos en testamento a las mujeres; y, por otro lado, una práctica bastante arbitraria les quitó en gran parte el beneficio de las sucesiones *ab intestato* en línea colateral. La jurisdicción de familia, a la que obedecían y que iba anexa al poder marital y paterno, fue anticuándose y desapareciendo. Aún hay más; hasta en los negocios públicos quieren poner mano

las mujeres, y según la expresión de Catón «dominar como señoras en el mundo». Se agitan e influyen en los comicios, y ya comienzan a levantarse estatuas en las provincias a algunas matronas romanas.

Aumenta el lujo en el vestido, en los adornos y en el mobiliario; brilla en las construcciones y en las mesas. Al día siguiente de la expedición al Asia Menor (año 564) rebasan el Oriente y la Grecia, Éfeso y Alejandría. Roma se ve inundada con sus vanos refinamientos y sus variedades ruinosas para el bolsillo, el tiempo y las alegrías austeras de la vida. También en esto van las mujeres a la cabeza. Poco después de la batalla de Canas, una ley les prohibió las alhajas de oro, los vestidos de muchos colores y las carrozas. Firmada la paz con Cartago, hicieron tanto, a pesar de la viva oposición de Catón, que se les levantaron las prohibiciones. Su rudo adversario se vio reducido al antiguo medio de una contribución sobre el lujo. Afluyeron a Roma en gran cantidad objetos nuevos, casi todos frívolos: vajilla de plata con figuras cinceladas, lechos de banquete con adornos, bronce, túnicas llamadas de Atalo, y tapices de brocado y oro.

Pero el lujo en la mesa fue el que hizo mayores progresos. Hasta entonces la comida solo había consistido en una colación fría; sin embargo, en el segundo desayuno (*prandium*) se servían también algunas veces alimentos calientes, y en la comida principal (*cæna*), no bastaban ya los dos frugales servicios de otro tiempo. Antiguamente las mujeres mismas cocían el pan y los demás alimentos en el interior de la casa, y solo alquilaban un cocinero de profesión que dirigía la panetería y preparaba los manjares cuando daban un banquete a los convidados. Pero ahora tomó un gran vuelo el arte culinario. Toda buena casa tiene su cocinero. Dividen el trabajo de la cocina, y en este sentido el pan y las pastas se hacían aparte. Hacia el año 583 se vieron las primeras panaderías abiertas al público en las calles. En esto se mezclaron los poetas y hallaron público para sus versos sobre el arte de comer bien, con una larga nomenclatura de los mejores pescados y frutos de mar. La práctica sigue el mismo camino que la teoría. Los delicados manjares del extranjero, las sardinas del Ponto y los vinos griegos estaban muy de moda. En cuanto a la receta de Catón, que aconseja dar al vino del país «el gusto del *seco de Cos*, mezclándole una poca salmuera», es difícil creer que perjudicase a los aficionados a los vinos exóticos en Roma. Las tocadoras de arpa, procedentes de Asia, hicieron olvidar los antiguos cantos, los antiguos relatos de los convidados y de los niños que las acompañaban. Es verdad que también en los buenos tiempos se bebía largamente, pero era siempre en las comidas, y no se reunían expresamente para no hacer más que beber (*comissari*). Ahora, en cambio, se hizo cosa usual el emborracharse en las

tabernas: se apuraban las copas de vino por solo el placer de beber y el primero que bebía daba la medida obligada a los demás (*rex o harbiter bidenti*). Por último, se bebe a la manera griega (*græco more bibere*) y se vive a la griega (*pergræcari, congræcare*), como decían los romanos.^[13] Hacía mucho tiempo que se jugaba a los dados, pero en los escotes a la griega el juego tomó tan grandes proporciones que tuvo que intervenir la ley. La pereza y la vagancia de los ociosos corrían parejas.^[14] Catón propuso un día empedrar el *Forum* «con piedras puntiagudas» para poner coto a los paseos de los bодоques.

JUEGOS PÚBLICOS

Ya hemos comentado el pavoroso vuelo que habían tomado los juegos públicos. Si se exceptúan algunas carreras a pie y en carro que carecían de importancia o iban anexas a algunas celebraciones religiosas, no había en otro tiempo más que una gran festividad popular (*Ludi maximi*) que caía en septiembre, duraba cuatro días y cuyos gastos no excedían una cifra determinada (volumen I, libro primero, pág. 240). Al final de la época que referimos, los juegos duraban ya seis días; a principios de abril se celebraba la festividad de la Gran Madre Idea o los Megalesiacos (*Megalesia, Megalenses ludi*), y a fines del mismo mes, la de Ceres y Flora. En junio, la de Apolo; en noviembre, la de los Plebeyos (*Cerealia, Floralia, Apollinares ludi, Plebeii ludi*). Casi todos se prolongaban por muchos días. Después venían otras muchas instauraciones (*Instaurare ludos*), cuyos escrúpulos piadosos no eran más que un pretexto. También había festividades populares extraordinarias pero cotidianas, entre las que no citaré más que los banquetes dados para cumplir un voto con contribuciones de diezmos, los banquetes en honor de los dioses, las festividades triunfales y funerarias (*ludi funebres, triumphales*), y, sobre todo, los juegos seculares celebrados por primera vez en el año 505, al terminar un largo ciclo de tiempo llamado *sæculum*, determinado conforme al rito tusco-romano.^[15] Por su parte, las festividades domésticas fueron también multiplicándose. Durante la segunda guerra púnica se estableció entre los ricos y los nobles la costumbre de cambiar los banquetes el día del aniversario de la llegada de la Gran Madre de Roma (año 550); y entre la gente baja también se celebraron en diciembre las saturnales a partir del año 537. En ambos casos dominaba la influencia combinada y omnipotente de los sacerdotes extranjeros y de los artistas culinarios traídos de Oriente. Casi se

llegaba al ideal de la ociosidad, pues todo vago tenía diariamente en qué perder el tiempo. Y esto ocurría en una ciudad en que, tanto para el pueblo como para el individuo, la actividad había sido el gran asunto de la vida, y donde las costumbres y la ley habían condenado los placeres del ocio. ¡Qué elementos desmoralizadores y disolventes en el seno de las perpetuas festividades! Las luchas de carros eran la parte más brillante y última de las celebraciones populares; y un poeta de aquel tiempo nos muestra a la muchedumbre «ansiosa, esperando con los ojos fijos en el cónsul, que este dé la señal de la partida». Pero muy pronto las fiestas ordinarias son insuficientes y se desean otras nuevas y más complicadas. Al lado de los luchadores y hombres de justa nacionales es necesario también que haya atletas griegos. Ya hablaremos más adelante de las representaciones dramáticas. La comedia y la tragedia griegas, importación de un valor dudoso, eran sin embargo lo menos malo de todas las innovaciones de aquel siglo. Hacía ya algún tiempo que en las festividades se habían soltado y corrido liebres y alimañas en presencia de un público numeroso; pero estas cazas inocentes no producen ya emoción, y se recurre a las bestias feroces de África. A costa de grandes gastos se llevaron leones y panteras, probablemente hacia el año 568, y allí, vencedores y vencidos alimentaban a los monstruos frente a los ojos del pueblo de Roma. Por último, el espectáculo aún más repugnante de los gladiadores, tiempo atrás en boga en Etruria y en Campania, fue introducido en la ciudad. Ya en el año 490 la sangre humana había rociado el *Forum* para divertir a los espectadores. Es verdad que estos juegos inmorales eran justa y severamente censurados. Publio Sempronio Sofus, cónsul en el año 486, se divorció de su mujer porque ella había ido a unos juegos fúnebres. El Senado hizo votar una ley que prohibía traer bestias extranjeras a Roma, y procuró excluir en un principio a los gladiadores de las grandes fiestas de la ciudad. Sin embargo, faltó el poder o la energía de la eficacia de las prohibiciones; y, si los combates de animales feroces cesaron por algún tiempo, los combates de gladiadores continuaron en las fiestas privadas, sobre todo en las celebraciones funerarias. ¿Cómo impedir al pueblo que prefiriese los gladiadores a los funámbulos, los funámbulos a los cómicos, y estos a los actores trágicos? El teatro se mancha con todas las torpezas de la vida familiar de los griegos. Es verdad que la escena y las musas tienen una influencia civilizadora; pero estos mejores elementos eran despreciados. El director de las fiestas romanas no se preocupaba por influir en el ánimo de los espectadores con el poder saludable de los versos, ni de transportarlos, siquiera fuese por un momento, a las alturas de la belleza y del bien como lo había hecho el teatro griego en su primera edad, o como han hecho al menos nuestros teatros modernos a fin de

entregar a su escogido público goces completamente artísticos. Dirección y auditorio, todos exigían otra cosa en Roma. Testigo de esto son los juegos triunfales del año 587; allí, como los primeros flautistas procedentes de Grecia habían sido mal acogidos, tuvieron que dejar a un lado sus melodías y batirse a puñetazos por orden del director de la fiesta. ¡Entonces fue cuando la muchedumbre aplaudió frenéticamente dando gritos de alegría!

Pronto superó a la corrupción griega la de las costumbres italianas, y los discípulos a su vez acabaron de desmoralizar a sus maestros. Imitando a los romanos, Antíoco Epifanes introdujo por los años 780 los combates de gladiadores en la corte de Siria, desconocidos hasta entonces en Grecia. Su pueblo, que aún era artista humano, salió de estos combates más horrorizado que alegre; pero poco a poco fue acostumbrándose, y las luchas de gladiadores hicieron algunos progresos en Oriente.

Como puede suponerse, todos estos cambios en las costumbres trajeron una gran revolución económica. La vida se hizo cada día más cara en la metrópoli y los alquileres se elevaron extraordinariamente. Los artículos del nuevo lujo se pagaban a precios altísimos: un tarro de sardinas del Mar Negro costaba mil seiscientos sestercios, más caro que un buen esclavo agricultor; y un esclavo joven y hermoso costaba veinticuatro mil sestercios, más caro que muchas alquerías. ¡El dinero, he aquí la única palabra puesta en boca de todos, pequeños y grandes! Unos años después ya nada se hará gratuitamente en Grecia, cosa que confesaban los griegos con una naturalidad poco laudable. Después de la segunda guerra con Macedonia sucedía lo mismo en Roma, siendo en esto la imitación a los griegos completa. Fue necesario que la ley obligase a las personas a respetarse a sí mismas; y un plebiscito prohibió a los abogados que se hiciesen pagar por sus servicios. Los jurisconsultos son los únicos exceptuados y se honran conservando la antigua regla de su oficio espontáneo y desinteresado. Sin practicar el robo directo y brutal, se creen buenos todos los medios que conducen a hacer fortuna. Se toma o se mendiga; los especuladores y los empresarios roban y desuellan; los usureros y los acaparadores pululan por todas partes; los matrimonios hechos por especulación son cosa ordinaria, y el magistrado llega hasta a invalidar las mutuas donaciones entre los esposos. ¿Podemos después de esto admirarnos de que se reciban avisos de conspiraciones cuyo objeto es prender fuego a la ciudad por los cuatro vientos? Cuando el trabajo honrado ha perdido todo el favor, cuando el hombre solo trabaja para conquistar los placeres de los sentidos, es una gran casualidad que no se convierta en un criminal. La fortuna había derramado a manos llenas sobre los

romanos los esplendores del poder y la riqueza; pero la caja de Pandora encerraba conjuntamente todos los bienes y todos los males.

XIV

LA LITERATURA Y EL ARTE

La literatura romana tenía sus raíces en un suelo enteramente particular y propio, y obedeció a incitaciones casi desconocidas en los demás pueblos de la tierra. Para juzgarla bien en la época en que nos encontramos, se necesita fijar la atención primeramente en la instrucción y en las diversiones públicas.

LA CIENCIA DEL LENGUAJE

Toda cultura intelectual procede de la lengua; esto también sucedió en Roma. Ya sabemos cuán alta importancia se daba aquí a la palabra y a los escritos. En esa edad en que el hombre sería apenas un adolescente, según nuestras ideas modernas, se veía a los ciudadanos encargarse con plena capacidad de la administración de su fortuna, e improvisar elocuentes discursos ante el pueblo reunido si era necesario. Así, pues, no contentos con dar gran valor a la práctica libre y elegante del idioma nacional, los romanos se aplicaron desde la infancia a apropiarse de todos sus recursos. Además, desde los tiempos de las guerras de Aníbal, se generalizó por toda Italia el conocimiento del griego. Mucho antes aún las clases sociales altas se habían familiarizado con el conocimiento de una lengua que era el instrumento común de la civilización del mundo antiguo; y cuando la fortuna de Roma, que había progresado desmesuradamente, puso a los ciudadanos por todas partes en contacto incesante con los extranjeros y los países del exterior, se consideró el uso del griego como esencialmente útil, y hasta absolutamente necesario, para los comerciantes y estadistas romanos. Aún hay más. Dentro de los muros de Roma habitaban numerosos esclavos y emancipados italianos: griegos por su nacimiento en su mayor parte, o semigriegos, por ellos descendían la lengua y las costumbres griegas, y se propagaban hasta en las últimas capas sociales de la población metropolitana. Hojead las comedias de aquel tiempo, y en ellas encontraréis en boca del común del pueblo un idioma que, aun siendo completamente latino, supone conocimientos de la lengua griega para ser bien comprendido, lo mismo que el inglés de Sterne, o el alemán de Wieland, necesitan el conocimiento del francés.^[1] En cuanto a los personajes pertenecientes a familias senatoriales, no solo hablaban en griego con los griegos, sino que publicaban sus discursos en esta lengua, como hizo Tiberio Graco

(cónsul en 577 y 591) con su arenga pronunciada en Rodas. Por último, en la época de la guerra de Aníbal escribían en este idioma muchas crónicas de las que después nos ocuparemos. Algunos hasta fueron más lejos. Mientras que los griegos dirigían en latín frases adulatoras a Flaminio, este se las devolvía en griego; y se vio entonces «al gran capitán de los Enéadas» consagrar dones piadosos a las divinidades helénicas con arreglo al rito griego, y con inscripciones en dísticos griegos.^[2] Hasta el mismo Catón reprendió a un senador que había hecho que le cantasen en un festín a la griega una canción de este país con recitado modulado.

En medio de estas influencias es como se desarrolló en Roma la instrucción pública. Se cree comúnmente que, en lo tocante a los conocimientos generales y elementales, la antigüedad se quedó mucho más atrás que la civilización moderna. ¡Error gravísimo! Por el contrario, hasta en las clases bajas eran cosa corriente la lectura, la escritura y el cálculo; y, a ejemplo de Magón, Catón exigía ante todo que el esclavo capataz de un dominio supiese leer y escribir. Mucho antes de él ya estaban muy extendidos el conocimiento del griego y la instrucción elemental; pero a partir de su siglo es que la educación literaria, despojándose de la librea de una simple y material rutina, revistió el carácter y aspiró al fin de una verdadera cultura de espíritu. Antes de él, saber o no el griego era indiferente en la vida social o política. El sabio no tenía ningún privilegio, lo mismo que en nuestros días no reporta ningún beneficio al habitante de una aldea de la Suiza alemana saber el francés. Los más antiguos cronistas de Roma escribieron en lengua griega y no gozaron de ninguna supremacía en el Senado; como tampoco la obtiene entre sus compatriotas el campesino de las marismas del Holstein que ha estudiado humanidades, que entra por la noche en su casa después de sus faenas del campo y se sienta a la mesa con el Virgilio que acaba de sacar de su estante. Consideraban una necedad o falta de patriotismo el querer brillar porque se hablaba griego; y el que uno lo supiese mal, o lo ignorase en absoluto, no impedía que fuese un personaje notable, ni ser elegido senador o cónsul. Pero en la actualidad las cosas han tomado un curso diferente. La ruina de la nacionalidad itálica había producido ya sus efectos, sobre todo en las filas de la aristocracia. Las ideas generales de la humanidad ocupaban necesariamente el lugar del sentimiento nacional, y se marchaba rápidamente hacia una civilización más refinada. Lo primero que se ofreció a los romanos de la nueva escuela fue la gramática griega. A esta agregaron ellos la literatura clásica, sobre todo la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, pues veían al mismo tiempo esparcidos en el mismo suelo itálico los inmensos tesoros del arte y de la ciencia de los helenos. Aunque en realidad no reformaron sus prácticas de

instrucción, las hicieron progresistas, de empíricas que eran. Las lecciones generales dadas a la juventud se unieron más y más a la alta literatura; y aprovechando los jóvenes esto, según el espíritu del momento, penetraron cada día más en el conocimiento íntimo de las bellas letras griegas, del drama trágico de Eurípides y de la comedia de Menandro. Al mismo tiempo, los estudios latinos recibían un activo y poderoso impulso.

La alta sociedad romana comprendió que, sin abandonar el uso de la lengua griega, era necesario ennoblecer la lengua nacional y acomodarla al progreso de la nueva civilización, empresa que conducía también al idioma de los griegos por una serie de caminos. La distribución de los servicios económicos ponía en Roma, casi exclusivamente, la enseñanza del latín en manos de los esclavos, de los emancipados y de los extranjeros, o mejor dicho, de individuos griegos o semigriegos;^[3] de la misma forma que ocurría con las demás industrias y los oficios retribuidos. No hay por qué admirarse de tal resultado. Hemos visto en otra parte que el alfabeto latino se parecía mucho al de los helenos; ambas lenguas eran vecinas y tenían cierto parentesco. Aún hay más; hasta el sistema de la instrucción se modeló exactamente bajo las formas y el sistema helénicos. Nadie ignora cuán difícil es el problema de hallar y coordinar los materiales y las formas más apropiadas a la educación moral y literaria de la juventud, y cuánto más difícil es desembarazarse de los hábitos y prejuicios adquiridos cuando están demasiado arraigados. En consecuencia, ante las necesidades de una educación progresista, los romanos no supieron encontrar nada mejor para satisfacerla, que transportar pura y simplemente a Roma los métodos gramaticales y literarios de la Grecia. Exactamente lo mismo hacemos los modernos cuando tomamos los sistemas antiguos, excelentes sin duda para las lenguas muertas, y los aplicamos, vengan bien o no, a la enseñanza de las lenguas vivas. Sin embargo, a la importación griega le faltaba entre los romanos un fondo sólido sobre el que poder establecerse. En rigor, con las Doce Tablas se aprendía a escribir y a hablar el latín; pero para que la lengua latina se civilizase, por decirlo así, se necesitaba una literatura nacional que Roma aún no tenía.

EL TEATRO DOMINADO POR LA INFLUENCIA GRIEGA

Un segundo fenómeno llama nuestra atención. Hemos descrito anteriormente los progresos y la extensión de los juegos y demás diversiones populares. Desde la antigüedad, el teatro ocupó entre estas un lugar importantísimo. En un principio, las

carreras de carros formaban su principal motivo. Pero no se verificaban más que una sola vez y no llenaban más que el programa del último día de las fiestas; los precedentes se consagraban casi todos a representaciones escénicas. Por mucho tiempo estas no fueron más que danzas o farsas; alguna vez se unen a ellas cantos improvisados, pero no toleran diálogo ni acción de ninguna especie (volumen I, libro segundo, pág. 476). Ahora, sin embargo, es cuando va a llegar el verdadero drama. Por lo demás, griegos eran también los que dirigían las festividades de los juegos romanos. Ingeniosos para inventar diversiones con que se solazase la muchedumbre, matara el tiempo y se librara del fastidio, se convirtieron en intendentes de los placeres de los romanos. Pero en Grecia no había placeres más populares y variados que los espectáculos escénicos. Los actores y sus adláteres vieron en esto una rica mina que explotar en Roma. La antigua canción escénica latina contenía quizá los gérmenes de un drama nacional; pero para darle expansión se necesitaban un poeta y un público dotados de facultades originales. Esto es, un poeta que supiese despertar los sentimientos, y un público que se hallase dispuesto. Pero no fue tal el genio de los romanos en ningún tiempo, y menos en la época de la que nos ocupamos. Otra cosa habría sido si la improvisación precipitada impuesta a los que divertían al pueblo hubiese permitido la calma que prepara el buen fruto en su germen, y el tiempo que lleva a la madurez. También en esto era necesario proveer a una necesidad completamente ficticia y ajena a las aptitudes nacionales: se quería un teatro aun cuando faltaban los dramas.

NACIMIENTO DE UNA LITERATURA EN ROMA

Tales son los elementos sobre los que tuvo que fundarse la literatura latina; sus lagunas y su pobreza están manifiesta y necesariamente unidas a sus orígenes. El verdadero arte tiene su fuente en la libertad individual, en las alegrías y goces de la vida. Es verdad que también Italia poseyó estos bienes preciosos; pero en Roma, donde la solidaridad de un pensamiento uniforme y de deberes comunes repelía los libres instintos del individualismo para atender solo a la fortuna política de la metrópoli, el arte se halló como ahogado al nacer, y se encogió en vez de desarrollarse. El punto culminante de la prosperidad romana es un siglo sin literatura. Para abrir a esta su carrera, se necesita romper la costra de la compacta nacionalidad romana. Llega entonces a consecuencia de las influencias cosmopolitas

de Grecia, lleva el sello de su patria primitiva y se impone a la larga con una dulce e íntima violencia. Antítesis destructora, su esfuerzo va minando diariamente la antigua energía y aspereza del carácter romano. A raíz de esto, la poesía no brotó en Roma en un principio de las profundidades del alma del poeta; es el producto artificial de la escuela, que necesita manuales escritos en latín, y del teatro, que necesita piezas latinas. Ambos, la escuela y el teatro, son esencialmente antirromanos y revolucionarios. La ociosidad que presencia los espectáculos escénicos es un crimen para el romano de la antigua roca; se subleva contra ella su rudeza y su amor a la actividad. Desde el fondo de su corazón permanece completamente unido a la antigua y política máxima del derecho patrio, según la cual nadie es señor ni criado entre los ciudadanos, ninguno debe ser millonario o mendigo, y todos tienen una misma cultura y una misma creencia. La nueva escuela con sus prácticas de educación necesariamente exclusivas es, pues, un peligro para el Estado, pues destruye el sentimiento de igualdad. De hecho, la escuela y el teatro han sido las dos palancas más poderosas del espíritu de los nuevos tiempos, y su poder aumentó cuando hablaron el latín. Escribiendo o hablando en griego, no se hubiera dejado de ser romano. Pero se tomó la costumbre de pensar y vivir como los griegos, aunque bajo la librea de la lengua romana. Se comprende que semejante revolución haya realizado su objetivo aun en medio de un siglo grande y conservador; y no por esto deja de ofrecer el espectáculo más notable e instructivo. Fue entonces cuando el helenismo extendió sus ramas en todas direcciones y por todos los puntos donde la política no le cerró inmediatamente el paso. Fue entonces también cuando el pedagogo y el que suministraba los placeres al pueblo, apoyándose uno en otro, dieron a luz la literatura latina.

LIVIO ANDRÓNICO

Se encuentra ya entre los más antiguos escritores de Roma, como en una especie de núcleo, todo el producto de las obras posteriores. El griego Andrónico (de antes de 481 a 547), llamado después, en su cualidad de ciudadano romano, Lucio^[4] Livio Andrónico, vino muy joven a Roma (en 482) entre la multitud de prisioneros tarentinos (volumen I, libro segundo, pág. 430). Pertenece al vencedor de Sena, a Marco Livio Salinator (cónsul en 535 y en 547). Su tarea de esclavo consistía en escribir para la escena y representar, copiar textos y enseñar latín y griego, ya a los

hijos de su señor, ya fuera de casa, a los de otros hombres pudientes. Su talento lo hizo visible; su señor lo emancipó; y el gobierno, que muchas veces había utilizado sus servicios, y que después de la feliz terminación de la guerra contra Aníbal le había encargado componer un himno de acción de gracias, el gobierno, repito, por un favor insigne y especial, le dio una plaza en las ceremonias públicas del templo de la Minerva aventina, en la nueva cofradía de los poetas y de los autores dramáticos. Las obras de Andrónico proceden de su doble oficio. Como pedagogo tradujo la *Odisea*, y, así, se sirvió del texto latino para enseñar el latín, y del texto original para enseñar el griego. Este fue el primer libro de escuela en Roma, libro que continuó usándose durante muchos siglos. Pero, siendo autor y artista dramático, Andrónico no se contentó con escribir piezas para el teatro, como sus demás cofrades; además las recogió, formó con ellas libros, fue por todas partes leyéndolas, y las publicó en muchas copias. Lo que más nos importa confirmar es que el drama griego sustituyó al antiguo canto lírico del teatro romano. Un año después de terminada la primera guerra púnica, en 514, se puso en escena por primera vez su primer drama.

Es en realidad un acontecimiento histórico el que la epopeya, la tragedia y la comedia fuesen entregadas a la lengua vulgar por este hombre que tenía ya más de romano que de griego. En cuanto a sus obras, consideradas en sí mismas carecían de valor artístico. Andrónico no aspiraba a la originalidad, y como traducciones, sus escritos llevan el sello de una barbarie tanto más sensible cuanto que su pobre y ruda poesía había deshojado la flor de la sencillez primitiva, y, en consecuencia, marchan cojeando y tambaleándose en pos de las obras maestras de una maravillosa civilización literaria. Cuando se separa por completo de su modelo no es por efecto de una aspiración libre, sino que se desvía únicamente por su torpeza de copista; bajo y grosero unas veces, remontado y ampuloso otras, emplea siempre un lenguaje áspero y duro.^[5] Quiero creer, con los antiguos críticos de Roma, que, una vez que salía de la escuela, el niño dejaba los libros obligados de Andrónico y no volvía a tomarlos jamás. Sin embargo, no desconozco lo mucho que han influido estos trabajos en ciertos aspectos en los tiempos que siguieron; dieron margen a las traducciones latinas y conquistaron para el verso griego derecho de ciudadanía entre los romanos. Quizá se pregunte por qué no ha copiado Andrónico solamente el verso dramático, conservando en su *Odisea* la medida y el molde del verso nacional saturniano. La razón de ello es clara. Si los yambos y los troqueos de la tragedia y de la comedia griegas se imitaban fácilmente en latín, no sucedía lo mismo con el dáctilo épico.

Estos primeros ensayos literarios fueron prontamente superados. Las epopeyas y

los dramas de Livio no tuvieron a los ojos de los romanos de los siglos posteriores, jueces excelentes sin duda alguna, más valor que el de una cosa antigua y por ende curiosa, semejantes a las estatuas dedalianas, sin expresión ni movimiento. Pero ya se habían echado las bases; la generación siguiente no tuvo más que levantar sobre ellas el edificio del arte lírico, épico y dramático. Es de un gran interés el estudio de su historia.

EL DRAMA. EL TEATRO. EL PÚBLICO

Por la extensión y el número de las producciones, y por su influencia sobre la muchedumbre, en primer lugar llama la atención el drama, que va a la cabeza del movimiento poético. La antigüedad no conoció nunca nuestros teatros, en los que se paga la entrada. Tanto en Roma como en Grecia, los espectáculos formaban uno de los elementos esenciales de los juegos cívicos, aniversarios o extraordinarios. En un principio el gobierno se mostró, o quiso mostrarse, poco dispuesto a aumentar el número de fiestas populares, pues las creía peligrosas; y esto con cierta razón. Por esto se negó durante mucho tiempo y con deliberada intención a permitir que se construyesen teatros de piedra.^[6] Llegado el día de la festividad, se levantaba para el objeto un tablado de madera con estrado o anteescenario para los actores (*proscænium, pulpitum*), y con decoraciones en el fondo o escena (*scæna*). Delante de esto se extendía en forma de herradura, pendiente y sin sillas ni gradas, el lugar reservado al público. Cada espectador llevaba su silla, o estaba de pie o recostado.^[7] Es probable que las mujeres se colocasen desde un principio aparte, y fuesen relegadas al fondo, en el punto más elevado y menos cómodo del hemiciclo. Sin embargo, todavía no hubo puesto reservado hasta el año 560, año en que, como ya hemos visto (pág. 335), los senadores se arrogaron el privilegio de ocupar los primeros puestos en la parte más baja y mejor situada de la cávea. El público no era muy escogido en los antiguos tiempos, no porque las clases altas dejaran de asistir a los juegos populares, toda vez que los padres de la ciudad juzgaban que su deber y las conveniencias los obligaban a presentarse en ellos, sino que como se trataba de fiestas cívicas podían asistir libremente los ciudadanos con su mujer y sus hijos,^[8] si bien es cierto que no tenían entrada los esclavos ni los extranjeros. Por consiguiente, el auditorio era parecido al que asiste en nuestros días a los fuegos artificiales y a los espectáculos gratuitos. Era natural, por tanto, que no hubiera en ellos mucho orden: «Los niños gritando, las mujeres charlando y disputando: aquí o allá alguna

cortesana amenazando arrojarse al *proscænium*».^[9] No era este un día de fiesta para la policía: más de una vez necesitaba cumplir su misión «la vara del lictor». Con el advenimiento del drama griego y el aumento de las exigencias en lo concerniente al personal escénico, parece que hubo falta de actores. Un día se ejecutó una pieza de Nevio con aficionados, a falta de artistas profesionales. La posición social de estos no ganó nada por ello. Como en otro tiempo, el poeta, «el escriba» (*scriba*) como se lo llamaba, y el compositor pertenecían a la clase más baja de los obreros; estaban colocados en el rango más ínfimo en la opinión pública, y la policía los maltrataba con frecuencia (volumen I, libro segundo, pág. 483). El que se estimaba en algo se guardaba mucho de tener alguna relación con las representaciones teatrales. El director (*dominus gregis, factionis o choragus*) era por lo común el actor principal, generalmente un emancipado; mientras que el resto se componía de esclavos. No encontramos ningún hombre libre entre los compositores cuyos nombres han llegado hasta nosotros. Por lo demás, su salario era insignificante. Pocos años después de la época a la que nos referimos, dar a un poeta cómico ocho mil sestercios era una cosa excepcional; en general se los retribuía según el éxito de la pieza. Una vez pagados, todo había concluido: nada de concursos ni premios como en Atenas. Por último, los concurrentes aplaudían o silbaban como entre nosotros, y no se echaba más que una pieza en el mismo día.^[10] Tal era la condición en la que estaba colocado el arte: lejos de ser honroso, era un oficio vil, y el artista, menospreciado. ¿Es extraño acaso que al nacer el teatro nacional de los romanos no haya brillado ni por su originalidad ni por su sentimiento artístico? En Atenas descendían los más nobles a la liza, y sus generosos esfuerzos habían dado vida al drama griego. El drama romano no podía ser en su conjunto más que una pobre copia; y, en realidad, es necesario admirar en él la multitud de graciosos detalles y de ingeniosos rasgos con que ha sabido adornarse a pesar de todo.

COMEDIA. COMEDIA NUEVA DE ATENAS

La comedia fue la primera que apareció en las creaciones del teatro romano; incluso el auditorio fruncía el entrecejo a los primeros versos de la tragedia, cuando se había creído invitado a una función alegre o de otro género. En esta época aparecieron verdaderos cómicos como Plauto y Cecilio, pero no poetas trágicos. Si examinamos todos los dramas contemporáneos cuyos nombres sabemos, se cuentan tres comedias

por cada tragedia. Los autores, o mejor dicho los traductores de comedias, se inclinaron naturalmente a las obras más favorecidas del teatro griego, y por esta razón se encerraron casi exclusivamente en el género de la comedia nueva de Atenas,^[11] siguiendo a la letra a los más famosos autores, Filemón de Soloe en Cilicia, y al ateniense Menandro. A raíz de que la comedia nueva tuvo una inmensa influencia sobre la literatura y la cultura general romanas, la historia debe consagrarle un estudio concienzudo.^[12]

La intriga de la pieza es en estas obras de una fatigosa uniformidad. Siempre, o casi siempre, versa sobre el amor de un joven que persigue y obtiene, con gran daño para la casa paterna o con perjuicio de un malvado que la retiene en su poder, la posesión de una joven dotada de todas las gracias de su sexo, aunque de muy dudosa moralidad. El drama continúa invariablemente hacia su desenlace con el auxilio de algunos escudos sustraídos por el fraude, y tiene por eje algún astuto criado que inventa las bellaquerías necesarias y reúne fondos, mientras que nuestro joven loco se lamenta de las penas de su corazón y de lo vacío de su bolsillo. No faltan las disertaciones obligadas acerca de los goces y de los sufrimientos del amor, ni las escenas patéticas de las despedidas, ni los amantes amenazando suicidarse en medio de su desesperación. El amor o, mejor dicho, los arrebatos amorosos son el alma y la vida del drama poético de la escuela de Menandro según los antiguos críticos. Sus comedias terminan siempre con un buen matrimonio, después de que para edificación y placer del auditorio, se ha mostrado a la luz pública la virtud de la joven; también se ha descubierto que es la hija de un elevado personaje perdida tiempo atrás, y que desde todo punto de vista es un partido ventajoso. Además de las comedias amorosas, hay también algunas que producen grandes emociones: tales son el *Rudens* (cuerda o maroma) de Plauto, que se trata del naufragio y del derecho de asilo; el *Trinumus* (las tres monedas) y los *Cautivos*. En estas no hay ninguna intriga amorosa, y sí solo un amigo que se sacrifica por otro, o un esclavo que lo hace por su señor. Este teatro es como un tapiz donde se repiten todos los dibujos. A cada momento vienen los apartes de un individuo que escucha sin ser visto; se llama constantemente a la puerta de las casas, y los esclavos recorren las calles ejerciendo cada cual su oficio. Las máscaras figuran en número fijo, ocho ancianos y siete criados, por ejemplo. El poeta elige entre ellos las que le parece y necesita para la pieza, cosa que contribuye más que nada a esa uniformidad y monotonía escénica. La escuela cómica de Menandro rechazó pronto el elemento lírico de la antigua moda; se ganó los corazones y se limitó al diálogo o al simple relato. Intención política, pasión verdadera, elevación poética, todo le faltó. Sin embargo, esto se

comprende bien, pues el autor no aspiraba a producir los grandes efectos de la poesía. En efecto, su principal mira consistía en ocupar la atención mediante el argumento mismo de la pieza, aspecto en el que la comedia nueva, con la complicada intriga y la concepción absolutamente vacía de su contenido moral, difería totalmente de la comedia antigua. El poeta miraba además los detalles; las conversaciones interesantes constituían su principal triunfo y el placer de los oyentes. El enredo de los hilos de la intriga y los desprecios inesperados van a porfía con las locuras y licencias de un argumento imposible. El desenlace de la *Casina*, por ejemplo, en el que los dos enamorados se marchan juntos mientras que el soldado vestido con el traje de desposada se burla del viejo Estalinón, marcha a la par de las cónicas farsas de *Falstaff*.

Estas comedias están plagadas de juegos de palabras, de bufonadas, de enigmas y de todo aquello que amenizaba la conversación de sobremesa a falta de asuntos más serios. Los poetas no escribían ya para todo un pueblo, como lo habían hecho antes Aristófanes y Eupolis. Sus obras se dirigían a un círculo poco numeroso de hombres cultos, a una sociedad selecta y espiritual, pero que, como en tantas otras sociedades no menos bien intencionadas, iba en decadencia en medio de sus placeres ingeniosos e inactivos, perdiendo las horas en descifrar jeroglíficos y acertar charadas. De esta manera, el drama de entonces no retrata la imagen verdadera de aquel tiempo, y no hallamos en él la huella de los grandes hechos de la historia y de las revoluciones morales e intelectuales. ¿Quién dudará al leerlos que Filemón y Menandro fueron contemporáneos de Alejandro y de Aristóteles? Espejo elegante y fiel de la buena sociedad de Atenas, la comedia nueva nunca reproduce otros objetos. En su conjunto la conocemos principalmente por las imitaciones de los cómicos de Roma. Pero todavía aquí, aunque bajo un vestido más tosco, supo conservar su encanto y su gracia. Tomad las piezas copiadas a Menandro por cualquiera de los poetas del género, y veréis a los personajes vivir la misma vida que el poeta griego y sus contemporáneos: se los pinta ingeniosamente con sus tranquilos y diarios goces, más que con sus extravíos y excesos. Todo se refleja en ellas: relaciones de familia, el padre y la hija, el marido y la mujer, el señor y el esclavo con sus pequeñas pasiones y sus pequeñas crisis interiores. Todos estos retratos domésticos están perfectamente hechos y han conservado todo el efecto de sus colores. ¿Tendremos necesidad de recordar la orgía de los esclavos, por ejemplo, con que termina la comedia el *Stichus* de Plauto? ¡Qué cuadro de tan incomparable éxito el de aquellos dos perillanes haciendo gala de su escasa y mala comida, y obsequiando ambos a su común amiga Stephanion! ¡Qué episodio tan picante el de aquellas dos mozas elegantes ataviadas

con gran pompa, peinadas a la última moda y con su larga túnica recogida con botón de oro; o el de aquellas dos cortesanas que os hacen asistir a su tocado! Os ponen de relieve desde la alcahueta más vulgar, como la Lena del *Circulio*, a la dueña más astuta, semejante a la Bárbara del *Fausto* de Goethe y la Scapha de la *Mostelaria*. Después vienen las comparsas de hermanos y amigos y de los alegres compañeros. Todos los antiguos caracteres cómicos se hallan allí retratados perfectamente con sus tipos variados. La severidad feroz y la avaricia aparecen juntas con la mansedumbre y la generosidad; también va el padre de familia cauto, el anciano enamorado, el célibe arrepentido y de costumbres ligeras, la directora o encargada de la casa, vieja y celosa, conspirando con las demás contra el dueño de la misma. Después vienen los jóvenes, el galán joven y el hijo virtuoso, pero cuando están no tienen más que una importancia secundaria. Siguen a estos la cuadrilla de los esclavos, el ayuda de cámara taimado, el intendente severo, el viejo y sutil pedagogo, el criado de labor oliendo a ajos, la niña impertinente; en fin, todos los representantes de los oficios serviles. Pero una de las principales figuras es la del parásito (*parasitus*). Se lo admite y hace un gran papel en la mesa del rico, a condición de distraer a los convidados con cuentos y anécdotas divertidas, aunque algunas veces suele arrojársele la vajilla a la cabeza. El de parásito era en Atenas un verdadero oficio; y no es una pura ficción del poeta cómico cuando nos lo presenta sacando de los libros su provisión de chistes e historietas para el próximo banquete. Los otros papeles favoritos son el cocinero, que canta victoria a propósito de una nueva salsa, bigardo y pedante al mismo tiempo, y ladrón consumado; el rufián (*leno*), que profesa descaradamente todos los vicios como el Ballio del *Pseudolus* de Plauto; y el soldado matamoros (*Miles gloriosus*), representación viva del soldado aventurero del siglo de los diadocos. Calumniadores de profesión, o caballeros de industria, médicos pedantes y necios, sacerdotes, marinos, pescadores y demás, todos aparecen en la escena. Esto sin contar los papeles de carácter: el supersticioso de Menandro, el avaro de Plauto (en la *Aulularia la marmita*).

Tales fueron las últimas creaciones de la poesía griega. En ellas manifiesta su indestructible poder plástico pero profundiza más el corazón humano; la copia, en cambio, es completamente exterior y el sentimiento moral desaparece en el momento en que el poeta toma su mayor vuelo. Cosa notable: en todos estos caracteres, en todos estos retratos, la verdad psicológica es reemplazada por las deducciones del desarrollo natural de la idea tipo. El avaro recoge en ella «hasta las raspaduras de las uñas» y se lamenta de las «lágrimas derramadas», ¡como un gasto perdido! Sin embargo, no se acuse al poeta de la ligereza superficial de su crítica. Si

la comedia nueva peca por la falta de profundidad y lo vacío del pensamiento poético o moral, es necesario echar la culpa a todo el pueblo. Grecia, la verdadera Grecia, estaba entonces en su postrer momento: patria, creencias nacionales, vida de familia, todo lo noble y bello en el orden moral había dejado de existir. La poesía, la historia y la filosofía yacían agotadas; en Atenas no quedaban más que las escuelas de los retóricos, el mercado de venenos y el lupanar. ¿Quién puede admirarse del partido tomado por el poeta? ¿Quién osaría echar en cara a Menandro los cuadros fieles en que retrata las existencias sociales y que tiene ante sus ojos? ¿Podía acaso elegir otro si es un precepto y una verdad que la misión del poeta dramático es pintar al hombre y la vida humana? ¡Ved cómo la poesía de este siglo se eleva e idealiza, cuando por un momento llega a olvidar los detalles mundanos y las costumbres degeneradas de la sociedad ateniense, sin entrar en la horma de las imitaciones de la antigua escuela! Nos resta un modelo único de la parodia heroica, el *Anfitrión* de Plauto. ¿No circula en este drama, ruina preciosa entre todas las del teatro de aquel tiempo, una inspiración más pura y poética? Los mortales acogen con irónico respeto a los dioses de buen humor; las grandes figuras del mundo heroico contrastan en él con la burlesca poltronería de los esclavos, y el trueno y los relámpagos de un desenlace casi épico acompañan dignamente al nacimiento del hijo de Júpiter. Si se compara la desfachatez del autor cómico al tratar los antiguos mitos con la habitual licencia de sus otros dramas, consagrados más especialmente a la pintura de la vida de los habitantes de Atenas, se lo absolverá fácilmente de su irreverencia, muy poética por otra parte. Ante la moral y la historia no puede considerarse un crimen el haber escrito la comedia nueva. Sería injusto imputar a tal o cual de ellos la falta de no haberse elevado sobre su siglo; su obra ha sufrido la influencia más que producido la degeneración popular. Sin embargo, si se quiere apreciar en su justo valor la influencia de esta comedia sobre las costumbres romanas, es necesario sondear hasta el fondo del abismo apenas cubierto por la elegancia y la delicadeza de la civilización griega contemporánea. En mi sentir, son poca cosa esas groserías obscenas evitadas por Menandro, y de las que están salpicadas las páginas de las comedias de sus compañeros. Mucho más me extraña la esterilidad de la vida de aquella sociedad, en la cual los únicos oasis que se encuentran son llenados por la embriaguez y el amor sensual. Más me extraña aún ese prosaísmo que jamás se altera si no es con el ruido de la charlatanería de algún bellaco embriagado por sus locas concepciones, que va haciendo entusiastamente calaveradas que merecen la horca. Pero lo que más me aflige es la inmoralidad de aquella ética pretenciosa con que todos los autores vestían y adornaban sus

comedias. Convengo en que en ellas se castigaba el vicio, se recompensaba la virtud, y a los pecadillos cometidos seguían una buena conversión o un buen matrimonio. En algunas comedias, como en el *Trinumus* de Plauto o en algunos dramas de Terencio, veréis en todos los personajes, hasta en los esclavos, algún que otro átomo de virtud. A cada paso encontraréis en ellos gentes de bien, aunque entramados con las trapacerías que urden jóvenes honradas, cuando pueden serlo, y galanes que disfrutan de las mismas ventajas. Todo esto suministra lugares comunes de moral, que dan pretexto para expresar numerosas sentencias. Sin embargo, esto no impide que en el desenlace, después de la reconciliación final, como por ejemplo en los *Bachis* de Plauto, se los vea a todos juntos, al hijo que ha desollado a su padre y a los padres robados por los hijos, ir abrazados a cierto lugar donde los espera una orgía.^[13]

COMEDIA ROMANA. ES PURAMENTE GRIEGA NECESIDADES LEGALES DE ESTE HELENISMO

He aquí sobre qué fundamentos y con qué materiales estaba construida la comedia romana. Sus condiciones estéticas le prohibían la originalidad, y debemos creer que desde un principio la policía local le puso un freno y comprimió su vuelo. Conocemos un gran número de piezas latinas del siglo VI de Roma, pero ni una sola se anuncia como una imitación de otra pieza griega. Su título solo está completo cuando anuncia el nombre del drama y el del poeta heleno. ¿Se disputa, como sucede muchas veces, la novedad de tal o cual drama? Pues la cuestión versa solo sobre la prioridad de traducción. Por lo demás, la escena se coloca siempre en país extranjero, y esta es una regla obligatoria. Todo el género recibió el nombre de comedia de Pallium (*fábula palliata*) porque el lugar de la acción no está en Roma, sino en Atenas ordinariamente, y porque los personajes son griegos, o cuando menos no son romanos. Hasta en los detalles se conservó rigurosamente la investidura de extranjero, sobre todo en aquello en lo que el romano de menos cultura pudiera manifestar gustos y sentimientos decididamente opuestos a los del argumento dramático. Nunca se encuentra allí el nombre de Roma, nunca se hace mención de los romanos, y, si se les dirige alguna alusión, se los llama en buen griego «extranjeros» (*barbari*). Jamás se nombra la moneda romana, y muchas veces desempeñan su papel el oro y la plata acuñada. Sería formarse una idea singular de Nevio, de Plauto y de todos esos hombres de tan esclarecido talento, el creer que

habían obrado con deliberación. ¡No! Al colocarse lejos de Roma, su comedia obedecía, sin que pudiera dudarse, a necesidades muy ajenas a las reglas de la estética. A diferencia del desarrollo de la comedia nueva en Atenas, exponer el cuadro de las relaciones sociales en Roma hubiera sido para los romanos del siglo de Aníbal cometer un odioso atentado contra las buenas costumbres y el buen orden en la ciudad. Los motivos son los siguientes: como los juegos donde entraban las representaciones teatrales los daban los ediles y los pretores, todos bajo la dependencia del Senado, y como las celebraciones de las fiestas extraordinarias, los funerales por ejemplo, estaban sujetas a la autorización previa del gobierno, y como, por último, la policía romana tenía libertad de acción en todo, se guardaban menos miramientos respecto de las representaciones cómicas. Es fácil ver por qué, incluso después de la admisión en el programa de las festividades populares, la comedia no ha tenido jamás licencia para presentar en escena a un romano, y por qué, en la misma Roma, había continuado siendo extranjera, por decirlo así.

LA COMEDIA ES EXTRAÑA A LA POLÍTICA

Aún más rigurosa era la prohibición impuesta a los autores de no nombrar ningún personaje vivo para ensalzarlo o vituperarlo, o hacer indirectamente alusión a alguno de los acontecimientos del día. Por más que se busque en todo el repertorio de Plauto y de los cómicos que lo siguieron, no se hallará una sola expresión que haya podido dar motivo a un proceso por injuria o difamación.^[14] Excepto algunas bromas insignificantes, el poeta respeta siempre la delicada susceptibilidad del orgullo municipal italiano. Por otro lado, nunca se permitieron invectivas contra las ciudades vencidas, a no ser cuando, por una excepción notable, se dio libre curso a la charlatanería burlona contra los desgraciados habitantes de Atella y Capua (pág. 202), o cuando se burlaban de las pretensiones fastuosas y del mal latín de los prenestinos. Plauto y sus compañeros no dicen nada de las cosas y acontecimientos del día, salvo tal o cual voto emitido por el buen éxito de la guerra^[15] o por la prosperidad en la paz. En cambio, en todas las páginas el poeta ataca a los usureros y a los acaparadores en general, a los disipadores, a los candidatos que corrompen las elecciones, a los triunfadores demasiado numerosos, a los empresarios de atrasos y multas, y a los arrendatarios de impuestos y los embargos llevados a cabo por ellos. También clama contra el alto precio del aceite, y en otra única ocasión, como para

recordar las parábasis de la comedia de la antigua Atenas, lanza en el *Curculio* una larga y poco peligrosa invectiva sobre la muchedumbre que se agita en el *Forum*. Pero muy pronto se interrumpió su acceso de patriotismo autorizado y virtuoso: «Pero soy un loco al preocuparme de los asuntos del Estado, estando ahí los magistrados que cuidan de ellos».

En suma, desde la perspectiva política no puede imaginarse nada más dócil que la comedia del siglo VI.^[16] Sin embargo, el más antiguo de los autores cómicos de Roma cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, Gneo Nevio, es una excepción notable a esta regla. No pretendo yo con esto que haya escrito piezas romanas y originales; pero, a juzgar por los restos que de sus poesías han llegado hasta nosotros, al menos se atrevió a hacer alusiones directas a las cosas y a las personas. ¿No fue él quien se mofó de un pintor de tanto nombre como Teodoto? ¿No es él mismo el que se dirige al vencedor de Zama, en versos que no van en zaga a los de Aristófanes?: «Este hombre, que con tanta gloria ha llevado a cabo cosas tan grandes, cuyas hazañas están vivas y dando sus frutos, este hombre, el único a quien respetan todos los pueblos, a este hombre, su padre le ha sacado alguna vez medio desnudo de casa de su querida.»^[17]

¿Tomaba él sus palabras al pie de la letra cuando escribía: «Hoy, día de la fiesta de la libertad, voy a hablar libremente?».

Debió exponerse más de una vez a los rigores de la policía cuando proponía al público estas peligrosas cuestiones: «¿Cómo un Estado tan poderoso cae tan pronto en la ruina?». ¿No se le respondió inmediatamente con los registros de delitos de la policía? «¡Esta es la falta de los nuevos y flamantes decidores, y de los jóvenes locos!»

No le fue bien a Nevio con sus invectivas y sus diatribas políticas en el teatro. La policía romana no podía otorgarle tal privilegio ni tolerar su licencia.

Nuestro poeta fue reducido a dura prisión, donde permaneció hasta que expió públicamente en sus demás obras cómicas sus irreverencias. Además pagó una gran multa; pero, como al poco tiempo reincidió, se dice que fue desterrado. Lección severa que sus sucesores supieron aprovechar, hasta el punto de que uno de ellos da a entender claramente que se cuidaba mucho de no dar lugar a que le pusiesen una mordaza como a su compañero Nevio.

De este modo se produjo en el orden literario un resultado no menos admirable quizá que la derrota de Aníbal en los campos de batalla. En el momento en que los acontecimientos suscitaban en el seno del pueblo el ansia más febril, el teatro popular nació y creció en Roma sin tomar color al contacto de los sucesos políticos.

CARACTERES DE LA OBRA CÓMICA DE LOS POETAS ROMANOS. PERSONAJES Y SITUACIÓN

Durante este tiempo a la poesía le faltó el soplo de vida, encerrada como estaba en estrechos límites por las exigencias de las costumbres y de la policía local. Nevio no exageraba cuando envidiaba para el poeta de la Roma poderosa y libre la condición del vasallo de los Seleucidas y de los Lágidas.^[18] El éxito de las obras cómicas latinas dependió, por tanto, de la mayor o menor perfección del drama griego elegido por modelo, y del genio individual del imitador. Por lo demás, se comprende que, aun con toda la diversidad de sus talentos, los cómicos romanos no hayan dejado más que un repertorio muy uniforme en sus rasgos generales. Era necesario arreglar siempre todas sus piezas a las mismas condiciones de ejecución y al mismo público. Sin embargo, en el conjunto y en los detalles del drama, la mano del poeta se movía con una libertad absoluta; la razón de ello es clara. Las piezas originales se habían representado tiempo atrás ante una sociedad cuyo cuadro reproducían fielmente; en esto había consistido su principal atractivo. Pero entre el público ateniense y el actual auditorio romano había una distancia inmensa, pues este último no se hallaba en estado de comprender al poeta griego. ¿Será acaso que en estas pinturas de la vida helénica los romanos se interesaron por todas aquellas gracias, por aquella humanidad a veces sentimental, y por aquel gracioso barniz dado a las cosas más vanas? Hasta los esclavos habían cambiado. El esclavo romano pertenecía al mobiliario doméstico, mientras que el de Atenas no era más que un criado. ¿Se casa el señor con una mujer de condición servil? ¿Discute seria y humanamente con su esclavo? Pues el traductor romano cuida mucho de hacer presente al espectador que el drama pasa en Atenas, donde tales monstruosidades no tienen nada de particular.^[19] Cuando más tarde comenzaron a escribirse comedias donde los actores aparecían vestidos a la romana (*comædia togata*), desaparecieron inmediatamente los esclavos listos y solapados que se burlaban de sus señores. El auditorio romano no podía soportarlos. El dibujo de caracteres y los perfiles tomados en ciertas clases sociales, por duros y grotescos que fuesen, se acomodaban mucho mejor a la escena latina que los elegantes bocetos de la vida diaria de las gentes de Atenas. Pero, aun entre los primeros, había muchos que eran mejores y más originales, tales como la *Thais*, la casamentera, la adivina, el sacerdote mendigo (de Cibeles) y otras creaciones de Menandro, y que sin embargo el poeta latino tuvo que dejar a un lado para preferir ciertos oficios más generalmente conocidos en Roma, gracias a las importaciones del lujo de los griegos en la comida. ¿Por qué se complace Plauto en

poner en escena el cocinero y el parásito? ¡He aquí los personajes que dibuja con gran cuidado y que presenta muy a lo vivo! ¿No debemos concluir de aquí que ya los cocineros griegos habían ido a ofrecer sus servicios en pleno mercado? Y, en las instrucciones que Catón da a su intendente, ¿no se creía obligado a prohibirle que recibiera al parásito? Lo mismo sucedía en el diálogo: el traductor tuvo que omitir casi siempre ese lenguaje fino y ático, original. Ante aquellas tabernas y refinados lupanares de Atenas, el rudo habitante de Roma y el campesino de las inmediaciones no hubieran sabido dónde se hallaban. Los romanos no comprenderían mejor los refinamientos de la cocina griega, que los ciudadanos de una pequeña aldea alemana actual, los misterios del antiguo Palais Royal. Si en las imitaciones de los cómicos latinos asistimos a frecuentes rencillas, siempre es el asado del puerco, comida usual y grosera de los romanos, lo que se sobrepone a las variadas pastas, a las salsas, a los pescados y a los exquisitos platos del Ática. Por último, los enigmas y las canciones báquicas, que juegan tan importante papel al lado de los trozos literarios de los retóricos y de los filósofos, desaparecieron casi por completo, y solo se encuentran algunos vestigios dispersos.

LA COMPOSICIÓN DRAMÁTICA

Obligados de este modo por causa del público a trastornar toda la economía de las piezas originales, los cómicos romanos eran conducidos inevitablemente a introducir en su argumento toda clase de incidentes amalgamados y confusos, y que no tenían nada en común con el arte de la composición dramática. Con frecuencia les resultó necesario suprimir papeles enteros y reemplazarlos por otros, tomados del repertorio del mismo poeta o de cualquier otro. Cosa que confieso que no les daba tan mal resultado como podía esperarse. Es verdad que en el modelo griego el armazón del drama se refería a reglas puramente materiales, y que los personajes y los móviles de la acción no variaban en lo más mínimo. Los poetas, por lo menos los más antiguos, se permitían también las licencias más extrañas. No hay más que coger el *Stichus* de Plauto, representado en el año 554 (200 a.C.) y excelente por otra parte, para ver a dos jóvenes a quienes sus padres aconsejan que se divorcien de sus maridos ausentes desde mucho tiempo atrás. Estas se condujeron como nobles Penélopes, hasta que una hermosa mañana los maridos volvieron con grandes riquezas obtenidas en el comercio. A partir de entonces todo se arregla de la mejor manera por medio de una hermosa esclava regalada al suegro. En la *Casina*, que tuvo

un gran éxito, no se ve siquiera a la joven desposada que da el nombre a la pieza, y cuya suerte constituye el nudo de la acción; en tanto por todo desenlace se dice en el epílogo^[20] que lo demás pasa dentro de la casa. Otras veces se rompe bruscamente el hilo de la intriga, o bien el poeta lo abandona al porvenir sin cuidarse más de él. Evidentemente todas estas cosas acreditan un arte raquítrico e incompleto; pero no vemos que haya menos torpeza en el que arregla la pieza, que indiferencia absoluta hacia las leyes estéticas en el público romano. Sin embargo, llegó un día en que el gusto se depuró y forzó a Plauto y a los demás cómicos a poner en la intriga más atención y cuidado. Los *Cautivos*, el *Pseudolus* y los dos *Bacchis*, por ejemplo, están perfectamente arreglados; y Cecilio, uno de los herederos de Plauto, se hizo muy célebre con la composición ordenada y sabia de su drama.

LA RUDEZA ROMANA. MÉTRICA

En la ejecución del detalle, el poeta necesitaba poner las cosas al alcance, y lo más cerca posible, de su público romano; pero, por otra parte, la ley de policía lo obligaba a colocar su escena en el extranjero. ¡De aquí los contrastes más singulares! En medio de ese mundo completamente griego, ¿qué cosa más extraña que oír llamar por sus nombres a las divinidades romanas, y oír hablar el lenguaje del derecho sagrado, de las instituciones militares o judiciales de Roma? Los ediles y los triunviros se verían allí al lado de los agoranomos y de los demarcas. La acción pasa en Etotia o en Epidamno; pero he aquí que de repente, y sin ningún miramiento, se traslada a los espectadores a Velabro o al Capitolio. Son seguramente un disparate esa mezcla y todas esas denominaciones de localidades latinas colocadas en medio de la Grecia. Confieso, sin embargo, que estas imposibilidades y desatinos agradan por su sencillez. Ahora bien, lo que no puede tolerarse es que destruyan la elegancia del original con la grosera forma de la traducción latina. Es verdad que el auditorio no tenía nada de ático, y el poeta romano es el primero que ha comprendido la necesidad de ese disfraz. Por lo demás, algunas veces los nuevos cómicos de Atenas no dejaban nada que hacer al traductor con el cinismo de sus concepciones. En la comedia de Plauto *La asnada*, por ejemplo, la inaudita trivialidad no procede solo del imitador. En resumen, la comedia romana es grosera con premeditación, ya porque el traductor le haya añadido trivialidad, ya porque su compilación pretenda reproducir los excesos del original. Allí llueven los palos sin darse lugar a reposo y

los latigazos amenazan como una granizada sobre las espaldas de los esclavos; traen a la memoria la disciplina de la casa de Catón, así como las continuas burlas e invectivas contra las mujeres recuerdan también las cóleras del viejo censor contra el bello sexo. Por último, cuando el cómico romano quiere inventar, cuando quiere echar la sal de sus chistes sobre la elegancia del diálogo ateniense, cae con frecuencia en las mayores simplezas y en la más increíble brutalidad.^[21] En cambio no puede alabarse nunca lo suficiente el verso sencillo y sonoro de los cómicos latinos. Este verso honra a los poetas de la época. Si el trimetro yámbico que domina entre los griegos y se adapta admirablemente a la marcha del diálogo templado fue reemplazado por los imitadores romanos con el tetrametro yámbico o trocaico, no por esto se los debe acusar de impericia. Cuando era necesario manejaban también perfectamente el trimetro; lo que ocurre es que se acomodaban con preferencia al gusto menos ejercitado de su público y halagaban su oído con las armonías más llenas del verso heroico, por más que no conviniera usarlo allí.

DECORADO Y REPRESENTACIÓN

Por último, el decorado atestigua la profunda indiferencia, tanto del empresario como del auditorio, respecto de las reglas estéticas del drama. Las vastas dimensiones del teatro entre los antiguos y la representación ejecutada en pleno día no permitían apreciar bien el gusto y los ademanes. Los hombres hacían el papel de las mujeres y tenían que atiplar la voz; en tanto las condiciones escénicas y acústicas del teatro exigían el empleo de la máscara sonora. Los romanos adoptaron las mismas prácticas. Cuando la pieza era desempeñada por aficionados, estos no se mostraban nunca sino con careta. Pero no sucedió lo mismo en la representación de las comedias traducidas, pues allí los actores no estaban obligados a llevar la artística máscara de la Grecia. Por consiguiente, y sin contar otros inconvenientes no menos serios, fue necesario forzar la voz más de lo conveniente a raíz de las defectuosísimas condiciones acústicas de la escena latina.^[22] Livio Andrónico fue el primero que al encontrar un trozo que debía ser cantado recurrió a un expediente detestable, pero inevitable. Colocó al cantor fuera de la escena, y, mientras este cumplía su cometido, el autor, encargado del papel, lo acompañaba con una gesticulación muda. En cuanto a las decoraciones y a la maquinaria, los empresarios de la función no tenían en mente desplegar una costosa magnificencia. En Atenas el teatro representaba ordinariamente una calle de una ciudad, con casas por fondo, y

los decorados no cambiaban. Sin embargo, entre otros aparatos que no menciono, había un mecanismo especial destinado a convertir el escenario en uno más pequeño, simulando el interior de una habitación. Nada de esto se veía en Roma; sería injusto, por consiguiente, echar en cara a los cómicos el que representasen toda la acción y hasta el lecho nupcial de la mujer en medio de la calle.

RESULTADOS ESTÉTICOS

Tales fueron los principales caracteres de la comedia romana en el siglo VI. La importación del drama griego en Roma y las condiciones en las que se verificó nos han valido, después de todo, cuadros de inestimable precio considerados desde el punto de vista histórico de las dos civilizaciones vecinas. Pero, como el arte y las costumbres se hallaban en el modelo a un nivel mediano, descendieron aún más en el copista. Toda esa comparsa mendicante, que los arregladores romanos solo dejaron en escena a beneficio de inventario, parece que está fuera de su centro y como perdida en el teatro latino. No hay caracteres bien dibujados; la comedia misma no asienta su planta en el terreno de la realidad; y los personajes y las situaciones se mezclan en ella arbitrariamente y sin razón, como las cartas que distribuye el jugador. El original mostraba la vida en toda su verdad, mientras que la copia no muestra más que sus males. Por otro lado, ¿cómo hacerlo mejor con una dirección teatral que primero anuncia juegos a la manera griega, flautistas, comparsas de bailarines, trágicos y atletas, y luego no teme al cerrar su programa cambiarlo por un pugilato (pág. 427)? ¿Cómo hacer otra cosa mejor con aquel público grosero que, según la expresión de los poetas de tiempos posteriores, abandona en masa el teatro en cuanto ve en otra parte un pugilista, un funámbulo o un luchador? No se olvide tampoco la condición humilde de los antiguos cómicos de Roma. Si a pesar de que eran pobres esclavos o artesanos hubieran tenido mejor gusto y más talento, incluso entonces, ¿no habrían tenido necesidad de luchar contra la frívola rudeza del auditorio? Hicieron todo lo que podían hacer, a no ser que se les exigiera un milagro. Entre ellos hubo cierto número de genios activos y llenos de vida, que aun recibiendo los argumentos completamente formados en manos del extranjero, por lo menos supieron adaptarlos al cuadro poético nacional, e iluminando las vías oscuras que tenían por delante, dieron a luz creaciones de incuestionable importancia.

NEVIO

A su cabeza está Gneo Nevio, el primero que en Roma mereció el nombre de poeta. En cuanto es posible formar y emitir un juicio conforme a las opiniones de los antiguos, y teniendo a la vista los insignificantes fragmentos que de él nos restan, fue uno de los autores notables de la literatura latina. Contemporáneo de Andrónico aunque más joven que él, figuraba ya al principio de las guerras de Aníbal, y parece que no dejó de escribir hasta concluidas estas guerras. Sigue generalmente al esclavo tarentino, y, como sucede ordinariamente allí donde la literatura se ha importado completamente formada, sigue a su maestro en todos los senderos que este había emprendido. Al mismo tiempo que Andrónico, escribió epopeyas, tragedias, comedias, y de él tomó hasta el sistema de su versificación. Sin embargo, media un abismo entre ambos poetas y sus poesías. Nevio no es un emancipado, ni un pedante de escuela, ni un actor: es un ciudadano sin tacha de una de las ciudades latinas de Campania, aunque no de los más principales, y combatió como soldado^[23] en la primera guerra púnica. Comparada con la de Livio, la dicción de Nevio puede pasar por un modelo de claridad y de flexibilidad libre y sin afectación. Tiene horror al *pathos* y a la hinchazón, y procura evitarlos hasta en la tragedia; a pesar de los frecuentes hiatos y de las muchas licencias abandonadas después, su verso es fluido y noble a la vez.^[24] La poesía ruda de Livio me recuerda en cierto aspecto los versos de la escuela de Gottsched;^[25] no sale del alma, obedece a impulsos completamente exteriores y toma por norma las composiciones griegas.

Pero Nevio fue emancipando a la musa latina, e hirió con su varita mágica las únicas y verdaderas fuentes de donde podía brotar la poesía italiana popular, la historia nacional y la comedia. Su epopeya no es solo un libro para que aprendan los niños que van a la escuela; se dirige al público que lee y oye. Antes de él, el drama, los vestidos y los demás accesorios escénicos no eran más que cuestión del actor o trabajo del artesano. Nevio lo convirtió en la cosa principal, y en adelante el actor quedó al servicio del poeta. Sus creaciones llevan cierto sello popular. El drama y la epopeya nacionales, he aquí la obra que intenta emprender formalmente. (De su epopeya hablaremos más adelante.) Respecto de sus comedias, que fueron quizá sus producciones de mejor éxito y las más adaptadas a la verdadera naturaleza de su talento, sufrieron, como ya hemos dicho, la ley de las influencias extranjeras. El poeta se vio forzosamente encerrado en el cuadro de los griegos. No por eso ha dejado tras de sí menos sucesores, y hasta tiernos modelos en sus alegres y libres pinturas y en sus perfectos bocetos de la vida contemporánea. De esta manera entró

y fue muy lejos por el camino cómico de Aristófanes. Tenía conciencia de sus méritos, y en el epitafio que escribió para su tumba no temió decir lo que había hecho por su país:

Si fuese permitido a los dioses llorar a los mortales, llorarían las divinas Cámenas al poeta Nevio; porque desde el momento en que ha bajado a las bóvedas del Orco, han dejado los romanos de oír hablar la lengua latina.^[26]

Semejante altivez no cuadraba mal en el hombre que se había conducido con bravura en las guerras contra Amílcar y Aníbal hasta verlos caer vencidos; convenía al poeta que en aquel siglo profundamente agitado, en aquellos días consagrados a las delirantes alegrías de la victoria, había encontrado la nota exacta y la verdadera expresión del sentimiento popular. Hemos mencionado en otro lugar las cuestiones que tuvo con los triunviros, y cómo encontró el fin de sus días en Utica, tras haber sido desterrado de Roma por la libertad de su lenguaje. Allí, lo mismo que ordinariamente en Roma, tuvo que sacrificarse el individuo al bien público, y lo bello, ceder el puesto a lo útil.

PLAUTO

Contemporáneo de Nevio, Tito Marcio Plauto era más joven que él (de 500 a 570). Muy inferior a aquel en condiciones sociales, se formó también una idea más baja de la misión del poeta. Nació en Sasina, pequeña ciudad de la Umbría, pero quizá ya latinizada. Ejerció en Roma el oficio de actor y ganó mucho dinero, que perdió en especulaciones comerciales poco afortunadas. Se hizo después poeta cómico y arreglador de comedias griegas; se consagró exclusivamente a este género literario, sin aspirar, según parece, a concepciones originales. Los poetas cómicos eran entonces numerosos, pero sus nombres han desaparecido casi todos de la historia. En general no publicaban sus piezas,^[27] y lo que queda de su repertorio ha sido transmitido a la posteridad bajo el nombre del más popular de todos, de Plauto. Los literatos del siglo siguiente contaban hasta ciento treinta «piezas plautianas». La mayor parte de ellas o son completamente extrañas a este autor, o no han sido más que revisadas y retocadas por él. Las principales han llegado hasta nosotros. Difícil cosa es formar y emitir un juicio motivado sobre sus méritos y su genio, y hasta nos sería imposible hacerlo, puesto que no poseemos los dramas originales. Los arreglos eran hechos sin elección, lo mismo de las piezas buenas que de las malas, por los arregladores, que ante todo eran esclavos de la policía y del público. Del arte no se

preocupaban ni el autor ni el auditorio, y se reemplazaba la gracia del original con bufonadas y trivialidades para agradar al público... He aquí los caracteres generales de todas las piezas procedentes de la misma fábrica de traducción; sus defectos son los mismos en todas, y no pueden echarse en cara a tal o cual escritor determinado. Pero lo que hay que ensalzar, al menos en Plauto, es el arte de bien decir, el ritmo variado, la rara habilidad que se descubre en las situaciones perfectamente combinadas y conducidas para producir el efecto escénico, y el diálogo casi siempre fácil y animado. Pero sobre todo se destacan su gracia y lozanía, que extienden su feliz vuelo sin agotar jamás su vocabulario de chispeantes invectivas y de chistes alegres para conseguir el efecto cómico, irresistible con los cuadros de una mímica feliz, y con las situaciones y cambios escénicos en el drama. En todo ello se reconoce la mano del hombre avezado en las cosas del teatro. Esto no quiere decir que yo vacile en reconocer que hay que referir a las comedias originales muchos detalles que el arreglador no ha tenido más trabajo que trasladar a su obra nueva, pues es cierto que él no los ha inoculado. No se faltará a la justicia ni a la benevolencia al asegurar que todo lo que en estas comedias le pertenece es de un valor bastante mediano; y, sin embargo, esto es lo que le valió su popularidad. Fue el poeta dramático nacional, conservó siempre el primer puesto entre los poetas del teatro latino, y, después de la caída de Roma y del mundo romano, acudieron a él con mucha frecuencia los poetas cómicos del mundo moderno.^[28]

CECILIO

Menos aún que a Plauto podremos juzgar por nosotros mismos acerca del genio de Estacio Cecilio, el tercer y último cómico de esta época (y decimos el último, porque Ennio, que escribió también comedias, no obtuvo en este género ningún resultado). Cecilio era de condición humilde, lo mismo que su ilustre compañero, tanto por su origen como por su oficio. Nacido en la Galia transpadana, en la región de Mediolanum, fue conducido a Roma con los prisioneros hechos entre los insubrios (pág. 90), y vivió allí, primero como esclavo y después como emancipado, del producto de sus comedias sacadas del teatro griego. Permaneció en Roma hasta su muerte, que parece fue temprana (586). No escribió con gran pureza, lo cual se explica por su origen; pero en cambio se hizo notable, como ya hemos visto, por la habilidad y fuerza de la composición de su drama. Por lo demás, no halló en el

público más que un favor insignificante y la misma posteridad lo ha considerado muy inferior a Plauto y a Terencio. Entonces, ¿de dónde procede que los críticos de los tiempos verdaderamente literarios, los críticos de los siglos de Varrón y de Augusto, lo coloquen en primera línea entre los arregladores de comedias griegas? ¿Será verdad que a los ojos de la medianía que juzga, el poeta mediano en general se sobrepone al genio que descuella bajo un solo aspecto? Los críticos de Roma prefirieron probablemente a Cecilio porque fue más rigorista que Plauto, y más vigoroso que Terencio. Sin embargo, todo induce a creer que quedó muy por debajo de ambos.

RESULTADOS MORALES

Quizá los juicios de la historia literaria parezcan un tanto severos respecto de los cómicos latinos. Si, aun teniendo en cuenta que hubo algunos de reconocido mérito y talento brillante en cuanto traductores dramáticos, se ve obligada a rehusarles la palma del genio artístico y a negarles que hayan sentido puras aspiraciones al arte, pronunciará una sentencia todavía más rigurosa si considera su influencia en la marcha de las costumbres. La comedia griega que copian practica la doctrina de la indiferencia en materia de moral; nunca se eleva sobre el nivel de la corrupción pública. La comedia romana nace y crece, por el contrario, en un siglo que fluctúa entre la austeridad antigua y la degeneración que comienza; sin embargo, pronto se convirtió en la escuela oficial del helenismo y del vicio. Inmoral en todo, lo mismo en el cinismo de su lenguaje que en sus accesos de sentimentalismo lascivo, usurpando falsamente el nombre de amor y prostituyendo de este modo el alma y el cuerpo, afecta generosidad de ideas y va siempre al revés de lo verdadero y de lo natural. Luego glorifica y trae a la escena la vida de las tabernas, y, mezclando las groserías rústicas del Lacio con los refinamientos de una civilización extranjera, predica a los concurrentes la depravación griega ingerida en la desmoralización creciente de Roma. Más de uno presintió este resultado. ¿Se quiere una prueba de ello? Léase este fragmento del epílogo de los *Cautivos* (de Plauto):

Espectadores, este drama está escrito con arreglo a la ley de las buenas costumbres. En él no habréis visto amores, ni caricias, ni suposición de hijo, ni dinero robado, ni joven librando a una cortesana, a escondidas de su padre. Son raras entre los poetas las comedias como esta, en la que los buenos pueden aprender a hacerse mejores. Si os ha complacido, si hemos conseguido daros gusto y no incurrir

en vuestro desagrado, mostradlo... (*el actor aplaude*). Vosotros, los que queréis que la virtud tenga su recompensa, aplaudid.^[29]

De aquí se infiere cuál era el pensamiento del partido de las costumbres respecto de la comedia griega. Digamos además que en ese drama de los *Cautivos*, esta *rara avis* tan ensalzada por el poeta, la moral no es buena más que para engañar y seducir a la inocencia con más seguridad. ¿Quién puede dudar de que semejantes enseñanzas hayan hecho que la corrupción se extienda y llegue rápidamente a su madurez? Un día Alejandro oyó leer en Macedonia una comedia de la escuela nueva, y no encontró en ella más que cosas que le disgustasen. Entonces el poeta se excusó diciendo que la falta «no estaba en él, sino en el rey; y que para conocer el mérito de sus composiciones era necesario pasar la vida en las tabernas y en los garitos, dar y recibir golpes diariamente por cualquier muchacha». Este hombre conocía su oficio; y, si vemos a los romanos aficionarse poco a poco al espectáculo de las comedias griegas, ya sabemos lo que debe costarles. En mi sentir, la culpa del gobierno no es tanta por no haber hecho casi nada en favor de esta poesía dramática, como por haberla tolerado desde un principio. El vicio se propaga sin necesidad de cátedras públicas; pero esta no es una razón para permitir que se erijan esas cátedras. No obstante, se dirá que esta comedia a la moda griega no osaba poner el pie en medio de las instituciones de Roma; que no tocaba a la persona de los romanos. ¡Excusa inadmisibile; puro artificio del lenguaje! Creo que habría sido menos peligrosa si se le hubiera abierto más libre carrera; si ennobleciéndose la misión del artista, hubiera podido crear una poesía original y verdaderamente romana. También la poesía tiene una poderosa fuerza moral y sabe curar las profundas heridas que infiere. En consecuencia, el gobierno hizo mucho o muy poco. Las medidas intermedias de su política interior y la inmoral santurronería de su policía contribuyeron seguramente a precipitar la rápida marcha de la corrupción romana.

COMEDIA NACIONAL EN ITALIA

Mientras que en la metrópoli el poeta cómico no podía poner en escena los acontecimientos que interesaban a la patria y a los ciudadanos, a causa de las prohibiciones oficiales, triunfó en cambio en otra parte. La comedia nacional comenzó a conocerse entre los pueblos latinos que tenían completa libertad. En efecto, en la época en que nos encontramos los latinos aún no se habían fundido en la

ciudad romana, y el dramaturgo, dueño de representar su comedia en Atenas y en Masalia, pudo hacerlo también en cualquiera de las ciudades que gozaban del derecho latino. Tal es el origen de la comedia latina original (*fabula togata*).^[30] Titinio, el primer poeta que la escribió, floreció probablemente al fin del período de las guerras púnicas.^[31] También la *togata* tomó la intriga de la nueva escuela ateniense, pero en vez de limitarse a traducir, la imitó libremente. Su teatro está en Italia, y sus personajes llevan el vestido nacional, es decir, la toga. En ella se asiste al cuadro de la vida social de los latinos en su sencillez, con el movimiento que les es propio. La acción toma su argumento de las costumbres de los habitantes de las pequeñas ciudades latinas, como lo indican suficientemente los mismos títulos de las piezas: la *Tocadora de arpa*, o la *Hija de Ferentinum (Psaltria o Ferentinatis)*, la *Flautista (Tibicina)*, la *Jurisperita*, los *Bataneros (Fullones)*, y otras por el estilo. Vemos en ellas, por ejemplo, a un humilde ciudadano latino encomendar un calzado tomando como modelo el de las sandalias de los reyes de Alba. Cosa notable: en estas obras ya los papeles de mujeres son más numerosos que los de hombres.^[32] Por otra parte, en el acceso de su orgullo nacional el poeta celebra los gloriosos tiempos de las guerras de Pirro, y tiene en pequeña estima a sus vecinos de nueva latinidad: «Que hablan el osco y el bolsco, y no saben una palabra de latín».

La *togata* se representa en Roma lo mismo que la comedia puramente griega; pero para crecer necesitaba inspirarse en ese espíritu de oposición provincial, del que Catón primero y Varrón después fueron los órganos más autorizados. En otras palabras, así como entre los alemanes su comedia es hija de la comedia francesa, así era la de Roma hija de la musa de Atenas. Sin embargo, se ha visto ya a la cortés Liseta ceder el puesto a «Francisca, la doncella», y así también se elevó en Roma el teatro cómico nacional al lado del teatro helénico. Si su vuelo poético no remontó tanto como en Alemania, no dejó de seguir un camino semejante y de encontrar, quizás, éxitos análogos.

LA TRAGEDIA. EURÍPIDES

La tragedia griega fue importada en Roma en la misma época que el drama cómico. Pero tenía mucho más valor, y sus condiciones de porvenir eran mejores y más fáciles. Entre los griegos tenía por fundamento los poemas de Homero, familiares también a los romanos, cuyas leyendas nacionales echaban en él sus raíces. En cierto modo, un extranjero necesitaba menos tiempo para naturalizarse en este mundo ideal

de los mitos heroicos, que en medio de los tumultos del *Agora* de Atenas. Y, sin embargo, la tragedia también revistió el hábito griego, aunque de un modo más limitado y menos general, y fue desnacionalizándose en cierto modo. Por esta época pertenecía a Eurípides (de 274 a 348) todo el teatro trágico de los helenos. De aquí la decisiva influencia del gran poeta sobre el teatro trágico de los romanos. Saldríamos de nuestro asunto si quisiéramos intentar el estudio completo de este notable personaje, cuya autoridad entre sus contemporáneos y durante los siglos que siguieron fue aún más admirable que su genio. Pero como ha dado el movimiento moral y la forma particular al drama trágico de Grecia posterior a él, y como es también el padre de la tragedia grecorromana, juzgo indispensable bosquejar en algunas palabras los caracteres fundamentales de su sistema dramático. Eurípides pertenece al número de los poetas que aspiran a los más altos y nobles destinos para su arte, pero que, una vez en marcha y con el sentimiento perfecto de su ideal, se ven abandonados por sus fuerzas y no alcanzan el fin propuesto. La verdadera expresión, la expresión profunda de la tragedia, la que la resume moral y poéticamente, es que para el hombre son una misma cosa obrar y sufrir. Tal fue la máxima del drama trágico entre los antiguos: pone en escena al hombre obrando y sufriendo, pero jamás lo individualiza. Por lo demás, no puede superarse la grandeza de Esquilo cuando nos muestra al hombre luchando con el destino, y el secreto de esta grandeza reside precisamente en su pintura vista desde lo alto y en conjunto. Allí se dibujan a grandes rasgos los poderes en lucha; lo que hay de humano y de individual en Prometeo o en Agamenón desaparece en una especie de aureola poética. Sófocles se aproxima más a nosotros, aunque retrata también a grandes rasgos algunas condiciones sociales. Pinta al rey, al anciano, a la hermana; pero el microcosmos humano, observado en todos sus aspectos, se escapa a su heroico pincel. Llegó a un gran resultado, pero no al más perfecto. Mostrar al hombre en todo su ser y saber fundir en un conjunto ideal todas estas figuras acabadas cada cual en sí, y sin embargo distintas, hubiera sido un progreso maravilloso. Desde este punto de vista, es necesario confesar que los genios de Esquilo y de Sófocles han quedado por debajo del genio de Shakespeare. Viene después Eurípides que acomete la empresa de pintar al hombre tal cual es. Evolución completamente lógica y hasta histórica, pero en la que la poesía no puede ganar nada.

Eurípides destruye la tragedia antigua pero no consigue crear la tragedia moderna, y se queda a mitad del camino en todas las vías que emprende. La máscara, ese órgano que no deja pasar el más leve movimiento de la vida del alma y que traduce el cambiante juego de la sensibilidad por la rigidez de una expresión general,

la máscara, repito, era una necesidad en la tragedia para los grandes tipos de los antiguos. Por esta misma razón, sus caracteres no podían convenir con los del drama; sin embargo, Eurípides la conservó. Con el sentimiento maravilloso y profundo de la situación, la tragedia griega no podía emprender un libre y remontado vuelo, y por eso se guardó de entrar y reproducir la parte viva del elemento dramático. Se podría decir que la había envuelto en los grandes repliegues del traje épico de los dioses y de los héroes del mundo sobrehumano, y en las cantatas líricas de sus coros. Cuando se estudia a Eurípides se ve que quiso romper todas las trabas. Se transportó a los tiempos semihistóricos y su coro retrocedió a segundo lugar del interés escénico, de tal modo que al ejecutar después sus piezas muchas veces fue omitido, aunque no sin grandes inconvenientes.

Como quiera que fuese, su coro fue ya casi inútil; sin embargo no se atrevió a traer a sus personajes al terreno de la realidad. Expresión perfecta y verdadera de su siglo, está completamente dentro de la gran corriente histórica y filosófica de aquella época; pero al mismo tiempo bebe en fuentes cuyas aguas ya están turbias, cuando en realidad la alta poesía necesita las ondas puras y sin mezcla de la tradición nacional. El temor piadoso de los dioses se proyecta como un reflejo del cielo sobre el drama de los antiguos trágicos; con los estrechos y cerrados horizontes de la antigua Hélade, los oyentes se sentían penetrados por un dulce encanto. En el mundo de Eurípides, por el contrario, no hay más que la opaca luz de la meditación moral. En vez de dioses se presentan concepciones abstractas; y solo algún que otro relámpago de las pasiones atraviesa las densas y negras nubes del cielo. La antigua e íntima creencia en el destino ha desaparecido del fondo de las almas; el destino no es más que un déspota que tiraniza el cuerpo, y cuyas víctimas arrastran sus cadenas rechinando los dientes. La ausencia de fe, o mejor dicho, la fe desesperada encuentra en boca del poeta acentos de una fuerza infernal. Por lo demás, se concibe que Eurípides no llegue a esa altura de las concepciones plásticas, donde el artista se pierde arrastrado por su creación, donde el efecto poético triunfa y brilla en toda la obra. De aquí, su marcado descuido en la composición de sus tragedias. Muchas veces las bosqueja precipitadamente, y no conduce la acción y al personaje a un centro poderoso. Además, es Eurípides quien inventó, propiamente hablando, el prólogo familiar donde se forma el nudo de la intriga, y la cómoda aparición para desenredarlo del *Deus ex machina*, o de otro procedimiento por el estilo.

En cambio es admirable en los detalles, y sabe hacer que se olvide la irreparable falta de enlace con la infinita multiplicidad de efectos. En esto es un verdadero maestro, si bien tocado algunas veces de sentimentalismo sensual. Busca con

preferencia condimentos delicados, aunque es cierto que sustituye el amor por el asesinato y el incesto, con lo cual aguijonea la sensibilidad puramente física del espectador. Sin embargo, no hay nada más bello en su género que la pintura de Polixenes y de su espontáneo sacrificio; que la de Fedra consumida por la llama de su amor oculto, y, sobre todo, que el magnífico cuadro de esas bacantes excitadas por misterioso delirio. Ahora bien, le falta la pureza artística y moral, y está en lo cierto Aristófanes cuando echa en cara al gran trágico que no sabe presentar en escena ni a una Penélope. ¿Qué cosa más desagradable que sus héroes cuando no provocan la risa, como sucede muchas veces? Citaremos a su triste Menelao, en la *Helena*, su Andrómaca, su Electra, que no es más que una pobre aldeana, y su Telefo, que es un mercader enfermo y arruinado.

Pero en cuanto abandona las regiones heroicas y su argumento se aproxima a la vida común, desde el momento en que desciende de las alturas trágicas para colocarse en el seno de la familia y entrar casi en el dominio de la comedia sentimental, se multiplican en su pluma los efectos más felices. No hay sino que recordar la *Ifigenia en Aulide*, la *Ion* y esa *Alcestes*, la creación quizá más acabada de su gran repertorio. Otras veces, aunque con menos éxito, Eurípides se dirige a la inteligencia de su auditorio y quiere dominarlo por el interés de la acción. De aquí las complicaciones y los cambios de escena. Mientras que la antigua tragedia obra sobre el corazón, el drama nuevo se dirige principalmente a la curiosidad del espectador. De aquí también ese diálogo razonador, refinado y a veces insoportable para todo otro auditorio que no sea el de los sutiles ciudadanos de Atenas. De aquí también esas sentencias dispuestas como las flores en los terraplenes de un jardín; de aquí, por último, todo ese aparato psicológico que no tiene nada en común con las inmediatas sensaciones del sujeto, y pide sus efectos a la observación y a la lógica general. En la *Medea* el poeta tiene la pretensión de copiar exactamente las pasiones de la vida humana: de esta forma la heroína no olvida echar dinero antes de ponerse en camino. Del terrible combate que debe empeñarse en su alma entre el amor maternal y los celos, poco o nada podrá ver el lector imparcial en Eurípides. Por último, sustituye siempre con opiniones y tendencias la representación puramente poética. Esto no quiere decir que llegue a la alusión directa de los asuntos de actualidad; pero agitando cuestiones sociales más que cuestiones políticas, en el fondo y en consecuencia, se pone en contacto con el radicalismo político y filosófico de su siglo. Es el primero que se convierte en elocuente apóstol de las doctrinas humanitarias o cosmopolitas, ese irresistible elemento de disolución de la antigua nacionalidad ateniense. He aquí el motivo serio y verdadero de la oposición que un

gran número de sus contemporáneos hicieron al poeta irreligioso y antipatriota; he aquí el secreto del gran entusiasmo que excitó en la nueva generación y en el extranjero. En él no se vio ya sino al poeta de la ternura y del amor, al poeta de las máximas y de las tendencias progresivas, al propagandista de las ideas filosóficas y humanitarias. Si la tragedia griega se había elevado, de hecho y mediante Eurípides, sobre su propio nivel, luego se desplomó sobre sí misma. Pero esta catástrofe no hizo más que aumentar el éxito del poeta; la nación quiso a su vez excederse a sí misma y se perdió también. En vano Aristófanes, ese rudo crítico, representaba las buenas costumbres y la verdadera poesía. En el campo de la historia las creaciones de la imaginación no obran solo conforme a la exacta medida de su valor estético. La influencia de sus obras creció porque presintieron el espíritu del tiempo; y en esto no ha habido un poeta tan inspirado como Eurípides. Alejandro hace de él su autor favorito y Aristóteles modela en su drama las reglas de su poética trágica. La nueva poesía y la nueva escuela de las artes plásticas en Atenas se inspiran en su método. La comedia nueva no hace más que transportarlo completamente a su teatro; los pintores que adornan los vasos de la última época no van ya a buscar sus asuntos en las antiguas epopeyas, sino que los copian de los argumentos de Eurípides. Por último, y a medida que la Grecia se entrega a las ideas del nuevo helenismo, van aumentando la influencia y la gloria del poeta. En todos los países extranjeros, tanto en Egipto como en Roma, da inmediatamente, o en forma indirecta, el tono a la helenización.

LA TRAGEDIA EN ROMA

La Grecia de Eurípides es en efecto la Grecia que fue importada entre los romanos por los medios más diversos; se impone y se aclimata allí rápidamente con ayuda del contacto directo, antes que bajo la forma de traducciones. La escena trágica se instaló en Roma al mismo tiempo que la escena cómica (pág. 434); pero los gastos materiales de la primera superan ampliamente los de la segunda. Los romanos miraron esto con atención sobre todo durante la guerra contra Aníbal, y además consideraron que las disposiciones del público no les prometían un éxito tan brillante. Las comedias de Plauto solo hicieron raras alusiones a los dramas trágicos, e incluso estas solo pueden referirse a los originales. El único poeta trágico de este tiempo que tuvo algún éxito fue el contemporáneo de Nevio y Plauto, Quinto Ennio, más joven que ellos, que vivió del 515 al 585. Los cómicos, sus compañeros, lo

parodiaron cuando aún vivía, pero sus dramas se representaron y declamaron hasta en tiempos de los emperadores.

Poseemos muchos menos datos acerca del repertorio trágico que sobre el cómico en Roma, si bien puede afirmarse que sufrió las mismas leyes. Se compone en gran parte de traducciones de piezas griegas. Los argumentos se toman preferentemente del sitio de Troya o de las leyendas relativas a aquel acontecimiento. La razón de ello es clara. Todo ese ciclo mítico se había hecho familiar a los romanos gracias a las lecciones de los pedagogos. Además había en él un cómodo aprovisionamiento de medios materiales de terror: el asesinato de una madre; los infanticidios en los *Euménidas*, en *Alcmeón*, en *Cresfonte*, en la *Melanipa* y en la *Medea*; el sacrificio de una joven virgen en el *Polixenes*, en las *Eréctidas*, en la *Andrómeda* y en la *Ifigenia*. ¡No se olvide que aquel público grosero estaba acostumbrado a los combates de gladiadores!

Pero en medio de las mudanzas verificadas por la tragedia romana, lo que más nos llama la atención, después de la supresión de la máscara, es la supresión del coro. El teatro cómico de Roma no toleraba este último, ni el arreglo de la escena le dejaba un lugar. La luneta con su altar en el centro (ὄρχήστρα, θυμέλη), donde se movía el coro ateniense, había ya desaparecido, o no era más que una especie de tablado destinado a ciertos espectadores.^[33] Así, pues, en Roma no tuvieron razón de ser ni importancia las evoluciones, las danzas artísticamente combinadas con la música y el canto. Tampoco los arregladores de tragedias dejaron de cambiar el metro, ni de abreviar o trastornar los detalles. Veamos, por ejemplo, la *Ifigenia* latina: ya sea que el poeta haya copiado otro modelo o que haya inventado esta modificación, en la obra vemos al coro de mujeres de Eurípides cambiado por un coro de soldados.

Para nosotros, los modernos, las tragedias del siglo VI de Roma no podrían llamarse ni siquiera buenas traducciones. Sin embargo, conviene reconocer que el drama de Ennio ha reproducido su original con una fidelidad más exacta que lo que hacen las comedias de Plauto respecto de las de Menandro.^[34]

INFLUENCIA MORAL DE LA TRAGEDIA

La historia de la tragedia griega y su influencia moral en Roma han pasado, como vemos, por las mismas fases que la comedia. Si a causa de las diferencias entre los

dos géneros el helenismo ha podido mantenerse más puro y más vivo en el género trágico, no es menos cierto que también en este las exigencias de la escena local han provocado, sobre todo en Ennio, su principal representante, y en sus compañeros, manifestaciones más claramente antinacionales y tendencias propagandistas, de las que tenían plena conciencia. Si Ennio no fue el mejor poeta del siglo VI, fue por lo menos el más influyente de su época. El Lacio no era su patria: semigriego por origen (era mesapiano de nacimiento y griego por su educación), vino a establecerse en Roma a los treinta y cinco años. Simple domiciliado primero, ciudadano después, vivió del producto (insignificante en un principio) de sus lecciones de latín y de griego, del premio de sus composiciones dramáticas, y, sobre todo, de la generosidad de romanos ilustres. Entre ellos se contaban Publio Escipión, Tito Flaminio, Marco Fulvio Nobilior y otros fervientes partidarios de las ideas del nuevo helenismo, siempre dispuestos a premiar al poeta que cantase su elogio y el de sus antepasados, o que, como poeta oficial, los acompañase a los campamentos con su lira pronta a ensalzar sus hazañas futuras. Ennio también trató un día las condiciones de su vida de cliente y las felices aptitudes que le habían valido sus mejores triunfos.^[35] Cosmopolita por su nacimiento y por su condición social, había sabido asimilarse a todas las nacionalidades en medio de las cuales había vivido; a la vez griego y latino y hasta osco, tuvo buen cuidado de elegir como patria un solo pueblo. Mientras que el helenismo conquistó los esfuerzos y las obras de los demás poetas primitivos de Roma antes de que ellos hubiesen decidido entregarse a él; mientras que todos, uno más, otros menos, habían intentado colocarse en el terreno nacional y popular, Ennio entró con gran presencia de ánimo y con libertad completa en el camino revolucionario. No disfraza en lo más mínimo su pensamiento, e impele a los itálicos con toda su fuerza en la dirección neohelénica. La tragedia fue su más eficaz instrumento. Cuando se hojean los restos de sus dramas, uno se convence de que poseía a fondo todo el antiguo repertorio trágico de Grecia, particularmente los teatros de Sófocles y Esquilo.

¿Es quizá por puro efecto del azar que la mayor parte de sus piezas y sus más famosos dramas han sido copiados de Eurípides? Concedo que algunas consideraciones de otra índole hayan podido dictar su elección y sus modificaciones; pero por sí solas no han podido hacer que para él sea una ley seguir en todo a Eurípides, echar en olvido al antiguo coro más que él, y procurar hasta el exceso el efecto material. Obraba con un plan preconcebido cuando se proponía arreglar el *Tieste* y ese *Telefo*, famoso por la inmortal burla de Aristófanes; o cuando la emprendía con aquellos príncipes, verdaderos príncipes de la miseria,^[36] en

Menálipa, la mujer filósofa. Principalmente en este último drama dirige toda su acción contra la religión nacional, entra en lucha con ella en nombre de los dogmas de la filosofía natural, y tiende a destruirla. En toda ocasión (véanse los pasajes que siguen)^[37] Ennio dispara sus flechas y sus acerados dardos contra la fe en los milagros: «En cuanto a mí, ya lo he dicho y lo diré siempre: hay dioses en el cielo, pero creo que no se cuidan del género humano; de otro modo, los buenos serían felices y los malos desgraciados. Pero no es así».^[38]

No se comprende cómo la censura teatral de Roma ha podido tolerar semejantes irreverencias. Hasta en sus poemas didácticos Ennio ha profesado científicamente una irreligiosidad análoga; ya lo hemos dicho en otra ocasión (pág. 416): evidentemente era apasionado por tales doctrinas. A estos síntomas deben unirse un espíritu de oposición y un pronunciado radicalismo,^[39] las alabanzas tributadas a los placeres de la mesa, según la moda griega, y, sobre todo, el abandono del último elemento nacional de la poesía latina, el metro saturniano, que sustituyó con el exámetro helénico. Lejos de nosotros la idea de negar a este escritor su genio «multiforme» y su elegante fluidez en todos los géneros. Supo ajustar el exámetro a una lengua rebelde, al dáctilo; y, sin perjudicar en gran manera la marcha natural de la frase, llegó a moverse segura y libremente entre formas, cantidades y medidas desconocidas antes de él. Todo esto prueba solo una cosa, a saber: que su talento revestía la forma griega más que la latina.^[40] Cuando os encontréis con algún fragmento de sus obras os chocará menos la rudeza latina que el hecho de buscar las asonancias de una manera afectada y verdaderamente griega.^[41] En suma, sin ser gran poeta, fue un poeta elegante y sereno. Sus giros eran vivos y su sensibilidad verdadera; pero no se inspiraba sino cuando calzaba el coturno, y le faltaba absolutamente la inspiración cómica. Me explico su orgullo de latino helenizado, su desdeñosa mirada hacia los groseros y duros acentos de los «espíritus selváticos y de los poetas de los pasados tiempos». Comprendo sus elogios entusiastas a la poesía artística y artificial: «Salud, poeta Ennio, que prodigas a los mortales los inflamados versos que salen de tu pecho».

Bien sabía este hombre ingenioso y hábil que caminaba viento en popa: con él, la tragedia griega invadió Roma, y allí triunfará para siempre.

EL DRAMA NACIONAL

Por este mismo tiempo, sin embargo, un audaz y menos feliz navegante se lanzaba

en las aguas solitarias en persecución de un fin más elevado. No contento con importar, como Ennio, la tragedia griega a la escena romana, Nevio ensayó en la vía completamente nueva del drama nacional (*fábula prætextata*), aunque no tuvo igual éxito que aquel. Ningún obstáculo se opuso a su paso, y tomó sus argumentos indiferentemente de la leyenda de Roma o de la historia contemporánea del país latino. De este modo compuso *La educación de Rómulo y de Remo* y *El lobo*, donde figuraba Amulio, rey de Alba; y su *Clastidium*, en el que celebra la victoria de Marcelo sobre los galos, en el año 532 (222 a.C.). Siguiendo su ejemplo, el mismo Ennio quiso representar *El sitio de Ambracia* y la victoria de su patrono Nobilior en el año 565, victoria que había presenciado él mismo. Como quiera que fuese, los dramas romanos fueron siempre muy raros, y el género, ensayado por un momento, desapareció muy pronto del teatro. Sin duda era muy desigual la lucha entre los ciclos legendarios de Grecia y los pobres y descoloridos argumentos de los orígenes latinos. Acerca del mérito intrínseco de estos dramas raros, no podemos formar ni emitir nuestro juicio; pero teniendo en cuenta la intención poética en general, es necesario confesar que no hallamos en la literatura romana esas atrevidas pinceladas y ese vuelo creador que son los elementos necesarios de un teatro nacional. Solo a los trágicos griegos de los antiguos tiempos que se sentían cercanos a la era de los dioses, solo a Esquilo y a Frinico ha sido dado atreverse a poner en escena a la vez las aventuras de la leyenda y los hechos heroicos de la historia contemporánea.

Con todo, no pretendo sustraerme a la impresión que experimento: cuando veo a este poeta cantar en Roma las batallas donde él mismo ha combatido, cuando lo veo ensayar el drama histórico, y mostrarnos a los reyes y a los cónsules allí donde solo habían hablado antes de él los héroes y los dioses, me parece asistir en persona a la gran crisis de las guerras púnicas y a sus grandiosos resultados.

POESÍAS LEÍDAS. LA SÁTIRA

Por este mismo tiempo aparecieron en Roma los lectores poéticos. Al recitar sus propios versos, Livio Andrónico ya había introducido al menos en Roma la costumbre de que el autor leyese lo escrito, uso que entre los antiguos suplía la publicación. En esto el poeta no corría detrás de su interés y no llegó a ser un fin desfavorecido ante la opinión pública, como sí ocurrió con la poesía escénica. Desde los últimos tiempos del siglo VI se cita a más de un romano notable que apareció en

público con su manuscrito en la mano.^[42] Por lo demás, la poesía recitada era principalmente cultivada por los actores dramáticos. No desempeñaba más que un papel muy secundario al lado de las obras teatrales. Los aficionados asistían a estas lecturas, que debían ser muy restringidas. La poesía lírica, la didáctica y la epigramática formaban en el cuadro una pequeña figura. En cuanto a las cantatas de las funciones religiosas, cuyos autores mencionan los *Anales*, y a las inscripciones de los templos y de los sepulcros que conservan el metro saturniano, puede decirse que continúan siendo realmente extrañas a la literatura. La única poesía de algún interés que se produjo en este género de obras tomaba ordinariamente el nombre de sátira (*satura*). En Nevio es también en quien se la encuentra. Sin embargo, sabemos que otras veces se llamaba con este nombre a las antiguas composiciones sin acción ni diálogo, que desde el tiempo de Livio habían desaparecido de la escena, invadida definitivamente por el drama griego. Esas poesías recitadas se parecen en mucho a nuestras modernas «poesías mezcladas». No pertenecen a ningún género ni a ninguna variedad literaria, y comprenden todo lo que, no siendo epopeya ni drama, reviste una forma libre y un color completamente individual. Dejamos aparte las «poesías morales» (*Carmen de moribus*), sobre las cuales volveremos después, y que, al estar enlazadas por su objeto con los más antiguos ensayos de la poesía didáctica popular, habían adoptado sin duda el verso saturniano.

También ahora tendremos que citar a Ennio, tan activo y fecundo en este género como en los demás. Ya en su recopilación de sátiras, ya en otra parte, publicó una multitud de pequeños poemas, escritos breves sacados de las leyendas de la patria o de la historia contemporánea, imitaciones del romance religioso de Evemer^[43] o de las poesías sobre la filosofía natural que circulaban entonces con el nombre de *Epicarmes*, o del libro sobre la *Gastronomía de Archestrata* de Gela, el cantor de la cocina perfeccionada. Publicó también un diálogo entre la vida y la muerte, fábulas esópicas, una recopilación de aforismos morales, diversas bagatelas, parodias o epigramas. Con frecuencia fueron todas producciones fútiles, pero que atestiguan a la vez el variado talento del escritor y sus tendencias didácticas y neológicas. En este terreno se sentía libre, y sabía que estaba al abrigo de toda censura literaria.

CRÓNICAS EN VERSO. NEVIO

Vayamos ahora a las obras más trascendentales e interesantes para la historia. Los

poetas del siglo ensayaron también la crónica. Nevio fue el primero que intentó convertir la leyenda y los hechos contemporáneos en relato continuado y en verso. Así es como, tomando por objeto las guerras púnicas, las narra sencillamente sin aparato, diciendo las cosas lisa y llanamente como son. No desprecia ningún detalle por trivial que parezca, ni compone ni acicala nunca los tiempos históricos con colores o adornos propios de la poesía; se coloca como puro realista en el seno de la época presente, y la refiere casi inmediatamente en su verso nacional saturniano.^[44] No podemos decir de este trabajo de Nevio nada más que lo que hemos dicho de su drama nacional. Mientras que la epopeya y la tragedia griega no habían tenido todo su vuelo sino en la época heroica, el arrojar sobre los hechos contemporáneos el espléndido manto de los versos era por lo menos un pensamiento nuevo, grandioso y envidiable en nuestro poeta. Concedo que la ejecución ha sido defectuosa, y que no se ha encontrado en la crónica de Nevio más que lo que se encuentra en nuestras crónicas rimadas de la Edad Media, semejantes a aquella en varios aspectos. Sin embargo, el poeta ha tenido razón al complacerse con su obra. El suyo era un tiempo en que la literatura existía solamente en estado rudimentario en los anales oficiales; por lo tanto, no había hecho poco al componer una obra sobre los hechos de los tiempos pasados y presentes, y al poner a la vista de sus compatriotas el cuadro de los hechos grandes y decisivos de su carrera.

ENNIO

Este poeta tuvo también el mismo pensamiento; pero aunque el asunto del libro es el mismo, hay mucha diferencia en la ejecución. En política, en poesía y en todo, Nevio continúa siendo siempre latino; en tanto su rival pertenece completamente a los griegos. Para un asunto nuevo, Nevio busca formas nuevas; el otro lo acomoda y encierra en la epopeya helénica. Abandona el verso saturniano por el exámetro, recarga la narración de los hechos con adornos poéticos y mira principalmente la escena plástica, a la manera de Homero. Cuando el asunto se presta a ello, simplemente lo traduce: cuando necesita describir los funerales de los soldados muertos en Heraclea copia exactamente los funerales de Patroclo. En el tribuno militar Marco Livio Estolon, que peleó en Istria, veréis el Ajax de la *Ilíada*: ¡ni siquiera suprime la invocación homérica a la musa! En su poema pone en juego todas las máximas épicas. Después de la batalla de Canas, Juno perdona a los romanos en pleno consejo de dioses; y Júpiter, después de haber obtenido como buen

esposo el permiso de su mujer, le presenta la victoria sobre los romanos. Los *Anales* de Ennio atestiguan también su amor a los neologismos y una tendencia al helenismo que ya hemos caracterizado anteriormente. El mundo celestial le sirve constantemente de cuadro decorativo, lo mismo que a los griegos. Su poema comienza con un sueño curioso, completamente impregnado de las doctrinas pitagóricas. En él se dice que el alma de Quinto Ennio ha pasado tiempo atrás por el cuerpo de Homero, y antes por el de un pavo; después, según la dogmática pura del filosofismo natural, el poeta diserta sobre la esencia de las cosas y sobre las relaciones del cuerpo y del espíritu. La elección del asunto le sirve admirablemente: en efecto, en todo tiempo los literatos griegos habían hallado al escribir o arreglar la historia de Roma un excelente medio de propaganda griega y cosmopolita. Ennio dice: «A los romanos se les ha dado siempre el nombre de griegos, y griegos se los llama todavía».

¿Cuál era, en resumen, el valor de esos famosos *Anales*? Fácilmente podrá formarse una idea recordando nuestras apreciaciones sobre el mérito y los defectos del talento de Ennio, contemporáneo de la gran época de las guerras púnicas. Sentía vivamente con todos los italianos las impresiones populares, y, arrebatado por el sentimiento común, con frecuencia tuvo la buena suerte de alcanzar la sencillez de los poemas homéricos. Muchas veces sus versos reflejan la solemnidad y la gravedad romana, pero su composición épica es naturalmente muy defectuosa. En el fondo no pudo encerrar en ella el gran aparato; pero con todo, se las ingenia a veces e intercala algún canto en honor de un héroe o de un patrono, que la posteridad sin esto hubiera olvidado. En su conjunto, los *Anales* no han sido, pues, más que una tentativa abortada. Querer hacer una nueva *Ilíada* es condenar de antemano el plan de una obra; y Ennio dio el primer ejemplo de esas producciones híbridas, mitad historia y mitad epopeya, de esos espectros literarios que se perpetúan hasta nuestros días sin saber vivir ni morir. Y, sin embargo, tuvo un éxito indiscutible. Con la mejor buena fe del mundo quiso pasar por el Homero romano, como ha hecho más tarde Klopstock en Alemania; sus contemporáneos, y más aún la posteridad, le han creído inocentemente. Las generaciones que siguieron se transmitieron la herencia de respetuosa admiración hacia el «padre de la poesía romana»; y el elegante crítico Quintiliano pudo un día gritar: «Veneremos a Ennio como a uno de esos bosques sagrados y antiguos, en el que las altas y seculares encinas nos imponen, más que el sentimiento de su belleza, un respeto religioso». No hay que extrañarse de semejante entusiasmo: el fenómeno se ha reproducido muchas veces en condiciones análogas. Ejemplo de ello son la *Eneida*, la *Henriada* y la *Mesiada*. Si se hubiera despertado

en Roma un verdadero y poderoso movimiento poético, muy pronto se habría visto rechazar ese paralelo oficial y casi burlesco entre la *Ilíada* y los *Anales* de Ennio, de la misma manera que nos asalta hoy la risa al oír los nombres de A. Karschin, como la Safo alemana, y de Willanow, como el Píndaro.^[45] Nunca floreció en Roma la alta poesía. En el fondo, el interés de los *Anales* estaba en su mismo asunto y en las tradiciones aristocráticas de las que esta composición se hizo órgano. Por lo demás, no puede negarse que el poeta revela en ella un raro talento formal, aspecto por el que continuó siendo a los ojos de las generaciones posteriores el perpetuo modelo de la musa romana. Se recomendó su lectura y se leyó. Así se explica el extraño prodigio de una epopeya antinacional en el fondo, escrita por un literato casi griego, y venerada por los romanos de los últimos tiempos como la obra maestra de la antigua poesía de Roma.

LITERATURA EN PROSA

La literatura en prosa nació en Roma poco después de las primeras obras poéticas, pero se produjo de otro modo. No recibió las artificiales incitaciones de la escuela y del teatro, que habían como forzado antes de tiempo a la musa poética; y tampoco sufrió los obstáculos artísticos que encierran la comedia en las estrechas barreras de la censura teatral. Mientras que en la escogida sociedad romana la nota de infamia va anexa al oficio de autor cómico, los prosistas, por el contrario, no están censurados en manera alguna por la opinión. Consecuencia de esto fue que la prosa, aunque menos importante y menos activa que la poesía, lleva consigo el progreso conforme a leyes más naturales. En tanto la poesía está casi por completo en manos de hombres de condición humilde, y entre los famosos poetas de aquel tiempo no se encuentra el nombre de ningún noble romano, entre los prosistas, en cambio, apenas si puede contarse uno que no pertenezca a una familia senatorial. En el círculo mismo de la alta aristocracia, entre los consulares y los antiguos censores, los Fabios, los Gracos y los Escipiones, es donde nace y crece esta literatura. Por consiguiente, en ella persisten las tendencias conservadoras y nacionales con más fuerza que entre los poetas. Sin embargo, en sus más importantes ramos, como por ejemplo la historia, no escapa tampoco la prosa a la influencia del helenismo; pronto la domina y la arrastra consigo, tanto en el fondo como en la forma.

LA HISTORIA

Antes del siglo de las guerras de Aníbal, en Roma no había historia propiamente dicha. Las noticias de los registros de la ciudad pertenecen a los archivos oficiales y no al arte literario; por otro lado, nunca toman en cuenta el conjunto ni el encadenamiento de las cosas. Por un fenómeno característico del genio romano, aun cuando el imperio de la República había rebasado ya las líneas que formaban la frontera italiana, y la sociedad ilustrada vivía en la ciudad en incesante contacto con los griegos y su fecunda literatura, hasta mediados del siglo VI no se sintió la necesidad de escribir y de poner en conocimiento de los contemporáneos y de las generaciones futuras el relato de los hechos y el cuadro de la buena estrella de Roma. Cuando llegó por fin el momento, no estaban dispuestos ni la forma ni el público. Fue necesario para esto mucho tiempo y mucho talento. Así vemos cuánto esfuerzo se emplea entonces para vencer la dificultad. La historia local se cuenta en verso si es en la lengua patria, o en prosa si es en la lengua griega. Ya hemos dicho algo de las *Crónicas* en verso de Nevio (escritas hacia el año 550) y de Ennio (en 581); ambas pertenecen a la más antigua literatura histórica de Roma. Con respecto a la de Nevio, hasta se puede afirmar que es el libro de historia más antiguo.

En ese mismo período aparecieron, aunque escritas en griego, las composiciones históricas de Quinto Fabio Pictor,^[46] que vivió en tiempos de la segunda guerra púnica, y era tan notable por su nacimiento como por la parte activa que tomó en los negocios públicos (volumen I, libro segundo, pág. 505); y las de Publio Escipión, hijo del Africano (hacia el año 590). Así las cosas, algunos utilizaron el progreso de la versificación para dirigirse a un público familiarizado ya con la poesía; en tanto otros prefirieron el aparato de la prosa griega y presentaron a los hombres cultos documentos cuyo interés material iba mucho más allá de las fronteras del Lacio. El primer método fue el de los plebeyos; el segundo fue adoptado por los escritores de las clases altas. Hemos visto reproducirse este mismo fenómeno en Alemania en el siglo de Federico el Grande, cuando se levantó al lado de la literatura de los poetas aldeanos una literatura aristocrática que no sabía más que la lengua francesa, y que publicaba en francés el relato de las batallas prusianas, escritas por la pluma de reyes y generales, mientras que Gleim y Ramler componían sus cantos guerreros en idioma nacional.^[47] De cualquier modo, ni las crónicas en verso, ni los escritos griegos de los analistas constituyen aún la verdadera literatura histórica latina, que, a decir verdad, no comienza sino en Catón. Solo de Catón, de su *Historia de los*

orígenes (Libri originum), data la primera composición nacional en este género, y al mismo tiempo es la primera obra importante escrita en prosa entre los romanos,^[48] cuya publicación se coloca al final del período que vamos historiando.^[49]

Ya fuera que estuviesen escritos en lengua griega, o no, todos estos libros no se parecían en nada por su concepción a las obras históricas de Grecia.^[50] Si se los compara con las áridas noticias de los grandes anales de la ciudad, se ve en ellos un relato seguido y un orden relativamente grande; y, en cuanto nos es posible alcanzar, comprendían todos los acontecimientos verificados desde la fundación de Roma hasta la época a la que nos referimos. Sin embargo, a juzgar por su título, algunos se limitaban a asuntos menos extensos. Nevio no refería más que los hechos de la primera guerra de Cartago; Catón trataba solo de los *Orígenes*. En suma, sus relatos pueden referirse a tres periodos principales: a los tiempos legendarios, a los tiempos históricos medios y a los contemporáneos.

HISTORIA LEGENDARIA DE LA FUNDACIÓN DE ROMA

Los orígenes se perdían en las tinieblas de los siglos legendarios, pero desde todo punto de vista era necesario referirlos detalladamente; de aquí la infinidad de dificultades. Ya hemos hecho notar en otro lugar (volumen I, libro segundo, págs. 487 y sigs.) que ante el escritor se abrían dos caminos absolutamente inconciliables: uno, más nacional, indicado y fijado por escrito en los breves enunciados de los anales de la ciudad; el otro, abierto por el griego Timeo, que no había podido permanecer oculto a los cronistas de Roma. En el primer sistema Roma refería su origen a Alba-Longa; en el segundo, a Troya. Según aquel, el fundador de Roma era Rómulo, el hijo de los reyes de Alba; según el otro debía su origen a Eneas, príncipe troyano. En el siglo VI se mezclan y embrollan ambas fábulas, merced a Nevio o Fabio Pictor. Rómulo, hijo de los reyes de Alba, continuó siendo el fundador de la ciudad; pero al mismo tiempo tiene por abuelo materno al troyano Eneas. Si este no fundó Roma, por lo menos llevó a Italia los penates troyanos y los instaló en Lavinium, edificada expresamente para ello. Luego, su hijo Ascanio edificó Alba, ciudad madre de Roma y antigua capital del Lacio. Todo esto no eran más que pobres y torpes invenciones. ¿Acaso el verdadero romano ha podido oír, sin considerarlo como una abominación, que los primeros dioses penates de Roma, en lugar de venir directamente a su templo cerca del *Forum*, hicieron su primer asiento

en Lavinium? Incluso peor debieron sonar a su oído las fábulas de los griegos, cuando decían que fue al nieto a quien los dioses otorgaron aquello que según la leyenda nacional había recibido el abuelo. Como quiera que fuese, la nueva redacción bastaba para su objeto. Sin dar un formal mentís a los orígenes romanos puros, satisfacía las tendencias del helenismo y legitimaba en cierto modo las pretensiones, ya muy a la moda, de los descendientes de Eneas. Por lo demás, la fábula griega no tardará en ser la historia oficial y estereotipada de la gran ciudad.

Fuera de los orígenes, apenas si se habían ocupado de Roma los historiógrafos griegos. En consecuencia, todo el relato de los hechos subsiguientes procede exclusivamente de las fuentes nacionales, aun en los casos en los que, ante los pocos documentos que nos restan, no es posible distinguir entre las tradiciones extrañas a los anales públicos y las noticias extractadas de estos, entre los acontecimientos transmitidos a los primeros cronistas y las adiciones que han podido hacer de su propia cosecha. Pero por lo menos estos cronistas no son culpables de los plagios de anécdotas, que más tarde tomarían de Herodoto;^[51] y tampoco habían pensado en pedir a los griegos la materia de su narración. Sin embargo, muy pronto ocurrió un hecho curioso por cierto: todos los escritores, y a su cabeza Catón, el enemigo de los griegos, se vieron arrastrados por la corriente e intentaron no solo aproximar Roma a la Hélade, sino que además quisieron hacer de los griegos y de los italianos un pueblo perteneciente en su origen a la misma nacionalidad. De aquí surgieron esas historias de los italianos primitivos o aborígenes, procedentes de Grecia, de esos pelasgos, o griegos primitivos que penetraron en Italia.

HISTORIA INTERMEDIA

Los relatos que recorren el país siguen la pendiente de los tiempos durante toda la época de los reyes hasta la institución de la República. Aunque débilmente enlazados entre sí por un hilo muy tenue, presentan, sin embargo, una especie de conjunto. Pero, a la aparición de la República, callará de repente la leyenda. En adelante será obra difícil, casi imposible, querer sacar la materia de una narración encadenada de los libros de los pontífices y de las observaciones oficiales. Los analistas en verso lo comprendieron prontamente, y así vemos a Nevio saltar de repente desde la época de los reyes hasta la guerra de Sicilia, y a Ennio que, mientras en el tercer libro de los dieciocho que componen su obra está todavía en la época de la monarquía, en el sexto habla ya de la guerra de Pirro. Esto muestra que apenas ha podido bosquejar

muy a la ligera la corriente de los dos primeros siglos de la República. ¿Qué hicieron por su parte los que escribieron los *Anales* en lengua griega? No nos es posible decirlo. El mismo Catón salió de aquí como pudo. No halla ningún placer en referir «los manjares servidos a la mesa del gran pontífice, la frecuente carestía de los granos, y los eclipses de sol y luna». Más adelante consagra sus libros segundo y tercero a la historia de los orígenes de las demás ciudades itálicas, y de su entrada en la confederación romana. Rompe las trabas que obligan al cronista a seguir paso a paso y año por año la sucesión de los cónsules y los acontecimientos ocurridos durante su cargo; y hasta sabemos respecto de esto que había distribuido su obra histórica por secciones. Solo la idea del estudio sobre las ciudades itálicas es ya una cosa notable; pero se explica por el espíritu de oposición del viejo Catón. Trabajando con todas sus fuerzas contra las excesivas tendencias metropolitanas, le gustaba ponderar las instituciones municipales de las ciudades. Además, si bien no llenaba el vacío histórico que separa la expulsión de Tarquino del siglo de las guerras de Pirro, lo suplía por lo menos mediante útiles investigaciones, y daba a conocer en uno de sus más interesantes aspectos el resultado del gran trabajo de dos siglos, la reunión de Italia bajo la dominación romana.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Por el contrario, se cultivó con gran enlace y detalladamente la historia contemporánea. Nevio refiere los acontecimientos de la primera guerra púnica como testigo ocular, y Fabio hace el relato de la segunda. Ennio consagra trece de los dieciocho libros de su crónica a la época de Pirro, hasta la guerra de Istria. Por último Catón, en los libros cuarto y quinto de su composición histórica, expone los hechos que tuvieron lugar entre la primera guerra púnica y la guerra contra Perseo. En sus dos últimos libros cambia de método y se detiene más en la narración de los acontecimientos que han ocurrido durante los últimos veinte años de su vida. Poco importa si, en su historia de las guerras de Pirro, Ennio se ha valido de los trabajos de Timeo o de otros autores griegos; lo que hay que tener por cierto es que, en su conjunto, todos estos relatos se fundan en la experiencia personal del cronista y en sus confidencias con testigos directos, o se apoyan simplemente unos en otros.

ARENGAS Y CARTAS MISIVAS

Al mismo tiempo asistimos a los comienzos de los géneros epistolar y oratorio, que se unen íntimamente a la historia y sirven para completarla. También en esto es Catón el que abre el camino. De los tiempos anteriores no ha llegado nada hasta nosotros, a no ser que se consideren algunas oraciones fúnebres sacadas mucho más tarde de los archivos de las familias nobles, como por ejemplo las que se atribuyen a Quinto Fabio, adversario de Aníbal, y que en sus últimos días debió consagrar a su hijo, muerto en la flor de su vida. Catón, por su parte, entresacó todos los trozos de algún interés histórico de las innumerables arengas que había pronunciado en el transcurso de su larga y activa carrera, y las consideró como sus memorias políticas. Las había insertado en parte en su gran obra, o publicado como apéndice a título de documentos especiales. Por último, también publicó una colección de sus cartas.

HISTORIA DE LOS PAÍSES EXTRANJEROS

No contentos con tratar los hechos de la historia romana, la vista de los escritores del siglo se dirigió también a los países extranjeros. En efecto, no había romano ilustrado que no tuviese cierta tintura de la historia de los demás pueblos. Se cuenta del viejo Fabio que conocía la historia de las guerras de las naciones extranjeras, lo mismo que las de Roma. Catón leía familiarmente a Tucídides y a los demás historiadores griegos. Sin embargo, a excepción del libro de anécdotas y de máximas coleccionado por él para su uso particular, no encontramos entre los escritores latinos contemporáneos nada que valga la pena mencionar.

CARENCIA DE CRÍTICA HISTÓRICA PARCIALIDAD DE LOS ANALISTAS

En la inocencia de sus principios, la literatura histórica de Roma ignora por completo lo que es el sentido crítico: autores y lectores, todos aceptan sin ofuscarse las contradicciones más groseras en el fondo y en la forma. El segundo Tarquino, que ya era hombre a la muerte de su padre, no subió al trono hasta treinta y nueve años después de aquél, y a pesar de esto los analistas nos lo pintan como un

adolescente el día de su advenimiento al trono. Pitágoras no vino a Italia hasta siglo y medio después de la institución de la monarquía; pero esto no obsta para que el historiador romano diga que fue muy amigo de Numa. Los embajadores enviados por Roma a Siracusa en el año 262 (492 a.C.) trataron con el tirano Dionisio, que, en realidad, no se hizo cargo del gobierno hasta ochenta y seis años después (en 348). Pero donde se encuentran cosas notables es en la cronología romana. Según el cómputo de los romanos, cuyos principales elementos hemos expuesto en la época precedente, se coloca la fundación de Roma doscientos cuarenta años antes de la consagración del templo Capitolino, y trescientos sesenta antes del incendio de los galos. Sin embargo, según los historiadores griegos, este último acontecimiento corresponde al arcontado de Pirgion, en Atenas (388 a.C. o el año primero de la olimpiada 98), de donde se sigue que la fundación de la ciudad debió verificarse en el año primero de la octava olimpiada. Según la regla de Eratóstenes, que por entonces era aceptada sin contradicción, este año sería el 436 de la toma de Troya. Pues, a pesar de todo, el fundador de Roma no dejará de ser por eso el nieto del troyano Eneas. Catón, que como buen hacendista sabía contar, había mostrado tan palpable contradicción; pero sin proponer la solución del problema. No fue él quien inventó la serie de los reyes albanos, aceptada más tarde por los historiadores. Por lo demás, la misma ignorancia crítica aparece hasta en los relatos de los tiempos históricos. Todos llevan el sello de esa parcialidad ciega que el frío y severo Polibio hace notar en la crónica de Fabio, con motivo del relato que hace del comienzo de la segunda guerra púnica. En realidad, en esto sentaría mejor la desconfianza que el reproche. ¿No es mostrarse exigente hasta la ridiculez el pedir a los romanos del tiempo de Aníbal un juicio imparcial de su gran adversario? Además, si los padres de la historia habían desnaturalizado y truncado los hechos, se debía a que habían sido arrastrados por su puro y sencillo patriotismo.

LA CIENCIA. LA GRAMÁTICA

A esta época pertenecen también los comienzos de la cultura científica y de las letras. La instrucción común había consistido hasta entonces en la lectura, la escritura y el conocimiento del derecho civil usual.^[52] Pero el continuo contacto con los griegos despertó pronto la necesidad de una educación más extensa: no era bastante transplantar directamente a Roma la ciencia griega; se quiso además retocarla y modificarla en un sentido puramente romano. La ciencia de la lengua

nacional fue la primera que comenzó a desarrollarse y preparó el advenimiento de la gramática latina. En este sentido, se aplicaron al idioma itálico las reglas establecidas para la lengua hermana que se hablaba en Grecia. Los trabajos de los gramáticos son casi contemporáneos de los de los primeros escritores romanos. Hacia el año 520 (234 a.C.) un profesor de primeras letras, Espurio Carvilio, corrigió y regularizó el alfabeto: en lugar de la z, que era completamente innecesaria, introdujo la g, desconocida hasta entonces, y le asignó el lugar que ha conservado después en los alfabetos occidentales modernos. Fue entonces también cuando en lugar de que la x continuara siendo la decimocuarta letra del alfabeto latino, se la relegó al rango vigésimo primero, indudablemente con el fin de establecer una clasificación análoga a la que tenían los signos numéricos entre los griegos. Este hecho prueba hasta la evidencia la correlación de ambas lenguas y el predominio del griego en la instrucción elemental. Los profesores de primeras letras trabajaban en Roma asiduamente para fijar la ortografía. Por su parte, las musas latinas nunca renegaron de su *Hippocréne* gramatical; se entregaron a la vez a la poesía y a la escritura correcta de las palabras. Ya Ennio empleó las etimologías sacadas de la semejanza de los sonidos, tal como lo hacían los alejandrinos, y como hará más tarde Klopstock entre los alemanes.^[53] Además, adoptó el método griego de las dobles letras para las consonantes dobles escritas hasta entonces con letras simples,^[54] que era más exacto. Nevio y Plauto no siguieron a Ennio en este camino: como todos los poetas en general, los poetas populares romanos se cuidaban poco de las cuestiones de ortografía y de etimología.

RETÓRICA Y FILOSOFÍA. MEDICINA

Los romanos del siglo VI no conocieron la retórica ni la filosofía. Su elocuencia se concentraba todavía en las necesidades cotidianas de la vida pública. Aún no habían puesto mano en ellas los maestros extranjeros. Catón, el sincero y sencillo orador, no dejaba de vaciar la copa de sus burlas y de su cólera sobre la fastidiosa escuela isocrática, con su eterno aprendizaje de la palabra y su perpetua impotencia para hablar. En cuanto a la filosofía griega, como estaba vulgarizada por la enseñanza indirecta de la poesía didáctica y dramática, había conquistado ya cierta influencia. Sin embargo, los que la juzgaban sentían su ignorancia agreste, y no se introducía en Roma sin cierta aprensión, mezclada de previsión instintiva. Catón llamaba

públicamente a Sócrates un parlanchín, un revolucionario condenado justamente a muerte por atentar contra las creencias y los dioses de su patria; y, en cuanto a los romanos que osaban entregarse a los estudios filosóficos, parece que Ennio se hizo el fiel intérprete de sus opiniones: «Necesito filosofar; pero poco, pues en demasía no agrada. Es bueno gustar de la filosofía, pero no sumergirse en ella».^[55]

Las máximas poéticas y los consejos sobre el arte oratorio solían encontrarse también en los escritos de Catón el Mayor. Puede creerse que estos libros constituían como la quintaesencia, o mejor dicho, como el *caput mortuum*^[56] de la retórica y de la filosofía griega en Roma. Las fuentes de donde bebió directamente para su libro «sobre las costumbres» (*carmen de moribus*) no eran otras que las antiguas costumbres de los antepasados, que preconiza sobre todo, y probablemente los escritos morales de la escuela pitagórica. En cuanto a sus obras sobre el arte oratorio, había bebido en Tucídides y más particularmente en las arengas de Demóstenes, del que hacía un continuo estudio. Me parece que para apreciar el espíritu y las tendencias de este manual basta recordar la excelente regla que da al orador, regla tan ensalzada por la posteridad: «*Rem tene: verba sequentur*».^[57] Además, había escrito sobre propedéutica, medicina, el arte militar, economía rural y jurisprudencia, ciencias todas más o menos sometidas a la influencia de Grecia. Si bien la física y las matemáticas todavía no han sido estudiadas, igualmente ya se han abierto camino los conocimientos útiles que con ellas se enlazaban. Citaré, entre otros, la medicina. Fue un médico griego, el peloponesio Archatos, el primero que vino a establecerse en Roma allá por los años 535, y a quien le valieron un gran éxito sus operaciones quirúrgicas. De forma tal que le fue asignada una casa a expensas del Estado, y se le concedió el derecho de ciudadanía. A raíz de esto, sus compañeros no tardaron en desembarcar en gran número en las playas italianas. Catón la emprendió inmediatamente contra los cirujanos extranjeros con un ardor digno de mejor causa, lo cual no le impidió, sin embargo, componer a su vez un librito de recetas medicinales sacadas de su propia experiencia y de los libros griegos que trataban la materia. Allí reivindica con mucho entusiasmo la antigua costumbre que hacía del padre de familia el médico de la casa. Como puede suponerse, ni los médicos ni el público hicieron caso de sus predicaciones indigestas y tenaces, y la profesión continuó siendo una de las más lucrativas de Roma.

LAS MATEMÁTICAS

Los romanos no son ya los bárbaros de los primeros siglos; de ahora en más, ponen una atención constante en las cuestiones relativas a la medida del tiempo. El primer reloj solar fue colocado en el *Forum* en el año 491, y con su uso se introdujo la hora griega; sin embargo, importa notar que el cuadrante se hizo conforme al meridiano de Catana, situado cuatro grados al sur de Roma. No por esto dejó de ser el regulador oficial por espacio de un siglo. Al final del periodo que referimos, ya se encontraban en las clases altas algunos hombres que sentían afición por las ciencias matemáticas. Manio Acilio Glabrion, cónsul en el año 563, intentó remediar los errores del calendario mediante una ley que daba poder al colega de los pontífices para alargar o acortar a voluntad los meses intercalares. Pero el remedio no corrigió nada, sino que fue peor que la enfermedad. La causa del mal consistía menos en la impericia de los teólogos romanos, que en su mala fe. Dos años después, un personaje versado en las ciencias de la Grecia, Marco Fulvio Nobilior (cónsul en 565), se esforzó por vulgarizar el conocimiento de este calendario. Cayo Sulpicio Galo, que había sabido predecir el eclipse de la luna del año 586 y calcular la distancia de la Tierra a este planeta, y que al parecer era autor de varios escritos astronómicos, pasó a los ojos de sus contemporáneos por un prodigio de estudio y penetración científica.

ECONOMÍA RURAL Y ARTE MILITAR

Se aprovechaban también las experiencias de los ascendientes y de la generación presente, tanto en la agricultura como en el oficio de las armas. Respecto de la primera, tenemos un documento importante y preciso en los dos tratados de Catón (*De re rustica*) que nos han legado los siglos. Pero ya no bastaba el empirismo local, y los trabajos de los griegos vinieron a fundirse con las tradiciones latinas en estas materias, así como también en otras ramas más importantes de la literatura. Por su parte, la ciencia fenicia aportó también su contingente; de donde vemos que las obras extranjeras no eran en manera alguna despreciadas en Roma.

JURISPRUDENCIA

No sucede lo mismo en la jurisprudencia; aquí no hay ningún plagio, o al menos son insignificantes. Los juristas de aquel tiempo se limitaban a dar pareceres (*responsa*)

a los consultantes y lecciones a sus jóvenes oyentes; pero de su enseñanza oral resultó inmediatamente un cuerpo de reglas tradicionales, que se fijaron en algunas obras escritas. Aparte de un pequeño manual de Catón, mencionaremos el importante libro de Sexto Elio Peto, apellidado el Sutil (*Catus*), que fue el primer patricio de aquel tiempo. En recompensa por sus útiles trabajos se vio sucesivamente elevado al consulado en el 556 y a la censura en el 560. Publicó su «libro tripartito», o su comentario sobre las Doce Tablas, que contenía en primer lugar los textos, luego su explicación científica y sobre todo su interpretación, cuando las palabras antiguas no se comprendían fácilmente, y, en tercer lugar, el formulario de las acciones. No hay duda de que en su glosa se dejó sentir la influencia de los gramáticos griegos; sin embargo, su formulario se enlazaba decididamente al antiguo estilo de Apio y a la evolución progresiva del procedimiento popular.

En suma, puede juzgarse con exactitud sobre el estado de las ciencias a fines del siglo VI mediante esos pequeños monumentos que compuso Catón para la educación de su hijo, pues era una especie de enciclopedia que exponía en breves sentencias todo lo que convenía saber a un hombre honrado de aquel tiempo en materia de retórica, medicina, agricultura, arte militar y jurisprudencia. Aún no había distinción entre las ciencias de la enseñanza elemental y las especiales. El romano culto no exigía más que lo que es en general necesario o útil. Sin embargo, admitimos una excepción respecto de la gramática latina, que con relación a la forma no había recibido aún el desarrollo que trae consigo una ciencia filológica más avanzada. Lo mismo sucedía con la música y la serie de conocimientos físicos y matemáticos. Lo que se busca, ante todo, es el saber inmediatamente práctico: nada más se quiere, y solo se va a lo más corto y a lo más simple. Si se echa mano de los griegos, es para sacar en limpio y recoger los preceptos útiles perdidos en la masa confusa de sus disertaciones. «Tened presente la literatura griega, pero guardaos de engolfaros en ella.» Así se expresa uno de los adagios catonianos. Tal fue, además, el origen de una porción de libros y de manuales domésticos purgados de las sutilezas y oscuridades de los escritores griegos, pero privados también de la agudeza del sentido y de la profundidad que los distingue. Por sus cualidades y sus defectos, estos libros han dado siempre la medida de las mutuas relaciones entre la civilización romana y la ciencia helénica.

CARÁCTER GENERAL DE LA LITERATURA ROMANA. SU LUGAR EN LA HISTORIA. EL HELENISMO EN LA LITERATURA

La poesía y la literatura vinieron a Roma el día en que esta conquistaba la soberanía del mundo, el día en que según la expresión de un poeta del tiempo de Cicerón: «Habiendo sido Aníbal vencido, marchó con paso rápido la musa vestida de guerrera, delante del rudo pueblo de los quirites».

El movimiento intelectual también se había propagado en los países sabélicos y etruscos. Suelen encontrarse algunas alusiones a las tragedias escritas en lengua toscana, y las inscripciones oscas grabadas en el vidriado revelan en el artista el conocimiento familiar de la comedia griega. Por tanto, no estamos fuera de camino al preguntarnos si en la época en que Catón y Nevio escribían en Roma no había ya en las orillas del Arno y del Vulturno una literatura local paralela a la romana, y que, como esta, imitara a la griega. Pero nada sabemos fuera de estos indicios, y la historia que los revela es impotente para llenar sus mismos vacíos. Históricamente hablando, la literatura romana, que es la única que podemos juzgar, no es menos preciosa, cualquiera sea su valor absoluto desde el punto de vista de la estética pura. Es el espejo único de la vida íntima en Italia durante ese siglo VI, completamente lleno por el ruido de las armas y los pronósticos de un porvenir inmenso; siglo que, por otra parte, cierra la era de la civilización local y hace entrar a Italia en la grande y universal corriente de la civilización del mundo antiguo. Obedece a las dos tendencias contrarias que se disputan al mismo tiempo todo el movimiento de la vida nacional, y que caracterizan una época de transición. Sin embargo, no hay que formarse ilusión sobre la indigencia real de esta literatura romano-griega. Esta indigencia salta a la vista de todo el que no esté prevenido, o de quien se deje engañar por el moho, sin duda respetable, de dos mil años transcurridos desde entonces. Al lado de las obras de la Grecia, la literatura romana produce el mismo efecto que los naranjos de un invernadero en Alemania comparados con los magníficos huertos de Sicilia; unos y otros recrean la vista, pero ¿quién se atreverá a ponerlos en la misma línea? Y, si acertadamente se forma este juicio sobre los ensayos que los romanos hicieron en lengua griega, con más motivo se convendrá en que debe decirse otro tanto de todas esas composiciones redactadas en la lengua nacional de los latinos, no por romanos, sino por extranjeros. La mayoría de las veces eran griegos o galos, y luego hubo hasta africanos que no tenían del latín más que un baño superficial; entre ellos estaban también los que con el título de poetas se presentaban ante la muchedumbre, y entre quienes no había, como hemos visto, ni un solo hombre de alta condición, ni siquiera un ciudadano cuya patria fuese el Lacio. Aún hay más, hasta el nombre de poeta es exótico. Ennio fue el primero que lo tomó con cierto énfasis.^[58] Señaladas así con el sello del extranjero, estas obras

son defectuosas en muchos aspectos. No puede suceder otra cosa cuando el escritor no es más que un hombre sin posición y de escasa cultura, y el público se llama muchedumbre. Hemos visto a la comedia lanzarse por las vías triviales del arte y hasta caer en el cinismo servil, procurando dar gusto a un grosero populacho. Hemos visto que dos de los más importantes autores de Roma tuvieron escuela abierta antes de ponerse a hacer versos. Mientras que en Grecia la filología tomó todo su vuelo después del florecimiento del arte nacional, y no había hecho experimentos sino sobre un cadáver; entre los latinos, por el contrario, la gramática nació al mismo tiempo que la literatura y creció al compás con ella, como se hace hoy en los trabajos de las «misiones extranjeras». Al considerar sin prevención toda esa literatura helenista del siglo VI, toda esa poesía de artesanos sin germen original, esas constantes imitaciones de los géneros del arte extranjero, ese repertorio traducido y esas epopeyas híbridas, uno siente intenciones de condenarlas como otros tantos síntomas de un siglo de decadencia. Sin embargo, por exacta que sea, esta sentencia sería injusta en más de un concepto. Dígase en buena hora que esta literatura, completamente formada, ha sido introducida en un pueblo sin poesía nacional en el pasado, y condenado a no tenerla jamás en el porvenir. La antigüedad no ha conocido la poesía subjetiva e individual de los tiempos modernos. Toda su actividad creadora se refiere a los tiempos misteriosos donde se busca la nacionalidad entre las inquietudes y la embriaguez del primer vuelo. No quiero rebajar en nada la grandeza de los poetas épicos y trágicos de Grecia; pero sus cantos no son más que el vivo relato de las antiguas leyendas de los dioses hombres y de los hombres dioses. En el Lacio no encontraréis los materiales de los himnos primitivos. Allí donde el panteón no está poblado de formas palpables, y la leyenda es nula, no pueden nacer libremente los bellos frutos de la poesía. Por otra parte, y esta es la circunstancia más decisiva, como en Italia el progreso íntimo e intelectual había marchado a la par del desarrollo exterior y puramente político, ya no era posible mantener intacta la nacionalidad original de la antigua Roma, ni defender del helenismo una sociedad refractaria desde tiempo atrás a los refinamientos de una cultura más elevada y personal. Como quiera que fuese, es necesario reconocer la necesidad de esta propaganda revolucionaria y antinacional de Grecia. Solo ella tenía el don de traer la fusión moral de los pueblos en el dominio de la poesía y de la historia, y por ella se justifica, en su espíritu y su forma, esa literatura romana del siglo VI. Si bien no ha salido de esto una obra verdaderamente nueva y pura de unión, mediante ella se han extendido los horizontes intelectuales de la Hélade hasta Italia. Considerada en sus aspectos puramente exteriores, la poesía de los griegos supone

en el auditorio cierta suma de conocimientos positivos. En el poeta antiguo no hallaréis nada que tienda o se parezca a esa concentración refleja y exclusiva del pensamiento, uno de los rasgos más esenciales del drama de Shakespeare. El que no está versado en el conocimiento de los ciclos míticos de Grecia creará que los cantos de los rapsodas y de los primeros trágicos debieron permanecer ininteligibles para la muchedumbre al desarrollarse sobre una tela casi transparente. Por el contrario, las comedias de Plauto, entre otras, muestran que el público de Roma conocía perfectamente las fábulas homéricas y la leyenda de Hércules, y que no le eran desconocidos los rasgos principales de los demás mitos. Las escuelas y el teatro probablemente debieron comenzar su educación con la intención de prepararlo para que comprendiese las grandes obras poéticas de Grecia. Pero la enseñanza directa y profunda procede de la introducción de la lengua y de las poesías helénicas en Roma, aspecto que se apresuran a confesar los mejores críticos de la antigüedad.

Luego de que «la Grecia vencida hubo subyugado a su feroz vencedor, e importado el arte en el agreste Lacio»,^[59] triunfó sobre todo sustituyendo un idioma indisciplinado con una lengua en extremo noble y flexible, e hizo que se utilizasen metros más variados que el monótono verso saturniano. Fue entonces cuando vinieron a deleitar el oído de los latinos el fluido trimetro, el soberbio exámetro, el poderoso tetrámetro, el alegre anapesto y todos los ritmos líricos artísticamente enlazados y adaptados a la lengua nacional. El lenguaje métrico es la llave del mundo ideal de la poesía; la medida es la llave de la sensación poética. Si el epíteto es mudo para vosotros, si la viva metáfora es letra muerta, si los dáctilos y los yambos y su cadencioso movimiento no os hacen estremecer, es que no es para vosotros para quien cantaron Homero y Sófocles. Se dirá, sin embargo, que el sentimiento de la poesía y del ritmo procede de sí mismo. Sí, la naturaleza ha puesto el sentido del ideal en el fondo de nuestro corazón; pero para florecer y fructificar necesita irremisiblemente un rayo de sol benéfico. Pues bien, particularmente entre los latinos, en ese pueblo poco abierto a la poesía, se necesitó el cultivo de una mano extranjera. ¡No se diga tampoco que la lengua de los griegos y su literatura una vez vulgarizadas debieron bastar al público romano, si este hubiera podido sentir! Esto sería como si el misterioso encanto de una lengua, como si ese encanto que se aumenta extraordinariamente mediante la palabra poética y el ritmo no se desvaneciese inmediatamente con el idioma científico; como si se pudiese despertar de otro modo que con las armonías de la lengua nacional. Observemos desde este punto de vista y seremos más justos apreciadores de la literatura helenista y de la poesía romana del siglo VI. Estas son las que importaron en Italia el radicalismo de

Eurípides y convirtieron a los dioses en mortales sin existencia, en abstracciones sin cuerpo. Al lado de la Grecia desnacionalizada, han desnacionalizado el Lacio. Por ellas se han perdido los términos del lenguaje popular en las concepciones problemáticas de la civilización universal. ¡No importa! Se las admita de buen grado o no, estas tendencias se hallan en todas partes, y sería un grosero error negar la ley de su necesidad histórica. Por otra parte confieso que la poesía romana se ha mostrado defectuosa aun en esto; pero concédase por lo menos que sus lagunas se explican y son excusables. Es cierto que encubre un fondo de poco valor, y a veces hasta una hojarasca completamente inútil tras una forma relativamente perfecta; por esto su interés es solo exterior y está relacionado con la lengua y el verso. Triste cosa es seguramente esta poesía en manos de pedantes y de extranjeros, y esas traducciones o imitaciones que son obra de esclavos. Sin embargo, puesto que se trataba de echar un puente entre la Grecia y el Lacio, es necesario reconocer que Livio y Ennio ejercieron una especie de pontificado artístico, y que la literatura traducida era el medio más sencillo y cómodo de llegar al fin. Triste cosa es el arte romano yendo a buscar sus modelos entre las obras más medianas del arte griego; y sin embargo su tendencia está enteramente de acuerdo con su objeto. Nadie piensa en poner a Eurípides al lado de Homero: históricamente hablando, Eurípides y Menandro escribieron la Biblia del helenismo cosmopolita, así como la *Ilíada* y la *Odisea* son la Biblia del helenismo nacional. Los representantes de los romanos tenían la misión de introducir al público en la región literaria y tal vez cediesen instintivamente al sentimiento de su inferioridad poética. Quizá se acogieron a Eurípides y a Menandro por no poder llegar a las alturas de Sófocles o del mismo Aristófanes. La verdadera poesía es esencialmente autóctona y se aclimata difícilmente cuando se la quiere trasplantar. En cambio el talento y la inteligencia, esos dones supremos del genio de Eurípides y de Menandro, pertenecen a todos los países. Agradezcamos a los poetas del siglo VI el no haberse hecho esclavos de la literatura griega de moda, del alejandrino, como se la llamaba, y haberse querido remontar hasta los siglos clásicos para elegir en ellos los más ricos y puros modelos. Por numerosas que fuesen sus modificaciones contrarias a la verdad y sus contrasentidos artísticos, este pecado era semejante a los cometidos contra el Evangelio por esos misioneros a quienes las circunstancias locales condenan a entremezclar piadosas doctrinas con la pureza de su enseñanza. La historia y el arte exigen continuamente que se perdone a los antiguos escritores latinos, pues tuvieron la fe inseparable del espíritu de propaganda. Júzguese que Ennio pudo realizar su misión de modo diferente a como lo hizo; pero, si se concede que en materia de fe el

punto principal no es tanto lo que se cree como lo que debe creerse, no se negarán el consentimiento ni la admiración a los poetas del siglo VI. Un sentimiento vivo y profundo por la literatura universal de la Grecia y un santo deseo de aclimatar este árbol maravilloso en el suelo extranjero fueron las ideas que recorrieron toda su obra, y por otro lado esto se unió de un modo singular con las exaltadas emociones de una gran época. Posteriormente un helenismo más ilustrado los mirará con desprecio; pero no tendrá razón. Los poetas posteriores les harían más justicia si al exponer sus necesarias imperfecciones admirasen siquiera que supieron mantenerse en comunión íntima con la poesía de los helenos, y que se colocaron quizá más cerca del arte verdadero que sus soberbios y eruditos discípulos. En su celo de imitación temeraria, en sus ritmos sonoros y hasta en las exageraciones de su jactancia hay un cierto poder grandioso que no llegará a ser superado en las demás épocas de la literatura latina. Así es que, sin cegarse por sus debilidades, no se les echará en cara que en medio de su orgullo entusiasta se vanaglorien por haber «derramado sobre los mortales los versos inflamados que salían de sus corazones».

LA OPOSICIÓN NACIONAL

Así como la literatura helenista de aquellos tiempos era esclava de sus propias tendencias, la escuela nacional que se le oponía sufría la reacción de las influencias procedentes de la Grecia. La escuela helenista no aspiraba a menos que a destruir la nacionalidad latina con el pretexto de una poesía que hablaba latín, pero que era griega en el fondo y en la forma. Al rechazar los romanos puros el helenismo, se esforzaron también por rechazar la literatura de los helenos. Sucedió en Roma, en tiempos de Catón, un fenómeno muy semejante a la acogida reservada al cristianismo durante la era de los Césares. Como harán más tarde los cristianos, los poetas del siglo VI reclutaron sus prosélitos en la clase de los emancipados y de los extranjeros; pero la nobleza y el gobierno veían en ellos peligrosos enemigos, de la misma manera que un día temerán ante la invasión del cristianismo. De hecho, los mismos motivos que harán que los magistrados dicten sentencia de muerte contra los apóstoles y los obispos imponen a la aristocracia del siglo VI el deber de rechazar a Plauto y a Ennio al fondo de la plebe. Catón es el que marcha en primera línea en esta campaña patriótica contra el extranjero. Los literatos y médicos griegos no son para él más que la espuma envenenada del corrompido pueblo de la Hélade.^[60] Trata

a todos esos «farsantes» con soberano desprecio (volumen I, libro segundo, pág. 482). Muchas veces se ha censurado, y con dureza, a él y a todos los que eran de su opinión; se dice que la expresión de su mal humor acusa un espíritu tan absoluto como limitado. Si a pesar de esto se quiere juzgar imparcialmente sus razones, se reconocerá que había en ellas un fondo de verdad, y que una vez en esta pendiente la oposición nacional era fatalmente conducida a traspasar los límites de una insuficiente defensiva. Cuando uno de sus contemporáneos más jóvenes, Aulo Postumio Albino, cuya manía deplorable de imitación había hecho la irrisión de los mismos griegos, iba pidiendo perdón en el prefacio de no sé qué libro histórico por el mal estilo de unos versos ridículos compuestos en lengua griega, y decía: «Yo no soy más que un romano», ¿no tenía el viejo Catón derecho a responderle que era una sandez meterse en un asunto del que nada entendía? Pues qué, ¿acaso fabricar comedias traducidas y enaltecer héroes que pagaban su propio elogio con un pedazo de pan, o un humillante patronato, sería hace dos mil años una carrera más honrosa que lo que sería en nuestros días? ¿Y tan culpable era Catón cuando echaba en cara a Nobilior que hubiera llevado consigo a Ambracia al poeta Ennio para que cantase sus futuras hazañas? Poeta, por otra parte, que celebraba en sus versos a todos los grandes romanos, sin excepción de ninguno, y hasta agobiaba al mismo censor con sus elogios patrióticos. Y, además, ¿no tenía razón al llamar a esos griegos, a quienes había conocido tan a fondo en Roma y en Atenas, «una turba miserable e incorregible?». Su odio contra las tendencias del día, contra ese helenismo bastardo, era muy justo. Jamás blasfemó contra la civilización y las influencias verdaderamente morales de la Grecia; al contrario, y digámoslo en honra del partido nacional, comprendía claramente la necesidad de una literatura y no desconocía la utilidad de las inspiraciones procedentes de Grecia. En su sentir, lo único que debía ser evitado era vaciar el latín en el molde helénico. Imponer al pueblo romano obras forzadas y torpes era hacer lo opuesto a emplear en una justa medida las ricas semillas del genio griego para que fecundasen en el pueblo itálico. Guiándolos un instinto recto y arrastrados por la corriente de su siglo, más que por las luces de algunos hombres, los romanos creyeron que convenía pedir a la historia la materia y el progreso de la vida literaria e intelectual, puesto que la patria no tenía su tesoro de creaciones poéticas de los tiempos legendarios. Pero Roma era lo que no era Grecia, un Estado. Nevio tenía plena conciencia de la superioridad política de Roma cuando intentó audazmente transformar su historia en una epopeya nacional y representarla en el teatro. El mismo pensamiento hizo de Catón el creador de la prosa latina. Por lo demás, cuando estos grandes hombres osan poner a los reyes y a los cónsules en el

lugar de los dioses y de los héroes mitológicos, me traen a la memoria a los gigantes hacinando las montañas para escalar el cielo. Sin el mundo de los dioses no hay epopeya ni drama antiguo, ni es posible crear la poesía. Catón vio las cosas de mejor manera; y, dando por perdido el partido de los poetas, lo abandonó a sus adversarios. Por otra parte, recordó los modelos legados por la antigua Roma, las poesías morales y geórgicas a la manera de Apio, y hasta practicó él mismo el género didáctico y el verso nacional. Si bien no lo hizo con éxito completo, al menos tuvo el mérito de un pensamiento útil y estimable. Como prosista marchó sobre un terreno mucho más favorable. Consagrándose con todas sus fuerzas y saber a este ramo del arte, el viejo polígrafo trabajó en modelar la lengua latina y sacó de ella el instrumento propio para la prosa literaria. En esto se mostró verdadero y buen romano; y su mérito es tanto mayor cuanto que no buscaba su público sino en el círculo estrecho de la familia, y porque fue el único o casi el único de sus contemporáneos que marchó por este camino. De este modo escribió sus *Orígenes*, sus arengas políticas tan célebres y todos sus libros científicos, inspirados en el espíritu exclusivo de una celosa nacionalidad. Su asunto es completamente nacional; pero no vaya a creerse que Catón se mostrara en ellos antihelenista. Por el contrario, obedeció en el fondo a la influencia literaria de la Grecia; solo que su helenismo es diferente del de la nueva escuela. La idea y el título de su obra principal están tomados de las *Historias de los orígenes* publicadas por los griegos. Lo mismo podríamos decir de sus *Arengas*; si se burlaba de Sócrates, seguía en cambio a Tucídides y Demóstenes. En su *Enciclopedia* depositó el fruto de sus investigaciones en torno de la obra científica de la literatura griega. Incluso me atrevo a decir que entre todas las empresas de su vida activa y patriótica no ha hecho nada más útil a su país, ni más fecundo en resultados, que esos ensayos literarios que, si hemos de creer en su palabra, estimaba muy poco. En la elocuencia y en las ciencias tuvo muchos y dignos sucesores; pero sus *Orígenes*, que no pueden compararse sino a las compilaciones de los logógrafos, no tuvieron por sucesor a un Herodoto ni a un Tucídides. Sin embargo, no por esto dejó de fundar una escuela: de él datan los trabajos literarios para asociar el estudio de los conocimientos útiles al estudio de la historia, y el hecho de que entre los romanos se la considerase como la más honrosa de las profesiones.

LA ARQUITECTURA

Echemos también una ojeada sobre las artes arquitectónicas y plásticas; y, en lo que

toca a las primeras, comencemos por consignar que el lujo se manifestó menos en las construcciones públicas que en los edificios privados, pues todavía estaba en sus principios. Solo al fin de este periodo, en tiempos de la censura de Catón (año 570), es cuando la arquitectura ya no se contentó con satisfacer simplemente las necesidades comunes sino que se preocupó además de la comodidad general. Así se hicieron grandes lagos artificiales y murados alimentados por acueductos,^[61] se levantaron pórticos (año 575 y 580) y se importaron en la ciudad los pretorios de justicia, los mercados de Atenas y las basílicas (στοὰ βασιλαιοῦ). El primero de estos pórticos, el pórtico de los Plateros o Porciano, muy semejante por su destino a nuestros bazares modernos, fue levantado por Catón no lejos de la curia. No tardaron en construirse otros y llegó un día en que desaparecieron todas las tiendas que había a ambos lados del *Forum*, para ceder el puesto a las majestuosas columnatas de las basílicas. Por otra parte, durante el siglo VI es cuando los importantes cambios efectuados en las habitaciones modificaron profundamente toda la economía de la vida doméstica. Poco a poco se separó el *atrium* del patio (*cavum ædium*), en el que se instaló después un jardín con su peristilo, y aparecieron piezas especiales para encerrar los títulos y archivos (*tablinum*), las capillas, la cocina y los dormitorios. En el interior comenzó a hacerse mucho uso de las columnas. Sostenían el techo del patio y del *atrium*, y las galerías que rodean el jardín (*peristylum*). La casa griega fue completamente imitada o copiada. Pero los materiales eran todavía ordinarios: «Nuestros antepasados —dice Varrón— habitaban casas de ladrillos, y solo para guardarse de la humedad construían un basamento de piedra algo elevado».

LA PLÁSTICA Y LA PINTURA

No nos queda huella alguna de la plástica de los romanos y únicamente sabemos que modelaban en cera y en relieve las efigies de sus antepasados. Más frecuentemente suele hacerse mención de la pintura y de los pintores. Manio Valerio había hecho pintar sobre los muros laterales del salón del Senado el cuadro de la batalla ganada por él en el año 491 delante de Messina contra los cartagineses y Hieron de Siracusa. Este es el fresco histórico más antiguo. Luego lo siguieron otros muchos que fueron a la plástica lo que la epopeya y el drama romano, a la poesía. Se citan como pintores a un cierto Teodoto, objeto de las burlas de Nevio, quien dice de él que «parapetado entre unas esteras y sentado en el sagrario, pintó con su pincel de cola

de buey los risueños lares»,^[62] a Marco Pacuvio de Brindisi, que adornó con sus pinturas el templo de Hércules en el *forum boarium* (este es también el que en su vejez se hizo famoso como imitador de los trágicos griegos) y a Marco Paucio Licon,^[63] de Asia Menor, que adornó el templo de Juno en Ardea y recibió el derecho de ciudadano en recompensa de sus bellos trabajos. Lo que parece cierto es que el arte no es todavía más que una cosa secundaria, y que es más bien un oficio que permanece en manos de los griegos, así como ocurría con la poesía. Sin embargo, ya encontramos en las filas de la alta sociedad los primeros indicios del futuro diletantismo, y aparecen los coleccionadores. Comienza a ser admirado el esplendor de los templos corintios y áticos, y a mirarse con desdén las antiguas figuras de barro colocadas en los techos de los templos romanos. El mismo Lucio Paulo, que compartía las opiniones de Catón más que las de los Escipiones, estudia y juzga con acierto el Júpiter de Fidias. Después de la rendición de Siracusa en el año 542, Marco Marcelo fue el primero que recogió y trajo todos los tesoros del arte. A partir de entonces, sucesivamente vendrán a enriquecer la capital con los despojos de las ciudades griegas conquistadas. Algunos hombres de la antigua escuela se sublevaron contra semejantes prácticas. Así, el viejo y austero Quinto Máximo prohibió al entrar en Tarento (en el año 545) que se tocasen las columnas de los templos, y mandó que se dejasen a los tarentinos *sus dioses irritados*; pero triunfó la moda y continuó el saqueo. Tito Flaminio y Marco Fulvio Nobilior, ambos principales representantes del helenismo, y lo mismo Lucio Paulo, llenaron los edificios públicos con las producciones del arte griego. Los romanos presienten desde esta época que el culto de las artes y de la poesía constituye una parte esencial de la civilización griega, o mejor dicho, de la civilización moderna. Pero mientras que para apropiarse de la poesía les faltan la facultad y el genio poético, les parece que en el dominio de las artes podrán bastarles el estudio y la reunión de las obras maestras. Así pues, Roma tendrá un día una literatura artística, aun cuando ninguno habrá intentado crear ni hacer que progresase en ella un arte puramente romano.

APÉNDICE PRIMERO

A) LA GENS PATRICIA DE LOS CLAUDIANOS

La familia o *gens* Claudia, una de las más elevadas y de las que daban sus príncipes al Senado (*principes senatus*), desempeñó en Roma un gran papel casi por espacio de cinco siglos.

Se la considera ordinariamente como la encarnación del patriciado: sus jefes pasan por los campeones de la nobleza y del partido conservador contra el de los plebeyos y los demócratas; y los historiadores antiguos, que nos sirven de fuentes, aceptan esta opinión. Sin embargo no se encuentra entre las fuentes de la era republicana nada que confirme tal afirmación, más allá de una expresión forjada por Cicerón, que hablando de los Apios y de los Léntulos indica la apiedad y la lentulidad (*Appietas, Lentulitas*) como la quintaesencia del orgullo nobiliario. Es en Tito Livio (2, 56) donde encontramos por primera vez la expresión de la opinión adoptada posteriormente. Designa a los Claudianos como «la familia soberbia y cruel hasta el exceso con la plebe». Cuando hay necesidad de traer a la escena un ultra en toda la primera década, presenta inmediatamente a un Claudio. En el año 259, al lado del moderado Servilio, se pinta al primer cónsul que llevó el nombre de Apio como un *hombre violento (vehementis ingenii)* y no fue por él, ciertamente, por quien no se recurrió a las armas en la secesión del monte Sagrado. En el año 283 el segundo cónsul Claudiano combatió a todo trance la Ley Publicia sobre la elección de los tribunos del pueblo, a pesar de los esfuerzos de su colega Quintio en el sentido de la moderación.^[1] Cayo Claudio, tercer cónsul de esta familia, se opuso por pura malicia en el año 294 a la ley sobre la redacción de un código civil, ley que su colega Valerio quiso asegurar por completo al pueblo antes de morir gloriosamente.^[2] Por lo demás, aun cuando se le atribuya un carácter menos absoluto y odioso que a su hermano, el famoso decenviro, el historiador lo coloca en primera fila entre los más exagerados y ardientes partidarios de la nobleza (comprometidos más tarde en la querrela relativa al *connubium*).^[3] En el año 330 fue tribuno militar el hijo del decenviro, y, aunque no merece mención especial por ningún acto, se lo señala de paso como enemigo de los tribunos y del pueblo.^[4] Viene después el nieto, que fue tribuno militar en el año 351 y quizá también cónsul en el 405, y que desempeña el mismo papel en muchas circunstancias; por su parte, cuando se discuten las

mociones relativas a las Leyes *Liciniæ sextiæ*, habla extensamente en favor del gobierno aristocrático.^[5] Por último, con motivo de la censura de Apio el Ciego, el historiador recapitula toda la serie de faltas e injurias que se echan en cara a los Claudianos.^[6]

No es Tito Livio el único que emite este juicio. El mismo Dionisio de Halicarnaso no trata mejor a los Claudianos, y por los mismos motivos; sería fatigar al lector con repeticiones inútiles el reproducir aquí los discursos y los hechos que refiere.

En tiempos de Tiberio, los escritores contemporáneos Valerio Máximo y Veleyo Patérculo se cuidaron mucho de dirigir la más pequeña invectiva contra los Claudianos, de los cuales procedía el emperador. Pero Tácito no tardó en tomar la palabra y caracterizó el inveterado orgullo de esta familia (*vetus atque insita Claudiæ familiæ superbia*),^[7] cuyas huellas siguió Suetonio.^[8] En su juicio, todos los Claudianos patricios, excepto el tribuno del pueblo Publio Clodio, fueron conservadores ardientes (*optimates*) y defendieron con un celo tenaz los privilegios y el poder del patriciado del ataque de la plebe.

En mi sentir, este acuerdo de los analistas y biógrafos no prueba nada. En los juicios que emiten sobre los hombres y las cosas de la era republicana, todos los escritores toman por jefe a Tito Livio, ese escritor admirable que, colocado en el límite de los antiguos y nuevos tiempos, recibe todavía, por decirlo así, el soplo del pasado y se inspira en el genio de la República, aunque sin poder escribir la historia republicana. Por otra parte está completamente imbuido en la cultura delicada y refinada del siglo de Augusto, y va a buscar en los restos de los rudos y toscos analistas de los antiguos tiempos elementos que acomoda y transforma en su composición con un lenguaje culto y brillante. De aquí surge ese libro que es necesario leer hoy, lo mismo que hace ya dos mil años. Pero ir a buscar en Tito Livio la historia política en el verdadero sentido de la palabra, la historia tal como ha querido escribirla Polibio, es un error gravísimo. Sus *Anales* no son la historia, como no lo fueron tampoco los del viejo Fabio Pictor. Es verdad que se encuentran en ellos los hechos y su encadenamiento,^[9] pero su método no es histórico, no va de las causas a los efectos, ni de los hechos generadores a las consecuencias. Tito Livio es ante todo un poeta: necesita un relato épico que marche sin embarazo con personajes que desempeñen un papel determinado, protagonistas completos de los diversos partidos. Para replicar a los Valerios, a esos jefes de los conservadores liberales, era preciso contar con un prototipo de la soberbia casta de los nobles ultras. Fue entonces que puso la mano sobre los Claudianos, ya porque bebiera en la fuente de

un analista más antiguo o que lo eligiese él mismo; y en esto mismo, hay que señalar, tuvo por imitador a Dionisio de Halicarnaso. No nos faltan pruebas para hacer la revisión del proceso, y es en el mismo Tito Livio, hombre demasiado honrado para disimular los hechos positivos que contradicen su sentencia, donde iremos a buscarlas a casi todas. En cuanto a Dionisio, más experto y consecuente en su crítica, ha suprimido pura y simplemente todos los detalles que pudieran perjudicar su tesis.

Cosa notable; durante muchos siglos ha estado la familia Claudia^[10] a la cabeza del patriciado, y, sin embargo, no hay *gens* patricia que haya dado a Roma tan corto número de generales. De los seis triunfos y las dos ovaciones que le asigna Suetonio, conocemos con exactitud el triunfo de Apio Craso sobre los picentinos en el año 486, los de Cayo Nerón sobre Asdrúbal en el 547, los de Cayo Pulquer sobre los istrius y los ligurios en el 577, y el de Apio Pulquer sobre los salasas en el 611. Un Apio obtuvo una ovación por sus triunfos sobre los celtíberos en el año 580, y la segunda fue quizás la del dictador del año 392. Pero de los diez triunfadores en Roma no ha habido un verdadero general; en los triunfos de los Claudianos, el único que merece ser mencionado es el de Cayo Nerón, vencedor en Sena durante la segunda guerra púnica. De paso, diremos que la rama colateral de los Claudios Neronos fue poco ilustre durante la República. En la línea principal no hay un solo hombre de guerra. ¡Qué diferencia entre esta y las ilustres familias de los Fabios, de los Emilianos y de los Cornelianos!

En contraposición, no hay en Roma una familia noble que haya dado desde los tiempos más antiguos tantos hombres ilustrados, ni que haya hecho tantos servicios a la ciencia y a la literatura. Como sabemos, al decenviro pertenece la parte principal de la redacción del Código de las Doce Tablas, la más antigua ley escrita de los romanos. Este código fue una hábil imitación de los estatutos de Solón, contenía el más antiguo calendario público promulgado en Roma, y tuvo grandísima y durable influencia sobre la ciencia y la literatura (volumen I, libro segundo, págs. 300 y sigs.). Cuando se extiende la cultura literaria por toda la ciudad, vemos siempre a los Claudianos a la cabeza del progreso. Son testigos de esto los personajes de este nombre cuya edilidad forma época en la historia del teatro; y en el siglo de Cicerón, lo son esos adeptos del misticismo griego, ese Apio Claudio, cónsul en el año 700, y los propileos que ordenó construir en Eleusis.^[11] Para concluir, los dos emperadores Claudianos, Tiberio y Claudio, fueron conocidos por su afición a la arqueología y a la filología.

El partido de los nobles siempre se sirvió más del brazo que de la cabeza; la

democracia, por el contrario, y sobre todo la de Roma, ha preferido la plaza pública a la espada, y ha buscado también las poderosas palancas del arte y de la ciencia. He aquí a los Claudianos, «esa familia soberbia y cruel hasta el exceso contra la plebe», que emplea los mismos medios que la democracia. ¿Cómo conciliar semejantes prácticas con el orgullo nobiliario?

En cuanto al hecho de que los Claudianos no vinieran a Roma sino hasta seis años después de la expulsión de los reyes, es una afirmación inexacta respecto de la fecha, e imposible y decididamente contraria a la regla misma del derecho público de la Roma republicana; pues para entonces ya había cerrado sus filas el patriciado. Entre las dos versiones citadas por Suetonio (Tiber., 1) conviene optar por la que coloca la inmigración de la *gens* Claudia, sabina por su origen, en tiempos de Rómulo (*in patricios cooptata*), con tanta más razón si consideramos que desde el año 259 se lee su nombre en las tablas consulares, y que lo lleva también una de las tribus rústicas.^[12] De la misma forma que Altus Clauzus (volumen I, libro primero, pág. 71), el sabino Voleso Valerio, fundador de la *gens* Valeria, remontaría su origen al tiempo del primer rey. En consecuencia, y según una tradición que los sabios no han tenido en cuenta, los Claudianos debían ser más modernos que las «familias troyanas» (volumen I, libro segundo, pág. 513). Mostremos solo su antigüedad y su origen (de Regilo, o de otra parte, pero sabina con seguridad). ¡Cosa extraña! Al mismo tiempo que proclamaban muy alto su origen extranjero, se constituían en ardientes campeones de la nobleza indígena. Es otra circunstancia singular el hecho de que solo los Veturios tuvieran a su lado una familia plebeya del mismo nombre, antigua también, y que estaba emparentada con ellos, como lo prueba el que concurriera con la rama noble a las herencias y derechos gentilicios.^[13] ¿No debían todos estos hechos aproximarla más bien a la plebe?

Concedo que estas razones generales no sean una demostración. Examinemos, pues, el papel que han desempeñado en Roma los hombres más ilustres de la familia. Entre los de la antigua República hay dos que se representan inmediatamente a nuestra memoria. Apio el decenviro, y Apio el censor. De los demás Claudianos de esta misma época no se sabe sino lo que de los reyes de Egipto: sus nombres y los años de sus cargos.

De aquellos será de quienes nos ocuparemos principalmente, por más que toquemos de paso algunos detalles referentes a los otros Claudianos menos importantes.

Si hubiéramos de trazar la biografía de Apio Claudio, cónsul en 283 y decenviro en los años 303 y 304 (451 y 450 a.C.), conforme a los raros documentos que nos

suministran los analistas de Roma, no podría merecer crédito alguno, pues ha sido embrollada y desfigurada por completo. Hay un escritor que lo hace morir en el año 284, aun cuando fue decenviro veinte años más tarde. ¿Cómo prestar fe después de esto a los discursos que le hace pronunciar en el Senado, en el *Forum* y en su famoso proceso? Pero los hechos esenciales relativos a la promulgación de las Doce Tablas son para nosotros tan ciertos como la existencia misma de este código, y no parece muy difícil hallar un fondo verdadero y sólido en la enredada madeja de la fábula. Es evidente e incuestionable que la redacción del Código escrito ha sido una medida dirigida contra los funcionarios aristocráticos y, por consiguiente, contra la dominación de los nobles (volumen I, libro segundo, pág. 303). Tengamos también por cierto que de los segundos decenviros no todos fueron patricios. Si algún documento útil y verídico ha llegado hasta nosotros, seguramente son los fastos consulares y de las magistraturas.^[14] Con solo echar una rápida ojeada y ayudándonos del conocimiento que tenemos de las familias patricias, vemos en ellos que en el segundo decenvirato, el del año 304 (el primero fue completamente patricio), hubo por lo menos tres plebeyos según el dicho de Dionisio (10, 58), si es que no fueron cinco. Muchos y buenos críticos han pretendido que este segundo decenvirato difería del primero por la permanencia, y que su función era un verdadero arcontado tomado de ambos órdenes.^[15] En mi sentir este es un error incuestionable; ha seguido el uno al otro, y ambos han tenido la misión de redactar el código; por último, los dos colegios decenvirales están inscritos en los fastos con el mismo título de *decemviri consulari imperio legibus scribundis*. No había, pues, ninguna diferencia en sus atribuciones. Además es necesario admitir la aptitud de ambos órdenes para suministrar decenviros, los cuales tienen gran analogía con los *tribunos militares consulari potestate*. Como estos, los decenviros tenían la función suprema, pero sin los supremos honores del derecho al triunfo y a las imágenes de los antepasados. Y, sin embargo, el primer decenvirato fue patricio. También hay que decir que solo los patricios entraron en el colegio de los tribunos militares y por espacio de muchos años, aun cuando, según el derecho, los plebeyos tenían acceso a él. Por el lenguaje del mismo Tito Livio se ve que la plebe quiso en un principio una comisión decenviral mixta; pero los patricios se sobrepusieron gracias a la concesión que se les hizo, aunque no por esto se consideraron derogadas las leyes que establecían lo contrario.^[16]

Luego de demostrar que la promulgación de una ley escrita era un triunfo para la plebe y una derrota para los nobles, y que la comisión legislativa podía tomarse de ambos órdenes, ¿no sería un grave error transformar inmediatamente después al jefe

del decenvirato en un campeón de la aristocracia nobiliaria? Tito Livio no ha retrocedido ante este error, pero si pudiesen consultarse los relatos de sus predecesores, gente más sencilla que ignoraba las preocupaciones de los literatos y se dejaba arrastrar por las impresiones de los hechos, es seguro que los veríamos presentados desde una perspectiva muy diferente. Pero no necesitamos otro testigo más que el mismo Tito Livio. Su relato acerca del triunvirato comienza por una aserción en extremo singular. Apio debió ceder al impulso de las nuevas ideas; el noble orgulloso y violento debió convertirse en oclócrata (*plebícola*).^[17] Rodeado después por los jefes de las masas, los Duilios y los Icilios, se presenta en la plaza pública, afecta el aire y el lenguaje de un demagogo, consigue de este modo la reelección para el año siguiente y la elección de los hombres oscuros que quiere tener por colegas.^[18] Después de emitir este juicio, el historiador nos muestra un poco más adelante al decenviro a la cabeza de una porción de jóvenes patricios, que se entregan a todo género de excesos estando protegidos por él.^[19] La simulada conversión del decenviro a las ideas democráticas al fin del año 303 es la manifestación de sus opiniones verdaderas, opiniones que en realidad le atribuían los antiguos cronistas, y que no le consienten los historiadores de la nueva era.

Apio no era más que un patricio demagogo que se convirtió por último en tirano de ambos órdenes. En cuanto a lo que puede haber de verdadero y aceptable para la historia en las circunstancias de su caída, en cuanto al proceso de Virginia, por ejemplo (pues el asesinato de Siccio me parece una adición de los tiempos posteriores), creo que sería una tarea difícil desenredar el embrollo, lo cual importa poco después de todo. Fácilmente se ve la tendencia de este relato, mencionado ya por Diodoro, que lo había tomado de Fabio. La inicua sentencia pronunciada, no en interés del orden noble sino en interés personal del juez, la entrada en escena de un cliente oficioso y complaciente,^[20] la innoble lujuria ante la que la doncella no encuentra su salvación más que en la muerte, ¿no es todo esto el conocido aparato de la tiranía entre los antiguos? El mismo Tito Livio es el primero que defiende a los segundos decenviros de la acusación formal de una usurpación semejante.^[21] Por lo tanto no es inintencionado que los Icilianos, bien conocidos por sus opiniones demagógicas, figuren en primera línea en las escenas de la segunda elección y en la de la catástrofe final. Los antiguos anales patricios querían que todos aprovecharan la lección, y así, al convertir la victoria popular que no saben disimular en beneficio de la clase noble, mostraban las consecuencias «funestas para el pueblo» que traía la elevación de sus jefes. Los demagogos se volvieron tiranos y el honrado plebeyo «que ha contribuido a elevarlos» tuvo que sufrir sus sentencias odiosas y crueles.

Entonces la multitud vuelve sus armas contra aquellos que ha colocado en el poder y dirige la vista hacia los antiguos sostenedores de la aristocracia, los Valerios y los Horacios, que van a devolverle los beneficios de la antigua constitución y a darle lo que pide desde el principio de la lucha, lo que los demagogos usurpadores han olvidado intencionadamente: un código de leyes escritas. Sea todo esto histórico o no, estimo más la tesis de los antiguos anales que el romance tan elocuentemente referido por Tivo Livio.^[22]

Más verídicas y abundantes son las fuentes sobre Apio Claudio el Ciego (*Cæcus*), censor en el año 442 y cónsul en el 447 y 448; ya Niebuhr juzgó con sumo acierto a este hombre ilustre.^[23] Nada tengo yo tampoco que modificar ni añadir al bosquejo que de él hice a su tiempo, aunque en extremo conciso, sino darle los retoques necesarios para el examen más detenido que ahora me propongo.^[24] No, no es Apio el Ciego el representante de las ideas conservadoras; por el contrario, es un decidido revolucionario, salvando las formas, y para ello le sirve de medio la constitución misma.

En cuanto a su biografía, diré ante todo, y como de paso, que no está demostrado en lo más mínimo que fuese ciego. En esto hay quizás un error que se explica por su sobrenombre. Hace tiempo que la crítica hizo justicia a la historieta según la cual Júpiter lo dejó ciego por el crimen de lesa divinidad cometido en el transcurso de su censura (año 442); pero ¿cómo admitir el hecho si fue cónsul dos veces después del castigo divino? Diodoro (20, 36) a su vez impugnó el absurdo de la fábula y lo sustituyó con otra versión no menos inadmisibles, diciendo que «temiendo el odio del Senado, fingió haber perdido la vista y vivió como un particular». Los fastos capitolinos contradicen la opinión de la ceguera de Apio, ocurrida en su vejez. En efecto, desde el año 442 (312 a.C.) se lo ve inscrito en la siguiente forma: *Ap. Claudius C. f. Apius n, cæcus*. Parece que los redactores han considerado la denominación de *Cæcus* como un simple sobrenombre anterior a la censura. Cuando el sobrenombre es de fecha contemporánea a la función, tienen el cuidado de indicarlo: esto hacen especialmente con el colega de Apio: *C. Plautius. C. f. C. n, qui in hoc honore Venox appellatus est*. Por último, ya sea este el sentido del *cognomen Cæcus*, o que los redactores se hayan engañado o querido rectificar los antiguos anales, la cuestión queda muy dudosa.

¿Se hizo acaso ilustre en los trabajos de la guerra? Dictador una vez, dos veces cónsul y otras dos pretor, sostuvo algunas campañas contra los samnitas y los etruscos. Vivió en un siglo en el que Roma adquirió un glorioso renombre por sus armas, y, sin embargo, no obtuvo jamás la honra del triunfo. Es verdad que levantó

un templo a Belona; cosa notable, el hombre es siempre devoto de la divinidad que menos lo favorece. El nombre de Apio el Ciego brilla principalmente en los anales civiles. Es prueba de esto aquel arranque famoso del anciano que, después de haber permanecido olvidado tantos años, entra un día en el Senado, destruye con una palabra el efecto de la bella elocuencia de los primeros diplomáticos griegos que habían llegado a Roma, reanima en la hora decisiva el valor de los romanos y les da al mismo tiempo la fuerza. Discurso que vivirá eternamente en la memoria de los hombres; al leerlo, Cicerón lo admiraba y lo proclamaba auténtico (volumen I, libro segundo, pág. 422). No hablaré de sus sentencias (*sententiæ*), que tanto agradaban a Panecio,^[25] ni de sus apotegmas poéticos (*carmen*), que Cicerón comparaba con las palabras de oro de Pitágoras.^[26] No recordaré que a él es a quien se deben el cambio de la *s* en *r* entre dos vocales,^[27] y la supresión de la *z*^[28] (volumen I, libro segundo, pág. 495).

La misma actividad y el mismo genio innovador tenía en la política o en la literatura. Marcha completamente por las mismas huellas que su antepasado el decenviro. En este sentido hizo arreglar por su escribiente Flavio, si es que no lo arregló él mismo, un formulario de acciones. Con esto completó el servicio prestado con la publicación de las Doce Tablas, les mostró el camino que debían seguir en cuestiones de procedimiento civil, y los libró de la arbitrariedad del magistrado y de los consejos de los jurisconsultos oficiales, con frecuencia interesados.^[29] Como los fastos o calendarios judiciales formaban parte de las Doce Tablas, eran también explicados en la práctica civil.

Por otro lado, Apio también tocó el derecho sagrado. Un día quitó a los Poticianos el culto público de Hércules en el *Forum boarium*, para darlo a los esclavos de la ciudad; y en otra ocasión arrojó del templo de Júpiter a la cofradía de los flautistas.

Pero, sin duda, la reforma más grave en la que puso manos fue la conversión del censo territorial en un censo metálico, para la aptitud al derecho de ciudad. Es verdad que el censor que vino después de él, el gran Quinto Fabio, restringió algo esta medida; pero quedó lo suficiente como para afectar notablemente los comicios, tributos y centuriados, y para señalar la censura de Apio como la más enérgicamente reformadora que ha producido la República. Por un lado, simples hijos emancipados admitidos en el Senado, o individuos de mala nota o de malas costumbres no borrados de las listas senatoriales y ecuestres; incluso un tal Neo Flavio, hijo también de un emancipado, ese escribiente cuyo nombre se ha hecho tan célebre, elegido para un cargo curul con el apoyo de Apio. Por otro, los ahorros del Tesoro

empleados para realizar construcciones grandiosas, sin que un senadoconsulto hubiese autorizado primero su gasto, y a las que, cosa inaudita hasta entonces, se les dio el nombre de su fundador (el agua apiana y la vía Apia). Por último, la continuación de la censura más allá del término legal de dieciocho meses. He aquí enumerados algunos actos que son un mentís dado al pretendido genio conservador de la familia Claudia, y que atestiguan, por el contrario, el más decidido ardor demagógico. Apio el Ciego me recuerda a Clístenes y a Pericles, más que a un hombre de Estado de la aristocrática Roma. Semejante carácter, exclama Niebuhr con razón, «¡no admiraría a nadie entre los griegos: entre los romanos es una anomalía extraña!»

Hasta ahora no he hecho más que mencionar de paso los actos más conocidos de Apio. No me extenderé sobre ellos, pues basta con oír el juicio de Diodoro:^[30] «Teniendo Apio Claudio en su colega Lucio Plaucio un dócil subordinado, destruyó el buen nombre de los usos antiguos. Halagando solo los deseos populares, no hizo ningún caso del Senado». Otro tanto dice Suetonio, cuando atribuye a un Claudio (*Druso*) la intención de apoderarse de Italia por medio de sus clientes, y cuando habla de una estatua con diadema erigida en el *Forum* de Apio.^[31]

Creemos haber dibujado la gran figura del Ciego con toda la sinceridad, fuerza y armonía de su carácter. Digamos además que solo hemos hablado aquí del censor. Más tarde, durante sus dos consulados, no se ve en él al revolucionario de otros tiempos. Sin duda necesitó detenerse en la pendiente por la que se había precipitado en un principio, sin lo cual hubiera concluido como los Gracos o como César.

Digamos dos palabras sobre el falso colorido con que Tito Livio y los escritores que lo han seguido retratan a los Claudianos. Nada objeto contra la historia de los escudos con el busto de los antepasados y la lista de sus honores curules, colgados en el templo de Belona.^[32] El orgullo nobiliario se concilia perfectamente con el papel de Pericles; y César, en plena carrera demagógica, se vanagloriaba de descender de Venus. Pero ¿por qué al atacar a los Claudianos, «esos aborrecedores predestinados de la plebe», han de pasarse en silencio las medidas visiblemente democráticas que promovieron? ¿Por qué solo mencionar sin darle la importancia que lleva consigo, y esto con motivo de la censura de Fabio que restringió sus efectos, la inscripción de los habitantes que no eran hacendados en las listas de los ciudadanos? Otra cosa también muy notable es que, al presentarse la moción relativa a la Ley Ogulnia del año 454 que arrebató a los patricios su último privilegio, el derecho de ocupar solamente ellos los cargos de grandes sacerdotes, es también Apio el Ciego el que lucha a la cabeza del partido. Según un historiador, en él es en quien se encarna el

celoso orgullo de la nobleza, mientras que a Decio Mus se unen los hombres del liberalismo moderado.^[33] Algo más tarde, en las elecciones consulares del año 458, Apio se nos presenta empeñándose en que se nombrase por segundo cónsul a Quinto Fabio Ruliano, a pesar de la prohibición expresa de la ley. Sus esfuerzos fracasaron únicamente por la moderación de este último.^[34] Una anécdota parecida se lee en el *Brutus*.^[35] Según esta, siendo Apio interrey y presidiendo las elecciones, quiso impedir que el voto del pueblo se diese al plebeyo Curio y borró su nombre de la lista de los candidatos; pero esta injusticia fue vengada por una nueva derrota del patriciado. ¿Cómo dar crédito a estos dos incidentes? ¿Cómo suponer la tentativa o siquiera el pensamiento de una restauración en provecho de los patricios arrojados sucesivamente de todas sus posiciones, y que compartían el consulado con los plebeyos conforme a una ley que nadie podía haber olvidado? En verdad, y para que sirva de guía a la aristocracia, es una mala elección de personaje la del censor del año 442, enemigo irreconciliable de los conservadores, y también lo fue hacerlo patrocinar inconstitucionalmente en el año 458 la candidatura de Fabio Ruliano, su sucesor en la censura y modificador de sus innovaciones. Sería necesario apelar aquí a alguna conversión repentina, providencial, de esas que forman época en la historia.

Unamos todas estas inconsecuencias a las singulares contradicciones de las que está plagada también la historia del decenviro, su proceso y su suicidio en el año 283 (su nombre, que se halla después en las listas capitolinas, acusa la falsedad de este relato, ordinariamente aceptado). Reunamos todos esos grandes discursos puestos en boca de los Claudianos consulares o senadores, considerados como encarnizados enemigos del pueblo, y echemos una última ojeada sobre esa larga y enojosa serie de aventuras imaginadas posteriormente para formular una acusación contra toda la familia. ¿Qué puede concluirse de aquí, sino la existencia de un prodigioso tejido de embustes? ¿Qué, sino que es necesario ponerse en guardia contra la opinión corriente, obra de rencor y de partido?

¿Quién es el culpable en todo esto? Los primeros analistas de Roma, Fabio Pictor, entre otros, no conocen estos embustes como ya hemos dicho anteriormente. Tampoco los ha inventado Tito Livio. El hombre y su libro son honrados, y nunca el gran escritor se hubiera prestado a falsificar a sabiendas los hechos ni los documentos; además, ¿qué interés había de moverlo a ello? Cuando compuso su primera *Década* de la familia principal de los Claudianos, no quedaba ya ningún hombre notable (salvo el hijo degenerado y bastardo de Publio Clodio). La rama colateral de los Nerones estaba todavía oscurecida, y Tiberio, el futuro emperador, estaba aún en la infancia. Dionisio, que habla como Tito Livio y sigue el mismo

camino, se extiende en una multitud de detalles de los que nada nos dice este: no es, pues, una copia. Por el *Brutus*, citado anteriormente, vemos que desde el tiempo de Cicerón había sido falseada la historia de los Claudianos; sin embargo, su «orgullo fatal» aún no había pasado a ser proverbial. De otro modo, ¿no hubiera sido una riquísima mina que el gran orador habría explotado? Por el contrario, vemos que en su discurso en favor de Milon, nada dice respecto de los antepasados de Claudio. Si hay algún hombre de quien se pueda sospechar que haya sido el autor de las acusaciones dictadas contra los Claudianos por la injusticia del partido democrático, es seguramente Licinio Macer. Contemporáneo de Cicerón, aunque algo mayor de edad que él (tribuno del pueblo en el 681 y muerto en el año 688), notoriamente demócrata, autor de unos *Anales* mal escritos y poco leídos, sin embargo ha sido una de las fuentes principales para Dionisio y Tito Livio. Condenado por concusión y exacciones, se dio la muerte para librarse del castigo; no fue solo ladrón, sino también impudente y falsario. Como en tiempos de Sila, y aun después, los Claudianos continuaron siendo fieles al partido oligárquico, pudo suceder que Macer y los hombres de facción les tuviesen odio. Cayo Claudio, cónsul en el año 662, tenía en el Senado una autoridad inmensa;^[36] y así, uno de los jefes del Senado atrajo sobre sí el rencor de los demócratas. Que se acepten o desechen nuestras sospechas contra Macer, poco importa; el hecho es que hay que referir la acusación que formulo a cualquiera de los analistas de aquella época.

Una palabra más sobre los Claudianos de los tiempos históricos. No siguieron a todo trance lo que injustificadamente se llama la política de su familia. En los siglos VI y VII de Roma, los representantes de la *gens* Claudia eran hombres muy comunes, pertenecientes en su mayor parte a la facción oligárquica, y que no se ponían en evidencia ni en bien ni en mal; de ellos no sabemos más que sus nombres. Aun permaneciendo en el campo conservador, algunos de ellos abdicaron de sus opiniones de oposición, o de sus tendencias moderadas y equitativas hacia el partido popular. Se conoce la anécdota de Pulquer, cónsul durante la primera guerra púnica, que se batió en Drépano a pesar del auspicio funesto de los pollos sagrados, y que, poniéndose frente al Senado, nombró dictador a Glicia, su mensajero (*viator*). De este modo imitaba a su antepasado Apio y la elección para senador del escribiente Flavio.

Siendo censor en el año 585, impidió a su colega Tiberio Graco despojar a los emancipados del derecho electoral, por simple decisión censorial: «Porque para esto se necesita una ley del pueblo».^[37] Opinión sabia y jurídica, pero que no tiene nada de aristocrática. Uno de los cónsules del año 611, Apio Claudio, que es también uno

de los principales partidarios de los Gracos, era suegro de uno de ellos y figura en la lista de los comisionados para la repartición de terrenos, conforme a los términos de la ley agraria.

Por último, ¿tendremos necesidad de citar al célebre tribuno Publio Clodio? De él no se dirá que es un conservador muy edificante.

Dejemos a un lado el romance de la política y del orgullo de la familia de los Claudianos, y atengámonos a los hechos. Lejos de ser los Claudianos de esos patricios aferrados a sus prejuicios de casta, han aparecido siempre como los precursores de los Gracos y de César. Aliados con la familia de los Julios, y al igual que esta, estaban destinados al imperio; pero aun sobre el trono los vemos separarse muchas veces de las pretendidas tradiciones de su familia. En cierto tiempo Tiberio y Claudio no querían ser emperadores, y en su vida se encuentran muchos incidentes que recuerdan a sus antepasados demócratas.

B) EL DERECHO DE HOSPITALIDAD Y LA CLIENTELA EN ROMA^[38]

Nada hay tan importante ni tan difícil para el historiador celoso por reconocer y describir los fundamentos políticos de la ciudad cuyos anales estudia, como la confirmación de las relaciones de protección y dependencia establecidas de persona a persona, o de ciudad a ciudad. Por simples y uniformes que sean en general las condiciones naturales y morales, su expresión en el derecho civil varía notablemente; y, sin embargo, es a esta expresión a la que el anticuario necesita acogerse. En la siguiente disertación procuraremos esclarecer las instituciones antiguas de la hospitalidad, de la amistad, del protectorado y de la fidelidad en el pueblo romano, para lo que pedimos al lector que preste atención y paciencia. Intentaremos la aproximación, en el sentido más íntimo y jurídico, a una porción de tradiciones y de documentos públicos y privados. Para esto es necesario el auxilio del conocimiento exacto de la vida jurídica entre los romanos. Para la inteligencia de toda su historia primitiva no hallo otra llave que la jurisprudencia. Se me objetará que las fuentes del derecho son raras e incompletas. Sin embargo, esperamos que con los esfuerzos de los eruditos y con el tiempo se abrirá otra mina no menos rica. Me refiero al conocimiento comparado del estado social primitivo de las naciones de una misma familia. Apenas si se ha formulado hasta ahora el estudio del gran problema de la antigüedad indogermánica (indoeuropea). Este problema, planteado

recientemente, está aún en el horizonte de la ciencia; pero la filología comparada, que es la que ha abierto la marcha, ha hecho tales progresos que apenas si se encuentran ya impugnadores. También la mitología ha comenzado su obra en esa misma perspectiva, pero la política comparada está aún en su infancia y se limita a algunas semejanzas, expuestas por Grimm en el prefacio de sus *Antigüedades del derecho*.^[39] La ciencia tiene la misión de referir a la unidad, confirmando su naturaleza y su progreso, todas esas instituciones políticas y sociales que pueden llamarse primitivas, y que se encuentran a la vez en Roma, en Grecia y en los pueblos germánicos. Es evidente que no llegará a este resultado construyendo *a priori* su sistema, sino que necesita proceder por vía de sucesivas aproximaciones. No se aparte la vista del objeto, por lejos que este se halle colocado. Pero así como para la lingüística se necesita estudiar ante todo la lengua india, así también para la política se deben conocer primeramente las instituciones del pueblo romano. Por poco que sepamos de la sociedad antehistórica de Roma, podemos formarnos una idea más exacta de las sociedades paralelas de Grecia y Germania.

Se establecieron relaciones de protección y de dependencia entre personas físicas o jurídicas^[40] en la ciudad, entre muchas ciudades, o entre miembros de ciudades diferentes. En la ciudad, el derecho y el deber correlativo de protección se fundan en la edad y el sexo, y los determina y ordena la consanguinidad. Fuera de la ciudad la protección se funda en un contrato, y se ajusta a sus cláusulas. En otros términos, en el primer caso, la protección y la dependencia son naturales, necesarias e inmutables; en el segundo, no son más que una excepción, un accidente, y están sujetas al cambio. La primera clase de instituciones, el derecho de paternidad, matrimonio y tutela, no pueden entrar en el cuadro de nuestro estudio, que solo trata de las relaciones internacionales. En cuanto a estas últimas relaciones, son de dos especies: sinalagmáticas, cuando el derecho y el deber pertenecen recíprocamente a una u otra de las partes, y unilaterales, cuando una parte dispensa la protección y la otra simplemente la recibe, y esta última, a su vez, está jurídicamente incapaz de darla. Entre las relaciones sinalagmáticas, deben colocarse los derechos de hospitalidad y de amistad; mientras que el patronato y la clientela pertenecen a las unilaterales. La naturaleza de las relaciones no cambia ya sea que se trate de individuos o de comunidades: es cosa esencial al derecho romano el considerar y tratar del mismo modo a las ciudades y a los individuos. En efecto, el derecho de ciudad no es más que el derecho individual trasladado a aquella. Vamos a examinar estas relaciones desde su triple aspecto: consideradas de ciudad a ciudad, del ciudadano de una ciudad al de otra, y, por último, de una ciudad al ciudadano de otra

ciudad.

Hablemos primero del patronato sinalagmático, y trataremos después el patronato unilateral o la clientela.

§ I. HOSPITALIDAD

La hospitalidad es la forma simple y primitiva de la protección. Por mucho que nos remontemos en las edades, aun antes de la separación de los pueblos se la encuentra de una manera evidente; el hecho está probado por la identidad de la expresión y de su noción en las lenguas latina, griega y eslava. La palabra latina *hostis* (en el sentido primitivo), la gótica *gasts* y la eslava *gosti* designan al extranjero protegido por la hospitalidad; son al mismo tiempo sinónimas de la griega ξένοζ.^[41] La palabra *hostis* tiene también cierta semejanza con la expresión *hospes*, por lo menos en su primera sílaba;^[42] y en su acepción originaria comprendía la idea de una acogida de completa igualdad (*hostire-æquare*). La hospitalidad engendró después la amistad (*amicitia*).^[43] Jurídicamente hablando, la hospitalidad es siempre lo mismo, ya sea que se la estipule entre individuos o entre ciudades. Con frecuencia reúne el ser colectivo y los individuos, y, por consiguiente, el derecho establecido entre dos ciudades está también instaurado entre cada uno de sus ciudadanos.^[44] Por lo demás, hay tantas variedades como contratos. Recibir pura y simplemente a un extranjero no es comprometerse a algo más, salvo cuando el hospedaje era por algunos días;^[45] si vuelve por segunda vez, no se está obligado a recibirlo. Lo mismo sucedía con los enviados de una ciudad con quien Roma estaba en guerra o no tenía tratado de alianza: protegidos por el derecho de gentes, se volvían como habían venido. El contrato de *hospitium*, por el contrario, era un lazo de derecho permanente, con reciprocidad efectiva la mayoría de las veces. No es solo pasajero; en toda la antigüedad se lo consideraba permanente, y pasaba a los hijos y descendientes (*liberi posterique*). Incluso se estableció entre personas respectivamente extrañas unas a otras, y de este modo se distinguía de la amistad ordinaria o de las simples relaciones de hecho.

Muchas veces se agregan al contrato cláusulas importantes. Particularmente entre las ciudades, se estipula sobre la paz y la guerra; se concluyen una tregua (*indutiæ*) o una alianza armada. En la primera la amistad es un término final; en la segunda, se eleva hasta la promesa de una defensiva y ofensiva comunes. No nos ocuparemos aquí más que del elemento necesario de estos contratos, es decir, de lo

que constituye el fondo internacional del derecho de hospitalidad propiamente dicho, descartado de todos sus accesorios eventuales por importantes que puedan ser.

El *hospitium* y la *amicitia* no se acostumbraban entre habitantes de la misma ciudad, como lo revela suficientemente la expresión primitiva *hostis*, sino que se instituyeron para el extranjero. La antigüedad grecorromana ignoraba la electiva fraternidad germánica, que consagra la mezcla de sangre de los nuevos hermanos,^[46] ninguna afinidad se crea en aquella fuera del parentesco, a no ser la adopción, que es una ficción de parentesco de sangre. También en el matrimonio se considera a la mujer como hija del esposo. Asimismo se encuentra en Italia, y esto desde las edades más remotas, la fraternidad de las armas. Los afiliados a la misma división combatían juntos y se comprometían bajo juramento a no abandonar el campo, y a no salir de las filas sino para ir a buscar sus armas, para llegar a las manos con el enemigo o para salvar a un amigo. Pero semejante compromiso no traía consigo consecuencias legales; desde el tiempo de las guerras de Aníbal no tenía nada de profesional.^[47] Lógica y prácticamente, la filiación de ciertos miembros de la misma comunidad civil tenía algo de contraria a la esencia misma de la ciudad, y esta, aun reconociendo los lazos naturales y necesarios de la sangre, por ejemplo, quiere ignorarlos y los niega, desde el momento en que tienen lo arbitrario por principio y versan sobre el derecho civil. Estas tendencias se encuentran ya en la sociedad indoeuropea; pero, mientras que los germanos no tienen en cuenta en sus filiaciones la comunidad en general, los romanos, por el contrario, las subordinan a la ciudad hasta el punto de quedar absorbidas en ella.

No tenemos necesidad de llamar la atención sobre ello: la hospitalidad y la amistad solo son practicables entre ciudades independientes. Cuando en siglos posteriores se establecen lazos más estrechos con Roma, se tendrá siempre por imposible y por contrario al buen sentido un contrato de amistad entre Roma y una colonia, o un municipio cualquiera. La misma razón preside las relaciones entre la ciudad y el individuo: el romano no tiene que pedir hospitalidad a la ciudad de Roma, ni el gaditano a la ciudad de Gades. Si parece haber sucedido de otro modo en los últimos tiempos de la República y bajo el Imperio, se debe a una anomalía reciente. En efecto, se habían constituido colonias cívicas y municipios como si fueran otros tantos pequeños Estados dentro del Estado mismo; de aquí el *hospitium* entre estos y los ciudadanos pertenecientes a otras ciudades, o sus propios ciudadanos, considerados entonces como romanos. En este caso, y por la ficción del derecho, estas ciudades hacían lo mismo que hubieran podido hacer ciudades independientes.

En la forma, la hospitalidad obedecía a las reglas del contrato consensual: procedía del consentimiento prestado por ambas partes, expresa o implícitamente, mediante actos que lo demostrasen. Nunca se ha impugnado el hecho de que para el *hospitium publicum* o para cualquier otro contrato público no se necesitase más que el pacto sencillo (*pactum, pactio*), siempre que los contratantes tuviesen capacidad civil suficiente. Otro tanto diremos de la hospitalidad privada entre la ciudad y los individuos,^[48] o entre individuos de dos ciudades distintas. Así sucedía al parecer según la tradición de los pueblos indogermánicos. A diferencia de los contratos civiles propiamente dichos, siempre sujetos a la formalidad, los internacionales son puramente de hecho. Los consuma el hecho cumplido, por ejemplo, la confrarreacción y el matrimonio civil, la emancipación y la tradición, la fiducia y la prenda (*fiducia, pignus*), el *nexum* y el préstamo (*mutuum*). Pero por lo general nada impedía dar fuerza a los actos internacionales con las solemnidades de la forma, al menos cuando se trataba de contratos públicos. Sin embargo, no era así en materia de hospitalidad. Si en el *fædus*, o alianza armada, se recurriría a los sacrificios piadosos y al juramento, se debía principalmente a la confraternidad de las armas, que era la consecuencia de la alianza. Pero la hospitalidad y la amistad no eran contratos sagrados; no exigían por sí mismos el juramento.^[49] Las miras de los romanos consistían en precisar el momento en que el pacto de hospitalidad era perfecto; de aquí que en la hospitalidad pública, y probablemente en la privada, si las formas solemnes del *fædus* no se habían empleado, surgía la *sponsio* por demanda y por respuesta.^[50]

Otra formalidad asegura además la prueba de nuestro pacto especial: hablo del cambio de los símbolos o de las escrituras. La *Ilíada* (6, 168 y sigs.) nos muestra a *Prætus* enviando a Belerofon a su huésped de Licia, y remitiendo al primero sus tablillas cerradas en señal del pacto existente. En el *Cartaginés* de Plauto, el huésped lleva consigo su símbolo, lo muestra y se comprueba que concuerda con el símbolo guardado en la casa de aquel a quien lo presenta.^[51] Todavía poseemos algunos emblemas de este género, en los que figuran dos manos entrelazadas.^[52] En cuanto a los contratos de hospitalidad pública, estaban grabados en dobles tablas de bronce y cada parte guardaba su original. El ejemplar perteneciente a Roma era depositado en el templo de la buena fe romana (*fides populi romani*), no lejos del templo del Júpiter capitolino.^[53] Las demás ciudades tenían también sus archivos públicos donde conservaban sus tratados de *hospitium*; y en estos tiempos, los particulares tenían expuestos los suyos en el *atrium* de su casa.^[54] No deben confundirse las tablas del patronato (*tabulaærea patronatus*) con las simples indicaciones orales o

escritas que anuncian las decisiones tomadas por la ciudad patrono (*Duplomum*);^[55] solo las primeras constituían título definitivo, y, fuese público o privado, se leían ordinariamente al pie del acta los nombres de los enviados (*legati*) que las llevaban.

Resumamos. Por más que el pacto de amistad fuese perfecto con solo el consentimiento de las partes, se acostumbraba entre los particulares cambiar los signos de la hospitalidad. Si el pacto se celebraba entre dos ciudades o entre una ciudad y un particular, se erigía una especie de monumento, a saber: dos ejemplares de una tabla de bronce que se fijaba en el muro del depósito público de la ciudad o de la casa a la que se refería. El signo del derecho del *hospitium* era entre los romanos la *tessera*,^[56] o el *symbolus* o *symbolum*. Se nota aquí la influencia de las costumbres griegas. Entre los griegos, y en esto se diferenciaban de los romanos primitivos, todos los contratos constaban por escrito, aun los puramente verbales; a ellos es también a quienes debe atribuirse el uso de los contratos internacionales de hospitalidad. Entre los latinos, por el contrario, los más antiguos pactos solo se transcribían en pieles preparadas al efecto, como por ejemplo el de Roma con Gabies. *Symbolum* y *tessera* son palabras griegas. ¿Debe concluirse de aquí que el *hospitium* es un contrato tomado de los griegos? Nada más lejos que eso. Lo único que parece claro es que las relaciones de los romanos se estrechaban cada día más con los griegos, y que les copiaban sus fórmulas más usuales, hecho que por otra parte concuerda con todo lo que se sabe de la naturaleza y marcha de la antigua cultura itálica.

El *hospitium* y la *amicitia* terminaban cuando uno de los contratantes hacía saber en debida forma que se retiraba,^[57] lo mismo que sucede en todo pacto consensual, ya hubiera en esto declaración expresa o simples actos, pues negarse a ejecutar una de las cláusulas del contrato equivale a denunciarlo.^[58] Otras veces la ruptura de la *tessera* indica la renuncia al pacto, así como su entrega confirma el perfecto consentimiento.^[59]

¿Cuáles eran los derechos comprendidos en el *hospitium*? En las relaciones privadas es muy difícil determinarlo, pues los usos se han perdido en la noche de los tiempos. En cuanto al *hospitium publicum*, daba derechos no solo al titular, sino también a sus representantes, ciudad o simple individuo. El cuestor era el que debía proveer a esto;^[60] de hecho se les asignaba un alojamiento gratuito y enteramente libre,^[61] cuando no se los recibía en un edificio público (*villa publica*) situado en el campo de Marte. Además se les suministraba todo el mobiliario y la vajilla necesarios para los baños y la cocina;^[62] y por último recibían el *munus*, no a título de puro y simple donativo, sino más bien a título de verdadera prestación. Esta

consistía siempre en vasos, utensilios u objetos de oro y de plata de un valor variable según la importancia de los donatarios, pero que no bajaba nunca de dos mil ases pesados.^[63] También en Grecia el huésped recibe alojamiento y habitación, cama y mesa, tapete, luz, leña, vinagre y aceite.^[64] No se provee directamente a su mesa, o por lo menos parece que, si en los antiguos tiempos se pagaban los gastos que ocasionaba, al ejercer después la ciudad el *hospitium*, lo suplió por el *munus* en oro y plata.^[65] Al huésped se le entregaba la mesa cubierta con su tapete, con pan y vino, la *sportula* (cesta de las provisiones) y cierta suma, pero era cuidado suyo comprar lo necesario. Era propio de la economía romana poner en esto alguna atención, y hacer de modo que no se multiplicasen hasta el abuso los huéspedes y amigos. Más tarde, sin embargo, además del *munus* hubo verdaderos donativos en vestidos, caballos enjaezados, armas y gastos de viaje,^[66] absolutamente igual a lo que se hacía entre los germanos, según Tácito. En caso de enfermedad o de muerte, el huésped recibe los cuidados o es enterrado con los honores debidos a su rango.^[67]

Entre los particulares, el huésped participa de las ceremonias del culto de la familia, pero está sometido a la disciplina de la casa; fuera, obedece las leyes locales. El huésped y el amigo de la ciudad pueden también sacrificar en el Capitolio^[68] y asistir a los juegos ubicados en una tribuna levantada sobre el *comitium*, al lado de los senadores (*Grecostrasis*). Siempre se manifiesta la influencia griega hasta en las denominaciones de los edificios especiales.^[69] Los mismos honores recibían a su vez los romanos entre sus amigos: prueba de esto son su admisión en el santuario de Delfos, y la parte sacada del botín de Veyes ofrecida a los masalotas y depositada en su tesoro, etcétera.^[70]

Pero el derecho más importante de la hospitalidad y de la amistad era la protección efectiva y la asistencia jurídica a la que podía apelarse en caso de necesidad. El hospedante debía preservar al hospedado de todo perjuicio y ayudarlo a conseguir el fin u objeto que se proponía en su viaje; pero todo esto dependía, por otra parte, de las circunstancias. Casi nada puede hacerse por el huésped público cuando está declarada la guerra entre las dos ciudades, y menos aún por el huésped privado perteneciente a una ciudad que no tiene tratados hechos con Roma. En este caso lo más que puede evitarse es que se lo maltrate o se lo robe. De hecho parece que la hospitalidad degeneró pronto, y que no hubo *hospitium* privado sino para el individuo que gozaba al mismo tiempo del *hospitium publicum*. Este último, por el contrario, asegura a la ciudad amiga y a cada uno de sus miembros la acogida, la protección y el ejercicio de los derechos civiles. El *postliminium*, por ejemplo, se aplicó no solo cuando el ciudadano entraba en el Estado romano, despojado un

momento de su libertad y de sus bienes a consecuencia de la guerra, sino también en el momento en que ponía sus pies en el territorio de una ciudad amiga de Roma.^[71] Las leyes de su país rigen al huésped protegido por su contrato o por el de su ciudad (*peregrinus qui suis legibus utitur*),^[72] no porque hubiera igualdad de derechos frente al ciudadano romano, sino porque todo dependía del pacto. Obtenía justicia ante los tribunales en la medida en que se le concedía; y, por otro lado, compraba, vendía y comerciaba. El primer tratado de Roma con Cartago concede en este punto a los romanos la reciprocidad en África y en Cerdeña. De aquí el nacimiento y el progreso de las reglas del derecho internacional positivo (*jus gentium*). Al lado de las especialidades del derecho civil exclusivo, se admitieron la estipulación simple, la tradición, el contrato consensual, y, en el procedimiento, la instancia ante los recuperadores. Después se concedió a los romanos el pleno comercio (*comercium*)^[73] en Sicilia a través de Cartago; y a los latinos, por Roma. En caso de proceso se permitió muchas veces ser juzgado por la ley de su país, como en Asclepiade de Clazomenes, a menos que no prefiriese la ley romana;^[74] pero el *connubium* se concedió por primera vez en tiempos de la reforma legal de los decenviros.

Por otra parte hagamos notar que el *hospitium* engendraba un simple deber de piedad (*pietas*), una obligación natural, pero no confería la acción en justicia. Ya volveremos sobre este punto al tratar la clientela.

Por último, el huésped podía ir al extranjero a gestionar personalmente sus asuntos, o los encargaba a un amigo residente en la localidad.^[75] Muchas veces hasta se estipulaba en el contrato este mandato entre las ciudades. De aquí la institución de la *proxenia* entre los griegos. El *proxena* tenía alguna semejanza con los cónsules que una potencia extranjera elige entre los ciudadanos de otra nación. Aunque esto no llevaba el nombre de una institución formal, nada impedía en Roma que el huésped o el amigo sirviesen de *proxena* a la ciudad o al ciudadano de la ciudad amiga. Se encuentran ejemplos de arbitrajes conferidos por el Senado en casos análogos; sin embargo, la República nunca confió sus asuntos en el extranjero sino a sus propios enviados. Guardianas celosas de sus derechos y de sus intereses, juzgaba peligrosas las *proxenias* públicas. Solo el régimen aristocrático hubiera podido intentar esto en la época de su decadencia.^[76]

Tal era entre los romanos el derecho de hospitalidad y de amistad, y el protectorado recíproco que de él se desprendía. Institución puramente internacional, como todo lo correspondiente a esta clase de relaciones, el *hospitium* y la *amicitia* no servían de fundamento a una acción, aunque tenían un carácter esencial y

necesariamente jurídico. En aquellas sociedades antiguas en las que el derecho y el Estado no se hallaban fundidos y amalgamados en un solo cuerpo, como entre nosotros; en que el Estado no era todavía más que la ciudad en su forma incompleta, había una gran diferencia entre los sentimientos puramente morales y los deberes jurídicos, incluso en el caso en que estos no llegaran a engendrar la demanda en la justicia.

§ II. LA CLIENTELA EN ROMA

Estudiemos ahora las relaciones del protectorado unilateral, aquel en que una de las partes da y la otra recibe, pero sin reciprocidad. Para expresar esta relación los romanos tenían la expresión genérica *in fide esse*,^[77] así como las palabras patronato y clientela. Sin embargo, se evitaba ordinariamente el servirse de estas últimas cuando el protector era una ciudad.^[78] Nótese también que entre los protegidos, aquellos sobre quienes el patronato estaba mejor definido y se mantuvo por más largo tiempo, los emancipados no eran designados en el lenguaje usual con la expresión de clientes. Parece que como para el *fædus*, la más alta expresión de la *amicitia*, se los ha querido distinguir con un nombre especial, *libertini*, por más que estuviesen completamente comprendidos en la clientela.

La noción de la clientela se enlaza en muchos puntos con la del derecho de *hospitium*: hay aquí dos instituciones jurídicas estrechamente emparentadas y correlativas, aunque muy distintas.

Tienen en común que se colocan dentro de la ciudad, y exigen de hecho o de derecho el concurso de ciudades o de individuos libres. Hubo también un tiempo en que, así como la agnación y la gentilidad eran puramente patricias, el *hospitium* romano no tenía lugar sino en cuanto el ciudadano que hospedaba pertenecía al patriciado, y la clientela también necesitaba un patrono perteneciente al orden noble. La palabra *patronus* no indica, como se ha dicho, una especie de protección análoga a la del padre para con sus hijos. Es idéntica en el sentido antiguo y político de la expresión (*pater, patricius*), y designa al hombre capaz del poder paterno, es decir, al ciudadano completo. Al aplicarla al protector del cliente, se indicaba suficientemente que solo el perfecto ciudadano podía tener clientela.^[79] Por el contrario, el hospedado y el cliente eran necesariamente no ciudadanos, o ciudades extrañas al derecho de ciudadanía romana. Por otra parte, la hospitalidad y la clientela se diferencian en que la primera se funda sobre la base de la igualdad y de

la independencia recíprocas, mientras que en la segunda hay desigualdad absoluta. El patrono domina y el cliente sirve en cierto modo; razón por la cual la clientela tomó la denominación de *potestas*.^[80] El huésped tiene su patria allí donde ejerce sus derechos cívicos; el cliente, por su parte, no es ciudadano de ninguna ciudad. El huésped es, como hemos dicho, el extranjero que vive según las leyes de su patria (*qui suis legibus utitur*), mientras que con el cliente sucede otra cosa. Los juristas deducen de aquí que, para que tenga lugar la clientela por aplicación,^[81] es necesario que el que la pide no pertenezca a ninguna ciudad que tenga tratados de amistad o de hospitalidad con Roma, o que haya roto todos los lazos que lo unían a su patria.^[82] La clientela implica un estado inferior, cercano a la privación de la libertad; por consiguiente, el huésped que era ciudadano de una ciudad amiga no podía tomar un patrono.

A pesar de la diferencia tan marcada que acabamos de establecer entre el *hospitium* y la clientela, es cierto que con el tiempo llegaron a mezclarse y confundirse mucho ambas instituciones, y que se establecieron relaciones de patronato entre los ciudadanos romanos y las ciudades extranjeras. No obstante, todo esto es fácil de replicar. Mientras que las ciudades que continuaron en un pie de igualdad con Roma contrataban el *ius hospitii*, las que se sometieron por completo entraron bajo la clientela de ciertos ciudadanos de la metrópoli. Por otro lado, aquellas que eran pura y simplemente incorporadas a Roma no necesitaron la hospitalidad ni el patronato. Pero en los tiempos posteriores de la República estas últimas entraron a su vez en una nueva condición. Los municipios fueron considerados como pequeños Estados dentro del Estado y recibidos *in fide*; y según los casos tenían la hospitalidad y el patronato, aunque solo nominalmente. En el fondo, no había más que una especie de proxenia, de mandato general dado.^[83]

Como la hospitalidad procede de un contrato entre iguales, la clientela se deriva, en el derecho privado, de la declaración manifiesta del señor de que cesará en adelante de hacer uso de su poder. El antiguo derecho no obligaba al señor a la emancipación: faltaba la forma para semejante acto (volumen I, libro primero, págs. 181-182), y por mucho tiempo esta declaración solemne no pudo dar por sí sola la libertad. Asimismo, tampoco el derecho de ciudad confería la emancipación, es decir, el patriciado; este es un hecho, no un derecho. Entonces, como el señor no había adquirido más que un compromiso moral, el emancipado dependía de la buena fe de aquel. Por otra parte, como aquí se trataba de la libertad, y esta va unida al derecho público que no se pierde o adquiere sino conforme a las formas establecidas por ese mismo derecho, la emancipación solo tiene efecto en cuanto hace del esclavo

una cosa sin dueño, no lo convierte en un hombre libre. El acto es como si no existiese respecto de la ciudad, y el que emancipa puede recobrar más tarde, si quiere, a su esclavo. Es verdad que durante este acto, y aun después, puede emanar de los comicios su confirmación con concesión de la libertad y la ciudadanía; pero en este caso, muy raro por cierto, se ve que la condición nueva del esclavo no procede de la voluntad del señor, sino de la decisión del pueblo.

Sin embargo, el hecho no tardó en convertirse en derecho: la tendencia era natural. Entonces vinieron las limitaciones legales del patronato en favor del cliente, e intervino la ciudad para obligar al patrono a cumplir su palabra. Los progresos del derecho de patronato son también, desde este punto de vista, la historia de su ruina. La naturaleza de las relaciones entre el patrono y el emancipado había sido establecida antes que las arreglase la ley. Nunca perdieron su carácter originario y no pueden comprenderse bien sino remontándose a ese primer estado del poder del padre de familia sobre el emancipado, poder que ha ido en disminución todos los días, tanto en los hechos como en la teoría. Una de las formas notables del estado de emancipado es la producida por el ingreso voluntario de un extranjero bajo el patronato de un ciudadano romano (*applicatio*),^[84] o por la entrada de una ciudad cliente de Roma bajo el patronato de tal o cual ciudadano, de aquel, por ejemplo, en cuyas manos se ha verificado su sumisión, y con quien ha concluido y arreglado las condiciones de la rendición. En ambos casos hay dos elementos necesarios de emancipación: la sumisión primero y después la tolerancia de la libertad.

El patronato es hereditario lo mismo que la hospitalidad; cuando pertenece al padre de familia se transmite a su descendencia.

No hay aquí huellas de un documento escrito que arregle la situación de la clientela, y, por tanto, la decisión del jefe de la casa es soberana.

La dedición (*deditio*) da siempre origen a la clientela pública. Lleva consigo la disolución de la ciudad dediticia, y hasta podría salir de ella la esclavitud. Por regla general el súbdito conserva la libertad, pero no tiene patria cuando su ciudad deja de existir y es realmente un emancipado de Roma (*dedititius*). Por el contrario, cuando aquella continúa existiendo bajo la protección romana (*civitates liberæ*), goza de los derechos de *hospitium* concedidos al ciudadano que tenga su perfecto contrato de amistad.^[85]

El patronato concluye con la recaída en la esclavitud, o con la igualdad de derechos. En la clientela pública siempre puede tener lugar la reducción a la esclavitud;^[86] aunque la igualdad puede ser revocada a voluntad, como en materia de precario, sin que haya en ello lesión de derechos. En un principio debió suceder lo

mismo respecto de las clientelas privadas; pero este derecho del patrono fue uno de los primeros que se restringieron. No es fácil fijar la fecha a la que se remontan estas restricciones. Pero lo que sí es cierto es que cuando la emancipación había sido directa o indirectamente confirmada por los poderes competentes, aprobada por la ley curiada o de otro cualquier modo, y después de la vindicación en forma o con motivo del censo, el cliente y sus hijos gozaban siempre de una independencia que no estaba en poder del señor revocar, aunque en teoría sí, y por más que no fuesen considerados legal y absolutamente libres. Después, con el progreso de los tiempos, estas bienhechoras reglas se extendieron a las emancipaciones de palabra, a las que era extraña la ciudad. Restablecimiento de la esclavitud de derecho al lado de la libertad conservada de hecho: tal fue hasta fines del siglo de Cicerón el estado jurídico lícito.

La Ley Junia, un poco anterior o contemporánea a Augusto, innovó todavía más: no obstante, aunque no sufrieron la esclavitud, los latinos Junianos no tuvieron libertad completa.^[87]

El abandono del contrato de hospitalidad, que llevaba consigo una alianza armada, puso también fin a la clientela pública. Como las partes estaban entonces en igualdad respectiva de derechos, todo patronato se hacía imposible. Por esta misma razón, al adquirir el cliente la ciudadanía, la clientela privada caía necesariamente y el cliente se convertía en el igual del patrono. Encontramos la aplicación de esta regla en uno de los raros ejemplos que nos han conservado los documentos históricos sobre el derecho que constituye el objeto de este estudio. Estando Mario procesado, fue llamado como testigo por la parte contraria el senador Herenio. Este afectaba no querer deponer contra su «cliente», y al decir esto procuraba humillar al hombre nuevo; pero Mario exclamó que había sido edil y que por lo tanto había cesado la clientela. «Cosa no del todo exacta —añade Plutarco (*Marius*, 5)— porque se necesitaba el nombramiento para un cargo curul para que se produzca este efecto, y Mario aún no había sido más que edil plebeyo.» En suma, el plebeyo revestido de una magistratura patricia, por más que esto no lo coloque entre los patricios, vota en el Senado igual que ellos. Nueva prueba de la identidad primitiva de la cualidad de cliente y de plebeyo, y de la incompatibilidad de la clientela pasiva con el patriciado.^[88]

Así como la hospitalidad y la clientela tienen un carácter común en la protección o el patronato ejercidos, así también se parecen en sus consecuencias: solo que el desarrollo y el progreso de la clientela se deben más a las aplicaciones que a las emancipaciones propiamente dichas. Por otro lado, mientras que la hospitalidad se

ejerce principalmente con el viajero que va de paso, el patronato tiene por objeto principal el extranjero desterrado o tráfuga. Con todo, en una y otro hallamos el deber de buena acogida, los cuidados, la admisión al derecho y a la religión del huésped o del patrono, y las relaciones oficiosas que imponía lo que los romanos llamaban piedad, salvo ciertas divergencias esenciales, por supuesto.

El oficio y los cuidados del patronato particularmente no son los mismos en la clientela, permanente por su naturaleza, ni en la hospitalidad, cuyas exigencias son efímeras. Los cuidados del patrono hacia el cliente se convierten en solicitud: lo asiste constantemente, le asegura los medios de hacer su carrera y lo establece. Hasta creo que en tiempos muy remotos le asignaba algunas tierras, y no he vacilado en referir el dominio precario a la institución de la clientela, puesto que entonces no era libre el cliente sino precariamente.^[89] Asimismo la ciudad distribuía tierras a los fugitivos que venían a pedir su protección.^[90] Más tarde, como la desmembración o división de los dominios hubiera sido contraria al sistema de los *latifundia*, el señor ya no dio al esclavo emancipado más que cierta suma de dinero, o le dejó todo o parte del capital que le había confiado para hacerlo valer. Esto mismo hizo la ciudad.^[91] El oficio del patronato se extendió hasta más allá de la muerte, absolutamente igual que el deber piadoso de la hospitalidad; testigos de esto son los numerosos sepulcros levantados por los señores para su «casa», o para sus «emancipados o esclavos».

La clientela, con todos sus deberes morales, no engendró nunca obligación jurídica o civil, salvo una excepción. El patrono puede recibir del cliente ciertos donativos en testimonio de deferencia y respeto; pero le estaría prohibido enriquecerse a expensas de aquellos a quienes debía su asistencia. En una época en que la ley procuró extenderse hasta sobre el dominio de las antiguas buenas costumbres, se promulgó la Ley Cinzia, que limitó los donativos del cliente.^[92]

Igual que el huésped, el cliente tiene entrada en la casa del patrono; desterrado muchas veces y sin patria, usó de aquella licencia con mucha más amplitud. En realidad pertenece a la casa, y se cuenta entre los servidores (*cliens*, quiere decir el que atiende, el que obedece). Si el dueño sale, lo siguen sus amigos y clientes; y los arma, como a sus esclavos, para las necesidades de sus negocios o de sus querellas privadas. *Numerari inter domesticos*, dice Festus, hablando de los emancipados.^[93] Tanto unos como otros, esclavos, clientes y simples emancipados, todos llevan el nombre de la familia.^[94] Durante toda la era republicana, estos últimos podían ser juzgados por el tribunal del padre de familia. En tiempos anteriores a César, vemos al patrono pronunciar hasta la sentencia capital;^[95] pero, en el año cuatro de la era

cristiana, la Ley Elia Sentia vino a quitarle su derecho de vida y muerte, y de ahí en más solo le permitió pronunciar la expulsión de Roma.^[96] Si bien no se le permite apoderarse del peculio del cliente, como puede hacerlo con el del esclavo, puede obligarlo a prestaciones considerables en casos excepcionales, como para el establecimiento de la hija de familia, para pagar un rescate, etcétera.^[97] Cuando cae en la pobreza deben socorrerlo los emancipados; y, si fuese necesario, los obligaría a ello el mismo juez. Por otra parte, lo mismo que en el antiguo régimen, no hay obligación civil en el pacto de clientela: en el momento en que emancipa, el patrono puede hacer que se le prometan las prestaciones bajo juramento.^[98] Solo y único caso quizás en que el derecho civil ha querido fortificar por medio del juramento la obligación originariamente moral, como hemos dicho anteriormente.

¿No demuestra todo esto hasta la evidencia la condición primitiva del cliente? En un principio no tuvo ningún derecho frente al patrono, como sucedía con el esclavo, emancipado solamente de hecho en tiempos de Cicerón. Así pues, la ley no lo protege sino contra la violencia y el abuso; jamás quiere sustraerlo al poder regularmente ejercido por el dueño de la casa, a la justicia doméstica, al deber de prestación en caso de necesidad.

Lo que la tradición nos revela respecto del emancipado nos lo hace conocer *a priori* el estado de derecho en lo tocante al cliente en general. La clientela está en cierto modo entre los bienes del patrono; pueden tenerse muchos amigos, pero nada más que un señor. El patronato no es más que su poder; es uno, exclusivo y no lleva consigo la concurrencia.^[99]

La misma comunidad se establece en el culto. Ha podido suceder, sin que yo lo afirme, que las ciudades clientes hayan sido admitidas con las federadas a los sacrificios capitolinos, cuando menos a título precario. En cuanto a los sacrificios privados y domésticos en los que participan los esclavos, asisten también a ellos los clientes, así como a las celebraciones religiosas de los cuarteles, de las curias y de las *fornacales*. En esta participación en las fiestas comunes de las gentes es también donde se funda indudablemente el derecho para el cliente de tomar el nombre de familia, derecho negado al extranjero y al esclavo. Para llamarse Marcio, es necesario pertenecer a la *gens* Marcia y asistir en común a todos los actos religiosos que les interesan. De aquí también la voz del *proeco* (heraldo) ordenando a los «huéspedes, a los esclavos, a las mujeres y a las vírgenes que se separasen».^[100] ¿Cuáles eran los derechos de los clientes? Procediendo siempre de la protección que les ha sido prometida, estos derechos difieren, sin embargo, según la clientela sea pública o privada.

Ciudades o individuos, importa poco que haya habido en ello aplicación voluntaria de la libertad o pacto internacional. Los clientes públicos son capaces de derecho en la ciudad patrona, pero la extensión de este derecho varía según las condiciones de la dedición o del contrato. En esto sucede lo mismo que en materia de *hospitium*.

Los clientes privados reclaman con más razón que los huéspedes la asistencia y cuidados del señor; esto se debe a que la hospitalidad privada desapareció muy pronto, y sobre todo a que el cliente es un ser sin patria y abandonado. El jefe de la familia en Roma comienza el día recibiendo a sus «domésticos» sentado sobre su trono (*solium*) en la gran sala de la casa; trata con ellos de sus asuntos y les da consejos;^[101] les debe además su asistencia fuera y hasta en los tribunales de justicia, y, en caso de necesidad, los defiende en sus procesos. Este es un deber de honor.^[102] De aquí las palabras *patronus*, *cliens* (abogado, cliente) aplicadas a la parte y a su defensor ante los tribunales. En realidad el patrono no es entonces el procurador, el representante (*procurator*) de aquel a quien asiste, sino más bien su consejero; el cliente es siempre el demandante o el defensor verdadero.^[103] Pero después las cosas debieron suceder de otro modo. No es menos cierto que la asistencia del patrono era cosa necesaria ante los tribunales de justicia. El cliente no podía obrar como el huésped porque no tenía el *hospitium*; tampoco podía obrar conforme al derecho civil porque no era ciudadano; y, al no ser considerado legalmente libre, parece a primera vista que no podía ser parte en el proceso. Por consiguiente, el patrono es el que obra, bajo la ley antigua, en su nombre personal y por su propia cuenta; bajo la ley posterior, al lado del cliente y en interés de este. En los procesos civiles hace por él lo que los patricios hacían en un principio por los plebeyos, lo que el padre de familia hará después por los suyos.^[104] Más tarde aún, en tanto la condición del emancipado o del cliente ha ido mejorando constantemente, hasta vendrá a ser superflua la asistencia. Así como en tiempos de Cicerón se llegará a dar la latinidad a los emancipados de hecho, así también desde muy antiguo el cliente fue considerado como justiciable directamente al lado de su patrono, aun cuando no era del todo libre.

Continuemos buscando en las relaciones de piedad reconocidas por la ley las consecuencias comunes de los derechos de clientela y de hospitalidad. El patrono no puede presentar ni apoyar un pleito o una demanda contra el cliente, y menos todavía este contra él.^[105] También les están prohibidos el mandato judicial, el testimonio y el arbitraje contra sus intereses recíprocos. Lo mismo sucedía con el criminal, después de que comenzó a usarse el procedimiento acusatorio.^[106] En el patrono la

piEDAD supera muchas veces el parentesco; puede testificar en favor de un cliente en contra de un pariente; pero los deberes de la tutela son, por el contrario, superiores a los de la clientela,^[107] y el huésped es también preferido al cliente. «*Apud maiores* —dice Majurius Sabinus— *ita observatum est; primum tutelæ [...] deinde hospitii, deinde clienti, tum cognato, postea adfini [...].*»^[108] Principios viriles y sanos sobre los que reposa la noción del derecho en Roma y en los que se funda la grandeza de la ciudad.

De la piedad deriva además otra institución particular de la clientela: hablo de la herencia del cliente devuelta al patrono, como consecuencia de la protección que le ha dispensado durante su vida. El *hospitium* no confiere semejante derecho. El huésped, ciudadano de una ciudad libre, tiene sus herederos en su patria y conforme a las leyes locales. El cliente, por el contrario, que no tiene patria, muere también sin heredero. Pero la ley romana, que no quería que se muriese intestado, suplió primeramente este vacío. Después no tardó en considerar a los hijos del aplicado y del emancipado como legítimos sucesores, a la manera de los agnados y gentiles entre los patricios. Si moría sin hijos, el patrono no se apoderaba directamente de sus bienes como antes. No era un peculio lo que se incautaba a título de señor; pero como era más próximo del difunto que los demás, los bienes de la sucesión venían a su poder por ocupación privilegiada. A falta de patrono, les daban sus descendientes agnados y gentiles.

Por último, la violación de los derechos de la clientela privada llevan consigo una pena; no sucedía esto, como hemos visto, en materia de hospitalidad. En esta, una vez que se había roto el contrato, todo había concluido. En la clientela, como el patrono tenía el derecho de justicia y poder de ejecución sobre el cliente, no necesitaba la protección de la ley contra su subordinado; mientras que este, en cambio, podía ser la víctima de los excesos de su señor. La ruptura de la clientela en nada podía favorecerlo: no tenía patria ni libertad. He aquí el argumento ingenioso que se usaba: «El patrono que comete un fraude contra su cliente, *sacer esto*»^[109] (sea maldito y entregado a los dioses infernales) dicen las Doce Tablas. Este es un crimen público contra la ciudad, puesto que la misma infracción entre ciudadanos sería solo cuestión de un proceso civil. La relación existente entre la parte lesionada y el agente del delito, y no la naturaleza de este, es en efecto lo que pide en Roma la intervención del poder público. La naturaleza de la pena, la execración (*sacer*), llevaba consigo en el antiguo derecho la pena capital. Pero como se trataba de un voto piadoso y no de una regla fija y práctica, dependía siempre del encargado de administrar justicia, que gozaba en esta época de una arbitraria libertad y podía

reducir la falta a las menores proporciones posibles.

Con esto hemos terminado este largo y penoso estudio, y creemos que el lector se habrá formado un juicio exacto de la hospitalidad y de la clientela. Ambas encierran la expresión de las relaciones internacionales de ciudad o ciudadano con ciudad extranjera, o con individuo perteneciente a esta, tanto en el derecho romano perfeccionado como en el primitivo. Hemos mostrado y descrito sus orígenes, su naturaleza a la vez común y diversa, y sus efectos en las costumbres y en la ley. Hemos encontrado allí la prueba de la condición primitiva de la plebe, que era entonces toda *cliene*.^[110] Pero por esto no disminuyó la grandeza del pueblo romano. ¿No es más glorioso conquistar la libertad, que recibirla completamente formada? Una vez que la plebe o la antigua clientela pasó al derecho de ciudad, se separó a su vez de los emancipados y de los patrocinados, y en este último sentido es como hallamos la distinción establecida desde la época de las luchas entre los dos órdenes.

Además, al lado de los clientes se colocó una clase de huéspedes en extremo importantes. Hablo de los latinos que, según su pacto de alianza y su *hospitium*, tenían igualdad de comercio y el derecho de entablar sus procesos conforme a la ley civil romana. Cuando se establecen inmobiliariamente, o se domicilian en Roma, son considerados como *municipes* (contribuyentes con igualdad de impuesto); contribuyen con prestaciones personales, sirven en la milicia y hasta tienen voto restringido. En este aspecto se distinguen de los demás extranjeros, tanto como se aproximan a los clientes ordinarios: sin ser ciudadanos viven conforme al derecho civil, y, al ser llamados por la reforma serviana al servicio militar al lado de los patricios, vieron cómo se les abrían las curias, las centurias y más tarde las tribus. Al igual que los clientes, estos mismos latinos fueron excluidos del *connubium* con los patricios y de las funciones públicas; pero se diferencian de ellos en que solo los clientes sufren el patronato y no pueden entablar un proceso sin la asistencia del patrono, teniendo en él a su jefe y presunto heredero.

De este modo la emancipación plebeya prosiguió un doble fin. Respecto de los clientes, tiende a sacudir la carga del patronato. Lo consiguió por completo en tiempos de Cicerón, salvo la dependencia leve que pesa aún sobre las clases emancipadas. En cuanto a los *isoteles*, *metecos* o clientes procedentes del extranjero, intenta conferirles en masa los derechos civiles que aún les faltan: el *connubium*, el derecho de voto y la admisión a los empleos y honores públicos.

APÉNDICE SEGUNDO^[*]

GRANI LICINIANI ANNALIUM QUÆ SUPERSUNT

EX LIBRO XXVI

... animis hostem impetu acerrimo fregerunt, semet etiam devovebant ut in^[1]... hostibus inmisit... vocabat ad consilium commune capiendum ac junctis copiis... equites vero plurimi auctores omittebant..., nominabant.

De ordinibus et nominibus et numeris... atque militum jam in superioribus libris dixi. Verum de equitibus non omittam, quos Tarquinius duplicavit ita ut priores equites binos equos in proelium ducerent^[2]... Castoris et Pollucis simulacra^[3]... equos habent nullos... Spartiatæ ΑΡΙΔΑΣ. et quidam ἀμῖππους eos dicebam, allii καλλῖπους appellati flexuntes^[4] a genere pensilium, quod... vocabant... ἐφῖππιον...

EX LIBRO XXVIII

... mortuo fratre regnavit^[5] idem agitaverat bellum postea indicere Romanis, sed prohibitus dicitur... perpauca bonis magna miscebat vitia incertæ naturæ levitatisque summæ: epulis comisans intervenire, ad symphoniam nusum saltare... publice frequentare balneas, potare cum plebe perfusus unguentis, et asturcone pompam ducebat, et se simulabat Hierapoli Dianam ducere uxorem et ceteris epulantibus... abstulit in dotem excepto... quem unum omnium deæ donorum reliquit. Graccho iterum (de cujus paulo antea memini) consule... perit nocturno corpus ejus cum Antiochiam portaretur, exterritis subito jumentis in fluvium abreptum non comparuit... duos colossos duodenum cubitorum ex ære, unum Olimpio, alterum Capitolino Jovi decoraverat et Athenis Olympion, et muros lapide... struxerat, nam columnas aliquod... circumdederat ædes nobilissima Olympii Jovis Atheniensis diu imperfecta permansit.^[6]

... alia miracula nuntiantur... Æmiliam nobilem feminam rogo inpositam

tubicinum concentu ad vitam excitatam.

De Corfidiis fratribus quasi fabula est major frater herede minore facto mortuus erat lectoque testamento revixit, a minore fratre narrat se remissum, eum petisse decies funeri suo erogaretur et locum indicasse thesauri filiamque sibi commendasse. Aurum prædicto loco repertum, et frater eres repentino mortuus nuntiatur.^[7]

Multa... omittenda in his historiis existimavi. Nec opplendæ sunt hujusmodi cognitionibus chartulæ cum satis... usu, sed gestu... a majoribus tantumdem opus fuit nostro corde noscere quantum memoriam tradere...

... se cum augurales libros legeret consules vitio creatos esse doctum, quod denuo extra pomerium auspicari debuisset cum ad habenda in campo comitia contenderet, quoniam pomerium finis esset urbanorum auspiciorum. Se vero in villa Scipionis tabernaculum posuisse et quom ingrederetur pomerium...^[8]

... de P. Lentulo qui) erat consul cum Cn. Domitio non fuit omittendum, nam clarus vir fuit et rem publicam jovit, ei prætori urbanu senatus permisit agrum Campanum quem omnem privati possidebant permisit agrum Campanum quem omnem privati possidebant coemeret ut publicus fieret.^[9] Et possessores Lentulo concesserunt pretia constitueret nec fefellit vir æquus, nam tanta moderatione usus est, ut et rei publicæ commoda et possessorum temperans... jugerum milia quinquaginta coemeret^[10] agrum... divisum... et eum indicto pretio locavit, et multo plures agros... præpositus reciperavit formamque agrorum in æs incisam ad Libertatis fixam reliquit, quam postea Sulla corrupit. Idem tamem dotem filiaë dedit sestercia xxv.

Verum Antiochi Epiphanis regnum senatus filio Antiochi Antiocho puero adtribuit, qui paulo post eupatwr appellatus est. Id Demetrio Seleuci filio qui datus obses a patre erat petenti negabat, cum ille se et puerulum Romam venisse et ætate majorem esse ad annos xxiii prædicaret: patriam sibi etiam Romam esse, senatum parentem et cum haberet...

EX LIBRO XXXIII?

... vocitati. et M. Aurelium Scaurum consularem virum ceperunt equo dejectum.^[11] Nam is vocatus in concilium ab is nihil indignum viro romano, qui tantis honoribus functus erat aut fecit au dixit, itaque interfectus est cum posset effugere. Et nec ipsi

petentibus ducem se tradere sustinuit verecundia ut amisso exercitu incolumis esset. qua victoria Cimbrorum territus Manlius consul litteris supplicibus cum Cæpionem orasset ut coppiis junctis simul et exercitu ampliato Gallis resisterent impetrare non potuit. Et cum Rhodanum trajecisset et apud milites gloriatus esset timenti consuli se auxilium laturum, ne communicare quidem cum eo consilium belli gerendi voluit, nec legatis quos senatus misserat ut concordessent, simulque rem publicam juvarent auscultare dignatus. Cimbrorum etiam legatos pacem volentes et agros petentes frumentumque quod sererent, ita contumeliose submovit, ut desperata pace adorarentur postero die castra ejus non longe a Manli castris constituta, deque adduci potuit, cum non multo abesset. ut exercitumungeret, et maxima pars exercitus deleta est.

... eo convenerant... quot reliqui fuerunt... militum calonumque^[12] non minus semul periisse existimantur... consules et equites romani...

EX LIBRO XXXIV?

... matrona quædam quasi mente commota sedit in consilio Jovis, itaque lustratum est denuo Capitolium. Et in Sabinis Martis signum in caput devolutum nuntiatur. et die quodam ante ludos qui futuri erant cum tubicines apud aram concinerent, angues nigri subito apparuerunt neque ante inter se concurrere et morsibus multis invadere desiverunt quam tubicines conticuissent, nec usquam derepente apparuerunt.^[13] Aliquod matronæ eodem somnio monitæ una eadem nocte decem sestercia sacris præstiterunt hocque sacrificatum aliquotiens. Et carmen in deos a vate compositum nobilissimi pueri concinuerunt.

(Cn. Manlius ob eandem causam quam et Cæpio L. Saturnini rogatione e civitate plebiscito ejectus.)

Rutilius consul collega Manli (hoc anno Cn. Pompeius natus est —solus superiore ponit— æque adque Cicero) cum metus adventatium Cimbrorum totam quateret civitatem jusjurandum a junioribus exegit, ne quis extra Italiam quoquam proficisceretur. Missique per omnes oras Italiæ adque portus qui prædicerent, ne ulli minorem xxxv annorum in navem reciperent.

EX LIBRO XXXV

... ipsum facere nisi quod illa evassisset, placuit et quod nunquam alias, pro collegio quid in libris fatalibus scriptum esset palam recitare, constabat notari carmine, Cinna sexque tribunis patria pulsus tranquillum otium et securitatem futuram.

Referam auspiciam et superiore casu Mario oblatu. Nam cum conclave fugiens barbarus apertum reliquisset, egressus videt asellum forte abjectis cibariis aquam petere. Idem sibi præcipi ratus oraverat ut se ad mare deducerent at vix evaserat.

Is ergo cum mille circiter Numidis collectis ad Cinnam navi pervenit... profectu. Et ex Hispania Brutus ceterique exules ad eum confluerunt. Et cum deformis habitu et cultu ab is videretur qui eum florentem victoriis norant supplicemque se omnibus quasi oppressus ab inimicis commendaret, mox legionem voluntariorum conscripsit, Cinnæque tradidit milites et præcepit ut Sertorio et Papirio itemque Milonio traditis exercitus partibus quam celerrime ad urbem veniret quam desertam videret. Cinnæ sucessionem hoc est a Pompeio ut si prompta voluntate, antequam ille valere cœpit, rem publicam opportune adiutum vellet ire, facili negotio eum oppressisset. Interea subreperat Marius in Ostiensem portum ubi...^[14] cum ad noctem usque mansisset, Ostia urbe potitur per Vale-rium cujus equites præsidebant. Nec Pompeius a Sertorio bellum abstinuit sed palam pugnavit. et frustra legati ultro citroque missi sunt, cum se Cinna superiorem existimaret. Marius cum suis Janiculo potitur multis occisis, qui... jugulati sunt. et Octavius acceptis sex cohortibus a Pompeio... ibi Milonius occiditur, ceteri submoventur quos subsidio Milonio Sertorius miserat. Ceciderunt Octaviani sex milia et senator unus Æbutius, adversariorum septem milia. Potuit capi Janiculum eodem die, nisi Pompeius ultra Octavium progredi passus non fuisset —et ut Crassum revocaret impulit— ne ante debellaretur quam comitia conficerentur, ut eum magistratum ipse invaderet, qui timebatur. Nam et Metelli castra in propinquo erant, quem Catali duo et Antonius senex legati ut patriæ subveniret oraverant.

Bello quod inter Pompeium et Sertorium fuit ignobilis quidam miles Pompei dum spoliat hostem fratrem adgnovit, extracto rogo dum justa persolvit multa imprecatus gladio se trajecit. Maximumque omnibus presagium^[15] bellum civile casus hic obtulit mentesque mutavit, nec quisquam omnium a lacrimis potuit temperare.

Nolani progressi oppidum Abellam incenderunt, Marius Servilium apud Ariminum fugat, paucos occidit, reliquos quos corrupuerat accipit in deditioem. senatusque per Metelli legatos consultus de voluntate Samnitium qui se engabant aliter in pacem venturos, nisi civitas ipsis et perfugis omnibus daretur bonaque redderentur, abnuat dignitatem antiquam præ se ferentibus patribus. Quibus cognitum

Cinna per Flavium Fimbriam in leges quas postulabant eos recepit et copiis suis iunxit.

Ne desinebat Pompeius interim miscere omnia. et cum senatu videretur aversari omnes exules maximeque Cinnæ causam, suavitatem tamen ut legati a Cinna missi tuto reciperentur et clam cum Cinna consilia sociabat et Octavio detestabatur, dediticiis omnibus civitas data, qui polliciti multa milia militum vix XVI cohortes miserunt. Et pestilentia vastatus exercitus ita ut ex Octavianis partibus decem et septem milia hominum deperirent. Pompeius minus validus cum in lecto decumberet orta tempestate et ipse fulmine adflatus est et culmen tabernaculi dissipatum. Nec spem vitæ ostendit. Itaque per aliquod dies exercitus sine duce fuit. et quia sanari non posse videbatur, decretum est ut C. Cassius in castra missus exercitum suscipere, dum ille convalesceret. ad quem Pompeius nuntium repente se erigit... et adulescentes Pompeio... Tertium post diem Pompeius mira tabe obit. ejus funus populus... diripuit^[16] mortuumque ferro percussum per cænum trahere non destitit, omnibus consentientibus dignam cælo pœnam et perfidiæ et avaritiæ nequissimum hominem expendisse. Sed patres et tribuni repressa multitudine cadaver super ingestis texerunt vestibus. Traduntque auctores in lecticula vulgariter eum elatum sepulturæ datum.

Pompeianos Octavius in sua castra tradidit. Et copias Metellus contra Cinnam duxerat cum milites repente ordinibus totis clamore exercitum Cinnæ salutant ac resalutantur, territus re nova Metellus exercitum reducit atque ipse inter primos ad Cinnam de pace legatus profectus est... regresso Crasso... ac iurgante cum Metello... Fimbria prælio infelice ter devicto neque occiso cum Metello...

... Sulla Athenas reversus in principes seditionis et noxios animadvertit violentius necatis reliquis... et quinquaginta milia peditum equitumque cum Dorilao... mittit et quadrigas falcatas septuaginta eis addit. Archelaus septuaginta circiter milia... collegerat... longis navibus insulas vastabat. primo fugati Pontici et Archelai filius occisus, deinde fuga suppressa præfectorum imperio continebantur, sed ocius impetus factus et milites nostri castra capiunt, hostium multitudinem innumerabilem concidunt, amplius XXV milia capiunt quæ postea sub corona vœnerunt. Archelaus parvulus navigio Chalcidem deportatur.

Regii qui Abderæ præsidebant captis Philippis dilabuntur.

Colloquium Sullæ et Archelao in Aulide fuit et conditiones impositæ, si rex pacem mallet. Quibus ille tandem paruit, nam et Fimbriæ adventum timebat ut mœordine indicabo, et se de conventis nihil novaturum Sulla prædixerat. Fuerunt autem hæ: Archelaus classem tradere Sullæ, rex insulis omnibus, Asia, Bithynia,

Paphlagonia, deceret, item Gallo-Græcis; Q. Oppium et M. Aquilium legatos redderet: item ceteros omnis captivos quorum non parvus numerus erat dimitteret. In primis excepti Macedones quorum fides insignis fuerat, ut uxores et liberi redderentur; præterea naves LXX tectas instructas sociis daret et frumentum eis et stipendium ipse præstaret. His ipse Mithridates cum Sulla apud Dardanum compositis reliqua classe (gratia P. R. reconciliata Ariobardianem ut servum respuit) in Pontum proficiscitur. Ac dum de conditionibus disceptatur Mædos et Dardanos qui socios vexabant Hortensius legatus fugaverat. Ipse Sulla exercitum in Mædiam induxerat prius quam in Asiam ad conloquium transiret. Quo Dardanos et Densesletas Scordiscosque qui Macedoniam vexabant in deditionem recepit.

Ephesi causis cognitis principes belli securibus necat, civitates pecunia multa, oppida... redigit in suam potestatem. Nicomedi regnum Bithiniæ restituit qui post est appellatus Philopator. Comis et mansuetior... invidiose exequabatur satis exercitus in priore fortuna. Nam postquam Nicomedes Evergetes, qui est ita dictus quod beatos egentes faciebat multosque beneficiis suis alliciebat, non fuit uno isto filio contentus quem ex Aristonica legitimum procrearat, tollit ex concubina Hane Sicheana alterum Socratem nomine mulieremque Cyzicum cum Socrate et quingentis talentis ablegat. sene mortuo, incertum an veneno, Nicomedes filius succedit... matre sororem patris ducit uxorem... post mortuast morbo an dolo, Nisam Ariarathis Cappadocum regis filiam accepit. Hanc Socrates ad regem refert bellum contra fratrem incitavisse. exceptus a rege munifice Chrestus etiam quasi meliore nomine ab eodem vocatus Romam ad regnum expetendum frustra profectus Cyzicum redit: nam redire ad regem pudor prohibuerat. Ibi avaritia cædem suadente occisa sorore insequentibus Philopatore simul et Cyzicenis Eubœam venit, ubi apu Cornelium quendam equitem romanum devertitur. Satis benigne exceptus... ejus filio adulescenti... scelera discere...

EX LIBRO XXXVI

... admonitus contenderi refugit. et Pompeius annos natus xxv eques romanus, quod nemo antea, pro prætore ex Africa triumphavit III idus martias. Quidam memorant eum... urbem ingredi... elephantis ad currum junctis...

Et Murena ex Asia triumphavit.

Et Valerius Flaccus ex Celtiberia et Gallia.

Et Licinius et Terentius Luculli fratres ediles curules munere suo taurorum prælium adversus elephantos dederunt. Id ante Claudius ædilis in circo ludis circensibus exhibuerat.

Et Volaterrani se Romanis dederunt ante occiso per seditionem lapidibus Carbone prætorio quem Sulla præfecerat, is Cn. Carbonis frater fuit et proscribtos ex oppido dimiserat, quos equites a consulibus Claudio et Servilio missi conciderunt (jam ante anno superiore).

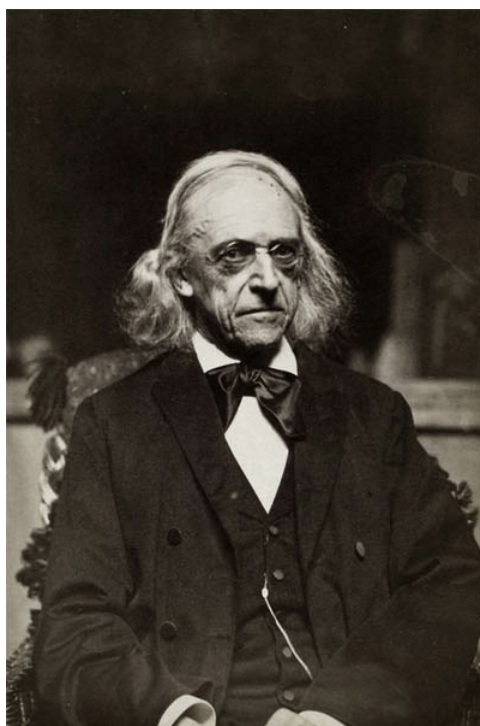
Et Samnites qui Nolæ erant idem fecerant metu obsidionis. Papiusque Mutilus inde fugiens, quom ne ab uxore quidem Bassia noctu Teani reciperetur, quod erat in proscribtorum numero, usus est pugnois auxilio.

Data erat et Sullæ provincia Gallia cisalpina...

... condi corpus jusserat, non comburi, sed L. Philippus cremandum potius censuit, ne idem Sullæ eveniret quod C. Mario, cujus corpus milites inimici extractum monumento disjecerant, itaque justitium fuit matronæque eum toto anno luxerunt. in campo Romæ sepultus est amplissimo funere elatus magna populi frequentia. Cujus rogo quom ignit esset inlatus, non mediocris imber est insecutus.

Sallusti opus nobis occurrit, sed nos ut instituimus moras et non urgentia omitemus. (nam Sallustium non ut historicum scribunt, sed ut oratorem legendeum) Nam et tempora reprehendit sua et delicta carpit et convitia ingerit et dat in censum loca montes flumina et hoc genus alia et culpat et comparat disserendo.^[17]

Verum ubi convenerant tribuni plebis consules uti tribuniciam potestatem restituerent, negavit prior Lepidus et in contione magna pars adsensast dicenti non esse utile restitui tribuniciam potestatem. et extat oratio. Et legem frumentariam nullo resistente... est ut annónæ quinque modii populo darentur et alia multa pollicebatur: exules reducere, res gestas a Sulla rescindere, in quorum agros milites deduxerat restituere. Fæsulani inruperunt in castella veteranorum Sullanorum et compluribus occisis agros suos receperunt et se senatu defendebant... et consules dato... in Etruriam profecti sunt... sed quom arma eodem comportarentur... neque segnior Catulus... preces senatus conjunxit execrationibus maximis ne ulla ultro arma moveret umquam... nam erat natura turbelentus et inquietus... pecuniam in ærarium...



THEODOR MOMMSEN nació en la pequeña localidad de Garding (Schleswig, región limítrofe entre Alemania y Dinamarca), el 30 de noviembre de 1817. Era hijo del pastor protestante Jens Mommsen y de Sophie Krumbhaar.

El joven Mommsen se destacó tempranamente en una rica, exigente y formadora educación, y estudió derecho, titulándose en Kiel el 8 de noviembre de 1843. Con ocasión de una beca de estudio concedida por la Academia de Berlín, en Italia comienza a recopilar y estudiar inscripciones y epígrafes en latín, conservadas en piedra o metal, uno de sus tantos logros científicos que legará a la posteridad, con la edición del *Corpus Inscriptionum Latinarum*.

Fue profesor de Derecho Romano en la Universidad de Leipzig en 1848 y en la Universidad de Zurich en 1852. En la Universidad de Breslau, fue docente de Filosofía, en 1854.

Ese año, 1854, se unió en matrimonio con Marie Auguste Reimar, con la que tuvo 16 hijos. Fue profesor de Historia en la Universidad de Berlín en 1858, llegando a ocupar el cargo de Rector. La Academia de Ciencias de Berlín lo nombró Secretario vitalicio en 1873.

Estudioso del mundo antiguo, fundamentalmente de Roma, cuna del Derecho, temas que abordó en enfoques jurídicos, filológicos, epigráficos y numismáticos, escribió más de 1500 títulos, entre los cuáles se destacan:

Historia de Roma (1854-56), merecedora del Premio Nobel de Literatura en

1902. Es una obra en tres grandes volúmenes que abarcaban desde los orígenes de Roma hasta la instauración del Principado por Augusto. Fueron publicados por primera vez en 1856. En 1885, apareció el quinto volumen. El cuarto, jamás se publicó.

Derecho constitucional romano (1871-83)

Las provincias romanas (1884).

El 1 de noviembre de 1903 moría Theodor Mommsen en su casa de Marchstrasse (Charlottenburg, Berlín).

NOTAS

LIBRO TERCERO DESDE LA REUNIÓN DE ITALIA HASTA LA SUMISIÓN DE CARTAGO Y DE GRECIA

I. CARTAGO

[1] Sobrada razón tiene el autor para no acoger con absoluta confianza las afirmaciones de los historiadores en lo tocante al país donde aparecieron y se desarrollaron los primeros gérmenes de la cultura; hoy que se está rehaciendo por completo la historia de las primeras civilizaciones. En efecto, las últimas investigaciones en cuestiones cronológicas remontan los conocimientos astronómicos de los egipcios a una fecha anterior a los años 3400 a.C., en que, según los cálculos más fundados, procedieron ya a la división del tiempo y a la formación del calendario. En esa época no había aparecido, ni apareció en muchos siglos, la civilización en el país sobre el que más tarde se asentó Babilonia (V. Lepsius, *Cronolog.*, págs. 157 y sigs.; Bunsen, *Los egipcios*, IV, 41 y siguientes; Duncker, *Hist. de la antig.*, tomo I, págs. 46 y sigs.; 247 y sigs., y 297 y sigs. de la versión castellana.) (N. del T. E.) <<

[2] *Libro de los Jueces*, xv, 7. <<

[3] Véase el *Atlas antiquus* de Spruner, carta XIII (tercera edición), y el plano de Cartago que hay en ella. <<

[4] Esta importante clase de súbditos está perfectamente caracterizada en un documento público cartaginés citado por Polibio (VII, 9), en el que se los ve puestos en parangón con los habitantes de Utica, por una parte, y con los súbditos libios, por la otra: $\Omega\iota$ Καρχηδονίωνῶν ὑπαρχος ὅσοι ποῖς [...] (Los súbditos cartagineses que tienen las mismas leyes que Cartago). En otro lugar se habla de ellas con el nombre de ciudades confederadas (Diodoro, XX, 10), o de ciudades tributarias (Justino, 22, 7, 3 *Urbes Vestigales, Urbes tributariæ*). Diodoro (XX, 55) menciona también su derecho de *connubium* con Cartago; y, en cuanto al *comercium*, resulta de la comunidad de leyes a las que alude Polibio. Sin embargo, es indudable que las antiguas colonias fenicias estaban colocadas entre los libio-fenicios. Tito Livio (25, 40, *Lib. y Phenicum Generis Hipponiates*) habla de Hipona como de una ciudad libiofenicia; y, por otra parte, se daba también el mismo nombre a los establecimientos fundados por Cartago. En el *Periplo* de Hannon se lee que «los cartagineses decidieron que Hannon navegase más allá de las columnas de Hércules, y fuese a fundar ciudades libio-fenicias». En el fondo los libio-fenicios no formaron una nación separada de Cartago; su nombre no constituye en realidad más que una distinción política. Admitimos también que, gramaticalmente, la palabra libio-fenicios significa fenicios y libios mezclados (Liv. 21, 22: *mixtum Punicum Afris genus*, comentario verdadero del texto de Polibio). De hecho, en tiempos de la fundación de las colonias más avanzadas, muchos libios estaban unidos con los fenicios (Diodoro, XIII, 79, Cic., *Pro Scauro*, §42.) Es patente, pues, la analogía del nombre y de los derechos recíprocos entre los latino-romanos y los libio-fenicio-cartagineses. <<

[5] El alfabeto libio o númera, el usado entre los bereberes para la escritura de la lengua no semítica, lo mismo hoy que en tiempos remotos, es uno de los muchos derivados del tipo arameo primitivo. En alguno de sus detalles hasta parece aproximarse a él más que el de los fenicios. Sin embargo, no vaya a creerse que los libios recibieron la escritura de importadores más antiguos que los fenicios; en esto sucedió aquí lo mismo que en Italia, donde ciertas formas evidentemente más antiguas no impidieron que el alfabeto local se pareciese o aproximase a los tipos griegos. Todo lo que de aquí puede inducirse es que el alfabeto libio pertenece a la escritura fenicia de una época anterior a aquella en la que fueron escritos los monumentos fenicios que han llegado hasta nosotros. <<

[6] Levanzo, Favignana y Marítima, en el extremo occidental de Sicilia. <<

[7] Véase *Política*, libro II, cap. VIII. <<

[8] Aristóteles, *Política*, II, VI, pár. 21. <<

[9] Columela llama a Magón el «*rusticationis porens*». *De re rust.*, 1. 1.; 12, 4. Plinio, *Hist. Nat.*, 18, 5, 7. Cic., *De Orat.*, I, 18. <<

[¹⁰] M. Charton ha hecho de él una traducción con buenas notas críticas y geográficas en el tomo I de sus *Viajeros antiguos y modernos*. <<

[11] Hasta el intendente o encargado de una posesión rural, aun siendo esclavo, debe saber leer y haber recibido cierta educación. Tal es el precepto del agrónomo Magón (Varr., *De re rus.*, I, 17.) En el prólogo del *Cartaginés* de Plauto, dice de su héroe el autor:

*Et is omnes linguas scit: sed disimulat seiens.
Se scire: Penus plane est. Quid vebis opus [...]»*

«Sabe todas las lenguas: pero disimula su ciencia, como buen cartaginés: es cuanto se puede decir.» <<

[12] Han surgido dudas sobre la exactitud de esta cifra; y, tomando como base del cálculo la superficie de Cartago, se ha evaluado su población posible en un máximo de doscientos cincuenta mil habitantes. Pero estos cálculos son completamente hipotéticos, sobre todo tratándose de una ciudad en la que las casas tenían seis pisos. Por lo demás, nosotros damos aquí el total de la población ciudadana, no solo la del casco de la ciudad, como sucedía en las listas del censo romano; y comprenderemos en él a todos los cartagineses, ya fuera que residiesen en la ciudad, en los arrabales, en las provincias sujetas o en el extranjero. Los ausentes eran muchos. Sabemos ciertamente que el censo de los gaditanos era muy superior al número efectivo de ciudadanos de Gades que residían en esta ciudad. <<

[13] Como Himilcón no pudo sostenerse delante de Siracusa, a la que había sitiado en vano, compró a Dionisio el Mayor, mediante trescientos talentos, la facultad de retirarse solo con sus cartagineses, dejando a merced de los siracusanos el resto de su ejército, que tuvo que rendirse incondicionalmente (Diodoro, XIV, 64). <<

II. GUERRA DE SICILIA ENTRE ROMA Y CARTAGO

[1] Los mamertinos obtuvieron todos los derechos de los italianos y fueron obligados a suministrar buques de guerra (Cic., *In Verr.*, V, 19, 50). Se ve, sin embargo, en las medallas que aún nos quedan, que no tuvieron derecho a acuñar moneda de plata. <<

[2] Al oeste de Siracusa, en el interior, y sobre los montes Hereos. <<

[3] Alesa, en la parte norte, en medio del camino de Messina a Palermo. Centoripa, al este de Catana, en el camino que va de esta ciudad a Agrigento. <<

[4] Πεντήρης, *penteris*, palabra griega, sinónimo de la latina *quinqüeremis*. <<

[5] V. *Corp. Ins. Rom.*, pág. 18, núm. 32. Tit. Liv., *Ep.*, 17. <<

[6] Creo exagerados los relatos según los cuales Cartago debió su salvación únicamente a Xantipo y a sus talentos militares. Los oficiales cartagineses no necesitaban que él les dijese que la caballería ligera de los africanos maniobraba excelentemente y proporcionaba grandes ventajas en campo raso, y no en país montañoso o cubierto de bosque. El mismo Polibio desconfía de estas erróneas tradiciones, eco sin duda de los relatos de los cuerpos auxiliares de los griegos. En cuanto a sostener que después de la victoria los cartagineses ajusticiaron a Xantipo es una pura invención; se volvió libremente y entró, según parece, al servicio de Egipto. <<

[7] Nada se sabe con seguridad acerca de la muerte de Régulo. Su envío a Roma, que unos colocan en el año 503 (251 a.C.), y otros en el 513, no es de ninguna manera un hecho demostrado. En los tiempos posteriores, cuando las vicisitudes de la fortuna romana servían de tema en las escuelas, Régulo se convirtió en el tipo de héroe desgraciado, como Fabricio en el del héroe pobre. Su nombre va unido a una porción de cuentos y de invenciones. ¡Lentejuelas y oropel mal pegados sobre el vestido sencillo y severo de la historia! <<

[8] Se cree que era el *Pulcrum Promontorium*, o cabo Bon. <<

[9] Parece muy verosímil que los cartagineses prometiesen también no enviar buques de guerra a los puntos pertenecientes a la confederación romana, por consiguiente a Siracusa y aun a Messina (Zonar, 8, 17), pero el texto de la ley no lo dice (Polibio, 3, 27.). <<

III. ITALIA SE EXTIENDE HASTA SUS FRONTERAS NATURALES

[1] Elora estaba situada al sur de Siracusa en la embocadura del *Elorum flumen*, hoy Telloro, que riega el Val Dinoto (antes Neetum). Acre, como su nombre indica, estaba sobre una altura, en las fuentes del Elorum. Leontini, hoy Lentini. Megara, al norte de Siracusa, bajo el Etna y cerca de la costa, hoy Palermo. Tauromenium hoy Tahormina. <<

[2] Está perfectamente demostrado que la cesión de las islas colocadas entre Italia y Sicilia no implicaba en manera alguna, según los términos del tratado del año 513, la entrega de Cerdeña, y no se ha probado que los romanos se apoyasen en este tratado cuando se apoderaron de ella, tres años después de hecha la paz. Alegar semejante motivo hubiera sido querer cubrir con una necesidad diplomática un acto de manifiesta violencia. <<

[3] Apoyamos este aserto sobre la queja de los sicilianos contra Marcelo (Tit. Liv., 26, 27 y sigs.) sobre las peticiones comunes de todas las ciudades sicilianas de las que habla Cicerón (*In Verr.*, 2, 42, 102, etc.), y, por último, en una analogía muy constante (*Marquardt Hand.*, 3, 1, 267). Del hecho de que las ciudades no hayan tenido entre sí el *comercium*, no se sigue en manera alguna que no hayan tenido el derecho de reunión (*concilium*). <<

[4] El monopolio de las monedas de oro y plata no fue ejercido en las provincias; la razón de ello se comprende fácilmente. Allí donde las monedas de oro y plata no tenían nada en común con la base romana, su circulación no entrañaba serios inconvenientes. Y, sin embargo, los talleres sicilianos no debieron acuñar más que piezas de cobre o, cuando más, piezas de plata de poco valor. Las ciudades de la Sicilia romana más favorablemente tratadas, los mamertinos, los habitantes de Centoripa, de Alesa, de Segesta y los panormitanos, no han acuñado bajo el dominio de los romanos más que monedas de bronce. <<

[5] Decía Hieron (Tit. Liv., 22, 37) que sabía muy bien que los romanos no formaban su infantería y su caballería más que con los contingentes romanos o latinos, y que no admitían a los extranjeros más que en las tropas ligeras. («*Milite atque equite scire, nisi romano latinique nominis, non uti populum Romanum, leviora armorum*»).

<<

[6] En el interior, hacia el extremo occidental. <<

[7] Esto es lo que aparece a la primera ojeada que se echa sobre la carta. Agréguese a esto el permiso, dado por excepción a sus habitantes, de adquirir y establecerse en cualquier punto de Sicilia, pues como espías de Roma necesitaban su libre locomoción. Por lo demás, Centoripa parece también haber sido una de las primeras en entrar en alianza con los romanos. (Diod., I, XXIII, pág. 501.) <<

[8] Desde el siglo VI de Roma, en muchas de sus aplicaciones se encuentra el dualismo político entre Italia, continente romano o departamento consular, y el territorio transmarino o departamento pretoriano. Se explicaba la prohibición impuesta a ciertos sacerdotes de no salir nunca de Roma (Valerio Máximo, I, págs. 1 y 2) en este sentido: que solo les estaba prohibido pasar el mar. (Tit. Liv., *Ep.*, 19, 37. Tácito, *Anal.*, 3, 38. Cicerón, *Philip.*, 11, 8, 18.) Citamos como un ejemplo aún más patente la interpretación dada en el año 544 (210 a.C.) a la antigua regla que no permitía al cónsul nombrar dictador sino «en territorio romano». Este territorio, se dice, comprende toda la Italia (Tit. Liv., 27, 5). Durante el gobierno de Sila fue cuando por primera vez se verificó la separación del país celta entre los Alpes y el Apenino, y su organización en un departamento extraconsular, confiado a un magistrado especial y permanente. Y no se objete el nombre de provincia del cónsul, dado con frecuencia a la Galia cisalpina, o a Ariminun, desde el siglo VI. La palabra provincia no tiene en manera alguna en la lengua antigua de Roma el sentido de departamento territorial, o de gobierno colocado bajo el mando de un funcionario supremo. Expresa solamente la competencia de atribución conferida por la ley a tal o cual magistrado, el senadoconsulto o el convenio con un colega. Desde este punto de vista fue siempre cosa lícita, y por mucho tiempo hasta una regla, que uno de los cónsules tuviese en su provincia el gobierno de la Italia del Norte. (Sobre esta interesante cuestión remitimos a nuestros lectores a la disertación publicada por Mommsen, en las *Memorias de la sociedad histórica y filosófica de Breslau*, tomo I, págs. 1, 11, y titulada: *La cuestión de derecho entre César y el Senado.*) <<

[9] Se hace mención en Polibio (22, 15, 6, mal interpretada por Tito Livio, 38, 11) de un comandante romano con residencia fija en Corcira; se encuentra otro en Issa, en Tit. Liv. (43, 9). Se habla también, por vía de analogía, de la creación muy conocida del *praefectus pro legato insularum Baliarum* (Orelli, 732) y del gobernador de Pandataria (*Corp. Inscip.*, núm. 3528). De esto se deduce que los romanos acostumbraban enviar prefectos (*praefecti*) no senatoriales a las islas cercanas. En la época que vamos historiando estos prefectos están evidentemente bajo un dignatario que los nombra y los vigila (el cónsul). Después, cuando la Macedonia y la Galia cisalpina fueron convertidas en provincias, se adjudicó el mando de estas islas a uno de los dos gobernadores; y hasta los territorios que comprenden, y que formaban el núcleo del *iliricum*, se vieron colocados en el dominio administrativo de César. <<

[¹⁰] Según las investigaciones más recientes y minuciosas, el Rubicon no debió ser otro que el *Fiumicino de Sabignano*, cuyo curso superior ha debido cambiar de lecho. <<

[11] Polibio llama a estos mercenarios «los galos procedentes de los Alpes y del Ródano». Se los denominaba gosates (*lansquenetes*) a causa de su pica (*gæsum*) y los *Fastos Capitolinos* hacen de ellos germanos (*germani*). Pudo suceder que los contemporáneos redactores de los *Fastos* los conociesen solo como galos, y que la denominación de germanos sea solo una invención debida a las elucubraciones mal llamadas históricas de los siglos de César y de Augusto. Ahora, si en realidad constaba en los *Fastos* originariamente la expresión germanos (en cuyo caso debería verse aquí la mención más antigua hecha de este nombre), creo que no convendría interpretar la designación de germanos en el sentido que posteriormente se ha dado a esta palabra, sino referirla simplemente a alguna horda céltica. Nuestra conjetura será tanto más aceptable, cuanto que, según ciertos filólogos, la palabra *germani* es celta y no germana, y significa simplemente los gritadores. <<

IV. AMÍLCAR Y ANÍBAL

[1] Tenemos muy pocos datos sobre estos hechos, y lo que sabemos lo debemos a la narración parcial de los escritores cartagineses, pertenecientes a la facción de la paz, a quienes han copiado los romanos que de esto se han ocupado. Pero hasta en los relatos truncados y desfigurados (entre ellos, los principales son los de Fabio, reproducidos por Polibio, 3, 8; Apiano, *Hispan.* 4, y Diodoro, 25, pág. 567) percibimos claramente el juego de los partidos. Si se quiere un ejemplo de las innobles calumnias levantadas contra los patriotas por los interesados en mancharlos a ellos y a sus «adherentes revolucionarios», no hay más que leer a Cornelio Nepote (Amílcar, 3). Además, se encontrarían en otros escritores muchos rasgos semejantes, si nos tomásemos el trabajo de buscarlos. <<

[2] En efecto, los Barcas celebran en adelante los tratados más importantes, cuya ratificación no es más que una cuestión de forma (Polibio, 3, 21). Roma protestó ante ellos y ante el Senado de Cartago (Polibio, 3, 15). La situación creada a los Barcas tiene muchos puntos de contacto con los poderes de los Oranges, en lo que respecta a los Estados generales de Holanda. <<

[3] Scharnhorst, uno de los generales que reorganizó el ejército prusiano después de los desastres de 1806 y 1808, y organizó la guerra de 1813. Pereció en Gross Goerschen, pocos días antes de la batalla de Bautzen. <<

[4] El general York, que mandaba el cuerpo prusiano del gran ejército, capituló y se pasó a los rusos, como todos sabemos, al tener noticia de los desastres de los franceses en 1813. Esta defección fue la señal de guerra de la independencia alemana. <<

[5] La ruta del Mont Cenis no ha sido practicable para un ejército hasta la Edad Media. Aníbal no pudo ni siquiera pensar en seguir el paso más al este, por los Alpes Peninos, o el Gran San Bernardo, que se convirtió en vía militar con César y Augusto. <<

[6] Todas las cuestiones topográficas relativas al famoso paso de los Alpes por Aníbal, nos parecen a la vez vanas y resueltas, en cuanto a los puntos más esenciales, en la disertación hecha de forma maestra por Wickham y Cramer (*Dissertation on the passage of Hannibal*, Oxford, 1820. Véase también en el mismo sentido: De Luc, *Historia del paso de los Alpes por Annibal, desde Cartagena hasta el Tesino, según la narración de Polibio*, París y Génova, 1818. Mommsen ha adoptado enteramente su sistema, que parece el más aceptable, sobre todo en lo tocante al paso por el Pequeño San Bernardo). No son menores las dificultades cronológicas. Hagamos sobre esto algunas consideraciones. Cuando Aníbal llegó a la cumbre del San Bernardo «ya estaban cubiertos los picos de espesa capa de nieve» (Polib., 3, 54). Había nieve en el camino (Polib., 3, 55), pero tal vez no fuese reciente, sino procedente de las avalanchas del estío. En el Pequeño San Bernardo comienza el invierno por San Miguel (a fines de septiembre), y en septiembre es también cuando nieva. A fines de agosto, los ingleses Wickham y Cramer no la hallaron en el camino, pero la había en ambos lados, en las laderas de la montaña. De aquí se deduce que Aníbal debió llegar a la cumbre a principios de septiembre, lo cual se concilia perfectamente con lo que dice Polibio: «Ya estaba próximo el invierno», que esto y no otra cosa es lo que significan las palabras συνάπτειν την της πλείαδος δύσιν (Polibio, 3, 54), y no debe atribuírseles en manera alguna el sentido de que se estuviese entonces en la época «de declinación de la pleyada» (hacia el 26 de octubre. Véase Ideler, *Cronolog.*, I, pág. 241). En consecuencia, si se calcula que Aníbal llegó a Italia nueve días después, es decir, a mediados de septiembre, queda tiempo suficiente para colocar en el intervalo todos los sucesos que siguieron hasta el día de la batalla del Trebia (a fines de diciembre, Polib., 3, 72), y sobre todo para que llegasen de Lilibea a Plasencia las tropas del ejército expedicionario de África. Estos hechos se concilian también con la gran revista efectuada en la anterior primavera (Polib., 3, 34) y con el día en que se dio la orden de marchar y, en fin, con el tiempo que duró la campaña, que fueron cinco meses (seis según Apiano, 7, 4). Si Aníbal llegó entonces al Pequeño San Bernardo a principios de septiembre, debe deducirse de esto que a principios de agosto estaba en el Ródano, pues se sabe que necesitó treinta días para llegar allí desde este río. Según esto, podemos afirmar que Escipión, que se había embarcado al comenzar el verano (Polib., 3, 41), a principios de agosto, o había perdido mucho tiempo en el camino, o había permanecido

inactivo en Marsella. <<

V. GUERRAS DE ANÍBAL HASTA LA BATALLA DE CANAS

[1] Nada más claro que el relato que hace Polibio de la batalla del Trebia. Es verdad (a pesar de haber asegurado lo contrario sin razón) que Plasencia estaba situada en la orilla derecha de este río, que el campamento romano estaba colocado en aquel mismo lado y, por último, que se dio la batalla en la orilla izquierda. De donde resulta que, ya sea para volver al campamento o para entrar en la ciudad, los soldados que habían escapado a la matanza debieron volver a pasar el torrente. Mas para llegar al campamento les resultaba necesario abrirse paso entre los fugitivos de su propio ejército, entre los cuerpos enemigos que los rodeaban, y, por último, vadear el río peleando. Diez mil hombres pasaron el Trebia frente a Plasencia, probablemente para refugiarse en sus muros. Por entonces habían dejado ya de perseguirlos; los separaban del campo de batalla algunas millas y los protegía la fortaleza inmediata. Quizás hasta habría algún puente fortificado en la orilla derecha, ocupada por la guarnición de la ciudad. Por consiguiente, el paso del río frente al campamento ofrecía muchos peligros, mientras que el otro era muy fácil. Así, Polibio, como buen militar, dice sencillamente que el cuerpo de diez mil hombres se retiró en buen orden a Plasencia (3, 74, 76), sin hacer mención de la circunstancia de haber pasado el río. En los tiempos modernos, todos los críticos han hecho notar los errores del relato de Tito Livio, que coloca el campamento cartaginés en la orilla derecha y el campamento romano en la orilla izquierda del río. Recordemos por último que Clastidium es la actual Casteggio, lo cual atestiguan claramente las inscripciones. (Orelli-Henzen, 5117.) <<

[2] El calendario imperfecto de los romanos fija el día de la batalla en el 23 de junio. Según el calendario rectificado debió tener lugar en abril, pues Quinto Fabio Máximo salió a mediados del otoño, después de seis meses de cargo de la dictadura (Tit. Liv., 22, 31, 7, 32, 1), que, por consiguiente, había debido inaugurar en mayo. Ya en esta época eran considerables los errores del calendario romano. (volumen I, libro segundo, pág. 497.) <<

[3] En la Apulia del norte, en el territorio de los daunos. <<

[4] Un poco al norte de la Capua antigua sobre el Volturno. <<

[5] Es interesante el relato detallado que de este suceso hacen Tito Livio (22) o Polibio, así como seguir el movimiento de ambos ejércitos en el *Atlas antiguo* de Spruner. (Núm. XI, Latium y Campania.) <<

[6] Hoy Dragonara, en la Capitanata. <<

[7] En 1862 se encontró en Roma, cerca de San Lorenzo, la inscripción del monumento votivo elevado a Hércules victorioso por el nuevo dictador, en memoria de su alto hecho de Gerunium. *Herculei sacrum, M. Minucius, C. f. dictator vovit.* <<

[8] Atella no lejos de Aversa; Calatia, hoy Galazo, no lejos de Casseta. <<

VI. GUERRAS DE ANÍBAL DESDE CANAS HASTA ZAMA

[1] Según Plutarco, los *spolia opima*, los quitados por el general romano al general enemigo después de haberle dado muerte, solo han sido consagrados tres veces en el templo del Júpiter feretriano. Los primeros fueron los que Rómulo quitó a Acrón, rey de los ceninatas; los segundos, por Aulo Cornelio Coso, a Lars Tolumnio, rey de Veyes, y los terceros, por Marcelo a Virдумar. <<

[2] *Honoris et virtutis ædes*, fuera de la muralla de Servio, antes de llegar a la bifurcación de la vía Apia y la vía Latina. <<

[3] Al sur del lago de Patria, al norte de Cumas. <<

[4] Illiturgi, sobre el Guadalquivir, al norte de Córdoba. No se conoce el punto fijo de su posición. Intívili, no lejos de la costa, en el sudoeste de Cataluña. <<

[5] Cualquiera que haya leído a Tucídides, Diodoro, Polibio y Tito Livio recordará los detalles topográficos relativos a Siracusa. En tiempos de la guerra del Peloponeso, se componía de la isla (Ortigia), frente al puerto, y de la ciudad propiamente dicha, la Acradina al oeste de la isla, con los arrabales de Tiche y Neápolis. Dionisio el Mayor le había agregado la Epipola, o la colina de la Ciudad Alta, coronada la cima de su triángulo por el fuerte Eurialus (V. Grote, *Hist. of Greece*, New York, 1859, tomo VII, pág. 245 y tomo X, págs. 471 y siguiente. Véase también el *Atlas antiquus* de Spruner, cap. X. Allí se ve un plano muy exacto de Siracusa, donde están indicadas las secciones de la ciudad, cada cual con sus murallas anteriores y exteriores). <<

[6] Al sur de Gaza, en los confines de Egipto y Siria, hoy Retha. <<

[7] Anticira, hoy Aspro Spitia en Fócida, sobre el golfo de Corinto. Dimea, hoy tal vez Papas, en Acaya. Oreos o Histia, hoy en Orio Eubea. <<

[8] Pequeña ciudad situada en la frontera de la Bética, en Sierra Morena. Sus ruinas se muestran en un despoblado llamado Úbeda la Vieja, inmediato al puente de Úbeda, a siete millas de Baeza. Según Cean, perteneció a la región bastetana. En el *Mapa itinerario de la España romana en sus divisiones territoriales*, publicado en 1862 por los Sres. Saavedra y Fernández Guerra, Baeza y Úbeda aparecen en la circunscripción oretana (F. G.). <<

[9] Salpi en la costa, al norte del Ofanto. Se la consideraba como el puerto de Arpi.

<<

[10] Véase la palabra *mensarii* en el *Dicc.* de Smith. <<

[11] Agrimonte, sobre el Agri en la Basilicata, según la opinión más común. <<

[12] Véase Tit. Liv., 29, 16 y sigs. «*Omnes rapiunt, espoliant, verberant, vulnerant occidunt: constuprant matronas, vírgenes, ingenus, raptos ese complexu parentmm. Quotidie capitur urbs nostra...*» Entonces fue cuando Quinto Fabio exclamó en pleno Senado: «*Natum eum (Scipionen) ad corrumpendan disciplinam milatarem!*».

<<

[13] El lugar y la fecha de la batalla de Zama están muy mal determinados. El campo de batalla estuvo seguramente en las inmediaciones de la localidad conocida con el nombre de *Zama regia*; y, en cuanto a la fecha, debe colocarse hacia la primavera del año 552. No hay razón para colocarla en el 19 de octubre, por el eclipse de sol del que hablan los historiadores. <<

[14] Véase en el capítulo XIV, comedia romana.

*Tum autem Syrorum genus quod patientissimum est
Hominimum, nemo stat, qui ibi sex menseis vixerit
Ita cuncti solstitiali morbo decidunt.*

[...]Sed Campas gens.

Multo Syrorum jam antedit patientia:

Sed iste est ager profecto [...]

Malos in quem omneis publice mitti decet [...]

Hospitium et calamitatis [...]

Plaut; *Trinumus*, 2, 4, 141, etcétera. (Véase también *Rudens*, 3, 2, 17.) <<

VII. EL OCCIDENTE DESDE LA PAZ CON ANÍBAL HASTA EL FIN DEL TERCER PERIODO

[1] Según Estrabón, cuando los boios de Italia fueron rechazados al otro lado de los Alpes, fueron a establecerse en las llanuras de la actual Hungría, entre los lagos de Neusiedel y de Valaton (*Volcaë paludes*). En tiempos de Augusto fueron atacados por los getas del otro lado del Danubio, y resultaron completamente destruidos. Su última patria debió conservar después de ellos el nombre de Desierto Boio (*deserta Boiorum*). Este relato concuerda mal con el más auténtico de los *Anales* romanos. Según estos, Roma se contentó con confiscar la mitad del territorio de los boios al sur del Po. Para explicar la pronta desaparición de este pueblo, no es necesario echar mano de una expulsión violenta, pues las demás razas célticas, que sufrieron menos los efectos de la guerra y de la colonización, desaparecieron de la lista de las naciones itálicas tan pronto y completamente como aquellos. Hay otros documentos que refieren el origen de los boios al lago Valaton, a la raza madre de este pueblo, implantada tiempo atrás en Baviera y en Bohemia, y empujada más tarde hacia el sur por la invasión de las tribus germánicas. Agréguese a esto que es dudoso que todos los boios que se encuentran en las inmediaciones de Bordeaux, en el Po y en Bohemia, hayan pertenecido a una misma raza que se habría dispersado tiempo atrás. Tal vez no hay más que una semejanza de nombre. En tal hipótesis, el relato de Estrabón se fundaría únicamente en esta concordancia fortuita; y deduciría el hecho de sus orígenes sin profundizar más. Los antiguos obraban con frecuencia de este modo; testigos de esto son las tradiciones sobre los cimbrios, los vénetos y tantos otros. <<

[2] Nos parece que el autor ha dejado correr en este punto con alguna excesiva rapidez su generalmente docta y elegantísima pluma, apreciando la situación de la ciudad greco-española con criterio menos favorable hacia la ciudad, que aquel con que juzgaba el italiano Tito Livio a los enemigos de Italia. Cuando el florido escritor paduano se desviaba de la exactitud pragmática, no solía proponerse enaltecer a los enemigos de Roma, cualesquiera que fuesen sus declaraciones. Por otra parte, respecto de los fieros y belicosos españoles, no explica las medidas de los griegos ampurienses por el mero efecto del salvajismo ibérico, ni por condiciones ordinarias de inseguridad dimanadas de dicho salvajismo; antes bien puntualiza otras causas más naturales y verídicas.

De la vigilancia en el muro de la ciudad, señala como suficiente motivo la debilidad de la población griega entre los poderosos principados o federaciones de aquella parte de la península. Indica, además, que en ella la precaución era el único amparo de la debilidad, de forma que pudiera vivir entre los más poderosos; «*disciplina erat eustos infirmitatis, quam intervaldiores*». Por igual exceso de prudencia, refiere que no recibían a ningún español «*neminen Hispanum recipiebant*» y que los vigilantes del muro durante la noche no se atrevían a pasar en la mañana siguiente al campo de los españoles, sino yendo muchos reunidos. Pero, ¡singularidad pasmosa!, aquellos españoles supuestos tan incultos y maltratados, al punto de no ser recibidos por los focenses en la parte de la dípolis en que estos moraban, no oponían, al decir del mismo historiador, ningún estorbo para que entrasen en el recinto que les pertenecía los que llegaban a vender mercaderías de tierras extrañas o a tratar asuntos de mutuo comercio. Es más, se envanecían sobremanera de que crecieran y fuesen en aumento aquellas relaciones internacionales. «*Commercio eorum (id est græcorum Ampuriensium) Hispani imprudentes maris gaudebant, mercarique et ipsa ea quæ externa navibus inveherentur et agrorum exhibere fructus volebant, hujus mutui usus desiderium, ut Hispana urbis græcis pateret, faciebat.*» *Histor. Rom.*, Década IV, lib. IV.) <<

[3] En el país de los vascos, hoy Corella, en Navarra. (Véase Tit. Liv., *Epist.*, 41.) <<

[4] Macab., I, 8, 3: «Sabía (Judas) además lo que (los romanos) habían hecho en España; de qué modo se habían apoderado de las minas de oro y plata que hay en aquel país». (Lemaistre de Sacy.) <<

VIII. ESTADOS ORIENTALES. SEGUNDA GUERRA CON MACEDONIA

[1] Orchomene, en Beocia; Herea, en Arcadia, sobre el Alfeo; Trifilia, en la parte sur de la Elida. <<

[2] Restos de las bandas que en otro tiempo habían invadido la Grecia: los tolistoboios y los tectosagos eran belgas, hermanos de los volscos tectosagos de Tolosa. (Véase Am. Thierry, *Hist. des. Gaulois*, parte 1.a, cap. v.) <<

[3] Mercenario tarentino, que se hizo tirano de Esparta hacia el año 544, y que fue vencido y muerto en Mantinea por Filopemen. <<

[4] Sostenido con éxito contra Demetrio Poliorquetes, que no pudo conquistar la plaza. <<

[5] Cius o Cionte, ciudad de Bitinia, en la Prepóntide, hoy Ghio. <<

[6] Existe todavía una estatera de oro con la cabeza de Flaminio y la inscripción «*T. Quincti (us)*». Debió ser acuñada sin duda alguna en el curso de la administración del libertador de la Grecia. El empleo de la lengua latina era una adulación fina y característica. <<

IX. GUERRA CONTRA ANTÍOCO EN ASIA

[1] En los confines de Siria y de Egipto, no lejos de Gaza. <<

[2] Hoy cabo e islas Chelidonia, al sudoeste del golfo de Adalia. <<

[3] Si nos atenemos al testimonio formal de Jerónimo, que coloca en el año 556 los esponsales de la siria Cleopatra con Tolomeo Epífanés, las indicaciones suministradas por Tito Livio (33, 40) y por Apiano (*Sirio*, 3), y el matrimonio consumado en el 561, resulta, sin ningún género de duda, que la intromisión de los romanos en los asuntos de Egipto y en el Asia Menor no era en manera alguna motivada. <<

[4] Tenemos el testimonio formal de Polibio (28, 1), confirmado además por la historia ulterior de Judea. Eusebio se engaña cuando hace a Tolomeo Filopator dueño de Siria. En el año 567 vemos a los arrendadores de rentas sirios traer a Alejandría lo recaudado (Josefo, 12, 4); pero ¿no podía ser que la dote de Cleopatra se fijase sobre estas rentas, sin que afectase en nada los derechos de soberanía? Aquí está toda la dificultad. <<

[5] Todo este curioso episodio de la guerra con los gálatas lo refiere Tito Livio (38, 12 y sigs.). Recientemente ha sido objeto de una interesante disertación arqueológica y científica de M. Félix Robiou, «Memoria sobre las invasiones de los galos en Oriente y sus establecimientos en Asia Menor», *Revista arqueológica*, octubre 1863.

<<

[6] Se dice que estuvo también en Armenia y que fundó sobre el Araxo la ciudad de Artasacta por orden del rey Artasias (Estrabón II, pág. 528). Pero es un puro cuento que solo atestigua que Aníbal, lo mismo que Alejandro, ocupó un alto lugar en las leyendas orientales. <<

X. TERCERA GUERRA CON MACEDONIA

[1] «Ἦδη γὰρ φράσθη πάνθ' ἄλιον ἄμμ» δεδύχειν. <<

[2] La disolución legal de la liga beocia no se había aún verificado en la época en que nos hallamos, pues se llevó a cabo después de la destrucción de Corinto (Pausanias, 7, 14, 4, 16, 6). <<

[3] Es seguramente un puro cuento el asesinato de Perseo, que tanto se echa en cara a los romanos. Se dice que no queriendo faltar a su palabra, que le había garantizado la vida, y al mismo tiempo queriendo vengarse, mataron a este desgraciado privándolo del sueño. <<

[4] Casiodoro refiere que en el año 596 debieron volver a abrirse las minas de Macedonia; las medallas afirman y precisan esta aserción. No hay medallas de oro que procedan de una de las cuatro Macedonias; de aquí infiero que las minas de oro continuaron cerradas, o que el comercio solo se servía de este metal en lingotes o barras. Pero existen monedas de plata de la primera Macedonia (Anfípolis). Aquí es donde se explotaban las minas de este metal, y, teniendo en cuenta el corto intervalo en que fueron acuñadas (de 596 a 608), admira su número. Es necesario, por tanto, o que las extracciones fuesen muy abundantes, o que se refundieran en cantidades enormes las antiguas monedas de los reyes. <<

[5] Dice Polibio (37, 4) que las ciudades macedonias quedaron «exentas de todas las cargas e impuestos reales», pero en esto no debe entenderse que Roma se los perdonase. El relato del autor se explica en el sentido de que los antiguos impuestos reales se convirtieron en impuestos comunales. La conservación, hasta el siglo de Augusto (Tit. Liv., pág. 5, 32. Justino, 32, 2), de las instituciones dadas por Paulo Emilio a la provincia de Macedonia se concilia perfectamente con la abolición de las tasas del rey. <<

XI. GOBERNANTES Y GOBERNADOS

[1] Plin., *Hist. nat.*, 33, 4. <<

[2] Plin., *l. c.* En un principio estas insignias solo pertenecían a la nobleza propiamente dicha y a los descendientes de los magistrados curules; pero, como ocurrió con todas las condecoraciones, llegó un día en que se dieron a otras muchas personas. El anillo de oro, por ejemplo, que en el siglo V solo pertenecía a la nobleza (Plin., *l. c.*, 33, 1, 18); en el VI se veía en la mano de todo senador o hijo de senador (Tito Liv., 26, 36); en el VII, en la de todo caballero inscrito en el censo, y durante el Imperio en la de todo hombre libre (*ingenuus*). El arnés bordado de plata era, en la época de las guerras de Aníbal, una insignia de nobleza (Tito Livio, *l. c.*). En cuanto a la franja de púrpura de la toga, en un principio solo pertenecía a los hijos de los magistrados curules; después; a los de los caballeros, y; por último, a todo hijo de *ingenuo*; pero desde el tiempo de las guerras de Aníbal la vemos hasta en los hijos de los emancipados (Macrob. Sat., 1, 6). La púrpura en la túnica (*clavus*) es evidentemente la insignia de los caballeros y de los senadores: larga para estos (*latus clavus, laticlave*), más estrecha para aquellos (*angustus clavus, angusticlave*). Por último, la bola de oro o amuleto (*bullae*), que solo la llevaban en tiempo de Aníbal los niños de los senadores (Macrob., *l. c.* Tit. Liv., 36, 36), en la época de Cicerón adornaba ya el cuello de los hijos de los caballeros (*In Verr.*, 1, 58). Pero los niños no llevaban en general más que el amuleto de cobre (*lorum*). Si nos remontamos hasta el principio, se confirma que el *clavus* y la *bullae* han sido las insignias privilegiadas de la nobleza, antes de llegar a serlo de los senadores y de los caballeros; solo que la tradición y las narraciones han omitido decirlo (V. *Dic. de Rich., his verb*). <<

[3] Plin., *Hist. nat.*, 21, 3, 6. El llevar una corona en público era una distinción militar (Polib., 6, 39. Tito Livio, 10, 47). Cualquiera que la ceñía sin derecho cometía un delito semejante al que hoy castigan nuestros códigos con el nombre de «uso ilegal de una condecoración». <<

[4] Quedan, pues, excluidos: el tribunado militar con potestad consular, el proconsulado, la cuestura, el tribunado del pueblo, etcétera. La censura, a pesar de la silla curul que tenía el censor (Tit. Liv., 40, 45), no era considerada como cargo curul; después no tuvo ya interés esta restricción, pues para ser censor era necesario haber sido antes cónsul. La edilidad plebeya no se contó tampoco entre las magistraturas curules en un principio (Tit. Liv., 23, 23); sin embargo, parece haberlo sido posteriormente. <<

[5] Generalmente se cuentan mil doscientos caballos para las seis centurias nobles, y tres mil, comprendidas todas las demás; pero este resultado es completamente inexacto. Calcular el número de caballos en el doble del que hablan los analistas es cometer una falta grave por error de método. Como si cada una de sus evaluaciones no tuviese su causa y su explicación enteramente distintas. Respecto del primer número (los mil doscientos caballeros nobles) no hay que pensar en apoyarse en el pasaje de Cicerón vulgarmente citado a este propósito (*De Rep.*, 2, 20). Todos están conformes en la actualidad, hasta los partidarios de la opinión que combato, en no ver en ello más que una lección adulterada; y en cuanto al número total de tres mil seiscientos, no se lo encuentra en ninguna parte en los autores antiguos. Por el contrario, la opinión que emito en el texto tiene en su favor principalmente la cifra (mil ochocientos caballos), que concuerda no con testimonios más o menos dudosos, sino hasta con los cuadros de la institución ecuestre. Es cierto que en un principio hubo tres centurias de cien caballos (volumen I, libro primero, pág. 99); después seis (volumen I, libro primero, pág. 108), y, por último, dieciocho después de la reforma serviana (volumen I, libro primero, pág. 114). Si recurrimos a las fuentes, no contradicen estos cálculos más que en apariencia. La antigua tradición en que se apoya Becker (*Hand.*, 2, 1, 223) no evalúa en mil ochocientos individuos las dieciocho centurias patricio-plebeyas, sino las seis centurias patricias, cuya tradición es seguida: a) Por Tito Livio (1, 36), según la letra de los manuscritos, letra que convendría corregir según las mismas indicaciones del autor; b) por Cicerón (*l.c.*), según la única lectura que puede ser admisible (MDCCC, v. Becker, 2, 1, 248). Pero Cicerón indica muy claramente que lo que quiere designar aquí es el contingente efectivo de la caballería de entonces. Deduzco de aquí que la cifra del total debió ser atribuida más tarde a lo que era la parte principal, y esto por efecto de una especie de prolepsis, bastante frecuente en los inexactos cronistas de la antigua Roma. De la misma manera que en otro lugar habían asignado ya a la ciudad primitiva de los Ramnes cuatrocientos caballos, y no cien, tomando en cuenta anticipadamente los futuros contingentes de los ticios y de los lúceres (Becker, 2, 1, 238). Por último, cuando se ve a Catón presentar la moción de elevar a dos mil doscientos el número de los caballos públicos, no puede dudarse ni por un momento de la verdad de la opinión que sustento, y del error de la que combato. Otro hecho viene en apoyo de mi tesis. Se conoce perfectamente la organización de la caballería durante el

gobierno de los emperadores. Se sabe que se dividía en turmas, o secciones de treinta a treinta y tres hombres (Marquard, 3, 2, 258). Pero, por los pocos indicios que nos quedan, nos es imposible obtener la prueba de que la caballería no se fraccionaba solo en turmas, sino también, y al mismo tiempo, conforme a las tribus (Becker, 2, 1, 261). Nada hay menos fundado que la relación de las turmas con las centurias, sin que pueda rechazarse, sin embargo, que se necesitaban tres turmas para formar una centuria. Habría, pues, unas cincuenta y cuatro turmas en total, cuyo número está más por debajo que por encima de la realidad; puesto que en estas secciones venían a sentar plaza todos los caballeros romanos. Después de todo, solo se trata aquí del efectivo normal de los cuadros. De hecho se aumentó mucho algunas veces este efectivo por agregaciones supernumerarias. Resumiendo, digo que la tradición no ha suministrado nunca la indicación precisa del número total de turmas. Si las inscripciones designan solo los primeros números hasta la 5a o 6a, se debe únicamente al lugar que las primeras turmas ocupaban en la estimación pública. Por un motivo análogo las inscripciones que nombran el *tribunus a populo*, el *laticlavus* y el *judex quadringenarius* (el tribuno del pueblo, el senatorial vestido con la laticlave, y el juez elegido entre los ciudadanos que poseían cuatrocientos mil sestercios), no mencionan nunca el *tribunus rufulus et angusticlavus*, como tampoco el *juez ducenarius* (el tribuno nombrado por el general fuera de los comicios, como lo fue Rutilio Rufo). (Tit. Livio, 7, 5, al final.) El *juez ducenario* era elegido entre los ciudadanos que no tenían más que doscientos mil sestercios. Menos posible es aún atenerse razonablemente a una cifra total de seis turmas. Si generalmente se la admite (Becker, 2, 1, 261), es refiriéndola, sin razón, al nombre que se daba al jefe de estas secciones (*seviri equitum romanorum*). Por mucho tiempo la caballería cívica de los romanos formó seis centurias bajo las órdenes de seis centuriones, *tribuni celerum*. Pero si quisiera sostenerse que, aun cuando las centurias se habían elevado a dieciocho, el número de jefes de la caballería permaneció estacionario, todavía podría impugnarse que los *seviri equitum* pueden identificarse de alguna manera con los *tribuni celerum*, puesto que nunca hacen mención de ellos las fuentes ni los monumentos, a pesar de que se trate de una sección, de una turma (*seviri equitum: turmæ primæ [...]*). Luego se refieren no a los cuadros de la centuria, sino a los del pelotón de caballería. Aquí volvemos a encontrar todo lo que buscamos: los seis oficiales que están al frente de cada una de las turmas en la organización del ejército (Polibio, 6, 25), los *decuriones* y los *optiones* de Catón (fragm., pág. 39, Jordan) no son otra cosa que los *seviri*. Y estos serían, por consiguiente, el número séxtuplo con relación al de los escuadrones de

caballería. Pero ¿en dónde se encuentran huellas de una prueba que apoye la aserción tan común de que había un *sevir* a la cabeza de cada turma? Toda su ordenanza protesta contra semejante error; pero se dice: «No ha establecido el *sevir* Marco Aurelio los juegos (*ludi seviraes*) *cum collegis*?». Henzen se ha apoderado de esa objeción (*Annali dell Instituto*, 1862, pág. 142). Sin embargo, nada puede concluirse de aquí contra nuestro número, pudiendo suceder muy bien que los colegas de Aurelio perteneciesen a la misma turma que él. Es probable, por otra parte, que los *seviros* de la primera turma fuesen más considerados. Los *principes juventutis* no son más ni menos que los príncipes imperiales colocados como *seviros* en esta misma sección; y los juegos *seviraes* les pertenecían sin duda exclusivamente. Puede suceder, en fin, que en tiempos posteriores solo las primeras turmas hayan recibido su organización completa con los *seviros*, mientras que en las otras secciones de la caballería pública (*equites equo público*) se hubiera abandonado la subdivisión *seviral*. Por lo demás, fuera de los contingentes suministrados por los súbditos itálicos y los *extraitálicos*, los caballeros públicos, o legionarios (*equitus equo público; equites legionarii*), componían ellos solos la caballería regular del ejército; mientras que los caballeros particulares, o privados (*equites equo privato*), no formaban más que compañías de voluntarios, o de disciplina. <<

[6] Esta es la nota, *notatio* o *animadversio censoria*, que llevaban sobre los registros del censo (*tabulæ censoria*). Pero, en la exclusión por preterición que equivalía a la radiación, o *ellectio*, ¿era motivada la sentencia en el libro del censor? Parece que no. <<

[7] Si se consultan los fastos de los cónsules y de los ediles, se confirmará la estabilidad de la nobleza romana, sobre todo la de los patricios. A excepción de los años 399, 400, 401, 403, 405, 409 y 411, en que los dos cónsules fueron patricios, se ve siempre, desde el año 388 al 581, que cada uno perteneció a distinto orden. Los colegas de los ediles curules fueron en los años impares del cómputo barroniano, y por lo menos hasta fines del siglo VI, elegidos constantemente en las filas del patriciado. Conocemos todos los nombres para los años 541, 545, 547, 550, 551, 553, 555, 557, 561, 565, 567, 575, 585, 589, 591 y 593. He aquí el cuadro de las familias de estos cónsules y ediles patricios:

	CÓNSULES (de 388 a 500)	CÓNSULES (de 501 a 581)	EDILES CURULES (de los 16 colegas patricios)
Cornelianos	15	15	14
Valerios	10	8	4
Claudianos	4	8	2
Emilianos	9	6	2
Fabios	6	6	1
Manlianos	4	6	1
Postumios	2	6	2
Servilios.....	3	4	2
Quintios	2	3	1
Furios	2	3	1
Sulpicios.....	6	2	2
Veturios	6	2	2
Papirios.....	3	1	2
Naucios	2	1	2
Julios.....	1	1	1
Foslianos.....	1	1	1
	70	70	32
	140		
<i>Total</i>			172

Así, pues, indudablemente las quince o dieciséis familias nobles que tenían influencia en tiempos de las Leyes Licinias se conservaron intactas en su poder, y, en parte, por medio de adopciones oportunas durante los dos siglos siguientes, y bien podría decirse que hasta el fin de la República. De tanto en tanto solían entrar en la nobleza plebeya algunas familias nuevas; pero los fastos acreditan que reinó en ellas alguna estabilidad. Durante tres siglos las casas decididamente predominantes

fueron las de los Licios, Fulvios, Atilios, Domicios, Marcios y Junios. <<

[8] Los ribereños tenían que suministrar la mayor parte de estos gastos. No se había renunciado por completo a los trabajos impuestos según la costumbre antigua, y muchas veces se quitaban a los grandes propietarios sus esclavos, para hacerlos trabajar en los caminos (Cat., *De Re Rust.*, 2). <<

[9] Esto sucedió respecto de Enio de Rudia (hoy Rotigliano, en Calabria), a quien con motivo del establecimiento de las colonias de Potentia y Pisaurum se le concedió el derecho de ciudad, a través de uno de los triunviros, Quinto Fulvio Nobilior (Cic., *Brut.*, 20). Después de esto el poeta tomó el sobrenombre de Quinto, su benefactor, según era la costumbre. Por lo demás, en la época que nos ocupa no se concedía así como así la ciudadanía a los no ciudadanos, y tampoco por el mero hecho de ser enviados a una colonia en unión con los ciudadanos. Muchas veces afectaban tomar un título que no se les había dado, pero sin derecho. (Tito Livio, 34, 42). Por lo común, en la ley que obliga a los magistrados a proceder a la fundación de una colonia civil se halla una disposición especial que confiere la ciudadanía a cierto número de personas (Cic., *Pro Balb.*, 21, 48). <<

[10] Véase en el apéndice de este volumen la disertación sobre el derecho de hospitalidad y de clientela. <<

[11] Se sabe que el tratado agronómico de Catón se refiere principalmente a un dominio rural situado en el país de Benafre (hoy Venafro). Los procesos no se remiten allí a la jurisdicción de Roma, sino en un caso bien determinado, a saber: cuando el propietario ha arrendado los pastos de invierno al dueño de un ganado, no tiene derecho, propiamente hablando, a una renta fija sobre las fincas. De donde debe concluirse que en circunstancias ordinarias, cuando el segundo contratante tenía su domicilio en el país, las cuestiones se ventilaban ante los tribunales locales.

<<

[12] Véase el apéndice sobre el derecho de clientela. <<

[13] La fundación del circo flaminio está probada por numerosos testimonios. De la institución de los juegos plebeyos por parte de Flaminio no hacen mención los antiguos (pues no debe tomarse por tal el conocido pasaje del *Pseudo Asconio*, pág. 143, Orelli). Pero como se celebran en el circo flaminio (Valerio Máximo, 1, 7, 4), y como, por otra parte, se celebran por primera vez en el año 538, cuatro años después de su construcción (Tito Livio, 23, 30), se los debe atribuir al mismo origen. <<

[14] Tito Livio, 25, 12. Macrobio, *Saturnales*, 1, 17. Marcio, antiguo adivino, cuyas profecías reveladas después de los sucesos habían anunciado el desastre de Canas y ordenado la institución de los juegos apolinales. <<

[¹⁵] (Pág. 297). El primer ejemplo cierto de sobrenombre se aplicó a Marcio Valerio Máximo, cónsul en el 491, que, luego de conquistar Messina, tomó el de Mesala (pág. 45). No es verdad que el cónsul del año 419 tomase el título de Calenus (de Cales). Respecto del sobrenombre de Máximo, dado a las *gentes* Valeria y Fabia, no tiene ninguna relación con los precedentes. <<

[16] Es muy difícil fijar las reglas del censo primitivo de Roma. Se sabe que en tiempos posteriores el censo mínimo de la primera clase era de cien mil ases. La relación, aproximada al menos, entre esta clase y las cuatro restantes, puede expresarse por las cifras siguientes: $3/4$, $1/2$, $1/4$, $1/9$. Según Polibio y los escritores que siguieron, solo se trataba del as pequeño (= $1/10$ de dinero), y debían atenerse a esto, así como en lo que se refiere a la Ley Boconia y su aplicación. Por otra parte, deberá considerarse como ases grandes (as grave = $1/5$ de dinero) los cien mil que en ella se establecen para el indicado objeto. (V. mi *Historia del sistema monetario de los romanos*, pág. 300.) Sin embargo se olvida que Apio Claudio, quien en el año 442 (312 a.C.) fue el primero que redujo el censo a dinero y no a tierras (volumen I, libro segundo, pág. 326), no pudo establecer sus cálculos sobre el as pequeño, que solo comenzó a usarse en el año 485. Luego, una de dos cosas: o es en ases graves en lo que se fijaron entonces las tasas del censo, salvo que pudieran convertirlas proporcionalmente en ases pequeños cuando se verificó la refundición del sistema monetario; o una vez fijadas las cifras se mantuvieron después, a pesar de esta reforma. Sin embargo, en este caso conviene notar que la reducción del as hubiera tenido por consecuencia rebajar más de la mitad las tasas del censo de las clases. Reconozco que surgen graves objeciones contra una y otra hipótesis; pero me siento más inclinado a aceptar la primera. En efecto, la segunda expresaría una gran conquista de la democracia, y no creo que se estuviese en estas condiciones a fines del siglo V. Y, además, ¿cómo suponer que el recuerdo de un hecho tan notable se hubiese perdido por completo? Cien mil ases pequeños o cuarenta mil sestercios parece, por otra parte, que formaban poco más o menos el equivalente del dominio normal de veinte yugadas. De esta suerte puede suceder que, aun variando en la expresión, no hubieran variado las tasas en cuanto al valor expresado. <<

[17] El hecho de fijar las tasas del censo de las cinco clases en cien mil, setenta y cinco mil, cincuenta mil, veinticinco mil y once mil ases, unido al hecho de que cada clase tenía el mismo número de votos, nos ayuda a comprender cómo podía suceder que la cifra total de censatarios de una clase superior, de la primera por ejemplo, se sobrepusiese a la de los ciudadanos de la clase siguiente. De aquí surgían sin duda grandes inconvenientes, pero los censores lo arreglaban todo, pues investidos de un poder arbitrario y extraño, según nuestras ideas modernas, cortaban por lo sano y obraban a su antojo en materia de categorías de votantes. Llegado el caso, no debían vacilar en arrojar a la clase inferior los últimos censatarios de la clase superior, hasta igualar perfectamente su número; y por esto es, sin duda, por lo que el censo de la primera clase se fijó ya en ciento diez mil y hasta en ciento veinticinco mil ases. Todas estas medidas tendían realmente a asegurar la igualdad de valor de los votos de los electores, sobre todo en las tres primeras clases. <<

[18] La expresión alemana *spiessbürgerlich* equivale, poco más o menos, a nuestra palabra hortera, pero por parecernos trivial usamos la de filisteos, por la que traduce aquella M. Alexandre. <<

[19] *Caveant consules ne quid detrimenti Respublica capiat, o salus populi romani
suprema lex esto.* <<

XII. ECONOMÍA RURAL Y FINANCIERA

[1] A esto es a lo que el autor, con toda la escuela alemana, llama historia pragmática, en oposición a la historia filosófica, que en los hechos busca solo las causas y los efectos sociales o políticos. <<

[2] Por lo demás, para poder representarse la antigua Italia en su verdadera condición, es absolutamente necesario considerar los cambios verificados en ella por la agricultura moderna. Entre los cereales, los antiguos no cultivaban el centeno; a sus ojos la avena no era más que una mala yerba, y en tiempos del imperio se asombraban de ver que los germanos la comían cocida. El arroz no fue introducido en Italia hasta principios del siglo xv, y el maíz se sembró por primera vez a fines del siglo xvi. Las patatas y los tomates proceden de América. Las alcachofas solo son, según parece, una variedad del cardo obtenida artificialmente mediante el cultivo, muy conocido de los romanos, pero variedad producida recientemente. En cuanto a las almendras, o «nueces griegas», los albrichigos o nueces persas, exóticas en Italia en un principio, se las encuentra aclimatadas ya en ella un siglo antes de la era cristiana. La palmera, importada de Grecia, que a su vez la había importado de Oriente, es un testimonio vivo de las relaciones comerciales y religiosas entre los orientales y los occidentales. Se la cultivaba ya en Italia trescientos años antes de Jesucristo (Tito Livio, x, 47), no por sus frutos (Plinio, *Hist. Nat.*, 13, 4, 26), sino como se hace aún en la actualidad, como árbol de ornato, y también por sus hojas, que se utilizaban para adornos en las festividades públicas. Aún más reciente es la cereza o fruto de Cerasunta (sobre el Mar Negro). El cerezo no comenzó a plantarse en Italia hasta el tiempo de Cicerón, y aún más reciente es el albaricoque o ciruela de Armenia. El cultivo del limonero se fija en los últimos tiempos del Imperio; mientras que el naranjo no fue importado hasta el siglo xii o xiii de los moros, y el aloe (pita americana) fue traído de América en el siglo xvi. El algodón solo fue cultivado en Europa por los árabes; en tanto los gusanos de seda pertenecen a la Italia moderna. Por lo que precede se ve que todos los productos no mencionados son los que podremos llamar «indígenas en Italia». Si la actual Alemania, comparada con la Germania que visitó Julio César, parece casi un país meridional, puede decirse otro tanto de Italia, que se ha hecho «más meridional que lo que era en los antiguos tiempos». <<

[3] Dice Catón (*De Re Rust.*, 137) que en el arrendamiento a medias el producto bruto del dominio se dividía entre el arrendatario y el propietario en la proporción que se estipulaba entre ellos, a excepción de los pastos necesarios para el ganado de labor. A juzgar por las analogías entre el arrendamiento francés (a medias; artículo 1818 y sig. del Código de Napoleón) y los arrendamientos a medias muy usuales en Italia, y careciendo de toda otra huella que indique una cuota diferente, puede creerse que las partes entre el propietario y el colono eran iguales. Es un error haber citado aquí el ejemplo del *politor*, a quien se daba el quinto de los granos, y hasta el sexto y el noveno de las gavillas, cuando la división se hacía antes de la trilla (Cat. 136). El *politor* no era un colono mediero, sino, por decirlo así, un simple obrero alquilado en tiempo de la siega, y remunerado por medio del dividendo fijado de este modo sobre la cosecha (véase más adelante). <<

[4] La ley romana no tiene palabra propia para designar el arrendamiento perpetuo. El contrato de alquiler se formó en Roma y se desarrolló en la jurisprudencia romana por el alquiler de las casas, y por analogía se extendió inmediatamente a las locaciones rurales. La prueba de ello está en el hecho de que, según la regla ordinaria, los alquileres se pagaban necesariamente en dinero. Esta regla que es esencial en el arrendamiento de las casas, no lo es, ni con mucho, en los demás. Por consiguiente, los arrendamientos a medias pertenecen en Roma al derecho práctico, y no se deducen de los principios de la teoría jurídica. Los arrendamientos tomaron gran importancia el día en que los capitalistas de Roma comenzaron a adquirir vastos dominios al otro lado de los mares. Se los apreció desde un principio en su justa utilidad, y se les asignó hasta una duración de muchas generaciones (Colum., 1, 7, 3). <<

[5] Entre las parras no se sembraba nada a no ser algunas yerbas para forraje, según refiere Catón (33); y Columela dice por su parte (5, 3) que la vid no da más que sarmientos como productos accesorios. En cambio se planta en medio de los árboles lo mismo que en campo raso (Colum., 2, 9, 6); pero cuando esta es cultivada enredándola en grandes árboles, pueden sembrarse también cereales. <<

[6] Magón, o su traductor (Varr., *De Re Rust.* 1, 17), quiere que, en vez de criar a los esclavos, se los compre antes de la edad de veintidós años. Sin duda, Catón es del mismo parecer, a juzgar por el personal de su alquería modelo. Aunque no dice lo anterior expresamente, enseña que es necesario vender a los esclavos en cuanto están viejos o enfermos. Respecto de la cría de esclavos, de la que habla Columela (1, 8) en el pasaje en que aconseja no hacer que la madre que tiene tres hijos trabaje, y emancipar a la que tiene cuatro, es una especulación *sui generis* más que una regla económica. Asimismo Catón compraba esclavos para criarlos y venderlos después con grandes ventajas (Plut., *Cat. Maj.*, 21). El impuesto especial del que se habla en el texto se aplica solo a los esclavos domésticos (*familia urbana*). <<

[7] En estas condiciones, era un antiguo uso ponerle hierros al esclavo, aun al hijo de familia (Dionisio de Halic., 2, 26). Catón también dice que los criados del campo solo eran encadenados por excepción; y, como entonces no podían moler, en vez de trigo se les daba pan cocido (*De Re rust.*, 56). Pero durante los emperadores se aplicaban diariamente los hierros, de un modo provisional cuando el que castigaba era el capataz, y de un modo definitivo cuando era el señor (Colum., 1, 8. Ulp., 1, 11). Sí se ve más tarde que los esclavos sistemáticamente encadenados son los que practican las faenas del campo; así como también se encuentran en todas las posesiones el *ergastulum*, el calabozo, con una porción de pequeñas ventanillas, a las que los prisioneros no alcanzan desde el suelo con la mano (Colum., 1, 6). Este hecho se explica fácilmente. La condición de los esclavos rurales era infinitamente más dura que la de los domésticos, y solo se enviaba a los trabajos del campo a los que habían cometido grandes faltas. No niego tampoco que algunos señores crueles de suyo cargaban de hierro a estos desdichados sin motivo. La ley romana alude a ellos claramente cuando, al regular la suerte tan triste que cabía a la familia servil del criminal, se calla con respecto a los esclavos encadenados; pero decreta la pena contra los que están medio encadenados. Lo mismo sucedía con la marca (*stigma*, *notatio*): era propiamente hablando una pena; pero muchas veces todo el rebaño (*grex*) llevaba la marca del señor (Diod., 35, 5. v. el Tucídides, de Vernay, pág. 31).

<<

[8] Catón no lo dice expresamente respecto de las viñas; pero sí, Varrón (I, 17), y es además muy natural. Se hubiera hecho mal, económicamente hablando, en calcular el número de criados rurales por la extensión de la posesión. Menos aún se hubieran vendido las cosechas en rama teniendo este personal, lo cual se hacía muchas veces (Catón, 147). <<

[9] Columela cuenta cuarenta y cinco días de fiesta o de lluvia cada año. Esto lo confirma Tertuliano (*de Idola*, 14), diciendo que, entre los paganos, los días de fiesta no llegaban a los cincuenta que tenían los cristianos de la Pascua a Pentecostés. A estos cuarenta y cinco días hay que añadir el descanso de la mitad del invierno después de concluidas las sementeras, y al que Columela concede treinta días. En este período es en el que se colocaba por regla general la fiesta movable «de las sementeras» (*feriæ sementivæ* Ovidio *Fast*, 1, 662). No debe confundirse este mes de descanso con las vacaciones judiciares de los tiempos de la siega (Plin. epíst, 8, 21, 2) y de la vendimia. <<

[10] El precio medio de cada modio de trigo puede evaluarse en Roma, en los siglos VII y VIII, en un dinero por lo menos. De 1816 a 1841, la misma medida valía en las provincias de Pomerania y Brandeburgo unas seis pesetas por término medio. Sin embargo, sería difícil decir en qué consiste la insignificante diferencia entre ambos precios, el de la Roma antigua y el de la Prusia actual. ¿Debe acaso explicarse por el alza de precio del trigo, o por la depreciación del marco monetario? También es cosa incierta la fluctuación de la venta en la Roma de entonces y en la de los tiempos posteriores. ¿Fue esta fluctuación tan considerable como la de nuestros días? Si se comparan los precios inscritos en el texto, de cuatro a siete *silbergros* prusianos cada seis modios (cincuenta y dos litros y medio), con los de los tiempos más difíciles de carestía por efecto de la escasez o de la guerra, con los de los tiempos de Aníbal, por ejemplo, en que se vio que los seis modios subieron a noventa y nueve *silbergros* y el *medimo* a quince dracmas, según Polibio; o con los de la época de la guerra social, cuando el modio valió hasta doscientos dieciocho *silbergros* (Cic., *Verr.*, III, 92), y, por último, con el de la época de gran escasez en tiempo de Augusto, en que se pagaron los mismos seis modios a razón de doscientos diez *silbergros*, o sea a veintisiete dineros y medio los cinco modios (Euseb., *Cron.*), la diferencia parece monstruosa. Pero no se puede sacar de estas cifras extremas ninguna conclusión seria, pues en las mismas condiciones se reproducirían también entre nosotros. <<

[11] De aquí procede el hecho de que Catón, al describir dos especies de bienes rurales, denomine sencillamente a uno *oliventum* y al otro *vinea*, por más que ambos dominios produzcan, además de vino y aceite, otras cosechas y hasta cereales. Sin embargo, si el producto máximo de la cosecha anual llegaba a ochocientos *culei* (46 202, 26 litros) (*culeus*: medida de capacidad que valía veinte cántaras), como dice Catón cuando le aconseja al dueño de la viña proveerse de vasos en cantidad suficiente, era necesario que las cien yugadas del dominio estuviesen completamente pobladas de viña y dieran ocho *culei* por yugada, lo que constituiría un producto inaudito (Colum., III, 3). Pero Varrón (I, 22) entendía, sin duda y con razón, de otro modo el pasaje de Catón. Cree que el viejo agrónomo indicaba las precauciones que debían tomarse para el caso en que el propietario tuviera que encerrar la nueva cosecha antes de haber vendido la anterior. <<

[12] Columela (3, 3, 9) nos dice que el agricultor romano sacaba ordinariamente el 6% de su capital. Respecto de la viña tenemos indicaciones preciosas, tanto en cuanto a los gastos como a los productos. He aquí la cuenta que hace el mismo Columela:

Precio de la adquisición del terreno	1.000	sestercios
Compra de esclavos por cada yugada	1.143	sestercios
Plantación de la vid	2.000	sestercios
Pérdida de intereses en los dos primeros años	497	sestercios
Suma total	<hr/> 4.640	sestercios

Calcula el producto sobre la base mínima de sesenta cántaras, que valen por lo menos novecientos sestercios, y que dan por consiguiente una renta del 17%. Pero este cálculo es en parte ilusorio: dejando a un lado los malos años, hubiera debido tener en cuenta al menos los gastos de recolección y de cultivo. El mismo agrónomo evalúa en 100 sestercios el máximo de producto bruto de cada yugada destinada a prados, y aún menor el de las tierras destinadas a cereales. En efecto, si se calculan veinticinco modios de trigo por yugada y el precio de cada modio es un dinero en el mercado de Roma, el producto bruto no pasará de la cifra anteriormente indicada. Varrón (3, 2) evalúa en ciento cincuenta sestercios por yugada el producto bruto medio de un gran dominio. Pero no cuenta los gastos que hay que deducir; es natural, por otra parte, que el cultivo costase mucho menos que el de los viñedos. Todas estas indicaciones se refieren a un siglo después de la muerte de Catón. En lo que a él respecta, solo nos dice que la cría de animales da más que el cultivo de las tierras (Cic., *De Offic.*, 2, 25, 89, Colum., 6, *Præf.* 4, Plin., *Hist. Nat.*, 18, 5, 30, Plutarco, 1. c. 21). No entiende naturalmente que convenga transformar siempre las tierras en praderas, sino que sencillamente quiere mostrar que el capital territorial en pastos y praderas, donde el suelo es a propósito para ello, reporta un interés mayor que el de la renta que da la buena tierra sembrada de trigo. Quizá deba añadirse también que la falta de actividad en el propietario de un dominio dedicado a pastos era menos perjudicial que en los demás, sobre todo que en el dedicado a viñedo o a olivar. En cuanto a las tierras, he aquí el orden en que Catón las clasifica según el aspecto de la renta:

1. Viña.
2. Hortalizas.
3. Madera (que producía mucho para sacar de ella estacas para las viñas).
4. Olivar.
5. Prados naturales (por la producción de heno).
6. Tierras destinadas a cereales.
7. Bosques y sotos.
8. Arbolado.
9. Bosque de encinas.

Estos nueve artículos se ven constantemente citados en la quinta modelo catoniana. ¿Se quiere una última prueba de la superioridad del producto de la vid sobre el de los cereales? Pues en el año 637, cuando hubo necesidad de dar una sentencia arbitral en una cuestión que existía entre Génova y las aldeas circunvecinas, sus tributarias, se fijó el tributo hereditario que debían pagarle en una sexta parte del vino y una vigésima de los cereales. <<

[13] ¿No vemos a los bataneros desempeñar a menudo un papel importante en la comedia romana? ¿Y no es esta una prueba de la importancia industrial de la fabricación en Roma? Catón confirma también (Plut., *Cat. maj.*, 21) los beneficios obtenidos de los batanes. <<

[14] Porque llevaba en el reverso una *Victoria alada*. En su origen pestres, o *escrupulus (scripula)*, 4, 411, gr. V. Plin. 33, 3. Borghesi, *Osservazioni numism. decad.* XVII. Mommsen, *Münzwesen*, págs. 389-400. Hulsch, *Metrología*, pág. 217.

<<

[15] Los ahorros eran de 17 410 libras romanas en oro, 22 070 de plata en bruto y 18 230 en plata acuñada. La relación legal de ambos metales era la siguiente: una libra de oro = 4000 sestercios, o 1:11, 91. <<

[16] Para más detalles véase Mommsen (*Sistema monetario de los romanos*) y Hultsch, l. c. <<

[17] Tal es el fundamento de la acción en materia de venta, de arrendamiento o de sociedad. Sobre este principio general se funda también toda la teoría de los contratos que no engendran acción especial y determinada. <<

[18] Colocado ordinariamente en el extremo del *atrium* que da frente a la entrada de la casa. V. esta palabra y *domus* en el *Dicc.* de Rich y en el de Smith. <<

[19] La fuente principal de donde tomo estos hechos es Aulo Gelio, y el pasaje de Catón que cita, 14, 2. En lo tocante al contrato literal, es decir, el probado por la sola inscripción del crédito en el registro del demandante, el motivo jurídico es el mismo y reside en la honradez personal de la parte, aun cuando declara en su propia causa. Por esta razón, además, cuando en los siglos posteriores desapareció poco a poco de la sociedad romana esta prohibición comercial, vino el contrato literal a no producir efectos sino con ciertas condiciones. <<

[20] En el notable modelo que Catón (144) nos da del contrato que debe celebrarse con el empresario de la recolección de la aceituna, se lee el párrafo siguiente (en la adjudicación de la empresa): «Ninguno de los que pujan debe retirarse con objeto de hacer subir el precio de la recolección, a no ser, sin embargo, que el adjudicatario lo designe como su asociado. Si se ha omitido esta precaución, es necesario que a petición del propietario, o de su capataz, presten juramento todos los miembros (de la asociación que se ha presentado) de no haber hecho nada contra la sinceridad de la concurrencia; y, si no lo prestan, no se les pague el precio estipulado». No es necesario decir que aquí se hace referencia a una sociedad, y no a un empresario particular. <<

[21] Tito Livio (21, 23) no menciona más que la interdicción relativa a los armamentos marítimos; pero sabemos por otra parte que se extendía también a todas las empresas públicas (*redemptiones*). Asconio (*In orat., in toga cand.*, pág. 94) y Dion. (55, 10) lo dicen expresamente; y como, según Tito Livio, «toda especulación por parte de un senador era mal vista», parece probable que la Ley Claudia fuese aún más lejos en el camino de las prohibiciones. <<

[22]

*«Eodem herede vos pono et paro: parissumi estis iibus.
Hi saltem in obscuris locis prostant, vos in foro ipso.
Vos fænore, hi malesuadendo et lustris lacerant homines
Rogitationes plurimas propter vos populus scivit
Quos vos rogatas rumpitis; aliquam reperitis rimam.
Quasi aquam ferventem, frigidam esse, ita vos putatis leges.»*

Plauto, Curculio, 4, 2, 19 y sigs. <<

[23] «Est interdum prætare rem mercaturis quærere, ni tam periculosum siet; et item fænerari, ni tam honestum siet. Majores enim nostri hoc sic habuerunt, et ita in legibus posiverunt, furem dupli condemnari.» (De Re Rust. præm.) <<

[24] «*Et virum bonum cum laudabant, ita laudabant, bonum agricolam, bonumque colonum. Amplissime laudari existimabatur qui ita laudabatur. Mercatorem, autem, strenuum studiosumque rei quærendæ existimo; verum, ut supra dixi, periculosum et calamitosum. At ex agricolis, et viri fortissimi et milites strenuosissimi gignuntur: maximeque pius quæstus.*» Cat., *De Re Rust*, proem. <<

[25] Catón, lo mismo que los demás, colocaba su capital en ganados y empresas comerciales análogas. Pero procuraba sobre todo no infringir la ley. No especulaba en los arrendamientos públicos porque le estaba prohibido por su calidad de senador, ni entraba tampoco en las compañías de préstamos usurarios. Sería injusto echarle en cara en esto costumbres que eran contrarias a su teoría. El préstamo marítimo, en que muchas veces colocó sus fondos, no era en lo más mínimo un préstamo usurario prohibido. En su esencia, se coloca en la clase de operaciones de armamento y flote.

<<

XIII. CREENCIAS Y COSTUMBRES

[1] Véase *Diccionario* de Smith: *nobiles*. <<

[2] Para más detalles sobre las ceremonias fúnebres en Roma, véase *Dicc.* de Smith, *funus*, y el tan completo libro de Guhl y Koner sobre *La vida y las costumbres de los griegos y romanos*. (Das Leben der Griech...), Berlín, 1862. <<

[3] Las monedas y las inscripciones atestiguan, en efecto, que el vencedor de Magnesia y sus descendientes tuvieron en un principio el sobrenombre de *Asiagenus*. Es verdad que los fastos capitolinos le dan el de *Asiaticus*, pero esto es precisamente una de las muchas huellas que se encuentran de una redacción posterior a los sucesos. La expresión *Asiagenus* quiere decir simplemente natural de Asia y no, vencedor de Asia, y es una corrupción de la palabra griega Ἀσιαγένης. <<

[4]

*«Da quod dem quincuatribus,
Præcantatrici, conjectrici, harioæ, atque aruspice:
Flagitium est, si nihil mittetur.»*

(Plauto, Mil, glor., I, 18). <<

[5] «*Istic est is Juppiter, quem dico, quem Græcei vocant Aera.*»
Ennius: *Epichar*. Versos citados por Varrón, *De ling. lat.*, 5, 65. <<

[6] M. Egger ha publicado los pocos fragmentos que nos quedan del Evemeris de Ennio. <<

[7] Se las echaba en un vaso lleno de agua, de donde se las sacaba una detrás de otra y al azar. V. *Dicc. de Smith: sortes.* <<

[8] Véase Tito Livio, 49, 29. Plinio, 13, 13. Plut., *Numa*, 22. Sobre los libros apócrifos de Numa, de ese Moisés de Roma, como lo llama Tertuliano, véase Preller, *Mit.*, pág. 719. Desgraciadamente aún no está traducida a nuestro idioma la excelente y completa obra de Preller. <<

[9] Tito Livio, 29, 10 y sigs., V. Preller, *Magna Mater Idea*, pág. 445. <<

[¹⁰] Es curioso comparar el sencillo y desnudo relato de Tito Livio con el de Ovidio (*Fast.*, 4, 247), que parece menospreciar la leyenda de una de esas vírgenes negras traídas de Asia en la Edad Media por ciertos piadosos caballeros. La piedra de la Gran madre no era otra cosa, según parece, que un aerolito encontrado en el campo: *nigellus lapis*, dice Prudencio, *Martirologio rom.*, 206. <<

[11] Todo el mundo habrá leído el proceso de las Bacanales, uno de los más bellos relatos de Tito Livio, 39, 8, sigs. Uno de los textos legislativos contra las Bacanales, aquel que analiza Tito Livio, l. c., 18, ha sido hallado en 1640 en el antiguo Brutium no lejos de Catanzaro, y se conserva hoy en el Museo de Viena. V. Egger, pág. 127. Véase también el *Corps insc. lat.* de Mommsen, pág. 43. <<

[12]

«*Sed superstitiosi vates impudentesque harioli,
Aut inertes aut insani, aut quibus egectas [...].*»
Telamon, Frag. <<

[13] Se bebía el nombre, *nomen bibere*, o en otros términos, se echaban brindis en los que se vaciaban tantas copas como letras tenía el nombre del convidado con quien se brindaba. Véase el precioso epigrama de Marcial, 1, 72:

«*Nævia sex cyathis, septem Justina bibatur.
Quinque Lycas. Lyde quator, Yda tribus.
Omnis ab adfuso numeratur amica Falerno.*»<<

[14]

Se encuentra en el *Curculio* de Plauto una especie de *parabasis* que reproduce, si no con mucho ingenio, por lo menos con gran exactitud, el movimiento del *Forum* romano de esta época (habla al público el *Chorabus*):

«*Sed dum hic egreditur foras*

Commonstrabo, quo in quemque hominem facile inveniatis.»

«Mientras que está ausente voy a deciros, para evitaros la molestia de buscarlos demasiado, dónde encontraréis a los que queráis ver, gente viciosa o sin vicios, honrada o deshonesta. ¿Buscáis un perjuro? Pues id a los comicios^(a). ¿Un embustero o un fanfarrón? Id al Templo de Cluacina^(b). (Los maridos pródigos o borrachos, van a la basílica^(c): allí encontraréis a los cortesanos ya jubilados y a los negociantes. Debajo del *Forum* se pasean los notables y los ricos. En medio o a lo largo del arroyo (*propter canalem*), los matamoros^(d). Más arriba del lago^(e) los parlanchines, etcétera.» Los versos «*Dites damnosos maritos sub Basilica quaerito*» parecen una interpolación posterior a la construcción de la primera basílica o bazar. Los panaderos vendían entonces artículos muy sabrosos (V. Festus V°, *Alicariæ* Plauto, Cap. 160).

(a) Parte del *Forum* donde se administraba justicia, y donde las partes prestaban juramento.

(b) También en el *Forum*, a la entrada de la vía Sacra.

(c) La basílica o pórtico Porcio.

(d) De aquí procede *canalícola* de donde un etimologista sostiene que trae su origen canalla.

(e) El lago Curcio, Tito Livio, 1, 13, 7, 6. <<

[15] Véase el *Diccionario* de Smith, sobre estas palabras. El *sæculum* no designa aquí en manera alguna el período secular ordinario de cien años, sino más bien el etrusco de ciento diez años lunares. <<

XIV. LA LITERATURA Y EL ARTE

[1] El lenguaje de Plauto se caracteriza por el empleo de cierto número de expresiones puramente griegas: *stratoticus*, *danista*, *drapeta*, *ænopolium*, *logus*, *apologus*, *schema*, etcétera. Algunas veces el poeta les agrega la interpretación en latín, pero solo cuando la palabra griega pertenece a un orden de ideas extrañas a su vocabulario habitual. En el *Truculentus*, por ejemplo, en un verso quizás interpolado, se lee: *Phronesis est sapientia*. En otra parte mezcla citas griegas en medio de la frase. En la *Casina* (3, 6, 9) se lee este verso:

Πράγματα μοί παρέχεις; —*Dabo μέγα κακόν, ut opinor...* «Provocas mi enojo. Te aseguro que te pesará.»

Ennio a su vez supone que la etimología de las palabras Alexander y Andrómaca es conocida por todos sus oyentes (Varr., *De ling. lat.*, 7, 82). Citemos, además, como muy curiosos ciertos términos forjados y semigriegos: *ferritribax*, *plagipatida*, *pugilice*, o el verso muy conocido del *Miles gloriosus* (2, 2, 68): *Euge. Euscheme, hercle adstitit sic Dulice* («ved, voto va, qué aires de comedia se da»). <<

[2] He aquí uno de los epigramas poéticos que llevan el nombre de Flaminio:
«Escuchad oh dioscuros, alegres y diestros escuderos. ¡Hijos de Júpiter! Tindaridas que reináis en Esparta, escuchad. Tito, un descendiente de Eneas, os dedica esta noble ofrenda, cuando da libertad a los pueblos helenos.» <<

[3] Citemos como ejemplo a Chilón, esclavo de Catón el Mayor, que dio muchos productos a su señor en su calidad de pedagogo (Plutar., *Cat. maj.*, 20). <<

[4] Aún no se aplica en la Roma republicana la regla establecida más tarde, según la cual todo emancipado debe llevar el prenombre de su patrono. <<

[5] Citemos un verso de una de sus tragedias (Festus, pág. 133, ed. Muller).

*«Quem ego nefrendem alui lacteam in mulgens opem [...]»
(al que yo he alimentado, cuando aún no tenía [...].)*

También es dura e incorrecta la traducción que hace de la *Odisea*, lib. 12, verso 16 y sigs.:

*οὐδ' ἄρα Κίρκην
Ἐς Ἄ δέω ἔλθόντε; [...].*

*Topper citi ad aedis-venimus Circæ:
Simul dúona córam [...]. <<*

[6] En realidad se levantó uno antes del año 575 en el hipódromo Flaminio para los juegos de Apolo (Tit. Liv., 40, 50); pero según lo más verosímil parece que fue arrasado inmediatamente (Tertul., *De Spec*, 10). <<

[7] En el año 599 aún no había banquetas ni asientos (Ritsch, *Parerg.*, pág. 285). Mas como el autor de los prólogos de Plauto y este mismo hacen frecuentes alusiones a un público sentado (*Miles glor.* act. II esc. I versos 3 y 4), debemos concluir de aquí que los espectadores llevaban sillas o se sentaban en el suelo. <<

[8] En todo tiempo fueron admitidos en el teatro de Roma las mujeres y los niños (Val. Max., 6, 3, 12. Plut., *Quæst. Rom.* 14, y sigs.). Los esclavos eran excluidos de derecho (Cic., *De Harusp.*, resp., 12, 36), y otro tanto puede decirse de los extranjeros, a excepción sin embargo de los huéspedes públicos: estos tomaban asiento en medio o al lado de los senadores (Varr., 5, 155. Justin., 43, 5, 10). <<

[9] Véase el prólogo del *Pænulas*, verso 17 y sigs.:

*Scortum exoletum ne quis in proscænio
Sedeat, neu lictor verbum [...].*

Recordamos también a este propósito el verso de Horacio:

*Scriptores autem narrare putaret asello
Fabellam surdo: nam quæ pervincere voces [...].
Epist. II, I, 199 y sigs.*

[10] Fundándose en ciertas indicaciones de los prólogos de Plauto (*Casina*, verso 17) no habría razón para pensar que se daba un premio después del concurso (Ritschl, *Parerg.*, 1, 229). El pasaje tantas veces citado del *Trinnumus* (verso 706) pertenecía probablemente al texto griego original, y parece haber sido pura y simplemente transcrito por el traductor. Sobre este punto, el silencio de las didascalias y de los prólogos en lo tocante a los jueces y a los premios es un argumento decisivo y concuerda con la tradición. Añadimos además que no se representaba más que un drama por día. Vemos, en efecto (*Pænulus*, 10), que los espectadores abandonaban sus casas para ver comenzar la representación, y que terminada la pieza se volvían a ellas. De todos estos textos resulta que los romanos iban al teatro después del segundo desayuno (*prandium*) y que volvían a sus casas a la hora de comer. Según esto, la representación duraba desde el mediodía hasta las tres de la tarde. Esto no tiene nada de extraño sabiendo que las piezas de Plauto se representaban con intermedios de música al fin de cada acto. Más tarde cambiaron las cosas y Tácito nos habla (*Annal.*, 14, 20) de espectadores que pasan *todo el día en el teatro*. <<

[11] No hacemos más que citar algunos raros plagios de la comedia media, que no es más que el género de Menandro en un estado aún imperfecto. Respecto de la comedia antigua, no se encuentra huella alguna de imitación en la literatura de Roma. La hilarotragedia, cuyo ejemplo nos ofrece el *Anfitrión* de Plauto, recibió de los historiadores literarios de Roma el nombre de comedia *rintoniana*; pero los nuevos cómicos de Atenas escribieron también parodias de este género, y no se explica por qué habrían ido hasta Rinton (natural de Tarento o de Siracusa) los poetas atenienses de la nueva escuela a pedir modelos, cuando las tenían en sus manos. <<

[12] Todas las apreciaciones siguientes, y gran parte de las que preceden, son tomadas, como el lector notará, de los mismos textos y fragmentos de los cómicos griegos y latinos. Leyendo lo que precede puede reconocerse una alusión a los versos 52 y 59 del prólogo del *Anfitrión*:

¿Quid contrasixtis frontem? quia tragediam

Dixi futuram hanc?... Commutavero

Eamdem hanc [...].<<

[13] El poeta creyó también que debía excusarse ante su público. Pero ¿de dónde saca su excusa? Oigámosle:

*Hi senes, nisi fuissent nihili jam inde ab adolescentia,
Non hodie hoc tantum flagitium facerent canis capitibus [...].
Bacch, epilog.<<*

[¹⁴] *Bacch*, 35. *Trinumus*, 3, 1, 8, y sigs. También Nevio, que por regla general se contenía menos que sus compañeros, se burla de los prenestinos y de los lanubinos (*Comm.*, 21, *R.*). Las relaciones entre los prenestinos y los romanos fueron siempre tirantes (Tit. Liv., 23, 20, 42, 1): lo prueban las ejecuciones llevadas a cabo en tiempos de las guerras de Pirro y la catástrofe contemporánea de Sila. <<

[15] Con voto de esta clase termina el prólogo de la *Cajita*, único ejemplo de los escritos latinos contemporáneos llegados hasta nosotros que hace alusión directa a las guerras de Aníbal:

*Hæc res sic gesta est. Bene valete, et vincite
Virtute vera, quod fecistis antidhac.
Servate vestros socios, veteres et novos,
Augete auxilia vestris justis lejibus,
Perdite perduelleis [...].*

«Aconteció de este modo. Salud, y que vuestro gran valor obtenga la victoria, como ha sucedido en otro tiempo. Salvad a vuestros aliados antiguos y nuevos [...].»

Cistella, prolog. in fine. <<

[16] No puede examinarse esto con gran detenimiento sin interpretar algún que otro pasaje de Plauto en el sentido de una alusión a los acontecimientos del día. La crítica moderna ha rechazado como sutiles y evidentemente falsas una infinidad de traducciones. ¿No ha debido colocarse en este número cierto pasaje de la *Casina* (5, 4, 11) alusivo a los Bacanales? V. Ritschl, *Parerg.*, 1, 192. En verdad se podría invertir la cuestión, y apoyándose en el texto de esta comedia y sobre otros muchos alusivos a las fiestas de Baco (*Anfitr.*, 307. *Aulul.*, 3, 3, y sigs.) sacar sencillamente la conclusión de que todas han sido escritas en una época en que no había inconveniente alguno en decir lo que se quisiera sobre las Bacanales. <<

[17]

*«Etiam qui res magnas manu sæpe gessit gloriose,
Cujus facta viva nunc vigent, qui apud gentes solus præstat,
Eum suus pater [...]» <<*

[18] ¿Puede darse otro sentido a este notable pasaje de su *Tarentilla*?: «Lo que debería valerme un buen éxito en la escena, no hay en parte alguna rey que quiera disputármelo. ¡En cuántos palacios de reyes se trata mejor al esclavo que aquí al hombre libre!». <<

[19] Recordemos lo que dice Eurípides respecto de los sentimientos de la Grecia en su tiempo en materia de esclavitud (*Ion*, 854; *Helena*, 728): «Solo una cosa vergonzosa tiene el ser esclavo, el nombre. En ninguna otra parte está el esclavo por debajo del hombre libre, siempre que sea honrado». <<

[20] *Spectatores, quod futurum est intus, hæc memoravimus hæc Casina hujus reperietur filia esse [...].* De este modo habla el jefe de la comparsa (*grex*) anunciando el desenlace que se verificará entre bastidores, como diríamos hoy. «Espectadores, voy a deciros lo que va a suceder en este *logis*. Va a descubrirse que esta Casina es hija del vecino y se casará con Eutinice hijo de nuestro señor.» <<

[21] Citemos por ejemplo la escena del *Stichus* en la que el padre de familia examina con sus hijas las cualidades que debe reunir una buena esposa. De repente se plantea la cuestión más incongruente del mundo, y se pregunta qué vale más, si casarse con una doncella o con una viuda, únicamente con objeto de obtener una respuesta no menos disparatada en boca de la que la da, y una salida contra las mujeres, que no es más que un absurdo lugar común. Pero esto no es más que un pecadillo. En el *Collar* de Menandro, cuenta un marido sus penas a su vecino en esta forma: «Me he casado con Lamia, la heredera; ¿te lo había dicho ya? No. Esta casa es suya, lo mismo que todos los campos que la rodean. Pero qué azote tan terrible es esta mujer [...]». En la imitación latina del poeta Cecilio, el diálogo sencillo y elegante del cómico de Atenas cede el puesto a la siguiente grosería:

¿Luego tu mujer es una abutarda?

¡Y me lo preguntas!

Pero... —¡Oh! no me hables de ella. Cuando entro en casa [...]».

¿Sed tua morosane uxor, quæso, est? —¿Quam rogas?

—Qui tandem

—Tædet mentionis. Quæ mihi.

Ubi domum adveni ac sedi [...]».

Véase Aulo Gelio, 2, 23. Consagra todo el capítulo a una interesante comparación entre Cecilio y Menandro. <<

[22] Aun cuando más tarde se construyeron los teatros de piedra, los romanos no colocaron bajo los actores esos grandes vasos acústicos que tanto usaron los arquitectos griegos (Vitruv, 5, 5, 8). <<

[23] Reina una gran confusión en los documentos biográficos que a él conciernen. Habiendo sido soldado durante la primera guerra púnica, debió nacer antes del año 495. Desde el año 519 comenzaron a representarse sus dramas, aunque serían sin duda los primeros (Aul. Gel., 12, 21, 45). La opinión común colocaba la época de su muerte en el año 550; pero Catón pone en duda, y con razón, la exactitud de esta fecha. Si hubiera sido cierta, habría terminado sus días en suelo extranjero durante la guerra de Aníbal. Pero sus versos satíricos relativos a Escipión son evidentemente posteriores a la batalla de Zama. Su vida se coloca, pues, entre los años 490 y 560. Por consiguiente debió ser contemporáneo de los dos Escipiones muertos en el año 543; debía ser diez años más joven que Andrónico, y quizás otros diez más viejo que Plauto. Aulo Gelio hace alusión directa a su origen campanio; y, si fuera posible dudar de su nacionalidad latina, él mismo la menciona en su conocido epitafio (pág. 452) ¿Fue ciudadano romano, o solo ciudadano de Cales, o de alguna otra ciudad latina de Campania? La segunda hipótesis parece la más probable; y así se explican fácilmente los despiadados rigores que usó con él la policía romana. De todos modos, lo cierto es que no fue actor, puesto que servía en el ejército. <<

[24] Para darse cuenta de esto, compárese el principio de su tragedia *Licurgo* con el fragmento que nos queda de Livio: «*Vosotros los que veláis al lado del real cadáver, id enseguida a esos lugares sombríos donde los árboles deben su nacimiento y su vida solamente a la naturaleza*».

*Vos qui regalis corporis custodias
Agitis, ite actutum indu frundiferos locos
Ingenio arbusta [...].*

O las célebres palabras dirigidas por Héctor a Príamo en el *Adiós de Héctor*: «Grato me es, padre mío, oír alabanzas que proceden de ti, de ti a quien alaban los demás hombres».

O, por último, este precioso verso de la *Tarentilla (La hija de Tarento)*: «*Alii adnutat, alii adnictat, alium amat, alium tenet*». Al uno, una seña, al otro, una mirada; ama al uno, sujeta al otro. <<

[25] Gottsched (1700 a 1766), nacido cerca de K oenigsberg, crítico, gramático y literato, jefe de la escuela literaria purista del siglo XVIII. <<

[26]

*Mortales immortales flere si foret fas,
Flerent divæ bamenæ Nævium [...].*

«Orgullo campanio» exclama Aulio Gelio; pero este orgullo lo justifican el consentimiento de todos los buenos jueces nacionales, Catón, Cicerón, etcétera. <<

[27] Es necesario admitir esto, pues de otro modo no podría comprenderse cómo han podido los antiguos dudar con tanta frecuencia sobre la autenticidad o la no autenticidad de tales o cuales dramas de la escuela plautiana. En efecto, ningún escritor romano ha dejado tan insolubles incertidumbres como Plauto. En este aspecto, como también en otras cuestiones, existen entre él y Shakespeare notables analogías. (Aul. Gel., I, III, 3, *De noscendis explorandisque Plauti Comædiis.*) <<

[28] No puedo dejar de citar aquí la excelente traducción francesa de las comedias de Plauto hecha por M. Naudet, y la erudita noticia biográfica que del mismo ha publicado recientemente en la *Nueva biografía general*, editada por Didot. <<

[29]

*Epectatores, ad pudicos mores facta hæc fabulæ est.
Neque in hac subagitationes sunt, neque ulla amatio,
Neque pueri subpositio, nec argenti circumductio,
Neque ubi amans adolescens scortum liberet clam suum patrem
Hujusmodi paucas poetæ reperiunt comædias.
Ubi boni meliores flant. Nunc vos, si vobis placet.
Et si placemus, neque odio fuimus, signum hoc mittite.*

Esto mismo había dicho ya el poeta en el prólogo. <<

[30] En el lenguaje jurídico y técnico la palabra *togatus* designa más especialmente al italiano, en oposición al extranjero y al ciudadano de Roma. Tal es principalmente el sentido de la frase *formula togatorum* (*Corp. insc. lat.* 1, n° 200). Es necesario entender por ella los milicianos italiotas, fuera del cuadro de las legiones (volumen 1, libro segundo, pág. 451). Hirtius es el primero que denominó *Gallia togata* a la Galia cisalpina o citerior, y poco tiempo después de él desapareció esta denominación. Es indudable que califica así esta región en razón a su condición jurídica. En efecto, del año 665 al 705 fueron regidas por el derecho itálico la mayor parte de sus ciudades. Hablando Virgilio (*Eneida*, 1, 282) de la *gens togata* al lado del pueblo romano, parece aludir a la nación latina. Debemos concluir de todo esto que *fabula togata* era en el Lacio lo que en Grecia la *fabula palliata*. En una y otra se transporta la escena al extranjero, siendo la ciudad y el pueblo de Roma cosa vedada para el poeta cómico. La prueba de que la *togata* no podía colocar su fábula sino en las ciudades de derecho latino está en el hecho de que todas las ciudades donde sucede la acción en las comedias de Titinio y de Afranio, es decir, Setia, Terentinum, Velitres y Brindisi, tuvieron indudablemente el *jus italicum* hasta el tiempo de la guerra social. Cuando se extendió en toda Italia el derecho de ciudad, los poetas dejaron de poner el lugar de la escena en las ciudades latinas; y en lo que toca a la Galia cisalpina, colocada jurídicamente en la condición de ciudades de derecho latino, sin duda estaba muy lejos de los poetas dramáticos de la capital. Así, pues, desde esta época probablemente no se escribió más que comedias *de toga*. Parece que para reemplazarlas, en cuanto al lugar de la acción, se pensó entonces en las ciudades «sujetas», Capua y Atella. La atelana ha sido, pues, en cierto modo la coninuación de la *togata*. <<

[31] La historia literaria nada dice en cuanto a eso. Todo lo que puede concluirse de un pasaje de Varrón es que era mayor que Terencio. Pero no puede buscarse otra cosa. Por otro lado, si parece cierto que, de los dos grupos de poetas que Varrón compara, el segundo, compuesto por Trabea, Atilio y Cecilio, es más antiguo que el primero (Titinio, Terencio y Atta), no se sigue de esto que el mayor del grupo más joven sea también más joven que el menor del otro grupo. <<

[32] De las quince comedias de Titinio, cuyos títulos han llegado hasta nosotros, solo hay cinco hombres que desempeñen un papel principal (*Baratus Çæcus*, *Fullones*, *Hortensius*, *Quintus* y *Varus*). Se cuentan nueve correspondientes al otro sexo (*Gemina*, *Jurisperita*, *Privigna*, *Prilia*, *Setina*, etcétera). En dos de estas (en la *Jurisperita* y la *Tibicina*), parece que los papeles principales parodiaban profesiones evidentemente masculinas. <<

[33] Estaba reservado a los senadores y personas de distinción. <<

[34] Citemos, como término de comparación, los siguientes fragmentos de la *Medea* de Eurípides y de la de Ennio:

Εἶθ, ὠφελ' Ἀργοῦς μή ηἰαππασθαι σκαφος Κολχῶν ἐς αἴαν, etc.

«¡Ojalá que el navío Argos no hubiese nunca volado hacia la tierra de Colcos, a lo largo de las azuladas Simplegadas; o que nunca hubiera caído el pino en las selvas de Pelion, bajo el hacha, poniendo su rama en las manos de los héroes reunidos por Pelias para la conquista del Toisón de Oro! Entonces no hubiera navegado mi señora Medea [...].»

He aquí la traducción de Ennio:

*Utinam ne in nemore Pelio securibus
Cæsa accidisset abieгна ad terram trabes;
Ne ve inde navis inchoande exhordium
Cæ pissset, quæ nunc nominatur nomine
Argo, qua vecti Achivi delecti viri
Petebant illam pellem inauratam arietis
Colchis, imperio regis Pelliæ [...].*

«Ojalá que en los bosques del Pelion no hubiera abatido el hacha el tronco de los pinos, ni se hubiese comenzado entonces a construir ese navío famoso con el nombre de Argos, donde subieron esos hombres elegidos entre los aqueos, para ir, por orden del rey Pelias a conquistar en Cólquida, ayudados por la astucia, el Toisón dorado del carnero. Mi señora Medea no hubiera entonces abandonado[...].»

Son notables las diferencias que hay en la traducción latina. No señalamos en ella las tautologías, ni las perífrasis, sino las explicaciones dadas de los nombres mitológicos menos conocidos por los romanos, o su completa supresión. No se menciona a las *Simplegadas* del país de iolchos. Ennio dice lo que son el navío Argos, Pelias, etcétera. En cambio es muy raro en él un contrasentido. <<

[35] En efecto no es dudoso, y los antiguos lo declaran, que hacía su propio retrato en los siguientes versos del libro VII de sus *Crónicas*. El cónsul llama a sus confidentes y conversa con ellos:

*Hocce locutu vocat, quicum bene sæpe libenter
Mensam, sermonesque suos, rerumque suarum,
Comiter impertir: magnam quam lassu diei
Partem fuvisset de sum meis rebu regumdeis [...].
(Aulo Gelio, XII, 4.)*

«Habiendo hablado de este modo, llama a un hombre con quien le gusta conversar y comer, hablándole de sus negocios con afabilidad, y descansando de las fatigas de un día dedicado en su mayor parte a la cosa pública, al extenso *Forum* y al augusto Senado. ¡Con él habla sin temor: asuntos graves o leves, de broma o en serio, poco importa! Con él da expansión a sus placeres y a sus alegrías, lo mismo en secreto que en público. Es un hombre que nunca piensa mal, cuánto menos hacerlo. Ligero sin doblez, es sabio, fiel, dulce y elocuente; está contento con su suerte, es feliz y sensato; es oportuno, habla poco y calla mucho; conoce los hechos más antiguos ocultos en la noche de los tiempos, y lo mismo las costumbres antiguas y nuevas y las leyes divinas y humanas [...].» Y Aulo Gelio añade: «He aquí un amigo que conviene a los hombres colocados en altos puestos ya por el nacimiento o por la fortuna.» L. Emilio Stilon aseguró muchas veces, que escribiendo Ennio estos versos había pensado en sí mismo y hecho la pintura de sus costumbres y de su espíritu.
(Aulo Gelio, l. c.)

[36] Véase entre otras la escena entre *Dicæopolis* y *Eurípides*, en los *Acarnanios* de Aristófanes. <<

[37] Dice Eurípides (*Ifig. en Aul.*, v, 956) «que un adivino es un hombre que dice alguna verdad mezclada con muchas mentiras, y esto cuando es afortunado. Nada le importa equivocarse». En su imitación del trágico griego, Ennio lanza la siguiente diatriba contra los formadores de horóscopos: «Busca en el cielo los signos de los astrólogos: observa el paso de la constelación Capricornio, de Cáncer, o la estrella de cualquier animal; y a fuerza de mirar al cielo no ve lo que sucede en el suelo».

*Astrologorum signa in cælo quæssit: observat Jovis
Cum capra aut nepa aut exoritur lumen aliquod beluæ [...].
(Ifigenia.) <<*

[38]

«Ego deum genus esse semper dixi et dicam cœlitum; Sed eos non curare opinor quid agat humanum genus [...]».

(Telamon.) <<

[39] Se lee en el *Telefo*:

«*Palam mutire plebeis piaculum est.*»

«*Hablar alto es un crimen en un hombre plebeyo.*»<<

[40] Citemos además aquí ciertos pasajes excelentes por el fondo y la forma, sacados del *Fénix* de Ennio, e imitados de Eurípides:

«Conviene al hombre vivir animado por la verdadera virtud, y llevar sin temor al culpable ante el tribunal de justicia. La libertad está allí donde el corazón late fuerte y puro en el pecho.»

*«Sed virum virtute vera vivere animatam abdecet,
Fortiterque innoxium vocare [...].»*

En el Escipión que forma parte de las poesías de Ennio, se encuentran también los siguientes versos pintorescos:

*«[...] mundus cæli vastus constitit silentio,
Et Neptunus sævus undis asperis pausam dedit;
Sol equis iter repesit unguibus [...].»*

«Reina el silencio en toda la inmensidad de los cielos; Neptuno en su carro impone silencio a las mugientes ondas; el Sol detiene sus caballos [...].»

Este último fragmento nos muestra al imitador rivalizando con su modelo. No hace más que parafrasear las palabras de un testigo presencial del combate entre Neptuno y el río Escamandro en la tragedia primitiva de Sófocles, titulada *Rescate de Héctor*.

*«Constitit, credo, Scamander: arbores vento vacant!»
«Párase el Escamandro, y el viento no susurra en la enramada.»*

En la *Ilíada* (21, 381) es donde se encuentra primeramente este pensamiento.<<

[⁴¹] Citemos por ejemplo este verso del *Fénix*:

[...] *stultus et qui cupita cupiens cupientur cupit.*

«*Es realmente un necio el que desea deseando la cosa deseada.*»

Y aún hacemos gracia al lector de otras necesidades más insípidas. <<

[42] Sin contar a Catón, se hace mención de dos «consulares poetas», Quinto Laveon, cónsul en 571, y Marco Popilio, que lo fue diez años después. ¿Publicaron acaso sus poesías? Se ignora por completo. En lo tocante al viejo Catón, hay motivos para dudarlo. <<

[43] Los fragmentos de la *Historia sagrada* de Evemeris, traducidos por Ennio, y que nos ha conservado Lactancio, están escritos en prosa. V. Lact., *Inst.*, div. I, 11, 13 y 14. <<

[44] Puede juzgarse el estilo de su relato poético por estos pequeños fragmentos:

«Ella (Dido) pregunta, por más que ya lo sabía, de qué manera Eneas abandonó a Troya.»

Y en otro lugar:

«Levantó el rey Amulio sus manos al cielo y dio gracias a los dioses.»

Y en otra parte también, en un pasaje sacado de un discurso en el que se nota el empleo de la forma indirecta:

«Abandonar en el peligro a hombres tan bravos sería una vergüenza para el pueblo, para todas las familias.»

Cuando habla del desembarco en Malta en el año 498, dice:

«El ejército romano desembarca en Malta, lleva a sangre y fuego toda la isla, la tala, y aniquila al enemigo.»

*«[...] transit Melitam
Romanus exercitus, insulam integram urit [...].»*

Por último, cuando habla de la paz que puso término a la guerra de Sicilia, se expresa así:

«Convínose en que se compraría la paz a Lutacio por medio de regalos; y estipula, además, que todos los prisioneros y rehenes sicilianos serán devueltos.» <<

[45] Estos nombres son en la actualidad desconocidos, incluso en Alemania. Ana Luisa Karschin nació en Sehrvibus, Silesia, en 1722, y fue una simple aldeana, dotada de una rara capacidad de improvisación poética. Después de dos matrimonios desgraciados con hombres de condición humilde, vino a Berlín, donde los renovadores de la poesía y de la literatura nacional alemana, Glein, Ramler, Moses Mendelsohn y otros, la acogieron con entusiasmo y la apellidaron la Safo alemana. El Gran Federico la trató con mucho desdén, y mandó una vez que le diesen dos escudos. Murió en 1791. Tenía un gran talento natural y mucha pasión; pero la corrección y la cultura mataron su genio. Juan J. Willanow nació en 1736 y murió en 1777. Fue imitador de Píndaro, publicó ditirambos en 1763, fábulas dialogadas y otros poemas ya olvidados. Vivió mucho tiempo en San Petersburgo, donde dirigió el Instituto Alemán. <<

[46] El empleo de la lengua griega por el padre de la historia romana en prosa está atestiguado por Dionisio de Halicarnaso, 1, 6, y por Cicerón, *De Divin.*, 1, 21. Pero Quintiliano y los gramáticos posteriores hacen también mención de los *Anales latinos* que llevan el nombre del mismo autor, y lo que aumenta la dificultad del problema es que ha existido un tratado muy extenso del derecho pontifical, escrito también por un Fabio. Sin embargo, para el que haya estudiado de cerca y en su conjunto el movimiento de la literatura romana, parecerá imposible atribuir esta última producción a un escritor cualquiera del tiempo de las guerras de Aníbal. En cuanto a los *Anales latinos*, es dudoso que se publicaran en esta misma época, sin contar con que hay confusión de nombre con el otro analista más reciente, Quinto Fabio Máximo Serviliano. Por otro lado, también pudo suceder que los *Anales* en lengua griega de nuestro Fabio fuesen traducidos desde muy antiguo al latín, como lo fueron más tarde los de Acilio y Albino. Por último, ¿no ha podido ser que hubiese dos analistas que tuviesen el mismo nombre? No pretendemos decidir nada. También se ha atribuido otra composición histórica en lengua griega a un contemporáneo de Fabio, a Lucio Cincio Alimentus, pero este libro es apócrifo, al parecer, y debe ser en realidad del siglo de Augusto. <<

[47] Gleim (de 1719 a 1803), el Anacreonte y el Tirteo alemán, y Ramler (de 1725 a 1798), ambos poetas prusianos, fueron célebres en el último siglo. Sus odas guerreras han caído en olvido en la actualidad. Pero por lo menos fueron, lo cual no es poco mérito, los precursores de los grandes poetas nacionales de Alemania, si es que no los fundadores de la gloriosa escuela de los Lessing, Schiller, etcétera. <<

[48] Y aun después de Catón, Cicerón dirá que la literatura romana no cuenta con una verdadera obra histórica: «*Abest historia litteris nostris [...]*». (*De Leg.*, I, 2.) <<

[49] Todos los trabajos literarios de Catón pertenecen a sus últimos años (Cic., *Cato*, 11, 38). La composición de los primeros libros de los *Origines* no es anterior al año 586, pero tampoco muy posterior (Plin., *Hist. nat.*, 3, 14). <<

[50] Polibio (40, 6, 4) observa que Albino, al contrario de Fabio, había escrito una historia seria y positiva a la manera de los griegos. <<

[51] Como, por ejemplo, los incidentes del sitio de Gabies (Tito Liv., 1, 53) imitados de las aventuras de Zopiro y del tirano Trasíbulo (Herod., III, 154). <<

[52] Esto es lo que refiere Plauto (*Mostel*, 126): «Los padres educan a sus hijos; les enseñan las letras, el derecho y las leyes» (*litteras, jura, leges*). <<

[53] En las poesías imitadas de Epicarmes, hace derivar a Júpiter de *quod juvat*, y a Ceres de *quod gerit fruges*. <<

[54] *Nulla tunc geminabatur littera in scribendo: quam consuetudinem Ennius mutavisse fertur, etc. (Fest. v° Solitaurilia).* <<

[55] *Philosophari est mihi necesse; at paucis, nam omnino (haud placet [...].)*
(*Neoptolemus.*) <<

[56] Residuo o precipitado químico. <<

[57] «Dominad el asunto; las palabras vendrán naturalmente...» ha dicho Boileau parafraseando el precepto. «Piensa, siente, y la palabra viene de suyo», ha dicho Fenelón con precisión catoniana. <<

[58] «*Enni poeta salve!*» Nótese la forma característica de la palabra «poeta» derivada del griego vulgar ποιητής (en lugar de ποιητής). Los alfareros del Ática grababan sobre sus productos la palabra ἐποίησεν. Poeta solo se dice de los autores épicos, o a los de las poesías recitadas. No se aplica a los autores dramáticos, que en esta época son simplemente *scriba* (Fest. vº «*scriba*»). <<

[59] «*Græcia capta ferum victorem cepit, et artes intulit agresti Latio [...].*»
(Horacio, *Epist.*, 2, 1, 156.) <<

[60] Marco, hijo mío, te diré en su día el provecho que he sacado de estos griegos en Atenas; mostraré que es bueno leer sus libros, pero no estudiarlos. ¡Raza viciosa e indisciplinable! Créeme, como si oyeras hablar un oráculo. El día en que nos entreguemos al cultivo de sus artes, todo estará perdido. ¡Peor aún será que den en la manía de enviarnos aquí sus médicos! Estos han jurado no dejar un bárbaro vivo, valiéndose para ello de sus medicinas, y esto es lo que hacen pidiendo salario para que nos fiemos de ellos. <<

[61] Véase *Dicc. de Rich. v° lacus. Tit. Liv., 39, 44.* <<

[62] «[...] *Theodotum Compiles, nuper qui aras, Compitalibus Sedens in cella* [...].»

<<

[63] Este Plaucio pertenece a esta época, o a los primeros tiempos de la siguiente. La inscripción colocada debajo de sus cuadros estaba en exámetros; no es, pues, más antigua que Ennio. Por lo demás, la colación del derecho de ciudadano de Ardea es de una época anterior a la guerra social, puesto que, en esta, dicha ciudad perdió su autonomía. <<

APÉNDICE PRIMERO

[1] Tit. Liv., 2, 56. <<

[2] *Íd.*, 3, 19. <<

[3] *Íd.*, 4, 6. <<

[4] *Íd.*, 4, 36. <<

[5] *Íd.*, 4, 48, 5, 2, 6, y sigs. <<

[6] Tit. Liv., 9, 33, 34. «*En [...] illius Appi progenies [...].*» <<

[7] Tácito, *Ann.*, 1, 4. <<

[8] Tiber., 2. <<

[9] Cierta pragmatismo, dice Mommsen. Ya sabemos que los alemanes designan de este modo la historia que presenta el relato de los hechos en oposición al método filosófico. <<

[10] «*Patricia gens Claudia duoder triginta consulatus, dictaturas quinque [...]*» (Suet. Tiber., 1). Hallamos en efecto veintidós cónsules Claudianos bajo la República, cuatro dictadores, seis censores, cuatro triunfos y una ovación. <<

[11] Cicerón habla de esto en dos ocasiones a Atico: «*Audio Appium*» (6, 1, 26). Habían sido levantados a la vez por Apio, durante su mando en Cilicia, y por Q. Marcio, hijo de su hermana, el mismo a quien Cicerón dirige su carta *Ad fam.*, 13, 52. Mr. Lencormand ha encontrado en 1860 el epistilo de estos propileos en las ruinas de Eleusis; y la inscripción que es fácil de completar la da Mommsen en el *Corp. insc. lat. núm. 619.* <<

[12] Los Claudio Marcelos que figuran en los fastos consulares desde el año 423 y los Claudio Ceninas que se ven en ellos desde el año 469. <<

[13] Cicerón, *De Orat.*, 1, 29, 76. <<

[14] Véase el *Corp. insc. lat.* donde Mommsen expone el texto con comentarios. <<

[15] Niebuhr, 2, 364. <<

[16] Tit. Liv., 3, 9, 5, 3, 32: «*Placet creasi decemviros [...] admiscerentur me plebei, controversia aliquandiu fuit, postremo concessum [...].*» <<

[17] *Íd.*, 3, 33. <<

[18] Tit. Liv., 3, 36. <<

[19] *Íd.*, 3, 37. <<

[20] M. Claudius, 3, 44. <<

[21] Tit. Liv., 3, 36: «*Decem regum species erat. 39: Id. vero regum aud dubie videri*». El emperador Claudio en su discurso de Lyon (véase la tabla de bronce del museo de dicha ciudad) habla del *decemvirale regnum*. <<

[²²] Según Diodoro (12, 23 a 26), las dos últimas tablas debieron ser publicadas por los cónsules Valerio y Horacio; pero los antiguos analistas a quienes consultó Cicerón para su tratado *De Republica*, los atribuyen a los segundos decenviros. Lo mismo hacen Tito Livio, Dionisio y todos los que le siguen. A priori no tengo más confianza en una versión que en otra; pero creo más probable que las dos últimas tablas hayan sido promulgadas, lo mismo que el calendario, por los decenviros. <<

[23] Pág. 250. <<

[24] Volumen I, libro segundo, pág. 479. <<

[25] Filósofo estoico, amigo de Escipión. <<

[26] Tuscul., 4, 2. <<

[27] L. 2, pár. 36. <<

[28] Marciano, *Capella*, 1, 3, pár. 261. <<

[29] L. 2, pár. 36. <<

[30] 20, 36. Es necesario leer el párrafo del autor griego que se refiere a toda la vida del Ciego. <<

[31] Tiber., 2. Hay en esto un error o un nombre mal escrito. Nunca hubo un Druso que perteneciese a los Claudianos, y así lo reconocen todos los críticos. Mommsen propone la restitución del texto en la forma siguiente: «*Cæcus rursus* (en lugar de Drusus) *statua sibi*». Es verdad, en efecto, que el *Forum Appii* (hoy foro Apio, cerca de Sezza) tuvo por fundador al constructor de la vía Apia. Solo él podía pensar en crear un mercado en el punto de la vía que ha inmortalizado su nombre. <<

[32] Plin., *Hist. nat.*, 35, 3, 12. <<

[33] Tit. Liv., 10, 7. <<

[34] *Íd.*, 10, 15. <<

[35] Cic., *Brutus*, 14, 55. <<

[36] Cic., *Pro Planc.*, 21, 51. <<

[37] Tito Livio, 45, 15. <<

[38] Volumen I, libro primero, págs. 181 y sigs. <<

[39] Imitadas por Michelet, en sus *Orígenes del derecho francés*. <<

[40] No siendo el esclavo, en el rigor del derecho romano, más que una cosa y no una persona, no puede entrar la esclavitud en el sistema de las relaciones personales de protección. <<

[41] Demuestra perfectamente esta sinonimia C. Curcio, a quien hemos consultado.

<<

[42] El parentesco de la palabra *hospe(t)s* con *hostis* parece muy verosímil. La primera se aplica principalmente al extranjero admitido a la hospitalidad, mientras que la palabra *hostis* ha servido más especialmente para designar al extranjero enemigo (*hospitium: hostis petens*). <<

[43] La *amicitia* parece referirse en Roma a un contrato público de la ciudad; existen, sin embargo, excepciones (Gori, *Inscrip.*, 2, 306). Pudo también suceder que, en el derecho público posterior de Roma, la *amicitia* no comprendiese el *hospitium*, por más que no se pueda sacar esta consecuencia de las fuentes citadas ordinariamente (V. p. ej., Pomponio, *De captivis el postliminio*, Dig., 5, 2). Sin embargo, no puede establecerse una diferencia marcada entre ambos derechos y la fórmula «*in amicos populi rom. referri*» (V. el senadoconsulto votado en favor del clazomediano Asclepiades en el año 676, *Corp. inscrip. lat.*, pág. 203), se lleva consigo el *hospitium publicum*. <<

[44] Tal es el contrato entre dos familias (gentihtates) de la *gens* de los Zoeles, uno de los veinticuatro pueblos astures de Esp. (Plin., *Hist. nat.*, 3, 3, 28): «*Hospitium vetustum antiquum renovaverunt eique omnes alis alium [...]*». La fórmula ordinaria, en semejante caso, es: *hospitium publice privatimque facere* (Tit. Liv., 30, 33); pero la mayoría de las veces se agregaba otra, a título privado, entre los ciudadanos de ciudades diferentes que se ocupaban principalmente del asunto (Tit. Liv., l. c.; Josefo, *Corp. inscrip. græc.*, 2485, 77, 3, 4). <<

[45] Homero, *Ilíada*, 6, 168. El huésped es alimentado por espacio de nueve días antes de preguntarle su origen. En el norte la hospitalidad duraba tres días (Grimm, *Antigüedades del dcho.*, pág. 400). <<

[46] *Nec obstat*, Herodoto, 3, 11. Plutarc., *Poplicola*, 4 (conjuración para la vuelta de los Tarquinos. Salust., *Catil.*, 22). Estos no son más que accidentes, o quizá —sobre todo en estos últimos autores—, amplificaciones retóricas. <<

[47] También los samnitas tenían sus soldados unidos con los vínculos del juramento (*militis sacratis*. Tit. Liv., 9, 39 y 40; 10, 37 y 38). Los oficiales elegían los juramentados, según el número de secciones, y estos elegían cada uno en su sección a sus compañeros de armas (*comilitones*). En la *conjuratio* se prestaba el juramento en masa y no por individuos. <<

[48] Véase el decreto relativo a la ciudad de Gurza, en África, en el año 12 (742 a.C.), el más antiguo documento de este género: «*Senatus populusque [...]hospitium fecerunt quum L. Domitio [...]eumque et poster(o)s ejus sibi posterisque suis patronum cooptaverunt, isque eos posterosque eorum in fidem clientelamque suam recepit*» (Marini, *Arvali*, pág. 782). <<

[49] El juramento, en tales casos, pertenece entre los griegos a épocas posteriores; pero entre los romanos ha podido ser prestado en forma complementaria o de confianza, en apoyo de un contrato imperfecto o negado. <<

[50] Cayo, 3, 94; Cic., *Pro Balbo*, 12, 29. ¿*Spondesne? Spondeo.* <<

[51] «*Deum hospitem ac tesseram mecum fero*» (5, 1, 25). «*Tesseram si vis conferre hospitem [...]*» (5, 2, 87). <<

[52] *Corp. inscrip. græc.* 5496, 6778, y sigs. La palabra *symbolum* es griega (Plinio, *Hist. nat.*, 33, 1, 10) y significa en realidad sello, marca, etcétera. <<

[53] V. el contrato con Asclepiades: Πινακα ιαλκοῦν [...]. De este modo se constituyeron los famosos archivos de la República que contenían más de tres mil títulos grabados en bronce, senadoconsultos y decretos del pueblo relativos a los tratados, alianzas y privilegios otorgados a los extranjeros. Estos fueron destruidos por un incendio a la caída de Vitelio, y Vespasiano se esforzó en restablecerlos, haciendo que se buscasen por todo el Imperio los duplicados (*Suet. Vesp.*, 9). Allí estaban los tratados con Cartago, citados por Polibio, y particularmente el decreto de *hospitium* de Asclepiades citado antes, así como el tratado de amistad entre Roma y la ciudad *De Termesson*, en Psidia (*Corp. ins. lat.*, núms. 203 y 204, textos y comentarios). <<

[54] Muchas hojas lo demuestran, y cerca de cuarenta tablillas grandes (unas del siglo de los Gracos y otras que no son anteriores, en manera alguna, al siglo IV de nuestra era): *Apud penates domus hujus (Corp. inscrip. neapol., 591)*. <<

[55] Murator, 564, 1. <<

[56] V. anteriormente, Plaut., *l. c.* del *Pænulus* y *Cistellar*, 2, 1, 17. <<

[57] Tit. Liv., 25, 18, 38; Dionisio de Halic., 5, 34. <<

[58] «*Amicitiam renuntiatam videri, cum [...] nec satisfieri, æquum censuissent*». Tit. Liv., 36, 3. <<

[59] *Tesseram confringe* (Plaut., *Cistell.*, 2, 1, 27). <<

[60] Los enviados extranjeros se presentan primeramente a los cuestores, estos antiguos y únicos auxiliares de los reyes. Después tuvieron también los ediles el cuidado de velar por el ejercicio de la hospitalidad pública. <<

[61] *Locus, ædes liberæ*; Tit. Liv., 30, 21. Valer. Máximo, 5, 1. <<

[62] *Lautia* (V. esta palabra en el *Dicc. de Rich.*). «*Dautia quæ lautia dicimus dantur legatis hospitii gratia.*» (Festus, *Ep.*, pág. 68. Tit. Liv., 28, 39.) <<

[63] Sabemos que *munus* indica la prestación mediante contribución (de aquí *municeps*, el que debe pagar el *munus*; *immunis*, el que está exento de él; *communis*, el que paga en común; *mænia*, los *trabajos* o prestaciones). Respecto de los dos mil ases, los hallamos a cada paso (Tit. Liv., 42, 19; 43, 5, 6, y sigs.). En otro lugar se dan cuatro mil, cinco mil, diez mil ases; cinco libras de oro, veinte de plata o veintiocho ases, *etc.* <<

[64] En Delos recibe ἄλας, και ὄξος καί ἔλαιον, etc., y lo mismo entre los magnetas (*Atenea*, 4, 74). <<

[65] Un día recibió el Senado como huésped a un rey fugitivo y ordenó «*ut ei munera pro quæstorem darentur cotidie*». (Valerio Máx., 5, 1, 1). <<

[66] Tit. Liv., 30, 17; 43, 5. Tácito, *Germ.*, 21. <<

[67] Plut. *Quæst Rom*, 43. <<

[68] V. el *Corp. inscrip. græc.*, 5880, y Tit. Liv, 22, 37; 28, 39. <<

[69] Varrón, *De ling. lat.*, 5, 155. Justino, 43, 5, 10: «*Ob quod meritum [...] illis [...] locus spectaculorum, in senatu datus est*». <<

[70] Diodoro, 14, 93. <<

[71] Paulo, 15, 19, 3; *Digesto, De Captivis et postlim.* (*Sed etsi in civitatem [...]*). <<

[72] En los primeros tiempos se decía *hostis*. Varr. *loc. cit.*; *hostis* era, como ya hemos visto, sinónimo de extranjero, *peregrinus*; al enemigo se aplicaba entonces la denominación de *perduellis*. <<

[73] Comprendía seguramente el derecho de adquirir la propiedad inmueble, el εγκτησις de los griegos. <<

[74] He aquí el texto en ambas lenguas: Εὰν τε ἐν ταῖς πατρίσιν [...]. *Judicio certare, seive apud magistratus nostros Italicis iudicibus* [...]. <<

[75] Tit. Liv. 4, 13; 9, 36. <<

[⁷⁶] Dionis. de Hal., 2, 11. Tit. Liv., 9, 20. Cicer., *In Verr.*, 2, 49, 122. Suet., Tiber., 2.
«*Drusus Italiam, per clientelas occupare tentavit.*» <<

[⁷⁷] V. la *Lex repetundarum* del tiempo de los Gracos. Esta ley, atribuida por Sigonio y Kalenze al tribuno Servilio Glaucia, corresponde probablemente a *Acilio Glabrion*, hacia el año 631 (*Corps. ins. lat.* n° 198). <<

[78] La palabra clientela se emplea también para designar las relaciones de esta clase con los pueblos extranjeros (Cæsar, *De Bell. Gall.*, 1, 31; 4, 6). Por más que no se sirviesen de ella, no por eso dejaba de ser la más exacta aunque tenía algo de depresivo y humillante. <<

[79] La palabra *matrona* tenía antiguamente el mismo sentido. Solo la mujer patricia, en la familia de los ciudadanos completos, es la única que jurídicamente hablando puede llamarse y ser *madre* de un ciudadano. <<

[80] V. la *Lex repetundarum* citada: los huéspedes entran *in amicitia populi rom*; los clientes, por el contrario, están clasificados *in arbitrato dictione potestatio populi rom*. La expresión técnica del derecho civil para designar al esclavo emancipado de hecho, *servus qui in libertate moratur*, indica con mucha exactitud el origen de la clientela individual. <<

[81] La aplicación era a la clientela lo que la recomendación al señorío feudal; es la clientela voluntariamente constituida por el individuo o la ciudad, a elegir un patrono y colocarse bajo su protección (Cic., *De Offic.*, 1, 39, 177). <<

[82] *Cui Romae exulare jus esse* (Cic., *loc. cit.*, n° 3). <<

[83] Véase anteriormente en la nota 48 de este apéndice, la fórmula del decreto relativo a la ciudad africana de Gurza. <<

[84] Véase lo dicho anteriormente en la nota 81 de este apéndice, de un pasaje de Cicerón, *De Offic.*, 1, 39. <<

[85] Cicerón, *De Offic.*, 1, 11, 35: «*Ut ii qui civitates aut nationes devictas bello in fidem recepissent*» (sigue Mommsen citando aquí una porción de ejemplos: el patronato de Marcelo sobre Siracusa y las ciudades de Sicilia; el de Paulo Emilio sobre las de España, Liguria y Macedonia; el de Catón el Mayor sobre los españoles, etcétera). <<

[86] La libertad del cliente en este caso es precaria (Tito Livio, 39, 37): está subordinada a la cláusula «en cuanto agrade al Senado y al pueblo romano» (Ap. *Hisp.* 44). <<

[87] Mommsen se refiere aquí a la Ley Julia Norbana. <<

[88] Así también el plebeyo consular, después de haber vestido por mucho tiempo la túnica *angusticlave*, tomó un día la túnica *laticlave*, como los senadores patricios.

<<

[89] «*Patres senatores ideo appellati sunt quia agrorum partes [...]*» (Festus, *Ep.*, pág. 247). <<

[90] Tit. Liv. 2, 16; 44, 16. V. la *Lex agraria* del año 643, 1, 75 y 76. <<

[91] Tit. Liv., 2, 5; 4, 45. <<

[92] Dionis. de Halic., 2, 10: Aul. Gel., 20, 1, 40: «*Neque pejus ullum facinus existimatum est, quam si quis probaretur clientem divisui habuisse*». Tit. Liv., 34, 4: «*Quid legem Cinciam de donis et muneribus [...]*». Siempre los clientes son la plebe; los patronos, los patricios, los senadores. <<

[93] Tit. Liv., 2, 16; Dionis. de Hal., 2, 46; 5, 40; 10, 14. <<

[94] Tit. Liv. habla de Claudio, cliente de Apio Claudio (3, 44). <<

[95] Valer. Máx., 6, 1, 14. Suet. Coes., 48. <<

[96] Tácito, *Ann.*, 13, 26. <<

[97] Dionis. de Hal., 2, 10; 13, 5; Tit. Liv., 5, 32; 38, 60. <<

[98] Cic., *ad Attic.* 7, 2, 8. <<

[99] Excepto el caso en que el patronato corresponda a una ciudad, o sea a un ser colectivo; en este caso ejerce, como ya hemos visto, exclusiva y hereditariamente la clientela aquel que recibió la dedición. <<

[¹⁰⁰] *Hostis, Vincetus, mulier, virgo exesto* (Fest., pág. 82). <<

[¹⁰¹] Horacio, *Epist.*, 2, 1, 103 y sigs.:

[...] *Clienti promere jura:*

[...] *minori dicere, per quæ*

Crescere res posset, minui damnosa libido.

V. también a Cicerón *de Orat.*, 3, 33, 133. *Ad quos*, etcétera.<<

[¹⁰²] Dionis. de Halic., 2, 10. César, en *Aul. Gel.*, 5, 13. <<

[103] Cayo, 4, 82. <<

[104] Sabemos que en las causas criminales, según el derecho primitivo de Roma, el procedimiento era inquisitorial y no por vía de pura acusación. No tenemos, pues, que preguntarnos cuál era el papel del patrono. Cuando el cliente es lesionado, el patrono demanda al delincuente ante el tribunal popular (Cic. *Divin. in Cæc.* 20, 67); pero en los ejemplos conocidos obra como juez, y no en virtud de patronato. <<

[105] V. un pasaje muy preciso de Dion. de Hal., 2, 10. Catón dice: «*Testimonium adversum clientem nemo dicit*». La *Lex repetundarum*, ya citada, 1, 10 y 37, prohíbe el testimonio y el mandato judicial a aquel que está *in fide* con el acusado. <<

[106] Plut., *Mar.*: 5. Dig. *de testibus*, pár. 3, 4. <<

[107] Aul. Gel., 5, 13. <<

[108] *Ídem, íd.* <<

[109] «*Patronos sei clientei frauden facsit, sacer esto*»; y Servio añade: «*Tantum est cliatem cuantum fillium fallere*». <<

[110] Cic., *De Rep.*, 2, 9, 16: «*Habuit plebem in clientelas principum descriptam*». Fest., v^o*patrocinia*. Dionis de Hal., 2, 9. Plutar., *Rom.*, 13. <<

APÉNDICE SEGUNDO

□ Como algunas de las modificaciones que Mommsen ha introducido en su obra después de la primera edición las ha tomado de unos fragmentos de *Grano Liciniano*, nos ha parecido oportuno insertarlos aquí como apéndice, terminando con esto los tres primeros libros, que forman como una primera parte de esta obra (fundación y extensión de la nacionalidad romana). Dichos fragmentos han sido hallados de la siguiente manera:

En 1853, el Sr. La Guardia (Boetticher) manifestó al señor Pertz, que se ocupaba a la sazón en recoger materiales para su gran publicación, *Monumenta historica Germaniæ*, que existía un manuscrito siríaco en el Museo Británico de Londres. Este manuscrito había venido entre una colección de quinientos volúmenes procedente del monasterio de Santa María Madre de Dios (*Sancta María Deipara*), en el desierto de Nitria, no lejos de El Cairo, y estaba cubierto de tres escrituras superpuestas. La más reciente, en siríaco, se refería a ciertas homilías de San Juan Crisóstomo y estaba sobre dos escrituras latinas. Una, en caracteres cursivos, era un tratado de gramática (del verbo y del adverbio); la otra, la más antigua de las tres, constaba de letras mayúsculas, y se leían en ella a simple vista algunas palabras de un fragmento histórico. Obtenida la competente autorización para tratar el palimpsesto de la manera más conveniente, M. Pertz pudo descubrir alguna parte del antiguo, borrado por el último copista, y después de un trabajo inaudito pudo por fin transcribirlo y publicarlo después de un año, en la forma que aquí se presenta. <<

[1] Cf. Flori, I, 9, 14: «*Dis manibus se devoverit ut in confertissima se hostium tela jaculatus novum ad victoriam iter sanguinis sui limite aperiret*». <<

[2] Cf. Festus *Pauli*, pág. 221, «*paribus equis, id est, duobus, Romani utebantur in prælio, ut sudante altero transirent in siccum. Pararium æs appellabatur id, quod equitibus duplex pro binis equis dabatur*». <<

[3] *De pompa equitum Castoris et Pollucis ædem prætervehentium*, Dion. Hal., vi, 13.

<<

[4] *Flexuntes*: V. Plin. xxxiii, 35. V. Mommsen, volumen 1, libro primero, págs. 97 y 111. <<

[5] De Antiocho Epiphane (IV, pág. 35) *Gran. Licinianus, credo, id loquitur.* <<

[6] *Ædes-permansit. Hæc verba inserta videntur ab eo qui post Hadrianum libros Grani in compendium redegit. <<*

[7] Cf. Varr. apud Plinium VII, 177. <<

[8] Cf. Ciceronem, *De nat. deor.* II, 4: «(Tiberius Gracchus, consul iterum) post ex provincia literas ad collegium misit ses cum legeret libros recordatum esse vitio sibi tabernaculum captum fuisse hortos Scipionis, quod cum pomerium postea intrasset habendi Senatus causa, in redeundo cum idem pomerium transiret, auspicari esset oblitus: itaque vitio creatos consules esse.» <<

[9] «Cum a majoribus nostris P. Lentulus qui princeps senatus fuit in en loca missus esset, ut privatos agros qui in publicum Campanum incurrebant pecunia publica coemeret, dicitur renuntiasse.» Cicero., *De lege agr.*, II, 82, V. Momm., pág. 36. <<

[¹⁰] Cic., *Ad Att.*, II, 16: «*Omnis expectatio largitionis agrariæ in agrum Campanum videtur esse derivata, qui ager ut dena jugera sint non amplius hominum quinque milia potest sustinere.*» V. Momm., pág. 36. <<

[11] «*M. Aurelius Scaurus legatus consulis a Cimbris fuso exercitu captus est cum in concilium ab eis advocatus deterreret eos ne Alpes transirent Italiam petaturi eo quod diceret Romanos vinci non posse, a Bojorige feroci juvene occisus est*», Liv. perioch. LXVII. <<

[12] *Discrepat Livi perioch. LXVII. «Militum milia octoginta occisa, calonun et lixarum quadraginta secundum Arausionem.»* Nec dubium quin de eadem pugna locutus sit hic Granius. <<

[13] «*Trebulæ Mutuescæ antequam ludi committerentur canente tibicine angues nigri aram circumdederunt, desinente canere dilapsi, postero die exortia populo lapidibus enecati, foribus templi adapertis simulacrum Martis ligneum capite stans inventum.*» Julius Obsequens, 42. <<

[14] *Non a quo portu profectus sit Marius Granius videtur indicasse (Cercinam nominat Plutarch., Mar. 40: v. item Appian, bell. civ. I, 62:διεχίμαζεν ἐν τῇ θαλάσση μικρὸν ὑπὲρ Λιβύης ἄνω ἐν τοῖς Νομάδων ὄροις; sed ad quem appulit (Ostiensem scilicet), unde probabiliter Telamo significatur. <<*

[15] Cf. Vell. Paterc. II, 57: «*Cum quidem plurima præsagia atque indicia di immortales futuri obtulissent periculi*». <<

[16] Cf. J. Obsequens: «*Ipse Pompeius afflatus sidere interiit. Lectum ejus populus diripuit, corpus unco traxit*». <<

[17] *Mira hæc de Sallustio historiographo Grani sententia!* <<